DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS XXXVI-XLV

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIA ROMANA


BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 326

DION CASIO

HISTORIA ROMANA

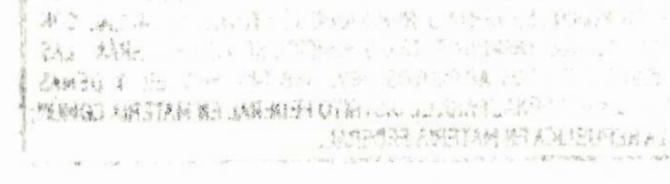
LIBROS XXXVI-XLV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ M.ª CANDAU MORÓN

Y

M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS





EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS (libros XXXVI-XL) y ROSA M.ª MARIÑO SÁNCHEZ ELVIRA (libros XLI-XLV).

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.
www.editorialgredos.com

La traducción y notas de este volumen ha sido llevada a cabo por JOSÉ M.ª CANDAU MORÓN (libros XXXVI-XL) y M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS (libros XLI-XLV).

Depósito Legal: M. 38433-2004.
ISBN 84-249-2727-3. Obra completa.
ISBN 84-249-2729-X. Tomo II.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004.
Encuadernación Ramos.

DIVERGENCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN DE BOISSEVAIN*

LIBRO XXXVI

	Boissevain	Lectura adoptada
22, 1 (pág. 370, l. 27)	συμμαχίδα αὐτῶν μόνον	συμμαχίδα μόνον (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
36, 4 (pág. 379, l. 12)	νομιμώτερον... καὶ	νομιμώτερον ⟨καὶ συμφορώτερον⟩ καὶ (Reimar)

LIBRO XXXVII

	Boissevain	Lectura adoptada
1, 4 (pág. 394, l. 12)	ἔνθεν μὲν... τοῦ	ἔνθεν μὲν ⟨τοῦ Κύρνου πραρρέοντος, ἔνθεν δὲ⟩ τοῦ (Bekker)

* *Cassii Dionis Cocceiani Historiarum Romanorum quae supersunt*, Berlín, 1895-1931.

	Boissevain	Lectura adoptada
6, 2 (pág. 397, l. 29)	νομιζόμενον αὐτοῖς δοῦς	νομιζόμενον αὐτὸς δοῦς (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
7, 1 (pág. 398, l. 15)	ἐβούλετο... μὴ	ἐβούλετο ⟨περαιτέρω προχρεῖν⟩, μὴ (Bekker)
9, 5 (pág. 400, l. 29)	πάντες οἱ	πάντες οἱ ⟨ξένοι οἱ⟩ Reiske
18, 4. (pág. 405, l. 28)	αὐτὰς τε ἐπιὼν	αὖ τάς τε ἑτέρας ἐπιὼν (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
19, 2 (pág. 406, l. 5-6	καθ' ἥν οἱ Αἰγύπτιοι αὐτὴν νομίζουσι	καθάπερ οἱ Αἰγύπτιοι αὐτὴν νομίζουσι (sugerencia de Boissevain en aparato crítico)
41, 2 (págs. 417, l. 4)	συγγράψας	ἐγγράψας (sugerencia de Boissevan en el aparato crítico)
44, 4 (pág. 418, l. 12)	ἀπολιπῆναι	ἀπαυλισθῆναι (Jacoby)
51, 1 (pág. 422, l. 16)	διὰ τοὺς δυνατοὺς	δι ⟨ὀργῆς ἔχων⟩ τοὺς δυνατοὺς (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
53, 2 (pág. 424, l. 5)	καὶ ἅτε ὡς	καὶ ὡς (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
5, 5 (pág. 431, l. 30)	... οι	⟨ὅμως ὁρῶντες ὅτι οὗτ⟩οι (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
7, 2 (pág. 433, l. 6)	ὡς μέντοι... ἡμέρα ἦ	ὡς μέντοι ⟨ἡ⟩ ἡμέρα ⟨ἧκεν ἐν⟩ (Reiske)
11, 1 (pág. 436, l. 8)	ὑπάγοντας ...	ὑπάγοντας πορρίπτειν, (Reiske)

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
11, 5 (pág. 436, l. 28)	ἢ ἵνα ... καὶ λυθείη	ἢ ἵνα ⟨ἅ μέλλοι γίγνεσθαι⟩ κολυθείη (HERWERDEN)
11, 6 (pág. 437, l. 2)	τὸ μὲν ... οὐκ ἄν ποτε ἀγένητον ... τῆς	τὸ μὲν ⟨γεγονὸς⟩ οὐκ ἄν ποτε ἀγένητον ⟨ποιήσειν· εἰ δὲ τοῦ μέλλοντος μὴ προσκοπίη τῇ⟩ τῆς (REISKE)
13, 1 (pág. 438, l. 10)	αὖθις	εὐθὺς (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
14, 3 (pág. 439, l. 14)	μετ' αὐτῶν	μετ' αὐτοῦ (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
16, 3 (pág. 441, l. 1)	βουλευτῶν ...	βουλευτῶν ἐποίησαν (XIFILINO)
26, 3 (pág. 448, l. 13)	τι τὸν Ἄννιον	τί τὸν' Ἀννί⟨βαν, ὅς ...⟩ον, (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
27, 2 (pág. 449, l. 4)	...	ᾄττουσι (REIMAR)
31, 1 (pág. 451, l. 15)	πάντα καὶ	πάντα ⟨τὸν τῆς ἡγεμονίας χρόνον⟩ καὶ (BEKKER)
50, 4 (pág. 466, l. 14)	μεθ' ἱππέων	μεθ' ἱππέων ⟨οὐ πολλῶν⟩ (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)

LIBRO XXXIX

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
3, 1 (pág. 468, l. 32)	ἔπειτ' ἐπειδὴ καὶ ἐκεῖ-	ἔπειτ' ἐπειδὴ καὶ

	Boissevain	Lectura adoptada
	σε ἐπικατέδραμον	ἐκεῖσε ⟨ἐπηκολούθησέ σφισι, καταστρατοπεδευομένοις αὐτοῖς⟩ ἐπικατέδραμον (sugerencia de Boissevain en el aparato crítico)
5, 2 (pág. 470, l. 8)	...	ἐπέτρεπε (Reiske)
13, 1 (pág. 473, l. 27)	...	ἐγένετο (Reimer)
26, 1 (pág. 480, l. 7)	δέος	ὕβρις (R. Stephanus)
26, 1 (pág. 480, l. 8)	μόνως	μόνως ⟨μὴ⟩ (Bekker)
27, 2 (pág. 481, l. 7)	...	⟨καὶ τοὺς τυχόντας ἀπὸ τῆς ἀγορᾶς ἐσκαλέσαντος⟩ (Bekker)
34, 3 (pág. 484, l. 2)	τῶν εὀνουμένων	⟨περὶ⟩ τῶν νεοχμουμένων ⟨λέγειν⟩ (sugerencia, con reservas, de Boissevain en el aparato crítico)
42, 4 (pág. 488, l. 28)	ἐν τῇ ... προσηρτᾶτο	ἐν ⟨τῇ συμπλοκῇ ἤλπιζεν ἔσεσθαι, ἐνταῦθα⟩ προσηρτᾶτο (Reiske)
45, 3 (pág. 490, l. 12)		⟨καὶ αὐτὸς φυγεῖν διανοοῖτο⟩ (Polak)

LIBRO XL

	Boissevain	Lectura adoptada
7, 2 (pág. 505, l. 28)	ἄν ἑκάστων	ἀναγκαστῶν (Polak)
13, 1 (pág. 508, l. 12)	βίᾳ ἀχθόμενοι	⟨τῇ τε τῶν Βαρβάρων⟩ βίᾳ ἀχθόμενοι (Bekker)
17, 1 (pág. 511, l. 10)	ᾐκίζοντο	ὠρύοντο (Sturz)
18, 3 (pág. 512, l. 7)	ἐπ᾽ αὐτῆς	ἐπ᾽ αὐτοῖς (Reiske)

19, 2 (pág. 512, l. 26)	ἐθάρσυνεν νῦν δὲ	ἐθάρσυνεν ἄν ⟨αὐτοὺς εἰ μὴ⟩ (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
22, 2 (pág. 514, l. 21)	ἔγνωσαν	γνοῖεν (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico
25, 2 (pág. 516, l. 15)	ἑαλωκότων	διαπεφευγότων (BEKKER)
31, 3 (pág. 519, l. 19)	...	ἐπελπιεῖν (BEKKER)
35, 1 (pág. 522, l. 4)	δι' αὐτοῦ τοῦ	διὰ τοῦ (REISKE)
39, 3 (pág. 524, l. 19-20)	ὁρμαῖς ἀπλήστοις σώμασι	ὁρμαῖς ἄπληστοι ⟨ὄντες καὶ τοῖς⟩ σώμασι (REISKE)
44, 3 (pág. 527, l. 24)	...	διέκειτο (REISKE)
52, 3 (pág. 532, l. 3)	τὰς ἀρχὰς	ἐπὶ ταῖς ἀρχαις (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
58, 3 (pág. 534, l. 30)	πρὸς πάντας	πρὸς πάντας ⟨τοὺς δυνάτους⟩ (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
62, 1 (pág. 536, l. 28)	καὶ ἐκεῖνο	καὶ ⟨τότε⟩ ἐκεῖνο (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)

LIBRO XXXVI

SINOPSIS

1 Sorteo de los cónsules. Metelo marcha a Creta (1^{a}).
2 Lúculo combate en Asia contra Mitrídates, Tigranes y Fraates (1^{b}-17).
3 Guerra Cretense (17^{a} -19).
4 Origen de la piratería. Su expansión durante el periodo tratado (20-22).
5 La guerra contra los piratas. Gabinio propone que se encomiende la guerra, con concesión de poderes extraordinarios, a Pompeyo. Discursos de Pompeyo y Gabinio (23-29).
6 Oposición a la propuesta de Gabinio. Discurso de Cátulo (30-36^{a}).
7 Pompeyo inicia la guerra contra los piratas (37).
8 Disturbios políticos en Roma. Se encomienda a Pompeyo la dirección de la guerra en Asia (38-44).
9 Pompeyo asume la guerra en Asia. Sus combates contra Mitrídates. Mitrídates se refugia en la Cólquide (45-50).
10 Intervención de Pompeyo en Armenia (51-53).
11 Pompeyo combate con Oroises, rey de los albanos (54).

Tiempo abarcado, cuatro años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

[685/69] Q. Hortensio Hórtalo, hijo de Lucio; Q. Cecilio Metelo (Crético), hijo de Gayo.
[686/68] L. Cecilio Metelo, hijo de Gayo; Q. Marcio Rex, hijo de Quinto.
[687/67] G. Calpurnio Pisón; M. Acilio Glabrión, hijo de Marco.
[688/66] M. Emilio Lépido, L. Volcacio Tulo.

1ª Echaron[1] suertes los cónsules y tocó a Hortensio la guerra cretense. Pero la afición a vivir en su ciudad y las ocupaciones jurídicas, campo en el que — después, ciertamente, de Cicerón — destacaba más que cualquiera de sus contemporáneos, lo movieron a ceder la expedición voluntariamente a su colega mientras él permanecía en el país. Pues bien, Metelo marchó a Creta ***

1ᵇ Por aquel tiempo Lucio Lúculo había vencido en batalla a los soberanos de Asia, Mitrídates y el armenio Tigranes, y tras forzarlos a rehuir el combate asediaba Tigranocerta[2]. Grandes daños le infligieron los arqueros bárbaros y la nafta arrojada por los bárbaros sobre las máquinas. La nafta es un compuesto a base de asfalto, de una combustión tal que consume por completo cuanto toca, sin que líquido alguno la extinga con facilidad. Y Tigranes, reanimado por ello, avanzó con tan numeroso ejército que incluso tomaba a broma a los romanos que allí había. Pues decía, según cuentan, que eran pocos cuando venían a luchar, pero muchos cuando venían en embajada. Sin embargo su diversión no se prolongó, pues pronto aprendió hasta qué punto la valía y la destreza predominan sobre cualquier magnitud numérica. Una vez puesto en fuga, los soldados

[1] En los manuscritos de Dion Casio faltan el índice y el comienzo del presente libro. Es usual suplir dicho comienzo mediante los extractos de Juan Xifilino (parágrafos 1ª [= pág. 1.5-12 Dindorf] y 1ᵇ [= pág. 1.20-2.15 Dindorf]), monje y escritor bizantino que por encargo del emperador Miguel Ducas (1071-1078) realizó un epítome de los libros XXXVI-LXXX de Dion.

[2] Fundada por Tigranes I, que hizo de ella la capital de Armenia. El lugar donde se encuentran sus restos recibe actualmente el nombre de Farkin.

encontraron su tiara y la diadema que la sostenía y las entregaron a Lúculo. Efectivamente, temeroso de caer prisionero al ser conocido por éstas, se había desprendido de ellas para arrojarlas.

*** y porque en ambas direcciones había experimentado 1
pujantes embates de la fortuna, se lo entregó[3]. En efecto, tenía credencial de hombre a quien sus muchas derrotas y no menos victorias habían hecho muy versado en cuestiones bélicas. Ambos, por tanto, se dedicaron a preparar la guerra como si entonces la iniciaran por primera vez, y enviaban embajadas a los pueblos de alrededor, entre ellos —y no obstante el hecho de que éste fuese enemigo de Tigranes en razón de cierta disputa territorial— al de Ársaces el parto[4];
al cual cedían el territorio en cuestión, a la par que lanzaban 2
críticas contra los romanos, de quienes afirmaban que, si a ellos se les dejaba solos y por esa razón los romanos les vencían, inmediatamente se produciría un ataque romano contra Ársaces: pues por naturaleza toda parte que vence es insaciable en la explotación de su éxito y no pone límite alguno a su ambición, y así los romanos, una vez obtenidos considerables dominios, no querrían dejar en paz a Ársaces.

En tal menester se hallaban éstos; mientras, Lúculo, que 2
no corrió en persecución de Tigranes, sino que incluso le permitió ponerse a salvo con gran tranquilidad, se veía en razón de ello bajo la acusación que, entre otros, le dirigían los ciudadanos, según la cual no había querido liquidar la
guerra con objeto de prolongar su mandato. Por esta razón 2

[3] El párrafo, cuyo comienzo falta (véase n. 1), se refiere al asentimiento de Tigranes a que Mitrídates desempeñara el mando supremo en la guerra que ambos mantenían con Roma.

[4] Ársaces I (238-215) fue el fundador de la casa real parta. Los dinastas partos tomaban el nombre genérico de «Ársaces», al que añadían su nombre particular. El Ársaces aquí mencionado es Fraates III.

fue devuelto entonces el gobierno de Asia a los pretores, y más adelante, dado que pareció haber incurrido de nuevo en el mismo proceder, le enviaron como sucesor al cónsul co-
3 rrespondiente a aquel año. Pues bien, en lo referente a Tigranocerta, la capturó cuando los extranjeros que residían en ella se alzaron contra los armenios. Dichos extranjeros —en su mayoría cilicios que en otro tiempo fueron sacados de su
4 país— introdujeron de noche a los romanos. De aquí que todo fuera saqueado menos las pertenencias de aquéllos, y en cuanto a las mujeres de los notables, que fueron capturadas en abundancia, Lúculo las puso bajo guardia sin inferirles ofensa alguna, gracias a lo cual se hizo también con sus
5 maridos. Habiéndole llegado misivas de Antíoco, rey de Comagena (esto es, el territorio sirio que se halla entre el Eufrates y el Tauro), de cierto Alcaudonio, dinasta árabe[5], y
3 de otros, los recibió. Y al saber por ellos de la embajada que Tigranes y Mitrídates habían enviado a Ársaces, a su vez hizo llegar a éste por algunos de sus aliados amenazas en el supuesto de que socorriera a Tigranes y Mitrídates, prome-
2 sas si anteponía militar a su lado. En un primer momento Ársaces (pues con Tigranes se hallaba aún encolerizado y contra los romanos no albergaba sospecha alguna) le devolvió la embajada y entabló acuerdos de amistad y alianza con él. Pero después, cuando vio llegar a [Secilio] ⟨Sextilio⟩[6],

---

[5] Los árabes aquí aludidos son los habitantes de la Mesopotamia a la que las fuentes literarias llaman a menudo «provincia árabe»: cf. G. W. Bowersock, *Roman Arabia*, Cambridge-Massachusetts-Londres, 1983, págs. 80; 115.

[6] El nombre de «Secilio», que aparece en la tradición manuscrita, parece erróneo. Plutarco, *Vida de Lúculo* 25, 4, llama al personaje Sextilio y Apiano, XII *(Sobre Mitrídates)* 84 habla de un lugarteniente de Lúculo del mismo nombre.

conjeturó que venía a espiar sus territorios y sus fuerzas
(pensaba, en efecto, que por esta razón y no por el acuerdo a 3
la sazón concluido le era enviado, pues se trataba de un
hombre con reputación en cuestiones bélicas) y ya no le
dispensó ayuda alguna. No obstante tampoco puso obstácu-
los de ninguna clase, sino que mantuvo una posición inter-
media entre ambos, sin querer, como es lógico, que ninguno
de ellos cobrase auge. Pues estimaba que mientras perma-
neciese indecisa la guerra que mantenían gozaría de la ma-
yor seguridad.

Tales empresas ocuparon durante ese año a Lúculo, que
conquistó abundantes porciones de Armenia. Y bajo el con- 4
sulado de Quinto Marcio (éste, efectivamente, ejercía el con-
sulado en solitario a pesar de no haber sido designado solo;
pues quien fue elegido con él, Lucio Metelo, murió a co-
mienzos del año y su sustituto pereció antes de tomar pose-
sión del cargo, razón por la cual no fue nombrado ningún
otro), en este año, por tanto, Lúculo, ya mediado el verano 2
(en primavera no pudo invadir el territorio enemigo a causa
del frío) avanzó con su ejército y devastó una porción de te-
rreno con objeto de que los bárbaros, al emprender su de-
fensa, se vieran atraídos al combate; y como continuaran
quietos, se lanzó contra ellos. En este enfrentamiento la ca- 5
ballería romana se veía obstaculizada por la caballería ene-
miga, mientras que con la infantería nadie trababa combate,
produciéndose una huida cada vez que la infantería pesada
de Lúculo corría en auxilio de los jinetes. A pesar de ello,
no sufrían estrago alguno, e incluso, disparando a los que
les perseguían con sus arcos, ocasionaron la muerte inme-
diata de muchos y produjeron gran cantidad de heridos. Las 2
heridas eran, además, complicadas y difíciles de curar, por-
que utilizaban puntas dobles y, por añadidura, acopladas, de
suerte que el dardo, ya permaneciese clavado en cualquier

parte del cuerpo o ya fuese arrancado de éste, rápidamente lo destruía, pues el otro hierro, el segundo, permanecía dentro al no haber punto alguno desde el que tirar de él.

6 Lúculo entonces, dado que les estaban causando un gran número de heridos —de los cuales el que no moría quedaba inválido— y como, por añadidura, comenzaron a faltarles
2 los víveres, se retiró de allí, para marchar a Nísibis[7]. Esta ciudad se encuentra situada en la llamada Mesopotamia (ese es el nombre que recibe toda la zona comprendida entre el Tigris y el Eufrates); actualmente es nuestra y tenida por colonia nuestra, pero por entonces Tigranes, que se la había arrebatado a los partos, tenía depositados en ella sus tesoros y la mayoría de sus otros bienes, colocándola bajo la custo-
3 dia de su hermano. Hacia ella, por tanto, marchó Lúculo en el verano, pero, pese a atacarla con energía, no obtenía ningún progreso: pues los muros eran dobles y además de ladrillo, tenían gran espesor y entre ambos corría un profundo foso, de manera que no ofrecían parte alguna en que se les pudiera derruir y tampoco era posible socavarlos, por lo
7 cual Tigranes ni siquiera corrió en su auxilio Cuando llegó el invierno y los bárbaros empezaron a tomar las cosas con mayor desidia, ya que llevaban las de ganar y esperaban la inminente retirada de los romanos, aguardó una noche sin luna y agitada por violentas lluvias acompañadas de truenos,
2 de suerte que los enemigos, imposibilitados de ver u oir nada, abandonaron —menos unos pocos— el circuito exterior y el foso intermedio; atacó entonces por muchos puntos la muralla, subió a ella sin esfuerzo desde los terraplenes y
3 mató fácilmente a los escasos guardianes allí dejados. Colmó entonces —sin que, a causa de la abundante lluvia, pu-

[7] La actual Nusaybin, en Turquía, muy cerca de la frontera con Siria.

dieran dañarlo las flechas ni el fuego— una parte del foso (cuyos puentes habían sido cortados por el enemigo) y, una vez sobrepasado éste, inmediatamente capturó el resto, hallando una resistencia no muy enérgica por parte de la tropa del interior del recinto, la cual confiaba en los hombres apostados fuera del mismo. Algunos, sin embargo, huyeron a la
acrópolis, entre ellos el hermano de Tigranes, con quien lle- 4
gó a un acuerdo; se adueñó también de muchas riquezas, y pasó allí el invierno.

Nísibis, por tanto, cayó en sus manos de la manera ex- 8
puesta, pero de Armenia y los restantes territorios pónticos perdió abundantes porciones. Efectivamente, si Tigranes no prestó socorro a Nísibis por pensar que no sería capturada, en cambio se lanzó sobre los mencionados territorios, pues creyó que al hallarse Lúculo ocupado en lo de Nísibis podría hacerse con ellos sin que aquel alcanzase a impedirlo.
Mandó entonces a Mitrídates de vuelta a casa, mientras él se 2
dirigió a sus dominios de Armenia, donde acorraló y puso cerco a Lucio Fanio, que le había hecho frente, hasta que
Lúculo se enteró y corrió en auxilio de aquél. Y mientras 9
ocurría esto, Mitrídates cayó sobre la otra Armenia[8] y comarcas adyacentes y acabó con gran número de romanos, ya liquidándolos al acometerlos inesperadamente mientras merodeaban por la zona, ya dándoles muerte en combate; al mismo tiempo recuperaba con rapidez la mayor parte de los
territorios. Pues la población albergaba, tanto por comu- 2
nidad de sangre como por apego a la monarquía ancestral, sentimientos de afecto hacia su persona, mientras que guardaba odio a los romanos a causa de su condición de extran-

[8] La «otra Armenia» es la Armenia Menor o Pequeña Armenia, situada al oeste de la Armenia Mayor.

jeros y en razón de los daños infligidos por los gobernantes que les habían sido impuestos; en vista de lo cual se pasaron a su bando y a continuación vencieron al comandante roma-
3 no de la zona, Marco Fabio. A dicha victoria contribuyeron de manera importante los tracios que, mercenarios primero de Mitrídates, a la sazón militaban con Fabio, así como los esclavos que había en el campamento romano. Fabio, en efecto, envió a los tracios para que reconociesen el terreno, pero las informaciones que éstos remitieron no tenían vali-
4 dez ninguna y, por añadidura, cuando Mitrídates cayó súbitamente sobre Fabio, que marchaba desprevenido, los tracios juntaron filas contra los romanos; en medio de lo cual, también los esclavos, al haberles prometido libertad el bár-
5 baro, se unieron al ataque. Y hubieran exterminado *** a no ser porque Mitrídates, mientras se revolvía ⟨entre⟩ los enemigos ***[9] (pues a pesar de sus más de setenta años tomaba parte en la batalla), recibió el impacto de una piedra, haciendo que los bárbaros temieran por su vida. A la vista de lo cual pararon éstos el combate, con lo que Fabio y algunos
10 más pudieron huir para ponerse a salvo. Seguidamente se vio encerrado en Cabira[10], donde, sometido a cerco, quedó libre gracias a Triario. Pues Triario, que pasó por allí cuando marchaba desde Asia para reunirse con Lúculo, al conocer lo ocurrido reunió cuantos efectivos pudo, a partir de sus
2 disponibilidades; de esta manera atemorizó a Mitrídates, quien se figuró que avanzaba con ingentes tropas romanas, hasta el punto de conseguir que se retirara sin aguardar si-

---

[9] En los dos pasajes señalados por asteriscos la tradición manuscrita muestra sendas lagunas, de unas quince letras primero y unas once después.

[10] Ciudad situada frente a la vertiente oriental de la costa sur del Mar Negro.

quiera a verlo. Ello le infundió ánimo para perseguir a Mi-
trídates hasta Comana[11], donde se había refugiado, y allí lo
derrotó. Mitrídates, efectivamente, había establecido su cam- 3
pamento en una de las márgenes del río por donde avanza-
ban los romanos y, en la idea de trabarse en combate con
ellos cuando se viesen bajo el cansancio producido por la
marcha, él mismo les salió al encuentro, dando instruccio-
nes para que otros cruzasen el río en el momento mismo de
la batalla y atacasen; durante largo tiempo se debatió en
igualado combate, pero como el puente, al correr por él mu-
chos y a la vez, *** [12] quedó sin refuerzos y sumido en con-
fusión.

A continuación —pues era ya invierno— unos y otros 11
buscaron refugio tras sus respectivas murallas, donde per-
manecieron tranquilos. Forma Comana parte de la actual
Capadocia y, al parecer, ha albergado ininterrumpidamente
la estatuilla taúrica de Ártemis y al linaje de Agamenón; pe-
se a circular gran cantidad de versiones respecto a cómo
aquélla y éste llegaron allí o cómo allí permanecieron, no
puedo hallar ninguna explicación convincente: consignaré 2
así lo que sé con certeza. Son las Comanas dos ciudades del
mismo nombre en territorio capadocio, no muy distantes en-
tre sí y de idéntico rango[13]; las leyendas y reliquias de am-
bas son las mismas, y en concreto ambas guardan, como si
fuera la verdadera, la espada de Ifigenia.

---

[11] La Comana Póntica, ciudad situada al sur de Cabira, a orillas del Iris (actualmente llamado Yeşil Irmak y Tozanlí-Sú en su curso superior). Su emplazamiento se ha ubicado en el yacimiento arqueológico de Gümenek.

[12] Laguna de unas siete letras.

[13] La segunda Comana, Comana de Capadocia, se situaba a orillas del Saro (actual Seyhan Nehri).

Sobre este asunto baste lo dicho. El año siguiente, co- 12
rrespondiente al consulado de Manio Acilio y Gayo Pisón,
Mitrídates se estableció en las proximidades de la zona de
Gaciura[14], frente a Triario; se empleó en incitar a éste al
combate al tiempo que llevaba a cabo maniobras tendentes a
despertar su cólera (concretamente se ejercitaba él mismo y 2
e instruía al ejército a la vista de los romanos), ya que pre-
tendía batirse con él y, según confiaba, vencerlo antes de
que compareciese Lúculo, cosa que le permitiría recuperar
el resto de su imperio. Pero dado que no efectuaba ningún
movimiento, envía algunas tropas al fuerte de Dádasa[15],
donde estaban depositados los bagajes romanos, a fin de que
aquéllos, al menos para defenderse de su acometida, planta-
sen batalla. Y logró su objetivo. Pues al principio Triario se 3
mantuvo tranquilo por temor a la magnitud de las huestes de
Mitrídates y porque esperaba a Lúculo (a quien había hecho
llamar). Pero cuando llegaron noticias del cerco de Dádasa
y los soldados, llenos de ansiedad en lo concerniente a sus
personas y por tal motivo revueltos, comenzaron a amena-
zar con socorrerse a sí mismos bajo iniciativa propia en
caso de que nadie quisiera acaudillar la empresa, Triario
hubo de abandonar, aun sin quererlo, sus posiciones. Cuan- 4
do estaba ya en marcha, los bárbaros atacaron para rodear y
liquidar, apoyándose en su superioridad numérica, a cuantos
encontraban, mientras que envolvían y daban muerte a quienes,
sin saber que el río había sido desviado hacia la llanura,
buscaron refugio en ésta. Y habrían sido exterminados 13
por completo a no ser porque un romano, haciéndose pasar por
aliado de Mitrídates (el cual, como dije, contaba con no po-

[14] Ciudad situada al oeste de Comana, también a orillas del Iris, en el emplazamiento de la actual Turkhal.

[15] Dádasa era una fortaleza ubicada en las proximidades de la Comana Póntica.

cos de estos que combatían a su lado y ostentaban equipa-
miento idéntico al romano), se le acercó como si quisiera
decirle algo y le infligió una herida. El romano fue captura-
do y muerto, pero a causa de la turbación que produjo en los
bárbaros el suceso muchos de los romanos alcanzaron a es-
capar. Mientras Mitrídates sanaba de la herida entró en sos- 2
pecha de que algunos enemigos más se escondían también
en el campamento, ante lo cual, y bajo pretexto de otra cosa,
pasó revista a las tropas; y al ordenar que cada uno se retira-
se rápidamente a su tienda, logró sorprender y exterminar,
separados como estaban de los demás, a los romanos. En es- 14
to se presentó Lúculo, cuya llegada hizo pensar a muchos
que vencería fácilmente a Mitrídates y en breve recuperaría
cuanto se había perdido; no logró, sin embargo, resultado
alguno. En efecto, Mitrídates, establecido en las alturas ve- 2
cinas a Talaura[16], no le salía al encuentro, y el otro Mitrída-
tes —el medo, yerno de Tigranes[17]— cayó repentinamente
sobre los romanos cuando se hallaban desperdigados y mató
a muchos hombres; adémas, llegó la noticia de que el propio
Tigranes se dirigía hacia allí y el ejército se rebeló. Efecti- 3
vamente, entre los valerianos[18], —inicialmente excluidos de

[16] La ciudad de Talaura o Taulara ha sido identificada con la actual aldea de Taourla, a orillas del río Kelkit Çay (antiguo Lico), afluente oriental del Iris.

[17] El Mitrídates aquí mencionado es el el rey de Atropatena. Atropates, comandante de los medos en la batalla de Gaugamela, se unió a Alejandro cuando murió Darío. En el reparto de territorios ocurrido tras la muerte de Alejandro, Atropates recibió el noroeste de Media, que tomó de él el nombre de Atropatena

[18] Con tal nombre designa Dion a las tropas de L. Valerio Flaco, cónsul sufecto en el 86 que sucedió a Mario en el generalato de las guerras contra Mitrídates. Valerio fue muerto con motivo de un botín encabezado por su lugarteniente Fimbria; el mando de la tropas de Valerio pasó primero a Fimbria (de aquí que estas unidades reciban también el nombre de

la expedición pero después incorporados a ella— reinaba ya en Nísibis la inquietud a causa de la victoria obtenida y de la falta de movimiento, de que disponían de todo en abundancia y de que, por estar Lúculo ausente con mucha fre-
4 cuencia, pasaban la mayor parte del tiempo sin él; y, sobre todo, en razón de que los incitaba a la sedición un tal Publio Clodio, llamado por algunos Claudio[19], a quien, a pesar de que su hermana estaba casada con Lúculo, movía un ingénito afán de subversión. En aquella ocasión, concretamente, la turbulencia se desencadenó ante la noticia de que llegaba el cónsul Acilio, quien había sido designado, por las razones que ya expuse, sucesor de Lúculo. Ello hacía, en efecto, que considerasen desdeñosamente a Lúculo como relegado ya a
15 la condición de particular. Lúculo, en vista de ello y de que no obtuvo de Marcio —predecesor de Acilio en el consulado y a la sazón en camino a Cilicia, de cuyo gobierno iba a hacerse cargo— la ayuda que le había pedido, se veía sumi-
2 do en la incertidumbre, pues no se decidía a levantar la marcha sin motivo, pero también temía permanecer allí; se dirigió entonces contra Tigranes para ver si podía, al caer sobre él cuando no lo esperase y además se hallase fatigado, hacerlo retroceder, gracias a lo cual pondría fin, de la manera que fuese, a la rebelión de los soldados. Mas ninguna de
3 las dos cosas alcanzó a cumplir. Efectivamente, las tropas lo acompañaron hasta un punto desde donde era posible girar en dirección a Capadocia, hacia la cual todas, de manera unánime y sin decir palabra, se desviaron. Y por lo que res-

«fimbrianos») y después a Lúculo (cf. T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic. Volume II, 99 b. C - 31 b. C.,* Atlanta 1984, págs. 53 y 101).

[19] Publio Clodio Pulcro (92-42 a. C.), hijo de Apio Claudio Pulcro. *Clodius* es la forma «popular» de *Claudius*, una forma que adoptaron Publio y dos de sus hermanas.

pecta a los valerianos, al conocer que las autoridades de Roma los habían eximido de la expedición, desertaron en masa[20].

Nadie se extrañe de que Lúculo —que llegó a ser el más 16
avezado de los generales, el primer romano que cruzó el Tauro acompañado de un ejército y con fines bélicos, el vencedor sobre dos reyes de no poca monta a los que habría aniquilado si su decisión hubiera sido la de librar con rapidez la guerra— no pudiese imponer su autoridad a los soldados que combatían a sus órdenes, los cuales, por el contrario, se rebelaban una y otra vez para acabar desertando de
su lado. Pues los abrumaba con órdenes, era riguroso al exi- 2
girles su cometido, inflexible en los castigos y no conocía manera alguna ni de atraérselos con palabras, ni de ganar su adhesión mediante benevolencia, ni de hacerlos suyos con honores o repartos de dinero, cosas todas necesarias cuando se trata con una masa de hombres y especialmente cuando
se la conduce a la guerra. Ante tal estado de cosas los sol- 3
dados prestaron obediencia mientras se veían en buena situación y obtenían el botín que les compensaba por los peligros, pero tan pronto sufrieron golpes adversos y el miedo sustituyó a la esperanza, dejaron de reconocer su liderazgo. Prueba de ello es que cuando Pompeyo cogió a esos mismos soldados (pues incluso enroló de nuevo a los valerianos) no tuvo problema alguno de sedición. Tanto difiere un hombre de otro.

Siendo tal el proceder de los soldados, Mitrídates recu- 17
peró prácticamente todos sus dominios y dañó gravemente el territorio de Capadocia, sin que lo socorriesen ni Lúculo

[20] Según A. Keavenay (*Lucullus. A Life*, Londres-Nueva York, 1992, pág. 125) los valerianos mantenían que su periodo de alistamiento había terminado y ello fue lo que motivó su desobediencia.

—bajo el pretexto de que Acilio estaba cerca— ni Acilio. Éste, en efecto, primero se apresuró, como si tuviese propósito, incluso, de arrebatar a Lúculo la victoria, pero después, al conocer lo sucedido, ni siquiera llegó al campamento, sino
2 que dejaba pasar el tiempo en Bitinia. En cuanto a Marcio, no prestó ayuda a Lúculo con la excusa de que los soldados no habían querido seguirle, y en vez de ello se presentó en Cilicia, donde acogió a un tal Menémaco, que había desertado de Tigranes, y nombró a Clodio, quien había hecho defección de Lúculo bajo el temor de los sucesos acaecidos en Nísibis, comandante de la flota: pues también Marcio tenía
3 por esposa a una hermana de Clodio. Clodio cayó en manos de piratas, que lo soltaron por miedo a Pompeyo, y a continuación compareció en Antioquía de Siria albergando el propósito, al parecer, de unirse como aliado a los antioquenos para hacer frente a los árabes, con quienes los antioquenos mantenían diferencias. Allí provocó, igualmente, la sedición de ciertas gentes, a raíz de lo cual poco faltó para que perdiera la vida[21].

17ª Seguidamente subyugó la isla entera[22], y ello a pesar de que Pompeyo el Grande —cuya jurisdicción se extendía ya sobre todo el mar y sobre la franja territorial que alcanza hasta una distancia de tres días del mar— intentase impedírselo y le obstaculizase como si también las islas estuviesen bajo su autoridad. No obstante, Metelo puso fin a la guerra cretense incluso contra la voluntad de Pompeyo, y por este motivo celebró triunfo y recibió el título de Crético.

[21] Tras el presente parágrafo la tradición manuscrita muestra una laguna de dos folios en los que se debía tratar la guerra cretense; el parágrafo 17ª procede de Xifilino, pág. 1, 13-20 Dindorf (cf. n. 1).

[22] El sujeto es Metelo.

*** se abstuviese[23]. Pues en su afán de poder atacó in- 18
cluso a los cretenses que habían firmado un acuerdo con
aquél y, sin consideración alguna hacia los tratados que
aducían, se apresuraba a castigarlos antes de que llegase
Pompeyo. Y Octavio, que estaba allí pero no disponía de
efectivos militares (en efecto, no había sido enviado para librar
ninguna guerra sino para hacerse cargo de las ciudades), se
mantenía en calma. También Cornelio Sisena, gobernador
de Grecia, llegó a Creta a fin de conocer lo que ocurría; Si-
sena aconsejó a Metelo que dejase en paz al pueblo, pero
aunque Metelo desoyó su consejo no emprendió acción al-
guna. Entre los muchos lugares donde Metelo ejerció su sa- 2
ña se encuentra la ciudad de Eleutera[24], a la que capturó por
medio de la traición y castigó con una contribución en metá-
lico; efectivamente, había en ella una torre hecha de ladrillo,
muy grande y muy difícil de reducir, torre a la que los trai-
dores impregnaron de vinagre por la noche una y otra vez,
de suerte que la dejaron a punto de desmoronarse[25]. Segui-
damente atacó y tomó Lapa[26], a pesar de hallarse ésta ocu-
pada por Octavio; a Octavio no le infirió daño alguno, pero
liquidó a los cilicios que lo acompañaban. Lleno de irrita- 19
ción ante ello, Octavio no permaneció quieto, sino que pri-
mero utilizó las tropas de Sisena (ya que éste había muerto
de enfermedad) para llevar ayuda a quienes, en cualquier par-
te, sufrían un tratamiento injusto; y cuando dichas tropas
fueron retiradas de allí, marchó a Hierapidna[27], donde com-
bate al lado de Aristión. Pues por aquellas fechas Aristión de-

[23] El sujeto es Metelo.

[24] También llamada Eleuterna, en Creta central.

[25] En la antigüedad circulaba la idea de que el vinagre tiene la capacidad de descomponer la piedra: cf. Livio, XXI 37, 2.

[26] O Lampa, en Creta occidental.

[27] O Hierapitna, actual Ierapetra, en Creta oriental.

jó Cidonia[28] y, tras vencer a un cierto Lucio Baso que había
sido enviado al mando de una flota para hacerle frente, cap-
2 turó Hierapidna. Durante algún tiempo resistieron, pero
cuando Metelo marchó contra ellos abandonaron los muros
y embarcaron; víctimas de una tormenta, fueron arrojados a
tierra, perdiendo muchos hombres. A raíz de ello Metelo se
3 hizo con toda la isla. Fue así como los cretenses, que duran-
te todo el tiempo anterior habían constituído un pueblo libre
sin que ningún dueño de fuera viniera a subyugarlos, caye-
ron en la esclavitud. Metelo obtuvo a raíz de ello el título de
Crético, pero no pudo conseguir el envío de Pánares y Lás-
tenes[29] (pues había capturado también a aquél) para que
formaran parte de su cortejo triunfal; efectivamente, Pom-
peyo, trás convencer a uno de los tribunos, se le adelantó en
hacerse con ambos, mostrando de esa manera que era a él, y
en razón del acuerdo obtenido, a quien se habían entregado,
no a Metelo.

20 Y voy ahora a exponer cómo se desarrollaron los asun-
tos concernientes a Pompeyo. Infligían los piratas daños
continuos al navegante, según el proceder que observan tam-
bién los bandidos respecto a quien habita en tierra. Porque
no hay tiempo en que esto no se haya producido, ni dejará
de producirse mientras la naturaleza humana siga siendo la
2 misma. Ahora bien, en época anterior los actos de pillaje
—ya fuese el mar su escenario, ya la tierra— tenían lugar
en determinados lugares, solamente en la estación adecuada
y a cargo de pocos individuos. Pero durante los años que es-
tamos tratando, desde que había muchas y continuas gue-
rras, eran muchas las ciudades arrasadas —pendiendo ade-

---

[28] La actual Janiá, en la costa noroccidental de Creta.

[29] Panares de Cidonia y Lástenes de Cnosos fueron protagonistas de la resistencia cretense.

más las penas pertinentes sobre cuantos huían de ellas— y
no había nada seguro, gran cantidad de gente se dio a la ra-
piña. Y si el bandidaje operante en tierra firme podía elimi- 3
narse mejor (ya que resultaba más patente a la población,
infligía daños inmediatamente perceptibles y su represión no
era muy difícil), la desarrollada por mar alcanzó las mayo-
res proporciones. Porque como las guerras contra potencias 4
rivales absorbían los esfuerzos de Roma, floreció gran nú-
mero de piratas que circundaban abundantes tramos de la
costa y unían fuerzas con cuantos estaban en su misma si-
tuación, hasta el punto de que muchas veces algunos de
ellos socorrieron a otros en calidad de aliados. Lo que hicie- 21
ron en cooperación con los otros ya se ha expuesto. Pues
bien, una vez terminó aquello, no depusieron su actitud, si-
no que ellos solos causaron grandes y graves daños a los
romanos y sus aliados. Navegaban no en pequeños grupos,
sino a bordo de grandes flotas y tenían generales, llegando
la cosa al extremo de que algunos de ellos adquirieron con-
siderable renombre. Primero y antes que nada pillaban y 2
capturaban a los navegantes (a quienes no dejaban en paz ni
siquiera durante la estación invernal, ya que incluso a lo
largo de ésta —movidos por la audacia, la costumbre y los
éxitos obtenidos— se empleaban sin temor en sus barcos),
después a los que se hallaban en los puertos. Porque cuando 3
alguien osó guiar sus naves contra ellos, la mayoría de las
veces fue derrotado y muerto, y si venció, fue incapaz no
obstante de efectuar captura ninguna ante la rapidez con que
los piratas surcaban las aguas; gracias a lo cual al poco
tiempo, como si hubiesen vencido, volvían sobre sus pasos
y por un lado arrasaban e incendiaban no ya aldeas y cam-
pos, sino incluso ciudades enteras, por otro dispensaban
amigable trato a determinados lugares, en los que estableci-
an, cual si de tierra amiga se tratase, cuarteles de invierno y

22 bases de operaciones. De esta manera, puesto que el éxito
coronaba sus empresas, comenzaron a adentrarse en tierra
firme, donde causaban grandes daños incluso a aquellos que
no tenían relación alguna con el mar. Y ello lo sufrían no
2 sólo los aliados de otras tierras, sino también la misma Ita-
lia. Pues al estimar que se harían con las riquezas, de mayor
entidad, existentes en territorio italiano y que todos los de-
más habían de mirarles con un más grande temor si ni si-
quiera dicho territorio respetaban, incluso a Hostia, además
de las restantes ciudades de la costa italiana, hicieron vícti-
ma de sus incursiones marítimas, en el curso de las cuales
3 quemaban las embarcaciones y lo saqueaban todo. Por últi-
mo, como no hallaban resistencia ninguna, adquirieron el
hábito de establecerse en tierra, donde, sin temor y de igual
manera que si estuviesen en sus casas, se dedicaban a dis-
poner de cuantos hombres no habían matado y de cuantas
4 riquezas habían apresado. Cada uno ejercía su actividad pi-
rática en una zona (pues de ninguna manera podían los
mismos devastar a lo largo de todo el mar y simultáneamente),
pero la solidaridad entre ellos era tan fuerte que enviaban
medios y ayuda no sólo a aquellos con quienes mantenían
5 lazos estrechos, sino también a los que apenas conocían. Y
una de las principales razones de su fuerza estribaba en que
si alguien de entre ellos ayudaba a cualquier otro, era objeto
de la consideración general, y en cambio aquellos que lo
atacaban sufrían los asaltos de todos los demás.

23 Tal vuelo cobró el asunto de los piratas que la guerra
por ellos librada se volvió grande, continua, imposible de
prevenir y pérfida. Ciertamente los romanos recibían noticia
de lo ocurrido e incluso presenciaban algunas de sus conse-
cuencias (en efecto, como no les llegaba ningún artículo de
importación, también los envíos de trigo habían sido clausu-
rados), pero, a despecho de que ya era hora de hacerlo, no

concedían gran atención al asunto, sino que se limitaban a 2
despachar barcos y generales sólo cuando alguna noticia
aislada los llenaba de inquietud; con ello no conseguían nada,
antes bien mediante esos mismos expedientes incrementa-
ban en grado muy considerable las penalidades arrostradas
por sus aliados, quienes finalmente quedaron reducidos a una
situación extrema. Se reunieron entonces y durante muchos
días discutieron el plan a seguir. Bajo el peso de peligros sin 3
tregua, considerando que se encontraban ante una guerra de
gran magnitud, en la idea de que no eran capaces de plantar
batalla ni a todos los enemigos conjuntamente ni a cada uno
por separado (ya que se prestaban ayuda entre sí y de otro
lado resultaba imposible combatirlos simultáneamente en
multitud de frentes), se abatió sobre ellos un fuerte senti-
miento de incertidumbre y desesperanza respecto a las solu-
ciones que cabría arbitrar. Por fin cierto Aulo Gabinio, tri- 4
buno, expuso una propuesta (y al hacerla o bien actuó
movido por Pompeyo o, en todo caso, quiso agradar a
aquél; pues no lo guiaba sentimiento alguno de benevolen-
cia hacia la república, ya que era hombre de pésima condi-
ción): que para hacer frente a todos aquellos se eligiera de
entre los consulares a un general, el cual, revestido con el tí-
tulo de dictador, ejercería el poder por tres años, contaría
con la ayuda de un buen número de subcomandantes y dis-
pondría de fuerzas considerables. No pronunció abier- 5
tamente su nombre, pero resultaba evidente que nada más
escuchar una propuesta de tal índole la asamblea elegiría a 24
Pompeyo. Y así fue, pues tan pronto aceptaron su moción,
todos se inclinaron por Pompeyo excepto el senado. Éste, en
efecto, prefería sufrir cualquier cosa a manos de los piratas
antes que entregar a Pompeyo tamaño generalato; poco fal-
tó, incluso, para que dieran muerte a Gabinio en el mismo
consistorio. Pero como Gabinio logró escapar de la manera 2

que fuese, la plebe, al conocer la disposición de los senado-
res, entró en tal estado de turbulencia que arremetió contra
ellos mientras permanecían en la sala de sesiones. Y en ver-
dad que, si no se hubiesen quitado de en medio, les habrían
3 dado muerte. Los demás, por tanto, se dispersaron y logra-
ron mantenerse ocultos, pero el cónsul Gayo Pisón (pues los
presentes sucesos se desarrollaban bajo el consulado de éste y
de Acilio) fue capturado, y a punto estaba de morir en lugar
de los demás cuando Gabinio lo liberó. A raíz de lo cual los
notables, satisfechos con que les fuera permitido guardar la
vida, no emprendieron por sí mismos maniobra alguna, pero
se dedicaron a convencer a los otros nueve tribunos para que
4 plantasen frente a Gabinio. De esos nueve, y por temor a la
plebe, sólo se le enfrentaron un tal Lucio Trebelio y Lucio
Roscio, quienes, aunque tuvieron ánimo para ello, no consi-
guieron ni decir ni realizar nada de lo que habían prometido.
Pues una vez que sobrevino el día fijado para que se ratificase
5 la propuesta, ocurrió lo siguiente. Alentaba Pompeyo gran de-
seo de ocupar el cargo, y, bajo el efecto de su propia ambición
y del empeño de la plebe, llegó a estimar no ya que la desig-
nación supondría un honor, sino que el no obtenerla equival-
dría a una deshonra; ante lo cual, y percatándose de la resis-
tencia de los notables, decidió aparentar que se veía forzado a
6 aceptarla. En general, efectivamente, había simulado no ape-
tecer para nada aquello que perseguía; pero ahora lo fingía
aún más, al tener en cuenta que pretender el cargo volunta-
riamente constituiría algo sujeto a críticas, mientras que al-
canzar el nombramiento no por voluntad propia sino por ser
considerado el militar de mayor valía representaría un motivo
de gloria. Hizo, pues, acto de presencia y dijo: «Me congratu-
lo, quirites[30], de verme objeto de vuestras distinciones. Por-

[30] Es decir, «ciudadanos». Sobre este término, cf. n. 228.

que todo hombre, de acuerdo con un impulso natural, se ufana
cuando sus conciudadanos le otorgan título honorífico, y así
yo, que tantas veces he disfrutado de vuestros gestos de apre-
cio, no sé de qué manera puedo elevar mi regocijo al nivel
que merecela presente ocasión. Pienso, sin embargo, que ni a
vosotros os cumple esa actitud de incansable favor hacia mi
persona, ni a mí el ocupar ininterrumpidamente la posición de
poder que sea. Pues por lo que a mí respecta, desde mi juven-
tud he dilapidado fuerzas en las fatigas del servicio, y en
cuanto a vosotros, es preciso que también a los demás les dis- 2
penséis vuestro apoyo. ¿Es que no recordáis cuántas penali-
dades soporté en la guerra contra Cinna, a pesar de que era
muy joven, ni cuántas fueron mis fatigas en Sicilia y en Áfri-
ca, sin que en puridad me contara aún entre los efebos, ni
cuántos peligros hube de arrostrar, y ello cuando todavía no
era miembro del senado, en la empresa de Hispania? No diré
que me haya faltado, en recompensa por todos esos servicios,
vuestro agradecimiento. ¿Cómo iba a decirlo? Más bien es 3
cierto lo contrario, pues junto a las demás distinciones, mu-
chas y considerables, con que me obsequiasteis, para mí su-
puso grandísimo motivo de honra el que me confiaseis el
mando de la expedición contra Sertorio, mando cuyo peso
ningún otro quería ni podía asumir, y el triunfo que, contra lo
acostumbrado, celebré a su término. Pero las muchas preocu- 4
paciones y los muchos peligros que afronté han desgastado mi
cuerpo y castigado mi ánimo. No miréis, en efecto, que aún
soy joven, ni calculéis cuántos años cumplo. Pues si enume- 5
ráis las expediciones a cuyo frente me he hallado y los peli-
gros por los que atravesé, encontraréis que ciertamente éstos
son mucho más abundantes que mis años, lo que contribuirá a
persudiros de que no estoy ya en disposición de soportar ni
las fatigas ni los desvelos. Y si hubiera quienes, pese a cuanto 26
he expuesto, perseverasen en la opinión contraria, considerad

que toda empresa de la índole de la presente arrastra consigo envidias y odios. Punto este al que vosotros no prestáis atención ninguna (pues el atribuiros semejantes consideraciones
2 resulta totalmente impropio), pero que puede ser sumamente gravoso para mí, ya que, lo reconozco, ninguno de los peligros inherentes a la guerra me causa ni los desasosiegos ni las aflicciones que tales situaciones me producen. En efecto, ¿quién en su sano juicio viviría gustoso entre hombres que albergan sentimientos de celosa inquina contra su persona? ¿Quién acogería con agrado el desempeño de una tarea pública bajo la perspectiva de enfrentarse a juicio si fracasa y ser
3 blanco de envidias en caso de que la corone con éxito? Antes bien, permitid, en lo que a mí respecta, que tanto por éstas como por otras razones lleve una vida tranquila dedicado a mis ocupaciones, con objeto de que pueda al fin velar por mis asuntos particulares y no agote mis fuerzas hasta quedar aniquilado. Y para hacer frente a los piratas votad a otro. Son bastantes los que tienen voluntad y capacidad para ejercer el mando de una flota, y sus edades varían desde la juventud hasta años más maduros, de manera que podéis elegir facil-
4 mente entre muchos. Pues no soy el único que os aprecia ni el único en contar con experiencia bélica, sino que también el de aquí o el de más allá —y no quiero pronunciar nombre alguno por no dar la impresión de estar favoreciendo a nadie— reune idénticas condiciones».

27 Después de que en tales términos se dirigiera aquél a la asamblea, Gabinio tomó la palabra y dijo: «La actitud que adopta ahora Pompeyo, quirites, hace honor a su línea de conducta habitual, en la que no se registra ni ansia de mandos ni disposición a aceptar cargos cuando se le entregan
2 con precipitación. Y si no de otra manera debe aspirar al poder ni perseguir el desempeño de tareas públicas quien es varón de altas prendas, también a las presentes circunstan-

cias cuadra que cualquier misión sea asumida de manera reflexiva, ya que gracias a ello su ejecución podrá efectuarse con paso igualmente firme. Pues las promesas aventuradas cobran inoportuna premura cuando llega el momento de la acción, provocando así numerosos fracasos, pero lo que desde el primer momento procede con meticulosidad guarda idéntica firmeza a la hora de actuar y es causa de común beneficio. En cuanto a vosotros, debéis elegir no lo que es del 3
gusto de Pompeyo, sino lo conveniente para el estado. Los asuntos públicos, en efecto, han de encomendarse a quienes son adecuados para ello, no a quienes apetecen cargos. Y hombres de esta última clase podeis encontrar en abundante profusión, pero de la primera no hallaréis a ninguno salvo a Pompeyo. Recordad todo lo que pasamos cuando, en la gue- 4
rra contra Sertorio, estábamos necesitados de un general, y cómo ni entre los más jóvenes ni entre los de más edad dimos con nadie, fuera de Pompeyo, que reuniese las cualidades precisas, sino que hubimos de elegirlo a él pese a la oposición de ambos cónsules y no obstante el que ni entonces alcanzase aún la edad requerida ni fuese miembro del senado. Sería mi voluntad que pudieseis contar con abun- 5
dantes hombres de valía, y si se tratase de formular deseos los formularía. Pero ni a base de formular deseos van a hallar salida nuestros actuales requerimientos, ni éstos son satisfechos automáticamente por cualquiera, antes bien, se hace preciso alguien cuya condición responda adecudamente a lo que el asunto exige, alguien que alcance a conocer los remedios oportunos, que ejecute las medidas convenientes y a quien en todo momento asista la buena suerte; y como la concurrencia de estos atributos en el mismo hombre resulta sumamente rara, desde el momento en que aparezca 6
alguien así todos unánimemente debéis volcar en él vuestros afanes y de él serviros aun contra su voluntad. Pues seme-

jante coacción redunda en el mayor beneficio tanto para quien la ejerce como para quien la padece: para aquél porque así puede obtener su salvación, para éste porque con ello conseguiría salvar a sus conciudadnos, en defensa de los cuales entregaría cuerpo y alma, sin reserva alguna,
28 quien es hombre cabal y amante de su ciudad. Si el Pompeyo muchacho fue capaz de servir en el ejército, desempeñar el generalato, incrementar vuestros dominios, preservar los de los aliados, anexionar los de los enemigos ¿porqué no puede resultaros de la mayor utilidad el Pompeyo de ahora, el que se halla en su plenitud y cumple la edad en que todo hombre alcanza el sumo de sus cualidades, el que ha adquirido toda
2 la experiencia que puede adquirirse en las guerras? El adolescente a quien vuestro parecer otorgó públicas responsabilidades ¿topará con vuestro rechazo una vez ha alcanzado la virilidad? El miembro del orden ecuestre en cuyas manos pusisteis las guerras de antaño ¿no conseguirá que le fiéis el
3 presente generalato cuando forma parte del senado? Quien fue, antes de dar prueba fiel de su calidad, vuestro único recurso frente a los peligros que a la sazón apremiaban ¿no obtendrá ahora, cuando tenéis la más sobrada prueba de su valía, vuestro voto para afrontar los asuntos que con premura no inferior nos urgen en la actualidad? El hombre a quien designasteis para luchar contra Sertorio, aunque entonces ni siquiera aunase los requisitos necesarios para el desempeño de cargos públicos, ¿no habrá de merecer que lo enviéis contra los piratas pese a estar ya en posesión de la distinción
4 consular? Por el contrario, vosotros ceñid vuestra actuación a este criterio, y tú, Pompeyo, préstanos obediencia a mí y a la patria. Pues en ella has nacido, en ella te has criado y es tu deber plegarte a los dictados de su conveniencia y no eludir trabajo ni peligro alguno que la defensa de tales dictados exija, sino aguardar tu suerte e incluso, en el caso de que

resulte necesaria la entrega de tu vida, consentir en arrostrar
la muerte. Motivo de risa es, por lo demás, que haga yo 29
blanco de semejantes exhortaciones a alguien como tú, que
en tantas y tamañas guerras ha dado muestra de su valor y
de su devoción a la patria. Por tanto, préstanos obediencia a 2
mí y a éstos y no temas que algunos alimenten sentimientos
de envidia, antes bien, en razón justamente de ello, redobla
tu firmeza y desprecia así, considerando el afecto mayorita-
rio hacia tu persona y el común beneficio de todos nosotros,
a quienes te miran con malos ojos. Y si deseas causarles 3
además algún daño, comienza por esto, ya que a ellos les in-
fundirás pesar al revestir el generalato contra su criterio y
en beneficio de tu reputación, y por lo que a tí toca, corono-
rás tu carrera de la manera que mereces al alejar de nosotros
abundantes y considerables calamidades.»

Cuando hubo terminado Gabinio, Trebelio intentó repli- 30
carle, pero como no le fue concedida la palabra, manifestó
su negativa a que se procediese a votar. Ante lo cual Gabi- 2
nio, lleno de cólera, detuvo la votación concerniente a Pom-
peyo, pero propuso otra concerniente al mismo Trebelio.
Las diecisiete primeras tribus que trataron el asunto decreta-
ron que había actuado de manera ilegal y que en adelante no
podía ocupar el cargo de tribuno. Y a punto ya de decantar-
se en el mismo sentido la décimo octava, con grandes difi-
cultades se mantuvo en silencio a Trebelio. Al verlo Roscio 3
no osó decir nada, pero elevó la mano para exhortarles a
que eligieran dos hombres, en la idea de que mediante tal
expediente quebraría de alguna manera la supremacía de
Pompeyo. Y al tiempo que movía de tal manera las manos,
la muchedumbre estalló en grandes y amenazadoras voces,
hasta el punto de que un cuervo cuyo vuelo discurría por
encima de ella vino a quedar fuera de sí y cayó como si lo
hubiese abatido un rayo. Y ello motivó que Roscio mantu- 4

viese quieta no ya la lengua sino además las manos. Cátulo, a todo esto, guardaba silencio; pero he aquí que Gabinio lo invitó a intervenir, pues —junto al hecho de que Cátulo presidía el senado— creía que gracias a su intervención habrían de conseguir también el asentimiento de los otros (esperaba, en efecto, que al ver el mal trance por el que pasaban los tribunos, Cátulo se adhiriera a su parecer); y dado que gozaba del respeto y la consideración de todos, que lo veían como hombre de palabras y actuaciones encaminadas siempre al encuentro de cuanto les beneficiaba, obtuvo venia para hablar, pronunciando el siguiente discurso:

31 «Que me he afanado hasta un punto difícilmente ponderable en servir a los que integráis la mayoría, todos sin duda lo sabéis bien, quirites. Y siendo ello así, a mi me resulta obligado deciros con franqueza absolutamente todo lo que en mi opinión redunda en beneficio de la ciudad, y a vosotros os toca atender con calma a mis palabras y seguidamente
2 tomar una decisión. Porque en medio de turbulencias, aunque seáis capaces de entender lo que os conviene, quizás no lo pongáis en práctica, pero si prestáis oído a quienes se dirigen a vosotros, atinaréis con toda precisión en lo que cons-
3 tituye vuestro provecho. Pues bien, en primer lugar y sobre todo quiero yo declarar que a ningún hombre debe ponerse de manera consecutiva al frente de tan altas magistraturas. Tal proceder no sólo está vedado por las leyes, sino también comporta un riesgo cuya altísima magnitud atestigua la experiencia. Respecto a la conducta de Mario puede decirse, en efecto, que no fue inducida sino por las muchas guerras que le fueron confiadas en brevísimo tiempo y los seis con-
4 sulados que en un lapso mínimo desempeñó; y respecto a la de Sila, no obedeció sino al generalato que durante tantos años lo mantuvo sin interrupción al frente del ejército para seguidamente ser nombrado dictador y a continuación cón-

sul. Y es que no entra en la condición humana el que un alma —y ello toca no ya a la joven, sino también a la de edad provecta— tras haber vivido durante largo tiempo el ejercicio del poder consienta en atenerse a los usos heredados.
Hablo así no porque albergue motivo alguno de reprobación 32
hacia Pompeyo, sino porque ni me parece a mí que esto haya redundado alguna vez en beneficio vuestro ni las leyes permiten semejante proceder. Pues si los nombramientos honran a quienes son juzgados dignos de ostentarlos, dicha honra debe alcanzar a todos los que se ven designados por ellos (ya que en eso consiste la democracia), y si comportan esfuerzo, también en éste tienen todos que tener su parte alícuota (ya que en eso consiste la igualdad). Ocurre, además, 2
que el obrar conforme a semejante criterio aumenta el número de cuantos, ejercitados en las tareas públicas, están por su experiencia calificados para afrontar cualquier tipo de empresa, con lo cual vuestra elección se torna mas fácil; mientras si prevalece aquel otro parecer, de manera indefectible será grande la escasez de hombres que ejerciten sus fuerzas en el servicio público y merezcan que éste se les confíe. Una de las razones —y no la última— por las que 3
en la guerra contra Sertorio os visteis faltos de un general fue precisamente ésta, la de que durante los años anteriores recurrieseis frecuentemente a los mismos hombres. Y así, incluso aunque todas las demás consideraciones subrayen la idoneidad de Pompeyo para ser puesto al frente de la guerra contra los piratas, dado no obstante que su elección iría contra lo dispuesto por las leyes y lo acreditado por los hechos, de ninguna manera conviene ese proceder ni a vosotros ni a él.

»Son ésas, por tanto, las razones que en primer lugar y 33
sobre todo quiero exponer; y en segundo lugar las siguientes: si cónsules, generales y representantes de ambos asumen

regularmente sus cargos y sus gobiernos de acuerdo con las leyes, ni por lo demás dice mucho en vuestro favor el que éstos permitan la introducción de una nueva magistratura ni
2 tal cosa os beneficia. ¿Con qué objeto, efectivamente, elegís magistrados cada año si en realidad de nada os van a servir ante situaciones como la presente? No desde luego para que deambulen con togas orladas de púrpura, ni para que revistan el solo título de magistrado sin desempeñar sus funcio-
3 nes. ¿Y cómo éstos y todos los demás que se consagran a alguna otra tarea pública no os harán blanco de su hostilidad si abolís las magistraturas tradicionales y para nada recurrís a quienes fueron elegidos según las leyes, sino asignáis a un particular la autoridad derivada de una institución foránea y
34 sin carta aún de naturaleza? Ciertamente, en el caso de que fuera preciso designar una magistratura que viniera a sumarse a las anuales, hay para ello un precedente antiguo, el del dictador. Figura que, por la índole de sus atribuciones, diseñaron nuestros antepasados sólo para casos extraordina-
2 rios y con vigencia no superior a los seis meses. De esta manera, si os veis ante el imperativo de conferir a alguien semejantes atribuciones, podéis elegir dictador a Pompeyo o a cualquier otro sin que vuestra elección falte a las leyes ni incurra en un tratamiento negligente de cuestiones concernientes al bien común, siempre que el ejercicio de tal cargo no se extienda fuera de Italia ni vaya más allá del tiempo fijado. Pues sin duda no ignoráis que precisamente este punto fue objeto de rigurosa observancia por parte de nuestros mayores, y que no se registra territorio alguno al que le fuese asignado dictador con excepción de Sicilia, donde hubo
3 uno que, sin embargo, no llevó a efecto nada. Pero si ni Italia necesita semejante figura, ni vosotros podríais tolerar no ya la presencia de un dictador, sino siquiera su nombre (según acreditan las oleadas de indignación que tributasteis a

Sila), ¿cómo va a resultar acertada la asignación de un cau-
dillaje recién instituido, prolongado además por espacio de
tres años y bajo cuya competencia caerían prácticamente to-
dos los asuntos, tanto referidos a Italia como concernientes
a los territorios exteriores? Pues todos por igual sabéis cuán- 4
tos peligros nacen de aquí para las ciudades y cuántos han
sido los que, por inicuo apego al poder, trajeron repetida in-
tranquilidad al pueblo y se infligieron a sí mismos inconta-
bles males.

»No hablaré más, por tanto, de este tema. En efecto, en- 35
comendar a uno solo la gestión del estado, poner en unas
solas manos, aunque sean las de alguien dotado de las más
altas prendas, la potestad de decidir soberanamente sobre
todo aquello en que radican nuestros bienes, ni puede apro-
barse bajo ningún punto de vista ni tampoco resulta conve-
niente ¿quién puede dudarlo? Porque los grandes honores y
las jurisdicciones desmedidas exaltan y destruyen a quienes
las desempeñan. Esto otro, en cambio, os pido que miréis, la 2
completa imposibilidad de que un solo hombre mande sobre
todo el mar y administre con acierto toda esta guerra. Por-
que debéis, si es que os decidís a obrar como es debido, li-
brar simultánea guerra contra todos ellos, a fin de impedir-
les que se concierten entre sí y también que busquen refugio
entre los que están excluídos de la guerra, privados de lo
cual no resultarán excesivamente difíciles de doblegar. Se- 3
mejante objetivo de ninguna manera podría realizarlo un so-
lo general ¿cómo iba a guerrear durante los mismos días en
Italia y en Cilicia, en Egipto y en Siria, en Grecia y en Ibe-
ria, en el Mar Jonio y en las islas? Por tanto, se hace preciso
que sean muchos los soldados y muchos los generales aten-
tos a esta empresa para que de su empleo resulte algún be-
neficio. Y en el caso de que se mencione aquello de que si 36
encomendáis a uno solo toda la guerra, ése contará de todas

maneras con abundantes almirantes y subcomandantes ¿cómo no va a resultar —diría yo— más conforme a la justicia y más conveniente, y qué impedimento hay para que quienes han de recibir el mando por delegación de éste sean previamente asignados a la misma función por vosotros y de vosotros reciban su autoridad, independiente así de cual-
2 quier otra instancia? De esa manera incluso prestarán más atención a la guerra, al haberle sido confiada a cada uno en particular una parte y verse imposibilitados de trasladar a otro su incuria en lo tocante a ella; competirán además por la gloria con mayor encono, ya que al ser independientes guardarán en propio haber el renombre nacido de sus empresas. Pero de la otra manera ¿quién creéis que igualmente ***[31] si está sujeto a algún otro, y quién creéis que obedecerá cualquier orden sin replicar cuando la victoria ha de ser no para él sino para una persona ajena?

3 »Por tanto, de ninguna manera podría un hombre solo librar simultáneamente tamaña guerra, según ha reconocido el mismo Gabinio: pues estima, ciertamente, que a la persona elegida se la debe dotar de muchos colaboradores. Queda así por mirar si los que se despachen han de ser comandantes o subcomandantes, generales ⟨o subgenerales⟩, legitimados por el pueblo entero para ejercer una suerte de autoridad
4 plenipotenciaria o por aquél para su asistencia. Que la propuesta por mí enunciada realmente se adecua más a la ley y resulta ⟨más ventajosa⟩ no ya con referencia a todos los demás aspectos, sino en lo tocante a los piratas mismos, cualquiera de vosotros lo aceptará. Con independencia de lo cual, prestad también atención a aquella otra vertiente de la

---

[31] Boissevain, y con él la mayoría de los editores, supone que el texto presenta aquí una laguna, cuyo sentido se ha intentado suplir con expresiones como «sentiría la llamada del valor» (Reiske) o «pondría enn juego su osadía» (Polak).

cuestión, esto es, a la abolición de todas las demás magistraturas que de vosotros dependen con la excusa de los piratas, y al hecho de que durante este periodo ninguna de ellas ni en Italia ni en territorio sometido ***[32]».

Y Cátulo, uno de los nobles, se expresó ante el pueblo de la si- 36ª
guiente manera: «Si es enviado a esta tarea y fracasa, como suele suceder en muchas confrontaciones y especialmente en las marítimas, ¿con qué otro lo sustituiréis en momentos de mayor apremio?» Entonces el pueblo entero, como a una señal convenida, prorrumpió en un grito diciendo: «a ti». De esta manera quedó Pompeyo en posesión del imperio sobre el mar, las islas y el territorio de los continentes hasta una distancia de treinta estadios a partir del mar.

*** y cónsul de Italia por tres años, le asignaron quince 37
subcomandantes y la flota entera, y en lo tocante a dinero y tropas, decretaron que tomara cuantas quisiera. Todo aquello lo ratificó, aun contra su voluntad, el senado, y además dictaminó, cada vez que fue necesario, sobre cuanto requerían las diferentes cuestiones; lo movió a ello especialmente 2
la ingente cólera que concibió la asamblea del pueblo cuando Pisón, gobernador de la Galia Narbonense, no permitió a los delegados proceder a las levas en el territorio sujeto a su jurisdicción. Incluso habrían depuesto de inmediato a éste a no ser porque Pompeyo los hizo desistir. Efectuó, por tanto, 3
los preparativos que la empresa y su propio criterio requerían; a continuación recorrió, mediante un movimiento conjunto que en parte dirigió personalmente, en parte encomendó a sus generales, toda la línea costera que sufría la acción de los piratas, y dentro de ese mismo año pacificó la

[32] La desaparición de un folio provoca aquí una importante laguna; el sentido del texto omitido suele suplirse mediante el resumen de Xifilino, pág. 4, 2-11 Dindorf (= cap. 36ª).

4 mayor parte de ésta. Tanto en barcos como en en fuerzas de
infantería el aparato militar que desplegaba era ingente, gra-
cias a lo cual se imponía por mar lo mismo que por tierra sin
resistencia posible; pero asimismo era ingente la benignidad
desplegada hacia quienes se pasaban a su bando, conducta
esta mediante la cual también logró atraer a una gran mayo-
5 ría. Pues doblegadas por sus fuerzas y conocedoras de su
probidad, de muy buen grado abrazaban las gentes su causa.
Se afanaba, entre otras cosas, porque de ninguna manera los
volviese a colocar la pobreza en el trámite de atropellar las
leyes, y cuantas tierras veía desiertas, cuantas ciudades ne-
6 cesitadas de residentes, las ponía en sus manos. Una de las
ciudades que así fueron refundadas es la llamada Pompeyó-
polis: situada en la costa de Cilicia, había sido devastada por
Tigranes, portando anteriormente el nombre de Solos.

38 Tales sucesos acaecieron bajo el consulado de Acilio y
Pisón; y contra los convictos por soborno para la consecu-
ción de magistraturas decretaron los cónsules mismos la
prohibición de desempeñar cargos y acceder al senado, e in-
2 cluso les impusieron el pago de sanciones económicas. Pues
como la potestad tribunicia había vuelto a su antigua condi-
ción y muchos de los que habían sido tachados por los cen-
sores se esforzaban por recuperar mediante cuaquier procedi-
miento el acceso al senado, todas las magistraturas se veían
envueltas en abundantes luchas de partidos y conspiracio-
3 nes. Los cónsules procedieron así no por rechazo hacia se-
mejante práctica (se demostró, en efecto, que ellos mismos
habían protagonizado intentos de esa índole; Pisón, concre-
tamente, fue acusado por este motivo y compró de unos y
otros la no celebración del juicio), sino bajo presión del se-
4 nado. La razón fue que un tal Gayo Cornelio, tribuno en
ejercicio, propuso la imposición de penas muy duras sobre
quienes actuaban de esta manera, siendo seguido en ello por

la asamblea popular. Por su parte el senado consideraba que la severidad en los castigos esgrime amenazas capaces de infundir pánico, pero dificulta con lo irreparable de sus sanciones el dar con acusadores y con gentes dispuestas a la
condena de los culpables, y que por el contrario la mesura 5
convoca numerosas acusaciones y no disuade de veredictos condenatorios; por lo cual instó a que fuera alterado el tenor de aquella propuesta y a que los cónsules le confirieran ran-
go de ley. Puesto que la elección de magistraturas ya había 39
sido convocada y, consecuentemente, no era posible establecer ninguna disposición legislativa antes de ellas, dado además que en ese intervalo los candidatos habían perpetrado gran número de acciones criminales hasta el punto de que incluso se produjeron asesinatos, votaron que la ley fuera introducida antes de la elecciones y que se dotase de guardia
a los cónsules. Y Cornelio, lleno de irritación ante semejan- 2
tes medidas, planteó una proposición que arrebataba al senado tanto la facultad de conceder magistratura alguna a quien la solicitase sin el amparo de la leyes, como la posibilidad de emitir acuerdos sobre cualquier otra cuestión cuyo arbitrio correspondiese al pueblo; tal era, efectivamente, el dictado de la antigua ley, dictado que sin embargo no se ob-
servaba en la práctica. Sobrevino ante ello gran turbulencia 3
(nacida de la oposición que, junto a muchos otros miembros del senado, levantaba Pisón), a resultas de la cual la muchedumbre quebró las haces de éste y a él lo intentó descuarti-
zar. Al ver Cornelio tal vehemencia, disolvió de momento, 4
antes de que se procediese a votar, la asamblea, pero posteriormente efectuó un añadido a la ley por el cual en todos aquellos asuntos el senado formularía un decreto previo que
el pueblo de manera obligada había de sancionar. De esa 40
manera reguló por ley el supuesto en cuestión, así como otro del siguiente tenor: todos los pretores debían ocuparse

de compilar y publicar las normas legales que habían de informar los procesos a celebrar bajo su mandato; pues ocurría que las disposiciones referentes a los contratos no siem-
2 pre se hallaban formuladas. Ahora bien, los pretores no cumplían este precepto mediante una promulgación definitiva, y tampoco se atenían a lo que habían publicado, sino que muchas veces volvían sobre lo allí escrito y, como es de esperar, en bastantes ocasiones tal vuelta venía dictada por el favor o la hostilidad hacia determinados personajes; ante lo cual Cornelio propuso que anunciaran inmediatamente al inicio de su mandato la normativa de que se iban a servir y que no
3 introdujeran ningún cambio en ésta. En suma, tal celo dedicaron los romanos en aquella época a la eliminación de sobornos, que además de castigar a los convictos dispensaban también recompensas a sus acusadores. Ocurrió así que Marco Cota hizo destituir al cuestor Publio Opio bajo el cargo de soborno y de sospecha de conspiración, mientras que de otro lado él mismo se hizo con gran cantidad de riquezas
4 procedentes de Bitinia; y que a Gayo Carbón, su acusador, lo distinguieron con honores consulares, a pesar de había desempañado sólo el cargo de tribuno. Posteriormente Carbón fue a su vez gobernador de Bitinia, y como incurrió en irregularidades de no menor monta que las de Cota, fue recíprocamente acusado por el hijo de aquél y se le encontró
5 culpable. Pues hay quienes, mucho más proclives a la ajena censura que a la propia advertencia, con la mayor facilidad hacen suyas aquellas prácticas que juzgan merecedoras de castigo cuando las cometen los de al lado, y por esta razón sus recriminaciones a otros no ofrecen garantía ninguna de que
41 odien aquello que recriminan. Y Lucio Lúculo desempeñó la pretura urbana, pero cuando le tocó en suerte el gobierno de Cerdeña no lo quiso, ya que aborrecía este cometido por ser muchas las ejecutorias provinciales caracterizadas por el

abuso. Ofreció, en efecto, prueba más que sobrada de su honradez: cuando Acilio ordenó destruir la silla desde la 2 que Lúculo emitía sus veredictos porque en cierta ocasión éste permaneció sentado tras reparar en su presencia, Lúculo no se llamó a cólera, sino que desde ese momento, y en razón del proceder de Acilio, tanto él como sus colegas de magistratura impartieron de pie sus veredictos.

Roscio también introdujo una ley, y lo mismo Gayo 42 Manlio cuando fue tribuno. Ahora bien, el primero llegó a ser elogiado por su iniciativa (que separaba escrupulosamente de los demás asientos los lugares ocupados por los caballeros en las representaciones teatrales), mientras que 2 Manlio a poco estuvo de ser llevado a juicio. En efecto, el último día del año y por la tarde, confirió al estamento de los libertos, tras sobornar a algunos miembros de la asamblea popular, la facultad de votar juntamente con quienes los habían liberado. Y como al día siguiente mismo, justo al 3 iniciarse el mes en que inauguraron consulado Lucio Tulio[33] y Emilio Lépido, el senado rechazó su medida, Manlio, lleno de temor ante la ingente cólera del pueblo, atribuyó primero la proposición a Craso y algunos otros, pero puesto 4 que nadie le creía, dio en adular, aunque se hallaba ausente, a Pompeyo, movido especialmente por el gran predicamento que, según le constaba, tenía Gabinio ante aquél. Asignó a Pompeyo, de acuerdo con ello, la guerra contra Tigranes y Mitrídates, así como el gobierno de Bitinia y Cilicia. Un in- 43 dignado rechazo se adueñó de los notables, entre otras cosas porque Marcio y Acilio iban a ser depuestos antes de consumir el plazo de su mandato. Pero la plebe, a pesar de 2 haber enviado poco antes a estos hombres para regir los territorios conquistados (ya que, a tenor de los informes de

[33] El verdadero nombre parece ser Lucio Tulo.

Lúculo, creían haber culminado la guerra), votó no obstante
la última propuesta, siendo inducida ante todo por César y
3 Marco Cicerón. Unieron éstos sus fuerzas a la plebe no por-
que estimasen que las medidas convenían a la ciudad, ni
porque pretendiesen congraciarse con Pompeyo. Ahora
bien, como las cosas iban a tomar precisamente este rumbo,
César, por una parte, hizo al pueblo objeto de sus atencio-
4 nes, pues veía hasta qué punto era superior al senado, por
otra inició preparativos para que en un futuro se decretase
una medida semejante en beneficio suyo; y al tiempo persi-
guió que, en virtud de las atribuciones conferidas, Pompeyo
resultase blanco de mayores envidias y carga más onerosa, a
fin de que, en un plazo rápido, se hartasen de él. En cuanto
a Cicerón, aspiraba a dirigir la república y quería demostrar
tanto al pueblo como a los notables que incrementaría deci-
sivamente la fuerza del bando, fuese cual fuese, en el que se
5 integrara. Se mantenía, pues, en medio, y a veces secundaba
a éstos, a veces a aquéllos, con objeto de que ambos lo re-
quiriesen. Así, tras alegar primero que prefería a los nota-
bles, en consonancia con lo cual había puesto sus miras más
en el cargo de edil que en el de tribuno, a la sazón se pasó a
44 la plebe. Posteriormente los notables iniciaron determinado
proceso contra Manlio, proceso que éste intentaba demorar,
ante lo cual Cicerón (que era pretor y presidía el tribunal),
además de hacer todo lo posible en perjuicio de Manlio, a
duras penas lo pospuso para el día siguiente, aduciendo co-
2 mo excusa que el año tocaba a su fin. Seguidamente, el ma-
lestar surgido en el pueblo lo llevo a comparecer ante la
asamblea popular —obligado, según decía, por los tribu-
nos—, donde se extendió en críticas contra el senado y pro-
metió hablar en defensa de Manlio. Objeto, a resultas de
ello, de los vituperios correspondientes y calificado en espe-
cial de tránsfuga, el tribunal, sin embargo, no llegó a reunir-

se a causa de los desórdenes que inmediatamente sobrevi-
nieron. Ocurrió que Publio Peto y Cornelio Sila, sobrino del 3
famoso Sila, habían sido nombrados cónsules; y convictos
de corrupción, tramaron dar muerte a sus acusadores, Lucio
Cota y Lucio Torcuato, movidos sobre todo porque éstos los
habían sustituido. Fueron sobornados, entre otros, Gneo Pi- 4
són y Lucio Catilina, hombre de la mayor osadía (también
él había pretendido el cargo, y de aquí el furor que alberga-
ba), pero no pudieron llevar nada a efecto porque la conjura
fue delatada y el senado asignó guardia a Cota y Torcuato:
***[34] haberse emitido un decreto en su contra a no ser por 5
la oposición de un tribuno. Y puesto que aun bajo tales cir-
cunstancias daba Pisón muestras de osadía, invadió al sena-
do el temor de que acaeciera algún disturbio, con lo que al
punto se le despachó a Iberia bajo la excusa del desempeño
de un cargo. Allí fue acuchillado por los nativos a causa de
haber perpetrado cierto atropello.

En cuanto a Pompeyo, que inicialmente se preparaba pa- 45
ra navegar a Creta y hacer frente a Metelo, cuando conoció
las medidas aprobadas dio, al igual que antes, fingidas mues-
tras de fatiga y acusó a sus rivales de proporcionarle conti-
nuas cargas con objeto de causar el daño que pudiesen; no
obstante acogió esas medidas con el mayor júbilo, se desen- 2
tendió de Creta y de cualquier otra cuestión referente a las
operaciones marítimas que aún quedase pendiente y se de-
dicó a organizar la guerra contra los bárbaros. Y estando en
ello quiso probar las intenciones de Mitrídates, a cuyo efec-
to envía a Metrófanes como portador de proposiciones amis-
tosas. En un primer momento Mitrídates no se dignó a aten-
derlo (pues por esas fechas había muerto Ársaces, el rey de 3
los partos, y Mitrídates creyó que su sucesor Fraates haría

[34] El texto muestra aquí una laguna de dos o tres palabras.

causa común con él[35]), pero como Pompeyo se apresuró a ofrecer propuestas de amistad a Fraates en idénticos términos y lo convenció para que desencadenase un ataque contra la Armenia de Tigranes, al enterarse de la maniobra Mitrídates envió inmediatamente una embajada con objeto de en-
4 tablar un acuerdo. Le instó Pompeyo a que depusiera las armas y le entregase a los desertores, lo que Mitrídates no tuvo ocasión de considerar. Pues al oír semejantes cosas se alzaron tumultuosamente los soldados de su campamento, temerosos los desertores (que eran muchos) de ser entregados, y los bárbaros de verse obligados a combatir sin ellos.
5 Y habrían liquidado a Mitrídates si éste no los hubiera contenido a duras penas mediante falsas alegaciones de que envió la embajada no con vistas a la paz, sino para espiar los efectivos romanos.

46 Pompeyo comprendió entonces que habría de combatir, a cuyo efecto, y entre otros preparativos, alistó a los valerianos. Y cuando estaba ya en Galacia[36], Lúculo le salió al encuentro para manifestarle que todas las operaciones de la guerra habían concluído y en esos momentos no había ninguna necesidad de expedición, en razón de lo cual incluso estaban ya presentes los hombres enviados por el senado pa-
2 ra encargarse de la administración. Como no lo convenció de que se retirara, recurrió al insulto, llamándole, además de otros calificativos, intrigante, amigo de guerras y acaparador de cargos. Pero Pompeyo le dedicó escasa atención, prohibió que nadie le rindiera obediencia y apresuró su marcha contra Mitrídates, pues pretendía entablar combate con él cuanto antes.

---

[35] Error de Dion: Fraates III, que es el Ársaces aquí mencionado (véase n. 4), murió en el 58, siendo sucedido por Orodes II.

[36] La parte de la meseta frigia, en el centro de Asia Menor, ocupada por los pueblos celtas (llamados «gálatas») en el 278/77.

Durante algún tiempo Mitrídates se dedicó a esquivarlo 47
(ya que sus fuerzas eran inferiores), a esquilmar la tierra que pisaba y a hacerlo errar al tiempo que le dificultaba el avituallamiento. Pero cuando Pompeyo, en razón de lo anterior y para apoderarse de ella, puesto que estaba vacía, invadió Armenia, Mitrídates, temeroso de que la capturase antes de
su llegada, penetró en el mismo territorio y tomó un sólido 2
cerro situado enfrente, donde se mantenía quieto con todo su ejército, suponiendo que la imposibilidad de obtener alimentos agotaría a los romanos (en cuanto a él, al hallarse en territorio sujeto a su autoridad, contaba con provisiones abundantes y de muy variada procedencia); por otra parte, mediante continuas incursiones de sus jinetes a la llanura de abajo, que estaba desnuda, infligía daños a quienes se les acercaban, y los numerosos desertores que con tal motivo
surgían encontraban en él acogida. Pompeyo no se atrevió 3
de momento a trabar combate con ellos, sino que trasladó su campamento a otra posición cuyos alrededores, al ser boscosos, debían exponerle en menor medida a los daños cau-
sados por la caballería y los arqueros enemigos; a continua- 4
ción tendió una emboscada en lugar apropiado para ello y con unos pocos se aproximó abiertamente al campamento de los bárbaros, a los que llenó de confusión y atrajo al paraje que pretendía, donde liquidó a muchos. Y a raíz de lo ocurrido cobró ánimos para envíar distintos grupos a las diversas partes del territorio en busca de provisiones.

Puesto que a Pompeyo los víveres le llegaban con flui- 48
dez, ya que se había adueñado, por medio de ciertos personajes, de Anaítis[37] —ciudad de Armenia consagrada a una

[37] Anaítis es el nombre de una divinidad iránica cuyo culto se extendió por Armenia, Siria y Asia Menor. Posteriormente fue conocida como Ártemis Taúrica. De su culto procede el taurobolio. Posiblemente la *Anaetica* de la que hablan las fuentes latinas (cf. Plinio, *Historia natural* V 83)

2 diosa epónima— y gracias a esta captura se habían pasado a su bando bastantes otros e incluso contaba con los soldados de Marcio, Mitrídates, lleno de temor, no permaneció ya en el territorio, sino que, de noche y a escondidas, levantó rápidamente el campamento para dirigirse por medio de mar-
3 chas nocturnas a la Armenia de Tigranes. Pompeyo le seguía deseoso de cruzar las armas; sin embargo ni de día (cuando no salían del campamento) ni de noche (por miedo a su desconocimiento del terreno) se atrevió a hacerlo hasta que pisaron el borde de la frontera; entonces vió que iban a escapar, lo que le impuso la necesidad de entablar combate
4 nocturno. Cuando se percató, pues, de ello, levantó la marcha y, sin que los bárbaros, que reposaban el mediodía, lo advirtiesen, se adelantó al lugar por donde aquéllos habían de pasar. Al dar con cierto paraje encajonado entre unas colinas, hizo que las tropas ascendiesen a las alturas, y allí se
5 dedicó a esperar a las fuerzas enemigas. Estas penetraron en el ahuecado paraje confiadamente y sin efectuar reconocimiento previo, pues como antes no habían sufrido ningún contratiempo y en esos momentos se encontraban ya más seguros, ni siquiera esperaban que todavía les siguiesen los romanos: y entonces, en la oscuridad —pues ni brillaba luz alguna en el cielo ni disponían de ninguna otra iluminación—, cayó sobre ellas Pompeyo.

49 La batalla fue como sigue. Primero las trompetas, a una señal convenida, hicieron sonar simultáneamente el toque

---

debe identificarse con Aquilisena, territorio armenio situado en la orilla izquierda del Eufrates y conocido hoy con el nombre de Egkilis; su ciudad más significativa, Eriza, era un centro importante de culto a Ártemis. Cabe pensar, pues, que la Anaítis aquí citada es Eriza: véase A. BAUMGARTNER, «Anaïtica regio», *Paulys Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft* (citado en adelante como *RE*) I 2 (1894), cols. 2029-2030 y «Akilisene», *RE* I.1 (1893), col. 1168.

de guerra y a continuación los soldados y demás componen-
tes del ejército emitieron el grito de ataque, golpeando unos
sus escudos con las lanzas, otros sus herramientas de bronce
con piedras. Los huecos montes acogieron el estruendo pro- 2
ducido para devolverlo con incremento de su horrísono cla-
mor, de suerte que los bárbaros, al percibir repentinamente,
en medio de la noche y en la soledad el ruido que hacían, se
vieron invadidos por extroardinaria ansiedad, como si hu-
biesen caído bajo los efectos de algún evento sobrenatural.
Al tiempo los romanos, apostados en las alturas, les arroja- 3
ban desde todos los lados piedras, flechas y dardos, y, dado
su ingente número, inevitablemente herían a algunos, aca-
bando así por colocarlos en situación sumamente peligrosa.
Pues como guardaban no la disposición propia de un enfren-
tamiento, sino la de una marcha, los caballos y los camellos,
bagajes de todo tipo, los hombres y las mujeres se movían
en un mismo espacio, e iban en mezcolanza unos sobre ca- 4
rros ligeros, otros sobre carretas, dentro de los vehículos
cubiertos o las carrozas; de esta suerte, al recibir unos ya los
disparos y a la espera otros de recibirlos, entraron en un es-
tado de confusión bajo el cual se atropellaban entre sí y jus-
tamente por ello aumentaban sus posibilidades de perecer.
Una vez que los romanos, tras agotar sus recursos de ataque 5
a distancia, se abatieron sobre ellos, los contingentes de los
bordes eran masacrados (para liquidarlos les bastaba un solo
golpe, pues la mayoría se hallaban desguarnecidos), mien-
tras que los de la parte central, al retroceder todos sobre ella
por miedo a lo que ocurría en el perímetro, se veían com-
primidos. Así, presionados y arrollados los unos por los 6
otros, recibían muerte sin que hallasen ni amparo alguno pa-
ra sus personas ni medio de aventurar un golpe contra el
enemigo. En efecto, siendo en su mayoría jinetes y arque-
ros, la oscuridad les impedía ver y la angostura de espacio

maniobrar. Cuando salió la luna, hubo quien se alegró, bajo la creencia de que la luz les habría de proporcionar algún
7 medio de defenderse. Y en algo les habría beneficiado de no ser porque los romanos, con la luna a sus espaldas, les acometían ya por un lado ya por otro y hacían que tanto su atención como sus movimientos errasen de acá para allá. Pues como eran muy numerosos y todos por igual arrojaban una muy larga sombra, no los distinguían bien hasta el mo-
8 mento en que prácticamente estaban ya sobre ellos. De esta manera los bárbaros golpeaban inutilmente el vacío, en la idea de que estaban ya cerca, acometiendo en la sombra para ser alcanzados cuando no lo esperaban. Y así murieron muchos y no pocos fueron capturados. Pero también escaparon bastantes, entre ellos Mitrídates.

50 El cual al principio apresuraba su marcha hacia Tigranes. Pero después detectó en éste, gracias los emisarios que despachó por delante, una disposición nada amistosa, ya que su hijo Tigranes se había rebelado y la responsabilidad de semejante infortunio recaía, según las sospechas del padre, sobre Mitrídates, abuelo de su hijo, por lo cual no sólo decidió no acoger a aquél, sino incluso aprehendió y encarceló a
2 sus emisarios; frustradas, por tanto, sus esperanzas, desvió el camino en dirección a la Cólquide[38], y desde allí, recuriendo ya a la persuasión ya a la fuerza, alcanzó por tierra la Meótide[39] y la zona situada junto al Bósforo[40]; se introdujo a continuación en el país, donde mandaba su hijo Mácares, que había abrazado la causa de Roma, y tras infundirle tal temor que ni llegó a comparecer ante él, le dio muerte por

[38] La Cólquide, mítica patria de Medea y escenario principal de la gesta de los argonautas, estaba situada al sureste del Mar Negro.

[39] El actual Mar de Azov.

[40] Se refiere al Bósforo Cimerio, actual estrecho de Kerch, que separa el Mar de Azov del Mar Negro.

medio de gentes de su entorno, a quienes prometió inmunidad y riquezas. Entre tanto Pompeyo envió fuerzas para per- 3
seguirlo, pero como Mitrídates se les anticipó atravesando el Fasis[41], fundó una ciudad en el lugar donde había vencido, ciudad que entregó a los soldados heridos y de edad más avanzada. También muchas gentes del entorno se les unieron voluntariamente, y aún existe hoy la ciudad, cuyos habitantes, llamados nicopolitas, pertenecen al distrito de Capadocia[42].

En tales cosas se ocupaba. Respecto a Tigranes, el hijo 51
de Tigranes, tras hacerse con algunos notables a quienes el gobierno del anciano no satisfacía, buscó refugio al lado de Fraates —que a la vista de sus acuerdos con Pompeyo deliberaba sobre el camino a tomar— y lo convenció para que invadiese Armenia. Apoderándose de todo el territorio que 2
hallaron a su paso, alcanzaron Artaxata[43], a la que igualmente acometieron. Pues Tigranes el Viejo se había refugiado, por miedo a ellos, en las montañas. Sin embargo les pareció que el cerco requeriría tiempo, por lo cual Fraates dejó a Tigranes hijo una parte de sus fuerzas y regresó a su país; entonces el padre regresó para enfrentarse a su hijo solo, a quien venció. Huyó éste, y en primer lugar corrió hacia 3
su abuelo Mitrídates, pero cuando supo que se hallaba vencido y necesitado de ayuda más que en situación de prestarla a nadie, marchó junto a los romanos; Pompeyo lo nombró general y con su ayuda dirigió sus ejércitos a Armenia para combatir a Tigranes padre. Éste, lleno de temor ante la noti- 52
cia, al punto le envió mensajeros y le hizo entrega de los

---

[41] El actual Rioni.

[42] En realidad esta Nicópolis — varias ciudades llevaban este mismo nombre— había sido fundada por Seleuco I (311-281). Lo de Pompeyo fue, pues, una refundación.

[43] Actual Artashat.

emisarios de Mitrídates. Pero a causa de la oposición de su hijo, no halló una respuesta comedida, sino que, a pesar incluso de sus deferencias, Pompeyó pasó el Araxes[44] y llegó
2 junto a Artaxata; entonces Tigranes le entregó la ciudad y voluntariamente entró en el campamento romano, ocasión para la cual revistió, a fin de parecer digno tanto de respeto como de compasión, un atuendo con que de la manera más clara se colocaba a sí mismo en posición intermedia entre su anterior encumbramiento y su decaimiento actual. Pues, desechada la túnica moteada de blanco y el vestido de púr-
3 pura, portaba la tiara y la banda que la circundaba. Pompeyo envió un lictor y lo hizo descender de su caballo (ya que Tigranes marchaba como si, según es costumbre en su pueblo, pretendiese cabalgar hasta dentro de la empalizada misma), pero cuando lo vio acercarse a pie, arrojar banda y tiara y
4 saludarlo postrado en tierra, lleno de compasión se levantó rapidamente para incorporarlo; a continuación le ciñó la banda e hizo sentar a su lado al tiempo que le dirigía palabras de consuelo, afirmando entre otras cosas que no había perdido el trono de Armenia, sino adquirido la amistad de Roma. Con tales palabras lo confortó Pompeyo, quien ade-
53 más lo invitó a comer con él. En cuanto al hijo, que estaba sentado al otro lado de Pompeyo, ni se puso en pie para saludar a su padre ni le dio la bienvenida de ninguna otra manera, y ni siquiera compareció en la comida, a pesar de que también había sido invitado. Ello suscitó considerable ani-
2 madversión por parte de Pompeyo. Y al día siguiente, tras atender a las palabras de uno y otro, devolvió al anciano cuanto había sido el dominio tradicional del reino; pues lo que éste había adquirido (entre otras posesiones, parte de Capadocia y Siria, Fenicia y la Sofanena, un territorio no

[44] El actual río Aras, Rakhsi en georgiano.

pequeño limítrofe con Armenia[45]) se lo quitó, y además le exigió el pago de una suma. Al hijo le concedió sólo la Sofanena. Como ocurría que el tesoro se hallaban en esta última, 3
entabló el joven disputa por su posesión; y al no conseguirlo (pues de ninguna otra parte podía obtener Pompeyo la suma acordada), lleno de cólera tramó escapar. De ello tuvo conocimiento previo Pompeyo, por lo que, sin encarcelarlo, lo puso bajo vigilancia, y a continuación envió un mensaje a quienes custodiaban las riquezas con la orden de que las entregasen en su totalidad al padre. Dicha orden no fue acatada, pues alega- 4
ban que debía darla el hijo, bajo cuya jurisdicción estaba ya el territorio, y ante la negativa Pompeyo hizo que el joven marchara a las fortificaciones. Éste las encontró cerradas, por lo que se aproximó y, aun contra su voluntad, instó a que las abrieran. Pero como los otros persistieron en su negativa por estimar que daba la orden no voluntariamente, sino bajo coacción, Pompeyo, irritado, mandó encarcelar a Tigranes. Así 5
se hizo el anciano con el tesoro; y en cuanto a Pompeyo, tras dividir a su ejército en tres partes se dispuso a pasar el invierno en territorio de Anaítis, junto al río Cirno[46], recibiendo de Tigranes, además de otras abundantes dádivas, una suma mucho mayor que la estipulada. No fue éste el último motivo por 6
el que, poco después, inscribió a aquél entre los amigos y aliados de los romanos, mientras que a su hijo lo envió a Roma bajo guardia.

Sin embargo no pasó el invierno en calma. Pues Oroi- 54
ses, rey de los albanos que habitan más allá del Cirno[47], re-

---

[45] Sofanena, llamada también Sofena, estaba situada entre Armenia y Capadocia, al oeste del curso superior del Tigris.

[46] El Cirno o Ciro, es el actual Kura, en el Caúcaso.

[47] El área ocupada por la Albania caucásica (distinta de la Albania ilírica), coincidía en gran medida con el territorio del actual Azerbayán.

suelto por una parte a realizar algo del agrado de Tigranes el Joven, que era su amigo, por otra, y principalmente, bajo el temor de que los romanos atacasen también la tierra albana, en la idea además de que forzosamente habría de obtener algún logro si les acometía cuando, al ser invierno, no lo esperaban y sin que se hallasen acuartelados en un solo campamento, condujo sus fuerzas contra ellos justamente en la
2 época de las Saturnales[48]; él marchó contra Metelo Céler, a quien estaba encomendado Tigranes, otro contingente lo despachó contra Pompeyo y otro contra Lucio Flaco, comandante de un tercio del ejército, a fin de que, sumidos todos y al mismo tiempo en confusión, no se auxiliasen unos a
3 otros. En ninguno de los puntos, sin embargo, consiguió nada. Pues a él lo rechazó Céler enérgicamente, y Flaco, como no era capaz de guardar el extenso perímetro que recorría su foso debido a la amplitud del mismo, construyó otro por dentro, con lo cual hizo creer al enemigo que era presa del mie-
4 do y así los atrajo al interior del foso externo, donde, acometiéndolos inopinadamente, mató a muchos en combate cuerpo a cuerpo, y a muchos otros cuando huían. Entre tanto Pompeyo, al conocer previamente el intento que los bárbaros habían dirigido contra los otros, se adelantó inesperadamente al encuentro de quienes marchaban contra él, los venció y sin demora alguna corrió hacia Oroises. No lo cogió (ya que, rechazado por Céler e informado de los fracasos que cosecharan los otros, había emprendido la huída),
5 pero en los alrededores del paso del Cirno atrapó a numerosos albanos a quienes dio muerte. Después de lo cual, y a petición de los albanos, firmó la paz. Pues si abrigaba, por lo demás, vivo deseo de penetrar a su vez en territorio albano, a causa del invierno pospuso con agrado la guerra.

[48] Las Saturnales *(Saturnalia)* se celebraban el diecisiete de diciembre.

LIBRO XXXVII

SINOPSIS

El libro trigésimo séptimo de la *Historia romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo Pompeyo luchó contra los iberos de Asia (1-5).
2. Cómo Pompeyo anexionó el Ponto a Bitinia.
3. Cómo Pompeyo sometió Siria y Fenicia.
4. Cómo murió Mitrídates (10-14).
5. Acerca de los judíos (15-19).
6. Cómo Pompeyo, tras disponer lo concerniente a Asia, regresó a Roma (20-23).
7. Acerca de Cicerón y Catilina, y las gestas de ambos (24-42).
8. Acerca de César, Pompeyo y Craso, y de su alianza (43-58).

Tiempo abarcado, seis años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

[689/65] L. Aurelio Cota, hijo de Marco; L. Manlio Torcuato, hijo de Lucio.

[690/64] L. Julio⟩ César, ⟨hijo de Lucio⟩; G. Marcio Fígulo, hijo de Gayo.

[691/63] M. Tulio Cicerón, hijo de Marco; G. Antonio, hijo de Marco.

[692/62] Décimo Junio Silano, hijo de Marco; L. Licinio Murena, hijo de Lucio.

[693/61] M. Pupio Pisón, hijo de Marco; M. Valerio Mesala Nigro, hijo de Marco.

[694/60] ⟨L.⟩ Afranio, hijo de Aulo; Q. Cecilio Metelo Céler, hijo de Quinto.

1 Tales cosas llevó a cabo en aquellas fechas; y al año siguiente, en que fueron cónsules Lucio Cota y Lucio Torcuato, guerreó con los albanos y también con los iberos[49]. Primero se vio obligado a marchar, sin haberlo previsto, contra
2 estos últimos. Pues su rey Artoces (los iberos habitan ambas márgenes del Cirno y parten términos de un lado con los albanos, de otro con los armenios), temeroso de que se dirigiese también contra él, le había despachado embajadores como para entablar lazos de amistad, pero organizaba una acometida que, al desencadenarse cuando el otro estaba
3 confiado, le cogería por sorpresa. Al tener noticia previa de esto, Pompeyo se anticipó a penetrar en su territorio antes de que Artoces dispusiese preparativos suficientes y ocupase por adelantado las vías de penetración, sumamente difíciles; y avanzó hasta llegar por sorpresa a la ciudad llamada Acrópolis[50] sin que Artoces alcanzara a percatarse de su
4 presencia. Se hallaba la plaza en los desfiladeros mismos, donde, ⟨fluyendo el Cirno por un costado y el otro flanco⟩ ocupado por el Cáucaso, había sido levantada a fin de guardar el paso. Artoces, lleno de sobresalto, no dispuso de opor-

[49] Los habitantes de la Iberia Caucásica, coincidente en gran medida con la actual Georgia.

[50] Acrópolis es la ciudad que Estrabón, XI 3, 5, llama Harmócica. Estaba situada en los arrabales de la actual Sa-Karthvelo, al norte de Tiflis: véase W. Tomaschek, «Akropolis, 2», *RE* I 1 (1893), col, 1200 y «Armastika», *RE* II 1 (1895), col. 1177.

tunidad alguna para conjuntar sus fuerzas, sino que cruzó el
río y prendió fuego al puente, con lo cual los de la ciudad, 5
ante su fuga y también por haber sido derrotados en comba-
te, se entregaron. Dueño de los accesos, Pompeyo estableció
guarnición en ellos y a partir de allí sometió todo el territo-
rio circundado por el río. Se aprestaba también él a cruzar el 2
Cirno cuando Artoces le despacha una misiva en que solici-
ta paz y promete por propia iniciativa suministrar un puente
y aprovisionamiento. Una y otra cosa la llevó a cabo como 2
si tuviese intención de llegar a un acuerdo, pero al ver que
Pompeyo efectuaba el cruce, lleno de temor emprendió la
huida al Péloro[51], que fluía también por sus dominios: por
tanto, atrajo a aquel cuyo paso habría podido evitar para se-
guidamente escapar del mismo. Y al ver que huía, Pompeyo 3
lo persiguió, le dio alcance y lo venció. Efectivamente, cayó
sobre el enemigo a la carrera y sin dar opción a que sus ar-
queros pusiesen en práctica la técnica que les es propia, con
lo que en un instante los puso en fuga. A la vista de ello, Ar- 4
toces cruzó el Péloro, incendió también en esta ocasión el
puente y se dio a la fuga; de los demás, unos murieron en
combate cuerpo a cuerpo, otros cuando intentaban atravesar
a pie el río. Un buen número se dispersó entre los bosques y 5
durante algunos días perseveró en disparos de arco desde
los árboles, que eran extraordinariamente altos, pero al cabo
también ellos, talados los árboles, fueron aniquilados. En
estas condiciones, Artoces despachó nuevos mensajeros a
Pompeyo y le hizo llegar regalos. A fin de que Artoces alen- 6
tase esperanzas de acabar la guerra y no se alejase más,
Pompeyo aceptó estos últimos, pero rehusó firmar la paz
hasta que aquel le mandase previamente a sus hijos en cali-
dad de rehenes; así Artoces aguardó algun tiempo, pasado el 7

[51] El Péloro es un afluente del Cirno. El presente pasaje es la única referencia a dicho afluente en los autores clásicos.

cual los romanos, en un momento del verano en que por de-
terminados lugares podía pasarse el Péloro sin dificultad —y
máxime cuando nadie lo estorbaba—, atravesaron dicho río.
Entonces le envió a sus hijos y finalmente concluyó un tratado.
3 Después de ello, al saber Pompeyo que el Fasis no esta-
ba lejos, proyectó seguir su curso para bajar hasta la Cól-
quide y desde allí marchar al Bósforo contra Mitrídates;
2 emprendió el camino tal como planeaba y atravesó, valién-
dose ya de persuasión, ya de amenazas, el pais de los colcos
y de sus vecinos. Pero una vez allí tuvo noticia de que la ru-
ta terrestre transcurriría por medio de abundantes pueblos
desconocidos y belicosos, mientras que la marítima sería
sumamente difícil por tratarse de una comarca desprovista
3 de puertos y en razón de las gentes que la habitaban; ordenó
entonces que la escuadra anclase frente a Mitrídates, con lo
cual prevenía que aquél partiese por mar a algún otro lugar
y le cortaba la recepción de avituallamiento; él por su parte
se dirigió al país de los albanos, a cuyo objeto no tomó el
camino más corto, sino que deshizo el trayecto hacia Arme-
nia, pues pretendía presentarse ante ellos cuando, tanto por
la ruta elegida como a causa de los acuerdos existentes, no
4 lo aguardasen. Cruzó a pie el Cirno por donde, al ser vera-
no, era vadeable, dando orden de que en el paso se antepu-
siese a la corriente la caballería, a continuación los vehícu-
los con la impedimenta y después la tropa de a pie: de esa
manera los jinetes disiparían con sus cuerpos las turbulen-
cias del agua, y si incluso así algún objeto de la impedimen-
ta era arrastrado vendría a dar con los que marchaban por el
5 otro flanco y no se desviaría más allá. Desde allí marcha
hacia el Cambise[52] sin sufrir daño alguno por parte del
enemigo, pero bajo las severas penalidades que, a pesar de

[52] El Cambise es el actual Jori, afluente del Cirno: véase A. HERRMANN, *RE* X 2 (1919), col. 1818.

recorrer la mayor parte del camino por la noche, ocasiona-
ron el calor y la consiguiente sed a todo el ejército. Efecti-
vamente, los guías, extraídos de entre los prisioneros, no los
condujeron por la ruta más adecuada. Y tampoco el río les fue 6
de utilidad, ya que sus aguas, sumamente frías y de las que
bebieron en abundancia, perjudicaron a muchos de ellos.
Como tampoco entonces se divisaba ningún peligro, mar-
charon hacia el Abas[53] llevando consigo sólo agua. Pues lo
demás les era voluntariamente suministrado por los habitan-
tes del pais, en correspondencia con lo cual tampoco ellos
les inferían ningún daño. Cuando ya habían atravesado el 4
río llegó noticia de que Oroises se aproximaba. Planeó
Pompeyo atraerlo al combate antes de que conociese las
dimensiones de los efectivos romanos, no fuera a ser que, al
saberlas, se retirase; con tal propósito colocó en primera li- 2
nea la caballería, advirtiéndoles cómo habían de proceder, y
a los demás los retuvo atrás arrodillados, ocultos tras sus es-
cudos y con orden de permanecer quietos, a fin de que Oroi-
ses se percatase de su presencia sólo cuando hubiese llegado
a las manos. Víctima del ardid, Oroises creyó que la caba- 3
llería, al encontrarse sola, sería presa fácil, de suerte que
trabó armas con ella, y cuando los jinetes, tras unos instan-
tes, dieron intencionadamente la vuelta, puso todas sus fuer-
zas en perseguirlos. Súbitamente en pie, los infantes abrie-
ron filas, con lo que, de un lado, aseguraron la huida de los
suyos por entre los huecos, de otro cortaron el empuje de los
enemigos —que, entregados a la persecución, no se percata-
ron de la maniobra— y encerraron en un círculo a buen
número de ellos. Y al tiempo que la infantería liquidaba a 4

[53] El Abas se identifica frecuentemente con el Alazonio (el actual Alazani), pero se corresponde quizás con el Aldzigana-Çai; ambos se encuentran en el Cáucaso central: véase W. Tomaschek, «Abas», *RE* I 1 (1893), col. 18, y «Alazonios», *ibid.*, col. 1299.

quienes quedaron dentro del círculo, los jinetes dieron la
vuelta, ya por la derecha, ya por la izquierda, para caer so-
bre las espaldas de los que se hallaban fuera de él. Infantes
y jinetes mataron sobre el terreno a muchos, mientras que a
otros que se habían refugiado en los bosques los aniquilaron
por medio del fuego. Y apostrofaban «¡Saturnales, oh Sa-
turnales!», en alusión al ataque que cuando celebraban esas
fiestas aquellos habían desencadenado.

5 Después de tales gestas y tras completar su recorrido por
la comarca, Pompeyo concedió la paz a los albanos y, asi-
mismo, recibió legados y entabló acuerdos con algunos
otros pueblos habitantes del territorio que a lo largo del
Cáucaso llega hasta el Mar Caspio, donde termina la sierra
2 que parte del Ponto. Fraates le despachó misivas con propó-
sito de renovar su tratado. Pues al ver el feliz momento por
el que atravesaba Pompeyo y cómo sus comandantes incre-
mentaban el territorio sometido con el resto de Armenia y
con los dominios del Ponto vecinos a ésta, al ver que Gabi-
nio había incluso pasado el Eufrates para avanzar hasta el
Tigris, se llenó de temor por lo que pudieran hacerle y con-
3 cibió fuertes deseos de asegurar el convenio. Pero nada con-
siguió. Porque Pompeyo, ante la situación existente y dadas
las previsiones que de ella se deducían, no lo tuvo por digno
de consideración y, entre otras muestras de arrogancia que
marcaron las entrevistas con los embajadores, reclamó el te-
rritorio de la Corduena[54], a causa del cual mantenía Fraates
4 diferencias con Tigranes. Los embajadores no habían reci-
bido instrucciones sobre dicho territorio y, consecuentemen-
te, no le respondieron, ante lo cual escribió una breve carta a

[54] Corduena, llamada tambien Gorduena o Gordea estaba situada en el curso superior del Tigris, en los límites de Armenia, Asiria y Mesopotamia. Corresponde, aproximadamente, al territorio habitado actualmente por los curdos.

Fraates; sin aguardar, no obstante, contestación alguna, dio a Afranio orden de marchar inmediatamente al territorio en cuestión, territorio que ocupó sin lucha y entregó a Tigra-
nes. Y cuando Afranio, transgrediendo los acuerdos con el 5
reino parto, atravesaba Mesopotamia para regresar a Siria, se extravió y sufrió un severo castigo a causa del invierno y la escasez de víveres. Incluso hubieran perecido si no lo llegan a acoger y acompañar gente de Carras[55], colonos de los
macedonios que vivían por las cercanías. De tal manera ac- 6
tuó, asistido por el poder de que entonces disfrutaba, frente Fraates, y a través de dicha actuación mostró de la manera más clara a quienes albergaban ansias de grandeza cómo todo depende de las armas y cómo el que prevalece con ellas adquiere indefectible potestad de arbitrar aquello que desea; humilló además el título del que Fraates se ufanaba ante todos los demás y ante los mismos romanos, y que éstos, a su
vez, utilizaban siempre cuando se dirigían a él. Efectiva- 2
mente, si era llamado rey de reyes, Pompeyo suprimió la denominación «de reyes» y al escribirle le dio el título de «rey»; y cuando celebró en Roma su triunfo sobre Tigranes, llegó a dar, por propio acuerdo y con infracción de los usos vigentes, el título en cuestión a este último, prisionero a la
sazón. Pues bien Fraates, aunque temía a Pompeyo y ansia- 3
ba agradarle, se irritó ante semejante proceder, que parecía desposeerle de su trono, y envió embajadores por medio de los cuales le reprochaba todas las injurias de que había sido
objeto y le prohibía cruzar el Eufrates. Como la respuesta 4
que recibió no fue en absoluto comedida, inmediatamente, en la primavera del año cuyo consulado desempeñaban Lucio César y Gayo Fígulo, marchó contra Tigranes en compañía del hijo de éste, a quien había desposado con su

[55] Carras estaba situada cerca de la actual frontera entre Turquía y Siria, al sur de Urfa.

hija[56]. Y derrotado en un primer encuentro, se alzó después
5 con la victoria. Tigranes llamó entonces a Pompeyo, que se
encontraba en Siria, en vista de lo cual Fraates, a su vez,
hizo llegar a este último una embajada que, cargada de acu-
saciones contra Tigranes, imputaba también a los romanos
abundantes cargos, de suerte que llenó a Pompeyo de cons-
7 ternación e inquietud. Consecuentemente, ni se preocupó
por Tigranes ni efectuó ningún movimiento hostil contra
Fraates, alegando que aquella expedición no le había sido
asignada y que Mitrídates aún estaba en pie de guerra. De-
cía estar satisfecho con los logros alcanzados y no pretender
⟨ulteriores avances⟩, pues era de temer que, como de alguna
manera le había sucedido a Lúculo, los esfuerzos por ir a
2 más arruinasen también esos logros. Tales consideraciones
hacía, al tiempo que disertaba —ahora, cuando ya no podía
practicar ni una ni otra cosa— sobre los peligros de la ambi-
ción y lo injusto de ansiar bienes ajenos. Temeroso, por tan-
to, de los efectivos partos y bajo el miedo a las incertidum-
bres de la empresa, desechó la guerra, por más que recibiera
muchos requerimientos en el sentido contrario, y minimizó
3 las reclamaciones del bárbaro, a quien no contestó, median-
te la afirmación de que las diferencias de éste con Tigranes
se referían a ciertas fronteras sobre las cuales recibirían am-
bos el dictamen de tres árbitros. Los árbitros los envió. Y
ambos monarcas les dieron la consideración de verdaderos
mediadores y solucionaron todas las reclamaciones que
mantenían entre sí, Tigranes despechado por no haber obte-
4 nido la ayuda, Fraates deseoso de que el armenio no fuese
aniquilado y pudiese así servirle, si alguna vez llegaba a te-

[56] La presente noticia parece no guardar congruencia con lo que narra el mismo Dion, XXXVI 51; dicha contradicción se ha atribuido a un cambio de fuente: véase la nota al pasaje de Boissevain.

ner necesidad, de aliado contra los romanos. Porque ambos sabían bien que si uno de los dos se imponía al otro, eso prepararía el camino a los romanos, quedando el vencedor en posición más inerme.

Por tales razones, pues, se reconciliaron aquéllos, y en 5
cuanto a Pompeyo, invernó, también en esta ocasión, en Aspis[57]; subyugó asimismo los demás territorios que aún resistían, y concretamente tomó el fuerte de Sinforion[58], que le entregó Estratonice. Ésta era esposa de Mitrídates, y como se hallaba resentida con su esposo porque la había abandonado allí, despachó a la guarnición con objeto, aparentemente, de que se aprovisionasen de alimentos y a continuación acogió a los romanos, si bien de su hijo ***[59].

A la vuelta de Armenia, y tras haber emitido veredictos y re- 7ª
partido riquezas entre los reyes y príncipes que habían ido a su en-

---

[57] No se tienen más noticias de esta Aspis. El invierno al que alude el presente pasaje es el del 65-64, pero toda la narración que ofrecen los parágrafos 6, 4, y 7, 4, del presente libro se refiere al año 64. Allí se exponen las diferencias entre Tigranes y Fraates y el pacto que sellaron ambos, asuntos todos que se produjeron a lo largo del año 64; los parágrafos que siguen —del 7, 5 al 7ª— relatan las empresas acometidas por Pompeyo durante el mismo año; y en 8, 1 la narración vuelve al año 65 para exponer lo ocurrido a la sazón en Roma. Las palabras «también en esta ocasión» parecen indicar que ya el invierno del 66-65 lo pasó Pompeyo en Aspis, lo que sugiere la zona de Anaítis o un paraje cercano al río Cirno como área de emplazamiento de esta desconocida localidad.

[58] Posiblemente se trata del fuerte, situado en la frontera armenia, que Estrabón, XII 3, 28 llama «Sinoria», y Amiano Marcelino, XVI 7, 10 *Sinhorium:* véase E. Honigmann, *Sinoria, RE* III A 1 (1927), cols. 255-256.

[59] El texto muestra aquí una laguna producida por la desaparición de un folio en la tradición manuscrita de Dion. El *Epítome* de Xifilino (pág. 6, 26-7, 5 Dindorf = parágrafo 7ª) suple parte de esa laguna. Sobre Estratonice y el destino de su hijo, véase Apiano, XII *(Sobre Mitrídates)* 107, y Plutarco, *Vida de Pompeyo* 32, 8.

cuentro, cuyos tronos y dominios consolidó e incrementó en unos casos, cercenando y aminorando en otros sus pretensiones, reorganizó los territorios Celesiria y Fenicia, las cuales, emancipadas recientemente de los reyes, habían sufrido daños a manos de los árabes y de Tigranes. Y si bien Antíoco tuvo la audacia de reclamar dichos territorios, no los recuperó, sino que ambos fueron colocados bajo una magistratura única y recibieron leyes en conformidad con el régimen político de los romanos.

8 *** no sólo por esto fue[60] alabado en su desempeño del edilato, sino también porque celebró con el mayor dispendio los espectáculos romanos y los megalesios[61], y asimismo porque organizó en honor de su padre lujosísimos combates de gladiadores. De los gastos ocasionados por ello unos los compartió con su colega Marco Bíbulo, otros corrieron ex-
2 clusivamente a su cargo. Y tanto fue alabado por los segundos que se adueñó también de la gloria correspondiente a los primeros y parecía que todos los gastos habían salido de su bolsillo. Ante lo cual Bíbulo comentaba en son de burla que le había sucedido lo mismo que a Pólux: pues si éste tenía un templo en común con su hermano Cástor, el edificio es mencionado únicamente bajo el nombre de su hermano[62].

9 Deleitaban a los romanos tales sucesos, pero también los conturbaban, y mucho, los portentos. En el Capitolio, efectivamente, los rayos redujeron a escombros muchas estatuas, entre ellas la efigie de Zeus colocada sobre una columna, cayó una imagen que representaba a una loba con Remo
2 y Rómulo y las letras de las estelas en que eran grabadas las leyes se desvanecieron hasta resultar ilegibles. Por consejo

---

[60] El sujeto es César.

[61] Se refiere a los *ludi Megalenses,* que se tributaban a Cibeles, *Mater Magna,* del 4 al 10 de abril.

[62] Referencia al templo conocido usualmente como *aedes Castoris*.

de los expertos en adivinación llevaron a efecto ritos expiatorios, y a Zeus concretamente votaron que le fuera erigida una efigie de mayores dimensiones vuelta hacia el este en dirección al foro, con objeto de que desapareciesen las conjuras que sacudían la vida pública.

Junto a estos sucesos ocurrió también en aquel año que 3
los censores mantuvieron diferentes opiniones sobre las poblaciones del otro lado del Po (uno estimaba, en efecto, que se les debía conceder la ciudadanía, el otro sostenía lo contrario), a causa de lo cual tampoco cumplieron sus demás cometidos, sino que abdicaron. Por idéntica razón sus suce- 4
sores continuaron igualmente ociosos en el año siguiente; pues paralizó su actuación la actitud de los tribunos quienes, temerosos de verse excluidos del senado, permanecían pendientes del catálogo de la corporación. Por las mismas fe- 5
chas fueron expulsados, en virtud de moción presentada por cierto tribuno llamado Gayo Papio, todos los ⟨extranjeros⟩ residentes en Roma con exepción de los habitantes de la actual Italia, pues se volvían excesivamente numerosos y no se estimaba que estuviesen a la altura necesaria para vivir con los romanos.

El año siguiente, cuyo consulado desempeñaron Fígulo 10
y Lucio César, acontecieron pocas cosas, pero dignas de mención por ilustrar lo imponderable de los asuntos humanos. En efecto, el individuo que por orden de Sila había li- 2
quidado a Lucrecio[63] y otro personaje responsable de acabar con muchos de los que aquel declaró reos de muerte, fueron llevados a juicio por sus crímenes y recibieron castigo, cuestión esta en la que César puso el mayor empeño. Así la 3
mudanza de los tiempos tranforma en los más inermes a quienes antaño disfrutaron de poder considerable. Contra el

[63] El individuo en cuestión se llamaba Gayo Bilieno.

cálculo de muchos discurrió, pues, tal asunto, como también el que Catilina, inculpado por esos mismos sucesos (porque también él había dado muerte a muchos de aquellos reos) resultase absuelto. A causa de lo cual, precisamente, empeoró considerablemente su condición, y ello lo condujo a la
4 muerte. Efectivamente, bajo el consulado de Cicerón, hijo de Marco, y Gayo Antonio —cuando Mitrídates, incapaz ya de llevar a cabo nada que supusiese peligro para los romanos, acabó con su propia vida— intentó Catilina llevar la revolución al estado, a cuyo efecto coaligó a los enemigos de éste y atemorizó a los ciudadanos con la perspectiva de una no modesta guerra. Estos dos hechos sucedieron como sigue.

11 En lo que respecta a Mitrídates, no se rendía a los infortunios, sino que había concebido el proyecto —alumbrado por su deseo más que por la consideración de sus fuerzas— de llegar al Danubio a través del territorio escita[64] para desde allí caer sobre Italia, proyecto al que favorecía la circuns-
2 tancia de que Pompeyo permaneciese en Siria. Por manera de ser, en efecto, tendía a las empresas grandiosas, a la par que los muchos fracasos y no menos éxitos obrantes en su haber le hacían pensar que nada había de quedar fuera de la mira donde apuntase su audacia. Y en el caso de que fracasara, prefería sucumbir con su trono y con su orgullo intacto antes que, privado de aquel, vivir una existencia baja y os-
3 cura. Él, por tanto, cobró vigor bajo tales consideraciones, pues cuanto más languidecían las fuerzas de su cuerpo, tanto mayor firmeza adquiría su ánimo, de suerte que los cálculos del segundo redundaban también en cura para la debilidad del primero. Y como la posición de los romanos se

[64] Siguiendo la práctica de los hisoriadores griegos tardíos, Dion llama «escitas» a los pueblos bárbaros establecidos al norte del Danubio.

hacía cada vez más fuerte y la de Mitrídates más debil (a 4
otras cosas vino a añadirse el seísmo, el mayor de los hasta
entonces ocurridos, que destruyó muchas de sus ciudades),
los que estaban con él tomaban distancias, las tropas anda-
ban sediciosas y hubo quien se adueñó de determinados
hijos de Mitrídates y los entregó a Pompeyo. Ante lo cual 12
castigaba a cuantos sorprendía en semejantes menesteres,
descargaba su cólera sobre quienes eran simplemente sos-
pechosos y no guardaba ya confianza en nadie, sino que llegó
a degollar, víctimas de su recelo, a algunos de los hijos que
le quedaban. Pues bien, uno de esos hijos llamado Farnaces,
al ver lo que ocurría y movido de un lado por el temor a su
padre, de otro por la perspectiva de que los romanos le en-
tregarían el cetro (era ya, en efecto, un hombre), conspiró
contra él. Y fue descubierto (ya que eran muchos quienes, 2
abiertamente o de manera oculta, rastreaban todo movi-
miento suyo), con lo que al punto hubiera rendido cuentas si
realmente la guardia real albergase todavía algo de benevo-
lencia hacia la persona del anciano. Pero a pesar de que Mi-
trídates conocía a la perfección todo lo concerniente al ejer-
cicio de la realeza, no se percató de que a nadie confieren
fuerza alguna ni los ejércitos ni la abundancia de súbditos
cuando no dispone del aprecio de ambos, sino que, al con-
trario, mientras más poder se posee, más precario resulta el
desempeño de éste si sus instancias no son fieles. Farnaces, 3
en suma, acompañado de los que ya participaban de la intri-
ga y de los que había despachado su padre para detenerlo (a
quienes, en efecto, puso de su lado con la mayor facilidad),
no se demoró en marchar directamente contra su padre. Al
saberlo, el anciano (que estaba en Panticapeo[65]) envió por
delante unos soldados que hicieran frente a su hijo y cuyos

65 La actual Kerch, en la península de Crimea.

4 pasos habría de seguir posteriormente él mismo. A los sol-
dados Farnaces los puso rápidamente en fuga, ya que tam-
poco ellos sentían aprecio por Mitrídates, la ciudad se le en-
tregó voluntariamente, y respecto a su padre, que había
13 buscado refugio en la residencia real, le dio muerte. Éste
había iniciado un plan para acabar con su propia vida, con
vistas a lo cual liquidó previamente a sus mujeres y a sus
demás hijos por medio de veneno y bebió lo que quedaba;
sin embargo no alcanzó a ejecutarse a sí mismo ni en virtud
2 de esto ni recurriendo a la espada. Pues el veneno, aunque
era mortal, no pudo con él, al aumentar su resistencia la
abundancia de antídotos preventivos que diariamente con-
sumía. Y en cuanto a la espada, el golpe careció de vigor
por la debilidad de su mano —debida a su edad y sus cir-
cunstancias— y por la acción, cualquiera que fuese, del ve-
3 neno. Como, por tanto, sus propios intentos no acababan de
poner fin a su vida y como parecía prolongar su aliento más
allá de lo oportuno, los que había enviado contra su hijo ca-
yeron sobre él y con sus espadas y lanzas apresuraron la
4 muerte. Así Mitrídates, cuyas suertes habían estado siempre
cargadas de mudanza y grandeza, tampoco para el término
de su exitencia obtuvo un desenlace sencillo. En efecto, de-
seó, sin quererlo, morir y se esforzó, sin lograrlo, por dar
cuenta de sí, antes bien, blandiendo veneno y espada fue
ejecutor de sí mismo al tiempo que víctima de las hojas
14 enemigas. Farnaces embalsamó el cuerpo de Mitrídates y lo
envió, como prueba de lo ocurrido, a Pompeyo; y a conti-
nuación hizo entrega de su persona y del trono. Pompeyo no
infirió injuria alguna a Mitrídates, sino ordenó que fuese en-
tre las tumbas de sus ancestros donde recibiese sepultura.
Estimaba, en efecto, que su enemigo se había extinguido al
exhalar la vida, por lo cual no guardaba ningún fútil senti-
2 miento de cólera hacia el cadáver. No obstante gratificó a

Farnaces, a modo de pago por su crimen, con el trono del Bósforo, y lo inscribió entre sus amigos y aliados.

Muerto Mitrídates, quedaron sometidos todos sus domi- 3
nios excepto pocos núcleos (pues aún por aquellas fechas
ciertas fortalezas fuera del Bósforo disponían de guarnicio-
nes que no dieron su conformidad de inmediato, y ello no
porque pensaran en llegar a oponerse a Pompeyo, sino por-
que temían que hubiese quien arrebatase las riquezas por
ellas guardadas para, seguidamente, hacer recaer la culpa
sobre los guardianes, y por esta razón se mantenían a la es-
pera, con la pretensión de exponerlo todo al mismo Pompe-
yo); ya que, por tanto, el territorio de aquella parte había si-
do subyugado, que Fraates permanecía en calma y el orden
dominaba en Siria y Fenicia, marcha contra Aretas. Reinaba
Aretas sobre los árabes, ahora sometidos a los romanos, de
la zona que llega hasta el Mar Rojo; y como había inferido
abundantes daños a los dominios sirios, los romanos, pres-
tos a su defensa, lo derrotaron por las armas, pese a lo cual
aún entonces estaba en pie de guerra. Así pues, Pompeyo se 2
dirigió contra éste y sus vecinos, los redujo sin esfuerzo y
estableció una guarnición. Desde allí partió hacia la Siria
Palestina, puesto que también se habían producido devasta-
ciones en Fenicia por obra de los habitantes de aquella zona.
Reinaban sobre dicha zona los hermanos Hircano y Aristo-
bulo, dándose el caso de que ambos habían entrado en con-
flicto y habían llevado la disensión a sus ciudades por dife-
rencias concernientes al sacerdocio (y con tal denominación
aludían a la institución real que desempeñaban) consagrado
al dios, cualquiera que sea, de su pueblo. Pompeyo se hizo 3
con Hircano, que no disponía de fuerzas importantes, sin re-
currir a las armas, y a Aristobulo lo arrinconó en cierto te-
rreno hasta forzarlo a entrar en conversaciones; como no
hacía entrega ni de su tesoro ni de su guarnición, lo mandó

demás no díficiles de entender, aunque presuponen cierto
3 razonamiento. Porque si la armonía llamada cuádruple, aquella que de alguna manera es tenida por principio y cifra de la música, se lleva a los mencionados astros —bajo cuyo intervalo halla asiento el orden todo de los cielos— según la disposición a que obedece la trayectoria de cada uno de ellos; si se comienza por la órbita exterior, la atribuída a
4 Crono, y con omisión de las dos siguientes se nombra al dueño de la la cuarta para seguidamente, tras nuevo salto de otras dos órbitas, alcanzar la séptima; si el recorrido por las restantes órbitas guarda este mismo proceder y va completando la serie de los dioses que presiden sobre ellas para dar nombre a los días: si así se hace, entonces resultará que el conjunto de estos nombres reproduce la ordenación en cierto
19 sentido musical de los cielos[68]. Ésta es una de las noticias que circulan al respecto, y la otra es como sigue: enumérense las horas del día y de la noche a partir de la primera; esa primera sea atribuida a Crono, la inmediata a Zeus, la tercera a Ares, la cuarta al Sol, la quinta a Afrodita, la sexta a Hermes, la sép-

[68] Dion utiliza las ideas astrológicas y musicales que se mezclan en la teoría sobre la armonía de las esferas para esta primera explicación del origen de la semana. El tetracordo *(tetráchordon mésōn)* o intervalo de cuatro notas descendentes constituye el fundamento de la escala tonal antigua. Por otra parte, los planetas (entre los que se incluían el Sol y la Luna) se ubicaban en siete esferas concéntricas que de acuerdo con su lejanía respecto a la tierra se sucedían de la siguiente manera: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna. Si el número cuatro del tetracordo se aplica a dicha sucesión, resultan siete series; los primeros miembros de cada serie, contando siempre como primero el último de la serie anterior, se ordenan en un conjunto idéntico al de la semana planetaria romana. Sobre todo ello consúltese F. Boll, «Hebdomas», *RE* VII 2 (1912), cols. 2547-2578; U. Klein, «Musik», *Der Kleine Pauly* 3 (1979), cols. 1485-1495; H. Gundel, «Planeten», *RE* XX 2 (1950), cols. 2071-2185; E. J. Bickerman, *Chronology of the Anciemt World,* Londres, 1968, págs. 58-61.

tima a la Luna, conforme a la disposición de los ciclos que 2
guardan los egipcios; con empleo de igual método continúese la andadura hasta agotar las veinticuatro horas del día: resultará que la primera hora del siguiente día toca al Sol; a esas 3
veinticuatro horas que siguen aplíquese asimismo el método enumerador antes utilizado: la primera hora del tercer día será asignada a la Luna. Y si, de esta manera, alcanza su fin el trayecto, cada día recibirá al dios que le corresponde[69].

Tales tradiciones circulan al respecto. Y una vez que 20
Pompeyo llevó todo aquello a término, marchó de nuevo al Ponto, desde donde, tras tomar posesión de las fortalezas, partio hacia Asia, Grecia e Italia. Muchas eran las batallas 2
en que había vencido, muchos los caudillos y reyes a los que ya combatió, ya colocó, por medio de acuerdos, bajo alianza, había fundado ocho ciudades, abierto a los romanos numerosos territorios y fuentes de tributación, había reglamentado y guarnecido con leyes y fueros propios la mayoría de las provincias que a la sazón poseían los romanos en Asia continental, de suerte que aún ahora sus habitantes se rigen por las ordenanzas a él debidas. Ahora bien, tales em- 3
presas, por grande que sea su dimensión y por más que ningún romano con anterioridad a él hubiera efectuado nada semejante, podrían atribuirse tanto a la fortuna como a sus compañeros de armas. Pero una cosa, por encima de cualquier otra, constituyó la gesta personal de Pompeyo y debe ser objeto de universal admiración, algo que a continuación voy a exponer. Fueron, en efecto, abundantísimos los con- 4

---

[69] Los planetas se turnaban, ordenados como se indica en la nota anterior, para regir sucesivamente cada una de las veinticuatro horas del día. La semana comenzaba con la primera hora del sábado, regida por Saturno; si a partir de aquí se recorre la semana siguiendo el mencionado turno resulta que la primera hora de cada día corresponde al planeta del que dicho día toma el nombre.

tingentes navales y terrestres de que dispuso, abundantísimas las riquezas que extrajo de sus prisioneros, tuvo la amistad de numerosos caudillos y reyes, contó, gracias a su benéfica actuación, con la aquiescencia de prácticamente
5 todos los pueblos sujetos a su dominio, y por medio de ellos hubiera podido someter Italia y hacerse con todo el imperio de Roma, pues los más lo habrían aceptado voluntariamente, y aquellos que estuvieran disconformes, si alguno se diese, por falta de efectivos se habrían visto en la ineludible
6 necesidad de reconocerlo: y con todo no quiso obrar así; al contrario, tan pronto como desembarcó en Brindis, espontáneamente —sin que ni el senado ni la asamblea popular emitieran decreto ninguno al respecto— depuso su fuerzas, y ni siquiera se preocupó de emplearlas en la celebración de sus victorias. Pues sabía que el régimen de Mario y el de Sila eran objeto de general aborrecimiento, y por ello no quiso alimentar, ni aun durante escasos días, temores relativos a
21 una experiencia similar. Incluso renunció a cualquier denominación, si bien sus empresas lo autorizaban a portar muchas. Efectivamente, aceptó los triunfos —y me refiero a los tenidos por mayores[70]— que le fueron decretados, no obstante consagrar los usos patrios, en puridad, que nadie debía celebrarlos bajo ausencia de quienes habían participado en
2 la victoria. Protagonizó los correspondientes a todas sus campañas en una sola ocasión, para la cual envió, junto a muchos otros trofeos primorosamente decorados y que significaban cada una de sus gestas con inclusión de la más nimia, uno que sobresalía entre los demás, de rica decora-
3 ción y portador de un rótulo alusivo a la ecumene. Pero en cuanto a títulos, no aceptó ninguno, sino se contentó exclu-

[70] Se refiere al *triumphus* propiamente dicho, distinto de la *ovatio*, llamada *minor triumphus*.

sivamente con el de Magno, título este que de alguna manera había adquirido con anterioridad a las gestas en cuestión. Tampoco pugnó por asumir ninguna exorbitante distinción, ni utilizó, salvo en una ocasión, las que le habían sido de-
cretadas durante su ausencia. Consistían tales distinciones 4
en el derecho a portar corona de laurel en todas las fiestas públicas a que asistiera, y a revestir el atuendo de general en las mencionados ocasiones, el triunfal en los certámenes hípicos. Y ello le fue otorgado a instigación, sobre todo, de
César y contra el parecer de Marco Catón. Acerca del pri- 22
mero se ha dicho antes quién era, que adulaba al pueblo y que en general pretendía abatir a Pompeyo, pero se alineaba con éste en la medida en que así había de obtener el favor de la masa o mayor poder para su propia persona. Respecto a Catón, era del linaje de los Porcio y pretendía emular al célebre Catón, excepto por el hecho de que su cultura helé-
nica era superior a la de aquél. Abogaba diligentemente por 2
la causa de la plebe y no tributaba admiración a ninguna personalidad individual, pues era en lo común donde ponía su mayor contento; al tiempo aborrecía, por recelo a cualquier forma de dominación, cuanto implicase natural preminencia y, movido de conmiseración hacia la debilidad, pro-
fesaba afecto a todo lo que guardase relación con el pueblo. 3
Y amante del pueblo como no lo fue ningún otro, hablaba sin cortapisa, aunque ello supusiese riesgo, en defensa de la justicia. Esta conducta suya venía enteramente dictada no por deseos de poder, de fama o de distinción alguna, sino
por la causa en sí del régimen cívico y de derecho. Conse- 4
cuentemente, al ser tal su índole, cuando en aquella ocasión compareció en el senado, y era su primera comparecencia, se opuso a la propuesta no porque albergase hostilidad ninguna hacia Pompeyo, sino concretamente porque ello estaba fuera de los usos patrios.

23 Fue así en su ausencia cuando le confirieron estos honores, y en cambio al regresar no le otorgaron ninguno, por más que, si hubiese querido, con toda seguridad habría obtenido ulteriores prerrogativas; pues otros que ascendieron a posiciones de poder no tan altas como la suya recibieron abundantes y desorbitadas distinciones. Y que aquello ocurrió contra la
2 voluntad de los otorgantes, resulta palmario. Pompeyo, en efecto, sabía con certeza que toda concesión hecha por la masa a quien ostenta una posición dominante se halla sujeta, por muy libremente que sea atribuida, a la sospecha de haber sido forzada por las maniobras del que está en el poder, y que —en tanto se ve en ella no el producto de una decisión autónoma y movida por la benevolencia, sino el de una voluntad constreñida y guiada por la adulación— no aporta gloria alguna a su recipiendario; ante lo cual prohibió terminantemente a todos la introducción de cualquier propuesta. Pues decía que esto resultaba preferible, con mucho, al repudio de los honores de-
3 cretados. Efectivamente, lo último suponía sentimientos de aversión hacia los poderes por cuyo desempeño se emitía el acuerdo y una arrogante soberbia ínsita en el rechazo a las concesiones hechas no ya por quienes eran superiores, sino por sus iguales; mientras lo primero indicaba una fidelidad al cuerpo de ciudadanos auténtica por forma y por contenido, no
4 meramente ostentatoria, sino veraz. Consecuentemente, las magistraturas y los generalatos que asumió caían, prácticamente todos, fuera de los usos ancestrales; ahora bien no aceptó las demás nominaciones de esa índole que, sin reportar beneficio ni en general ni para su persona, habían de suscitar, además de celos, hostilidad por parte de los otorgantes mismos.

24 Tal conducta vio la luz paulatinamente; por lo que respecta a entonces, los romanos se mantuvieron libres de guerras durante el resto del año, de suerte que incluso celebra-

ron, después de largo intervalo, el llamado augurio de la sa-
lud[71]. Es ésta una forma de adivinación bajo cuyo acata-
miento inquieren si la divinidad les permite pedir salud para
el pueblo, en la idea de que, antes de que acceda a ello, no
es piadoso ni siquiera pedirla. De periodicidad anual, se rea- 2
lizaba un día en que ninguna fuerza expedicionaria hubiese
partido para guerrear, se hallase alineada frente a enemigo
ni hubiese trabado combate alguno. Por lo cual en los tiem-
pos de continuos conflictos, y máxime si eran civiles, no
llegaba a ejecutarse. Pues en general les resultaba muy difí-
cil guardar un día exento por completo de tal tipo de cosas,
y sobre todo hubiera sido una total incongruencia reclamar
salud de la divinidad cuando, con ocasión de las disensio-
nes, se infligían voluntariamente inenarrables daños unos a
otros y se veían en posición de sufrirlos tanto si eran vence-
dores como si salían vencidos. Y por mucho que en el pe- 25
riodo tratado hubo oportunidad de celebrar el oráculo en
cuestión, sin embargo el rito no procedió con entera limpie-
za. Efectivamente, algunos pájaros emprendieron un omino-
so vuelo, con lo que desvirtuaron el ejercicio adivinatorio.
Asimismo les sobrevinieron otros signos adversos: abun- 2

[71] Frente a lo que indica Dion, el augurio no era exactamente una forma de adivinación. En su sentido más antiguo, el *auguriun* venía a materializar una súplica dirigida a pedir éxito o prosperidad (lo que se refleja en la etimología del término, pues *augurium* comparte raíz con *augere*, «hacer crecer» o «incrementar»). En un sentido más amplio, la actividad augural consiste en una indagación por la que, a través de ciertos indicios, se inquiere si la divinidad asiente a una acción que puede llevarse a cabo u omitirse. El «augurio de la salud» *(augurium salutis)* consistía inicialmente en un ruego encaminado a incrementar la salud o integridad del pueblo romano. Posteriormente la ceremonia, sobre cuyos pormenores apenas sabemos nada más de lo que aquí consigna Dion, adquirió el significado que le atribuye el presente texto. Véase sobre el tema K. Latte, *Römische Religiongeschichte,* Múnich, 1960, págs. 66-67, 140-141.

dantes rayos cayeron con cielo claro, la tierra tembló violentamente, en muchos lugares se vieron simulacros de forma humana y por el oeste subieron luces a lo alto del cielo, de manera que cualquiera, aun no siendo versado, pudo prede-
3 cir a qué apuntaban las señales. Pues los tribunos se habían adherido al cónsul Antonio, de inclinaciones muy similares a las suyas, y el uno postulaba como magistrados a los hijos de los desterrados por Sila, el otro intentaba conferir a Publio Peto y Cornelio Sila, el que había sido condenado con éste, la facultad de acceder al senado y desempeñar magis-
4 traturas. Hubo quien proponía la abolición de deudas, otro distribución de tierras en Italia y el territorio sometido.

Todas estas medidas hallaron término gracias a Cicerón y al grupo partícipe de sus ideas, quienes, adelantándose, las de-
26 tuvieron antes de que alcanzasen efecto alguno. Aunque Tito Labieno, al acusar a Gayo Rabirio de la muerte de Saturnino[72], les proporcionó grandísimas inquietudes. Saturnino, en efecto, había muerto unos treinta y seis años antes, y por entonces las órdenes referentes a la guerra dirigida contra él las recibieron los cónsules del senado, con lo que, a raíz de aquel juicio, la corporación iba a ver liquidada su capacidad para
2 emitir decretos. Así, el orbe entero de la república estaba lleno de turbulencia. Porque Rabirio, lejos de reconocer la muerte, se enrocaba en el desmentido; y mientras, los tribunos trabajaban por suprimir de cuajo la fuerza y el predicamento del senado, y aprestaban procedimientos que los facultarían para
3 efectuar todo cuanto quisiesen. Pues la rectificación de las decisiones emitidas por el senado y de las medidas adoptadas tantos años antes iba a suponer, precisamente, impunidad para

[72] Lucio Apuleyo Saturnino, partidario de Mario y continuador de la tradición de los Gracos, fue tribuno de la plebe en el 103 y en el 100. Murió este último año a consecuencia de las luchas políticas desatadas por entonces en Roma.

aquellos que iniciasen empeños similares y obstáculo para su represión. Consecuentemente el senado estimaba, por una parte, que resultaba duro dar muerte a un hombre de rango senatorial, libre de culpas y ya avanzado en años, pero sobre todo se irritaba al constatar el deterioro que sufriría la república y cómo su dirección quedaría encomendada a las gentes de menos valía. Ante la perspectiva del juicio, por tanto, ambas 27 partes se enzarzaron en turbulentas maniobras y disputas, encaminadas a justificar de un lado que Rabirio no compareciese, de otro que ocupase el banquillo, y cuando César y algunos otros lograron que prevaleciese la última opción, se reanudaron los desórdenes con motivo ahora del proceso. Efectivamente, con el mencionado César estaba Lucio César, 2 y en ejercicio de la función judicial (pues el proceso incoado contra Rabirio no era ordinario, sino el que llaman de *perduellio*[73]) votaron contra Rabirio, si bien no habían sido elegidos, como reclamaba la norma tradicional, por el pueblo, sino por el pretor mismo, lo que no era conforme. Rabirio apeló, pero 3 con toda seguridad habría sido condenado por el pueblo a no ser por la oposición de Metelo Céler, augur y pretor. Y puesto que, junto al descrédito general hacia sus iniciativas, tampoco tenían en consideración que el proceso contrariaba los usos legales, subió al Janículo antes de que votasen nada y arrió el estandarte militar, con lo cual ya no les era posible adoptar decisión ninguna.

Ese arriar el estandarte implica lo siguiente. En época 28 antigua muchos enemigos habitaban cerca de Roma; temerosos entonces de que mientras celebraban asambleas por centurias quienes quiera que fuesen ocupasen el Janículo y atacasen la ciudad, decidieron no votar todos juntos, sino

[73] Se trata del procedimiento que juzgaba los delitos por alta traición, que en prinicipado recibirá el nombre de *crimen maiestatis*.

que ininterrumpidamente se sucediesen hombres armados
2 en la guardia de aquel emplazamiento. Así el Janículo permanecía bajo custodia durante el tiempo de la asamblea, y cuando ésta iba a finalizar, se quitaba el estandarte y los guardianes partían. Pues desde el momento en que la colina quedaba desguarnecida, no era ya lícito tratar ninguna otra
3 cuestión. Ello tenía lugar solamente con ocasión de las asambleas por centurias, realizadas fuera de los muros y donde habían de congregarse todos los hombres capaces de portar armas. Y por respeto aún hoy día se practica.

4 En aquella ocasión, por tanto, al arriarse el estandarte la asamblea fue disuelta y Rabirio quedó a salvo. Pues si bien Labieno hubiera podido iniciar de nuevo el juicio, no lo hizo.
29 Ocurrió, efectivamente, la muerte de Catilina, acaecida de la siguiente manera y bajo las siguientes circunstancias. Como también entonces persiguiese el consulado e hiciese todo lo posible para obtener la nominación, el senado decretó, por iniciativa sobre todo de Cicerón, añadir diez años de destierro
2 a las penas fijadas para el soborno. Ahora bien, Catilina supuso que el acuerdo iba dirigido contra su persona, cosa que en gran medida era cierta, y ante ello dispuso una facción encargada de dar muerte a Cicerón y a algunos otros próceres el día mismo de los comicios, con lo cual sería elegido cónsul sin problemas; pero no logró su objetivo. Porque Cicerón conoció
3 previamente la conjura, la desveló ante el senado y lanzó graves acusaciones contra él. Y como no los convenció para que votaran ninguna de sus propuestas (pues los cargos que había alegado no resultaban convincentes y además su hostilidad hacia los implicados lo hizo sospechoso de acusarlos con falsedad), sintió miedo de haber colocado a Catilina en un grado ulterior de excitación, ante lo cual no osaba acudir sin más,
4 como acostumbraba, al senado, sino se hacía acompañar de sus allegados, prestos a defenderlo si surgía algún peligro, y

también revistió, para defensa propia y denuncia de los adver-
sarios, una coraza que llevaba bajo su vestimenta, pero de la
que hacía calculada ostentación. Y en razón de ello, pero 5
además por haber surgido desde otras instancias rumores in-
definidos que lo hacían víctima de un complot, el pueblo fue
presa de gran irritación, temerosos de la cual los conjurados
con Catilina guardaron calma. De esta manera los cónsules 30
elegidos fueron otros, y Catilina, sin ocultar ya su intriga, la
dirigió no sólo contra Cicerón y los aglutinados en torno a és-
te, sino contra la república entera. Se hizo, en efecto, con la 2
gente más baja de Roma, deseosa siempre de innovación, y
de entre los aliados con tantos como pudo, prometiendo abo-
lición de deudas, reparto de tierras y aquellas otras medidas
que estimaba más adecuadas para atraerlos a su causa. Y a 3
quienes de entre ellos eran los primeros en rango y poder (en-
tre los cuales se contaba el cónsul Antonio) los forzó a pro-
nunciar juramentos criminales: inmoló un muchacho y, des-
pués de efectuar los juramentos sobre sus entrañas, consumió
éstas en compañía de los demás. Partícipes señalados de la 4
conspiración fueron, en Roma, el cónsul y Publio Léntulo
—quien, excluído del senado tras haber sido cónsul, desempe-
ñaba la pretura con vistas a reingresar en la corporación—, en
Fiésole, donde se reunían sus partidarios, un tal Gayo Manlio, 5
hombre sumamente experto en lides bélicas (ya que había to-
mado parte como centurión en las guerras de Sila) y suma-
mente derrochador: se daba el caso de que había liquidado de
mala manera cuantos bienes consiguió en aquellos tiempos, a
pesar de que eran muy numerosos, y ahora ansiaba una oca-
sión similar a la de antes.

Mientras, por tanto, se entregaban éstos a semejantes 31
maniobras, recibe Cicerón noticia primero de lo que se tra-
ma en la ciudad, trama comunicada por unas cartas cuyo au-
tor quedaba en el anonimato y que Cicerón mostró a Craso

y a algunos otros notables; en base a ellas se emite un decre-
to que proclama estado de emergencia y ordena la búsqueda
2 de los causantes. La segunda noticia, referente a los asuntos de
Etruria, dio lugar a una votación adicional que ponía en ma-
nos de los cónsules, conforme a lo preceptuado por la tradi-
ción, la custodia de la ciudad de Roma y de todos sus inter-
eses; al decreto en cuestión se añadió, así, una clausula que
alertaba la vigilancia de los cónsules para que el estado
3 no sufriera ningún atropello. Llevado ello a efecto y estable-
cida guardia armada en gran número de puntos, la sedición
desapareció ya de la ciudad, hasta el punto incluso de que
Cicerón fue calumniosamente acusado de extorsión, pero las
nuevas de Etruria corroboraron sus cargos y provocaron ade-
más que se lanzara sobre Catilina una denuncia por violencia.
32 Al principio éste, como si tuviera la conciencia tranquila,
acogió la denuncia con bastante buena disposición; pretendía
estar listo para el juicio y ofreció poner su persona bajo vigi-
lancia del mismo Cicerón, de suerte que la huida le resultase
2 enteramente imposible. Y al rechazar Cicerón el ofrecimiento,
fijó voluntariamente su residencia en la casa del pretor Mete-
lo, a fin de que sus proyectos de subversión no fuesen objeto
de la más mínima sospecha antes de conseguir alguna fuerza
más gracias al concurso de quienes, desde allí mismo, partici-
3 paban en la conjura. Pero como no hacía progreso alguno
(pues Antonio se retraía lleno de temor y Léntulo era muy po-
co resuelto), los citó de noche en una casa donde, a ocultas de
Metelo, se reunió con ellos y les reprochó su falta de audacia
4 y su indolencia. Expuso a continuación cuánto sufrirían si
eran descubiertos y cuánto conseguirían si tenían éxito, con lo
que les dió ánimo y exaltó hasta el punto de que dos de los
presentes prometieron introducirse por la mañana en la casa
33 de Cicerón para darle muerte. Sin embargo también esto se
supo (pues era mucho el poder de Cicerón, cuya elocuencia

suscitaba ya simpatía ya temor en numerosos individuos, en
virtud de lo cual contaba con mucha gente presta a informarle
de cosas como aquellas), y el senado decretó que Catilina
abandonase la ciudad. Con tal excusa Catilina partió de buen 2
grado; llegado a Fiésole emprendió abiertamente la guerra,
revistió el título y las insignias consulares y se dedicó a apres-
tar las fuerzas reunidas por Manlio al tiempo que ganaba al-
gunos apoyos más, apoyos reclutados primero entre la pobla-
ción libre, después entre los esclavos. A raíz de ello los 3
romanos, además de condenarle por violencia, enviaron a An-
tonio para dirigir la guerra —ignorantes al parecer de su im-
plicación en la conjura—, y por su parte cambiaron de atuen-
do[74]. Como consecuencia de estos sucesos también Cicerón
permaneció en el país; había obtenido, en efecto, el gobierno 4
de Macedonia, pero, dada la situación, ni marchó a ésta (cuyo
gobierno, al hallarse ocupado en los juicios, cedió a su cole-
ga) ni tampoco a Galia, que le había correspondido en segun-
do lugar, sino que asumió personalmente la custodia de la
ciudad, y, a fin de que Catilina no llegara a adueñarse de Ga-
lia, envió allí a Metelo.

Y su permanencia fue para los romanos realmente opor- 34
tuna; pues Léntulo —en compañía de los demás conjurados
así como de unos alóbroges[75] presentes allí en calidad de

---

[74] En la mentalidad romana el vestido y el atuendo en general tenían valor de insignia (así la toga distinguía al ciudadano, el anillo de oro al caballero, el *latus clavus* era exclusivo del senador, etc.). El cambio de atuendo *(mutatio vestis)* desempeñaba, por ello, un papel social importante; concretamente individuos y grupos podían revestir el atuendo de luto como manifiesto político. Véanse los ejemplos que suministra al respecto W. KROLL, *Die Kultur der Ciceronischen Zeit. II Gesellschaft und Bildung,* Leipzig, 1933, págs. 60 y siguientes.

[75] Los alóbroges (gr. *Allóbriges;* lat. *allóbroges)* constituían la población mas numerosa y próspera de la Galia Narbonense.

embajadores y a quienes persuadió para que abrazaran su causa— se disponía a incendiar la ciudad y perpetrar asesinatos
2 ***[76] tomó consigo a quienes habían sido enviados a ésta, los condujo, junto con las cartas, al edificio del senado, les concedió inmunidad y de esta manera desveló toda la conjura. A consecuencia de ello Léntulo hubo de renunciar a la pretura por imperativo del senado y fue puesto bajo vigilancia con los otros detenidos, al tiempo que se hacían indagaciones sobre
3 los restantes cómplices. Estas medidas complacieron también al pueblo, ante todo porque, mientras Cicerón pronunciaba un discurso sobre lo acaecido, se erigió, en el momento mismo de la asamblea, la estatua de Zeus en el Capitolio, que además, y según las indicaciones de los adivinos, fue instalada mirando hacia el oriente, en dirección al foro. Los adivinos,
4 en efecto, habían afirmado que con motivo de la colocación de la efigie se pondría al descubierto una conspiración, y dicha colocación vino a coincidir con el descubrimiento del complot, en razón de lo cual embargó a las gentes un sentimiento de admiración hacia el poder divino y de redoblada cólera hacia los inculpados.

35 Corrió entonces un rumor referente a que también Craso se contaba entre aquellos, cosa que incluso fue declarada por uno de los detenidos, pero a la que muchos no concedieron crédito. Pues unos no llegaban a considerar siquiera la
2 posibilidad de hacerlo blanco de semejantes sospechas, y otros conjeturaban que la noticia había sido urdida por los culpables, que mediante tal maniobra intentarían obtener alguna ayuda por parte de Craso, hombre de grandísima influencia. Y quienes estimaban digno de crédito el rumor, no miraban sin embargo con buenos ojos la muerte de un hombre que figuraba entre sus propias filas como uno de los más

[76] El texto parece presentar aquí una laguna de entre media y una línea.

prominentes, muerte que incrementaría la turbulencia reinante en la ciudad. Así la imputación se disipó por completo. 3
De otro lado, un buen número de gente —tanto libres como esclavos y movidos ya por temor, ya por conmiseración hacia Léntulo y los otros— planeaba liberar por la fuerza a todos los detenidos para evitarles la muerte, pero Cicerón, al conocer de antemano el intento, puso guardia por la noche
en el Capitolio y el foro; y cuando amaneció concibió espe- 4
ranzas de realizar un excelente plan que le indujo la divinidad (pues habiendo acogido su casa a las vestales para que realizasen sacrificios por el pueblo, el fuego se elevó a mayor altura de la esperable): hizo que el pueblo jurase ante los pretores alistarse en el ejército, en previsión de que resultase necesario el concurso de tropas, y él por su parte convocó al senado, infundió en sus miembros inquietudes y temores y, de esta manera, logró persuadirlos para que emitieran una
condena de muerte contra los detenidos. Surgieron opinio- 36
nes contradictorias, y la decisión de liberarlos estuvo a punto de prevalecer. Porque César, antes de cuya intervención todos los que votaron se pronunciaron por la muerte, expuso la opción de encadenarlos y repartirlos por separado entre
distintas ciudades, tras confiscar sus bienes y bajo condición 2
de que ya nunca más se deliberase sobre su perdón y de que, si alguno huía, fuese tenida por enemiga la ciudad de la que huyese. Y hasta llegar a Catón, todos los que se manifestaron después asumieron esa propuesta, de suerte que incluso algunos de los que votaron primero cambiaron de parecer.
Pero como Catón se adhirió a la sentencia de muerte y su 3
voto arrastró además el de cuantos quedaban, los detenidos recibieron castigo conforme a la opinión que prevaleció y además se decretó la realización de un sacrificio y la observancia de un mes de celebraciones solemnes, cosa a la que jamás habían dado lugar asuntos como ése. También el resto

de los inculpados por las delaciones fueron sometidos a investigación, y algunos hubieron de rendir cuentas simplemente por recaer sobre ellos la sospecha de que pensaban
4 adherirse al complot. En general se encargaron del asunto los cónsules, pero Aulo Fulvio, varón de rango senatorial, recibió muerte a manos de su propio padre, que no fue, como algunos creen, el único en proceder privadamente de esta manera: pues también muchos otros, y no sólo cónsules, sino simples particulares, dieron muerte a sus hijos.

37 Tales sucesos ocurrieron entonces; y a propuesta de Labieno, pero por instigación de César, la plebe volvió a instaurar la designación pública de las magistraturas sacerdotales, lo que abolió la ley de Sila y restituyó la de Domicio. Muerto, en efecto, Metelo Pío, hizo presa en César el deseo de vestir, a pesar de su juventud y de no haber sido aún pretor, la carga sacerdotal
2 desempeñada por aquel. Y como esperaba conseguirla gracias a la plebe, entre otras cosas porque había pugnado al lado de Labieno contra Rabirio y porque no había votado la muerte de Léntulo, procedió de la manera mencionada y obtuvo el nombramiento de sumo pontífice, distinción por la que rivalizaban muchos otros y señaladamente Cátulo. Pues su disponibilidad
3 para halagar y agasajar a cualquiera, incluso gentes comunes, era absoluta, y con tal de satisfacer sus empeños no reparaba en decir ni hacer lo que fuese. Tampoco le importaba allanarse de momento cuando preveía conseguir posteriormente el poder, sino que empezaba por tratar como superiores a esos mismos a los que planeaba poner bajo su férula.

38 En razón de todo ello la masa estaba bien dispuesta hacia César, mientras que a Cicerón, contra quien guardaba sentimientos de cólera por la muerte de los ciudadanos, le dirigió repetidas muestras de hostilidad, y acabó por hacerlo callar cuando, en el último día de su consulado, quiso justificar su ejecutoria y enumerar todo lo que había llevado a

cabo a lo largo de ella (Cicerón, en efecto, hallaba placer 2
considerable no ya en las alabanzas ajenas, sino en las loas
que él mismo tributaba a su persona); de esta manera, y con
la colaboración del tribuno Metelo Nepote, no le permitie-
ron pronunciar palabra alguna fuera del juramento, si bien
Cicerón, en su esfuerzo por defender su postura, juró ade-
más que había salvado a la ciudad.

Con tal motivo incurrió en odios aun mayores; y por lo 39
que respecta a Catilina, fue muerto justo a comienzos del año
en que ejercieron el consulado Junio Silano y Lucio Licinio.
Pues al principio, y a pesar de que contaba con no pocos efec-
tivos, se mantenía pendiente de la actuación de Léntulo y de-
jaba pasar el tiempo, al confiar en que, si desaparecía Cicerón
y los que con él fuesen acuchillados, lo demás podría llevarse
adelante con facilidad. Pero cuando supo que Léntulo había 2
muerto y constató que por esta razón muchos de los que esta-
ban con él habían cambiado de bando, dado además que An-
tonio y Metelo Céler, estacionados en Fiésole, le vedaban
cualquier desplazamiento, no le quedó sino aventurar un gol-
pe extremo; partió así (ya que aquellos dos acampaban por
separado) contra Antonio, a pesar de que la reputación de éste
era superior a la de Metelo y las fuerzas bajo su mando mayo-
res. Adoptó tal decisión por alentar esperanzas de que Anto- 3
nio, ateniéndose al juramento, se dejaría derrotar. Ahora bien,
Antonio barruntó lo que pensaba, y como no estaba ya, dada
la debilidad de Catilina, inclinado a su favor (porque la mayo-
ría de los hombres determina sus amistades y sus antagonis-
mos a la vista de las fuerzas en juego y de sus propias conve-
niencias), como además recelaba de que, al verlos combatir 4
con ardor, dejase caer Catilina algún improperio y descubrie-
se sus compromisos secretos, adujo estar enfermo y puso el
encuentro en manos de Marco Petreyo. El cual cayó sobre el 40
enemigo y aplastó a Catilina y tres mil hombres más, que lu-

charon con el mayor coraje en batalla no incruenta; pues aquellos, lejos de huir, cayeron todos sobre el terreno, de suerte que hasta los vencedores mismos deploraron profusamente la parte a ellos tocante en la derrota: pues eran ciudadanos y aliados, y abundantes en número y calidad, los que, si
2 bien con justicia, habían recibido muerte a sus manos. Antonio envió la cabeza de Catilina a la ciudad, con objeto de que, seguros de su fallecimiento, no albergasen ya temor ninguno, y por esta victoria fue aclamado «imperator», no obstante ser las bajas enemigas inferiores en número a lo preceptuado. Se votó la celebración de sacrificios y cambiaron de indumentaria en señal de que todos los peligros habían desaparecido.

41 Sin embargo, no permanecían en calma aquellos de entre los aliados que habían participado en el movimiento de Catilina y todavía estaban vivos, sino que el miedo a pagar por lo ocurrido los mantenía en un estado de agitación. Contra los distintos grupos de éstos se despacharon jefes militares que los apresaron cuando estaban más o menos dispersos y les
2 impusieron castigo. Y otros que permanecían en la sombra eran descubiertos y llevados a juicio por delación de Lucio Vecio, varón de rango ecuestre que había compartido la causa de los conjurados y ahora los denunciaba bajo inmunidad; pero llegó un día en que, tras acusar a determinados individuos y escribir sus nombres en una tablilla, pretendió insertar en la
3 lista a muchos otros. Sospecharon por ello los senadores que su proceder no era correcto y, sin devolverle la tablilla (no fuera a ser que borrase a alguien), le ordenaron que mencionara de viva voz a cuantos habían quedado fuera. Ante lo cual se llenó de embarazo y temor y no pudo señalar más que a
4 unos pocos. Pero como incluso así el desconocimiento de los nombres que habían salido a relucir originaba una situación de desorden tanto en Roma como entre los aliados —pues había quienes se inquietaban sin motivo por sus propias per-

sonas y quienes eran objeto de infundadas sospechas—, decidió el senado publicar los nombres en cuestión. A raíz de ello los inocentes recobraron la tranquilidad y a los responsables se les sometió a juicio. De estos unos estaban presentes, otros fueron condenados en ausencia.

Tales fueron los hechos y tal el final de Catilina, cuya 42 figura alcanzó, debido a la fama de Cicerón y a los discursos que éste pronunció en su contra, una preeminencia ciertamente superior a la merecida por sus actuaciones. En cuanto a Cicerón, poco faltó para que fuese llevado de inmediato ante los tribunales a causa la muerte de Léntulo y los demás detenidos. El cargo iba dirigido nominalmente a 2 Cicerón, pero de hecho se había urdido apuntando al senado. Efectivamente, por instigación sobre todo de Metelo Nepote sus miembros fueron recibidos en la asamblea popular con abundantes gritos inculpatorios, bajo argumento de que no tenían facultad para emitir sentencia de muerte contra ningún ciudadano sin el concurso del pueblo. Sin embar- 3 go, en esa ocasión Cicerón no tuvo que expiar culpa alguna. Pues el senado concedió inmunidad a todos los que habían llevado aquel asunto, y anunció además que sería considerado adversario y enemigo quien se reafirmase en pedir cuentas a cualquiera de aquéllos, visto lo cual Nepote, atemorizado, no hizo ya ningún movimiento.

El senado, por tanto, se impuso en este punto, como tam- 43 bién se impuso en abortar la ratificación de una propuesta presentada por Nepote que pedía la presencia de Pompeyo (aún en África) con su ejército; bajo pretexto de llevar orden a la situación existente, la propuesta confiaba en que la intervención de Pompeyo, tenido por partidario de la causa popular, conferiría cuerpo a aquellas reclamaciones donde Nepote fundamentaba su labor de agitación. Pero Catón y Quinto Mi- 2 nucio, tribunos de la plebe, primero vetaron la moción, des-

pués, cuando el secretario comenzó a leerla, lo interrumpieron, al tomar el texto Nepote para exponerlo él mismo, se lo arrebataron, y como aún intentó decir algo de su propia cosecha, le taparon la boca. Aquéllos se enzarzaron así en una pugna librada con palos, piedras e incluso espadas y a cada uno de cuyos bandos concurrieron también algunos otros; consiguientemente, los senadores se reunieron el mismo día en su sala de sesiones, donde cambiaron la indumentaria y confiaron a los cónsules la guardia de la ciudad con objeto de
4 que la república no sufriese detrimento. Y Nepote, embargado nuevamente de temor, enseguida desapareció de la escena; a continuación dio a la luz pública un escrito contra el senado y marchó en busca de Pompeyo, aunque no le estaba permitido pasar una sola noche fuera de la ciudad.

44 Ante semejantes sucesos, ni siquiera César (pretor a la sazón) intentó ya innovación alguna. Éste, efectivamente, maniobraba para que el nombre de Cátulo fuese borrado del templo de Zeus en el Capitolio (a cuyo objeto lo había llevado ante los tribunales por robo y pedía razón de las sumas invertidas) y fuese a Pompeyo a quien se encomendase el resto de
2 la construcción. Porque, como es esperable en obra de tal importancia y magnitud, quedaban algunas cosas por terminar; o bien César fingía que quedaban, a fin de que Pompeyo se alzase con la gloria de haber concluído el edificio e inscribiese allí su nombre en sustitución del de Cátulo. Ahora bien, el afán de agradarlo no llevaba a César hasta el punto de arrostrar que se votase contra su persona un decreto como el emitido contra Nepote. En efecto, su conducta de ninguna manera estaba motivada por Pompeyo, sino por el pueblo, al que pre-
3 tendía poner a su lado mediante estas maniobras. Y, sin embargo, tanto temor sentían todos hacia Pompeyo (pues aún no estaba claro que fuese a licenciar sus contingentes) que cuando mandó a Marco Pisón, su subcomandante, para optar al

consulado, las elecciones se retrasaron a fin de que pudiese asistir ellas, y una vez presente lo designaron por unanimidad. Porque Pompeyo lo había recomendado no ya a sus amigos, sino también a sus enemigos.

También por esas fechas Clodio Publio ultrajó a la espo- 45
sa de César en su casa, durante la celebración de aquellos ri-
tos que las vestales, conforme a la tradición, ejecutan en las
casas de pretores y cónsules sin participación ninguna de la
población masculina[77]; y César no acusó de nada a Clodio
(quien, bien lo sabía, había de quedar exonerado gracias a
sus amistades), pero a su esposa la repudió, diciendo que no 2
confiaba en sus explicaciones y que, sobre todo, no podía ya
cohabitar con ella al haber en definitiva caído bajo sospecha
de adulterio; porque la mujer prudente no sólo debe estar li-
bre de culpa, sino también a salvo de cualquier sospecha in-
famante.

Tales cosas acaecieron entonces; y también se construyó 3
el puente de piedra llamado Fabricio, que conduce a la isleta
formada por el Tíber. Al año siguiente, bajo el consulado de 46
Pisón y Marco Mesala, los nobles, guiados del odio que ya
albergaban contra Clodio, pero también, y especialmente,
con objeto de conjurar el sacrilegio que perpetró —pues los
pontífices decretaron la repetición de los ritos sacrificales,
cuya santidad había sido manchada por el sacrilegio en
cuestión—, llevaron a éste ante los tribunales bajo acusa- 2
ciones referidas al adulterio (sobre el cual, sin embargo, Cé-
sar guardaba silencio), la sedición habida en Nísibis y ade-
más las relaciones íntimas que presuntamente mantenía con
su hermana; pero Clodio fue absuelto, pese a la guardia que

[77] Se trata de las fiestas nocturnas en honor de *Bona Dea;* tenían lugar a principios de diciembre y ejercía de anfitriona la esposa de un magistrado *cum imperio*. La que aquí menciona Dion se celebró en la noche del 4 al 5 de diciembre del 62.

los jueces pidieron y obtuvieron del senado a fin de no sufrir
3 violencia ninguna por parte del reo. Y a causa de ello Cátulo decía en son de chanza que si pidieron la guardia no fue para condenar libres de amenazas a Clodio, sino para mantener a salvo las sumas con que habían sido sobornados. No mucho después murió Cátulo, figura la más conspicua que se haya jamás dado en lo tocante a anteponer las prerrogati-
4 vas del común a cualquier otra consideración. También aquel año inscribieron los censores en el senado, aun con transgresión del cupo, a todos los que habían desempeñado magistraturas, y el pueblo, que hasta entonces había asistido a los combates de gladiadores sin hacer alto, se puso en pie en medio de la función y marchó a almorzar; la práctica, que tomó allí inicio, se observa todavía hoy en cuantos juegos patrocina el que entra en posesión de su cargo.

47 Esos sucesos tuvieron lugar en Roma. Y como la Galia Narbonense fuese saqueada por los alóbroges, Gayo Pomptino, gobernador de la zona, despachó a sus comandantes contra el enemigo y él se estableció en lugar adecuado para observar los acontecimientos, a fin de poder brindarles consejo y asistencia a tiempo cada vez que la ocasión lo preci-
2 sase. Manlio Lentino acaudilló una expedición contra la ciudad de Vencia[78], a cuya población infundió tal pánico que una mayoría huyó y los restantes despacharon embajadas para acordar la paz. Y en medio de ello los que se hallaban por los campos concurrieron en ayuda de los otros, desencadenando un súbito ataque; expulsado así de la ciudad,
3 se dedicó Lentino a saquear impunemente la comarca hasta que Catúgnato, comandante del ejército común a todos aquellos gentes, y algunas más de las poblaciones establecidas a

[78] Es decir, *Vincium,* actualmente Vence, la ciudad más importante de la Galia Narbonense.

lo largo del Isara[79] socorrieron a sus habitantes. De momento Lentino, a la vista del gran número de barcos, no osó impedirles el paso, —no fuera a ser que al verlos enfrente formados para combatir aunasen fuerzas—, pero como a lo 4
largo mismo de la ribera el terreno estaba cubierto de árboles, se emboscó allí e iba capturando y dando muerte a los grupos que sucesivamente efectuaban la travesía. Y al perseguir a unos que huían vino a dar con el mismo Catúgnato: hubiera sido totalmente masacrado a no ser por una violenta tempestad, que al sobrevenir repentinamente hizo desistir a los bárbaros de la persecución. A continuación, una vez que 48
Catúgnato marchó lejos, volvió a recorrer la zona y tomó el enclave junto al cual había sido derrotado. Por su parte Lucio Mario y Servio Galba atravesaron el Ródano y castigaron el país de los alóbroges hasta llegar a la ciudad de Solonio[80]; se asentaron entonces en una recia posición que 2
dominaba la plaza, combatieron victoriosamente a quienes les hicieron frente y prendieron fuego a una parte de la ciudadela construida en madera, aunque no la capturaron: pues Catúgnato llegó en su auxilio. Pomptino, al tener noticia de esa comparecencia, avanzó al frente de todo su ejército sobre la plaza, la sometió a asedio y se adueñó de los defensores pero no de Catúgnato.

A raíz de ello, Pomptino sometió el resto ya con más fa- 49
cilidad; y en el tiempo aquel llegó Pompeyo a Italia e hizo designar cónsules a Afranio Lucio y Metelo Céler, en la vana esperanza de que por su mediación podría llevar a efecto cuanto proyectaba. Junto a otras cosas, pretendía —y era lo 2
principal— la concesión de tierras para quienes habían

[79] El actual Isère.

[80] Ciudad de los alóbroges, en la Galia Narbonense. Se corresponde quizás con la actual Salagnon, en el departamento de Isère.

combatido bajo sus órdenes y la ratificación de todas sus
disposiciones, pero a la sazón no pudo obtener ni una ni
otra. Pues los notables, que ya antes no lo miraban con
3 agrado, impidieron que ambas medidas se votaran. Y de los
cónsules, Afranio (fuerte más en danzas que en cualquier
otro asunto) no le fue de ninguna ayuda y Metelo, airado
porque había repudiado a su hermana a pesar de tener hijos
de ella, opuso considerable resistencia a todas sus medidas.
4 Lúculo Lucio, al que una vez, durante un encuentro ocurri-
do en Galacia, trató Pompeyo despectivamente, le planteaba
insistentes objecciones y le conminaba a exponer indivi-
dualmente y por separado cada una de sus actuaciones en
vez de exigir la ratificación conjunta de todas ellas. Pues
decía que, en cualquier caso, era de justicia no dar por san-
cionado de un solo golpe, como si de un soberano se tratara,
cuanto Pompeyo había llevado a efecto, con inclusión ade-
más de medidas cuya índole era ignorada por todos ellos. Y
ya que Pompeyo había abolido algunas disposiciones del
propio Lúculo, solicitaba que el senado examinase la ejecu-
toria de uno y otro y validase lo que en cada caso mereciese
50 su aprobación. Dispensaban a Lúculo enérgico apoyo Ca-
tón, Metelo y todos los que hacían causa común con éstos.
En tales circunstancias, cuando el tribuno presentó la pro-
puesta relativa al reparto de tierras entre los partidarios de
Pompeyo, complementada además —a fin de que pasase
más facilmente la propuesta en cuestión y la ratificación de
las medidas de Pompeyo— con una asignación de lotes a
todos los ciudadanos, Metelo agudizó su oposición a todo
ello hasta el punto de ordenar el tribuno su confinamiento
en prisión y pretender Metelo que el senado se reuniese allí.
2 Y como el tribuno (cuyo nombre era Lucio Flavio) colocó el
banco tribunicio en la entrada misma de la celda y sentado
en él impidió que nadie entrara, Metelo ordenó abrir un

hueco en el muro de la prisión a fin de que el senado pudie-
se penetrar a través de éste, e inició los preparativos para
pasar la noche allí. Informado de lo cual, Pompeyo, aver- 3
gonzado y al mismo tiempo temeroso de que hasta el pueblo
fuese presa de indignación, ordenó a Flavio que se retirara.
Hablaba como si lo hubiera pedido Metelo, pero no resulta-
ba convincente: pues la arrogancia de éste era a todos bien
conocida. Incluso cuando los demás tribunos decretaron su 4
liberación, la rechazó Metelo. Y cuando Flavio llegó a ame-
nazarle con impedir, si no le permitía presentar la ley, que
marchase a la provincia cuyo gobierno había obtenido, tam-
poco cedió, sino que permaneció de muy buen grado en
Roma. Entonces Pompeyo, como veía sus planes frustrados 5
por Metelo y los otros, afirmó que éstos lo habían hecho
blanco de su envidia y que pondría tal circunstancia en co-
nocimiento del pueblo; pero ante el temor de quedar ex-
puesto a una verguenza todavía mayor si la maniobra no le
salía bien, depuso su pretensión. Supo así que no contaba
con fuerza real, sino con la reputación y las envidias susci-
tadas por sus anteriores empresas, las cuales no le había re-
portado ninguna ventaja efectiva, y se arrepentía de haber
licenciado tan pronto sus legiones y haberse puesto en ma-
nos de sus enemigos. De otro lado, Clodio, guiado por ⟨su 51
odio⟩ a los notables, concibió deseos de ocupar el tribunado
después del juicio, y por medio de algunos tribunos presentó
propuesta de que también los aristócratas ocupasen la ma-
gistratura, pero como no tuvo éxito, abjuró de su linaje y
adquirió la condición de plebeyo, llegando a tomar parte en
las asambleas de éstos. Inmediatamente se presentó al tribu- 2
nado, pero no obtuvo el nombramiento por la oposición que
le hizo Metelo; pues éste, que era pariente suyo, no aproba-
ba su conducta. Adujo como pretexto que el traslado de
Clodio no había guardado conformidad con los preceptos

consuetudinarios, porque dicho traslado podía tener lugar sólo bajo propuesta de ley curial.

3 Tal fue el curso seguido por aquellos sucesos; y puesto que los impuestos afligían gravemente a la ciudad y al resto de Italia, todos llegaron a mirar con buenos ojos la ley que había de abolirlos, pero los senadores, por aversión al cónsul autor de la propuesta (que era Metelo Nepote), pretendieron borrar de la ley el nombre del proponente y sustituir-
4 lo por otro. Y aunque el intento no alcanzó ejecución, a todos resultó evidente que ni los beneficios aceptaban con gusto si venían de las capas bajas. En esas mismas fechas Fausto, el hijo de Sila, celebró en memoria de su padre un concurso de gladiadores y obsequió con magnificencia al pueblo, proporcionándole gratuitamente baños y aceite.

52 Mientras esto acaecía en la ciudad, César gobernaba Lusitania después de haber desempeñado la pretura; hubiera podido suprimir sin gran esfuerzo el bandolerismo, endémico en aquella zona, y llevar una vida tranquila, pero no quiso. Pues su afán de gloria y su rivalidad con Pompeyo y demás figuras anteriores a él mismo que en alguna ocasión habían ocupado posiciones eminentes, lo empujaban a pla-
2 nes de no poca monta: alimentaba esperanzas de realizar en esos momentos alguna gesta para, a renglón seguido, ser nombrado cónsul e ilustrarse con hazañas extraordinarias, ambición esta alentada, entre otras cosas, por haber tenido en Gades[81], cuando era cuestor, un sueño en el que creyó yacer con su madre y a raíz del cual los adivinos le comunicaron que adquiriría gran poder. Por esta razón, cuando vió también allí una efigie de Alejandro que había sido consagrada en el templo de Heracles, rompió a llorar y a lamentarse porque todavía no había realizado ninguna alta empre-

[81] La actual Cádiz

sa. Así pues, a causa de ello —y aunque, como dije, hubiera 3
podido llevar una vida tranquila— marchó a la sierra Her-
minia[82] y dio orden de que sus habitantes se trasladaran a la
llanura, presuntamente para que no desencadenasen incur-
siones de bandidaje al abrigo de las montañas, pero de
hecho con clara conciencia de que jamás cumplirían la or-
den y de que la negativa le brindaría ocasión para iniciar
una guerra. Como realmente ocurrió. Se alzaron, por tanto, 4
en armas, y César los subyugó. Y cuando algunos pueblos
vecinos, temerosos de que avanzara también contra ellos,
buscaron al otro lado del Duero refugio para sus hijos, sus
mujeres y todo aquello que tenían en más alta estima, tomó
sus ciudades mientras estaban ocupados en el transporte y a
continuación arremetió también contra los hombres. Los 5
cuales lanzaron por delante su ganado con objeto de atacar a
los romanos cuando estuviesen esparcidos en la captura las
reses. Pero César dejó a un lado las bestias, cayó sobre ellos
y los venció. Entretanto supo que los habitantes de la sierra 53
Herminia se habían rebelado y planeaban tenderle una em-
boscada a su regreso, ante lo cual primero regresó por otro
camino, y después los atacó de nuevo; derrotados y en fuga,
los persiguió hasta el océano. Y cuando abandonaron el 2
continente para cruzar a una isla, él permaneció en tierra (ya
que no tenía muchos barcos), pero mandó componer embar-
caciones en las que despachó una parte de sus tropas, su-
friendo numerosas pérdidas. Pues el oficial que estaba al
mando se aproximó a un rompiente que había delante de la
isla e inició el desembarco de los soldados, en la idea de
hacerlos cruzar desde allí a pie, pero seguidamente fue
arrastrado por la fuerza del reflujo y hubo de abandonar a
sus soldados: todos menos Publio Escevio, que sin escudo y 3

[82] La actual Serra da Estrela, entre el Tajo y el Duero.

cubierto de heridas saltó al agua y atravesó a nado, murieron
4 tras valerosa defensa. Eso fue lo que ocurrió entonces; pero después César mandó traer de Gades embarcaciones sobre las cuales pasó a la isla con todo su ejército, de suerte que se impuso sin esfuerzo al enemigo, estragado por la falta de víveres. A continuación marchó por mar a Brigancio[83] una ciudad de Galicia cuyos habitantes (que nunca habían visto una escuadra) se le sometieron llenos de temor ante la agitación producida en las aguas por la llegada de los barcos.

54 Llevadas a cabo estas empresas, por medio de las cuales consideraba haber cobrado bazas suficientes cara a la obtención del consulado, partió a toda prisa, sin esperar siquiera la llegada de su sucesor, para las elecciones; y determinó presentar su candidatura antes incluso de que tuviera lugar la ceremonia triunfal, dado que no era posible celebrar ésta
2 por adelantado. Pero al no alcanzar, por oposición sobre todo de Catón, que le fuera concedido el triunfo, se olvidó de la ceremonia en cuestión. Pues esperaba que, una vez designado cónsul, realizaría empresas y protagonizaría triunfos de valor y entidad mucho mayores. A los ya mencionados motivos con que de continuo alimentaba sus altas ambiciones vino a añadirse el nacimiento en sus cuadras de un caballo con hendiduras en los cascos de las patas delanteras, caballo que portaba a César con orgullosa estampa, pero no
3 aceptaba ningún otro jinete. También esto se le antojaba presagio de un no mediocre destino, de suerte que abandonó de grado la celebración de sus victorias para, una vez entrado en la ciudad y nominado para el cargo, deshacerse en atenciones cuyo punto de mira eran, junto a otros, Pompeyo y Craso: y ello hasta el punto de que, si bien éstos albergaban ya entonces una recíproca hostilidad que incluía tanto a

[83] Actualmente La Coruña.

sus personas como a sus respectivas facciones y si el uno
rechazaba toda medida en cuya consecución supiese empe-
ñado al otro, se atrajo a ambos y fue proclamado cónsul por
consenso general y unánime. Lo cual ciertamente da cum- 4
plido testimonio de su sagacidad, ya que logró medir tan
bien el grado y la ocasión de sus atenciones a aquellos que
ambos le apoyaron no obstante su mutua rivalidad.

Pero tampoco se contentó con esto, sino que llegó a re- 55
conciliarlos a los dos, no porque quisiera verlos unidos, sino
por percatarse de que contaban con la máxima influencia,
y por tener la certeza de que sin el común concurso de uno y
otro no escalaría una posición suficientemente alta; pues si
entraba en coalición con quienquiera que fuese de los dos,
ello le acarrearía el antagonismo del otro, y antes fracasaría
a causa de ese antagonismo que triunfaría con el apoyo de
su aliado. En efecto, estimaba de un lado que todos los 2
hombres son más propensos a enfrentarse con sus enemigos
que a llevar auxilio a los de su bando, y no sólo por aquello
de que la cólera y el odio suscitan empeños superiores en
vehemencia a los de cualquier amistad, sino también porque
el uno actúa en beneficio propio, el otro en el de persona
ajena, y así cosechan satisfacción —en caso de éxito— o
contrariedad —cuando se fracasa— de distinta magnitud. Y 3
además resulta más expedito obstaculizar a alguien e impe-
dirle cualquier forma de prosperidad que pretender subirlo a
posiciones elevadas, porque quien no consiente prosperidad
ninguna actúa de manera grata para los demás y también pa-
ra sí mismo, pero el que quiere encumbrar a otro hace de és-
te una carga para los dos.

A partir de tales consideraciones, por tanto, fue César 56
buscando la amistad de Pompeyo y Craso y a continuación
los reconcilió. Pues pensaba que sin ellos no conseguiría
jamás una posición fuerte y que tampoco dejaría de chocar

en alguna ocasión con uno de los dos, y por otra parte no temía que se pusiesen de acuerdo para relegarlo a una posición de inferioridad. Porque sabía con toda claridad que de momento se impondría a los demás gracias a la amistad de ambos y no mucho despues a cada uno de ellos por inter-
2 medio del otro. Y así fue. Pompeyo y Craso, como si también sobre ellos obrasen razones particulares, hicieron las paces de inmediato y admitieron a César en su consorcio
3 político. Pompeyo, cuyas fuerzas no eran tan grandes como creyó, al ver que Craso disponía de considerable influencia y que César estaba en alza, temió sufrir un completo revés a manos de los dos, y al mismo tiempo se aventuró a esperar que, si compartía con ellos sus actuales recursos, a través de
4 ellos recuperaría su posición de antaño. Craso estimaba ser superior a todos por linaje y por riqueza, pero como el predicamento de Pompeyo era mucho mayor y como preveía que César iba a llegar alto, quiso enfrentarlos entre sí a fin de que ninguno se elevase, en la idea de que serían rivales de fuerza pareja, de que así él cosecharía la amistad de uno y otro y de que obtendría prerrogativas superiores a las de
5 ambos. Pues no seguía cabalmente ni la causa del pueblo ni la del senado, sino que en todo lo guiaba su propio encumbramiento; por eso apoyaba por igual a ambos y evitaba enemistarse con cada uno de ellos, promoviendo gradualmente los intereses de ambos en la medida en que así toda ventura sobrevenida a uno de los dos apuntaría a él como causa, pero en sus reveses no habría de tener parte.

57 De esta manera y por estas razones entablaron los tres la alianza, y tras prestarle juramentos de fidelidad asumieron la gestión del estado para, a raíz de ello, concederse, mediante mutuos repartos y recíprocos intercambios, cuanto apetecían y cuanto cuadraba a sus actuales conveniencias.
2 Al estar aquellos de acuerdo, pactaron asimismo las respec-

tivas facciones, de suerte que también éstas, al amparo en to-
do de sus líderes, se veían libres para actuar como querían; y
en tales circunstancias la poca reserva de discreción que había
pasó a ser patrimonio de Catón o de aquellos otros que quisie-
sen figurar como adeptos a sus ideas. Pues una política des- 3
prendida y libre de ambiciones particulares no la practicaba
entonces nadie salvo Catón: si había quien —abochornado
por lo que estaba ocurriendo, o también bajo el deseo de imi-
tar a aquél— intervenía en cualquier asunto público y se hacía
notar por alguna actuación similar a las de Catón, al emanar
estas intervenciones de un voluntario ejercicio y no de ínsita
virtud, sus autores no eran perseverantes.

A tal punto llegaron entonces los asuntos de Roma bajo 58
guía de aquellos hombres, que mantuvieron oculta su alian-
za cuanto tiempo pudieron. En efecto, realizaban todo lo
que habían acordado, pero simulaban y aducían las excusas
más contrarias a fin de pasar desapercibidos el mayor tiem-
po posible y culminar sus preparativos. Ahora bien, la divi- 2
nidad no ignoraba lo que hacían, sino que entonces mismo
desveló con gran claridad a los capaces de comprender ese
tipo de cosas las futuras consecuencias que resultarían de
ello. Pues súbitamente cayó sobre la ciudad toda y el con-
junto del país tan gran temporal que de modo muchísimos 3
árboles fueron derribados de raíz, muchas casas cayeron, las
embarcaciones amarradas en el Tíber —ya anclasen junto a
la ciudad, ya en la desembocadura— se hundieron, el puen-
te de madera quedó destrozado, un teatro que había sido 4
construido en madera con vistas a determinada concentra-
ción festiva se vino abajo, y en el curso de todo esto gran
número de hombres pereció.

Semejantes sucesos, por tanto, constituyeron una antici-
pada demostración, cual imagen de lo que les iba a sobreve-
nir en tierra y por mar.

LIBRO XXXVIII

SINOPSIS

El libro trigésimo octavo de la *Historia romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo César y Bíbulo entraron en conflicto (1-8).
2. Cómo Cicerón marchó al exilio (9-17).
3. Cómo Filisco consoló a Cicerón por su exilio (18-30).
4. Cómo César guerreó contra los helvecios y Ariovisto (31-50).

Tiempo abarcado, dos años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

[695/59] G. Julio César, hijo de Gayo; M. Calpurnio ⟨Bíbulo, hijo de Gayo.

[696/58] L Calpurnio⟩ Pisón, hijo de Lucio; Aulo Gabinio, hijo de Aulo.

El año siguiente quiso César dispensar sus atenciones al pueblo para ponerlo aún más a su lado. Pero decidido también a pasar por partidario de los notables con objeto de no atraerse su enemistad, les dijo muchas veces que no haría propuesta alguna que no fuese también en beneficio de 1

2 ellos. De hecho, cierta medida concerniente al reparto de la tierra entre toda la plebe la redactó de tal manera que ningún detalle fue objeto de denuncia. Y pretendía que ni siquiera así la presentaría si los notables no estaban de acuerdo. Pues bien, en lo que respecta a la ley nadie realmente le podía hacer ningún reproche. Efectivamente, el pueblo de Roma —integrado por un número de ciudadanos extraordinaria-
3 mente elevado, lo que causaba a casi todas las sediciones— dedicaría sus fuerzas a las labores del campo y a repoblar la mayor parte de Italia, que había quedado desierta, y así no sólo quienes habían soportado las penalidades de las campañas militares, sino también todos los demás obtendrían suficientes medios de vida sin que ni la ciudad hubiera de efectuar dispendio alguno, ni los notables —que antes bien
4 conseguirían honores y cargos— fuesen penalizados. Planeaba la distribución de toda la tierra pública con excepción de Campania (que aconsejó mantener aparte como propiedad pública a causa de su calidad) y ordenó adquirir lo restante no mediante expropiaciones forzosas, ni tampoco al precio que decidiesen los comisionados para la compra, sino en primer lugar con recurso a ventas voluntarias, y además por el mon-
5 tante establecido en los inventarios. Pues decía que disponían de abundantes sumas de dinero procedentes del botín capturado por Pompeyo y de los impuestos y contribuciones que se habían instituído, y que tales sumas, amasadas a costa de que los ciudadanos expusiesen sus vidas, debían gastarse en los
6 ciudadanos mismos. En cuanto a los comisionados, estableció que no fueran pocos —con objeto de evitar la asimilación del cargo al desempeño de una función oligárquica— ni se eligiesen de entre los reos por malversación —a fin de no enojar a nadie—, sino que llegasen en primer lugar a la veintena —pues así muchos tendrían parte en la prerrogativa— y además reclutados entre la gente más adecuada, con la excepción de sí

mismo. Este último punto, en efecto, lo había acordado pre- 7
viamente con gran claridad, bajo la intención de que no se considerase la propuesta como algo suscitado en beneficio propio. Pues él tenía bastante con haber ideado e introducido la cuestión; pero si tal era el tenor de sus palabras, resultaba evidente, sin embargo, que actuaba en provecho de Pompeyo, Craso y los demás.

Por tanto, en lo concerniente a sus propuestas legales es- 2
taba libre de culpa, de suerte que nadie osaba abrir siquiera la boca contra él. Porque no sólo las había leído previamente en el senado, sino que había llamado a cada uno de los senadores por su nombre para preguntarle las objeciones que pudiera tener, con la promesa de que si algo no agradaba a alguien lo volvería a redactar o incluso lo suprimiría
del todo. Ahora bien, en lo referente a la situación general 2
absolutamente todos los notables que no participaban en la conjura se hallaban irritados, y lo que más les molestaba era justamente eso, el haber dado al texto tal redacción que, sin poder formulársele censura alguna, todos ellos se veían
agraviados. Pues sospechaban que César, como sin duda era 3
su propósito, iba con tal medida a ganarse al pueblo y a obtener prestigio y fuerza sobre cualquier otro mortal. Por ello, aunque nadie se le oponía, tampoco desde luego lo hacían objeto de alabanzas. Casi todos se contentaban con esto, al tiempo que, si bien le hacían continuas promesas de votar a favor de la propuesta, nada llevaban a efecto, ya que demo-
ras y posposiciones interceptaban la resolución. Y en cuanto 3
a Marco Catón (hombre por lo demás honesto y desafecto a cualquier innovación, aunque por naturaleza y por educación carecía de todo predicamento), tampoco por su parte hacía objeción alguna a la propuesta, pero les instaba a atenerse en general al sistema vigente sin sobrepasarlo en nin-
gún punto. En razón de ello César estuvo a punto de sacarlo 2

del senado mismo para dar con él en la cárcel. Puesto que
Catón se mostró enteramente dispuesto a dejar que lo con-
dujeran allí, no pocos de los otros se aprestaron a seguirlo y
uno de ellos, Marco Petreyo, cuando César le censuró por
ausentarse antes de que la asamblea finalizara, respondió:
3 «Prefiero estar con Catón en la cárcel que contigo aquí»; an-
te lo cual, presa de un sentimiento de respeto, César dejó ir
a Catón y despidió la asamblea diciendo tan sólo: «Yo os
hice jueces y dueños de la ley con objeto de no presentar al
pueblo aquello que no os agradase. Pero ya que no queréis
emitir dictamen previo, el pueblo mismo decidirá».

4 A partir de entonces, durante aquel consulado no parti-
cipó a los senadores ninguna otra medida, sino que presentó
2 todas sus propuestas directamente al pueblo. Como aún así
quiso contar en las asambleas populares con la colaboración
de algunas figuras destacadas (pues esperaba que los nota-
bles cambiarían de opinión y que de una manera u otra se
sentirían atemorizados por la plebe), empezó por su colega
en el consulado, a quien preguntó si en lo concerniente a la
3 ley albergaba algún reproche. Éste respondió tan sólo que
no toleraría la introducción de novedades durante su consu-
lado; y ante tal repuesta se dedicó a implorarle y convenció
al pueblo para que se le uniese en las súplicas, diciendo:
«Tendréis la ley si éste lo quiere». Entonces Bíbulo replicó
con grandes voces: «No tendréis esta ley durante el presente
4 año aunque todos lo queráis». Y tras semejante afirmación
se marchó. No preguntó ya César a ningún otro magistrado,
por temor de que alguno más lo rechazase, pero se dirigió a
Pompeyo y a Craso, aunque eran ciudadanos particulares,
para pedirles que manifestaran su parecer sobre la propues-
ta; dio tal paso no porque desconociera el criterio de aque-
5 llos dos (ya que todo lo hacían en común), sino bajo el pro-
pósito de añadir prestigio a sus nombres —pues, a pesar de

que no desempeñaban magistratura ninguna, recurría a ellos
para que lo asesorasen en lo referente a la ley—, de infundir
respeto a los demás —al tomar como concordes con él a
quienes por consenso común eran entonces los primeros en
la ciudad y los que disponían de mayor autoridad sobre to- 6
dos— y de agradar simultáneamente a la plebe —en tanto
ofrecía pruebas de que pretendían no medidas extravagan-
tes ni ajenas a la justicia sino algo que aquellaspersonali-
dades apreciaban y alababan—. Pues bien, Pompeyo de 5
muy buena gana dijo: «No sólo yo, quirites, apruebo la pro-
puesta, sino también el resto del senado, cuyo voto concedió
tierras, además de a los soldados que combatieron conmigo,
a aquellos incluso que, en su tiempo, lo hicieron con Mete-
lo. En ese momento (ya que el tesoro no tenía medios) lógi- 2
camente dicha concesión se pospuso. Actualmente (cuando,
gracias a mí, abunda en recursos) es de ley entregar a aque-
llos lo prometido y a los otros el fruto de sus trabajos por el
estado». Tras estas palabras expuso en detalle la propuesta y 3
alabó todos sus puntos, de manera que el pueblo experimen-
tó gran contento. Al ver lo sucedido, César preguntó a Pom-
peyo si estaría conforme en ayudarle contra quienes se les
oponían y pidió a la plebe que se sumase a sus ruegos.
Cuando así ocurrió, Pompeyo, ufano al ver que tanto el cón- 4
sul como el pueblo solicitaba su concurso pese a no ocupar
posición ninguna de poder, se extendió en palabras altiso-
nantes y enaltecedoras de su propia valía para terminar di-
ciendo: «Si alguien osa levantar la espada, yo tomaré el es-
cudo». Tales palabras de Pompeyo recibieron igualmente la 5
aprobación de Craso. Y así, aunque algunos de los otros no
las acogieron con agrado, al ver ⟨no obstante que aquellos⟩
—hombres tenidos en general por honestos y, según creían,
hostiles a César (pues su acuerdo aún no era conocido)—
aprobaban la propuesta, se avinieron a ratificar la ley.

6 No cedía, sin embargo, Bíbulo, que a fin de impedir la
promulgación de la ley se alió con tres tribunos para final-
mente —pues ya no vislumbraba ninguna otra posibilidad
de aplazamiento— declarar días feriales, en los cuales las
leyes prohibían incluso la concurrencia del pueblo a la
asamblea, absolutamente todos los que quedaban del año.
2 Sin preocuparse demasiado por él, César fijó un día para la
promulgación, y como la plebe se adelantó a ocupar de no-
che el ágora, Bíbulo apareció acompañado de la comitiva
que tenía preparada y se abrió paso hasta el templo de los
Dióscuros, desde donde iba a hablar César. Se apartaban
3 unos por respeto, otros por pensar que no se atrevería a
hacerles frente, pero cuando estuvo arriba e intentó pronun-
ciar palabras contrarias a la ley lo empujaron escaleras abajo,
rompieron sus haces y los tribunos, entre otros, recibieron
4 golpes y heridas. De esta manera la ley obtuvo ratificación,
y Bíbulo, que de momento salvó la vida a duras penas, al
día siguiente intentó anularla en el senado, pero nada consi-
guió. Pues, atenazados por la presión de la plebe, todos se
5 desentendieron. Marchó por tanto a su casa, y hasta el últi-
mo día del año no compareció una sola vez en público, sino
que desde su casa y por medio de sus criados, cada vez que
César pretendía introducir un innovación, le repetía la ad-
vertencia de que eran días feriales y que en ellos las leyes
6 tachaban de impía cualquier iniciativa. En medio de todo es-
to, Publio Vatinio, un tribuno, intentó encarcelarlo, pero an-
te la oposición de sus colegas desistió; de esa manera Bíbu-
lo permaneció apartado de los asuntos públicos y los
tribunos alineados a su lado no llevaron a efecto ninguna
7 medida. Ahora bien, Metelo Céler, Catón y, movido por Ca-
tón, un tal Marco Favonio, gran admirador suyo, rehusaron
de entrada prestar juramento a la ley (práctica iniciada, se-
gún expuse, en otro tiempo y a la que asimismo se había re-

currido ante medidas fuera de lo usual como la presente) y además insistieron —alegando Metelo, entre otros ejemplos, el del Numídico— en que nunca le darían su acuerdo[84]. Sin embargo, cuando ⟨llegó el⟩ día ⟨en⟩ que habían de 2
pagar la pena fijada, juraron, ya en razón de la humana tendencia por la que muchos prometen y amenazan con más facilidad de lo que llevan a término, ya porque iban a ser multados sin conseguir nada y sin que su empecinamiento trajera beneficio ninguno al estado. De esta manera, por tan- 3
to, obtuvo la ley ratificación, y además también la tierra de Campania se entregó a quienes tenían tres o más hijos. En base a lo cual, precisamente, Capua fue entonces catalogada por primera vez como colonia romana.

A raíz de tales sucesos César se ganó a la plebe, mien- 4
tras que a los miembros del orden ecuestre les otorgó un tercio de los tributos que colectaban. En efecto, todas las recaudaciones se hacían por intermedio de ellos, y aunque muchas veces habían pedido al senado algún tipo de compensación, no la obtuvieron a causa de la negativa, entre otros, de Catón. Y cuando, sin suscitar la protesta de nadie, 5
se atrajo también el apoyo de este orden, primero sancionó

[84] Los magistrados y senadores debían prestar juramento a toda ley en cuya sanción estuviese incluída la cláusula que reclamaba lealtad *(fides)* para la ley en cuestión; la negativa a jurar dentro del plazo de cinco días tras la publicación de la ley se castigaba inicialmente con la pérdida del cargo o del escaño senatorial, posteriormente con multa: véase A. Steinwenter, *Iusiurandum, RE* X 1 (1917), cols. 1256-1257. Quinto Metelo Cecilio Numídico abandonó Roma en el año 100 a. C., con motivo de la ley agraria del tribuno de la plebe Lucio Apuleyo Saturnino. A dicha ley acompañaba una cláusula que sancionaba con pérdida del escaño y multa de veinte talentos a los senadores que no prestasen juramento: véase Broughton, *The Magistrates ...*, vol. I, págs. 575-576. Dion alude a un pasaje de su obra que no conservamos.

todas las actuaciones de Pompeyo, a lo que ni Lúculo ni
ningún otro se opuso, después promulgó muchas otras me-
6 didas que tampoco hallaron resistencia. Efectivamente, ni
siquiera Catón dejó oir su voz, si bien durante la pretura que
desempeñó no mucho después de estos acontecimientos en
ningún momento mencionó por su título —pues eran llama-
das «de Julio»— las leyes que aquel promulgó. Porque, a
pesar de nombrar los tribunales según preceptuaban éstas,
ocultaba, ridículo proceder, su denominación.

Las leyes en cuestión las omitiré por ser muchas y no
8 aportar nada a la presente composición. Ahora bien, Quinto
Fufio Caleno vio que, al menos en caso de confrontación,
resultaban indiscernibles los distintos votos emitidos (al re-
clamar para sí cada uno de los órdenes las leyes de mayor
excelencia, mientras que atribuían a los otros las más extra-
vagantes), y ante tal situación dispuso en calidad de pretor
que cada uno de ellos votara separadamente, a fin de poner
en evidencia no el voto individual, de emisión secreta, pero
sí el parecer mantenido por el orden de cada votante.

2 Los demás asuntos de la ciudad eran, en su totalidad,
objeto de la previsión, consulta y administración del mismo
César, como si fuese cónsul único. De ahí que algunos, en
son de burla, omitieran por completo el nombre de Bíbulo
mientras que a César lo nombraban y lo consignaban por
escrito dos veces, afirmando que eran consules Gayo César
3 y Julio César. Lo que a él le afectaba, en cambio, lo dejaba
en manos de otros. En efecto, puso sumo empeño en no
otorgarse nada a sí mismo. Y justamente a causa de ello ob-
tuvo, incluso con mayor facilidad, cuanto deseaba. Pues por
su parte decía no necesitar nada, al contrario, alegaba insis-
4 tentemente que estaba satisfecho con lo que tenía. Pero
otros, bajo el supuesto de que su persona era necesaria y útil
para la vida pública, proponían las medidas que él deseaba y

se encargaban de que fuesen sancionadas no sólo en la asamblea popular, sino también en el senado mismo. La 5
plebe le otorgó así el gobierno de Iliria y la Galia Cisalpina por un periodo de cinco años y con mando sobre tres legiones, y el senado le encomendó además la Galia Transalpina y otra legión.

Temeroso entonces de que en su ausencia, y dado que 9
iba ser cónsul Aulo Gabinio, Pompeyo introdujese alguna innovación, se asoció a éste y al otro cónsul, Lucio Pisón, por medio de nexos familiares. A Pompeyo lo casó con su hija —a pesar de que antes la había prometido a otro— y él contrajo matrimonio con la hija de Pisón. Pero si de esta 2
manera su pujanza se afirmaba por doquier, de otro lado Cicerón y Lúculo, descontentos con la situación, proyectaron acabar con César y con Pompeyo por medio de un tal Lucio Vecio, proyecto que no lograron, antes bien, ellos mismos llegaron a verse al borde de la muerte. En efecto, Lucio Vecio, denunciado y detenido sin que todavía hubiese comenzado a actuar, los delató. Y si no hubiese presentado a Bíbu- 3
lo como autor junto a ellos de la intriga, desde luego habrían sufrido un terrible castigo. Ahora bien, como en su defensa inculpaba a aquél que había desvelado el plan a Pompeyo, suscitó la sospecha de que tampoco era veraz al acusar a los demás, sino que había sido deliberadamente aleccionado para calumniar a quienes se oponían a estos últimos. Sobre el 4
asunto circulaban también otros rumores. Pero ninguno de ellos pudo probarse, sino que cuando Vecio compareció ante el pueblo nombró sólo a los antes mencionados, fue conducido a la cárcel y poco después sucumbió en ella de una dolosa muerte. A raíz de lo cual César y Pompeyo sospe- 10
charon de Cicerón, y la sospecha resultó confirmada por la defensa que aquél hizo de Antonio. Pues como gobernador de Macedonia Antonio había desplegado abundantes y du-

ras actuaciones dirigidas no sólo contra el territorio someti-
do sino también contra el de los aliados, y a su vez había re-
2 cibido abundantes reveses. Concretamente, tras saquear
las regiones ocupadas por los dardanios[85] y las de sus ve-
cinos, no osó esperar el ataque de éstos, sino que, hacien-
do como si se retirara con la caballería hacia otro objetivo,
escapó, ante lo cual los atacantes cercaron a la infante-
ría, la forzaron a salir de la zona y se hicieron además con
3 el botín. Idéntico proceder puso en práctica para con los
aliados en Mesia, y derrotado junto a la ciudad de los istrios
por los escitas bastarnas[86], que acudieron en auxilio de los
primeros, se dio a la fuga. Estos asuntos no suscitaron nin-
guna acusación contra Antonio, pero cuando fue procesado
por participar en la conjuración de Catilina le valieron la
condena, aconteciéndole que ninguno de los cargos por los
que se le juzgaba pudo probarse, pero en cambio expió
4 aquello de lo que no se le acusaba. Tal fue la suerte de An-
tonio; y en cuanto a Cicerón, al haber sido colega suyo en el
consulado, actuó entonces como su defensor, y con este mo-
tivo acusó con toda severidad a César, a quien presentó como
responsable del juicio contra Antonio y al que incluso dedi-
11 có algún insulto. César, como es lógico, se disgustó por ello,
pero, aunque era cónsul, ni de palabra ni de obra le contestó
con insolencia. Pues afirmaba que la mayoría de los hombre
⟨profiere⟩ frecuentes y huecos gritos contra sus superiores,
bajo el deliberado propósito de inducirlos a querellas en las

[85] De origen probablemente tracio, los dardanios habitaban la región en torno al monte Ida.

[86] Istria era colonia milesia fundada hacia mediados del s. VII a. C. y situada al sur de la desembocadura del Danubio. Los bastarnas eran germanos establecidos al norte del Danubio desde comienzos del s. II a. C.

que, si recibe respuestas similares, parecerá elevarse al mis-
mo nivel y rango que ellos. Y él estimaba que no debía
hacer frente a nadie de acuerdo con esa lógica. Si, conse- 2
cuentemente, se comportaba así cuando otros le dirigían im-
properios, tampoco ahora, cuando veía que Cicerón actuaba
no tanto bajo el propósito de injuriarlo cuanto por deseo de
recibir una respuesta en los mismos términos para así igua-
lársele, se preocupó gran cosa de él ni hizo caso de sus pa-
labras, sino que, como si de elogios a su persona se tratase,
le permitía entrar a placer en descalificaciones. No dejó, sin 3
embargo, de prestarle alguna atención. Porque de un lado
era realmente de carácter moderado y no se irritaba con mu-
cha facilidad. Y de otro, al ser tan amplios sus intereses,
ejercía numerosas acciones, pero de tal manera que ello no
tenía lugar ni bajo efecto de la cólera ni siempre de manera
inmediata. No cedía, por tanto, a impulsos pasionales, aguar- 4
dando en cambio el momento oportuno y desencadenando
sus ataques casi siempre sin que las víctimas se percatasen.
Pues actuaba no de forma que pareciese defenderse de al-
guien, sino con el objetivo de disponerlo todo a su favor sin
que se le pudiese reprochar lo más mínimo. Y por ello sus
venganzas no procedían a las claras y acaecían cuando me-
nos se esperaba, ya que así preservaba su crédito —porque 5
rebatía la suposición de que se hallaba encolerizado— y
evitaba que quien fuese, al tener conocimiento previo, se
pusiera en guardia o bien tomara la ofensiva y antes de reci-
bir el golpe atentase contra él. En efecto, lo que ya había su-
cedido no le preocupaba tanto como ⟨la prevención de lo
que podría suceder⟩. Y por ello, a muchas actuaciones su- 6
mamente dañinas para su persona replicaba con el perdón o
a lo sumo con parcos ataques, pues confiaba en que sus au-
tores ya no le ocasionarían ningún perjuicio. Muchas otras,
sin embargo, recibían de él, por razones de seguridad, un

correctivo superior a lo exigible: afirmaba, en efecto, que jamás ⟨podría transformar lo ocurrido⟩ en no ocurrido; ⟨pero que si no atajaba⟩ con lo excepcional del castigo ⟨sucesos por venir⟩, a buen seguro se vería en apuradísimos trances.

12 Por tanto, y en conformidad con tales razonamientos, tampoco entonces emprendió personalmente acción alguna; ahora bien, al percatarse de que Clodio, cuya adúltera conducta no había denunciado, deseaba devolverle de alguna
2 manera el favor, lo utilizó secretamente contra Cicerón. En primer lugar procedió a transferirlo de nuevo, con la ayuda de Pompeyo y bajo el objetivo de realizar la operación legalmente, a la condición de plebeyo, e inmediatamente des-
3 pués logró su nombramiento como tribuno. Así, fue Clodio quien hizo callar a Bíbulo cuando, al término de su magistratura, entraba en el ágora con el propósito de perorar, tras la prestación del juramento, sobre la presente situación, y
4 fue también él quien arremetió contra Cicerón. Como no le parecía fácil acabar con un hombre que había alcanzado gran peso en la vida pública gracias a la fuerza de su oratoria, intentaba ganarse no ya a la plebe, sino también a los caballeros y al senado —estamentos entre los cuales Cicerón era sin duda una primerísima figura—, bajo la suposición de que, al tratarse de alguien cuya influencia radicaba más en el miedo que en la benevolencia, lo abatiría con faci-
5 lidad si le enajenaba esos apoyos. A muchísimos, en efecto, zahería Cicerón con sus palabras, sin que llegara a hacerse más partidarios por los servicios prestados que enemigos por los daños inferidos. Pues, de un lado, es norma humana general que antes cosechen aborrecimiento los individuos de peor carácter que gratitud cualquier persona de óptimas cualidades, y que a ojos del defendido el pago del estipendio baste para saldar su deuda con el defensor, pero el acusado tienda a emprenderla como sea con quien habla en su con-

tra; y de otro, Cicerón, al intentar continuamente prevalecer 6
sobre los más poderosos y al dirigirse a todos por igual con
una licencia desenfrenada y enojosa —pues perseguía, antes
incluso que la reputación de hombre de ley, la aureola de
persona con facultad para entender y decir lo que ninguna
otra—, se había granjeado acérrimos enemigos. Por ello, 7
por sus pretensiones de ser el más grande de los hombres y
porque a nadie consideraba su igual —lejos de ello, a todos
hacía objeto de desdén tanto con sus palabras como con su
forma de vida— resultaba odioso y difícil de soportar, en
razón de lo cual hasta aquellos cuyos intereses secundaba le
tributaban odio y animadversión. Clodio, por tanto, creyen- 13
do a partir de tales considerandos que, si se propiciaba pre-
viamente al senado, los caballeros y el pueblo, acabaría
pronto con él, procedió de inmediato a repartos gratuitos de
trigo (pues ya bajo el consulado de Gabinio y Pisón había
introducido la distribución de raciones entre los indigentes)
y renovó las corporaciones, llamadas en lengua vernácula 2
collegia, cuya institución data de antiguo, pero que durante
algún tiempo habían sido abolidas. Y mandó a los censores
que a nadie degradasen ni diesen de baja de ninguno de los
órdenes, excepto en el caso de que hubiese sido juzgado y
condenado por los dos. Y además de halagarlos con estas 3
disposiciones, presentó una ley, acerca de la cual resulta
preciso disertar con la mayor amplitud si se quiere que sea
plenamente entendida por el común de los lectores. Procede
el vaticinio público, como dije, a partir de signos celestes y
de otro origen, pero a los del cielo corresponde el máximo
poder de sanción, de suerte que si los otros augurios se prac-
tican abundantemente y con cualquier motivo, éste tiene lu-
gar una sola vez en todo el día. Era ésa su mayor peculiari- 4
dad, y junto a ello el que en los demás asuntos o bien
permitía la realización de algo, que entonces tenía lugar sin

recurrir ya a ningún otro augurio particular, o la impedía, en
cuyo supuesto la acción era suspendida; ahora bien, las vo-
taciones populares las detenía en todos los casos, y con refe-
rencia a ellas se producían continuamente señales divinas,
5 ya de sentido favorable, ya desfavorable. Las razones de
semejante práctica no las sé exponer, pero registro lo que
consigna la tradición. Siendo así las cosas, muchos, con el
propósito de obstaculizar introducciones de leyes o provi-
siones de magistraturas que habían de presentarse ante el
pueblo, anunciaban previamente su intención de consultar el
día aquel las señales del cielo, con lo que ninguna ratifica-
6 ción popular tenía lugar el día en cuestión; por ello Clodio,
en prevención de que cuando el pueblo fuese a pronunciarse
contra Cicerón hubiese quienes recurriesen al procedimiento
comentado para posponer y relegar el veredicto, elaboró una
propuesta a tenor de la cual ninguno de los magistrados po-
día inspeccionar los fenómenos celestes en aquellos días en
los que la asamblea popular debía pronunciarse sobre algún
asunto.

14 Tales disposiciones aprestó contra Cicerón. Pero como
éste se percató de la maniobra y contraatacó por medio del
tribuno Lucio Ninio Cuadrato, que haría valer su oposición
a todo el proyecto, temió Clodio que a raíz de ello se produ-
jesen alborotos y dificultades, ante lo cual le ganó la partida
2 por medio del engaño. En efecto, convino previamente con
Cicerón que, si no hacía obstáculo a las medidas legales, no
presentaría moción alguna contra él, a continuación, mien-
tras Cicerón y Ninio lo dejaban actuar, sacó adelante la ley
3 y seguidamente arremetió precisamente contra Cicerón. Así
éste, por mucho que fuese considerado hombre de extra-
ordinaria inteligencia, sucumbió entonces al engaño de Clo-
dio, si es que ha de hablarse de Clodio y no de César y los
4 restantes miembros de su facción. Y respecto a la ley que

propuso después Clodio, en términos generales no parecía
ideada contra Cicerón (pues ni siquiera mencionaba su nom-
bre, sino simplemente se dirigía contra todos cuantos, sin
contar con la condena del pueblo, diesen, o hubiesen dado,
muerte a algún ciudadano), pero de hecho apuntaba clarísi-
mamente a su persona. Culpaba también al senado en su 5
conjunto, por haber encomendado a los cónsules la guardia
de la ciudad, lo que les dio pie para realizar aquellas actua-
ciones, y votar después contra Léntulo y el resto de los que
entonces recibieron muerte. Ahora bien, puesto que Cicerón 6
era el autor de la denuncia, puesto que no había cejado hasta
lograr que fuera planteada la condena correspondiente, la
había hecho votar y, finalmente, se había encargado de lle-
var a término el castigo de los acusados por medio de los
oficiales adscritos a tal menester, sobre él recaía de manera
exclusiva, o al menos en grado máximo, la responsabilidad.
A la vista de ello, empeñó sus fuerzas en replicar a la ma- 7
niobra de Clodio; entre otras cosas, desechó el atuendo se-
natorial, revistió el de caballero y se dedicó, día y noche por
igual, a buscar y cultivar el trato de cualquier personaje que
tuviera alguna influencia, buscándolo no sólo entre aquellos
que le eran próximos, sino incluso en las facciones rivales, y
requiriendo especialmente a Pompeyo y César, dado que és-
te no hacía aparente su enemistad hacia él. Y como los dos 15
últimos tampoco querían pasar por incitadores de Clodio ni
mostrar complacencia hacia las disposiciones a éste debidas,
dieron con un ardid de fácil justificación para ellos, pero de
intención secreta para su víctima, mediante el cual burlar a
Cicerón según los pasos que siguen. César le aconsejaba 2
ceder, no fuese que, por permanecer en el país, perdiera la
vida. Y para robustecer la creencia de que hablaba así mo-
vido por benevolencia, prometía que lo emplearía como
subcomandante, con lo cual se apartaría del camino de Clo-

dio, pero no con deshonra y bajo investigación, sino a hom-
3 bros del poder y en circunstancias honoríficas. Pompeyo, de otro lado, le intentaba disuadir de esta salida, a la que calificaba abiertamente de huída, le insinuaba que recelase de César, cuyos consejos tachaba de hostiles y desleales, y le brindaba la opción de quedarse y hablar libremente en defensa de sí mismo y del senado, lo que implicaría enfrentar-
4 se directamente con Clodio. Pues afirmaba que éste no podría conseguir nada en presencia y con la oposición de Cicerón, y que además pagaría sus faltas si él mismo cooperaba a tal efecto. Hablaban así uno y otro no porque mantuvieran criterios mutuamente enfrentados, sino con objeto de engañar a Cicerón sin despertar sus sospechas; y Cicerón
5 decidió escuchar a Pompeyo. En efecto, no alimentaba desconfianza alguna hacia éste, y estaba firmemente convencido de que acudiría a socorrerlo. Porque en general Pompeyo contaba con abundante estima y respeto como hombre que salvaba a numerosas personas cuando, ya por obra de los jueces ya de los acusadores mismos, se hallaban en peligro.
6 Y en cuanto a Clodio, parecía que, al haber sido pariente suyo en cierta ocasión y partícipe de sus campañas largo tiempo, no le contrariaría en nada. Supuso además que dispondría de todo el apoyo de Gabinio, con quien mantenía sólida amistad, y Pisón, con quien simpatizaba y que era
16 familiar de César. Inducido por tales cálculos a confiar en su victoria (confianza que era tan infundada como desinformadas habían sido sus aprensiones) y temeroso de que se viese en su exilio el producto de una conciencia culpable, ofreció testimonio de gratitud a César, pero se atuvo al consejo de Pompeyo.

2 Víctima de semejante engaño, hacía Cicerón preparativos en la idea de que iba a obtener gran triunfo sobre sus enemigos. Porque, además de lo mencionado, los caballeros

concurrieron al Capitolio y enviaron a los cónsules y al senado emisarios en apoyo de Cicerón, entre quienes figuraban, junto a miembros del orden ecuestre, los senadores Quinto Hortensio y Gayo Curión. También Ninio se puso a 3
su disposición en todo, y concretamente invitó a la plebe a mudar de vestimenta, como si un gran transtorno público fuese inminente. Incluso muchos senadores ⟨aceptaron⟩ la invitación, y no volvieron sobre sus pasos hasta que los consules los conminaron mediante edicto. Ahora bien, la 4
facción opuesta contaba con fuerzas superiores a las de Cicerón, Clodio tampoco permitió que Ninio hiciera nada en defensa del mismo y Gabinio no consintió la entrada de los caballeros en el senado (llegó a expulsar de la ciudad a uno que insistió obstinadamente) y amonestó a Hortensio y Curión por asistir a la reunión de los caballeros y por haber aceptado el papel de emisarios. Los mismos hubieron de su- 5
frir golpes por orden de Clodio, que entró en la asamblea e hizo que unos hombres preparados al efecto apaleasen a los emisarios. Además Pisón, en principio bien dispuesto hacia Cicerón, como estimaba imposible que se salvase de otra manera, le había aconsejado salir por anticipado y en secreto; pero tales palabras suscitaron la cólera de Cicerón, y así, la primera vez que Pisón pudo concurrir a la asamblea (pues usualmente estaba enfermo) y al preguntarle Clodio qué pensaba de las propuestas, respondió: «no me complacen acciones crueles ni sombrías» En cuanto a Gabinio, cuando le fue dirigida la misma pregunta, no sólo evitó alabar la conducta de Cicerón, sino lanzó acusaciones contra el orden ecuestre y el senado. Y sin embargo César (cuyo arbitrio sobre la 17
propuesta había recabado Clodio mediante convocatoria de una asamblea popular reunida por su causa, dado que había ya partido en expedición militar, fuera de los muros) condenó como ilegales las actuaciones concernientes a Léntulo,

2 pero no aprobó el castigo que les había sido prescrito. Dijo, en efecto, que todos conocían cuanto pensaba acerca de lo entonces ocurrido (pues había votado a favor de salvar a los inculpados), pero advirtió sobre la inconveniencia de que, con motivo de los asuntos pasados, se emitese una ley de
3 semejante peso. Así habló César, mientras que Craso dio alguna muestra de apoyo a Cicerón a través de su hijo, pero por su parte se adhirió a la causa de la plebe. Y Pompeyo prometía ayudarle, pero aduciendo cada vez un pretexto distinto y disponiendo deliberadas y frecuentes ausencias no
4 acudía en su auxilio. A la vista de lo cual, y de nuevo invadido por el temor, intentó Cicerón el recurso a las armas (a cuyo efecto, entre otras maniobras, cubría de injurias abiertamente a Pompeyo), pero como Catón y Hortensio se lo impidieron ante la posibilidad de que surgiese de ello una guerra civil, he aquí que contra su voluntad, tocado por el deshonor y la ignominia, como si emprendiese voluntariamente la huida a causa de un cargo de conciencia, abandonó
5 la ciudad. Antes de partir subió al Capitolio para consagrar una imagen de Atenea a la que puso el nombre de Protectora. Tomó subrepticiamente el camino de Sicilia, de la cual había sido gobernador, pues albergaba firmes esperanzas de que gracias al desempeño de este cargo podía contar con la consideración de las poblaciones y los particulares sicilia-
6 nos. Y una vez que huyó, la ley fue sancionada no ya sin oposición ninguna, sino incluso mediante el celo que, tan pronto se ausentó su persona, pusieron de manifiesto, entre otros, aquellos mismos que parecían pasar por los primeros aliados de Cicerón. Su hacienda fue confiscada por el estado, derruída, como si de un enemigo se tratara, su casa, y el
7 solar de ésta dedicada a templo de la Libertad. A él mismo se le castigó con el exilio, y le fue vetado residir en Sicilia. Pues el área de destierro quedó fijada en un radio de tres mil

setecientos cincuenta estadios alrededor de Roma, y además se emitieron proclamas públicas para que, si alguna vez comparecía dentro de esta zona, fuesen muertos con impunidad tanto él como quienes lo acogiesen.

Por tal motivo se trasladó Cicerón a Macedonia, donde 18
vivía entregado a las lágrimas. Y como lo viese un varón llamado Filisco, que ya había estado con él en Atenas y con quien ahora volvió casualmente a coincidir, le dirigió las siguientes palabras: «¿No te avergüenzas, Cicerón, de yacer sumido en femeniles lamentos? Yo al menos jamás hubiera esperado que languidecieses de esta manera, tú, que tanta y tan completa formación has recibido y que has sostenido a muchos con tu palabra.» Cicerón le respondió: «Es que 2
aconsejarse a sí mismo, Filisco, resulta totalmente distinto a intervenir en apoyo de otros. Pues los propósitos que sostienen una causa ajena surgen cuando nuestra mente está en orden y entera, y por ello la mayoría de las veces son provechosos. Pero el ánimo que padece una afección se enturbia y llena de tinieblas, y así nada puede idear de provecho. Por ello, según creo, tienen bastante razón quienes afirman que exhortar a los demás es más fácil que apoyar desde el padecimiento la causa propia.» «Aludes» dijo Filisco, «a algo 3
anclado en la naturaleza del hombre. Sin embargo no creía posible que tú, dotado de tamaña inteligencia y avezado en doctrinas de tamaña sabiduría, no te hubieses precavido frente a todo anclaje humano, a fin de que si sufrieses, incluso de manera inopinada, algún percance, no te pillase desguarnecido. Ahora bien, ya que te hallas en semejante 4
estado ⟨***⟩[87], pues podría yo brindarte cierta ayuda; por-

[87] El texto presenta aquí una laguna cuyo hueco cabe suplir con expresiones como «escúchame», «te consolaré» o algo semejante.

que así como quien comparte con otro el peso de un fardo se lo hace más ligero, de la misma manera yo te haré más liviana esa aflicción si trato contigo de los posibles remedios, y mi tarea será mas fácil que la de aquellos en la medida en que ni la más pequeña parte de tu carga pondré sobre mis
5 hombros. Sin duda no rechazarás el consuelo que otro te ofrece. En efecto, si tú solo te bastaras, ninguna necesidad tendríamos de semejantes palabras. Pero vino a sucederte lo que a Hipócrates, Democedes[88] o cualquier otro médico cabal que, preso de difícil dolencia, precisara ser curado por
19 mano ajena». «Pues bien», dijo Cicerón, «si dispones de palabras tales que puedan levantar de mi alma esta niebla y devolverme a mi prístina luz, estoy totalmente dispuesto a escucharlas. Porque ocurre con las palabras como con los fármacos, que muchas son sus diferencias y variadas su virtudes, y así no sería nada extraño que yo, ilustre en el senado, la asamblea y el foro, recibiera de tus manos un bálsamo de sabiduría.»

2 «Bien», dijo Filisco, «ya que estás dispuesto a escuchar, veamos primero si la conyuntura en que te hallas es realmente desfavorable, y después con qué remedio la enmendaríamos. Yo reparo antes que nada en que tu cuerpo se halla sano y lleno de vigor, cosa que, sin duda, constituye la primera condición requerida para el bienestar natural del
3 hombre; veo además que posees lo suficiente para vivir con independencia, de suerte que no vas a sufrir, obligado por la indigencia, hambre, ni sed, ni frío, ni cualquier otra carencia, pudiendo considerarse ésta, con toda verosimiltud, la segunda condición que exige la naturaleza humana para su

[88] Democedes de Crotona fue un conocido médico que vivió en el VI a. C.

buen estado. Porque cuando la disposición del cuerpo es la
adecuada y se puede subsistir sin tribulaciones, todos los
componentes de la felicidad están al alcance». Replicó en- 20
tonces Cicerón: «Pero ninguno de ellos es de utilidad cuan-
do alguna aflicción corroe el alma. Pues los cuidados que
emanan de ésta proporcionan fatigas mucho más considera-
bles que las alegrías debidas a la feliz situación del cuerpo.
Así, acontece que tampoco yo siento aprecio alguno ni hacia
mi salud corporal —enfermo como estoy del espíritu— ni
hacia mi buena situación material —ya que mis pérdidas
han sido grandes—.» «¿Y eso te aflige?», dijo Filisco, «Pues 2
si fueses a quedarte sin lo imprescindible, tendría algún sen-
tido que guardases odio hacia los causantes de tu destruc-
ción. Pero si dispones en abundancia de cuanto requieres
para vivir ¿por qué te apena el no poseer aún más? En efec-
to, todo lo que sobrepasa las propias necesidades es super-
fluo, por tanto su presencia o ausencia resulta indiferente, y 3
prueba su carácter gratuito el que, sin duda, en un momento
anterior no tuvieses necesidad alguna de ello; consecuente-
mente debes pensar que ayer carecías de aquello que no ne-
cesitabas o que hoy dispones de aquello que no te hace falta.
Pues la mayoría de esas cosas no las has poseído en concep-
to de patrimonio ancestral que hubieras debido cuidar con
muy particular celo, sino que las has ganado con tu palabra
y tus discursos, por cuyo intermedio también las has perdi-
do. Y no hay que irritarse si algunas cosas se van como vi- 4
nieron. Así, cuando los que viven de sus barcos sufren
grandes calamidades no lo llevan muy a mal: pues, según
creo, saben discurrir con acierto que el mar les quita lo que
les dio.

»Sobre este punto baste lo dicho. Creo, en efecto, que 21
para ser feliz le basta al hombre poseer lo suficiente y no ca-
recer de nada de lo que precisa el cuerpo; y todo lo super-

fluo lo tengo por fuente de inquietudes, trabajos y envidias.
2 En cuanto a tu afirmación de que los bienes que afectan al
cuerpo no pueden disfrutarse sin el concurso de los que
afectan al alma, hablabas con acierto (porque si ésta se en-
cuentra mal, es imposible que el cuerpo se abstenga de en-
fermar con ella); no obstante, para mí la salud del espíritu es
3 mucho más fácil de cuidar que la del cuerpo. En efecto, és-
te, al ser de índole carnal, contiene en sí una abundante
dosis de precariedad y requiere abundante ayuda de la pro-
videncia. Mientras que aquél, al tener una naturaleza más
divina, puede templarse y entrar en razón con mayor facili-
dad. Consideremos entonces qué bienes del alma te faltan y
cuáles de entre los daños que te afligen no podríamos elimi-
22 nar. Y veo yo en primer lugar que tú cuentas entre los hom-
bres más inteligentes. Lo prueban tus intervenciones ante el
senado y el pueblo, a quienes casi siempre convenciste, e
igualmente tus intervenciones en las causas particulares, cu-
ya representación asumiste, también casi siempre, para be-
2 neficio del representado. Cuentas además entre los más jus-
tos, según demuestra tu continua defensa de la patria y de
los tuyos frente a quienes conspiraban contra ellos. Incluso
el mismo infortunio que sufres ahora se abatió sobre tí no
por otro motivo sino por tu perseverancia en defender el es-
tado y las leyes con cuanto de palabra o de obra fuese nece-
3 sario. Que también en templanza alcanzas el más alto grado,
lo ponen de manifiesto tus ocupaciones. Pues quien sirve a
los gustos de su cuerpo no puede presentarse continuamente
a la vista de todos ni desarrollar actividades en la plaza pú-
blica, ya que su conducta diurna da testimonio de cómo pa-
4 só la noche. A la vista, por tanto, de tales circunstancias,
creía yo que, dado el vigor de tu inteligencia y el poder de
tu palabra, asimismo hallarían en tí asiento las más recias
prendas viriles. Pero parece como si tú, achicado por heridas

que deshacen tus esperanzas y contrarían tus merecimientos, te negases a tí mismo los recursos del ánimo auténticamente viril. Ahora bien, estos recursos los habrás de recuperar en 5
breve; y siendo tus capacidades las dichas, siendo tu situación buena en lo que respecta al cuerpo, buena también en lo que respecta al alma, no veo qué sentido tiene el que sufras».

Después de que hubo hablado Filisco así, replicó Cice- 23
rón: «Privación de derechos y exilio no me parecen, ciertamente, constituir una desgracia grave, ni tampoco el residir fuera de casa y lejos de los amigos, pero sí el haber salido ignominiosamente de la patria para llevar una existencia errante, en tierra extraña, bajo el título de exiliado, siendo para los enemigos motivo de risa y para los allegados de oprobio.» «Pues a mí», dijo Filisco, «de ninguna manera me 2
lo parecen; en efecto, admitido que nuestros componentes son los mencionados —el cuerpo y el alma— y que la naturaleza misma ha puesto en cada uno de ellos cualidades y defectos determinados, cualquier episodio podrá considerarse motivo legítimo de peligro y deshonra si atenta contra uno de estos dos componentes, pero si deja a salvo su integridad cabría tenerlo incluso por beneficioso. Y eso es lo 3
que te ocurre a tí ahora. Porque todo eso del exilio, la privación de derechos y cosas similares comporta vergüenza y desgracia cara a ciertas leyes y formas de valorar, pero no infiere daño alguno ni al cuerpo ni al alma ¿O qué cuerpo puedes mencionar enfermo o destruído, qué alma más adentrada en la injusticia o la ignorancia a causa de privacion de derecho, exilio u otro percance de tal índole? Yo no veo cual. Y la razón viene dada porque ninguna de estas cosas 4
es mala por naturaleza, como tampoco es beneficioso por naturaleza el prestigio o el vivir en la patria, sino que la estima que se guarda hacia estas cuestiones se acomoda a la

5 estima que cada uno vierte sobre ellas. La privación de de-
rechos, sin ir más lejos, en absoluto la aplican los hombres a
las mismas cosas, sino que lo tenido por censurable entre
algunos es juzgado digno de alabanza entre otros, y algunas
cosas allí elogiadas son aquí objeto de castigo, habiendo in-
cluso quienes desconocen por completo el nombre y los
6 efectos de esta noción. Lo cual es lógico. Porque cuanto no
concierne a los requerimientos de la naturaleza humana es
considerado algo que tampoco afecta al hombre mismo. Y
así como, sin duda, incurriría en la mayor ridiculez una sen-
tencia o disposición que prescribiera para aquel enfermedad
o para este otro vergüenza, así también ocurre respecto a la
24 privación de derechos. Y eso justamente veo yo que pasa
con el exilio. En efecto, es una ausencia que conlleva priva-
ción, de manera que si la privación de derechos no contiene
en sí misma nada dañino, tampoco es posible atribuir daño
2 alguno al exilio, dado además que muchos se ausentan —in-
voluntariamente en unos casos, pero voluntariamente en
otros— durante muchísimo tiempo, y que algunos incluso
consumen toda su vida en viajes, como si de todas partes se
les echase, y sin embargo no estiman que ello les ocasione
3 ningún daño. Y realmente ninguna diferencia hay entre ha-
cer esto voluntaria e involuntariamente, al igual que tampo-
co cobra menos fuerzas quien practica el ejercicio físico a
su pesar que quien lo practica de grado, ni el posible benefi-
cio del que se embarca contra su voluntad es menor que el
de quien se halla en posición contraria. Entiendo además
que la involuntariedad misma no puede darse en el caso de
4 un hombre inteligente. Por tanto, si la diferencia entre en-
contrarse bien y encontrarse mal radica en la cuestión de
que cuando actuamos voluntariamente obramos con soltura
y cuando involuntariamente con dificultad, ello tiene fácil
remedio. Pues si todo lo que es forzoso lo asumimos volun-

tariamente y no nos rendimos ante ningún requerimiento de
esta índole, todos los achaques de la involuntariedad quedan
eliminados. Y sin duda resulta muy cierto el antiguo dicho 5
según el cual no debemos pretender que ocurra cuanto que-
remos, sino querer cuanto es forzoso que ocurra. Porque ni
podemos elegir nuestra forma de vida ni somos dueños de
nosotros mismos, sino que necesariamente hemos de obrar 6
según estime la fortuna y según sea el destino que, en cum-
plimiento de lo prescrito, haya sido deparado a cada uno.

«Ello es así querámoslo o no. Ahora bien, en el caso de 25
que no te aflijan en sí mismos ni la privación de derechos ni
el destierro, sino el verte privado de derechos y exiliado no
ya en ausencia de cualquier conducta injuriosa hacia tu pa-
tria, sino tras haberle procurado abundantes beneficios, con-
sidera esto otro: que si definitivamente te estaban destinados
percances como los que padeces, es sin duda lo mejor y más
honroso que la ocurrencia de tales adversidades te haya co-
gido enteramente limpio de falta. En efecto, cuanto tú acon- 2
sejaste e hiciste cuadraba a los intereses ciudadanos, actuas-
te en calidad de cónsul y no de particular, en obediencia a
los decretos del senado y no en función de ambiciones per-
sonales, y esos decretos perseguían no la disensión, sino el
logro de lo mejor. Poder y maquinaciones fue todo lo que 3
movió a unos y otros contra tí, de suerte que a ellos les toca
dolerse y penar por su injusticia, mientras que para tí lo de-
coroso y lo obligado es sobrellevar virilmente el dictamen
de la fortuna. Pues desde luego no antepondrás a rectitud y 4
exilio la complicidad con Catilina, la participación en el ju-
ramento de Léntulo, la incitación a cuanto contrariaba los
intereses de la patria, la omisión de cuanto ésta te exigía, a
cambio de todo lo cual habrías podido, manchado de injus-
ticia, permanecer en tu hogar. En virtud de ello, si lo que te 5
importa es tu crédito, sin duda optarás claramente por verte

expulsado y libre de injusticia, no por mantener tu residencia al precio de una conducta indigna, ya que, entre otras cosas, la infamia recae sobre los que expulsan inicuamente a alguien, y no sobre el que sufre destierro a consecuencia de
26 maniobras hostiles. Además, yo al menos tengo entendido que tu salida no fue involuntaria ni forzada, sino querida y producto de la aversión a compartir vida con aquellos cuya mejoría no podías procurar y en cuya perdición rechazabas verte envuelto, y que huiste no de tu patria, sino de los que conspiraban contra ella. Consiguientemente, sea para ellos
2 la pérdida de derechos y el exilio, dado que han expulsado de sus almas toda nobleza, para tí el reconocimiento y la dicha, puesto que, ya te encontrases en Sicilia, ya en Macedonia, ya en cualquier otro lugar, quisiste vivir ajeno a cualquier servidumbre extemporánea y en la observancia de cuanto pide el decoro. Porque, a buen seguro, el suelo no proporciona dicha ni desdicha alguna, sino que siempre y en todo lugar es cada uno quien se construye su propia patria y
3 su propia dicha. Eso lo supo Camilo cuando se estableció voluntariamente en Ardea[89], lo comprendió Escipión cuando, sin pesadumbre, se retiró a Literno[90]. ¿Y qué decir de Arístides, qué de Temístocles, a quienes el exilio hizo más ilustres, qué de ⟨Aníbal, el cual ***⟩[91], qué de Solón, quien por propia iniciativa se ausentó de su tierra diez años?

»Por tanto, ni vayas tú a estimar que en situaciones de
4 tal índole hay algo penoso, pues no afectan a los intereses naturales de nuestro cuerpo ni de nuestra alma, ni te llene de irritación lo acontecido. Porque, como dije, no tenemos op-

---

[89] Ardea era la capital de los rútulos, antiguos habitantes del Lacio.

[90] La actual Literno, en Campania.

[91] El texto presenta aquí una laguna sólo en parte restituíble.

ción ninguna a escoger cómo queremos vivir, antes bien es-
tamos totalmente obligados a soportar cuanto la divinidad
arbitre. Si aceptamos de grado tales arbitrios, no sentiremos 5
dolor, pero si oponemos resistencia, no por ello podremos
escapar a la más pequeña prescripción de nuestro destino, y
además incurriremos en el mayor de los males, el sufrimien-
to inútil. Prueba de lo cual es que quienes conservan el buen 6
ánimo incluso ante las mayores intemperancias no se consi-
deran víctimas de situaciones penosas, mientras que quienes
se abruman hasta por lo más pequeño imaginan tener que
habérselas con todas las desgracias susceptibles de recaer
sobre el hombre. Y otras veces una respuesta errónea a los
sucesos más favorables o una acertada a los más adversos
llega a lograr que los demás califiquen uno u otro tipo de
suceso según el giro que les impriman sus protagonistas.
Piensa, pues, en ello y ni te enojes ante la situción presente 27
ni te entristezcas si oyes que prosperan los asuntos de quie-
nes te expulsaron. Porque los logros humanos son en gene-
ral livianos y efímeros, y cuanta más infatuación despiertan,
con mayor facilidad, como aire, se desvanecen, sobre todo
en el ámbito de la lucha política. Ocurre, en efecto, como si 2
se movieran a lo largo de una ruta agitada y procelosa, ruta
que difiere muy poco, o mejor, nada de la recorrida por los
navegantes bajo una tempestad, en cuyo curso ⟨se precipi-
tan⟩ de arriba abajo y de acá para allá; y en el caso de que
incurran en más mínimo yerro, con toda certeza desapare-
cen bajo las aguas. Recuerda, por no mencionar a Druso[92], a 3

[92] Hay varios Drusos ilustres en la historia de Roma, pero probablemente Dión se refiere a Marco Livio Druso, nacido hacia el 124 y muerto en el 91, a quien Mommsen *(Römische Geschichte = Historia de Roma* [traducción de A. García Moreno], vol. II, Madrid, 1965, pág. 266) llamó «el Graco aristócrata».

Escipión, a los Gracos o a cualesquiera otros, cómo pasó Camilo de estar exiliado a portar un título superior al de Capitolino, recuerda cuánto difirió, a la larga, Arístides de
4 Temístocles. Así que, debes ante todo mantener la esperanza de que también tú regresarás (porque tu destierro no ha sido consecuencia de una conducta injusta, y porque, según creo, no sólo te buscarán los mismos que te expulsaron, sino que todos te han de añorar); pero en el caso de que tu actual situación cobre fijeza, ello no te debe causar congoja algu-
28 na. Pues si aceptas mis consejos, te sentirás muy satisfecho con escoger un retiro apartado y cercano al mar donde entregarte al cultivo del campo y a la confección de alguna
2 obra histórica, como Tucídides y como Jenofonte. Ésta es, en efecto, la más perdurable forma de instrucción y la que más cuadra a cualquier hombre y a cualquier estado, y además el exilio trae consigo cierto ocio cargado de fecundidad. Por tanto, si realmente quieres alcanzar la inmortalidad
3 que alcanzaron Jenofonte y Tucídides, imítalos. Medios de vida los tienes en abundancia, y en cuanto a distinciones, nada te falta. Porque, en el supuesto de que a estas últimas se otorgue algún beneficio, tú has sido cónsul; y los nombramientos por segunda, tercera o cuarta vez ninguna ventaja ulterior implican para sus destinatarios, excepto un número de vacías acreditaciones, que a nadie, ni vivo ni muerto,
4 benefician. No escogerías, desde luego, ser Corvino[93] o Mario, cónsul este siete veces, antes que ser Cicerón. Tampoco ansías ningún generalato, ya que incluso renunciaste al que te fue otorgado y desdeñaste tanto las ganancias como el

[93] Se trata de Marco Valerio Corvo, héroe nacional romano que vivió en el siglo IV a. C. Según relatos tradicionales, venció a un celta ayudado por un cuervo, pájaro consagrado a Juno.

poder, de breve duración y expuesto a toda suerte de fiscali-
zaciones gratuítas y calumniosas, que lo acompañaban. Y he 5
mencionado estas cuestiones no porque ⟨alguna⟩ de ellas
aluda a un componente imprescindible de la felicidad, sino
para someterlas al dictamen de tu experiencia, una expe-
riencia adquirida cuando tuviste que entrar en la vida públi-
ca y cuya luz te permite ponderar las diferentes formas de
vida y proceder, de acuerdo con ello, a la aceptación o re-
chazo de unas, a la consecución o proscripción de otras.
Pues nuestra existencia es breve y no debes dedicarla entera
a los demás, sino que es ya el momento de reservar una par-
te de ella a tu propia satisfacción. Observa cuánto media en- 6
tre la quietud y el alboroto, entre la placidez y los tumultos,
entre la libertad y la esclavitud, entre la seguridad y el peli-
gro, y de esa manera desearás llevar la vida que yo te acon-
sejo. Así, en efecto, serás feliz y alcanzarás gran reputación,
una reputación que además durará para siempre, mientras
sobrevivas a tu obra y cuando mueras. Pero si te afanas por 29
volver, si persigues la notoriedad política, debo confesar —y
no pretendo proferir palabras desagradables, pero atiendo a
cómo están las cosas, considero tu tendencia a hablar sin
trabas y reparo en la magnitud de la facción que se te en-
frenta— mi temor a que una vez más fracases. Y si sufrieses 2
exilio, pagarás sólo con arrepentimiento, pero si el castigo
fuese otro y de carácter fatal, ya no podrás cambiar de idea.
¿Qué crudeza, en verdad, qué injuria no cabe en ser decapi-
tado, en que la propia cabeza quede expuesta en la plaza
pública y en que cualquier hombre o mujer la haga, si así se
tercia, objeto de su saña? No vayas a aborrecerme por ver en 3
mí el autor de malévolos augurios, sino considérame porta-
dor de avisos divinos y presta atención. Tampoco te engañe
el hecho que algunos notables sean amigos tuyos. Pues, co-
mo sin duda habrás comprobado, quienes te dan muestras de

simpatía ninguna ayuda te depararán contra los alineados en
4 el bando enemigo. Porque los que gustan del poder, enfren-
tados a la obtención de lo que quieren, en nada tienen todo
lo demás, y frecuentemente se confabulan con los mayores
enemigos para traicionar incluso a quienes les son más que-
ridos y más cercanos.»

30 Al escuchar estos consejos Cicerón se sintió algo mejor.
No permaneció, sin embargo, mucho tiempo en el exilio, si-
no que fue llamado por Pompeyo mismo, quien había con-
tribuído más que ningún otro a su destierro. La llamada
2 obedeció a que Clodio, actuando bajo soborno, se apoderó
de Tigranes el Joven, todavía entonces sujeto a prisión en
casa de Lucio Flavio, y lo dejó ir; y como Pompeyo y Gabi-
nio se indignasen por lo sucedido, cubrió a los dos de inju-
rias, repartió golpes y heridas entre el séquito de ambos y
redujo a pedazos las haces del cónsul, cuya hacienda, ade-
3 más, consagró a los dioses. Tal actuación enfureció a Pom-
peyo, entre otras razones porque Clodio había utilizado en
su contra la potestad que él mismo restituyó a los tribunos,
ante lo cual determinó llamar a Cicerón e inició inmediata-
mente, a través de Ninio, los preparativos para su vuelta.
4 Ninio aguardó a que Clodio se ausentase para entonces pre-
sentar la propuesta pertinente. Chocó, sin embargo, con la
oposición de otro de los tribunos, hecho que lo movió a ex-
poner la propuesta en cuestión —indicando así el propósito
de hacer también al pueblo partícipe de ella— al tiempo que
adoptaba una actitud de absoluta y entera oposición a Clo-
dio. Con tal motivo se produjeron altercados, y de estos re-
5 sultaron golpes abundantes para unos y otros. Pero antes de
llegar a semejante extremo quiso Clodio quitar de en medio
a Catón —a fin de conseguir más facilmente lo que intenta-

ba— y tomar venganza de Ptolomeo[94] —ya que éste, soberano a la sazón de Chipre, no lo había rescatado de los piratas—; a cuyo efecto declara la isla propiedad del estado y para administrarla envía, muy contra la voluntad del mismo, a Catón.

Tales sucesos se producían ⟨en⟩ Roma. César, por su 31
parte, no halló en la Galia indicio alguno de guerra, sino que por doquier reinaba absoluto reposo; pero la situación de paz no se prolongó mucho tiempo, pues primero se encontró envuelto en cierta confrontación acaecida de manera espontánea, y a ésta sucedió otra, de suerte que, justamente como deseaba, empeñó todos ⟨los años de su generalato⟩ en guerras y empresas resueltas con acierto. En efecto, los helve- 2
cios, de población floreciente y habitantes de una tierra que no daba abasto a la abundancia de sus gentes, no quisieron que parte de los suyos marcharan a una colonia —ya que al desmembrarse serían más vulnerables a las acometidas de aquellos que en alguna ocasión sufrieron daño por causa suya— y así decidieron emprender todos el camino con idea de trasladarse a una nueva comarca no sólo más grande, sino también mejor; seguidamente prendieron fuego a cuantas ciudades y aldeas habitaban, con objeto de que nadie llegase a arrepentirse de la marcha. Y tras juntar sus fuerzas a las de 3
algunos otros que experimentaban idénticos apremios, partieron, bajo el mando de Orquetorix, con idea de cruzar el Ródano y encontrar asentamiento en algún lugar cercano a los Alpes. César entonces cortó el puente e inició las demás medidas tendentes a impedirles el paso, ante lo cual le en-

[94] Se refiere al hijo de Ptolomeo XI y hermano de Ptolomeo XII Auletes, proclamado rey de Chipre en el 80. De la captura de Clodio por los piratas da noticia el mismo Dion, XXXVI 17, 3.

viaron misiva con la petición de que les dejara atravesar y, junto a ello, la promesa de no infligir daño alguno al territo-
4 rio romano. Aunque dominado por la mayor desconfianza hacia los helvecios y por el firme propósito de no permitirles avanzar a ninguna parte, como sin embargo no había completado aún sus preparativos, contestó César que deliberaría sobre las demandas con sus oficiales y haría saber la respuesta un día convenido. Daba además cierto pábulo a la esperanza de que les concedería permiso para atravesar. Mientras, cubrió con fosos y murallas los parajes adecuados
32 a fin de que el camino les resultase impracticable. Ante ello los bárbaros aguardaron durante algún tiempo, tras lo cual, como no recibieron ninguna otra noticia referente al acuerdo, levantaron el campamento para, en un primer movimiento, alcanzar su meta a través del territorio alóbroge; después, al topar con los obstáculos, se dirigieron al país de
2 los secuanos[95], y mientras atravesaban estos parajes y los habitados por los eduos[96] —contando con la autorización de ambos pueblos, a quienes prometieron no causar ningún daño— saquearon las tierras sin atenerse a lo acordado. Los secuanos y los eduos acudieron entonces a César, solicita-
3 ron su ayuda y pidieron que no les dejase perecer. Tal solicitud no guardaba congruencia ninguna con sus pasadas actuaciones, a pesar de lo cual obtuvieron lo que deseaban. Porque César, bajo el temor de que también Tolosa se convirtiese en objetivo de los helvecios, prefirió hacerles frente con eduos y secuanos a guerrear contra una coalición de todos ellos, coalición que con la mayor seguridad estaba a

---

[95] Los secuanos, que tomaban su nombre del río *Sequana*, el actual Sena, habitaban en época de César entre la cordillera del Jura y los ríos Ródano y Saona.

[96] Los eduos ocupaban el territorio situado entre el Loira y el Saona.

punto de producirse. Movido, pues, por estas razones cayó 4
sobre los helvecios cuando atravesaban el Saona; a los que
iban en último lugar los exterminó en el momento mismo de
pasar, y respecto a los que ya estaban al otro lado, lo inespe-
rado y rápido de la persecución así como la noticia de la
masacre causó en ellos tal pavor que quisieron llegar a un
acuerdo sobre la base de que se les concediera el terreno
que fuese. No llegaron, sin embargo, a pactar, ya que cuan- 33
do se les exigió la entrega de rehenes respondieron de ma-
nera colérica, no porque desconfiasen, sino porque estima-
ban indigno entregar rehenes a nadie. Desdeñaron por tanto
los acuerdos, y al reemprender el camino hicieron frente y
derrotaron con sus contingentes hípicos a la caballería de
César, que se había adelantado largo trecho a la infantería y
hostigaba la retaguardia de los helvecios. Infatuados por lo 2
cual y en la idea de que César acusaba con su huida la de-
rrota —pues éste, apremiado por la escasez de avitualla-
miento, se había dirigido a una ciudad situada fuera de la ru-
ta—, abandonaron la marcha para perseguirlo. Cuando Cé- 3
sar se percató, como temiese el empuje y la muchedumbre
de los helvecios, corrió con su infantería a un lugar en alto y
lanzó por delante a la caballería para que sostuviese el com-
bate hasta que ordenase sus contingentes en una posición
adecuada. De nuevo la caballería huyó ante los helvecios, y
cuando éstos comenzaron a subir animosamente hacia la
eminencia misma donde estaba la infantería, cayó súbita-
mente sobre ellos y sin más dificultad —ya que atacaba
desde posiciones dominantes a grupos dispersos— los re-
chazó. Puestos en fuga, otros que no habían participado en 4
el combate (pues la muchedumbre y el apresuramiento im-
pidió que concurrieran todos al mismo tiempo), repentina-
mente acometieron por la espalda a los perseguidores y
sembraron confusión entre ellos, pero sin llegar a nada más.

5 César, en efecto, ordenó que la caballería persiguiese a los
que huían, y de los nuevos atacantes se ocupó él mismo al
frente de la infantería pesada; logró imponerse, y cuando
unos y otros se retiraban conjuntamente hacia los carros, los
siguió, superó la fuerte resistencia que allí les opusieron, y
6 se hizo de nuevo con la victoria. Tras este descalabro los
bárbaros se encontraron divididos en dos bandos. Unos lle-
garon a un acuerdo con César, regresaron al territorio patrio
de donde habían salido y allí reconstruyeron sus casas y se
establecieron en ellas. Otros no quisieron entregar las ar-
mas, y, en la idea de que aún podrían volver a sus antiguas
tierras, prosiguieron la marcha hacia el Rin; pero como eran
pocos y estaban bajo los efectos de la derrota, al atravesar
las regiones que ocupaban los aliados de Roma fueron fá-
cilmente eliminados por éstos.

34 Así libró César su primera guerra, a partir de la cual no
se concedió respiro, sino que cumplió su propio designio al
tiempo que cosechaba la gratitud de los aliados. Pues los se-
cuanos y los eduos, al comprender cuáles eran los deseos de
César y constatar que en él los hechos respondían a las ex-
pectativas, quisieron granjearse su favor y simultáneamente
2 castigar a los celtas[97] en cuya vecindad habitaban. En otro
tiempo dicho pueblo, tras cruzar el Rin, les había sustraído
parcelas de sus tierras y reducido a tributarios, tomando a
algunos de ellos como rehenes. Y como lo que pedían a Cé-
sar venía a coincidir con lo que éste pretendía, lo persuadi-
3 ron sin esfuerzo a que cooperase. Caudillo de aquellos cel-
tas era Ariovisto, que había obtenido de los romanos la

[97] De acuerdo con la terminología vigente ya en Flavio Josefo, Dion utiliza el vocablo «celta» *(keltoí)* para designar a los pueblos que habitaban más allá del Rin. Concretamente los «celtas» a los que se refiere el presente párrafo son suebos.

ratificación de su soberanía y al que el mismo César durante
su consulado había inscrito entre los amigos y aliados de
Roma. Pero esas circunstancias no le preocupaban lo más
mínimo, pues tenía sus miras puestas en la reputación bélica
y en el poder que de ella se derivaría, y así sólo quería con-
seguir del bárbaro un pretexto de confrontación a fin de no
pasar él por iniciador del conflicto. A tal efecto lo mandó 4
llamar bajo la excusa de que deseaba tratar con él cierto
asunto. Pero Ariovisto no obedeció, e incluso llegó a decir:
«Si César quiere decirme algo, sea él quien venga a mí.
Porque mi situación no está por debajo de la suya, y es ade-
más el que necesita algo de otro quien debe venir a su pre-
sencia». De ello hizo César motivo de cólera, como si me- 5
diante esas palabras Ariovisto hubiese insultado a todos los
romanos. Consecuentemente le reclamó de inmediato los
rehenes entregados por los aliados y le prohibió que pusiera
el pie en el territorio de éstos y que reforzase las tropas con
efectivos traídos de su territorio. Si actuó así no fue por 6
miedo a Ariovisto, sino bajo el propósito de provocar su ira
y obtener por este medio un pretexto de peso y facilmente
aducible para la guerra. Y dicho propósito alcanzó cumpli-
miento. Pues el bárbaro se sintió vejado por las órdenes y
replicó con profusión y contundencia, de suerte que César
no le remitió ya mensaje verbal alguno, sino que al punto,
antes de que nadie acertara a percatarse, ocupó la ciudad se-
cuana de Vesoncio[98].

En esto llegó noticia de que Ariovisto preparaba consi- 35
derables pertrechos y de que también muchos otros celtas o
bien habían ya cruzado el Rin para ayudarle, o bien se en-

---

98 Vesontio, la más importante ciudad de los secuanos, es la actual Besançon.

contraban reunidos al borde mismo del río con objeto de caer súbitamente sobre ellos, ante lo cual sobrevino a los
2 soldados un gran abatimiento. Efectivamente, la talla de los enemigos, su multitud, su audacia y las amenazas implícitas en ello les infundía el pavor propio de quien se enfrenta no a hombres sino a bestias extrañas y feroces. Y murmuraban que emprendían una guerra no dictada por la conveniencia ni decidida por voto, sino obediente tan sólo a la ambición de César, a lo que adjuntaban amenazas de abandonarlo si
3 no rectificaba. Cuando César supo lo que ocurría, no se dirigió a la masa del ejército (porque ni estimaba decoroso hablar de tales cosas ante una multitud, y menos aún cuando todo iba a llegar a oídos del enemigo, ni desechaba el temor de que, sin prestar crédito a sus palabras, incurriesen en desórdenes y cometiesen alguna falta), sino que reunió a sus lugartenientes y subalternos para pronunciar ante ellos las siguientes palabras:

36 »Estimo, amigos, que no debemos usar igual procedimiento cuando deliberamos sobre las cuestiones de interés general y cuando lo hacemos sobre los asuntos privados. Pues considero que los intereses particulares de cada uno no miran al mismo fin que los comunes a todos. Efectivamente, es apropiado que cuando se trata de nosotros elijamos y pongamos en ejecución lo más cómodo y seguro, pero que al considerar materias del dominio público nos decidamos
2 por lo mejor. Porque si en lo tocante a problemas particulares deben primar las soluciones —pues nuestro bienestar no consiente otras vías de preservación, e incluso parece que está más libre de peligros quien menos afanes sufre—, por otro lado una ciudad, sobre todo si ocupa una posición hegemónica, fácilmente puede ser destruída por tal tipo de
3 actuación. Y no en virtud de humano decreto, sino según las leyes de la naturaleza, ello siempre ha sido así, y lo es y lo

será mientras subsista el linaje de los hombres. Teniendo esto a la vista, en la presente situación ninguno de vosotros debe anteponer su gusto y seguridad personal al honor y al crédito de todos los romanos. Por consiguiente, y sin excluir 4
las restantes consideraciones que lógicamente habéis de haceros, pensad sobre todo en que si nos hemos reunido aquí tantos hombres de estima, miembros de familias senatoriales y ecuestres, y si disponemos de ingente número de tropas y de abundantes recursos, no es para dejarnos llevar por la in- 5
dolencia o la incuria, sino para tomar medidas adecuadas respecto a los pueblos tributarios, salvaguardar los bienes de nuestros aliados, hacer frente a quienes pretenden atropellar a éstos e incrementar nuestras posesiones. Y si no vinimos 6
con tal designio, ¿por qué razón nos decidimos a acudir como soldados en vez de idear el cualquier medio para quedarnos en casa atentos a nuestros asuntos particulares? Indudablemente, negarse a la presente expedición habría sido preferible a abandonarla una vez asignados a ella. Ahora 7
bien, algunos de los nosotros comparecieron aquí obligados por las leyes a cumplir lo que dicta la patria, y la mayoría nos presentamos voluntariamente, movidos por el deseo de reputación o por los beneficios que reportan las guerras; en estas condiciones, ¿cómo cumpliríamos con los preceptos del decoro o de la justicia si desmientiésemos las expectativas de los que nos enviaron o las nuestras propias? Porque 8
nadie goza de una posición personal tan próspera como para no verse arrastrado por el fracaso colectivo, mientras que todos los infortunios individuales remontan cuando los asuntos públicos disfrutan de una situación satisfactoria.

»Cuando hablo así, amigos y compañeros, no me dirigo 37
a vosotros, los que os halláis presentes (pues ni hay necesidad de haceros estas consideraciones, que ya conocéis, ni, por lo demás, tenéis sus argumentos en tan poco que resulte

preciso amonestaros al respecto), sino que pienso en algunos soldados, cuyos murmullos referentes a que hemos emprendido una inoportuna guerra y cuyos intentos de suscitar la
2 sedición entre los demás conozco. Y pretenden mis palabras robustecer vuestro celo en la defensa de la patria con objeto de que informéis a los soldados de todo aquello que reclama el deber. Porque si repetidamente y por separado escuchan de vosotros tales admoniciones, el resultado será de mucho más efecto que si yo se las doy a conocer en un acto único.
3 Decidles, por tanto, que no fue quedándose en casa, ni con indecisiones ante las salidas militares, ni huyendo de las guerras, ni espoleados por la indolencia como nuestros antepasados hicieron de su ciudad la que es hoy, sino con ánimo pronto y dispuesto ante toda exigencia del deber, con cuerpos celosamente entregados a poner en práctica cual-
4 quier resolución, con una mentalidad hecha a exponer los intereses propios como si fuesen ajenos y a guardar los del vecino como propios, con un espíritu que reputaba afortunado a quien cumple sus obligaciones y veía una forma de infortunio en el ocio y la inacción. A partir de estos hábitos de gobierno, hombres cuyo número era inicialmente ínfimo y cuya ciudad partió de principios tan bajos como la que más se impusieron a los latinos, vencieron a los sabinos, sometieron a tirrenos, volscos, oscos, lucanos y samnitas; en una palabra, subyugaron todos los territorios a ese lado de los Alpes y rechazaron todos los ataques de pueblos invaso-
38 res. Con ellos rivalizaron los romanos que les sucedieron y nuestros antepasados, a quienes ni bastó lo que tenían ni satisfizo lo que heredaron, sino, en la idea de que la indolencia cifraba con claridad su destrucción y el esfuerzo con certeza su salvación, bajo el temor de que si dejaban la situación abandonada a sí misma ella sola se demoronase y decayese y ante el bochorno que significaba no adquirir nada después

de recibir tanto, ampliaron y engrandecieron considerablemente sus posesiones. ¿A qué hablar por separado de Cer- 3
deña, Sicilia, Macedonia, Iliria, Grecia, la Asia jónica, Bitinia, Hispania, África? Con muchas riquezas les habrían pagado los cartagineses que no condujesen sus naves hacia ellos, Filipo y Perseo que sus ejércitos no los atacasen, abundante recompensa les habría ofrecido Antíoco y también los hijos y sucesores de éste para que no traspasasen los límites de Europa. Pero ni la fama ni la posesión de un magno im- 3
perio les indujo a elegir una quietud sin gloria y una riqueza sin temor —elección que también rechazaron nuestros propios mayores, ancianos que aún hoy viven—; al contrario, con plena conciencia de que los bienes se preservan mediante la misma conducta que llevó a adquirirlos, aseguraron mucho de lo que tenían y adquirieron mucho más. ¿Qué 4
necesidad hay de exponer otra vez y una a una las gestas realizadas en Creta, en el Ponto, en Chipre, en la Iberia de Asia, en la extrema Albania, en una y otra Siria, en las dos Armenias, en Arabia, en Palestina? Sin siquiera saber antes el nombre exacto de esas tierras, en el momento actual o las poseemos o las hemos regalado a otros, de manera que son para nosotros fuente de ingresos, de tropas, de prestigio y de alianzas.

»A la vista de tales ejemplos, ni cubráis de verguenza 39
los hechos de nuestros padres ni dejéis ir un imperio que es ya el más grande. Pues ni siquiera debemos deliberar en pie de igualdad con los demás, cuya posición no es similar a la nuestra. A ellos les basta una vida cómoda en la que buscar 2
su seguridad al amparo de otros, pero nosotros hemos de esforzarnos, de guerrear y de conservar a costa de riesgos nuestra actual prosperidad. Contra ella conspiran muchos. Porque todo lo que encumbra a alguien es objeto de envidia y de celo, y en razón de ello cuantos están en situación de

inferioridad sostienen una guerra interminable con quienes
3 les aventajan en algo. Consiguientemente, o bien habría sido
necesario que desde el principio no asumiésemos un creci-
miento superior al de los demás hombres, o bien —ya que
hemos ascendido hasta tamaña altura y adquirido tan gran-
des dimensiones, ya que nos ha sido asignado o gobernar
con energía a los demás o presenciar nuestra total destruc-
ción (pues quienes han alcanzado un prestigio y un poder
tan elevados no pueden desentenderse impunemente del
ejercicio del mando)— debemos obedecer a la fortuna y,
dado que por sí sola y sin hacerse llamar asistió a nuestros
padres y permanece también a nuestro lado, no darle la es-
4 palda. Lo cual tendrá lugar a costa de que no arrojemos las
armas ni abandonemos las filas, de que no permanezcamos
en casa guardando un estéril reposo ni nos limitemos a errar
por las tierras de los aliados, sino mantengamos siempre las
armas en alto (que es la única manera de salvaguardar la
paz), nos arriesguemos a poner en práctica operaciones de
guerra (único procedimiento para no vernos embarcados en
5 continuas guerras), ayudemos sin replicar a los aliados que
lo soliciten (con lo que adquiriremos muchos más) y no ce-
damos ante aquellos enemigos que siempre están tramando
40 algo (y así nadie querrá ya afrentarnos). Alguno de los dio-
ses podría garantizarnos que, aunque no sigamos esta con-
ducta, nadie maquinará en contra nuestra ni nunca perdere-
mos el seguro usufructo de todas nuestras posesiones, y en
tal caso decir que debemos mantenernos inactivos resultaría
poco honroso, pero proporcionaría un argumento aceptable
a cuantos pretenden desatender la llamada de las obligacio-
2 nes. Pero si forzosamente los que poseen algo sufren ace-
chanzas nacidas en muchos frentes, si lo cabal es prever se-
mejantes acechanzas, si tampoco libra del peligro la
tenencia pasiva de los bienes propios, pues entonces se ven

amenazados esos mismos bienes, cuya seguridad, en cambio, preserva el hábito de levantar las armas contra las posesiones ajenas (en efecto, nadie que tema por lo suyo desea 3
lo del otro, pues el miedo por lo que tiene le aparta con poderosas razones de operaciones dirigidas a lo que no le pertenece): si ello es así, ¿a qué negar la necesidad de ampliar continuamente nuestras posesiones? ¿No recordáis cómo —se- 4
gún conocéis en parte de oídas, en parte por haberlo presenciado— ninguno de los pueblos de Italia cesó de conspirar contra nuestra patria antes de sufrir en sus propios territorios el ataque de nuestros antepasados, y cómo las hostilidades de los epirotas tampoco cesaron hasta que aquellos cruzaron a Grecia? ¿Cómo hasta que se anticiparon a devastar el rei- 5
no de Filipo no desechó éste la idea de conducir sus fuerzas contra la misma Italia? ¿Cómo no cejó Perseo, ni Mitrídates, ni Antíoco hasta que no actuaron de igual manera contra ellos? ¿Y qué podría decir de lo demás? En el caso de los 6
cartagineses, mientras guardaron su tierra africana a salvo de los daños que pudiéramos causarle, navegaban hasta Italia, pillaban los campos, devastaban las ciudades y a pique estuvieron de tomar la misma Roma, pero una vez que empezaron a ser objeto de ataques abandonaron por completo nuestro territorio. Y lo mismo cabría decir de los galos y los 7
celtas. Mientras nos mantuvimos dentro del territorio que delimitan los Alpes, también estos pueblos cruzaron a menudo la frontera y saquearon gran parte de Italia. Pero desde que nos atrevimos a conducir nuestras tropas más allá de los Alpes y a llevarles a ellos la guerra, desde que, incluso, les privamos de una parte de sus dominios, a partir de ese momento no volvimos ya a presenciar, excepto en una ocasión, que fuese Italia teatro de sus guerras. Por tanto, y dados es- 8
tos precedentes, cuando alguien dice que no tenemos obligación de hacer la guerra, sus palabras no significan otra co-

sa sino que no tenemos obligación de ser ricos, ni de man-
9 dar a otros, ni de ser libres, ni de ser romanos. Ciertamente,
palabras de esta índole no las sufriríais, antes bien daríais
muerte en el instante mismo a quien las pronunciase; de la
misma manera, pues, poneos en guardia compañeros contra
quienes ahora hacen las proposiciones que comentábamos, y
medid sus intenciones no a partir de lo que dicen, sino de lo
que hacen.

41 »Que ésta es la manera correcta de considerar las cosas,
ninguno de vosotros, creo yo, lo pondría en duda. Y respec-
to a la idea según la cual debéis concurrir a esta guerra con
menos ardor porque ni el senado ha discutido sobre ella ni el
pueblo la ha votado, pensad que de todas y cada una de las
guerras que en cualquier ocasión nos han salido al paso, al-
gunas tuvieron lugar tras preparativos y anterior declara-
2 ción, pero otras se han decidido de improviso. Por eso, aque-
llas confrontaciones que, nacidas mientras permanecemos
en nuestro territorio ajenos a cualquier operación, han to-
mado sus inicios en las reclamaciones de alguna embajada,
deben necesariamente ser sometidas a examen y llevadas a
votación para que, seguidamente, se las encomiende a los
cónsules o generales y se proceda al envío de las fuerzas.
3 Pero aquellas otras que surgen cuando se ha producido al-
guna salida o expedición militar previa, no tienen ya que su-
jetarse a escrutinio, sino deben ser afrontadas antes de que
lleguen a más, como si las hubiese decretado y sancionado
4 la necesidad misma del caso. ¿O por qué nos despachó aquí
el pueblo y por qué me envió a mí tan pronto como revestí el
consulado —y ello al tiempo que, de un lado, recibía en
una sola elección un mandato para cinco años (cosa que an-
tes nunca se había producido) y, del otro, obtenía un equi-
pamiento de cuatro legiones— si no estimaba que durante
todo el tiempo nuestro cometido había de ser justamente la

guerra? Desde luego no para que nos alimenten gratuita- 5
mente, ni para que con nuestras visitas a las ciudades aliadas
y a la tierra de nuestros súbditos les resultemos a ambos más
gravosos que los enemigos mismos (esto es algo que nadie
podría sostener), sino para que custodiemos los campos
propios, ⟨para que⟩ devastemos los de los enemigos, para
que hagamos algo digno del tamaño y del costo de nuestro
ejército. Porque es bajo tales premisas como se nos ha en- 6
comendado y confiado esta guerra y cualquier otra. Si, ade-
más, dejaron a nuestro criterio la determinación de contra
quiénes se ha de combatir y renunciaron a sancionar la gue-
rra con su voto, ello fue a instancias de un parecer en verdad
prudente. Pues al estar separados por tan gran distancia de
los aliados, no habrían podido calibrar la situación aquí
existente, y al dirigirse contra los enemigos después de que
éstos tuviesen conocimiento del ataque y tomasen medidas
al respecto, se habrían visto en situación de inferioridad. A 7
nosotros, en cambio, nos compete tanto declarar como pro-
tagonizar la guerra, y además levantamos las armas contra
el enemigo tan pronto como sorprendemos sus actuaciones,
por lo cual nuestra ejecutoria bélica se adecua a las exigen-
cias de la realidad y a las normas de la justicia y de la previ-
sión.

»Quizás alguno de vosotros me replique con aquello de 42
qué falta tan grande cometió Ariovisto para pasar de amigo
y aliado a enemigo nuestro; en tal caso le haré observar que
cuando alguien se dispone a transgredir la justicia lo obliga-
do es hacer frente no sólo a sus hechos, sino también a sus
intenciones, e impedir que vaya a más y cause cualquier da-
ño en vez de aguardar a sufrir sus atropellos para entonces
castigarlo. Que nos es hostil, y en el más alto grado, ¿cómo 2
se demostraría mejor que a través de sus acciones? Cuando
yo lo llamé amistosamente para que viniera a donde noso-

tros y junto con nosotros deliberase acerca de la presente si-
3 tuación, ni vino ni prometió que se presentaría. Ahora bien,
¿en qué injuria, desdoro o agravio incurrí yo cuando mandé
buscarlo como amigo y aliado que era? ¿Y qué punto de
arrogancia o insolencia omitió él cuando rechazó venir?
¿Acaso no se impone achacar su conducta o bien a sospe-
chas de que saldría mal parado o bien a sentimientos de
4 desdén hacia nosotros? Pero si alberga cualquier recelo, él
mismo denuncia con toda claridad que somos objeto de sus
acechanzas, porque quien no ha recibido ninguna afrenta
nuestra no alimenta sospechas ni se aparta del entendimien-
to recto y sin dolo, y, en cambio, los que han dispuesto ac-
tuaciones pérfidas contra otros propenden a concebir, por
obra de su propia conciencia, sospechas referidas a sus víc-
5 timas. Y si, en ausencia de este supuesto, nos ha hecho
blanco de su arrogancia y ha incurrido en propósitos inso-
lentes, ¿cuál ha de esperarse que sea su conducta cuando
tenga ocasión de actuar? ¿Acaso el atenerse a trato tan des-
deñoso sin esperar ganancia alguna no es prueba contunden-
te de intenciones y obras ajenas a toda justicia? No le bastó
además con ello, sino incluso me llamó a comparecer ante él
43 si es que en algo le necesitaba. Y os pido que no tengais en
poco este añadido, pues es señal elocuente de su actitud. En
efecto, la negativa a venir ante nosotros podría delatar,
2 puestos a defenderlo, vacilaciones, debilidad o miedo. Pero
el hecho de mandarme a buscar no admite excusa alguna, y
corrobora la idea aquella de que actuó como lo hizo no por
otra razón sino porque se halla dispuesto a desoir todas
nuestras órdenes y también a alinearse frente a nosotros en
3 cualquier asunto. ¿Cuánta arrogancia y cuánta afrenta no
guarda, en verdad, su misma propuesta? El procónsul roma-
no cita alguien y éste no comparece; al procónsul de los ro-
manos lo cita alguien, un alóbroge. Y no reputéis de escasa

importancia ni cosa de poca monta que yo, César, sea des-
obedecido y que a mí, a César, se me de cita. Pues no fui yo 4
quien lo emplazó, sino el romano, el procónsul, los haces, el
nombre de Roma, sus ejércitos; ni tampoco él me emplazó a
mí, sino a todos esos conceptos. En efecto, mis tratos con él,
lejos de tener carácter particular, se desarrollan a nivel de
estado, donde quienes hablamos, actuamos, escuchamos y
padecemos somos todos. De modo que cuanto más se diga 44
de él que ha estado inscrito entre nuestros amigos y aliados,
tanto más se hará acreedor de un merecido aborrecimiento.
¿Por qué? Porque lo que ninguno de nuestros declarados y
más acérrimos enemigos osó jamás hacernos, eso lo ha per-
petrado él bajo el nombre de la amistad y de la alianza, co-
mo si hubiera entablado tales lazos con vistas a ese preciso
objetivo, el de poder atropellarnos impunemente. Pero ni 2
antes concluímos acuerdos con él para que nos hiciera blan-
co de sus injurias y sus acechanzas, ni ahora seremos noso-
tros quienes rompamos los acuerdos. Pues nosotros le des-
pachamos embajadas en la idea de que todavía era amigo y
aliado, y en cambio fijaos cómo él nos ha tratado. Por tanto, 3
de la misma manera que en otro tiempo, cuando adoptó la
decisión de sernos útil y esperaba a cambio recibir favores,
obtuvo lo que merecía aquella actitud, que también ahora,
cuando obra de manera absolutamente contraria, reciba la
consideración que con todo merecimiento se gana el bando
enemigo. Y no os extrañéis de que yo, el mismo que en oca-
siones anteriores defendió algunas de sus causas delante del
senado y de la plebe, hable ahora así. Porque mi parecer es 4
ahora el mismo que era antes, no lo he cambiado ¿Qué or-
dena este parecer? Honrar y correspoder a quienes son bue-
nos y leales, castigar y combatir a los malvados y a los que
actúan sin lealtad. Es él quien ha cambiado, al no haber ob-

servado ni nobleza ni decencia en el uso de las prerrogativas que le concedimos.

45 »Por tanto, que podemos con toda justicia hacerle la
guerra, nadie, creo, lo discutiría. Y que no es un enemigo
insuperable ni difícil, os lo muestra el resto de los pueblos
que comparten su raza —pueblos a los que, como muchas
veces antes, también ahora hemos vencido con toda facili-
dad— y se infiere, asimismo, de las noticias que os llegan
2 concernientes a él. En efecto, además de no contar con una
fuerza propia y cohesionada por compartidas experiencias,
ahora, puesto que ningún peligro esperaba, se encuentra to-
talmente falto de preparación. Ciertamente nadie, ni siquiera
de entre los pueblos vecinos, le prestará ayuda voluntaria-
3 mente por mucho que insista ¿Quién va a elegir la alianza
con él y la guerra contra nosotros sin haber recibido daño de
nuestra parte? ¿Cómo no van a preferir todos nuestro lado al
suyo si con ello pueden liquidar la autocracia que detenta
aquel en territorio limítrofe y anexionarse, gracias a noso-
4 tros, una parte de sus dominios? Por otra parte, aunque al-
gunos se levantasen con él, no serían superiores a nosotros.
Pues sin entrar en otras consideraciones que se refieren a
nuestro número, años, experiencia o empresas, ¿de quién no
es sabido que nosotros combatimos con el cuerpo guarneci-
do en todas sus partes, y ellos en cambio con la mayoría de
sus miembros al descubierto? ¿que nosotros empleamos cál-
culo y táctica, mientras ellos ceden en todo a sus impulsos y
5 proceden sin orden? No temaís, por tanto, ni su arrojo, ni el
tamaño de sus cuerpos o de sus gritos. Pues a base de voces
nunca murió ningún hombre, sus cuerpos no les van a supo-
ner ninguna ventaja (ya que las manos son las mismas que
las nuestras) y sí muchos inconvenientes (por ser grandes y
estar al descubierto) y su arrojo es inmenso e impetuoso al
principio, pero desaparece pronto y florece breve tiempo.

Contáis con alguna experiencia concerniente a lo que os di- 46
go y con victorias sobre enemigos similares a éstos, y así, cuando os amonesto como lo estoy haciendo, ni creáis que mis palabras os embaucan, ni desoigáis la realidad de gestas pasadas que inducen a grandes esperanzas de victoria. Por 2
añadidura, abundantes galos semejantes a los enemigos combatirán a nuestro lado, de suerte que si algo temible hubiera en estas gentes, ello estaría tanto a nuestro favor como al de ellos.

»Considerad la cuestión, por tanto, bajo esta luz, e ins- 3
truid a los demás al respecto. Pues aunque haya entre vosotros quien piense de otra manera, a pesar de ello yo al menos combatiré y no dejaré vacío el puesto en que me colocó mi patria. Me bastará con la décima legión. Porque tengo la seguridad de que, si fuese necesario, avanzarían incluso a través del fuego y desnudos. En cuanto a los demás, em- 4
prended cuanto antes el camino de vuelta y no me hagáis ver cómo os consumís aquí vanamente mientras gastáis de forma insensata los recursos públicos, os apropiáis de los esfuerzos ajenos y hacéis vuestro el botín que ganaron otros».

A estas palabras de César no sólo no replicó nadie —por 47
mucho que algunos eran de la opinión contraria en la mayoría de las cuestiones— sino que todos, y con no menor empeño los que estaban bajo sospecha a los ojos de César, aceptaron el encargo de divulgar lo que habían oído. En cuanto a los soldados, no les fue difícil persuadirlos a que obedecieran, ya que unos, al tratarse de tropas escogidas, estaban predipuestos a ello, mientras que los demás fueron inducidos por el deseo de emular a los primeros. A la décima 2
legión la había destacado César en razón del continuo afecto que, por los motivos que fuesen, le tributaba. Y era así, según el orden de enrolamiento, como se denominaba a las

unidades republicanas; de donde procede que las actuales conserven incluso ahora nombres similares.

3 Una vez espoleada la tropa, César no permaneció quieto, antes bien, para evitar que la demora embotase de nuevo sus bríos, partió al punto contra Ariovisto. Al cual su rápida marcha causó tal pavor que lo obligó a presentar propuestas de paz. No llegaron, sin embargo, a un acuerdo. Pues pretendió el uno imponerse en todo, el otro no ceder en nada.
4 La guerra, por tanto, había estallado, y la expectación se adueñó no sólo de cada uno de los contendientes, sino también de los aliados y enemigos todos que ambos tenían en aquella zona; cundió la idea, en efecto, de que la confrontación tendría lugar enseguida, y de que los triunfadores en la
5 primera batalla tendrían todo lo demás en sus manos. La ventaja de los bárbaros radicaba en el número y en la talla corporal, la de los romanos en la experiencia y el armamento. Y, de alguna manera, al ardor de los celtas —aquel arrojo indiscriminado e impetuoso propio de ellos— servía de contrapeso la actitud resuelta de César, de suerte que, igualados por tales factores, las esperanzas y el optimismo derivado de éstas eran iguales para ambos.

48 Acampados el uno frente al otro, las mujeres de los bárbaros les vetaron, bajo el efecto de premoniciones religio-
2 sas, trabar combate alguno antes de la luna nueva. A causa de ello, Ariovisto (que les prestaba gran atención cuando intervenían en asuntos de esta índole) no atacó de inmediato con todas sus fuerzas, sino, a pesar de las incitaciones de los romanos, despachó solamente a la caballería junto con las tropas de a pie adscritas a ella, efectivos mediante los cuales comenzó a inferir serios daños al enemigo. Y ensoberbecido por este resultado emprendió la toma de una posición situa-
3 da encima de la trinchera romana. La posición la ocupó, pero cuando los romanos plantaron batalla en otro frente, y a

pesar de que César mantuvo sus tropas alineadas en el exte-
rior hasta mediodía, no atacó; sin embargo, cuando, hacia la
tarde, César inició la recogida de sus hombres, cayó brus-
camente sobre estos y a punto estuvo de capturar incluso la
empalizada romana. A la vista, pues, de los éxitos obteni-
dos, tuvo ya en poco las advertencias de las mujeres y al día
siguiente, una vez que los romanos desplegaron sus fuerzas
—cosa que hacían prácticamente a diario—, ordenó el ata-
que. Cuando los romanos los vieron salir del campamento, 49
no permanecieron inmóviles, sino que se precipitaron sobre
ellos sin permitirles siquiera formar debidamente; mediante
una carga a la carrera acompañada de alaridos cortaron el
lanzamiento de proyectiles, expediente en el que los bárba-
ros depositaban su mayor esperanza, y trabaron combate tan 2
de cerca que no pudieron aquellos recurrir ni a las picas ni a
las espadas largas. Se dedicaron los bárbaros, por tanto, a
empujar, luchando más con los cuerpos que con las armas y
pugnando por derribar al que tenían delante y echar por tie-
rra al que oponía resistencia. Muchos, privados incluso del 3
recurso a las espadas cortas, peleaban en cambio con las
manos y las bocas, y hacían presa en los adversarios, les
mordían, les desgarraban la piel, ya que su talla física era
considerablemente superior. Pero con recursos de este tipo 4
no llegaron a producir daños de consideración en los roma-
nos, que al trabarse con ellos lograban de alguna manera
equilibrar fuerzas gracias a su armamento y pericia y que fi-
nalmente, tras aplicarse largo tiempo a semejante forma de
lucha, acabaron, ya avanzado el día, por imponerse. A este
respecto les resultaron de suma utilidad sus puñales, más
cortos que los galos y de golpes más eficaces por estar
hechos de acero, y además los legionarios, puestos a susten- 5
tar el mismo esfuerzo durante un periodo prolongado, resis-
tieron mejor que los bárbaros, cuyo aguante no era parejo a

la violencia con que acometían. Vencidos en razón de todo
ello, no emprendieron sin embargo la fuga, pero no porque
no quisieran, sino porque ni tenían escapatoria ni el agota-
6 miento les permitía huir. Se concentraron entonces en gru-
pos de aproximadamente trescientos desde los cuales oponían
en todas direcciones sus escudos, y al resistir a pie firme,
con lo cerrado de la formación hacían imposible el asalto y
con lo denso dificultaban que se les desplazase, de suerte
50 que ni infligían daño ni lo recibían. Los romanos entonces,
puesto que el enemigo no contratacaba ni tampoco huía, si-
no permanecía erguido en el mismo sitio como si de torres
se tratase, puesto que ellos a su vez habían arrojado las lan-
zas al inicio mismo del asalto, ya que les resultaban inútiles,
2 y con las espadas no podían ni trabarse cuerpo a cuerpo ni
llegar a las cabezas de los bárbaros —único punto donde re-
sultaban vulnerables al combatir prácticamente desnudos en
esta parte—, arrojaron los escudos y, tras tomar carrera
unos, desde cerca otros, saltaban como podían y propinaban
3 golpes. Bajo tales acometidas, muchos, aquellos que tenían
bastante con un sólo golpe, caían enseguida, pero también
muchos morían antes de caer. Pues lo apretado de la forma-
4 ción los mantenía en pie incluso después de muertos. Así
pereció la mayor parte de la infantería, tanto allí mismo co-
mo, en la medida en que se vió empujada hacia los carros,
junto a éstos, y con ella perecieron sus mujeres e hijos.
Ariovisto abandonó la comarca en compañía de ⟨no mu-
chos⟩ jinetes, pero aunque fue perseguido mientras corría
5 hacia el Rin, no resultó posible capturarle, ya que tomó la
delantera y escapó a bordo de una embarcación; en cuanto a
los demás, o bien murieron a manos de los romanos cuando
se lanzaban al río, o bien fueron recogidos por Ariovisto
mismo, que los llevó consigo.

LIBRO XXXIX

SINOPSIS

El libro trigésimo noveno de la *Historia Romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo César lucha contra los belgas (1-5).
2. Cómo regresa Cicerón (6-11).
3. Cómo Tolomeo, expulsado de Egipto, llega a Roma (12-16).
4. Cómo Catón organiza los asuntos de Chipre (22-23).
5. Cómo Pompeyo y Craso son elegidos cónsules (27-37).
6. Cómo Pompeyo consagró el Teatro (38).
7. Cómo Décimo Bruto, lugarteniente de César, vence en batalla naval a los vénetos (40-43).
8. Cómo Publio Craso, lugarteniente de César, lucha contra los aquitanos (46).
9. Cómo César, en guerra con pueblos celtas, cruza el Rin. Y acerca del Rin (47-49).
10. Cómo César atraviesa el paso a Britania. Y acerca de esta isla (50-53).
11. Cómo Tolomeo es devuelto a Egipto por Gabinio, y el juicio que por ello sufrió Gabinio (55-63).

Tiempo abarcado, cuatro años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

[697/57] P. Cornelio Léntulo Espínter, hijo de Publio; Q. Cecilio Metelo Nepote, hijo de Quinto.
[698/56] Gn. Cornelio Léntulo Marcelino, hijo de Publio; L. Marcio Filipo, hijo de Lucio.
[699/55] Gn. Pompeyo Magno, hijo de Gneo (por segunda vez); M. Licinio Craso, hijo de Publio (por segunda vez).
[700/54] L. Domicio Enobarbo, hijo de Gneo; Ap. Claudio Pulcro, hijo de Apio.

1 Tal fue el curso de aquellas guerras. A continuación, una vez pasado el invierno en que Cornelio Espínter y Metelo Nepote iniciaron su consulado, se vieron embarcados en una tercera guerra. Vivían los belgas a orillas del Rin, divididos en abundantes y numerosas tribus que se extendían hasta la
2 parte del océano situada frente a Britania. Y si bien en un principio algunos mantenían tratados con los romanos mientras otros no se preocupaban en absoluto de ellos, posteriormente, al ver el auge de César, temieron que dirigiera sus ataques también contra ellos. Ante lo cual celebraron una reunión en la que, de acuerdo con una propuesta de la que participaron todos salvo los remos[99], concertaron planes y se conjuraron contra los romanos bajo el caudillaje de
3 Galba. Cuando César conoció a través de los remos la noticia, estableció puestos de vigilancia sobre los belgas, y seguidamente acampó junto al río Auxona[100], donde, al tiempo que reunía sus tropas, se dedicaba a entrenarlas. Si bien los enemigos devastaban su territorio, no aventuró entablar
4 combate con ellos hasta que, ensoberbecidos por el miedo

[99] El pueblo belga de los remos habitaba el teritorio que actualmente ocupan los departamentos franceses del Marne y las Ardenas.

[100] El *Axona* de César, actual Aisne, al nordeste de Francia.

que, según juzgaban, les tenía, intentaron tomar el puente y cortar la vía de aprovisionamiento que a través de dicho puente llegaba a César procedente de los aliados. Pero como éste se enteró por los desertores del plan que preparaban, les envió de noche la infantería ligera y la caballería. Ambas 2
realizaron un inesperado ataque y mataron a muchos bárbaros, quienes, como recibieron además noticia de que los eduos habían invadido su territorio, emprendieron la noche siguiente el camino de vuelta. Y si bien César estaba informado de la marcha, no se atrevió, por desconocimiento del terreno, a lanzarse de inmediato en su persecución. Tan pron- 2
to amaneció, sin embargo, tomó consigo la caballería, dió a la infantería orden de que les siguieran y cayó sobre los bárbaros; aunque éstos le hicieron frente (pues creían que atacaba sólo con la caballería), prolongó César el encuentro hasta que se presentó la infantería, y entonces rodeó con todo su ejército a los enemigos, dio muerte a la mayoría y aceptó la rendición de los restantes. A raíz de ello también se adueñó de sus poblaciones, algunas de las cuales no opusieron resistencia, mientras que otras fueron constreñidas por las armas.

Por su parte los nervios[101], cuyas fuerzas no podían 3
equipararse con las romanas, le cedieron voluntariamente el llano para retirarse a las montañas más boscosas; pero después, como también ⟨los siguió⟩ hasta allí, cargaron inesperadamente contra los romanos mientras éstos ⟨levantaban su campamento⟩, con el resultado de que, si bien en el sector bajo el mando personal de César fueron rechazados y puestos en fuga, la mayor parte del ejército no resistió a los ata-

---

[101] Los nervios, que se ufanaban de ascendencia germana pero cuya forma de vida estaba fuertemente influida por la civilización celta, habitaban un territorio situado entre el sur de Amberes y el norte de París.

2 cantes, que tomaron el campamento al primer asalto. Cuando César lo supo (pues se había adelantado en persecución de los fugitivos), dio la vuelta, cayó sobre los enemigos mientras se entregaban al saqueo en el interior de la empalizada, los rodeó y les dió muerte. Tras culminar estas operaciones, no encontró mayores dificultades en someter al resto de los nervios.

4 Entre tanto, los aduáticos, vecinos de los nervios y del mismo linaje y temperamento que los cimbrios[102], se adelantaron con intención de ayudarles, pero como fueron derrotados antes, retrocedieron y abandonaron todo el resto de su territorio para hacerse fuertes en una sola plaza, la más sóli-
2 da que poseían. Contra ella se lanzó César, y durante muchos días fracasó hasta que dirigió sus esfuerzos a la confección de máquinas. Efectivamente, mientras veían a los romanos ocupados en cortar madera y en ensamblar los artefactos, lo tomaban a risa por no entender qué estaba pasan-
3 do, pero cuando aquellos quedaron terminados y sirvieron para que la infantería pesada les acometiese simultáneamente desde todos los frentes, se llenaron del terror esperable en quien jamás había visto nada semejante y despacharon emisarios, al tiempo que enviaban víveres a los soldados y
4 arrojaban algunas armas desde la muralla. Sin embargo, en el momento en que volvieron a ver las máquinas vacías de hombres y percibieron cómo éstos se entregaban a la alegría propia de los vencedores, cambiaron de opinión y, tras recuperar ánimos, efectuaron por la noche un ataque con el que esperaban cogerlos desprevenidos. Pero fallaron al topar con los puestos de guardia avanzados (porque César simpre cuidaba escrupulosamente todos los detalles). A todos se les

[102] Los aduáticos eran, efectivamente, un linaje germánico emparentado con los cimbrios y los teutones. Su territorio se situaba en las cercanías de Lieja.

puso a la venta, sin más perdón para ninguno de los supervivientes.

Después de que éstos fueran doblegados, muchos otros 5
quedaran sometidos por obra ya del mismo César, ya de sus comandantes, y que sobreviniera el invierno, se retiró a sus campamentos invernales. Y al llegar a Roma noticia de lo sucedido, los romanos se asombraron de que hubiese subyugado tamaños pueblos, cuyo nombre antes ni siquiera conocían con exactitud, y votaron que durante quince días se celebraran sacrificios por estos sucesos, cosa que jamás había tenido
lugar hasta entonces. En las mismas fechas, mientras ⟨decli- 2
naba⟩ el buen tiempo y se prolongaba la actividad militar, el comandante de César Servio Galba logró someter, mediante la fuerza en unos casos y el pacto en otros, al pueblo de los varagros[103] —habitantes de la región situada junto al lago Leman y que, lindando con el territorio de los alóbroges, llega hasta los Alpes—, de suerte que había incluso hecho los preparativos para acuartelar durante el invierno en la zona.
Pero como la mayoría de los soldados se ausentaron, unos 3
bajo licencia (pues no estaban lejos de Italia), otros por su cuenta y con distintos destinos, los nativos se aprovecharon de ello para caer inopinadamente sobre él; sumido por la de-
sesperación en un estado de frenesí, salió súbitamente del 4
campamento, acto cuya inesperada temeridad sobrecogió a sus atacantes y le permitió pasar entre ellos para alcanzar las alturas. A continuación, una vez en posición segura, los atacó y subyugó, pero no pasó allí el invierno, sino que se trasladó a territorio alóbroge.

Mientras tales cosas ocurrían en Galia, Pompeyo consi- 6
guió que se sometiese a voto el regreso de Cicerón. Dispuso,

[103] Los varagros o veragros eran un pueblo celta. Su ciudad principal era Octoduro, la actual Martigny, en Suiza.

por tanto, que aquél al que había expulsado a causa de Clodio volviera para hacer frente al mismo Clodio: pues ocurre que a veces las cosas humanas cambian en breve y que aquello de lo que algunos preveían beneficio o daño viene a
2 dar en todo lo contrario. Colaboraron Tito Annio Milón y otros pretores y tribunos, que llevaron al pueblo a adoptar la resolución. Efectivamente, el cónsul Espínter, en parte por afán de agradar a Pompeyo y en parte para satisfacer su propia animadversión hacia Clodio, la cual también le indujo a emitir un voto condenatorio en el juicio por adulterio
3 contra éste ***[104] . Sostenían a Clodio diversos magistrados, entre ellos su hermano el pretor Apio Claudio y el cónsul Nepote, movido por razones particulares de enemistad con-
7 tra Cicerón. Unos y otros promovían, al tener como caudillos a los cónsules, disturbios aún mayores que los de antes y de los cuales participaba el resto de los ciudadanos, escindido en ambos bandos. De semejante situación nacieron
2 abundantes desórdenes; concretamente, en el momento mismo de la votación, Clodio, consciente de que el pueblo estaría del lado de Cicerón, tomó a los gladiadores que su hermano tenía preparados con motivo de los juegos fúnebres de un familar, Marco, se plantó en medio de la reunión e infirió abundantes heridas, produciendo en algunos casos incluso la
3 muerte. Por tanto, el decreto no fue sancionado y Clodio se convirtió, a causa de la guardia que le acompañaba, en un personaje temido por todos. Intentó entonces revestir la edilidad, en la idea de que, si fuera elegido, lograría esquivar la pena a pagar por sus desmanes. Y en efecto lo acusó Milón,
4 pero sin conseguir enjuiciarlo (ya que no habían sido elegidos los cuestores, mediante cuyo concurso debía procederse a la designación de jueces, y Nepote ordenó al pretor que

[104] El texto presenta aquí una laguna de difícil restitución.

rechazase cualquier juicio en ausencia de tal designación; además, era preciso que, antes de los cuestores, fuesen cubiertas las plazas de los ediles, siendo tal el motivo fundamental de la demora). De otro lado, en esta pugna con Clo- 8
dio protagonizó Milón numerosos desórdenes; por último se hizo, también él, con algunos gladiadores y les sumó otros individuos salidos de entre sus partidarios, lo cual dio lugar a que de manera continua midiese fuerzas con Clodio y a que prácticamente toda la ciudad fuese escenario de acuchillamientos. Entonces Nepote, a resultas del temor que le 2
inspiraban su colega en la magistratura, Pompeyo y el resto de los próceres, cambió de actitud, y de esta manera el senado, a iniciativa de Espínter, aprobó una propuesta autorizando el regreso de Cicerón, propuesta que, presentada por ambos cónsules, el pueblo sancionó. Contra los proponentes 3
habló Clodio, pero al mismo tiempo que Milón lo vigilaba para evitar que perpetrase cualquier violencia, Pompeyo y algunos más intervinieron en favor de la ley, de suerte que los partidarios de ésta vieron su posición considerablemente reforzada.

Regresó, por tanto, Cicerón y expresó su agradecimiento 9
al senado y al pueblo en intervenciones ante sus respectivas asambleas que le facilitaron los cónsules. En lo relativo a Pompeyo, olvidó la enemistad suscitada por su exilio, se reconcilió con él e incluso le devolvió muy pronto el favor. Porque como una severa hambruna se hubiese instalado en 2
la ciudad y toda la población se precipitase al teatro (ya que por aquel entonces celebraban los juegos en un teatro levantado para la ocasión[105]) y después al Capitolio y amenazase a los senadores allí reunidos ya con estrangularlos a mano,

[105] El texto griego resulta aquí confuso. La presente traducción sigue el sentido que sugiere Boissevain.

3 ya con prender fuego a los templos y a ellos mismos, los
convenció para que eligiesen proveedor de trigo a Pompeyo
y, a tal efecto, le concediesen la magistratura proconsular
dentro y fuera de Italia por cinco años. E igual que ocurriera
antes con motivo de los piratas, también ahora con motivo
del trigo se disponía Pompeyo a ocupar una posición que,
nuevamente, pondría bajo su autoridad toda la ecumene in-
10 cluida a la sazón en el imperio romano. Respecto a César y
Craso, alimentaban en general sentimientos hostiles a Cice-
rón, pero, cuando constataron que su regreso era seguro, le
dedicaron algún gesto de solicitud (incluso ausente, César
dio, en efecto, ciertas muestras de benevolencia hacia su
persona); ello, sin embargo, no les valió el correspondiente
2 reconocimiento. Pues Cicerón, consciente de que si obraban
así no era por convicción y en la idea de que les incumbía la
máxima responsabilidad por su destierro, no se querelló con
ellos abierta y claramente —como hombre que sólo hacía
poco había gustado los frutos de la libertad sin trabas—; sin
embargo, compuso un libelo secreto, al que tituló de manera
que parecía contener una apología de las decisiones por él
3 tomadas, pero cuyo texto acumulaba abundantes y fuertes
extremos tanto contra aquellos dos como contra algunos
otros. En atención a lo cual, temeroso de que la obra se di-
vulgase mientras él aún vivía, la selló y entregó a su hijo,
con la orden de que ni la leyese ni publicase su contenido
hasta el momento de su muerte.

11 Cicerón, consecuentemente, medraba de nuevo, y recu-
peró, junto a sus demás propiedades, el solar de su casa, por
mucho que, al haber sido consagrado a la Libertad, Clodio
2 invocase a los dioses y le plantease objeciones. Pues al cen-
surar como no conforme con los plazos determinados por la
tradición la introducción de la ley curial que había transferi-
do a Clodio del patriciado a la plebe, desautorizaba todo el

tribunado de Clodio, incluídas las disposiciones referentes a su casa; alegaba además la imposibilidad de dar por bueno, si la transferencia en cuestión habia sido ilegal, nada de lo hecho bajo tal tribunado, y así convenció a los pontífices pa- 3
ra que le restituyesen el solar, por no haber en ello profanación ni acto contrario a la piedad. De esta forma obtuvo no sólo aquel, sino también dinero para la reconstrucción de la casa y cualquier otro sector de su hacienda que hubiese sufrido daños.

Seguidamente se produjeron nuevas turbulencias a causa 12
del rey Ptolomeo. Para asegurar su posición y contarse entre los amigos y aliados de Roma, Tolomeo había distribuído entre algunos romanos abundantes sumas, procedentes ya de sus arcas, ya de préstamos, sumas cuyo pago hacía recaer violentamente sobre los egipcios. A este motivo de impopu- 2
laridad se añadía la negativa a reclamar Chipre a los romanos e incluso, según solicitaron sus súbditos, a renunciar a la amistad romana. Y como no podía ni convencerlos ni forzarlos a permanecer en paz (pues no disponía de mercenarios), huyó de Egipto y, llegado a Roma, los acusó de haber 3
llegado a expulsarlo de su reino y obtuvo que Espínter, aquel a quien se había encomendado Cilicia, fuese encargado de su restauración. Mientras tales cosas ⟨tenían lugar⟩, 13
los alejandrinos, ya porque de momento ignorasen que Ptolomeo había partido hacia Italia, ya porque creyesen que había muerto, elevaron al trono a su hermana Berenice, y después, al conocer la verdad, enviaron a Roma cien hombres que debían rebatir las acusaciones de Ptolomeo y contraatacar con la denuncia de sus desmanes. Pero como aquél 2
supo por anticipado el plan (y puesto que ya estaba en Roma), se adelantó a la llegada de los embajadores y les tendió emboscadas en distintos parajes, con lo cual a la mayoría de ellos les dio muerte en el camino, y de los restantes a unos

los exterminó en la ciudad misma y a otros los persuadió,
blandiendo ya la amenaza de las muertes habidas, ya sobor-
nos en metálico, a que ni tratasen con los magistrados los
asuntos que motivaron la embajada ni hiciesen mención al-
14 guna de las muertes acaecidas. Sin embargo, tan notorio lle-
gó a ser el asunto que hasta el senado se llenó de indigna-
ción, por obra sobre todo de Marco Favonio, que aducía
tanto el extermino de abundantes embajadores despachados
por gentes aliadas, como el soborno al que, con ocasión de
2 lo mismo, habían sucumbido numerosos romanos. Llamaron
unos al cabeza de la embajada, Dion (que conservaba, en
efecto, la vida), con objeto de conocer a través de él la ver-
dad. Pero incluso en este trance pudieron tanto las riquezas
de Ptolomeo que ni Dion compareció ante el consistorio ni
se produjo, al menos en vida de Tolomeo, mención alguna
3 de aquellas muertes. Ni siquiera cuando, más adelante, pe-
reció Dion a resultas de una intriga, expió Tolomeo la culpa
por ello. Pues, entre otras cosas, el mismo Pompeyo lo aco-
4 gía en su casa y le tributaba un sólido apoyo. Y de los que
quedaban en la ciudad, bastantes fueron citados, pero pocos
condenados. En efecto, el número de los que habían sucum-
bido al soborno era grande y, movido cada cual por su parti-
cular temor, se apoyaban los unos en los otros.

15 Y mientras así actuaban los hombres a instancias del di-
nero, la divinidad, recién iniciado el siguiente año, abatió
mediante rayo la estatua de Zeus situada en el Monte Alba-
no y con ello retrasó durante algún tiempo la marcha de Pto-
2 lomeo. Pues la consulta de los libros sibilinos descubrió que
había escrito en éstos lo siguiente: «Si llega el rey de Egipto
en petición de ayuda, no se le niegue la amistad, pero tam-
poco le asistáis con tropa alguna. De lo contrario, tendréis
3 penalidades y zozobras». A raíz de lo cual, y admirados por
la avenencia de los versos con las circunstancias que vivían,

abolieron todas las decisiones tomadas respecto a Ptolomeo,
tal como aconsejaba el tribuno Gayo Catón. Estas fueron las
palabras del oráculo, publicadas por iniciativa de Catón
(pues, a no ser que el senado lo votase, estaba prohibido no-
tificar al pueblo el contenido de los libros sibilinos)[106]. Por- 4
que tan pronto se divulgó el tenor de los versos, temió que,
como suele suceder, su mensaje fuese ocultado; llevó enton-
ces a los sacerdotes ante la asamblea popular y los obligó a
recitar allí el vaticinio, antes de que el senado tuviera oca-
sión de debatirlo. Y cuanto mayores eran las dudas de que
aquello les estuviera permitido *** [107] presionaba el pueblo.
Así discurrió lo concerniente al oráculo, que fue objeto de 16
proclama en traducción latina. A continuación se emitieron
opiniones al respecto, y mientras unos querían encomendar
el regreso de Ptolomeo a Espínter, pero sin acompañamiento
de tropas, otros defendían que lo escoltase Pompeyo en
unión de dos lictores (Ptolomeo, al conocer el vaticinio, 2
abogó por esta opción, y el tribuno Aulo Plaucio leyó una
carta suya en tal sentido a la asamblea). Pero los senadores,
ante el temor de que a raíz de aquello Pompeyo adquiriese

[106] «Sibila» parece ser originariamente el nombre de una única vidente cuyas profecías circulaban por escrito a lo largo del mundo griego; posteriormente (hacia finales del IV a. C.) el número de Sibilas prolifera. Los libros sibilinos eran una colección de oráculos sibilinos redactados en griego que, según la tradición, fue comprada por el rey Tarquino Prisco. Estaban depositados en el templo del Capitolio y su custodia corría a cargo de una colegio sacerdotal, los *quindecimviri sacris faciundis*. Los libros sibilinos perecieron el incendio sufrido por el templo del Capitolio en el 83 a. C., pero su contenido se restituyó mediante búsquedas efectuadas en diversas ciudades sedes de alguna sibila. Sobre el tema pueden consultarse H. W. PARKE, *Sibyls and Sibylline Pophecy in Classical Antiquity*, Londres, 1988 y D. H. POTTER, *Prophecy and History in the Crisis of the Roman Empire*, Oxford, 1990, págs. 95-114.

[107] El texto presenta aquí una laguna de difícil restitución.

aún mayor poder, se opusieron a la propuesta bajo pretexto de que debía ocuparse del aprovisionamiento.

3 Ello ocurrió bajo el consulado de Lucio Filipo y Gneo Marcelino. Cuando Ptolomeo lo supo, renunció a volver, se trasladó a Éfeso y estableció residencia junto al santuario de la diosa.

17 Fue además el primer año en que acaeció el suceso que sigue, suceso relativo a la esfera privada, pero que de algún modo interesa a la presente composición. Efectivamente, aunque la ley prohibía expresamente que dos individuos de la misma familia desempeñasen a la vez el mismo sacerdocio, el cónsul Espínter deseaba introducir a su hijo, Cornelio
2 Espínter, en el colegio de los augures, y como Fausto, hijo de Sila y miembro de la casa de los Cornelios, figuraba ya en dicho colegio, hizo que su hijo ingresase en la familia Manlio Torcuato[108], y así la ley quedó preservada en su literalidad, pero de hecho fue conculcada.

18 A continuación, Clodio, nada más ocupar, bajo el consulado de Filipo y Marcelino, el cargo de edil (y había maniobrado para obtener el nombramiento con objeto de escapar a la justicia), presentó una denuncia contra Milón por la organización de las bandas de gladiadores: volvía pues contra aquél las acciones que él mismo practicaba y por las que era
2 juzgado. Su actuación, además, no estaba guiada por la idea de hacer condenar a Milón —ya que éste tenía fuertes aliados, especialmente Cicerón y Pompeyo— sino que consti-

---

[108] Distintos individuos de la misma familia llevaban el nombre de «Manlio Torcuato». H. Smilda (vol. IV [*Index Historicus*] de la edición de Boissevain, pág. 428) apunta la posibilidad de que Dion aluda aquí a Lucio Manlio Torcuato, el cónsul del año 65. Pero en el texto griego el nombre «Manlio Torcuato» no va precedido de artículo y tiene por tanto un valor indeterminado; de acuerdo con ello cabe entender que el nombre en cuestión tiene aquí sentido genérico.

tuía un pretexto para, al tiempo que hostigaba a Milón, ofen-
der a los dos primeros. Así, había planeado, junto a otras ar- 19
timañas, la siguiente: instruyó a los suyos para que cuando
preguntase en las asambleas: «¿Quién es el que hace o dice
tal cosa?» respondiesen a coro: «Pompeyo»; y seguidamente
se dedicó a preguntar abundante e inopinadamente por cuan-
tos motivos de tacha circulaban con referencia a Pompeyo,
ya aludiesen a su físico o cualquier otra cosa, pero mencio-
nándolos aisladamente y por separado, como si no hablase
de él. Ello vino a parar en que, como es usual en tales oca- 2
siones, unos iniciaban la cantinela y otros acompañaban y
contestaban «Pompeyo» en medio de grandes risas. De esta
suerte Pompeyo, que ni podía guardar calma ni se avenía a
contestar a Clodio con una respuesta del mismo talante, se
ahogaba en cólera e impotencia; y si formalmente era Milón
el procesado, de hecho la condena recaía sobre él sin opción
ninguna de defensa. Pues Clodio, a fin de avanzar en el ca- 3
mino iniciado, no permitía que se presentase la ley curial y
antes de que ésta fuera implantada no era posible iniciar ac-
ción alguna de provecho para el estado, incluida la celebra-
ción de juicios.

Así, durante algún tiempo Milón les sirvió de excusa pa- 20
ra sus injurias y asesinatos. En medio de todo ello sobrevi-
nieron prodigios (en el Monte Albano un templete de Hera
asentado sobre una superficie en forma de mesa y que mira-
ba al oriente dio la vuelta hacia el norte, un resplandor naci-
do en el sur corrió hacia septentrión, un lobo penetró en la 2
ciudad, tuvo lugar un terremoto, algunos ciudadanos murie-
ron fulminados y en territorio latino se oyó un estruendo
procedente del interior de la tierra; los adivinos, deseosos de
neutralizar los fenómenos en cuestión, afirmaron que algún
espíritu divino estaba encolerizado con ellos por habitar de-
terminados lugares consagrados o recintos reservados a usos

3 santos). Entonces Clodio la emprendió con Cicerón, y además de hostigarlo insistentemente de palabra acusándolo de haber edificado su casa sobre el solar dedicado a la Libertad, llegó a marchar sobre el edificio con muestras de pretender arrasarlo desde los cimientos mismos. Y si no cum-
21 plió su propósito fue porque Milón lo impidió. Cicerón, sin embargo, se encolerizó igual que si lo hubiera cumplido, continuó con las denuncias y, finalmente, se hizo acompañar de Milón y algunos tribunos, ascendió al Capitolio y quitó las estelas que con motivo de su destierro había erigido Clo-
2 dio. En aquella ocasión le fueron arrebatadas, pues Clodio acudió con su hermano Gayo, que era pretor; pero más adelante acechó un momento de ausencia de Clodio, subió de nuevo al Capitolio, tomó las estelas y se las llevó a su casa.
3 Tras lo cual nada vetado hubo ya para ninguno de los dos, sino que se intercambiaban cuantos insultos y calumnias
4 podían sin abstenerse de los más bajos: así el uno tildaba de contrario a las leyes el tribunado de Clodio y de no válidas las disposiciones emitidas por el mismo durante su mandato, el otro proclamaba justo el decreto de exilio de Cicerón e ilegal la votación concerniente a su vuelta.

22 Pugnaban ambos y llevaba Clodio la peor parte en la contienda cuando vino a igualarlos Marco Catón. Movían a éste la aversión a Cicerón y el temor a que también quedaran sin efecto cuantas disposiciones había tomado en Chipre, destino al que lo envió Clodio al ocupar el tribunado, y por ambas razones se sumó ardorosamente a la causa del
2 tribuno. Pues dichas disposiciones eran para Catón timbre de orgullo, y materia en cuya consolidación ponía máximo interés. En efecto, cuando Ptolomeo, quien a la sazón regía la isla, había conocido el resultado de la votación, como ni tuvo ánimo para alzarse contra Roma ni soportó seguir vi-
3 viendo despojado del poder, se dió muerte con un bebedi-

zo[109]; y a continuación los chipriotas, nutridos por esperanza
de llegar a ser amigos y aliados de Roma en vez de escla-
vos, habían recibido a Catón sin reluctancia. De lo cual no 4
extraía Catón motivo de honra, pero la excelencia de sus
medidas administrativas, y sobre todo el hecho de que, tras
apoderarse de muchos esclavos y posesiones reales, no su-
friese ninguna reclamación, sino diese impecable cuenta de
todo ello, lo reputaba prenda de valía no inferior a la victo-
ria que hubiera podido obtener en cualquier guerra. Pues en
su opinión los muchos casos de soborno hacían del desdén
por las riquezas algo más escaso que la debelación del ene-
migo.

Se llegó entonces a considerar que, por todo ello, Catón 23
merecía un triunfo, y los cónsules presentaron ante el sena-
do propuesta de que se le concediese la pretura, por más que
las leyes no lo autorizaban. No se le eligió (él mismo habló
en contra), pero el hecho en sí acrecentó su renombre. Inten- 2
tó Clodio que los esclavos traídos de Chipre fueran llama-
dos Clodios, puesto que Catón había sido enviado a la isla
por él, pero no lo consiguió, ya que éste se negó. Los escla-
vos acabaron recibiendo el nombre de chipriotas, aunque al-
gunos les quisieron dar el de Porcios (lo cual también impi-
dió Catón). Y Clodio, movido a cólera por la negativa de 3
Catón, se dedicó a difamar sus medidas y a pedir cuenta de
sus actuaciones, no porque pudiese probar que había incu-
rrido en alguna falta, sino fiado en que obtendría alguna
ventaja del hecho de que los informes de Catón habían sido
casi todos destruídos por naufragio. También entonces ayu-
daba César, aunque estuviese ausente, a Clodio, e incluso, a
decir de algunos, le enviaba por carta las acusaciones contra
Catón. Una de las críticas que dirigían a Catón era la de si- 4

[109] Se refiere al Ptolomeo rey de Chipre.

mular que renuciaba a la pretura por iniciativa propia —él mismo, afirmaban, había convencido a los cónsules para que le concedieran el cargo— con objeto de no aparecer como despojado de ella contra su voluntad.

24 Pugnaban por tanto éstos, y también Pompeyo encontró algunos obstáculos para la distribución del trigo. En efecto, las expectativas suscitadas por el evento habían hecho que muchos esclavos fuesen liberados, de los cuales, a fin de que recibiesen el suministro de trigo con orden y bajo con-
2 trol, quiso Pompeyo levantar censo. Pero por más que su buen entender y las existencias de trigo le permitieran arbitrar sin dificultades la medida, cuando se presentó al consulado halló problemas y sufrió acusaciones a causa de este
3 asunto. Le molestaba sobre todo, además de los sucesos acaecidos por obra de Clodio, la falta de consideración con que le trataban quienes le eran inferiores, pues veía vulnerados su prestigio y su creencia de ocupar, aun como simple
4 particular, una posición por encima de todos ellos. No obstante, había veces que les respondía con el desprecio; porque si al recibir las afrentas se llenaba momentáneamente de irritación, pasado un intervalo daba en comparar su excelencia con la bajeza de sus contrarios y dejaba de prestarles
25 atención. Pero el encumbramiento de César, la admiración tributada a sus gestas por el pueblo —tan grande que llegó a enviar miembros del senado a territorio galo, como si éste se hallase totalmente subyugado— y el arrobo del mismo ante las esperanzas que aquél suscitaba —traducida en la aprobación de abundantes sumas a él destinadas— le causaban
2 profundo pesar. Intentó entonces persuadir a los cónsules para que ni las cartas de César se leyesen inmediatamente, sino se ocultasen el mayor tiempo posible, hasta que la gloria de sus empresas prevaleciese por sí misma, ni se aguar-
3 dase a la fecha en que debía procederse a su sustitución. Tan

grandes eran sus celos que desacreditaba y combatía cuanto
él mismo había hecho por César, a éste le guardaba aversión
en general por sus muchos laureles, y en especial porque
vertía sombra sobre los de su persona, y al pueblo le dirigía
reproches porque a él lo cubría de desdén y a César lo colo-
caba en lo más alto. Le molestaba especialmente el ver có- 4
mo se acordaban de lo que antes hizo alguien sólo mientras
no sobrevenía cualquier otra cosa, y cómo por hastío frente
a lo conocido y deleite frente a lo nuevo descargaban toda
su atención sobre el suceso de turno, aunque fuera inferior
al que le precedió; cómo deshacían por envidia todo lo que
antes habían sancionado y cómo aupaban movidos por espe-
ranza lo que acababa de despuntar. Enojado ante todo ello, 26
sin lograr de los cónsules la realización de ninguno de sus
propósitos y viendo que César empezaba a poder prescindir
de su lealtad, no tomó el asunto a la ligera. En efecto, pen-
saba que los lazos de amistad se pierden por dos cosas, el
temor y la envidia, y que ambas sólo desaparecen ante
igualdad en la gloria y la fuerza; pues mientras gloria y 2
fuerza son equiparables para ambas partes, los lazos en
cuestión se mantienen firmes, pero cuando una parte sobre-
pasa a la otra, entonces la inferior odia, presa de envidia, al
superior y la que tiene el poder ofende, por desdén, al que
está abajo, y así, a resultas de una y otra, la amistad de antes
va a dar en diferencia y pugna, movido el uno por la inquina
derivada de su inferioridad, el otro por la altanería nacida de
su encumbramiento. Con razonamientos de este cariz se ar- 3
maba Pompeyo contra César. Y como le parecía que a él so-
lo no le sería fácil derribarlo, reforzaba sus vínculos con
Craso y daba muestras de querer actuar en conjunción
con él.

Se pusieron entonces de acuerdo, pero conjeturaron que 27
en calidad de simples particulares no iban a conseguir nada,

pensando, de otro lado, que si obtenían el consulado y se
hacían de esta manera, a imitación de César, con la iniciati-
va política, podrían contrapesar la fuerza de éste e incluso
—ya que serían dos frente a uno— situarse por encima de
2 él. Así renunciaron a todos aquellos gestos con los que,
cuando alguno de sus camaradas les invitaba a ocupar el po-
der, se negaban a asumir de nuevo la dignidad consular y,
en lugar de ello, indicaron abiertamente que aspiraban al
cargo, por más que con anterioridad hubieran pugnado a fa-
3 vor de otros aspirantes. Puesto que anunciaron su candidatu-
ra fuera del plazo establecido por las leyes y resultaba evi-
dente que los cónsules, además de otros adversarios, no
permitirían su designación (Marcelino, en efecto, tenía cier-
ta influencia), se embarcaron en operaciones tendentes a que
las elecciones no cayeran en aquél año; a tal efecto, y con
vistas a optar y alcanzar el cargo de acuerdo con las leyes,
dejaron que Gayo Catón y algunos más maniobrasen para
28 entrar en un periodo de interregno. Tal objetivo se cumplió
en teoría mediante actuaciones protagonizadas por agentes
que en cada ocasión alegaban causas distintas, pero en reali-
dad por obra de los dos en cuestión (que, por lo demás, res-
pondían a los movimientos en contra con una declarada hos-
tilidad); ante lo cual cundió entre los senadores tamaño
enojo que una vez, mientras aquellos daban la batalla, aban-
2 donaron la sesión. Tal fue, en esa ocasión, el fin de la polé-
mica; otra vez, al plantearse de nuevo la misma coyuntura,
con el fin de frustar cualquier esfuerzo propusieron una re-
solución por la que debían cambiar sus vestimentas, cual si
se viviesen momentos de infortunio; y de nada valió que Ca-
tón, al no tener efecto sus objeciones, corriese fuera ⟨y re-
quiriese desde el ágora la entrada a cuantos allí había⟩ en un
3 intento de anular cualquier medida: en efecto, si había den-
tro alguien que no fuese miembro del senado, tenían que abs-

tenerse de votar. Pero otro grupo de tribunos salió al paso de
los así convocados e impidió que accedieran al interior,
de manera que la resolución quedó sancionada y se inició
además una deliberación para que los senadores no estuvie-
sen presentes en las celebraciones que tenían lugar a la sa-
zón. También contra ello habló Catón, ante lo cual abando- 4
naron todos a una la cámara, se cambiaron de vestido y
regresaron, como si quisieran atemorizar de esta manera a
Catón. Pero como ni siquiera entonces se moderase, salieron
todos juntos al ágora y cuando la plebe confluyó al lugar
donde se encontraban, apelaron a sus más vivos sentimien-
tos: habló Marcelino, que deploró ante ellos la situación en 5
que se veían, y los demás añadieron lágrimas y gemidos, de
manera que nadie alzó la voz en contra. Tras semejante ac-
tuación, entraron inmediatamente en la cámara, determina-
dos a descargar su cólera sobre los responsables. A todo es- 29
to Clodio había vuelto a cambiar de bando para alinearse, de
nuevo, al lado de Pompeyo, pues esperaba que, si lo ayuda-
ba a realizar alguno de los proyectos que perseguía, contaría
entre sus más allegados; compareció, por tanto, ante el pue-
blo vestido según requerían las circunstancias, sin introducir
en su atuendo, contra lo preceptuado por la resolución, alte-
ración alguna, y comenzó a hablar contra Marcelino y los
que estaban con él. Pero como también esto suscitase gran 2
indignación entre los senadores, dejó sin terminar su discur-
so ante el pueblo y se precipitó hacia el senado, a resultas de
lo cual a punto estuvo de perder la vida. Los senadores, en
efecto, le salieron al encuentro y le impidieron entrar, al 3
tiempo que se veía cercado por miembros del orden ecues-
tre; y hubiera sido despedazado si, ante los gritos en peti-
ción de ayuda que dirigía a la muchedumbre, no hubiese
acudido buen número de gentes con antorchas en las manos,
como dando a entender que los liquidarían por medio del

fuego, a ellos y al edificio del senado, si le hacían algo a Clodio.

30 Tan cerca del fin estuvo Clodio, y así se salvó. Pompeyo, sin dejarse amedrentar por lo ocurrido, entró más adelante en el senado y se opuso a la votación que iba a tener lugar, con lo cual impidió que la resolución aquella fuese sancionada; y a renglón seguido Marcelino le preguntó públicamente si en verdad aspiraba al consulado (creía, en efecto, que, puesto en la tesitura de reconocer sus pretensiones al cargo, vacilaría), pero Pompeyo respondió que si miraba a los hombres de bien para nada quería la magistratura, y que eran los enemigos del orden quienes le hacían poner
2 vivo empeño en ocuparla. No ocultaba, por tanto, sus intenciones, y a su vez Craso, cuando se le dirigió a él la misma pregunta, no confirmó pero tampoco negó, sino dijo que haría lo que a la república conviniese, con lo cual dejó abiertas, según era su costumbre, ambas posibilidades. Todo lo cual llenó de temor a Marcelino y otros muchos, que en previsión de aquellos manejos y de las actuaciones en contra
3 ni siquiera asistían ya al senado. Y al no reunirse el número que preceptuaban las leyes para votaciones concernientes a la elección de magistraturas, tampoco era posible realizar avance alguno con relación a dicho tema, y así se llegó al
4 final del año. Seguían, por lo demás, sin volver al atuendo usual y sin asistir a los juegos, al igual que tampoco participaron en las celebraciones de Zeus Capitolino[110], y con mo-

[110] El templo de Júpiter en el Monte Capitolino constituía un centro básico del culto estatal y la vida política romanas. Allí pronunciaban los cónsules, al entrar en posesión de su magistratura, los votos por el año de su mandato y allí también sacrificaban la víctima que en la misma ocasión presentaban sus antecesores en el cargo. A una de estas celebraciones debe referirse Dion. Sobre todo ello véase K. Latte, *Römische Religiongeschichte*, Munich, 1960, págs. 149-154.

tivo de las fiestas latinas, que se oficiaron entonces por segunda vez a causa de una actuación incorrecta, no visitaron el Monte Albano[111], sino que pasaron el resto del año como si se hallasen privados de libertad y no tuviesen facultad ni para elegir magistraturas ni para llevar a efecto ningún cometido político. A continuación, tras el interregno, Pompeyo 31
y Craso fueron designados cónsules, y de los restantes candidatos ninguno compareció, incluido Lucio Domicio; éste aspiró al cargo hasta el último día, pero cuando marchaba, aún de noche, de su casa a la asamblea, fue muerto el esclavo que le precedía con una luz, ante lo cual se llenó de temor y no siguió ya adelante. A falta, por tanto, de oponentes 2
y dado además que Publio Craso, hijo de Marco y a la sazón mando militar bajo la jefatura de César, llevó tropas a Roma por este mismo motivo, fueron elegidos sin problemas.

Tras hacerse de esta manera con la dirección del estado, 32
consiguieron que las restantes magistraturas fueran entregadas a gentes cercanas a ellos e impidieron la designación de Marco Catón como pretor; pues sospechaban que no se allanaría al curso de los acontecimientos y no quisieron añadir fuerza legal a la resistencia que opondría. Pero si la elección 2
de los pretores se desarrolló en paz (pues Catón no estimó adecuado recurrir a la la violencia), en lo tocante a los ediles curules hubo acuchillamientos, de suerte que el mismo Pompeyo quedó profusamente manchado de sangre. No obs- 3
tante lograron imponer su criterio (ya que eran ellos quienes se encargaban de las elecciones) en lo tocante al nombra-

[111] Se trata de las *feriae latinae*, cuyo origen se remonta a la época en que existían comunidades latinas independientes. Las convocaban, poco después de tomar posesión de su cargo, los nuevos cónsules, que no debían marchar al frente del ejército antes de haberlas realizado. A ellas debían asistir, además, todos los magistrados romanos. Véase LATTE (citado en nota anterior), págs. 144-146.

miento de dichos ediles y de los otros cargos que debía elegir el pueblo, y a los demás ediles los atrajeron a su bando, lo mismo que a la mayoría de los tribunos. Dos tribunos, Gayo Ateyo Capitón y Publio Aquilio Galo, no comulgaron con sus planes.

33 Así pues, tras cubrir las magistraturas tomaron posesión de cuanto deseaban. Sobre dichas magistraturas ellos mismos no pronunciaron palabra alguna, ni en el senado ni ante el pueblo, e incluso daban grandes muestras de no precisar
2 nada de quienes las ocupaban. Pero el tribuno Gayo Trebonio presentó propuesta de que se entregase al uno el gobierno de Siria y territorios adyacentes, al otro el de las Hispanias (pues ocurría que allí se habían producido recientemente algunas turbulencias), durante un periodo de cinco años y con licencia para recurrir a cuantas tropas quisiesen, tanto de ciudadanos como de aliados, y para trabar guerra o paz con
3 quienes decidiesen. Se suscitó así el malestar de muchos, señaladamente el de los partidarios de César, dado que aquellos, una vez obtenido lo que perseguían, harían que César ya no siguiera por mucho tiempo en posesión del poder; por esta razón hubo quien aprestó objeciones a la propuesta, y ante ello los cónsules, temerosos de que sus esfuerzos quedaran baldíos, se atrajeron a los objetores, de suerte que también César, según noticia fidedigna, iba a prolongar su
4 mandato por tres años. Sin embargo no trasladaron tal acuerdo al pueblo hasta haber consolidado lo que a ellos concernía. Pues los movimientos de los cesarianos habían sido abortados mediante la mencionada maniobra y, respecto a los demás, la mayoría permanecían quietos, presas del temor y dándose por satisfechos —dadas las circunstan-
34 cias— con salvar la vida. Por su parte, Catón y Favonio se oponían a cuanto hacían los cónsules y contaban entre sus aliados a los dos tribunos, pero como eran pocos y luchaban

contra muchos, en vano se expresaban sin ambages. Favonio 2
obtuvo de Trebonio una sola hora para la réplica, y la con-
sumió en un desordenado alegato contra la estrechez misma
del tiempo. En cuanto a Catón, se le concedieron dos horas
para su discurso, pero se dedicó a criticar, en los términos 3
que acostumbraba, la situación presente y el estado general
de los asuntos, y así agotó el tiempo sin hacer mención al-
guna de las innovaciones en curso. Y obró así no porque le
estuviese vedado entrar en las mismas, sino para suscitar la
impresión de que Trebonio lo reducía al silencio mientras
aún tenía algo que decir, lo cual le brindaría un reproche que
dirigirle: pues sabía con total certeza que aunque hablase
durante todo el día no los induciría a votar ninguna de sus
propuestas. Cuando, por tanto, se le requirió que terminara 4
de hablar, no apresuró lo más mínimo la conclusión, pues
aunque fue expulsado y arrastrado fuera del consistorio re-
gresó y, finalmente, tampoco se moderó tras la orden de ser
conducido a la cárcel.

Aquel día se consumió de manera que los tribunos no 35
alcanzaron a decir absolutamente nada. Efectivamente, en
todas las asambleas —incluidas también aquellas del pueblo
donde emitían su opinión— los particulares recibieron la pa-
labra antes que los magistrados. Se perseguía, al parecer, 2
que ninguno de ellos escondiese, condicionado por el crite-
rio del más fuerte, parte de lo que pensaba, sino expresase
sus opiniones con toda libertad. Y Galo, temeroso de que al 3
día siguiente le fuese impedido acceder al ágora u ocurriese
algo todavía peor, se fue al senado por la tarde y pernoctó
en él, considerando tanto la seguridad del lugar como la po-
sibilidad de trasladarse, apenas comenzase la mañana, desde
dicho edificio ante el pueblo. Pero frustrados sus propósitos 4
por Trebonio, que cerró todas las puertas del consistorio,
pasó allí en vano no sólo la noche, sino también casi el día

entero. Por su parte Ateyo, Catón, Favonio y el resto de los
suyos vieron cómo otros, tras haberse adelantado por la no-
che a ocupar el lugar de la asamblea, les impedían el paso.
5 Como Favonio y Ninio consiguieron, de la manera que fue-
se, introducirse inadvertidamente y por su parte Catón y
Ateyo subieron sobre gentes de su séquito y alzados en sus
hombros hacían, con el fin de disolver a los reunidos, decla-
ración de una señal divina, tanto los primeros como los se-
gundos fueron expulsados por el servicio de los tribunos,
que infirió abundantes heridas a cuantos iban con ellos e in-
36 cluso causó algunas muertes. Sancionada de esta manera la
ley y cuando ya la multitud se alejaba del lugar de reunión,
Ateyo tomó consigo a Galo, que estaba cubierto de sangre
(pues al expulsarlo de la asamblea le infirieron heridas), lo
condujo ante los que aún quedaban, lo mostró, formuló las
lógicas recriminaciones y suscitó una fuerte agitación en la
2 concurrencia. Cuando los cónsules tuvieron noticia de ello,
se personaron rápidamente (ya que seguían los aconteci-
mientos desde un lugar cercano). Como ello, gracias a la no
corta guardia de que disponían, intimidó a los turbulentos,
convocaron rápidamente una asamblea y sometieron a vota-
ción las medidas relativas a César, sin que los promotores
de la revuelta, que intentaron hablar contra ellas, pudieran
conseguir nada.

37 Lograron, por tanto, sancionar las medidas, y a conti-
nuación fijaron penas más rigurosas para las prácticas vena-
les de cualquier índole, como si ellos mismos, que se habían
hecho con la magistratura no mediante dinero sino por la
2 fuerza, hubiesen incurrido en un delito menor. Intentaron
también frenar los dispendios en el tren de vida, cuyo monto
había subido enormemente, y ello sin empacho de que su
propio nivel de lujo y refinamiento alcanzase la más alta co-
ta; pero eso mismo impidió que las leyes en cuestión viesen

la luz. Efectivamente, Hortensio, que contaba entre los más 3
dados al dispendio, pasó revista a la grandeza de la ciudad,
encomió tanto la altura de los gastos que dedicaban a su
propia casa como la magnificencia con que trataban a los
demás y así los llevó a mudar de opinión, siendo ello como
si las vidas de aquellos le sirviesen de aliado para sus pala-
bras. Porque los escrúpulos —ya que incurrían en contra- 4
dicción— y las dudas —pues parecía que actuaban por en-
vidia cuando impedían a los otros lo que ellos mismos
hacían— les indujeron a abandonar voluntariamente la mo-
ción.

Por los mismos días Pompeyo consagró el teatro que 38
aún hoy día contribuye a nuestro lustre. En él ofreció espec-
táculos musicales y certámenes atléticos, y en el hipódromo
una carrera de caballos y abundantes muertes de las fieras
más diversas. En cinco días fueron liquidados cincuenta 2
leones, y dieciocho elefantes lucharon contra combatientes
equipados con armamento pesado. De los elefantes, unos
murieron enseguida, otros no mucho después. Efectivamen-
te, a algunos los protegió, contra la opinión de Pompeyo, la
compasión popular, pues cuando recibían una herida aban-
donaban el combate, se ponían a dar vueltas con las trompas 3
levantadas al cielo y lanzaban tales gemidos que dieron lu-
gar al comentario de que no actuaban al azar, sino invoca-
ban los juramentos bajo cuya fe hicieron la travesía desde
África e impetraban venganza de la divinidad. Porque, se- 4
gún se dice, no subían a los barcos sin antes haber tomado
de sus conductores como prenda de confianza juramento de
que nada malo les sucedería. Si ello es así o de alguna otra
manera, no lo sé. Pues ya algunos mencionaron el que los 5
elefantes, además de entender la lengua de su tierra ances-
tral, también conocen los eventos celestes, hasta el punto de
que cuando el plenilunio, antes de que los hombres vislum-

bren la luna, acuden junto a corrientes perpetuas y allí
6 efectúan determinados protocolos de purificación. Tales noticias me han llegado, y también me llegó esa otra de acuerdo con la cual el teatro en cuestión no lo hizo Pompeyo, sino cierto Demetrio, un liberto suyo, gracias a las riquezas que había adquirido en campañas realizadas junto a su amo: circunstancia ésta por la que, con toda justicia, dió a la obra el nombre de Pompeyo, quien así no se vería innecesariamente envuelto en difamaciones referentes a que uno de sus libertos hizo tanto dinero que pudo cubrir semejante gasto.

39 Sea como fuere, Pompeyo ganó por aquí no pocos puntos en el favor del pueblo, pero cuando procedió con Craso al reclutamiento exigido por las tareas que les habían sido asignadas, contrarió gravemente los sentimientos populares. Era el caso que para entonces el vulgo había mudado de
2 opinión y alababa a Catón y los otros, y a ello se unían los efectos de un proceso promovido por determinados tribunos y dirigido nominalmente contra los lugartenientes de Craso y Pompeyo, en realidad contra las actuaciones de estos últimos. Por consiguiente ambos cónsules no se atrevieron a recurrir a la fuerza, si bien, y en compañía de los que habían hecho defección del senado, cambiaron su atuendo por el de
3 tiempos de calamidad. De lo del atuendo se arrepintieron pronto y sin aducir excusa alguna lo volvieron a cambiar. Pero al intentar los tribunos la abolición del reclutamiento y una nueva votación de los proyectos militares que les habían
4 sido asignados, si Pompeyo no reaccionó con indignación (pues acababa de despachar a sus lugartenientes y como él no podía salir del territorio —ya que, entre otras cosas, tenía a su cargo la provisión de trigo— se alegró de quedarse, en la idea de que así controlaría Hispania por medio de los lugartenientes, mientras que él mismo tendría bajo su dominio

Roma y el resto del territorio italiano), Craso, dado que nin- 5
guna de esas posibilidades le asistía, se encomendó a la
fuerza de las armas. Y los tribunos, como veían que sus pa-
labras, carentes de freno, carecían también de la sanción de
las armas y de fuerza para impedir los hechos, guardaron si-
lencio, recluyéndose en el terreno de lo ominoso. Desde allí
dirigían a Craso múltiples e insólitos ataques, como si sus
imprecaciones no afectasen, por mediación de él, al estado.
Así, en el momento en que realizaba desde el Capitolio las 6
preces habituales en favor de la expedición, propalaron ru-
mores alusivos a portentos y a determinadas señales divinas;
y cuando se puso en marcha vertieron sobre él abundantes y
fuertes maldiciones. Ateyo quiso, incluso, llevarlo a prisión;
pero otros tribunos se opusieron, con lo que produjeron en-
frentamientos y dilaciones, y en el ínterin Craso salió del
pomerio.

Fue abatido no mucho después Craso, ya fuera por azar 40
ya a resultas de las maldiciones mismas, y he aquí que César
marchó, bajo el consulado de Marcelino y Filipo, contra los
vénetos[112]. Éstos, que habitan junto al océano, habían captu-
rado a algunos soldados que los romanos enviaron por trigo;
y a continuación retuvieron a los embajadores despachados
para interesarse por los soldados capturados, con objeto de
recuperar, mediante intercambio, a sus propios rehenes. Cé- 2
sar, sin embargo, no se los devolvió, sino que maniobró con
sus tropas en distintos frentes, enviando unas a saquear las
tierras de los partícipes en la defección —a fin de que no
pudiesen intercambiar mutua ayuda—, otras a vigilar las de 3
los aliados romanos —para impedir más brotes de sece-
sión—, y él mismo avanzó contra los vénetos. Había cons-

[112] Los vénetos aquí mencionados eran un pueblo celta que habitaba en la Bretaña. Su territorio viene a coincidir con el actual departamento francés de Morbihan.

truido en el interior unas embarcaciones adecuadas, según
había oído decir, para las mareas del océano, hacia donde
las llevó a lo largo del río Loira; y en ello consumió casi to-
4 do el verano sin resultados. Las ciudades, en efecto, se ha-
llaban en lugares abruptos, eran de difícil acceso y prácti-
camente todas estaban ceñidas por el océano, cuyos flujos y
reflujos —con el consiguiente régimen de mareas altas y ba-
jas— hacía inviables no sólo los ataques terrestres, sino
5 también los navales. De suerte que César hubo de afrontar
una situación extrema hasta que Décimo Bruto le trajo del
Mediterráneo embarcaciones ligeras. Y aunque tampoco és-
tas le inspiraron plan alguno, derrotó a los bárbaros el des-
precio inducido por la pequeñez y fragilidad de los barcos.
41 Su factura, efectivamente, era más liviana, encaminada a la
navegación rápida propia de nuestras prácticas navales,
mientras que los de los bárbaros, por hallarse expuestos a
los continuos flujos oceánicos, debían resistir tanto la expo-
sición en tierra seca como la recurrencia de pleamar y baja-
mar, en razón de lo cual excedían con mucho a las nuestras
2 en tamaño y robustez. Por ello y como era de esperar en
quienes por primera vez contactaban con una escuadra de tal
índole, la visión de los barcos hizo que los bárbaros les ad-
judicaran nula capacidad operativa, por lo cual se dirigieron
contra ellos cuando permanecían al ancla, convencidos de
que los hundirían inmediatamente con ayuda de los garfios.
Navegaban a impulsos de un aire abundante y violento, pues
contaban con velas de cuero a fin de soportar la fuerza del
42 viento que hiciera falta. Mientras el aire siguió soplando,
Bruto no se atrevió a salirles al encuentro dado el número y
tamaño de los barcos así como el brío del viento que les
empujaba, sino que se preparó para rechazar sus acometidas
junto a la orilla al tiempo que abandonaba por completo los
2 barcos. Pero como de repente el viento cayó y las olas se

allanaron, el movimiento de las embarcaciones bárbaras, impulsadas a remo, ya no era igual, sino que en razón de su propia pesadez quedaron como clavadas. Entonces Bruto 3
cobró animo, pasó al ataque y cayó sobre ellas; les infirió considerables daños, pues las rodeaba o se alejaba a placer, efectuaba una acometida o retrocedía a donde y cuanto quería y atacaba impunemente con muchas a una, con iguales a iguales y, en ocasiones, con pocas a muchas. Efectivamente, 4
cuando calculaba que llevaría las de ganar en la acometida, se pegaba a ellas y en unos casos las hendía y mandaba al fondo, mientras en otros las abordaba desde múltiples puntos, trababa combate con los hombres a bordo y causaba abundantes muertes. Y si en algún momento llevaba las de perder, retrocedía con toda comodidad, de manera que siempre mantenía la ventaja. Pues los bárbaros no disponían de 43
arqueros, ni se habían pertrechado de piedras, por pensar que no iban a necesitar ninguna de las dos cosas; de modo que se las arreglaban para empeñar combate cuando el enemigo avanzaba hasta el cuerpo a cuerpo, pero no tenían cómo defenderse cuando se mantenía a alguna distancia. Re- 2
sultaban, por tanto, heridos, y perecían incluso aquellos que no llegaban a medir fuerzas con nadie, mientras sus embarcaciones ora quedaban rotas por efecto de las embestidas, ora ardían bajo el fuego prendido por el enemigo y en algunos casos eran arrastradas a cuerda, como si no tuviesen hombres. Al ver lo cual, los hombres de las restantes embar- 3
caciones se daban muerte a sí mismos con objeto de evitar que se les capturase vivos o saltaban al mar para intentar, incluso por este medio, abordar los barcos enemigos o, en todo caso, para escapar a que los romanos los matasen. Por- 4
que en valor y audacia no les cedían un punto, pero, atenazados por la inmovilidad de sus barcos, eran víctimas de una viva irritación. Efectivamente los romanos, en previsión de

que algún golpe de viento se abatiese sobre los barcos y les devolviera el movimiento, dirigían hacia ellos, guardando la distancia, cuchillas fijadas en la punta de un hasta, con las cuales cortaban los amarres y rasgaban las velas. Obligados en cierta manera a emplear desde sus embarcaciones medios de defensa terrestre frente a un ataque naval, gran cantidad de bárbaros pereció en el combate mismo, y todos los que sobrevivieron fueron hechos prisioneros. De ellos degolló César a los más señalados, y al resto los puso en venta.

44 A continuación marchó contra morinos y menapios[113], vecinos éstos de aquellos, en la idea de que sus anteriores empresas los habrían ya amedrentado y así serían presa fá-
2 cil. Ninguno, sin embargo, cayó en sus manos. Pues como no tenían ciudades, sino que vivían en cabañas, y habían colocado sus bienes más preciosos en lo más tupido de las montañas, al acercárseles los romanos les infligían males mucho mayores que los que ellos mismos sufrían. Intentó César avanzar hasta las mismas montañas, a cuyo efecto mandó talar la maleza, pero desistió ante la magnitud del área que cubrían y la proximidad del invierno.

45 Todavía estaba en el país de los vénetos cuando Quinto Titurio Sabino, su lugarteniente, fue despachado a territorio de los vénelos[114], cuyo caudillo era Viridóvix; y si al principio el número de enemigos le infundió considerable temor, hasta el punto de que se hubiera dado por contento con man-
2 tener su empalizada intacta, después se percató de que tal actitud los envalentonaba sin que en realidad fuesen temibles, como suele ser el caso entre los bárbaros, que puestos a amenazar se dedican a infundir temor con toda suerte de

---

[113] Los morinos ocupaban el territorio situado junto al *fretum Gallicum*, el actual Paso de Calais. Al nordeste de los morinos, junto a la costa del Mar del Norte, habitaban los menapios.

[114] En la actual península de Cotentin.

inanes aspavientos. Cobró, por tanto, ánimo y aunque, ni
aun así, osaba trabar combate abierto con ellos (pues numé-
ricamente resultaba muy poco viable), los inducía a que, 3
ajenos a toda precaución, lanzasen un ataque contra el foso
de su campamento, situado en terreno alto. Con tal propósi-
to, al llegar la tarde les había enviado, como si se tratase de
un desertor, a un miembro de las fuerzas aliadas que habla-
ba su lengua, y de esta manera les persuadió de que César
había sufrido reveses ⟨y él mismo planeaba la retirada⟩.
Convencidos por la estratagema y abandonando cualquier 4
precaución (ocurría, en efecto, que habían comido y bebido
hasta la saciedad) atacaron a los romanos sin perder un mo-
mento, no fuera a ser que se les adelantasen a huir; y como
no debía quedar, según el dicho, ni el portador de la lámpa-
ra[115], recogían broza y arrastraban madera con intención de
abrasar al enemigo. De mañana, por tanto, se lanzaron al
asalto, emprendiendo afanosamente la subida sin que nadie 5
les obstaculizase. Pues Sabino no se movió hasta que la ma-
yoría de ellos entró en su terreno, y entonces atacó inespe-
radamente y desde todas partes. Comenzó por sembrar el
pánico entre los primeros, tras lo cual precipitó a todos pen-
diente abajo, y mientras corrían de vuelta entre mutuos em- 6
pujones y tropiezos con la madera hizo tal mortandad que
ninguno de ellos ni de los demás volvió a ofrecer resisten-
cia. Pues los galos son, en todos los extremos por igual, in- 7
contenibles hasta lo irracional y no miden ni su propia auda-

---

[115] Cuando el ejército espartano salía en expedición llevaba consigo fuego tomado del altar de Zeus en el momento mismo de la salida. Dicho fuego no debía extinguirse y su custodia correspondía al «portador del fuego», cuya persona era inviolable. De aquí la expresión, transmitida por los paremiógrafos, que utiliza Dion en el presente pasaje. Véase HERÓDOTO, *Historia. Libros VIII-IX* [Traducción y notas de C. SCHRADER], Madrid, 1989, pág. 26.

cia ni su temor, sino que éste los empuja a cobardía y desesperanza y aquella a acciones de desbocada bravura.

46 Por aquellos días Publio Craso, hijo de Marco Craso
conquistó prácticamente toda la Aquitania. Pues los mismos
galos que habitan junto al territorio celta extienden su po-
blación a lo largo de los Pirineos hasta alcanzar el océano.
2 Fue contra éstos contra quienes marchó Craso, que venció
en batalla a los sotiates y los capturó por asedio[116]. Y si per-
dió algunos hombres a causa de engaños surgidos con oca-
sión de una tregua, por esa misma razón les infligió severo
3 castigo. Vio también que otros se habían conjuntado y con-
taban entre ellos con tropas sertorianas procedentes de His-
pania; y que gracias a éstas afrontaban la guerra con más
táctica y menos precipitación, en la idea de que los romanos
habrían de retirarse por falta de víveres. Fingió entonces te-
mor, y ni siquiera cuando aquellos le dieron muestras de
desprecio se dejó arrastrar al combate, sino que aguardó a
que se confiaran y entonces atacó súbita e inesperadamente.
4 En el punto mismo donde lanzó el ataque no obtuvo ningún
resultado (pues los bárbaros corrieron al encuentro y se de-
fendieron vigorosamente), pero una vez que las fuerzas ene-
migas estuvieron allí, dio a un grupo la orden de avanzar
dando un rodeo para atacar su campamento por el otro lado.
Como estaba sin hombres, se apoderó de él, lo atravesó y
cayó por la espalda sobre los combatientes. Así todos aque-
llos fueron exterminados y los demás, excepto unos pocos,
hicieron la paz sin protestar.

47 Ocurrió todo ello en verano, y mientras los romanos pasaban el invierno entre naciones amigas, los tencteros y los

---

[116] Los sotiates, también llamados «sontiates», habitaban al sur de del Garona. La ciudad que asedió Publio Craso fue *Aginnum*, la actual Agen: véase J. B. Keune, *Sotiates, RE* Suppl. V (1931), cols. 989-992.

usipetes[117], pueblos celtas, en parte presionados por los sue-
bos y en parte llamados por los galos cruzaron el Rin y se
abatieron sobre el territorio de los tréveros[118]. Al encontrar 2
allí a César y llevados por el subsiguiente temor, le enviaron
misivas para establecer la paz y pedir que se les diese un te-
rritorio o, al menos, se les permitiese conquistar el que fue-
ra. Y como no obtuvieron ninguna de las dos cosas, al prin-
cipio prometieron que volverían voluntariamente a casa y
solicitaron una tregua. Pero ocurrió después que un escaso 3
número de jinetes romanos se dirigió hacia ellos, y que al
verlos los bárbaros jóvenes, teniéndolos en poco, cambiaron
de opinión, detuvieron la marcha y ocasionaron daños a los
jinetes, cogidos de improviso. Y, animados por este triunfo,
se decantaron por la guerra. Los más ancianos condenaron 48
la acción y, pese a la opinión de los jóvenes, se presentaron
ante César, le suplicaron que les perdonara y descargaron la
responsabilidad sobre unos pocos. César los retuvo dando
entender que a no mucho tardar les haría saber su respuesta;
pero seguidamente marchó contra los otros, que estaban en 2
sus tiendas, y atacó cuando disfrutaban del reposo del me-
diodía, ajenos —ya que los ancianos estaban con César— a
cualquier sospecha de guerra. En las tiendas se apiñaba la
infantería, y sobre ellas cayó César, de suerte que no les dió
ocasión de tomar las armas, sino que los mató junto a los ca-
rros, entorpecidos como estaban por las mujeres y los niños,
que se hallaban entremedio. Las tropas de caballería, que en 3
ese momento no se encontraban allí, tan pronto como supie-
ron lo ocurrido emprendieron la marcha a sus residencias
habituales, retirándose hacia el país de los sigambros; y Cé-

[117] Aunque el nombre de «usipetes» es celta, los usipetes habitaban en la Germania, al norte de Frankfurt. También eran germanos los tencteros, cuyo nombre en época de César aparece asociado al de los usipetes.

[118] Al este de la actual Bélgica.

sar envió misivas para reclamar su comparecencia, no por-
que esperase que se entregaran (pues los bárbaros del otro
lado del Rin no temían a los romanos hasta el punto de lle-
gar a obedecer semejantes órdenes), sino a fin de, con esta
4 excusa, atravesar a su vez dicho río. Pues se sentía vivamen-
te tentado a realizar lo que aún no había hecho ninguno de
sus iguales, y además supuso que, si llegaba a atacarlos en
su territorio, mantendría a los celtas lejos de Galia. Así
pues, ya que no entregaron a la caballería y que los ubios,
vecinos de los sigambros y enfrentados a ellos, lo llamaron,
5 tendió un puente sobre el río y lo cruzó[119], pero halló que
los sigambros habían retrocedido a sus bastiones y que los
suebos se congregaban como para ayudar a los susodichos,
por lo cual se retiró antes de que pasasen veinte días.

49 El Rin fluye de los Alpes celtas, a escasa distancia de
Retia, corre hacia el poniente separando la Galia y sus habi-
tantes, a la izquierda, de los celtas, a la derecha, y por últi-
2 mo desemboca en el océano. Siempre se piensa, en efecto
que éste marca la frontera entre unos y otros, al menos des-
de que alcanzaron diferentes denominaciones, ya que en
tiempos ciertamente antiguos los habitantes de una y otra
orilla recibían el nombre de celtas.

50 Así pues, fue César el primer romano que cruzó el Rin
y, a continuación, pasó a Britania, bajo el consulado de
2 Pompeyo y Craso. Este país dista del continente, desde la
Bélgica habitada por los morinos, trescientos cincuenta es-
tadios en la parte más estrecha, y corre en paralelo al resto
de la Galia y de casi toda Hispania, adelantádose hacia el
3 mar[120]. Los griegos y romanos de épocas muy anteriores ni

---

[119] Los ubios ocupaban la orilla oriental del Rin situada frente al país de los treveros. Al norte de los ubios vivían los sigambros.

[120] César, Estrabón, Tácito, Apiano, Plinio y otros autores clásicos afirman, con Dion, que Britania corre paralela a la costa de Galia, de His-

siquiera conocieron su existencia, y para los siguientes fue objeto de discusión si era un continente o una isla. Muchos la han descrito de una de las dos maneras, pero sin basarse en ningún conocimiento, ya que ni la habían visto por sí mismos ni recogieron información directa de los habitantes, sino que cada uno emitía una hipótesis al dictado de sus afinidades intelectuales o su erudición. Mas con el transcurso 4
del tiempo, se ha probado claramente, primero cuando Agrícola fue propretor y ahora bajo el emperador Severo, que es una isla.

Allí era, por tanto, donde César —una vez doblegados 51
los morinos y en calma el resto de la Galia— deseaba a la sazón pasar. Hizo la travesía con las tropas de a pie y por el punto más adecuado, aunque no llegó donde debía. En efecto, como los britanos conocieron de antemano su expedición naval, habían ocupado todos los desembarcaderos que miran al continente. Ante lo cual circunnavegó una punta de tierra 2
y llegó al otro lado. Allí venció a las fuerzas que se le enfrentaron cuando desembarcó en los bajíos, y gracias a ello tomó posesión del terreno antes de que llegase más ayuda, ayuda a la que también rechazó seguidamente. Sucumbieron 3
no muchos bárbaros (pues iban en carro y a caballo, por lo que huyeron facilmente de los romanos, desprovistos aún de caballería), pero el temor ante las nuevas que sobre aquellos les llegaban del continente, la audacia que mostraron en completar la travesía y el hecho de que hubieran sido capaces de poner pie en su territorio, les movieron a despachar a

pania o de las dos. Se trata, pues, de un error usual en la Antigüedad, fruto de una concepción «odológica» que localiza los espacios geográficos a partir no de un punto de referencia astronómico, sino de su mutua sucesión. Sobre esta cuestión, así como sobre los autores que incurren en el error mencionado, véase P. Janni, *La mappa e il periplo. Cartografia antica ed spazio odologico,* Roma, 1984, págs. 108-114.

César, en calidad de emisarios, a algunos morinos con quie-
52 nes mantenían lazos de amistad. Y de momento se avinieron a entregarle los rehenes que reclamó, pero en esto los romanos se vieron en apuros por los efectos del mal tiempo tanto sobre la flota allí presente como sobre la que estaba en camino, con lo cual cambiaron de opinión. Y además, si bien no los atacaron en campo abierto (pues el campamento esta-
2 ba sólidamente pertrechado), cuando recibieron la visita de algunos romanos que habían sido enviados a una tierra tenida por amiga para conseguir provisiones, los mataron con excepción de unos pocos (porque César salió a toda prisa en defensa de los que quedaban), y a continuación se lanzaron sobre las defensas romanas mismas. Lejos de conseguir nada, se alejaron escarmentados; sin embargo no cerraron
3 acuerdo alguno hasta sufrir múltiples reveses. César, además, no tenía ninguna intención de firmar la paz con ellos. Pero como se acercaba el invierno, como con las fuerzas presentes no tenía bastante para mantener la guerra durante la estación invernal y las que estaban en camino habían fracasado y como los galos, ante la perspectiva de su ausencia, daban síntomas de insubordinación, de mala gana cerró un acuerdo con los bárbaros, a cuyo efecto pidió ahora un alto número de rehenes, pero obtuvo pocos.

53 Así que César pasó de nuevo al continente y reparó los desórdenes surgidos, sin obtener nada de Britania ni para sí ni para el estado, exceptuado el renombre de haber realizado una expedición a ella. Lo cual no sólo era gran motivo de orgullo para él, sino también para sus conciudadanos romanos, que lo consideraban cosa de extraordinaria importancia.
2 Veían, en efecto, que se les había hecho visible lo antes ignoto y accesible lo ayer inaudito, tomaban la esperanza de futuro así abierta por realidad del presente y se ufanaban,

como si ya lo poseyesen, de cuanto, conforme a sus planes, habían de llevar a efecto.

En razón de ello decretaron veinte días de fiestas sacras. 54
Mientras tenían lugar, sin embargo, estalló una revuelta en Hispania, motivo por el que dicha provincia fue asignada a Pompeyo. Pues los rebeldes, que se pusieron bajo el caudillaje de los vacceos[121], habían sido derrotados por Nepote el hijo de Metelo, ya que aún carecían de preparación, pero 2
cuando éste sitiaba Clunia[122] le atacaron y obtuvieron la mejor parte. La plaza permaneció en sus manos, pero en otros puntos fueron vencidos, aunque ciertamente no hasta el punto de quedarse a poco de perder la libertad. Efectivamante, en número superaban con mucho a los enemigos, de suerte que Nepote se contentó con mantenerse a salvo de peligros sin hacer nada más.

Por las mismas fechas Ptolomeo, aunque los romanos 55
habían rechazado su ayuda y todavía entonces se hallaban bajo la indignación que habían suscitado sus sobornos, fue restaurado y tomó posesión de su reino. Lo llevaron a efecto 2
Pompeyo y Gabinio: pues el poder y la afluencia de dinero prevalecían sobre los votos del pueblo y del senado hasta tal punto que Pompeyo dio órdenes a Gabinio, gobernador a la 3
sazón de Siria, y condujo éste sus legiones y, bajo el efecto uno de favores recibidos; y el otro de los presentes aceptados, lo restauraron en el trono aun contra la determinación del estado y sin cuidarse lo más mínimo ni de dicha determinación ni de los oráculos sibilinos. Y si posteriormente el 4
asunto llevó a Gabinio ante los tribunales, Pompeyo y el dinero lo salvaron; porque hacia esas fechas imperaba en los

[121] Los vacceos eran celtas establecidos desde el siglo VI a. C. alrededor del curso medio del Duero, en la Submeseta Norte.

[122] Las ruinas de Clunia están en la provincia de Burgos, a 5 kms. de Peñalba de Castro.

asuntos públicos de Roma tamaño desorden que unos cuantos magistrados y jueces recibieron de Pompeyo algunas briznas de los muchos sobornos que aceptó y eso bastó para que pospusieran las obligaciones de su cargo e incluso para que ilustraran a otros sobre cómo incurrir en abusos a cambio de dinero, en tanto que incluso el castigo lo podían permutar fácilmente a base de pago. Por tal razón, pues, se le absolvió entonces, y si de nuevo fue llevado a juicio y condenado, lo fue en razón de otras acusaciones y porque el saqueo que llevó a cabo en su provincia superó los cien millo-
5 nes. Y sumamente extraño resultó el percance en que, con tal motivo, se vieron tanto Gabinio (pues el dinero lo salvó en el primer proceso, pero lo mismo fue razón principal de esa otra condena) como Pompeyo, que en la primera ocasión, y aun hallándose lejos, libró a Gabinio por medio de sus amigos, pero en la segunda, por más que se hallase a las puertas de la ciudad y de alguna manera estuviese presente en el tribunal, nada pudo conseguir.

56 El curso de los sucesos fue éste: Gabinio había infligido considerables males a Siria, hasta el punto de dañar a sus habitantes mucho más que la piratería, entonces floreciente; pero teniendo por una fruslería todo lo que de ella había tomado, primero concibió e inició preparativos para montar
2 una expedición contra los partos y sus riquezas. Pues ocurría que, muerto Fraates dolosamente por sus hijos, el trono recayó en Orodes, que había expulsado a su hermano Mitrídates[123], bajo cuya jurisdicción se hallaba Media, de dicho territorio. Huyó Mitrídates junto a Gabinio y lo convenció de
3 que lo ayudase a volver. Sin embargo, como Ptolomeo se presentó con las cartas de Pompeyo y prometió tanto para Gabinio como para el ejército grandes cantidades de dinero

---

[123] Quizás el Mitrídates el Medo del que se habla en XXXVI 14, 2.

que en parte suministraría ya, en parte entregaría cuando
fuese de nuevo entronizado, olvidó la empresa parta y corrió
hacia Egipto, por más que la ley prohibiese a los gobernado- 4
res entrar en cualquier otra demarcación e iniciar guerras
por su cuenta, y que, además, el pueblo y la Sibila hubiesen
vetado la reentronización de aquel hombre. Porque si los
impedimentos eran más altos, ello sólo incrementó el precio
de la empresa. Dejó, pues, en Siria a su hijo Sisena, que era 5
muy joven, con una guarnición bastante escasa y él, dejando
la provincia a la que había sido asignado todavía más en
manos de los piratas, marchó a Palestina, capturó a Aristo- 6
bulo (quien, huído de Roma, se dedicaba a promover desór-
denes), lo envió a Pompeyo e impuso un tributo a los judíos
para, seguidamente, caer sobre Egipto.

A la sazón reinaba en Egipto Berenice, la cual, aunque 57
no tomó medida alguna frente ***[124], sin embargo, por te-
mor a los romanos, mandó llamar a un tal Seleuco, vástago,
al parecer, de la estirpe real que antaño gobernó Siria, lo
nombró consorte suyo y lo hizo partícipe del trono y de la
guerra. Pero como vio que a Seleuco nadie lo tenía en cuen- 2
ta, le dio muerte e hizo venir, sobre acuerdo en los mismos
términos, a Arquelao, hombre resuelto y avecindado en Si-
ria, hijo del Arquelao que desertó para unirse a Sila. Y si
Gabinio pudo cercenar el peligro desde el principio (en
efecto, las sospechas que ya alimentaba contra Arquelao lo
habían llevado a apresarlo, estando, por tanto, en posición
de echar por tierra la empresa), temió, sin embargo, que a 3
raíz de ello su actuación se viese muy poco valorada y, con-
secuentemente, Tolomeo le pagase menos de lo convenido;
esperaba incluso que, dada la entidad y la reputación de Ar-
quelao, sería así mejor pagado, y además había recibido

[124] El texto presenta aquí una laguna de contenido incierto.

otras recompensas —y abundantes— del mismo Arquelao, de manera que lo dejó ir, aunque hizo como si se hubiese escapado.

58 Llegó así a Pelusio[125] sin encontrar resistencia, y mientras avanzaba desde Pelusio con el ejército dividido en dos, vinieron los egipcios a su encuentro. Los venció ese mismo día, y a continuación volvió a derrotarlos en batalla naval, librada en el río, y por tierra. Efectivamente, nadie sobrepasa a los alejandrinos en blasonar por cualquier cosa, ni los deja atrás en gusto por charlar sobre todo lo que se les ocu-
2 rra, pero ante la guerra y sus peligros son de lo más inútil. Ahora bien, con motivo de las revueltas, que entre ellos son muy numerosas y de grandísimas dimensiones, se enzarzan siempre en masacres y no se les da en nada el vivir, pues tanta pasión ponen en la disputa del día que persiguen la muerte sobrevenida a su servicio como la más preciosa
3 obligación. Así pues Gabinio los venció y, tras proceder a numerosas ejecuciones, entre otras la de Arquelao, al instante se vió dueño de todo Egipto, que entregó a Ptolomeo.

59 Dio éste muerte a su hija y con ella a la gente principal y más rica, ya que necesitaba dinero en abundancia. De tal manera llevó a cabo su restauración Gabinio, quien, sin embargo, no envió al estado noticia de su actuación a fin de no
2 constituirse en mensajero de sus propias ilegalidades. Pero como no era posible que tamaña empresa quedara oculta, el pueblo lo supo enseguida. Y el hecho de que los sirios, a raíz especialmente de los fuertes daños ocasionados por los piratas durante la ausencia de Gabinio, hubiesen lanzado abundantes acusaciones en su contra y de que los mismos piratas hubiesen impedido a los recaudadores colectar sus tributos,

[125] Situada al este de la desembocadura del Nilo, Pelusio era una fortaleza de alto valor estratégico para la defensa de Egipto.

de manera que éstos debieron contraer numerosas deudas,
contribuyó a que montaran en cólera, hicieran declaración
de sus pareceres y estuviesen dispuestos a condenarlo. Cice- 3
rón, en efecto, apoyaba enérgicamente las demás acusacio-
nes, pero les instaba con particular énfasis a leer de nuevo
los versos sibilinos, ya que creía que allí estaría consignado
algún castigo en caso de infracción. Pues todavía eran cón- 60
sules Pompeyo y Craso, y el uno por propio interés, el otro a
causa del primero y también porque aceptaba dinero que le
enviaba Gabinio, abogaban públicamente a favor de éste úl-
timo, lo que incluía tachar de exiliado a Cicerón y no con-
vocar votación niguna. Sin embargo, cuando ambos salieron 2
del cargo y en su lugar entraron Lucio Domicio y Apio
Claudio, de nuevo se expusieron muchas opiniones, la ma-
yor parte contrarias a Gabinio. Pues Domicio era hostil a 3
Pompeyo por ambicionar su cargo y porque había sido de-
signado contra su parecer y Claudio, pese a ser pariente su-
yo, porque pretendía agradar demagógicamente a la masa y
por confiar en que, si causaba algun problema, recibiría
también presentes de Gabinio; con lo cual uno y otro se em-
plearon a fondo en su contra. Especialmente ponía a Gabi- 4
nio en entredicho el hecho de que cuando Craso envió a un
legado para relevarlo, no lo recibiese, sino continuase ocu-
pando el cargo, como si hubiese asumido que su ejercicio le
correspondía de por vida. Se decretó, por tanto, leer los ver-
sos de la Sibila, si bien con la oposición de Pompeyo. Y a 61
todo esto el Tíber, o bajo el efecto de inusuales lluvias so-
brevenidas en algún punto anterior a su paso por la ciudad, o
porque violentos vendavales procedentes del mar hubieran
impedido a sus aguas desembocar, o más bien (y era lo que
se sospechaba) en obediencia a designios divinos, cobró sú-
bitamente tal volumen, que anegó todas las zonas llanas de
la ciudad y alcanzó también muchos de sus lugares más al-

2 tos. Como consecuencia, las casas (que estaban construídas a base de ladrillos) se calaron y hundieron, y las bestias de labor perecieron todas bajo el agua. Respecto a la gente, cuantos no se adelantaron a buscar refugio en sitios considerablemente elevados murieron, sorprendidos unos en los tejados, otros incluso en los caminos. Porque como el desastre duró muchos días, también las demás casas se pudrieron, causando abundantes víctimas ya en los primeros momen-
3 tos, ya pasado algún tiempo. Los romanos, pues, aquejados de tamañas calamidades y a la espera de otras peores —ya que con el regreso de Tolomeo creían haber suscitado la cólera de la divinidad— se afanaban en condenar a muerte a Gabinio aun en ausencia, bajo la creencia de que, si se anti-
4 cipaban a suprimirlo, sus males serían menores. Y tanto empeño pusieron que, aunque nada semejante se halló en los oráculos sibilinos, el senado presentó ante los magistrados y el pueblo propuesta de darle el más acerbo y áspero tratamiento.

62 Y mientras esto ocurría, el dinero que Gabinio envió por anticipado hizo que no ya en ausencia, sino incluso una vez vuelto, no sufriese ningún castigo serio, al menos por aquel asunto. Sabedor, sin embargo, de la vergüenza y el desdoro en que había incurrido, demoró su llegada a Italia, entró en la ciudad de noche y a lo largo de bastantes días no se atre-
2 vió a salir de su casa. Eran, ciertamente, muchos los cargos, y se enfrentaba a no pocos acusadores. Fue procesado, primero, por la vuelta de Ptolomeo, al ser éste su mayor delito. Lo que es el pueblo, acudió al tribunal prácticamente en masa y en numerosas ocasiones quiso hacerle pedazos, dado, sobre todo, que Pompeyo no estaba y Cicerón ejerció la
3 acusación con la mayor brillantez. Pero a pesar de que los ánimos eran tales, fue absuelto. Pues gastó, consciente de la magnitud del juicio, abundantes sumas y los partidarios de

Pompeyo y César, volcados en su ayuda, afirmaban que la Sibila se refería a otro tiempo y otro monarca y, ante todo, que los hechos no estaban sancionados por los versos sibilinos con ningún castigo.

El pueblo estuvo a punto, incluso, de dar muerte a los 63
jueces, pero al escapar éstos se mantuvo atento al resto de las acusaciones e hizo que, al menos por aquellas, fuese condenado. En efecto, quienes fueron designados para juz- 2
garlas no recibieron de Gabinio nada sustancioso (porque, al ser menor la entidad del proceso y bajo la creencia de que también ahora saldría indemne, no hizo grandes derroches) y por ello lo condenaron a pesar de que Pompeyo se encontrase cerca y Cicerón actuara en su defensa. Pues como el 3
río hubiese echado a perder gran cantidad de trigo, Pompeyo tuvo que atender a su aprovisionamiento; ausente por tal razón, apresuró la vuelta (porque estaba en Italia) con intención de asistir al primer juicio. Llegó tarde, pero no se retiró de los arrabales antes de que el otro terminase. Incluso pro- 4
nunció ante el pueblo, que se reunía fuera del pomerio (era el caso que al revestir ya la dignidad proconsular no podía entrar en la ciudad), abundantes alocuciones en defensa de Gabinio, leyó cartas que le había remitido César defendiéndole, dirigió súplicas a los jueces, y en cuanto a Cicerón, no 5
sólo impidió que volviese a acusarlo, sino hasta lo convenció para que actuase en su favor, motivo este de que fuesen a más las recriminaciones que lo tildaban de desertor. No sirvió de ayuda, sin embargo, a Gabinio, quien, como dije, en aquella ocasión fue condenado y enviado al exilio para, posteriormente, regresar por consentimiento de César.

Por las mismas fechas la mujer de Pompeyo murió al dar 64
a luz a una niña. Y ya fuese ello obra de los amigos de Pompeyo y César, ya obedeciese a que algunos quisiesen suscitar de una u otra forma su agradecimiento, tan pronto

como se le rindieron los panegíricos fúnebres en el foro se apoderaron del cadáver y lo enterraron en el Campo de Marte, por más que Domicio se opusiese alegando, entre otras cosas, que sin mediar algún decreto, era contrario a los preceptos de la religión enterrarla en sagrado.

65 También aquellos días celebró Gayo Pomptino su triunfo sobre los galos. Pues hasta el momento había permanecido, dado que nadie le concedía dicha celebración, fuera del
2 pomerio. Incluso entonces habría quedado frustrado a no ser porque Servio Galba, pretor y compañero suyo de armas, permitió que algunos votasen subrepticiamente y de madrugada (cosa no autorizada por las leyes, que prohibían tratar cualquier asunto en la asamblea del pueblo antes de la primera hora). A causa de ello, algunos tribunos que habían sido excluidos de la sesión aguardaron a que tuviese lugar el desfile para promover incidentes en su contra, de suerte que hasta hubo derramamientos de sangre.

LIBRO XL

El libro cuadragésimo de la *Historia romana* de Dión contiene lo siguiente:

1. Cómo César cruzó por segunda vez a Britania (1-3).
2. Cómo César tras regresar de Britania entró de nuevo en guerra con los galos (4-11).
3. Cómo Craso comenzó la guerra contra los partos (12-13).
4. Sobre los partos (14-15).
5. Cómo Craso fue vencido y muerto por los partos (16-30).
6. Cómo César sometió toda la Galia transalpina (31-43).
7. Cómo Milón dió muerte a Clodio y fue por ello juzgado (48-57).
8. Cómo César y Pompeyo comenzaron a distanciarse (58-66).

Tiempo abarcado, el resto del consulado de Domicio y Apio Claudio, así como otros cuatro años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

[701/53] Gn. Domicio Calvino, hijo de Marco; M. Valerio ⟨*** Mesala.

[702/52] Gn. Pompeyo⟩ Magno, hijo de Gneo (por tercera vez), Q. Cecilio Metelo Escipión, hijo de Nasica.

[703/51] Servio Sulpicio Rufo, hijo de Quinto; M. Claudio Marcelo, hijo de Marco.

[704/50] L. Emilio Paulo, hijo de Marco; ⟨G. Claudio Marcelo, hijo de Gayo⟩.

1 Tales cosas acaecieron en Roma, que entonces recorría
su año setecientos. Y en la Galia, durante aquel mismo con-
sulado de Lucio Domicio y Apio Claudio, César aprestó,
junto a los demás dispositivos, barcos intermedios entre sus
propias embarcaciones, que eran navíos ligeros, y los car-
gueros del país; pretendía que conjugasen al máximo ligereza
y resistencia a las olas, y que no sufriesen daño al ser colo-
2 cadas de pie sobre seco. Y llegada la época de la navega-
ción, de nuevo cruzó a Britania. Aducía como pretexto que
no habían enviado —al imaginar que por haberse retirado
entonces con las manos vacías ya no volvería a atacarlos—
todos los rehenes que le prometieron, pero la realidad era
que codiciaba terriblemente la isla, de suerte que si no ésta,
de todas maneras habría encontrado alguna otra excusa.
3 Arribó, por consiguiente, al mismo paraje que la vez ante-
rior, e inmediatamente se adueñó del muelle, sin que nadie,
ante el número de sus barcos y la simultaneidad con que to-
dos ellos ocuparon numerosos puntos, osara hacerle frente.
2 No pudieron los bárbaros, por las razones expuestas, impe-
dir su desembarco, sino que, presas de un miedo mayor que
el de antes, ya que traía un ejército también mayor, trans-
portaron cuanto de más valor tenían a lo más tupido y espe-
2 so de las áreas cercanas, lo pusieron allí a resguardo (para lo
cual cortaron los troncos de alrededor y acumularon sobre
ellos otros troncos en hilera hasta formar una especie de
empalizada) y a continuación se dedicaron a desencadenar
agresiones contra los romanos que se adentraban para forra-
jear. Y aunque fueron derrotados en campo abierto, en la
persecución los arrastraron al punto descrito, donde dieron
3 muerte a un buen número. Seguidamente, después de que el
mal tiempo hubiese dañado nuevamente los barcos roma-

nos, solicitaron ayuda de sus aliados y, colocándose bajo el
mando de Casuelano, que pasaba por ser el primero de los
dinastas de la isla, marcharon contra el reparadero mismo de
la flota romana. Les salieron éstos al encuentro, y si el cho- 4
que con los carros bárbaros los llenó al principio de confu-
sión, posteriormente, gracias a que distendieron las filas y
los dejaron pasar entre ellas al tiempo que les disparaban
dardos sobre el costado mientras atravesaban, consiguieron
igualar la batalla. De momento ambos mantuvieron posi- 3
ciones. Pero después los bárbaros, aunque se impusieron a
la infantería, vieron sus fuerzas mermadas ante la caballería,
con lo cual se retiraron en dirección al Támesis, donde
acamparon tras guarnecer su vado con estacas que clavaron
unas a la vista, otras bajo las aguas. Los obligó César me- 2
diante vigorosa acometida a abandonar la protección de las
estacas, y a continuación forzó tras asedio el desalojo de la
empalizada; en cuanto a los que hostigaban el embarcadero
romano, otros los rechazaron. Atemorizados por todo lo
cual, pusieron fin a la guerra, accediendo a la entrega de re-
henes y al pago de un tributo anual.

De esta manera pudo César abandonar por completo la 4
isla, donde no dejó guarnición ninguna. Sopesaba, en efec-
to, los peligros que correría dicha guarnición, obligada a in-
vernar en tierra extraña, y la inoportunidad de que él mismo
prolongase su ausencia de la Galia, en consideración a lo
cual dio por buena la situación existente, que incluso podía
convertirse en precaria si intentaba ir más allá. Y el curso de 2
los acontecimientos pareció poner de relieve lo acertado de
su actuación. Pues tan pronto como partió para Italia con
idea de pasar allí el invierno, los galos, aun bajo vigilancia
pormenorizada de guarniciones, comenzaron a dar signos de
inquietud, y algunos de ellos incluso se alzaron abiertamen-
te. Si esto hubiera sucedido durante el invierno mientras él

permanecía en Britania, habría sumido por completo en el desorden todo el territorio galo.

5 Fue esta guerra comenzada por los eburones[126], cuyo caudillo era Ambiórix. Aducían haber sido incitados por el enojo que les infundía la presencia de los romanos, al mando de los cuales estaban los legados Sabino y Lucio Cota. Pero la verdad es que los movió el desprecio a estos últimos, pues pensaron que no serían bastante para hacerles frente, y en cuanto a César, no creyeron que fuese a atacar-
2 los de inmediato. Acometieron, por tanto, cuando menos esperaban los romanos, en la suposición de que tomarían sin más su campamento; y como fallaron el intento, decidieron recurrir a estratagemas. De acuerdo con ello, Ambiórix tendió emboscadas en los parajes idóneos y a continuación se presentó, previo envío de un heraldo, ante los romanos;
3 hacía como si estuviese en guerra contra su voluntad y aseveraba que él personalmente había mudado de propósito, pero les exhortaba a cuidarse de los demás. Pues lejos de prestarle obediencia, se disponían, llegada la noche, a caer sobre ellos. A raíz de lo cual les aconsejó, asimismo, dejar Eburonia, ya que si permanecían allí se verían amenazados, para trasladarse cuanto antes junto a otras huestes romanas
6 que invernaban en lugares próximos. Sus razones convencieron a los romanos, dado, sobre todo, que había recibido grandes beneficios de César y daba la impresión de responder así a sus favores. Apresuraron los preparativos, emprendieron la marcha tan pronto cayó la tarde y fueron a dar en los puntos de la emboscada, donde sufrieron importantes
2 daños. Cota y muchos otros perecieron, en efecto, de inmediato y en cuanto a Sabino, Ambiórix lo hizo venir como si

[126] Los eburones, vecinos de los treveros, vivían en el territorio situado entre los ríos Rin y Maas.

tuviese intención de salvarlo (pues ocurría que no había participado en el encuentro y que aún entonces parecía guardarle lealtad), pero he aquí que cuando lo tuvo en sus manos lo despojó tanto de las armas como de los vestidos y le dio muerte a golpes de jabalina, dirigiéndole, entre otras recriminaciones, la de «si sois como sois, ¿a qué queréis mandar
sobre hombres de nuestra magnitud?» Tal fue la suerte que 3
aquellos sufrieron. Los demás escaparon a la empalizada que habían abandonado, pero ya que incluso allí los atacaron los bárbaros y ante la imposibilidad tanto de defenderse como de huir, se dieron muerte unos a otros.

A consecuencia de lo ocurrido se alzaron, además de al- 7
gunos otros que habitaban lugares próximos, los nervios, a pesar de que junto a ellos pasaba el invierno Quinto Cicerón, hermano de Marco Cicerón y subcomandante de César. Ambiórix incrementó sus tropas con aquellos y atacó a Ci-
cerón. Tras reñida pugna, en la que hizo algunos prisione- 2
ros, intentó engañar también a Cicerón, pero como no pudo lo sometió a cerco; la abundancia de tropa, la experiencia adquirida en las campañas que había realizado con los romanos y al mismo tiempo cierta información extraída a la fuerza de los prisioneros, le permitieron trazar con rapidez
una empalizada y un foso. Había así, según era de esperar 3
en tal situación, frecuentes combates, y perecían muchos más bárbaros, ya que también eran muchos más. No obstante, ni siquiera llegaban, dado lo numeroso de sus contingentes, a percatarse de sus propias pérdidas, mientras que los romanos, no muchos de entrada y cada vez más menguados,
fácilmente se veían sobrepasados. Corrían, pues, peligro de 8
caer en manos del enemigo (porque ni podían curar las heridas por falta de medios, ni disponían de comida suficiente, ya que el asedio había sobrevenido inesperadamente; y tampoco acudía nadie a ayudarlos, a pesar de que muchos in-

vernaban cerca, pues los bárbaros, que ejercían una rigurosa
vigilancia sobre los caminos, capturaban a cuantos emisa-
rios despachaban y les daban muerte ante sus propios ojos),
2 cuando un nervio que en aquel momento compartía el ase-
dio con Cicerón (se trataba de alguien bien dispuesto hacia
los romanos a causa de los beneficios recibidos), le propor-
cionó un esclavo de su propiedad que atravesó la vigilancia
y le sirvió de mensajero. Efectivamente, su atuendo y su
lengua, que era la del país, le permitieron mezclarse con los
enemigos como uno más y volver a continuación sin que
9 nada advirtiesen. Cuando César, por tanto, conoció lo que
sucedía (aún no había llegado a Italia, sino que se encontra-
ba en camino), dió la vuelta y, al tiempo que tomaba consi-
go la guarniciones de los cuarteles de invierno por los que
pasaba, apresuró la marcha. Y al mismo tiempo, por temor a
que Cicerón, desechada cualquier esperanza de ayuda, se
adelantara e incurriese en percances de consecuencias gra-
2 ves e incluso capitulase, envió por delante a un jinete. Pues
en el sirviente del nervio, pese a haber tenido prueba tangi-
ble de su buena disposición, no confiaba, receloso de que se
compadeciese de sus compatriotas y ocasionase algún daño
importante. Recurrió, por tanto, a un jinete aliado que habla-
ba la lengua de los enemigos y al que envió ataviado a la
3 usanza de aquellos. Y para que ni siquiera éste hablase vo-
luntariamente o sin quererlo, no le dio mensaje verbal algu-
no, sino que hizo llegar a Cicerón en lengua griega cuanto
deseaba, a fin de que, en caso de que las cartas fuesen inter-
ceptadas, inclusó así resultasen incomprensibles a los bárba-
ros y no les informasen de nada. Por lo demás, cuando hacía
llegar a alguien un comunicado secreto, tenía la costumbre
de emplear en lugar de la letra que correspondiese la si-
guiente a aquella en cuarta posición, con objeto de que la
misiva fuese ininteligible para la mayoría de la gente. Así

pues, el jinete llegó al campamento romano, pero como no
pudo acercarse, ató las cartas a un dardo, lo lanzó contra los
enemigos y lo clavó a posta en una torre. De esta manera 4
supo Cicerón la llegada de César, gracias a lo cual cobró
ánimos y se aplicó con mayor brío a la resistencia. En cuan- 10
to a los bárbaros, durante mucho tiempo desconocieron que
aquel venía a prestar auxilio (pues marchaba de noche y
después, durante el día, acampaba en lugares ocultos, a fin
de acometerlos cuando se hallasen totalmente despreveni-
dos), pero transcurrido algún tiempo, el contento que había
invadido a los sitiados les hizo concebir sospechas al res-
pecto, de manera que enviaron exploradores; y como supie-
ron por ellos que César ya estaba cerca, se lanzaron sobre él
en la idea, a su vez, de que lo pillarían de improviso. Lo su- 2
po aquel de antemano y permaneció quieto durante el día.
Al amanecer ocupó un punto escarpado y, como si estuviese
bajo el mayor de los apremios, estableció allí el campamen-
to. Pretendía suscitar la impresión de que, acompañado por
escasos contingentes, acusaba la fatiga de la marcha y temía
que ellos lo atacasen, ya que de esta forma los atraería a las
alturas. Y así ocurrió, pues su conducta despertó el desdén 3
de los bárbaros, que al alba desencadenaron un ataque cues-
ta arriba y sufrieron un gran revés, hasta el punto de que no
volvieron ya a presentar batalla.

De esta manera, pues, fueron subyugados por aquellas 11
fechas tanto aquellos como todos los demás, pero no guar-
daban buena voluntad hacia Roma. Concretamente los tré-
veros, dado que César se dedicaba a llamar e infligir castigo
a los principales de cada pueblo, temieron que también ellos
hubiesen de rendir cuentas, con lo que, persuadidos por In- 2
duciomaro, nuevamente le declarararon la guerra a Roma; y
logrando que algunos otros, bajo el peso de idénticos temo-
res, también se alzaran, marcharon contra Tito Labieno, a la

sazón en el país de los remos, pero los romanos les salieron inesperadamente al encuentro y acabaron con ellos.

Tales fueron los sucesos acaecidos en la Galia, donde César además se dispuso a invernar, convecido que podría
12 mantener a sus habitantes bajo riguroso control. Y Craso, deseoso de llevar a cabo también él algo que le reportara renombre y ganancias, como veía que nada semejante se daba en Siria (pues los sirios mismos estaban en paz y quienes antes habían combatido contra Roma se hallaban en una situación de total impotencia), condujo una expedición militar contra los partos, aunque ni portaba reclamación alguna contra ellos ni había sido decretado que emprendiese la guerra. Sabía de oídas, en efecto, que eran muy ricos y confiaba en que Orodes —el cual acababa de subir al trono—, sería fá-
2 cil de capturar. Cruzó, por tanto, el Eufrates y penetró profundamente en Mesopotamia, a la que llevaba devastación y saqueo. Pues su paso había constituido algo inesperado para los bárbaros, que no habían establecido ningún sistema específicamente dedicado a vigilarlo; así, pronto fue derrotado en los alrededores de Icnia —una fortaleza conocida por tal nombre[127]— el sátrapa de aquella región, Silaces, quien, tras librar combate con unos pocos jinetes, se retiró herido
13 para dar él mismo noticia al rey de la invasión. Y pronto se apoderó Craso de las guarniciones y ciudades, especialmente de las ciudades griegas y entre éstas de la llamada Niceforio[128]. Porque muchos colonos macedonios y de las otras etnias griegas que habían servido en las filas macedonias llevaban a mal la violencia ⟨de los bárbaros⟩ y tenían grandes esperanzas puestas en los romanos, afines a los griegos;

---

[127] La fortaleza de Icnia o Icnas se hallaba al nordeste de la Siria actual, cerca de la frontera turca.

[128] Niceforio, fundada por Alejandro o por Seleuco I, se llamó posteriormente Calínico. Es la actual Ar Raqqah, al norte de Siria.

consecuentemente, se pasaron al lado romano sin renuencia.
Hubo sólo la excepción de los habitantes de Zenodotio[129], 2
que enviaron a buscar a algunos de ellos y, una vez que es-
tuvieron dentro, los capturaron y dieron muerte, razón por la
cual se les deportó, sin que por aquel entonces llevase a ca-
bo Craso ningún otro acto de fuerza ni tampoco lo sufriese.
Si hubiera sacado pleno partido de su propio empuje y de la 3
estupefacción de los bárbaros, habría incluso sometido por
completo el conjunto de los territorios situados a este lado
del Tigris, a los que, de decidirse a invernar en el territorio,
habría mantenido además bajo rigurosa vigilancia. Lejos de 4
lo cual, se hizo con cuantas localidades había podido captu-
rar al paso y no se preocupó ni de las demás ni aún de éstas,
sino que, cansado de estar en Mesopotamia y apeteciendo
las dulzuras de Siria, dio a los partos ocasión de castigar a
los contingentes dejados en la zona.

Ello marcó para los romanos el inicio de la guerra contra 14
los partos. Los cuales habitan al otro lado del Tigris, princi-
palmente en guarniciones y plazas, pero tambien en ciuda-
des, entre ellas Ctesifonte[130], donde poseen un palacio real.
Su linaje existía ya en tiempos de los bárbaros de la anti-
güedad, e incluso ostentaban su nombre bajo la monarquía 2
persa. Pero entonces vivían en una área pequeña y no po-
seían dominios más allá de sus limites. Una vez, sin embar-
go, que desapareció el imperio persa, floreció Macedonia,
los sucesores de Alejandro se enzarzaron en conflictos in-
testinos y cada uno delimitó una parte y construyó su propia
monarquía, entonces por primera vez alcanzaron preminen- 3
cia los partos, gracias a un cierto Ársaces de quien los pos-
teriores soberanos del país tomaron el nombre de Arsáci-

---

[129] Ciudad situada en las proximidades de Niceforio.

[130] En el actual Irak, al sur de Bagdad.

das[131]; y prosperaron tanto como para adueñarse de los terri-
torios vecinos, ocupar mediante satrapías toda Mesopotamia
y conseguir, por último, tamaño renombre y entidad que ya
en aquellos tiempos hicieron la guerra a Roma y hasta el mo-
4 momento actual han continuado siendo rivales de ella. Pues
en general son guerreros poderosos, aunque su mayor tim-
bre —en realidad no han arrebatado territorio alguno a Ro-
ma e incluso ocasionalmente han perdido del suyo— es el
de no haber sido jamás sometidos, sino que incluso ahora
resisten hasta el final las guerras contra nosotros cada vez
que se ven arrastrados a ellas. Su linaje, su tierra y las par-
ticularidades de su forma de vida han sido expuestos mu-
chas veces y no albergo yo intención de tratarlas. Pero el
armamento y las prácticas militares que emplean (cuestiones
cuya indagación concierne a nuestro libro, que alcanza el
2 momento de verlas en funcionamiento) son como sigue. No
utilizan para nada el escudo, y sus ejércitos están formados
por arqueros a caballo y lanceros, comunmente acorazados.
La infantería es escasa y en ella militan los más débiles, pe-
ro también son arqueros todos sus componentes. Desde ni-
ños, en efecto, se ejercitan en ello y ambas especialidades[132]
3 vienen favorecidas por el clima y la tierra. Pues ésta, llana
en su mayor parte, resulta excelente para la cría de caballos
y sumamente adecuada para la equitación. Incluso conducen
manadas enteras al campo de batalla, lo que les permite em-
plear en cada caso monturas distintas y tanto desencadenar
un súbito ataque desde lejos como retroceder bruscamente a
4 gran distancia. Además el clima del país, cuya terminante
aridez excluye cualquier rastro de humedad, los estimula a
practicar el arco excepto en la época plenamente invernal,

[131] El fundador de la dinastía parta fue Ársaces I (238-215).
[132] Se refiere a la equitación y la práctica del arco.

razón por la cual jamás hacen la guerra durante dicha esta-
ción. Pero el resto del año resultan muy difíciles de comba-
tir tanto en su territorio como en otro de características simi-
lares. Pues están habituados a resistir los durísimos ardores 5
de su sol y para hacer frente a lo escaso y a trasmano de las
ocasiones de beber han ideado abundantes remedios, hasta
el punto de que gracias a ambas cosas rechazan sin mayores
dificultades a quienes invaden su tierra. Fuera, efectivamen-
te, de la zona que se extiende más alla de Eufrates, se han
impuesto ocasionalmente en algunas batallas y cargas súbi-
tas, pero no están capacitados para librar guerra alguna sin 6
pausa y de manera sostenida, ya que, de un lado, las cir-
cunstancias climáticas y de terreno a las que se ven trasla-
dados son totalmente diferentes de las suyas y, por otro, no
disponen de los preparativos tocantes a avituallamiento y
soldada.

Tales son las peculiaridades de los partos. Y después de 16
que Craso invadiera Mesopotamia como se ha dicho, Oro-
des envió embajadores a Siria para entrevistarse con él, re-
criminarle por la invasión y preguntar las causas de la gue-
rra; asimismo envió a Surena[133] con un ejército a las zonas
que habían sido capturadas o habían cambiado de bando.
Pues él planeaba marchar contra Armenia, regida en tiem- 2
pos por Tigranes, a fin de que Artabaces, hijo de Tigranes y
a la sazón rey del país, temiese por sus propias posesiones y
no mandase ayuda alguna a los romanos. Pues bien, Craso

[133] *Suren* era el nombre de una familia parta a quien competía hereditariamente el segundo puesto, tras el rey, en la jefatura del ejército. Comúnmente, los autores grecolatinos entienden el nombre como un título militar, pero la ausencia de artículo en este pasaje parece indicar que para Dion «Surena» es un nombre personal.

dijo que en Seleucia[134] (se trata de una ciudad de Mesopo-
tamia, mayoritariamente griega incluso en la actualidad) le
explicaría las causas de la guerra. Y uno de los partos, gol-
peando su mano derecha con los dedos de la otra, le respon-
dió: «antes de que tu entres en Seleucia crecerán aquí pe-
17 los». Cuando ⟨entró⟩ el invierno en el que fueron cónsules
Gneo Calvino y Valerio Mesala, también en Roma se dieron
muchos prodigios, pues aparecieron búhos y lobos, los pe-
rros merodeaban entre aullidos, algunas estatuas rompieron
2 a sudar, otras fueron fulminadas, y a causa de las rivalida-
des, pero sobre todo en razón de augurios y advertencias di-
vinas, las magistraturas se cubrieron con dificultad y en
ocasiones sólo en el séptimo mes; dichos prodigios, sin em-
bargo, no ofrecían indicio alguno sobre el resultado final
(pues ocurría que la ciudad estaba llena de turbulencia, que
los galos se habían alzado de nuevo y que, aunque no lo sa-
3 bían ***[135] habían roto hostilidades con los partos. Ahora
bien, los que le acontecieron a Craso cuando cruzaba el Eu-
frates por el Puente (tal nombre recibe desde la expedición
de Alejandro el punto aquel, porque allí tuvo lugar el tránsi-
18 to) sí eran evidentes y de fácil interpretación. Pues la llama-
da «águila» (se trata de un templete sobre el que está posada
un águila de oro; figura en todas las legiones de leva y bajo
ningún motivo, a no ser que el ejército entero se ponga en
2 marcha, sale de los campamentos de invierno; la lleva un
sólo hombre sobre un hasta de base lo suficientemente afi-
lada como para clavarse en el suelo) —una de estas águilas,
por tanto, no consintió entonces en atravesar el Eufrates
junto a Craso, sino que se hincó en la tierra como si hubiera

---

[134] Se refiere a Seleucia del Tigris, junto a la actual ciudad iraní de Tell Umar. En la orilla occidental del Tigris, Seleucia estaba frente a Ctesifonte, al otro lado del río. La fundó en el año 300 Seleuco I.

[135] El texto presenta aquí una laguna de difícil restitución.

echado raíces, hasta que muchos juntaron fuerzas alrededor
y la sacaron. Si bien obligada aquella lo siguió, pero una de 3
las grandes insignias, de las que se asemejan a una vela que
porta letras en púrpura para indicar la legión y el comandan-
te al cargo, cayó desde el puente al río boca abajo. Esa caída 4
fue obra del viento, que soplaba con violencia; entonces
Craso ordenó recortar las restantes insignias del mismo ta-
maño, a fin de reducirlas y poder así trasportarlas con más
seguridad, pero con ello acrecentó los prodigios. Pues en el
momento mismo de cruzar el río envolvió a los soldados tal
niebla que caían unos sobre otros y no divisaban un sólo
punto de la tierra enemiga hasta poner pie en ella. También 5
los sacrificios por la travesía y el desembarco fueron suma-
mente desfavorables. Y en esto sobrevino un gran vendaval,
estallaron relámpagos y el puente se soltó antes de que pasa-
ran todos ellos. La índole de lo que ocurría hacía ver a cual-
quiera, incluso el más necio y obtuso, que les iría mal y no
alcanzarían a volver, y en el ejército cundieron miedo y una
gran desesperanza. Craso entonces los reconfortó con las si- 19
guientes palabras: «No temáis, soldados, si el puente se ha
destruido, ni creáis que ello vaticina alguna calamidad. Pues 2
os digo bajo juramento que he decidido efectuar el regreso a
través de Armenia». Y con ello los habría animado si, al
añadir algunas consideraciones más, no hubiese exclamado
a grandes voces: «Animaos: pues ninguno de nosotros des-
hará este camino». Al oír tales palabras los soldados juzga- 3
ron hallarse ante un augurio que no cedía a ninguno de los
de otros y cayeron en la mayor desazón, de suerte que ya no
prestaron atención alguna a nada —menoscabo del bárbaro,
loas a la patria romana, reparto de dinero, promesas de dis-
tinciones— de lo que Craso aducía para exhortarlos. Pero 4
incluso así le siguieron y nadie le replicó ni se le opuso,
quizás por obediencia a la ley, pero también porque ya esta-

ban atemorizados y no tenían capacidad para decidir ni em-
prender nada que les fuese a salvar. En todo caso, y como si
alguna fuerza sobrenatural los hubiese condenado, cuanto
planearon o pusieron en práctica a partir de ese momento
constituyó un fracaso. Sin embargo, quien más daños les
20 causó fue Ábgaro de Orroena[136]. Pues a pesar de haber sus-
crito un acuerdo con los romanos en tiempos de Pompeyo
eligió la causa del bárbaro. Y lo mismo hizo el árabe Alcau-
2 donio, que siempre se pasaba al bando del más fuerte. Pero
éste hizo defección abiertamente y por ello no era difícil
guardarse de él, mientras que Ábgaro, aunque afecto a los
partos, fingía sin embargo una disposición amistosa hacia
Craso, le hacía gastar generosas sumas, conocía todas sus
decisiones y se las notificaba al otro y, además, si algo era
beneficioso para los romanos, lo disaudía, si era inadecaudo,
3 lo apremiaba. Incluso llegó, para terminar, a lo siguiente:
Craso pensaba en marchar a Seleucia, pues si tomaba el Eu-
frates como línea de referencia podría desplazarse libre de
peligros, junto con el ejército y la impedimenta, a lo largo
de su curso hasta alcanzar dicha ciudad, con la ayuda de cu-
yos habitantes (esperaba, en efecto, ganárselos, ya que eran
griegos) atravesaría con escasa dificultades en dirección a
4 Ctesifonte; pero Ábgaro, con la excusa de que tal plan le
llevaría mucho tiempo, lo indujo a olvidarse de él y, en
cambio, lo persuadió para que atacara a Surena, diciéndole
21 que estaba cerca y con pocos efectivos. A continuación to-
mó disposiciones tendentes a que el uno fuese destruido y el
otro se impusiese (porque, bajo el pretexto de vigilar sus
movimientos, mantenía continuos contactos con Surena) e

136 «Orroena» u «Osroena», término relacionado con el nombre personal iránico Osroes, designa a una comarca situada en la alta Mesopotamia.

hizo que los romanos avanzasen confiadamente, como hacia
una victoria al alcance de la mano, para, a continuación,
unirse a las filas enemigas en medio mismo de la batalla.
Las cosas se desarrollaron como sigue: salieron los par- 2
tos al encuentro de los romanos, pero escondieron la mayor
parte de su ejército (pues el terreno desplegaba algunas de-
sigualdes y tenía árboles). Y cuando los divisó Craso (no el
Craso del que hablamos, sino el más joven, que había veni-
do a reunirse con su padre desde la Galia), pensó que esta- 3
ban solos y, teniéndolos por poca cosa, se lanzó al ataque
con la caballería; como los partos iniciaron a posta la huida,
él emprendió la persecución y, llevado por la esperanza de
vencerlos, se alejó considerablemente de la columna, a raíz
de lo cual fue rodeado y masacrado. Ante lo sucedido, los 22
infantes romanos, lejos de retirarse, trabaron combate, y ar-
dorosamente, con los partos, en la idea de vengar a Craso.
Nada digno de su nombre, sin embargo, llevaron a cabo,
tanto por razones de número como por la táctica de combate
de los partos, a lo que se añadían las maquinaciones de Áb-
garo. Porque si decidían juntar escudos a fin de escapar con 2
lo cerrado de la formación a las flechas enemigas, los lance-
ros caían impetuosamente sobre ellos y en unos casos los
abatían, en otros lograban al menos desperdigarlos por com-
pleto; y si se abrían para evitar precisamente esto, eran
blanco de las flechas. Consecuentemente, muchos morían 3
bajo el espanto producido por el avance mismo de los lance-
ros, muchos también perecían atrapados por la caballería, a
otros los derribaban las lanzas o los arrastraban después de
traspasarlos. Y las flechas, que caían sobre ellos en abun- 4
dancia, desde todas partes y a un mismo tiempo, con fre-
cuencia infligían heridas mortales, en numerosos casos in-
habilitaban para seguir combatiendo y siempre producían
desasosiego. Pues como volaban hacia los ojos y se cernían

sobre las manos y el resto todo del cuerpo, a través incluso de la armadura, hacían inútiles sus intentos por resguardarse y los forzaban a aguardar sin defensa la incesante lluvia de
5 flechas; así, en el momento en que uno se ponía cubierto de un proyectil o se sacaba el que tenía clavado, recibía, una tras otra, muchas más heridas. De lo cual resultaba que si era inviable moverse, también lo era permanecer quieto, ya que ninguna de las dos cosas los libraba de peligros y ambas les traían destrucción, en un caso porque no podían llevarlo a cabo, en el otro porque quedaban más expuestos a los dis-
23 paros. Esa situación la sufrieron mientras combatían únicamente a quienes eran enemigos declarados, pues Ábgaro no la emprendió con ellos de momento. Pero cuando también éste se lanzó al ataque, entonces, dado que los romanos estaban de cara al otro lado, los orroenos se emplearon en dirigirles golpes desde atrás, por donde se hallaban descubiertos, y con ello le facilitaban a los demás la tarea de masacrarlos. Efectivamente, en el momento de volver filas para hacer
2 frente a los orroenos dieron la espalda a los partos, después giraron otra vez hacia los partos, seguidamente volvieron a girar hacia los primeros y después hacia los segundos. Tanto cambio contribuyó a aumentar la confusión, ya que andaban de acá para allá y tenían que desatender la incesante lluvia de flechas; como consecuencia, venían a caer sobre sus propias espadas y muchos incluso perecían a manos de sus
3 compañeros. Finalmente, se vieron encerrados en tan gran angostura —forzados a cubrir sus lados expuestos mediante el acercamiento de los escudos, pues los enemigos ejercían desde cada ángulo una presión continua y simultánea— que
4 ya ni moverse podían. Ni siquiera alcanzaban, por la muchedumbre de cadáveres, a mantener sus posiciones con firmeza, sino que se revolvían entre los cuerpos. El calor y la sed (pues todo ello ocurría en pleno verano y a mediodía),

así como el polvo (dado que, a fin de levantar el máximo
que pudieran, los bárbaros se dedicaban todos a cabalgar a
su alrededor), pesaban de forma agobiante sobre los super-
vivientes, y bajo tales circunstancias muchos caían incluso
sin haber sido alcanzados. Habrían sido totalmente masacra- 24
dos a no ser porque las lanzas de los bárbaros se torcieron o
se quebraron, porque el continuo disparar rompió las cuer-
das de los arcos, las flechas se agotaron, las espadas se vie-
ron completamente melladas y, sobre todo, porque los hom-
bres mismos se cansaron de matar. Ante todo ello (ocurría 2
además que se había hecho de noche y que tenían que ca-
balgar hasta lejos) se retiraron. En efecto, jamás acampan
cerca, por muy débil que sea el enemigo, pues ni practican
género alguno de atrincheramiento ni pueden, en caso de su-
frir un ataque a oscuras, recurrir a la caballería o buscar de-
fensa en sus arcos. No llegaron, en esta ocasión, a capturar a 3
ningún romano con vida, ya que, al verlos de pie y en armas
y como lo que percibían era que nadie las tiraba al suelo ni
sus portadores huían, pensaron que se encontraban todavía
con fuerzas y tuvieron miedo de ponerles la mano encima.

Así Craso y cuantos otros pudieron se apresuraron a to- 25
mar el camino de Carras, cuya seguridad les estaba garanti-
zada por los romanos que habían dejado en su interior. Pero
muchos de los que habían sido heridos no eran capaces de
andar ni disponían de vehículo o de quien los transportase
(pues los supervivientes se daban por satisfechos con llevar-
se a sí mismos) y quedaron en el campo. De éstos unos pe- 2
recieron a causa de las heridas o porque se dieron muerte
con propia mano y otros fueron hechos prisioneros al día si-
guiente. Y de los que habían escapado muchos sucumbieron
exhaustos en el camino, muchos otros poco después, al no
poder alcanzar el auxilio que necesitaban de inmediato. Por- 3
que Craso, presa del desánimo y estimando que ni siquiera

en la ciudad podría ya permanecer seguro, quiso huir ense-
guida. Dado que le era imposible pasar desapercibido si se
marchaba de día, determinó escapar por la noche; la luna sin
embargo —pues había luna llena— lo traicionó y la manio-
4 bra quedó al descubierto. Aguardaron entonces la llegada de
las noches sin luna, momento en el que partieron bajo tales
circunstancias que —como era de esperar en la oscuridad,
sobre tierra enemiga además de extraña y albergando fuertes
temores— se vieron dispersos; y por obra de ello parte de
los hombres o bien fue capturada al hacerse de día y pereció
o bien consiguió, bajo el mando del cuestor Casio Longino,
5 ponerse a salvo en Siria. Otros, guiados por el mismo Craso,
alcanzaron las montañas y se dispusieron a cruzarlas para
26 huir a Armenia. Lo supo Surena, pero aunque temía que tras
cambiar de terreno volviesen a invadirles, no quiso atacar en
las alturas, impracticables para la caballería (pues se trataba
de hoplitas, que al combatir desde una posición favorable y
llevados por la exasperación a un cierto grado de atrevi-
miento, serían difíciles de combatir), sino que les hizo llegar
emisarios con ofertas de paz a cambio de que abandonasen
2 todo el territorio al este del Eufrates. Craso confió en Surena
sin abrigar duda alguna. Sus aprensiones, en efecto, habían
alcanzado la más alta cota, su propio infortunio, además del
común, lo sumía en confusa ansiedad y junto a ello veía que
los soldados vacilaban ante la magnitud y dificultad de la
ruta y temían a Orodes, todo lo cual le impidió adoptar las
3 debidas precauciones. Hallándose, por tanto, dispuesto a
negociar la paz, Surena no quiso formalizarla a través de in-
termediarios, sino declaró, con objeto de caer sobre él y
hacerlo prisionero cuando se encontrase acompañado de es-
4 casas fuerzas, que quería tratar con el mismo Craso. A raíz
de ello convinieron entrevistarse en el intervalo entre sus
ejércitos y acompañados cada uno de igual número de hom-

bres; bajó Craso a la llanura y Surena, a título de indicación para que viniese cuanto antes a su encuentro, le envió como obsequio un caballo. Aun así dejaba Craso pasar el tiempo, 27
inmerso en deliberaciones sobre qué hacer, cuando los bárbaros se apoderaron de él y lo montaron a la fuerza en el caballo. Como los romanos, a su vez, rescataron a Craso, los partos trabaron combate con ellos, y si durante algún tiempo sólo pudieron igualarlos, después recibieron ayuda y se impusieron. Pues los bárbaros, que estaban en la llanura y ya 2
preparados, se adelantaron a los romanos, situados arriba, en llevar ayuda a los suyos. Todos murieron, y entre ellos Craso, degollado bien por un miembro de su propio ejército con objeto de que no cayera prisionero, o bien por el enemigo, ya que había sido gravemente herido. Tal fin tuvo; y en 3
su boca, o al menos eso dicen algunos, derramaron los partos oro fundido a título de mofa. Efectivamente, pese a que era muy rico se había preocupado tanto por el dinero que compadecía y tenía por pobres a aquellos que no podían alimentar a una legión regular con su hacienda personal. Y en cuanto los soldados, la mayor parte escapó por las montañas a tierra amiga, pero algunos fueron capturados por el enemigo.

Respecto a los partos, de momento no avanzaron más 28
allá del Eufrates, sino que recuperaron todo el territorio situado a aquel lado del río; más adelante invadieron también Siria, aunque, en la idea de que la provincia carecía de general y de tropas, no lo hicieron en gran número. Y como los invasores no fueron muchos, los rechazó fácilmente Casio. Pues en Carras éste había sido proclamado comandante 2
supremo, título que le dieron los soldados mismos por aversión a Craso y al que además había asentido el mismo Craso movido por la magnitud del desastre; y si al principio no aceptó Casio tal proclamación, en el momento de la inva-

sión no tuvo más remedio que ponerse al frente de Siria, y
3 lo mismo en el periodo subsiguiente. Porque los bárbaros no
renunciaron al territorio sirio, sino volvieron a atacar con
mayor número de hombres y, dirigidos nominalmente por
Pacoro, el hijo de Orodes, pero en realidad por Osaces (pues
Pacoro estaba aun en la infancia), llegaron hasta Antioquía
4 y sometieron todas las tierras por las que pasaron. Incluso
albergaron esperanzas de hacerse con el resto del territorio,
dado que los romanos no comparecían con fuerzas suficien-
tes para hacerles frente y que las poblaciones soportaban
con disgusto la dominación romana al tiempo que se sentían
inclinados hacia ellos por considerarlos gente vecina y afín.
29 Una vez que fracasaron ante Antioquía (pues Casio les opu-
so una enérgica resistencia y no estaban capacitados para
emprender asedio alguno) se dirigieron a Antigonia[137]. Y
como los alrededores de la ciudad eran boscosos y no tuvie-
ron no ya ánimos, sino ni siquiera capacidad para adentrarse
2 en ellos, pensaron en cortar los árboles y dejar desnudo todo
el terreno, a fin de lanzarse sobre la ciudad resueltamente y
sin riesgos; pero no pudieron (ya que el trabajo requerido
era mucho y el tiempo pasaba con Casio entregado a casti-
gar cualquier grupo que se dispersara), de manera que le-
vantaron la marcha con intención de dirigirse a cualquier
3 otro lugar. A todo esto Casio apostó una emboscada en el
camino por donde habían de pasar, momento en el que apa-
reció ante ellos con escasos contingentes e indujo a los par-
tos a perseguirlos; seguidamente dio la vuelta y mató entre
otros a Osaces. Y una vez que éste desapareció, Pacoro aban-
donó toda Siria y jamás volvió a invadirla.

[137] Se refiere a la Antigonia de Siria, a orillas del río Orontes (el actual Nah el Assi).

Tan pronto como se había retirado Pacoro, llegó Bíbulo 30
para hacerse cargo del gobierno de Siria, a pesar de que
había sido decretado que de momento, y por un periodo de
cinco años ni pretor ni cónsul alguno marchara a los domi-
nios del exterior, medida destinada a impedir las confronta-
ciones suscitadas por los intentos de hacerse con el mando
de tales misiones. Bíbulo ejerció pacíficamente el mando so-
bre el territorio sometido, y en cuanto a los partos, hizo que
se enfrentaran entre sí. Se atrajo, en efecto, a Ornodapates, 2
un sátrapa enemigo de Orodes, y lo convenció por medio de
embajadores para que pusiera en el trono a Pacoro y mar-
chara con éste contra Orodes.

Por tanto, esta guerra, la que se libró entre partos y ro- 3
manos, finalizó cuatro años después de comenzada, bajo el
consulado de Marco Marcelo y Sulpicio Rufo. En estas mis- 31
mas fechas César volvió a recuperar por las armas el control
sobre la Galia, sumida en desórdenes; muchas de las opera-
ciones corrieron a su cargo, otras al de sus comandantes. De
ellas relataré sólo las más dignas de mención. Ambiórix, 2
tras hacerse con los tréveros, que aun entonces llevaban a
disgusto la muerte de Induciomaro, e incrementar así las di-
mensiones de lo que allí se preparaba, mandó a buscar tro-
pas mercenarias de territorio celta. Quiso Labieno entablar 3
combate con ellos antes de que llegaran los celtas, con lo
que invadió el país de los tréveros. Y como éstos, por espe-
rar la ayuda, no se defendían, sino que guardaban reposo al
amparo de cierto río que pusieron por medio, Labieno con-
vocó a los soldados y les arengó en términos tales que ha-
bían de suscitar alarma entre los suyos y esperanza en los
contrarios, afirmando que, antes de que a los enemigos les 4
llegase el refuerzo de los celtas, tenían que retirarse y po-
nerse a seguro junto a César; y al punto dio señal de hacer
los preparativos. No mucho después inició la marcha, en la

5 idea de que sucedería lo que de hecho ocurrió. Cuando, efec-
tivamente, oyeron los bárbaros aquellas cosas (pues practi-
caban con cuidado tal tipo de actividades, y precisamente
por este motivo Labieno las había pronunciado a descubier-
to) se convencieron de que realmente Labieno los temía y
de que su huida era genuina, de manera que se afanaron en
cruzar el río y marcharon llenos de ardor contra los roma-
6 nos, tan velozmente como cada uno podía. Cuando Labieno
les hizo frente estaban, por tanto, dispersos, gracias a lo cual
sembró fácilmente el pánico entre los primeros y a través de
éstos obligó a los demás a dar la vuelta. A raíz de ello se en-
tregaron desordenadamente a la fuga, chocando entre sí mien-
tras Labieno los empujaba hacia el río y les infligía abun-
dantes bajas.

32 Aunque, incluso así, muchos escaparon, César no prestó
atención ninguna a los demás, sino que se afanó en una pe-
nosa búsqueda y persecución de Ambiórix, quien en su hui-
da cambiaba continuamente de dirección y causaba abun-
dantes daños. A Ambiórix no halló manera de capturarlo,
pero invadió, por haber pretendido socorrer a los tréveros, el
2 país de los celtas. En aquel momento nada llevó a cabo, an-
tes bien se retiró rápidamente por temor a los suebos; sin
embargo dejó constancia de haber vuelto a cruzar el Rin,
destruyó sólo la parte del puente que daba a los bárbaros y
construyó en el mismo un fuerte, como si la idea de atrave-
3 sarlo no le abandonase. Seguidamente, encolerizado por el
hecho de que Ambiórix burlase su persecución, entregó la
patria de éste a quienes quisieran saquearla, a pesar de que
se trataba de un territorio ajeno a cualquier intento de rebe-
lión; y con objeto de convocar al mayor número de saquea-
dores posible, les comunicó tal decisión mediante pública
proclama, a raíz de lo cual fueron muchos los galos y mu-
4 chos los sigambros que vinieron a rapiñar. A los sigambros,

sin embargo, no les bastó con devastar aquellas tierras, sino que atacaron a los romanos mismos. A tal efecto acecharon el momento en que habían salido para aprovisionarse de trigo, momento en que cayeron sobre el campamento; y cuando los romanos se dieron cuenta y acudieron para repeler la acometida, los sigambros dieron muerte a gran número de ellos. Y como temían la reacción de César a lo acontecido, 5
se apresuraron los sigambros a regresar a casa; por su parte César no infligió castigo alguno a ninguno de ellos, embarazado tanto por la estación invernal como por las revueltas que sobrevenían en Roma, sino que envió a los soldados a los campamentos de invierno; él, por su parte, con la excusa de la Galia Cisalpina, pero en realidad para vigilar de cerca lo que ocurría en Roma, regresó a Italia.

Entre tanto, los galos volvieron a sublevarse. Pues bajo 33
el mando de Vercingetórix, los arvernos[138] hicieron defección y mataron a cuantos romanos hallaron en ciudades y campos; a continuación marcharon contra los territorios aliados a Roma, y a todos los que secundaban su rebelión los trataban con miramientos, pero a los demás los castigaban. Al conocer la noticia César regresó; dio con ellos cuando 2
habían caído sobre el país de los bitúriges[139] y si no defendió a los bitúrigues (ya que todavía no tenía consigo a todos sus soldados), replicó con un ataque al territorio de los arvernos y consiguió que el enemigo regresara a casa, antes de lo cual —dado que sus fuerzas no estaban aun equilibradas con las de aquellos— se retiró. Los arvernos entonces 34
volvieron a marchar contra los bitúrigues y tomaron una ciudad de éstos, Avarico, que retuvieron bastante tiempo.

---

[138] Habitaban la actual Auvernia.

[139] En época de César los bitúriges se hallaban divididos en dos linajes, uno de los cuales (los *Cubi)* tenía por ciudad principal Avarico (la actual Bourges) y el otro (los *Vivisci)* Burdigala (Burdeos).

había apoderado de una parte al objeto de amurallarla y hacerse con una posición que facilitase el acceso al resto,
5 sin embargo no había culminado sus planes; había perdido, además, numerosos soldados, veía que los bárbaros resultaban inexpugnables y, entre tanto, los eduos se habían levantado, con el agravante añadido de que, al ausentarse él para ocuparse de esto último, los contingentes que dejó pasaron por una situación penosa. A la vista de todo lo cual levantó el asedio.

37 Los eduos se habían atenido inicialmente a los acuerdos, procediendo al envío de tropas auxiliares, pero después, engañados entre otros por Litavico, entraron en guerra incluso a pesar suyo. Litavico, en efecto, al ver que sus esfuerzos por atraerlos a la guerra resultaban inútiles, consiguió que le encargaran la tarea de conducir ante César determinadas tropas que debían servir bajo éste en calidad de aliados; partió, pues, como si se dispusiese a cumplir lo encomendado,
2 pero enviando por delante a un grupo de jinetes, ordenó a algunos de ellos que regresasen para anunciar la captura y muerte de sus acompañantes y de cuantos compatriotas estaban con los romanos a manos de los propios romanos; y en una arenga espoleó la cólera de la tropa con propósitos
3 conformes a las noticias de los emisarios. De esta manera se alzaron los eduos mismos y consiguieron que los demás secundaran el alzamiento. A la sazón (pues César, tan pronto tuvo noticia, les envió a los eduos supuestamente muertos que estaban a su servicio, de suerte que todos tuviesen constancia manifiesta de que se hallaban vivos, y él marchó en pos de ellos con la caballería) cambiaron de parecer y se re-
38 conciliaron. Pero cuando los romanos, por la ausencia de César, fracasaron en Gergovia y consiguientemente se retiraron totalmente de su zona, los responsables del alzamiento, siempre ansiosos de cambios, temieron que, libres de

ocupaciones, llevasen a cabo ***[143] y se rebelaron. Cuando 2
los eduos que servían con lo romanos los supieron, pidieron a César, con promesas de que lo arreglarían todo, que les permitiera volver a casa. Libres, pues, de partir, llegaron a Novioduno[144], donde los romanos habían depositado sus bienes, su grano y abundantes rehenes; con la ayuda de los naturales mataron a la guarnición romana, que no esperaba
nada semejante, y así quedaron dueños de cuanto había. La 3
ciudad, que estaba muy bien situada, la incendiaron, a fin de que los romanos no la usasen como base para la guerra, y además consiguieron que el resto de las poblaciones eduas se les uniesen. Ante tal situación, César determinó marchar inmediatamente contra los eduos, pero como el río Loira se lo impedía, dió la vuelta para dirigirse al país de los lingo-
nes[145]. Aunque tampoco allí tuvo éxito, Labieno se apoderó 4
de la isla existente en el río Sena, a cuyo efecto, tras derrotar a los que defendían la orilla de río, realizó la travesía por muchos puntos —tanto a favor de la corriente como en contra— y al mismo tiempo, ya que así evitaba los obstáculos que se opondrían a una sola vía de acceso.

Antes de que esto sucediese, Vercingetórix, ensoberbe- 39
cido por los fracasos de César, había llevado la guerra a los alóbroges. César entonces se había puesto en camino con intención de llevarles ayuda, pero cuando se encontraba en el territorio de los secuanos, Vercingetórix había interceptado
su marcha trazando un cerco alrededor. No llegó, sin em- 2
bargo, a causar daño alguno; al contrario, su actuación des-

[143] Nueva laguna de difícil restitución.

[144] La Novioduno aquí citada (había varias ciudades con este mismo nombre) es la de los eduos, que posteriormente se llamó *Noviodunum Nevirnum,* la actual Nevers: cf. César, *Guerra de las Galias,* VII 55.

[145] Los lingones habitaban el teritorio correspondiente a la actual comarca de Langres. Su ciudad principal era Andematunnum, hoy Langres.

embocó en que los romanos, ausente cualquier esperanza de
salvación, sacasen a relucir su valía, mientras que él mismo,
inferior en número y audacia, salió derrotado, derrota propi-
ciada en cierta medida por los celtas que combatían en cali-
3 dad de aliados romanos: de empuje, efectivamente, inagota-
ble, su corpulencia redobló los efectos de la osadía, y gra-
cias a ello rompieron el cerco. Una vez que alcanzó tan feliz
resultado, César no cejó, sino que arrinconó a los que esca-
40 paron en Alesia[146], donde les puso cerco. Entre tanto, Ver-
cingetórix, antes de quedar totalmente encerrado dentro de
las murallas, había dejado ir primero a los jinetes, en razón
del forraje (que faltaba) para los caballos y con objeto de
que marchasen a sus países y le trajeran avituallamiento y
2 ayuda. Pero como éstos tardaban y comenzó a faltarles el
trigo, expulsó a las mujeres, los niños y, de los demás, a los
que resultaban menos útiles, en la vana esperanza de que fue-
sen considerados botín por los romanos, con lo cual también
se salvarían, o de que, al menos, sus alimentos quedasen para
el resto, que contaría con más tiempo y posibilidades de sobre-
3 vivir. Por lo que respecta a César, en primer lugar tampoco
sus provisiones eran tan abundantes como para alimentar a
más gente; calculó, además, que haría más apremiante la es-
casez de alimento entre los enemigos si regresaban los ex-
pulsados, de suerte que, totalmente confiado en que serían
readmitidos, los despidió a todos. Los cuales, entre la ciu-
dad y el campamento, perecieron de la manera más misera-
4 ble, sin que nadie los acogiese. En cuanto al auxilio que de-
bían traer los jinetes y los otros emisarios, les llegó a los
bárbaros no mucho después, pero los romanos y sus aliados,
5 en una batalla ecuestre *** [147] intentaron después penetrar

[146] Hoy Alise-Sainte-Reine, en la Côte d'Or.

[147] Laguna de problemática restitución.

de noche en la ciudad por los pasos existentes en la muralla, pero sufrieron un severo revés. Los romanos, efectivamente, habían excavado en los puntos de acceso para la caballería fosas ocultas cuyo interor sembraron de picas; y a continuación habían igualado toda la superficie de las áreas circundantes, de suerte que hombres y caballos, totalmente ajenos 6
a la celada, cayeron en las fosas, con lo que el intento fracasó. La rendición, a pesar de ello, no se produjo sin que tanto los refugiados como los naturales de la ciudad saliesen de nuevo para plantear a los pies mismos de la muralla una batalla en la que fueron derrotados.

Vercingetórix habría podido huir (pues no fue capturado 41
ni estaba herido), pero confió, dada la relación de amistad que antaño había tenido con César, en que obtendría su perdón. Por tanto fue a buscarle sin hacerse anunciar, e inesperadamente, cuando César se hallaba sentado en la tribuna, hizo aparición, lo que no dejó de producir turbación en algunos circunstantes, porque además ocurría que era de altura considerable y que, cubierto por las armas, su aspecto producía un efecto extraordinario. Una vez que los ánimos 2
se calmaron, no pronunció palabra alguna, sino que cayó de rodillas y juntando ambas manos se puso a suplicar. Ello infundió a los demás piedad, pues el recuerdo de su fortuna anterior contrastaba con lo lastimoso de la situación que tenían ante los ojos. César, sin embargo, le echó en cara justamente aquello en lo que había cifrado Vercingetórix sus mayores esperanzas de salvación (puso de relieve, efecti- 3
vamente, la contradicción entre su amistad y su antagonismo bélico, y de esta manera presentó bajo una luz más cruda las ofensas recibidas); en consonancia con lo cual, lejos de apiadarse, de momento ordenó que fuese encadenado sin dilación y más adelante, tras enviarlo para que figurara en su cortejo triunfal, le dio muerte. Pero el episodio de Ver- 42

cingetórix acaeció después, mientras que tras la mencionada rendición, César llegó a un acuerdo con algunas de las demás poblaciones bárbaras y a otras las venció por las armas y esclavizó. Pues los belgas que habitaban en la vecindad nombraron caudillo a un tal Comio Atrebate[148] y resistieron durante largo tiempo; libraron dos batallas de caballería con resultado incierto, y en una tercera de infantería consiguieron inicialmente quedar igualados, pero después fueron puestos en fuga por la caballería, que cayó inesperadamente
2 sobre su retaguardia. A causa de lo cual los restantes abandonaron de noche el campamento y al pasar por determinado bosque lo incendiaron y dejaron sólo los carros, con objeto de que éstos y el fuego retrasasen al enemigo y ellos
3 pudiesen retirarse anticipadamente a lugar seguro. Sus esperanzas, sin embargo, no llegaron a cumplirse, pues los romanos salieron en su persecución tan pronto como se percataron de que huían y al dar con el fuego lo extinguieron en unos puntos, en otros cortaron los árboles y algunos de ellos incluso atravesaron las llamas a la carrera, con lo que cayeron inopinadamente sobre el enemigo y le infligieron abun-
43 dantes muertes. A consecuencia de lo sucedido algunas de las demás poblaciones llegaron a acuerdos, y en cuanto a Atrebate, aunque escapó no por ello dejó de causar problemas, sino que intentó en determinado momento tender una
2 emboscada a Labieno. Derrotado en el encuentro, se le convenció para que entablara conversaciones con este último, pero antes de que conviniesen nada escapó cuando, por la desconfianza que suscitaba la limpieza de sus propuestas de

[148] Los atrebates eran un pueblo de la *Gallia Belgica,* habitantes de un territorio cercano al Paso de Calais y cuya ciudad principal era Nemetacum, la actual Arras. Comio era su caudillo. Dión toma aquí el etnonímico «atrebate» por nobre personal que adjunta al de Comio; cf., *infra,* 43, 1.

paz, recibió el disparo de un romano. Constituyó de nuevo un difícil adversario hasta que, consciente de lo desesperado de su situación, consiguió para sus acompañantes entera inmunidad en todo lo a ellos concerniente y para sí mismo, al decir de algunos, el no comparecer jamás ante un romano. Aquellos, por tanto, abandonaron las armas bajo estas con- 3
diciones, después de lo cual los restantes quedaron sometidos ya por propio acuerdo, ya tras derrota militar; y mediante guarniciones, castigos, exacciones de dinero y recaudaciones tributarias César hizo a unos menos arrogantes, a otros más civilizados.

Ese final alcanzaron, bajo el consulado de Lucio Paulo y 44
Gayo Marcelo, los mencionados sucesos. En cuanto César, por lo que tocaba tanto a los galos como al periodo de vigencia de su cargo, debía abandonar la Galia y regresar a Roma. Dicho periodo, efectivamente, había pasado, la guerra estaba terminada y ningún motivo lo autorizaba a seguir con el ejército en vez de volver a la vida privada. A la vista, 2
sin embargo, de la confusión reinante en Roma, la muerte de Craso, la vuelta al poder de Pompeyo —quien, nombrado cónsul por tercera vez, había logrado la renovación por otros cinco años del gobierno de Hispania—, con el añadido de que su trato con él ya no ⟨discurría⟩ en términos de afinidad, sobre todo después de la muerte de su hija[149], que 3
era lo único que mantenía su amistad: a la vista de todo ello, temió verse, si despedía a sus soldados, a merced de Pompeyo y demás adversarios, por lo cual no los licenció.

Porque ciertamente aquellos años habían sido de abun- 45
dantes turbulencias en Roma, surgidas ante todo con motivo de las elecciones, de suerte que a duras penas fueron desig-

[149] Se refiere a la hija de Pompeyo y nieta de César: cf. XXXVIII 9, 1 y XXXIX 64.

2 nados cónsules Calvino y Mesala en el séptimo mes. Y ni
siquiera entonces hubieran sido elegidos si el senado no
hubiese metido en la cárcel —aunque se trataba de un nieto
de Sila por parte de madre y tribuno de la plebe— a Quinto
Pompeyo Rufo, resolución que fue decretada también para
el resto de los que pretendieron cometer algún desmán, do-
tándose a Pompeyo de los medios para proceder contra
3 ellos. A veces impidieron las elecciones las aves augurales,
esquivas a los interregnos. Pero principalmente fueron los
tribunos, cuya gestión de la política romana llegó a incluir
que con motivo de los juegos se arrogasen a sí mismos la
sustitución de los pretores, quienes estorbaron la elección de
las otras magistraturas. Precisamente por tal razón fue en-
4 carcelado Rufo. Y más adelante éste encarceló al edil Favo-
nio por un motivo trivial —en realidad para que participase
de la reprobación— y todos los tribunos adujeron diversos
obstáculos, que culminaron en la propuesta de que en vez
de cónsules se procediese a nombrar tribunos militares, ya
que así, a semejanza de lo que ocurría antes, el número de
5 cargos designados sería mayor. Y como ninguno de ellos
logró hacer valer sus palabras, se dedicaron a decir que Pom-
peyo debía ser proclamado dictador. Con tal pretexto consi-
guieron introducir una larga demora. Pompeyo, efectiva-
mente, estaba fuera y si nadie había en la ciudad proclive a
que la propuesta fuese votada (pues la crueldad de Sila ha-
bía hecho que todos aborrecieran la institución) tampoco se
atrevía nadie, por temor a Pompeyo, a intentar su supresión.
46 Finalmente, pasado cierto tiempo volvió Pompeyo, pero aun
teniendo la dictadura en sus manos no la aceptó, sino que
llevó a efecto el nombramiento de los cónsules. No obstan-
te, aquellos tampoco lograron, en medio de las turbulencias
producidas por los asesinatos, instalar en el cargo a sus su-
cesores, y ello pese a que, para reunir al senado, se despoja-

ran de la ropa sentorial y vistieran la ecuestre, como si atravesasen por una situación luctuosa. Promulgaron una reso- 2
lución que prohibía a los magistrados pretoriales o consulares la asunción de expediciones bélicas en el extranjero durante los cinco años posteriores a su salida del cargo, resolución con la que pretendían refrenar de alguna manera —ya que no se podría de momento acceder a ninguna situación de poder— la lucha por las magistraturas. Pues a este 3
respecto ni había moderación ni nada se hacía de provecho, sino que las recíprocas agresiones procedían frecuentemente a base de dispendios, pero con mucha más frecuencia de luchas, hasta el punto de que una vez el cónsul Calvino resultó herido. Y ni cónsul, ni pretor, ni prefecto urbano alguno sucedió a los existentes, sino que la primera parte del año los romanos estuvieron, a este respecto, privados de gobierno. Tampoco de ello resultó beneficio alguno, ni de que el mer- 47
cado celebrado cada nueve días cayese en el mismo día uno de enero. El hecho contribuyó a llenar de confusión a los 2
romanos, ya que lo tuvieron por fruto no de la casualidad, sino de un prodigio; además un búho fue visto y capturado en la ciudad, una efigie sudó por espacio de tres días, una luz corrió de sur a norte y a lo largo del cielo volaron abundantes relámpagos, abundantes pellas, piedras, cantales y sangre. Y en mi opinión, el decreto aquel relativo a Serapis 3
e Isis emitido el año anterior, a finales, constituyó asimismo un portento de entidad en nada inferior. En efecto, el Senado decretó la demolición de los templos que les habían construidos algunos particulares. Pues nunca otorgaron mucho 4
reconocimiento a estos dioses, y cuando llegaron a imponerse de tal forma que su culto fue objeto de ceremonias públicas, el templo que les erigieron estaba fuera del pomerio.

Siendo esta la situación que viviá entonces la ciudad, sin 48
que nadie hubiese al frente de los asuntos públicos, los ase-

sinatos se producían prácticamente a diario y las elecciones, pese al interés que despertaban las magistraturas y a que para conseguirlas se recurriese al soborno y a la muerte, no al-
2 canzaban a realizarse. Pues bien, Milón, que aspiraba al consulado, tropezó con Clodio en la vía Apia y si al principio se contentó simplemente con inferirle alguna herida, después temió que el suceso lo dejase expuesto a la venganza y lo degolló; esperaba en efecto, y por eso se apresuró a conceder la libertad a todos los siervos que habían llevado a cabo el asesinato, que saldría mejor parado, una vez liquidado Clodio, del delito de muerte que del de heridas si aquel
3 sobrevivía. Y cuando por la tarde se supo la noticia en la ciudad, estallaron terribles turbulencias. Las facciones hicieron de ello un motivo de guerra civil y destrucción, y los moderados, aunque odiaban a Clodio, se irritaron sin embargo por razones de humanidad, pretendiendo con esta ex-
49 cusa verse libres también de Milón. Y Rufo y Tito Munacio Planco exacerbaron en tal estado de ánimo para caldear más la situación. Como tribunos del pueblo trasladaron de mañana el cadáver al Foro, lo situaron sobre el estrado, lo mostraron a todos y pronunciaron las palabras de duelo que reclamaba
2 la ocasión, de suerte que la multitud, conmocionada por lo que veía y lo que escuchaba, relegó cualquier consideración piadosa, trastocó el sentido de todas las ceremonias funerarias y a punto estuvo de prender fuego a la ciudad entera. Efectivamente, tomaron el cuerpo de Clodio y lo trasladaron a la curia, lo aderezaron de la manera adecuada y a continuación hicieron una pira con los asientos e incendiaron tan-
3 to el cadáver como la curia. Actuaron así no a dictados de un impulso de los que súbitamente se apoderan de la muchedumbre, sino deliberadamente, hasta el punto de que a la hora nona celebraron el banquete fúnebre en el mismo foro, mientras la curia todavía humeaba, e intentaron incluso

quemar la casa de Milón. El concurso de muchos preservó a 4
ésta del fuego, y en cuanto a Milón, al principio, atenazado
por el temor a los efectos de su homicidio, se mantenía
oculto bajo la custodia no sólo de simples particulares, sino
también de miembros del orden ecuestre y algunos senado-
res. Pero ante lo sucedido, confió en que el sacrilegio de sus
adversarios suscitaría la cólera del senado (de hecho, a prin- 5
cipios de la tarde se habían reunido en el Palatino para deli-
berar sobre los acontecimientos, decretando la designación
de un magistrado de interregno que con la ayuda de los tri-
bunos e incluso de Pompeyo se encargaría de proteger la
ciudad, de manera que no se produjese ningún daño en ella),
y así salió a la vista de todos y mantuvo, en los mismos tér-
minos que antes o incluso con mayor decisión, sus aspira-
ciones al consulado.

A raíz de todo ello volvieron a producirse abundantes **50**
luchas y asesinatos, de suerte que el senado ejecutó los men-
cionados decretos, mandó llamar a Pompeyo, le encargó la
leva de nuevos reclutamientos y mudó de vestidos. Y al po- 2
co de llegar Pompeyo, reunido bajo custodia armada fuera
del recinto urbano, junto a la parte de éste que ocupa el tea-
tro, decidió que los huesos de Clodio fueran trasladados y
encomendó la reconstrucción de la curia a Fausto, el hijo de
Sila; se trataba, en efecto, de la curia Hostilia, que había si- 3
do reformada por Sila, circunstancia que pesó en la decisión
adoptada, así como en la de ordenar que el edificio recons-
truido llevara el nombre de este último. Mientras, en la ciu-
dad, llena de excitación ante la incertidumbre de quiénes iban
a gobernarla, proclamaban unos la necesidad de elegir dic-
tador a Pompeyo, otros la de dar el consulado a César (pues 4
tan resueltos estaban a honrar a éste por sus gestas que in-
cluso llegaron a votar la celebración de sacrificios gratulato-
rios durante sesenta días). Pero los senadores en general y

especialmente Bíbulo, cuya opinión había de ser la que se
recabaría en primer lugar, recelaban del uno y el otro, de
manera que se adelantaron a la iniciativa del pueblo y otor-
garon el consulado a Pompeyo, que así ya no sería dictador,
y a él solo, con lo cual César no sería su colega en el cargo.
5 Constituyó ésta una medida nueva y no aplicada en ningún
otro supuesto con cuya puesta en práctica parecieron acer-
tar. Pues como Pompeyo se inclinaba al pueblo menos que
César, esperaban de él que rompiese por completo con este
último y se uniese a su propia causa. Y así ocurrió. Pompe-
yo, efectivamente, exaltado por la insólita novedad de su
nominación, no tomó decisión alguna que fuese del agrado
de la mayoría, ya que todo cuanto hizo se acopló estricta-
mente a los deseos del senado.

51 No quiso, sin embargo, ejercer el poder en solitario, sino
que, dueño de la gloria ínsita en haber merecido tal honor,
se apartó de la envidia a que daba lugar el mismo. Temía
tambien que, al quedar libre el puesto, se le diera como co-
lega a César, que contaría con el apoyo de sus tropas y el
2 empeño del pueblo. A César, por tanto, con objeto de que
no pensara que se había ovidado totalmente de él y a raíz de
ello concibiese un motivo de justa cólera, le consiguió por
medio de los tribunos licencia para que, cuando lo permitie-
sen las leyes, se presentase al consulado aun en ausencia, y
él por su parte eligió a Quinto Escipión, su suegro, a la sa-
3 zón imputado en un juicio por soborno. Era éste hijo de Na-
sica, pero por razones de herencia había entrado mediante
adopción en la familia de Metelo Pío, y tenía, en razón de
ello, el sobrenombre de este último; le había dado su hija a
Pompeyo y de él recibió a cambio el consulado y la immu-
52 nidad judicial. Ocurría que los procesados por tal acusación
eran bastantes numerosos y, sobre todo, que gracias a las
leyes de Pompeyo los tribunales actuaban de forma más cui-

dadosa. Éste había escogido a todos los hombres entre los que debían nominarse por sorteo los jueces y limitado el número de los abogados que intervendrían por cada una de las dos partes, de suerte que su muchedumbre no cohibiese ni fuese motivo de turbación para los jueces. Ordenó tam- 2
bién que el tiempo para la acusación fuese de dos horas, para la defensa de tres. Pero lo que ocasionaba mayores daños era la práctica de que los encausados presentaran gente que intervenía en alabanza suya (pues eran muy abundantes los inculpados que escapaban a la justicia bajo el efecto de las alabanzas vertidas por hombres dignos de crédito), y eso también lo corrigió al decretar la prohibición absoluta de que nadie recurriese a tales prácticas. Estas disposiciones y 3
algunas otras fueron establecidas para todos los tribunales por igual, y en cuanto a los sobornos para la consecución de las magistraturas, determinó que en tales casos la acusación corriese a cargo precisamente de quienes con anterioridad habían sido condenados bajo un cargo parecido, fijando para dichos acusadores una recompensa no insignificante: pues si alguno conseguía la condena bien de dos reos por culpas iguales o menores que la suya, bien de un reo por culpa mayor, quedaba libre.

Entre los muchos que a raíz de ello fueron condenados 53
se encontraba Plautio Hipseo, rival de Milón y Escipión en las elecciones al consulado. Y si los tres habían practicado el soborno, sólo sobre el primero recayó la justicia. Pues 2
contra Escipión se formularon al menos dos acusaciones, pero gracias a Pompeyo no fue a juicio. Y Milón no compareció por este delito (ya que estaba incurso en un proceso mayor, el de asesinato), mientras que por el otro se le encausó y declaró culpable sin que pudiese recurrir a violencia alguna. Pompeyo, en efecto, puso el resto de la ciudad bajo guardia y entró en el tribunal escoltado por tropas armadas;

3 y como ello suscitara algunas muestras de protesta, ordenó a los soldados que, con las espadas torcidas o puestas de plano, golpearan a sus autores y los expulsaran del foro. Pero dado que no cedían, sino que, cual si de un juego se tratara, al recibir los golpes comenzaban a lanzar improperios, algunos fueron heridos y muertos.

54 A raíz de tales medidas transcurría sosegadamente la actividad de los tribunales, y fueron muchos los condenados por delitos de índole diversa, entre ellos Milón, que expió el asesinato de Clodio junto a más procesados. Contaba cier-
2 tamente con el apoyo de Cicerón, pero la presencia de soldados en el tribunal, contraria a los usos establecidos, llenó de ansiedad y miedo a dicho orador, de suerte que, sin decir nada de cuanto tenía preparado, se dio por satisfecho con salir de allí tras pronunciar una breves palabras desmayadamente y a duras penas. Porque el discurso que se nos ha transmitido como dicho entonces en defensa de Milón lo escribió sin prisas en un momento posterior, cuando había re-
3 cobrado el ánimo. Concretamente se cuenta respecto al suceso lo siguiente: por envío de Cicerón llegó a Milón, que se había exiliado, el discurso; y éste respondió que por suerte para él esas cosas tal como figuraban allí no fueron dichas en el tribunal, pues en ese caso no podría comer en Marsella
4 (allí se había refugiado) semejantes salmonetes. Y se expresó así no porque su situación le complaciese (pues se aventuró a múltiples peligros con vistas a regresar), sino a título de burla hacia Cicerón, quien, sin haber dicho nada de provecho en el momento de su defensa, se afanaba después en componer y enviarle vanos discursos, como si a la sazón pudiesen serle de alguna utilidad.

55 Milón fue, por tanto, condenado, como lo fueron por el incendio de la curia, junto a muchos otros, Rufo y Planco tan pronto como salieron del cargo, y ello aunque Planco

contó incluso con la ayuda de Pompeyo, quien llego a enviar al tribunal un escrito que elogiaba a Planco al tiempo
que intercedía por él. Pues Marco Catón, que iba a ser jura- 2
do, se negó a admitir la intervención del panegirista, contraria a las leyes del propio Pompeyo. Y si Catón no llegó a votar, ya que Planco, seguro de que se pronunciaría en contra suya, lo recusó (la legislación de Pompeyo, efectivamente, permitía a cada una de las dos partes incursas en juicio re-
chazar a cinco de los componentes del jurado), el resto del 3
tribunal, sin embargo, emitió un voto condenatorio. Porque de una parte habían condenado a Rufo y no les parecía correcto que el otro, juzgado por los mismos delitos, quedase libre. Y, sobre todo, veían que Pompeyo tomaba partido a favor de Planco, razón por la cual pusieron su esfuerzo en lo contrario, no queriendo dar la impresión de que frente a
Pompeyo más que jueces eran simples esclavos. Y cierta- 4
mente el papel que entonces, con motivo de la acusación de Planco, desempeñó Cicerón no fue mejor que el que desempeñara en la defensa de Milón. Pues la vista que ofrecía el tribunal era la misma, en ambos casos las recomendaciones y actuaciones de Pompeyo eran opuestas a las suyas y, consecuentemente, volvió a chocar con él y no salió mejor librado que antes.

Pompeyo, al tiempo que adoptaba tales disposiciones, 56
dio también nueva vigencia, pues de alguna manera había decaído, a la ley sobre las elecciones que fijaba como condición imprescindible para quien optase a una magistratura la de comparecer ante la asamblea, de suerte que nadie fuese elegido en ausencia. Sancionó además la medida, adoptada poco antes, por la que los salientes de una magistratura desempeñada en Roma no podían figurar antes de cinco años entre los candidatos al generalato de expediciones mi-
litares en el extranjero. Y no sintió pudor ni al asumir él 2

mismo, poco después de promulgar dicha norma, el generalato para Hispania por otros cinco años, ni al conceder a César (cuyos partidarios se hallaban muy irritados) permiso para optar al consulado en ausencia, un permiso que se había
3 votado. Efectivamente, había añadido a la ley una claúsula que facultaba a proceder de dicha manera sólo a aquellos a los que nominal y abiertamente se les concediese el permiso en cuestión, pero ello venía a ser idéntico a dejar la ley sin efecto. Pues con toda seguridad la gente de cierta influencia conseguiría también para sí el voto dispensatorio.

57 En tales términos discurría la actividad política de Pompeyo, y en cuanto a Escipión, no promulgó ley alguna y las disposiciones sobre los censores tomadas a instancias de Clodio las suspendió. Tal suspensión obedeció aparentemente al afán de favorecerlos, dado que les devolvía la autoridad que ya antes tenían, pero redundó en lo contrario.
2 Porque al haber en el orden ecuestre y en el senatorial abundantes hombres indignos, mientras los censores no tenían posibilidad de expulsar a quien se viese acusado en juicio o condenado, tampoco tenían responsabilidad alguna por
3 aquellos cuyos nombres estaban manchados. Pero al recuperar la antigua potestad que les facultaba a indagar de manera autónoma en la vida de cada uno y a llevar cabo la expulsión, como ni eran capaces de hacer frente a múltiples enfrentamientos ni por otra parte querían ser objeto de crítica por no expulsar a quienes lo mereciesen, el resultado fue que ningún hombre sensato aspiraba ya a la magistratura.

58 Eso se dispuso respecto a los censores. Catón, por su parte, no pretendía en principio ninguna magistratura, pero al ver que César y Pompeyo habían cobrado una dimensión que superaba las previsiones constitucionales, sospechó que o bien se harían ambos con el poder o bien chocarían entre sí, desencadenarían un conflicto civil de las mayores pro-

porciones y el vencedor ascendería al trono. Quiso entonces 2
abatirlos antes de que se convirtieran en antagonistas y, dado que como particular no tendría ninguna fuerza, presentó, en contra de ambos, su candidatura al consulado. La gente de aquellos, sin embargo, sospechó que haría algo por el estilo y el resultado fue que no salió, sino fueron elegidos 3
Marco Marcelo y Sulpicio Rufo, el uno por su conocimiento de las leyes, el otro por el poder de su verbo, y especialmente por el hecho de que ambos, aunque no recurrieron a dinero o actos de violencia, dispensaron entre todos los notables deferencia y solicitud en abundancia, mientras que Catón no se cuidó de ninguno de ellos. No volvió Catón a pretender el cargo, pues decía que en el haber del hombre de bien entra tanto no rehuir la dirección del estado, si hay quienes quieren acudir a sus servicios, como no desearla más allá de lo debido. Y Marcelo consagró de inmediato todos sus es- 59
fuerzos a trabajar contra César (pues era de la facción de Pompeyo), y entre otras muchas cosas hizo una propuesta para que se le enviara ya, aunque era antes de tiempo, un sucesor. Contra él actuaron Sulpicio y algunos tribunos de la plebe, los últimos por afán de agradar a César; el primero se unió a los tribunos y al pueblo porque no le gustaba la idea de que se hiciese cesar un cargo antes de finalizar el mandato y sin mediar falta alguna. Al tener noticia de ello, 2
Pompeyo (había dejado la ciudad haciendo amago de marchar a Hispania al frente de la expedición militar, pero en aquella ocasión ni siquiera llegó a salir de Italia, sino que encomendó todo lo de allí a sus comandantes mientras él vigilaba lo que ocurría en Roma) fingió, en lo tocante a sus- 3
pender el mandato de César, que tampoco a él le complacía, y de otro lado inició maniobras para que, cuando transcurriese el tiempo que le había sido dado (cosa que no iba para largo, sino ocurriría justamente el año próximo) depusiese

4 las armas y regresase a la patria como particular. Y con vistas a ello hizo que Gayo Marcelo, sobrino o hermano de Marco (hay versiones en uno y otro sentido), desempeñase el consulado —ya que, aunque pariente político de César, era enemigo suyo— y Gayo Curión —también enemigo de César desde antiguo— el tribunado de la plebe.

60 César, que de entrada no iba tolerar la vuelta a la vida privada después de ocupar un cargo de tanto poder durante años y que, sobre todo, temía quedar a merced de sus enemigos, empezó a actuar para permanecer en el cargo incluso a pesar de aquellos, procediendo a nuevos reclutamientos, reuniendo medios y armas y tratando de com-
2 placer a todos. Quería, al mismo tiempo, preparar de alguna manera la situación interna, y como deseaba igualmente suscitar la impresión de que su conducta no seguía sólo el cauce de la violencia, sino también el de la persuasión, decidió reconciliarse con Curión. Pues éste pertencía al linaje de los Curión, poseía una inteligencia afilada, era hábil orador, gozaba del mayor predicamento entre el pueblo y no reparaba en dinero para conseguir prácticamente cualquier cosa, ya se tratase de satisfacer su propia ambición,
3 ya de hacer que otro la colmase. Consiguió que se pasara a su lado a base de hacerle concebir muchas esperanzas y porque lo liberó de cuantas deudas tenía, deudas que eran abundantes debido a lo mucho que gastaba. La gravedad, efectivamente, de los empeños a la sazón perseguidos por César, era tal que, además de no escatimar medios (pues a su entender la misma empresa sería fuente de riquezas), tampoco dudaba en prometer a gente diversa exageradas sumas de las cuales no iba a pagar ni una pequeña parte. Y
4 dirigía sus atenciones no sólo a hombres libres, sino también a los esclavos que tenían algún predicamento ante sus dueños. A raíz de lo cual fueron numerosos los miembros

tanto del orden ecuestre como del senatorial que pudo contar entre los suyos.

Curión se pasó, por tanto, al bando de César, aunque no 61
emprendió de inmediato acciones abiertas en tal dirección. Y a la búsqueda de un pretexto verosímil para su cambio, que pretendía presentar como algo dictado por la necesidad en vez de voluntario, pensó que cuanto más se acercase a título de amigo a los enemigos de aquel, más numerosos y de mayor entidad serían los secretos de estos últimos que llegarían a su conocimiento. Todo ello lo llevó a ocultar durante 2
bastante tiempo sus intenciones; al mismo tiempo, atento a no dejar el menor indicio ni de su cambio ni de que había abandonado ya la primera línea de las opiniones y voces siempre opuestas a César, se dedicó a hablar en contra de éste desde el inicio mismo de su tribunado y a formular numerosas y extravagantes propuestas. Algunas eran adversas 3
al senado y, de los senadores, a los más poderosos, gente que en gran medida seguía las directrices de Pompeyo, pero no se trataba de que quisiese o esperase la aceptación de alguna de ellas, sino de que su rechazo hiciese que también fuesen rechazadas las propuestas contrarias a César (que eran muchas y emitidas por muchas voces), lo que le daría una excusa pára cambiar de bando. Con tales miras, pues, y 62
con recurso en cada ocasión a un motivo distinto, consumió abundante tiempo sin que ninguna de sus iniciativas se aprobara, a raíz de lo cual fingía cólera y pedía que se intercalase un mes más con vistas a las medidas legales que ellos propiciaban. Dicha práctica se repetía cuantas veces resultaba oportuno, cosa que ⟨a la sazón⟩ no ocurría[150], según él

[150] El texto griego resulta aquí confuso y ha sido objeto de distintas enmiendas. Entre las funciones de los pontífices contaba la del establecimiento del calendario anual, a cuyo efecto debía sancionar también la interposición de meses intercalares (cf. G. J. Szemler, «Pontifex», *RE,*

2 mismo, en su calidad de pontífice, debía saber. Decía, no obstante, que así tenía que ser y daba grandes voces como para forzar a sus colegas sacerdotales. Finalmente no logró convencerlos de que votaran al unísono con él —cosa que además no quería— y por tal motivo tampoco permitió la
3 presentación de ninguna otra iniciativa, sino que, alegando la imposibilidad de sacar adelante nada contrario a César, dio ya en defender abiertamente la actitud de éste; y al respecto se parapetaba tras todas aquellas medidas cuyo rechazo daba por seguro, especialmente la concerniente a la necesidad de que depusieran las armas todos los que las tenían y de que fueran disueltos los campamentos, so pena de quitárselas a César para ponerlo en manos de la facción opuesta.
4 Sus palabras obedecían no al deseo de que también César acatase dicha exigencia, sino al bien fundado cálculo de que Pompeyo no se plegaría a ella, con lo cual proporcionaba al primero una adecuada excusa para no licenciar a sus soldados.

63 Y Pompeyo, puesto que por otros medios nada conseguía, se internó sin tapujos por el camino de la dureza, de suerte que todas sus palabras y actuaciones se dirigían abiertamente contra César. Sin embargo tampoco alcanzó ningún
2 resultado. Pues tenía enfrente, entre otros muchos, a Lucio Paulo, el colega de Marcelo, y al suegro de éste, el censor Lucio Pisón. Aquel año, efectivamente, fueron censores Apio
3 Claudio y Pisón, que no lo había querido. El último se alineaba con César por razones de parentesco y en cuanto a Claudio, que había elegido la causa de Pompeyo, le era adverso, pero, aun sin quererlo, rindió al mismo César un ser-

Supl. XV [1978], cols. 362-364). Quizás Dion quiere decir que la intercalación de un mes se hacía por razones de calendario, y que tal motivación no existía en la propuesta de Curión.

vicio de no poca monta. Efectivamente, expulsó, contra-
riando el parecer de su colega, a numerosos miembros del
orden ecuestre y senatorial, y por tal motivo hizo que todos 4
ellos adoptaran actitudes favorables a César. Porque si Pisón
—reacio en general a crearse problemas y llevado por la
amistad con su yerno a derramar su solicitud sobre muchas
voluntades— no emprendió personalmente ninguna acción
similar a la de Claudio, tampoco actuó en contra cuando
aquél eliminó del senado a cuantos procedían de libertos y
también a numerosos miembros de muy nobles linajes, entre 5
otros el historiador Salustio Crispo. Sin embargo a Curión, a
punto también de ser borrado, consiguió librarlo con la ayu- 64
da de Paulo, que era pariente suyo. Así Claudio no logró
expulsarlo, pero hizo pública en el senado la opinión que le
merecía Curión, a consecuencia de lo cual éste, indignado,
desgarró las ropas del primero. Marcelo entonces lo arrestó
y —en la idea de que el senado procedería con severidad
contra Curión y, por intermedio de Curión, contra César— 2
propuso medidas que lo sancionasen. Inicialmente Curión
se opuso a la presentación de cualquier medida de este tipo.
Pero al saber que de la mayoría de senadores a la sazón pre-
sentes unos sintonizaban en realidad con César y otros al-
bergaban un gran temor hacia el mismo, consintió que le 3
juzgasen, limitándose a replicar: «Mi conciencia me dice
que he actuado de la manera más noble y ventajosa para la
patria, pero os entrego mi cuerpo y mi alma para que hagáis
con ellos lo que queráis». Marcelo, por tanto, lo acusó, se- 4
guro de un veredicto totamente condenatorio; cuando des-
pués fue absuelto por la mayoría, lo consideró un asunto
muy grave, corrió desde la curia al lugar donde se encontra-
ba Pompeyo, en los accesos a la urbe, y, por cuenta propia,
sin que mediase votación ninguna, entregó a éste la guardia
de la ciudad y dos cuerpos de milicias ciudadanas. Las men-

cionadas tropas habían sido reunidas y estaban a la sazón presentes debido a las causas y de acuerdo con los propósi-
65 tos siguientes. Primero Pompeyo, mientras aún se encontraba en términos de amistad con César y éste se hallaba en campaña, le había entregado un cuerpo de tropas de leva (pues por entonces él no estaba envuelto en guerra alguna y
2 César tenía necesidad de soldados); cuando más adelante se distanciaron, quiso quitarle dicho cuerpo e incluso arrebatarle un segundo, a cuyo efecto aducía la falta de soldados que apremiaba a Bíbulo, en campaña contra los partos. Con objeto además de que no se procediese a ningún nuevo reclutamiento (pues decía que se trataba de una cuestión urgente y que ellos disponían de tropas en abundancia) hizo que se votase de manera que ambos, él mismo y César,
3 hubieran de remitirle un envío. Y para cumplir lo decretado, en vez de despachar ninguna fuerza bajo su mando, instó a los encargados de llevar a cabo la resolución a reclamar aquel cuerpo que había entregado a César. Así, fueron en teoría
4 ambos, pero en verdad sólo César el que remitió los dos. Éste, aun a sabiendas de lo que ocurría, obedeció porque no quería aparecer como reo de insubordinación, pero sobre todo porque con esta excusa pensaba hacerse con muchos más soldados.

66 Las unidades en cuestión fueron entonces aparejadas como para marchar contra los partos, mas como nada las reclamaba (dado que no había necesidad de ellas), Marcelo temió que fueran devueltas a César y dijo primero que debían permanecer en Italia para a continuación, conforme a
2 lo que dijimos, ponerlas en manos de Pompeyo. Y pues todo ello, ocurrido a finales del año, no iba a tener vigencia durante mucho tiempo, ya que no había sido decretado ni por el senado ni por el pueblo, ganó para Pompeyo a quienes serían cónsules el próximo año, Cornelio Léntulo y Gayo

Claudio, e hizo que también ellos suscribieran esas mismas 3
disposiciones. Porque como todavía entonces existía la posibilidad de que los designados para las magistraturas emitiesen proclamas y adoptasen algunas otras de las medidas correspondientes a su cargo incluso antes de tomar posesión del mismo, estimaban que estaban autorizados a proceder de la forma mencionada. En cuanto a Pompeyo, pese a su rigor en todo lo demás, apremiado sin embargo por la necesidad que tenía de tropas, no puso ningún inconveniente en lo referente a la procedencia ni a la fórmula por las que las unidades en cuestión le llegaban, sino que las aceptó y de muy 4
buen grado. Más nada de lo que cabría atribuir a tamaña audacia llegó a ocurrir, sino sólo que los unos dieron muestra de su animadversión hacia César sin conseguir por su parte nada sustancial y éste último se hizo con una buena excusa para no licenciar las tropas que mantenía acampadas. Pues a 5
raíz de las susodichas disposiciones Curión pronunció ante el pueblo una violenta diatriba contra los cónsules y contra Pompeyo; y tan pronto como agotó su mandato marchó junto a César.

LIBRO XLI

El libro cuadragésimo primero de la *Historia romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo César llegó a Italia y Pompeyo la abandonó para dirigirse por mar a Macedonia (1-14).
2. Cómo César subyugó Iberia (18-25).
3. Cómo César se dirigió por mar a Macedonia para enfrentarse a Pompeyo (39, 44-46).
4. Cómo César y Pompeyo combatieron en torno a Dirraquio (47-51).
5. Cómo César venció a Pompeyo en Farsalo (52-63).

Duración: dos años en los que fueron magistrados[151] los que a continuación se relacionan:

[705/49] L. Cornelio Léntulo, hijo de Publio; G. Claudio Marcelo, hijo de Marco.

[706/48] G. Julio César, hijo de Gayo (por segunda vez); P. Servilio Isáurico, hijo de Publio.

---

[151] La palabra utilizada por Dion aquí es *árchon* cuando el término usual en griego para referirse a los cónsules es *hýpatos*.

1 A continuación, [Curión][152] llegó a Roma con una carta de César para el Senado, al empezar el mes, en el mismo momento en que Cornelio Léntulo y Gayo Claudio accedían al consulado; pero no la entregó a los cónsules hasta que llegaron al lugar donde se reúne el Senado porque temía
2 que la hicieran desaparecer si la recibían fuera. Incluso así, la retuvieron por mucho tiempo sin querer leerla, pero, al fin, se vieron obligados a hacerla pública por Quinto Casio Longino y Marco Antonio[153], que eran tribunos de la plebe.
3 Antonio, en efecto, iba a ser bien recompensado y promovido a altos destinos a cambio de haber actuado entonces a favor de César en este asunto.

En la carta estaba escrito, entre otras cosas, todo lo que César había hecho en bien del Estado, así como su defensa
4 de los cargos que se le imputaban. Prometía licenciar el ejército y dejar el mando, siempre que Pompeyo hiciera lo mismo; pues decía que, si éste mantenía las armas, no era justo que a él se le obligara a entregarlas para que no quedase a merced de sus enemigos.

---

152 Aunque no aparece en el texto, el que lleva la carta es Gayo Escribonio Curión, cuestor en el 54 y tribuno en el 50, que se alineó primero con los optimates para pasarse posteriormente, por diferencias con estos y sobornado por César, al bando de este último. Curión lee la carta el 1 de enero del 49. Cf. Cés., *Guerra civil* I 1; Plut. *César* 30, 3; *Antonio* 5, 5; Suet., *César* 29, 2; Ap., *Guerras Civiles* II 32.

153 Ambos cónsules, Gayo Claudio Marcelo y Lucio Cornelio Léntulo Crure, eran enemigos personales de César; Quinto Casio Longino era primo del asesino de César, fue cuestor en Hispania Ulterior en el 52 y tribuno en el 49. César lo nombrará después gobernador de la misma provincia.

Cuando se llevó a cabo la votación sobre esta propuesta, 2
no de forma individual para evitar que los senadores votaran
en contra de su verdadera opinión por vergüenza o por mie-
do, sino mediante el cambio de posición hacia uno u otro
lugar del senado, nadie votó que Pompeyo entregara las ar-
mas (puesto que tenía sus tropas en las afueras), pero todos
excepto un tal Celio, hijo de Marco, y el propio Curión, que
llevaba la carta, votaron que lo hiciera César[154]. No digo 2
nada de los tribunos, porque ni siquiera estimaron necesario
cambiar de posición ya que tenían la potestad de pronun-
ciarse o no, según les pareciera oportuno. Así que decidie-
ron eso, pero Antonio y Longino no permitieron que se rati-
ficara nada de ello ni ese día ni el siguiente.

Indignados por esto los demás, votaron cambiar las ves- 3
tiduras, pero tampoco se ratificó esta medida por el veto de
los mismos; sin embargo la decisión fue inscrita y se llevó a
efecto, porque todos, al punto, salieron del Senado y cam-
biaron su toga para entrar de nuevo y deliberar acerca del
castigo de los tribunos. Viéndolo éstos, al principio se opu- 2
sieron, pero después tuvieron miedo —sobre todo cuando
Léntulo les advirtió que salieran antes de que se produjese
la votación— e hicieron muchas protestas apelando a testi-
gos y después fueron en busca de César con Curión y Celio,
poco preocupados porque habían sido excluidos del orden
senatorial. Eso se decidió entonces y, según la costumbre, 3
encomendaron a los cónsules y a los demás cargos la pro-
tección de la ciudad; después los senadores salieron fuera
del pomerio[155] al encuentro del propio Pompeyo y recono-

---

154 Para la versión de César, cf. Cés., *op. cit.* I 1-6. Cf. también L. Canfora, *Julio César, un dictador democrático,* págs. 161 ss., Madrid, Ariel 2000.

155 La palabra *pomerio* viene del latín *post murum,* es decir «tras la muralla». Se trata de una zona consagrada que rodea la muralla de Roma.

4 cieron ante él que había disturbios, le entregaron dinero y tropas y votaron además que César entregara el mando a sus sucesores y que licenciara sus tropas en un plazo determinado o sería considerado enemigo por ir en contra de la patria.

4 César, cuando se enteró de esto, se dirigió a Arimino saliendo entonces por primera vez de su jurisdicción y, tras reunir a sus soldados, ordenó a Curión y a los que habían llegado con él que les explicaran lo ocurrido; después de esto, excitó sus ánimos diciéndoles cuanto la ocasión requería.
2 A continuación, tras haberlos exaltado, marchó abiertamente contra la propia Roma atrayéndose sin combate todas las ciudades que encontraba, porque las guarniciones las abandonaban, unas por inferioridad numérica y otras porque preferían su causa. Pompeyo, cuando se enteró tuvo miedo, sobre todo cuando conoció por Labieno[156] todos los planes de
3 César; porque Labieno, tras abandonar a César, se había pasado al otro bando y le había contado todos los secretos de éste. Uno se extrañaría de ello porque, hasta entonces, César le había otorgado los mayores honores, hasta el punto de haberle dado incluso el mando sobre todas las legiones transalpinas, cuando estaba en Italia; la causa fue que, cuan-
4 do este Labieno consiguió riquezas y fama, empezó a mostrarse más altivo de lo que convenía a su rango y César, viendo que éste se colocaba a su mismo nivel, ya no lo trataba con el mismo aprecio. Así que Labieno, que no llevaba

---

En ella se celebran los *auspicios urbanos,* no se puede habitar ni cultivar la tierra, tampoco se puede pisar con armas.

[156] Tito Labieno, legado de César, fue su lugarteniente en la guerra de las Galias, pero en el 49 se pasó a las filas pompeyanas. La opinión de algunos historiadores es que, en realidad, había sido siempre un hombre de Pompeyo infiltrado en las filas de César. Cf. L. Canfora, *op. cit.,* pág. 185.

bien este cambio y al mismo tiempo temía que le sucediera
alguna desgracia, se cambió de bando.

Pues bien, Pompeyo, teniendo en cuenta lo que le había 5
sido revelado sobre César, cambió de planes porque no tenía
todavía una fuerza capaz de combatirle y porque vio que los
que estaban en Roma —especialmente sus partidarios, pero
también los demás— temían la guerra por el recuerdo de las
luchas de Mario y Sila y querían verse libres y a salvo de
ella; así que envió a César como legados voluntarios a Lu- 2
cio César que era pariente suyo y a Lucio Roscio que era
pretor, por si, de alguna manera, podían evitar su ataque y
después llegar a algún acuerdo en términos razonables. Co-
mo César contestó entre otras cosas precisamente lo que ya
había escrito en la carta y además que quería tratarlo en per-
sona con Pompeyo, la mayoría no lo escuchó con agrado 3
porque temía que pactaran algo contra ellos; sin embargo,
como los embajadores hablaban haciendo grandes elogios 4
de César y acabaron prometiendo que nadie recibiría daño
alguno de su parte y que licenciaría las legiones inmediata-
mente, se alegraron y le enviaron de nuevo a los mismos le-
gados y reclamaban gritando sin interrupción que ambos
depusieran las armas del todo y a la vez.

Entonces, Pompeyo se arredró por ello (pues sabía bien 6
que estaría con mucho en inferioridad de condiciones frente 2
a César si quedaban a merced del pueblo) y, antes de que
volvieran los embajadores partió para Campania en la idea
de que allí podría combatir con más facilidad y ordenó que
le siguiera todo el Senado junto con los que ocupaban los
cargos, después de concederles impunidad por su ausencia
de la ciudad mediante un decreto y de advertirles que ten-
dría al que se quedase atrás exactamente en la misma consi-
deración que a los que actuaban contra él. Además les orde- 3
nó que decretaran llevarse el dinero público y todos los

exvotos de la ciudad, con la esperanza de reclutar soldados
4 en masa sirviéndose de ello. En efecto, todas las ciudades de
Italia, por así decirlo, le tenían tanta simpatía que, habiendo
oído poco tiempo antes que estaba gravemente enfermo pro-
metieron hacer sacrificios públicos por su curación, y nadie
podría negar que con ello le habían hecho un gran y mani-
fiesto honor; porque no hubo nunca otro para quien se hu-
biera votado algo semejante, fuera de los que después tuvie-
ron poder absoluto; sin embargo no confiaba en que no lo
5 abandonaran por temor a uno más fuerte. Ratificaron sus
propuestas acerca del dinero y los exvotos, pero no se mo-
vió ni una cosa ni otra; porque, informados entretanto de
que César no había dado una respuesta conciliadora en ab-
soluto a los legados, y de que les había hecho reproches en
6 la idea de que habían difundido falsos rumores contra él, e
informados además de que sus soldados eran muchos y au-
daces y podían causar todas cuantas desgracias de cualquier
clase suelen anunciarse para infundir temor en tales casos,
los senadores se arredraron y partieron a toda prisa antes de
poner la mano ni en el dinero ni en los exvotos.

7 En consecuencia su partida fue en todo lo demás confu-
sa y desordenada. En efecto, los que partían —eran todos,
2 por así decirlo, los más notables tanto del Senado, como del
orden ecuestre e incluso de la plebe— en teoría marchaban
a la guerra, pero en la práctica sufrían la experiencia de los
vencidos; pues, obligados a abandonar su patria y sus ocu-
paciones, y forzados a considerar los muros ajenos más fa-
3 miliares que los suyos, se afligían terriblemente. Así, los que
salían con todas sus pertenencias y los suyos, se alejaban de
los templos, de sus casas y de la tierra de sus antepasados en
la idea de que iban a ser enseguida de sus oponentes y tenían
el propósito, si llegaban a salvarse, de establecerse en Ma-
cedonia y Tracia, porque no ignoraban las intenciones de

Pompeyo. Mientras que los que dejaban en su tierra a sus 4
hijos a sus mujeres y el resto de sus bienes más estimados
creían tener alguna esperanza de volver a la patria, pero par-
tían más a disgusto que los otros porque se separaban de lo
más querido y se exponían a una doble desgracia; pues al 5
entregar lo suyo a su peor enemigo, ellos mismos iban a co-
rrer peligro si actuaban con cobardía, pero si mostraban va-
lor, iban a ser privados de ello y además no iban a tener
como amigo a ninguno de los dos sino a ambos como ene-
migos: a César, porque no se habían quedado, y a Pompeyo,
porque no se habían llevado todo consigo. De modo que no 6
sabían qué decidir, qué pedir a los dioses ni qué esperar y,
al tiempo que sus cuerpos se despedían de los suyos, se les
partía el alma.

Eso sentían los que se veían empujados al exilio, mien- 8
tras que los que se quedaban tenían sentimientos diferentes
pero, en cierto modo, equivalentes. Pues, en efecto, al que-
dar separados de sus parientes, como se veían privados de
sus defensores y prácticamente incapaces de defenderse a sí
mismos, expuestos a la guerra y en poder del futuro dueño
de la ciudad, no sólo se sentían desgraciados por miedo a 2
los ultrajes y los asesinatos como si ya hubieran tenido lu-
gar, sino que también o maldecían a los que se marchaban
deseándoles las mismas desdichas, irritados con ellos por-
que los abandonaban, o, aunque se mostraran indulgentes
porque partían obligados por la necesidad, se temían lo
mismo. Y todo el resto de la plebe, aunque no tuvieran ni el 3
menor parentesco con los que se exiliaban, se afligían por
ellos, temiéndose unos que sus vecinos, otros que sus com-
pañeros se marcharían lejos de ellos y pasarían por expe-
riencias terribles. Pero sobre todo lloraban por sí mismos: 4
porque, al ver que los magistrados, el senado y los demás
que tenían algún poder —no sabían si al menos alguno de

ellos se había quedado— les abandonaban al mismo tiempo que a la patria, y al caer en la cuenta de que aquellos no habrían querido irse si no hubieran amenazado al estado
5 muchos y graves peligros, ellos mismos, privados de gobernantes y privados también de aliados, parecían en todos los aspectos niños huérfanos y mujeres viudas, y [se sabían] los primeros [expuestos] a la ira y a la codicia de los que les seguían ***[157] y por el recuerdo de los anteriores sufrimientos —unos sabían por experiencia, otros, porque lo habían oído, cuántos y de qué categoría habían causado Mario y Sila— no suponían ninguna moderación en César, sino que incluso esperaban sufrir algo mucho más terrible, porque la mayor parte de su ejército la formaban bárbaros.

9 Como todos ellos se encontraban en esta situación y ninguno la sobrellevaba fácilmente fuera de los que creían contarse entre los amigos de César, e incluso éstos no se atrevían a un compromiso firme por los cambios de carácter que adopta la mayoría ante las circunstancias, no era fácil imaginar cuántos desórdenes ni cuánto dolor reinaría con la partida de los cónsules y los que se habían ido con ellos.
2 Toda la noche alborotaban recogiendo sus pertenencias y yendo de un lado a otro y, al amanecer, una gran tristeza les sobrecogía a todos en los templos (pues hacían sus oraciones deambulando cada uno a un sitio); invocaban a los dioses, besaban el suelo y cada vez que contaban los peligros a los que habían sobrevivido se lamentaban de abandonar su patria, cosa a la que nunca antes se habían atrevido. Un gran
3 lamento surgía junto a las puertas. Unos se abrazaban y se

[157] Laguna en el texto.

despedían de la patria como si la vieran por última vez, otros lloraban por su propia suerte y suplicaban junto a los que se iban, y la mayoría maldecía porque se sentían traicionados; pues todos los que se quedaban estaban ahí con
toda su prole y mujeres. Después, unos emprendían la mar- 4
cha y otros los seguían detrás. Unos se demoraban y eran retenidos por sus amigos y otros se abrazaban estrechándose durante mucho tiempo. Los que se quedaban, siguiendo a los que se exilaban, los llamaban ya desde muy lejos y les daban muestras de compasión e invocaban a los dioses pidiendo que se los llevaran con ellos o se quedaran en casa.
Y en esto se producía un gran griterío por cada uno de los 5
que partían y por parte de los demás también, lágrimas sin cuento. No tenían la menor esperanza de ir a mejor en tales circunstancias; lo que esperaban, en primer lugar los que se
quedaban, después los que partían, eran sufrimientos. Uno 6
podía imaginar viéndolos que habían surgido dos pueblos y dos ciudades a partir de una sola y que una era desterrada y se exilaba mientras que otra quedaba atrás cautiva.

Pues bien, Pompeyo abandonó la ciudad así, llevando consigo a muchos de los senadores (aunque algunos se quedaron, unos porque eran favorables a César, otros porque se mantenían neutrales); además hizo a toda prisa levas en las ciudades, reunió dinero y mandó guarniciones a cada sitio.

César, cuando se enteró, no se apresuró a ir a Roma 10
(porque sabía que Roma quedaba como recompensa para los que vencieran y decía que no luchaba contra ella como si le fuera hostil, sino, naturalmente, en su defensa, contra
sus adversarios), sino que, tras enviar cartas por toda Italia 2
en las que citaba a juicio a Pompeyo y exhortaba a los demás a tener valor, les pedía que se quedasen en su tierra y les hacía muchas promesas. Fue después contra Corfinio,

porque, ocupada por Lucio Domicio[158], no se le unía, y, después de vencer en una batalla a algunos que se le enfren-
3 taron, puso cerco a los demás. Entonces, Pompeyo, como ésos estaban cercados y muchos de los demás se inclinaban hacia César, ya no tuvo ninguna esperanza en Italia y decidió cruzar el mar hacia Macedonia, Grecia y Asia; porque se crecía con el recuerdo de sus éxitos de allí y de sus rela-
4 ciones de amistad con esos pueblos y sus reyes[159]. También Hispania era toda partidaria suya, pero no podía trasladarse allí con seguridad porque César tenía las Galias. Además, calculaba que, si partía por mar, nadie le seguiría por falta de naves y a causa del mal tiempo (pues el otoño estaba muy avanzado) y que, mientras tanto, en la tregua, podría reunir mucho dinero y tropas, tanto de los pueblos sometidos a Roma, como de sus aliados.

11 Así pues, con este propósito, él mismo se dirigió hacia Brindis[160] y ordenó a Domicio que abandonara Corfinio y le siguiera. Y éste último, aunque tenía una fuerza muy considerable y tenía puestas todas sus esperanzas en ella (porque había halagado a los soldados de todas las formas posibles, pero especialmente los había ganado para su causa con la
2 promesa de tierras, ya que había formado parte de los silanos y había adquirido muchas bajo el régimen de Sila), sin embargo obedeció. Hizo los preparativos para abandonar la región con cierta seguridad; pero, cuando se enteraron de esto los que estaban con él, se resistieron a la retirada porque les parecía una huída y se pasaron al partido de César.
3 Así que éstos se unieron a su ejército, pero Domicio y los

---

[158] Lucio Domicio Enobarbo. Alabado por Cicerón en las *Verrinas* como *princeps iuventutis,* se enfrenta a César desde el 58, alcanza el consulado en el 54 y en el 49 debía haber sustituido a César en la Galia.

[159] Cf. libros XXXVI ss.

[160] Brindis.

demás senadores, tras haber sido censurados por César por
habérsele enfrentado, quedaron libres y fueron al encuentro
de Pompeyo.

César tenía prisa por trabar combate con Pompeyo antes 12
de que se hiciera a la mar, y deseaba hacer la guerra en Ita-
lia y sorprenderlo mientras todavía estaba en Brindis; pues,
como no había suficientes naves para todos, Pompeyo ha-
bía enviado por delante a los cónsules y a otros por temor
a que se produjeran revueltas si permanecían en la región.
Pero César, cuando vio la dificultad de tomar el lugar, le 2
propuso llegar a acuerdos asegurándole que obtendría la paz
y su amistad. Y como Pompeyo no contestó sino que comu-
nicaría a los cónsules lo que decía, César, puesto que se
había decretado no aceptar en las conversaciones a ningún
ciudadano armado, asaltó la ciudad. Pompeyo respondió a 3
su ataque durante algunos días hasta que llegaron las naves,
construyendo muros y obstruyendo los caminos que condu-
cían al puerto mientras tanto para que nadie le atacara al
zarpar, y después se hizo a la mar por la noche. Él cruzó a
salvo el mar hacia Macedonia, mientras que Brentesio fue
tomada junto con dos naves llenas de hombres que esta-
ban allí.

Así abandonó Pompeyo su patria y el resto de Italia, eli- 13
giendo y haciendo precisamente lo contrario a lo que había
hecho antes cuando volvió por mar a ella desde Asia; por
eso también consiguió un destino y una reputación contra-
rias. Porque antes había dejado enseguida sus tropas acam- 2
padas en Brentesio para no causar ninguna inquietud a los
ciudadanos, mientras que ahora había conducido fuera de
Italia otras tropas para ir contra ellos; y después de haber
llevado a Roma las riquezas de los bárbaros, ahora se lleva- 3
ba a otra parte todas cuantas pudo sacar de ella; desconfió
de todos los de casa y pensó en utilizar contra la patria a ex-

traños y a los aliados que él mismo había subyugado, y había puesto en ellos muchas más esperanzas de obtener seguridad y poder que en aquellos a los que había beneficiado. Por eso en lugar de la gloria que había conquistado por las campañas de antes, se fue humillado a causa del miedo a César, y en lugar de la buena fama que había logrado por haber engrandecido su patria, se convirtió entonces en el más deshonrado por su deserción.

14 En cuanto desembarcó en Dirraquio[161] cayó en la cuenta de que no tendría un buen final, pues los rayos fulminaron a algunos soldados en el momento de arribar, unas arañas invadieron los estandartes del ejército y nada más desembar-
2 car, unas serpientes le siguieron borrando sus huellas. Estos prodigios le sucedieron a él, pero también a Roma le habían sucedido otros en ese año y un poco antes; porque no hay duda de que en las guerras civiles se daña al Estado, de al-
3 guna forma, por ambas partes; por eso se vieron lobos y búhos en el centro de la ciudad y se produjeron continuos temblores de tierra con bramidos, un fuego se extendió de occidente a oriente y otro consumió entre otros edificios el templo de Quirino. Hubo un eclipse total de sol y los rayos dañaron el cetro de Zeus y el escudo y el yelmo de Ares[162] que estaban en el Capitolio y dañaron también las estelas que
4 contenían las leyes. Y además muchos animales tuvieron crías que no eran de su especie, se conocieron unos oráculos como si fueran de la Sibila y algunos, inspirados, hicieron muchas profecías. Por otra parte, no se eligió ningún prefecto de la ciudad para las fiestas, como era costumbre, sino

[161] Hoy Durrës, en Albania.

[162] Dion utiliza siempre los nombres de los dioses griegos correspondientes a los romanos; en este caso Zeus y Ares para referirse a Júpiter y Marte.

que los pretores[163] administraron todo lo que concernía a él,
según dicen algunos; porque otros dicen que ellos hicieron
eso al año siguiente. Aquello, sin duda, había sucedido otra
vez. Pero entonces murió Perperna[164] que había sido censor 5
con Filipo, el último de todos los que habían sido senadores,
según he dicho, en el periodo de su Censura, y parecía que 6
eso presagiaba algún cambio. Ahora el pueblo estaba turba-
do ante los oráculos, como era natural, pero, creyendo cada
uno de los bandos que todo ello caería sobre sus oponentes,
no ofrecieron sacrificios expiatorios.

César, entonces, no hizo ningún intento de dirigirse a 15
Macedonia —porque no tenía suficientes barcos y porque
temía por Italia, no fuera que los lugartenientes de Pompeyo
la ocuparan al volver de Hispania[165]— sino que, después
de tomar precauciones en Brindis para que ninguno de los
que había partido pudiera volver por mar, marchó hacia Ro- 2
ma y dirigió un discurso extenso y moderado a la parte del
Senado que estaba fuera del pomerio convocados por Anto-
nio y Longino (pues, aunque habían sido expulsados de és-
te, lo habían reunido), para que fueran benevolentes con él
en el presente y cobraran confianza en el futuro. Pues como 3
los veía disgustados por lo que estaba ocurriendo y descon-
fiados ante la multitud de soldados, quiso apaciguarlos y
ganárselos de alguna manera para que estuvieran tranquilos
hasta que acabara la guerra. Por eso no les hizo ningún re- 4
proche ni amenaza, pero sí dirigió un ataque no exento de
maldiciones hacia quienes querían llevar la guerra contra los

---

[163] La palabra griega *stratēgós* se utiliza para la magistratura del pretor.

[164] Marco Perperna, de una famosa familia de origen etrusco, fue cónsul en el 92 y censor en el 86.

[165] Dion utiliza *Ibēría,* «Iberia», para referirse a la Península Ibérica, a la que los romanos llaman *Hispania.*

ciudadanos, y, por último, propuso que se enviaran embajadores inmediatamente a Pompeyo y a los cónsules para tratar sobre la paz y la reconciliación.

16 Después de decir lo mismo a la parte de la plebe que también se había reunido fuera del pomerio, mandó buscar trigo procedente de las islas y prometió dar a cada uno 75 dracmas[166]. César esperaba atraérselos con tales promesas, pero la gente reparaba en que no piensan ni hacen lo mismo
2 los que aspiran a algo que los que lo consiguen, sino que, al principio de las empresas prometen las mayores gratificaciones a quienes pueden ponerse en su contra, pero cuando llegan a conseguir lo que quieren, no recuerdan ninguna de sus promesas y usan contra ellos el poder que han logrado precisamente con su ayuda, y recordaban las cosas que Ma-
3 rio y Sila habían hecho en pago a tales servicios después de haberles dirigido a menudo una gran cantidad de discursos amistosos, y percibían, además, la necesidad de César y veían que sus armas eran muchas y estaban por todas partes en la ciudad, así que ni confiaban en sus palabras, ni podían hacerle frente, sino que, teniendo fresco en su memoria el miedo provocado por los sucesos de antaño, sospechaban de él, especialmente porque los embajadores que se suponía que iban a proponer la reconciliación habían sido elegidos pero no habían partido y, de hecho, su suegro Pisón fue llamado entonces a dar explicaciones sobre ello.

17 Y estuvieron tan lejos de recibir entonces el dinero que les había prometido que le entregaron incluso todo lo que quedaba en el erario público para el sustento de esos soldados a los que temían. Ante estas circunstancias, como si fueran buenas, volvieron a ponerse el atuendo de paz; pues has-
2 ta entonces no se habían cambiado. Entonces Lucio Metelo,

---

166 300 sestercios.

un tribuno, se opuso a lo del dinero y, como no prosperó su propuesta, fue junto al tesoro y se puso a vigilar las puertas; pero los soldados casi tan poco preocupados por su vigilancia como por su franqueza, rompieron el cerrojo —porque la llave la tenían los cónsules ¡como si no pudieran algunos usar hachas en su lugar!— y se llevaron todo el dinero. Co- 3
mo he dicho a menudo, también en otros casos de la misma forma, bajo el nombre de democracia (pues la mayoría fueron propuestos por Antonio), se votaban decretos y se llevaban a cabo de hecho bajo un poder personal. Así pues, ambos, César y Pompeyo, al dar el nombre de enemigos de la patria a los que se oponían a cada uno de los dos y afirmar que ellos luchaban por el bien del estado, sólo medraron en interés propio y arruinaron el estado los dos por igual.

En todo caso, César actuó de la siguiente forma: ocupó 18
Cerdeña y Sicilia sin combatir porque los que gobernaban entonces en ellas se retiraron. Envió a Aristobulo a su patria, Palestina, para que hiciera frente a Pompeyo de algún 2
modo; permitió solicitar cargos a los hijos de los que habían sido proscritos por Sila y estableció todo lo demás, tanto en Roma como en el resto de Italia, con vistas a lo más conveniente para él, dentro de lo que le permitían las circunstancias. Esto se lo encargó a Antonio, mientras que él se dirigió 3
en persona a Hispania, que tomaba claramente partido por Pompeyo y le inspiraba el temor de que provocara también la sublevación de las Galias. Entre tanto, otros senadores 4
entre los que se encontraba Cicerón —que ni siquiera se había presentado ante César— partieron para unirse a Pompeyo en la idea de que éste actuaba de manera más justa e iba a ganar la guerra; porque, tanto los cónsules antes de zarpar, como Pompeyo —que tenía autoridad como procónsul— habían ordenado a todos ellos que les siguieran a Tesalónica ya que pensaban que la capital era ocupada por unos enemi-

6 gos, y ellos mismos, puesto que eran el senado[167], debían salvaguardar la imagen de la república donde quiera que se encontrasen. Por eso, la mayoría de los senadores y de los caballeros partieron, unos enseguida, otros después, y también todas las ciudades que no fueron coaccionadas por las armas de César.

19 De hecho, los masaliotas[168] fueron los únicos de los habitantes de la Galia que no ayudaron a César ni le recibieron en la ciudad, sino que le dieron una respuesta memorable.
2 Dijeron que eran aliados del pueblo romano, que estaban a bien con ambos bandos y ni se metían en asuntos ajenos, ni eran capaces de juzgar cuál de los dos actuaba con injusticia, de modo que, si alguno quería llegar a ellos como amigo, decían que aceptarían a ambos sin armas, pero a ningu-
3 no de los dos para la guerra[169]. Y, sometidos a un asedio, rechazaron al propio César y resistieron después durante mucho tiempo a Trebonio[170] y a Décimo Bruto[171] que los habían sitiado. En efecto, César persistió durante algún tiempo porque pensaba que sería fácil someterlos (también porque

[167] Dion se refiere al Senado tanto con la palabra *bulḗ* (consejo de los atenienses) como con *gerousia* (consejo de ancianos espartano) que es el término utilizado aquí.

[168] Los marselleses.

[169] Para ver cómo justifica César sus actuaciones, cf. CÉSAR, *Guerra civil* I 35-36.

[170] Gayo Trebonio había sido cuestor en el 60, tribuno de la plebe en el 55 y había servido en la Galia hasta el 50, tras dirigir el sitio de Marsella y combatir en Hispania contra los pompeyanos sin éxito; fue nombrado *consul suffectus* por César en el 45 y fue el encargado de entretener a Antonio mientras los conjurados asesinaban a César.

[171] Décimo Junio Bruto sirvió de joven con César en la Galia, fue comandante de la flota de César en Marsella y gobernador de la Galia Transalpina. Tomó parte en la conspiración contra César a pesar de haber recibido grandes favores de su parte, luchó después contra Antonio en la Galia y fue asesinado por un jefe galo por orden de éste.

le parecía que era algo indignante no ser aceptado por los
masaliotas tras haber sometido Roma sin lucha). Pero des- 4
pués, como continuaban resistiendo, se los encomendó a
otros y él mismo se alejó hacia Hispania.

En efecto, había enviado allí a Gayo Fabio, pero te- 20
miendo que sufriera una derrota si combatía según su propio
criterio, llevó a cabo la campaña él en persona[172]. Afranio y
Petreyo[173] se ocupaban entonces de la zona del Ebro, habían
puesto guardias en el paso entre los montes y, después de
reunir todas sus fuerzas en Ilerda[174], esperaban allí a los que
les atacaran. Cayeron de repente sobre Fabio que había de- 2
rrotado a la guarnición del Pirineo y atravesaba el río Sico-
ris[175] y mataron a muchos hombres que habían quedado
aislados; pues, el hecho de haberse roto el puente antes de
que pasaran éstos, fue de gran ayuda para sus enemigos. Pero 3
cuando César llegó no mucho después tras pasar el río por
otro puente, retándolos al combate, durante muchos días no
se atrevieron a luchar con él, sino que, tras acampar enfren-
te, permanecían quietos. Animado por eso, él entonces in- 4
tentó conquistar el terreno entre sus trincheras y la ciudad,
que era una posición bastante fuerte, con la intención de ais-
larlos fuera de los muros. Pero cuando se dieron cuenta los 5
de Afranio, tomaron antes el lugar, rechazaron a los que les

---

[172] Cf. CÉSAR, *Guerra civil* I 39 ss.

[173] Gayo Fabio había sido legado de César en las Galias. Lucio Afranio sirvió a Pompeyo en Hispania y contra Mitrídates, fue cónsul en el 60 y legado de Pompeyo en Hispania Citerior; tras la batalla de Ilerda, fue perdonado por César y volvió a las filas de Pompeyo; sobrevivió a la batalla de Farsalo y murió en Tapso. Marco Petreyo gobernaba la Hispania Ulterior desde el 55 como legado de Pompeyo, no estuvo en Farsalo pero se unió a los pompeyanos en África, después de Tapso, mató a Juba y a continuación se suicidó.

[174] La actual Lérida.

[175] El Segre.

atacaban, y hostigándoles cuando huían, frenaron el impulso de los que les hacían frente desde las fortificaciones. Se retiraron a propósito y los llevaron a un lugar conveniente para ellos donde mataron a muchos más. Crecidos con estos éxitos, atacaban a los que forrajeaban y causaban daños a los
6 que se dispersaban. En una ocasión, un grupo había pasado al otro lado del río cuando sobrevino una gran tormenta, y como se había destruido el puente que usaban, cruzaron por el otro puente que estaba cerca de la ciudad. Los mataron a todos porque nadie pudo socorrerlos.

21 Entonces César se vio en un enorme peligro, pues, como estaban las cosas así y ninguno de sus aliados acudía en su ayuda —sus oponentes los esperaban cada vez que se enteraban de que uno se acercaba ***[176]— y dado que estaban en terreno ajeno y sus operaciones fracasaban, a duras penas
2 conseguían provisiones. Enterados de esto los romanos que estaban en casa, desconfiaron de que César pudiera resistir todavía por más tiempo y se iban pasando al bando de Pompeyo; algunos incluso, especialmente de la clase senatorial,
3 zarparon a su encuentro. Y si en ese momento los masaliotas no hubieran sido vencidos por Bruto en una batalla naval —debido al tamaño de los barcos y a la fuerza de los marineros de éste y a pesar de que tuvieron a Domicio como aliado y tenían mayor experiencia naval— y después de eso no hubieran quedado completamente aislados, nada habría
4 impedido que se arruinaran los proyectos de César. Pero, cuando se anunció esto a los hispanos[177] exagerando adrede, algunos de ellos cambiaron y tomaron el partido de César y, con estas adhesiones, consiguió abundancia de alimentos, reparó los puentes, causó daños a sus oponentes e incluso,

[176] Laguna en el texto.

[177] Dion utiliza el término *Ibēres,* «iberos» para referirse a los hispanos.

en una ocasión, sorprendió a un grupo numeroso de ellos que se había extraviado por la zona y los mató.

Entonces Afranio, desanimado por estos reveses y viendo que la campaña de Ilerda no era ni segura ni apropiada para un periodo prolongado de tiempo, decidió retirarse hacia el Ebro y las ciudades de allí. Tras levantar el campamento, marchaba de noche, para no ser descubierto y adelantarse a sus oponentes. Y con todo no pasó inadvertido cuando levantó el campamento, pero tampoco fue perseguido inmediatamente, porque César pensó que no era seguro perseguir en las tinieblas a enemigos conocedores del terreno con hombres que no lo conocían. Sin embargo, cuando llegó el día, salió apresuradamente y, sorprendiéndoles a la mitad del camino, los rodeó a distancia por todos lados, pues les sobrepasaba con mucho en número y tuvo el terreno, que era una hondonada, como aliado. Pero no quiso ir a su encuentro, en parte porque temía que, al encontrarse en una situación desesperada, llegaran a causarles algún desastre y, además, porque tenía la esperanza de someterlos sin lucha más adelante. Y así sucedió; porque, después de intentar muchas veces abrirse paso, no lo consiguieron por ninguna parte, y a causa de esos esfuerzos, de la falta de sueño y del viaje, estaban agotados. Además no tenían alimento —no habían traído nada con ellos porque esperaban terminar el viaje ese mismo día— y no tenían suficiente agua —pues la región es extremadamente seca—, de modo que se entregaron con la condición de que no sufrirían nada malo ni se verían obligados a unirse a él contra Pompeyo.

César cumplió escrupulosamente ambos compromisos: no mató a ninguno de los prisioneros hechos en esta campaña —aunque ellos, una vez, en una tregua, mataron a algunos de los suyos que estaban desprevenidos— ni los obligó a hacer la guerra a Pompeyo, sino que dejó libres a los más

importantes y utilizó como aliados a los demás que lo hicieron voluntariamente, bien por las ganancias o por los hono-
2 res. Y no sacaron poco provecho de esto su imagen y su causa, pues se atrajo a todas las ciudades de Hispania y a todos los soldados de allí (la mayor parte estaban con el lugarteniente Marco Terencio Varrón y había otros en la Bética).

24 Entonces, tomándolos bajo su cargo, se dirigió a Gades. No causó daño a ninguno excepto la exigencia de dinero (pues se hizo entregar grandes sumas) sino que honró a muchos en público y en privado, concedió la ciudadanía a todos los de Gades, cosa que después ratificó el pueblo roma-
2 no. Hizo esto como respuesta a la visión de un sueño que había tenido allí cuando era cuestor, en el que le pareció que tenía relaciones con su madre y, a partir de entonces, como ya dije antes[178] concibió la esperanza de ser rey. A continuación encomendó este pueblo a Casio Longino porque tenía buenas relaciones con ellos desde que había ejercido el
3 cargo de cuestor bajo Pompeyo; él se trasladó a Tarraco en barco y desde allí cruzó el Pirineo, pero no puso ningún trofeo allí ya que se había dado cuenta de que Pompeyo no había sido bien visto por ello, pero sí levantó un gran altar hecho de piedra pulida no muy lejos de los trofeos de aquel.

25 Mientras esto sucedía, los masaliotas, como Pompeyo les había enviado naves nuevamente, volvieron a arriesgarse. Y fueron derrotados entonces otra vez, pero resistían, aunque se habían enterado de que César tenía ya Hispania
2 bajo su poder, y no sólo rechazaban con fuerza los ataques, sino que, tras pactar una tregua con el pretexto de que cederían ante César cuando llegase, enviaron a Domicio fuera,
3 en secreto, y pusieron en tal situación por la noche y en me-

[178] Cf. XXXVII, 52, 2.

dio de la tregua a los soldados que les habían atacado que ya no se atrevieron a nada más[179]. Sin embargo hicieron un pacto con el propio César cuando llegó. Éste les quitó entonces las armas, las naves y el dinero y después todo lo demás excepto el nombre de libertad. En compensación por ello, Focea, su metrópoli, fue liberada por Pompeyo.

Algunos soldados que ya no querían seguir a César se **26** sublevaron en Placencia[180] con el pretexto de que estaban exhaustos, pero, en realidad, porque éste no les permitía saquear el territorio ni hacer ninguna de las otras cosas que querían (el caso es que esperaban conseguir cualquier cosa de él porque se hallaba en una situación de gran necesidad); pero él no cedió sino que, tras convocar a los sublevados y a 2 los demás, con vistas a su propia integridad entre ellos y para que, después de oír sus palabras y ver a los castigados, no quisieran hacer nada fuera de las normas establecidas, les dijo lo siguiente:

«Soldados, deseo contar con vuestro aprecio; sin em- **27** bargo, no me gustaría tener parte en vuestros errores por ello; os tengo afecto y querría veros, como un padre a sus hijos, sanos y salvos, con próspera fortuna y buena fama, 2 pero no creáis que es deber del que ama consentir algo que no conviene hacer de lo que necesariamente se seguirán peligros e infamias, sino enseñarles lo mejor y apartarlos de lo peor, aconsejándolos y reprendiéndolos. Debéis reconocer 3 que digo la verdad, si es que no juzgáis preferible el provecho que se obtiene del placer de un momento que el de lo beneficioso para siempre, y no consideráis que es más noble satisfacer vuestros deseos que dominarlos. Porque es malo

[179] César culpa a los masaliotas de la ruptura de la tregua. Cf. César, *Guerra civil* II 13-16 y 22.

[180] Hoy Piacenza.

arrepentirse tras gozar de algo momentáneo y sería sorprendente que, después de derrotar al enemigo, fuerais dominados por los placeres.

28 »¿Por qué digo esto ahora? Porque aunque tenéis provisiones en abundancia (voy a hablaros francamente y sin tapujos: cobráis la paga completa y puntualmente y podéis hartaros de comida siempre en cualquier parte), aunque no soportáis trabajos indignos ni corréis peligros inútiles, aunque disfrutáis de muchas y grandes recompensas por vuestra valentía y no sufrís más que un pequeño castigo o ninguno
2 cuando cometéis errores, no os contentáis con eso. Pero no me refiero a todos vosotros (pues no sois todos así) sino sólo a aquellos que desacreditan a los demás por su ambición. Porque la mayoría de vosotros obedecéis mis órdenes escrupulosa y satisfactoriamente y permanecéis fieles a las costumbres de los antepasados; por eso habéis conseguido tantas tierras, riqueza y fama; pero unos pocos nos traen a
3 todos gran deshonor e infamia. Y aunque yo sabía antes con certeza que estos eran así (pues no hay nada vuestro que me pase inadvertido), fingía ignorarlo porque creía que ellos se volverían mejores si parecía que cometían errores sin que lo advirtiéramos, por miedo a ser castigados, si abusaban, incluso por aquellas cosas que les habían sido perdonadas. Sin embargo, puesto que ellos, como si pudieran hacer lo que quisieran porque no han sido castigados al momento desde el principio, se envalentonan e intentan sublevar a los demás que no habéis cometido ningún delito, me veo obligado a prestarles cierta atención y cuidado.

29 »Porque ningún grupo humano puede permanecer unido y mantenerse a salvo, si no se castiga lo dañino, pues si la parte que está enferma no recibe el adecuado tratamiento, hace compartir la enfermedad también a todo el resto, como
2 pasa en los cuerpos; especialmente en los ejércitos, porque

cuando los que actúan mal tienen fuerza se vuelven más atrevidos y corrompen a los buenos desanimándolos, pues piensan que no obtendrán ningún beneficio por actuar rectamente. Y necesariamente disminuirá la honradez en aque-
llos en los que prevalece la insolencia, y la sensatez resulta- 3
rá despreciada en los que queda sin castigo el delito. Porque ¿qué consideraríais actuar bien, si esos no hacen nada mal? Y ¿cómo pretenderíais recibir los honores adecuados si esos no sufren el justo castigo?, ¿o ignoráis que, si una parte se liberase del temor al castigo y la otra se viera privada de la esperanza de premios, no resultaría ningún bien, sino incon-
tables males? De modo que, si realmente practicáis la vir- 4
tud, odiad a esos como a enemigos (pues no está separado por naturaleza lo amable de lo hostil, sino que se distinguen por las actitudes y las acciones que, si son buenas convierten todo lo extraño en familiar y, si son malas, hacen extraño todo lo afín) y actuad en vuestra propia defensa.

»Porque por culpa de éstos, todos nosotros necesaria- 30
mente tenemos mala fama incluso sin haber hecho nada malo, pues cualquiera que se dé cuenta de nuestro número y nuestro ímpetu atribuirá a todos nosotros las faltas de unos pocos, y así, aunque no participemos de sus excesos, car-
gamos por igual con los reproches. Y ¿quién no se indigna- 2
ría al oír que teniendo el nombre de romanos llevamos a cabo acciones propias de los celtas[181]? ¿Quién no se lamentaría viendo Italia devastada de modo semejante a Britania? ¿Acaso no es terrible que nosotros no dañemos ya los territorios de los galos pero devastemos las tierras de este lado de los Alpes como si fuéramos epirotas, cartagineses o cimbrios?
¿Acaso no es vergonzoso que nos vanagloriemos y digamos 3

[181] Dion utiliza en este caso la palabra «celtas» para referirse a pueblos del otro lado del Rin.

que nosotros somos los primeros de los romanos que hemos cruzado el Rin, y hemos navegado el océano, pero que hemos saqueado nuestra propia tierra que estaba a salvo de daños provocados por enemigos y hemos recibido reproches en lugar de alabanzas, deshonor en lugar de reconocimiento, pérdidas en lugar de ganancias y castigos en lugar de premios?

31 »Así pues, no creáis que porque prestáis servicio en el ejército sois superiores a los ciudadanos que están en sus casas; porque unos y otros sois romanos y aquellos, como vosotros, también han participado y participarán en campañas; ni consideréis que, porque tenéis armas, os está permitido causar daños; porque las leyes están por encima de vosotros y, sin duda, alguna vez dejaréis estas armas; y
2 tampoco os envalentonéis por vuestro número, porque las víctimas, si se unen, son con mucho más que vosotros. Y se unirán si actuáis así. Y no despreciéis, porque hayáis vencido a los extranjeros, a los que son diferentes de vosotros por su raza, su educación, su modo de vida o sus costumbres;
3 por el contrario, como es provechoso y conveniente para vosotros, no forcéis ni ofendáis a ninguno de ellos, sino recibid las provisiones que os den voluntariamente y aceptad las recompensas que os concedan de buen grado.

32 Aparte de lo que he dicho y las demás cosas que uno podría exponer abundando en lo mismo, tengo que deciros que tengáis en cuenta que nosotros venimos ahora aquí para socorrer a nuestra patria ultrajada y defenderla de quienes la
2 ofenden, porque si no estuviera en peligro, no hubiéramos venido a Italia con armas (pues no está permitido), ni hubiéramos dejado sin terminar las campañas contra los celtas y
3 britanos, aun pudiendo haberlas concluido también. ¿No es absurdo, entonces, si estamos aquí para castigar a los que la ultrajan, que nosotros mismos no parezcamos en nada me-

nos codiciosos que ellos? ¿No es horrible que, si hemos venido en ayuda de la patria, la obliguemos a pedir otros aliados contra nosotros? Y en verdad considero que mis pre- 4
tensiones son más justas que las de Pompeyo hasta el punto de que no sólo le he citado muchas veces a juicio, sino que también, puesto que no quiso que se decidiera de forma pacífica debido a su conciencia de culpa, espero atraerme por 5
eso a todo el pueblo y todos los aliados. Pero ahora, si actuamos así, no podré presentar nada digno, ni echar en cara a aquellos nada inicuo. Por tanto, es preciso que pongamos toda nuestra atención en la justicia; porque con ella, la fuerza de las armas está cargada de esperanza, pero, sin ella, no se obtiene nada sólido, aunque uno tenga un triunfo momentáneo.

»La mayoría de vosotros sabéis que esto es así por natu- 33
raleza, así que haced voluntariamente lo que conviene. Os he convocado precisamente por eso para haceros espectadores y testigos de mis palabras y mis hechos. Ahora bien, vo- 2
sotros no sois de esa clase de hombres y por eso se os alaba; pero mirad cómo unos pocos de vosotros, además de haber cometido muchas faltas sin haber sufrido ningún castigo por ello, llegan incluso a amenazarnos. Y yo no creo de ninguna 3
manera que sea bueno que un jefe sea dominado por sus subordinados, ni creo que pudiera haber nunca ningún medio de salvación, si la parte a la que corresponde obedecer a alguien intenta dominarle; y considerad qué clase de orden habría en una casa si los jóvenes no respetaran a sus mayores y cuál en las escuelas si los alumnos no prestaran atención a los que los educan; qué salud para los enfermos, si los pacientes no siguieran al pie de la letra las prescripciones de los médicos; qué seguridad para los que navegan si los marineros no hicieran caso a sus comandantes. Así pues, 4
por una necesidad natural y por seguridad, se ha asignado a

una parte de los hombres mandar y a otra obedecer y sin
ello es imposible sobrevivir por un tiempo por pequeño que
sea y al que está al frente de otro le compete descubrir y or-
denar lo necesario, y al que está sujeto a la autoridad obede-
5 cer sin demora y llevar a cabo lo ordenado; por eso preci-
samente en todas partes se honra a la sensatez por encima
de la locura y a la sabiduría sobre la ignorancia.

34 »Siendo así las cosas, en ningún momento cedería nada
obligado por los alborotadores, ni les otorgaría nada por la
2 fuerza. ¿Para qué soy descendiente de Eneas y Julo? ¿Para
qué he sido pretor? ¿Para qué he sido cónsul? ¿Para qué os
he traído conmigo a unos desde casa y he reclutado a otros
después? ¿Para qué he recibido y mantengo el poder de pro-
3 cónsul a lo largo ya de tanto tiempo, si voy a ser esclavo de
cualquiera de vosotros o voy a ser sometido por cualquiera
de vosotros aquí en Italia, cerca de Roma, yo, por quien
habéis sometido a los gálatas[182] y habéis vencido a los bri-
4 tanos? ¿Por respeto a qué o por temor de qué? ¿Por si algu-
no de vosotros me mata...? De ninguna manera, pero si to-
dos pensáis eso, yo elegiría morir antes que destruir la
dignidad de mi cargo o perder el respeto que conviene al
5 ejercicio del gobierno; pues es mucho mayor el riesgo que
corre una ciudad si sus soldados se acostumbran a dar órde-
nes a sus generales y a administrar la justicia por su cuenta,
que el hecho de que un hombre muera injustamente.

35 »Pero ninguno de vosotros amenaza con esto (y sé bien
que si hubiera alguno, los demás le habríais dado muerte al
instante), sino que evitan el servicio con el pretexto de estar
enfermos y dejan las armas porque dicen que están fatiga-
dos, y, de todas formas, si no obtienen de mí de buen grado

[182] Es decir, los galos.

lo que quieren, desertarán y se pasarán al bando de Pompeyo; algunos, incluso, lo dan a entender abiertamente. Así
que ¿quién no querría librarse de tales hombres? ¿Quién no 2
suplicaría que le tocaran en suerte a Pompeyo unos soldados que ni tienen bastante con lo que se les da, ni obedecen las órdenes, sino que, usando como excusa la vejez —aunque son jóvenes— y la debilidad —aunque son fuertes— piden hacerse dueños de los que les dirigen y tiranizar a sus jefes?
Porque yo preferiría mil veces reconciliarme con Pompeyo 3
de cualquier modo o sufrir cualquier otra cosa que hacer algo indigno de la nobleza de mis antepasados o de mis principios. ¿O acaso ignoráis que no deseo ni poder ni ventajas 4
y que no soy tan proclive a conseguir nada a toda costa y por cualquier medio que engañe, halague y adule a algunos por ello? Dejad entonces el servicio por todas estas cosas, ¡oh! ¿qué calificativo podría daros? Con todo las cosas serán no como vosotros deseáis y decís sino como conviene al estado y a mí mismo.»

Tras decir esto, sorteó la pena de muerte entre ellos y 5
ejecutó a los más osados (porque fueron éstos los designados por la suerte que estaba preparada de antemano) y a los demás los licenció con el pretexto de que no los necesitaba.

Aquéllos, arrepentidos de lo que habían hecho, se dispu- 36
sieron a participar de nuevo en la campaña. Mientras César estaba en camino, Marco Emilio Lépido, que después formaría parte del triunvirato, aconsejó al pueblo, en su calidad de pretor, que nombrara dictador a César y lo nombró inmediatamente en contra de la costumbre ancestral[183]. Éste 2
aceptó el cargo en cuanto entró en la ciudad, pero no llevó a cabo en ella ningún acto de terror, sino que permitió el regreso de todos los exiliados excepto Milón, y asignó los car-

[183] Cf. CÉSAR, *Guerra civil* III1 ss.

cargos para el año siguiente (porque, hasta el momento, no se había elegido ninguno en lugar de los ausentes y como no
3 había ningún edil en la ciudad, los tribunos desempeñaban todas las funciones que correspondían a éstos). Además nombró sacerdotes en lugar de los que habían perecido, aunque no observó todas las ceremonias que acostumbran en relación con ellos en tales casos y concedió la ciudadanía a los galos que habitan al sur de los Alpes, más allá del Erí-
4 dano[184], porque los había gobernado. Después de haber hecho esto, rechazó el título de dictador, pues, de hecho, tuvo casi siempre en sus manos el poder de este cargo, porque contaba con la fuerza de las armas y además recibió allí del Senado una cierta autoridad legal; así pues, se le permitió hacer todo cuanto quisiera con impunidad.

37 Tras lograr esto, emprendió enseguida una importante y necesaria reforma. Pues como los que habían prestado dinero a algunos —porque necesitaban mucho dinero a causa de la confrontación civil y de las guerras— cobraban sus deudas con gran dificultad, y muchos de los deudores, por los mismos motivos, aunque hubieran querido pagar, ni siquiera
2 podían (pues no les era fácil ni vender algo, ni endeudarse más), por eso, las relaciones entre ellos estaban llenas de desconfianza y engaños, y era de temer que llegaran a pro-
3 ducirse un mal irremediable. Ya con anterioridad, algunos tribunos habían rebajado la tasa de los intereses, pero como ni siquiera así pagaban, sino que unos perdían las fianzas y los otros reclamaban el capital en dinero contante y sonante, César acudió en ayuda de ambos en la medida que fue capaz. Así pues, ordenó que se tasaran las fianzas de acuerdo con su valor y se ocupó de que se sortearan jueces al efecto para los que mantuvieran alguna disputa sobre ello.

---

[184] El actual río Po.

Como se decía que un grupo numeroso tenía mucho di- 38
nero y lo ocultaba, prohibió que nadie tuviera más de 15.000
dracmas[185] en plata o en oro; y decía que no era él quien
ponía esta ley, sino que renovaba una que había sido intro-
ducida con anterioridad. Su intención era tanto que los que 2
debían dinero pagaran algo a los prestamistas y los otros
prestaran a los que lo necesitaban, como que los que estaban
en una buena situación económica fueran conocidos y nin-
guno de ellos tuviera su dinero reunido por si había una re-
volución en su ausencia. Crecida la plebe con estas medi- 3
das, pedía también que se ofreciera una recompensa a los
esclavos por denunciar a sus amos, pero César, no sólo se
negó a añadirlo por escrito a la ley, sino que además pidió
que cayera sobre él su propia ruina si alguna vez llegaba a
confiar en un esclavo que denunciara a su amo.

Después de haber hecho esto y haber retirado entre otras 39
todas las ofrendas del Capitolio se dirigió a Brindis hacia el
fin del año, y antes de emprender el consulado para el que
había sido elegido. Mientras él se ocupaba de los preparati- 2
vos de su marcha, un milano arrojó en el foro una ramita de
laurel sobre uno de los que le acompañaban; después, cuan-
do estaba ofreciendo sacrificios a la diosa Fortuna, el toro
huyó antes de ser herido, salió de la ciudad y, tras llegar a
un lago, lo cruzó. César, muy animado por estos sucesos, 3
apresuró los preparativos, especialmente porque los adivi-
nos le vaticinaban la derrota, si permanecía en casa, la vic-
toria y la salvación, si cruzaba el mar. Después de irse él, 4
los niños que estaban en la ciudad se repartieron espontá-
neamente en dos bandos, y tomando el nombre unos de
pompeyanos, y otros de cesarianos, se enfrentaron entre sí

[185] 6.000 sestercios.

en un combate sin armas. Vencieron los que usaban el nombre de César.

40 Mientras esto ocurría en Roma y en Hispania, Marco Octavio y Lucio Escribonio Libón[186], con la ayuda de la flota de Pompeyo, expulsaron de Dalmacia a Publio Cornelio
2 Dolabela que se ocupaba de los intereses de César allí; después asediaron a Gayo Antonio[187], que quiso ayudarle, en una islita y, abandonado allí por los nativos y acosado por el hambre, lo cogieron con todas sus tropas excepto unos pocos. Pues algunos de ellos, tras escapar, habían llegado al continente, y otros, que cruzaban navegando en balsas, cuando los alcanzaron se quitaron la vida.

41 Curión[188], entre tanto, sometió Sicilia sin combatir —Catón que era gobernador de la isla, como no podía medirse con él y no quería exponer a las ciudades a un riesgo innecesario, se retiró para unirse a Pompeyo— y, tras cruzar a
2 África, murió. Ante la llegada de Curión, Lucio César abandonó la ciudad de Aspide donde se encontraba por pura casualidad y Publio Acio Varo[189] que gobernaba entonces allí, tras perder una gran cantidad de soldados y barcos, fue derrotado por él; entonces Juba, hijo de Hiémpsal y rey de los
3 númidas, que apreciaba la causa de Pompeyo como la del

---

[186] De Marco Octavio sólo sabemos lo que nos cuenta César, *Guerra civil* III 5. Muy afecto a Pompeyo fue Lucio Escribonio Libón, una de cuyas hijas se casó con Sexto Pompeyo, hijo del Magno.

[187] Se trata del hermano menor de Marco Antonio. En el 49 fue legado de César en Iliria, fue bloqueado por Pompeyo en la isla de Curicta y obligado a entregarse. Fue pretor urbano en el 44 tras la muerte de César. Obtuvo el gobierno de Macedonia y allí fue ejecutado por orden de Marco Bruto.

[188] Para los siguientes capítulos, cf. César, *Guerra civil* II 23 ss.

[189] Publio Acio Varo militó en el bando de Pompeyo. César lo capturó en Corfinio y luego lo perdonó, huyó a África con el resto de los pompeyanos y volvió a ser capturado en Tapso.

del pueblo y el senado y que odiaba a Curión por eso y porque,
siendo tribuno, había intentado quitarle el reino y confiscar 4
su territorio, combatió duramente contra él. De hecho no
esperó a que este cayera sobre su patria, Numidia, y no le
atacó cuando asediaba Útica con todo su ejército, porque
temía que Curión pudiera salir al mar, si se enteraba con an-
telación (y desde luego, no ansiaba tanto expulsarlo como
vengarse de él), sino que, tras enviar a unos pocos hombres
por delante y difundir el rumor de que él mismo se había
ido lejos en otra dirección, les hizo frente y no se equivocó
en sus previsiones.

Pues Curión, en la idea de que aquél se acercaba, se 42
había trasladado previamente al campamento que estaba
junto al mar y tenía el plan de embarcar, si se veía forzado,
y abandonar África; pero cuando vio que llegaban unos po- 2
cos hombres y estos sin Juba, se envalentonó y se puso en
marcha ya de noche como si se encaminara a una victoria
segura y temiendo que, de otra forma, se le escapasen. Pero
aún se sintió mucho más crecido cuando acabó con algunos
de la caballería enemiga que dormían junto al camino. Des- 3
pués, al alba, alcanzó a los demás que habían salido por de-
lante desde el campamento y no se demoró nada sino que
trabó combate con ellos al instante a pesar de que sus solda-
dos estaban agotados por la marcha y la vigilia. Y mientras 4
estos resistían a pie firme y mantenían un combate equili-
brado, de pronto, se presentó Juba, lo derrotó —tanto por lo
inesperado de su llegada como por el número de efectivos—
y allí mató a Curión y a la mayoría de los otros; persiguió a
los que quedaban hasta el foso y después los arrinconó junto
a las naves, y, en la confusión, se apoderó de muchas rique-
zas y mató a muchos hombres. Muchos de ellos murieron 5
incluso después de haber escapado; unos porque cayeron al
embarcar en las naves a causa de los empujones y otros

porque se hundieron en sus embarcaciones a causa de su
6 propio peso. Mientras esto sucedía, temiendo algunos que les pasara lo mismo que a ellos, se dirigieron a Varo para que los socorriera pero no hallaron una respuesta benevolente; de hecho, Juba, alegando que había sido él quien los había vencido, los mató a casi todos. Curión, por su parte, murió de esta forma tras haber prestado a César el mayor de
7 los servicios y haberle infundido muchas esperanzas; en cuanto a Juba, recibió honores de parte de Pompeyo y los demás senadores que estaban en Macedonia y fue nombrado rey; pero fue llamado a juicio por César y los que estaban en Roma y se le declaró enemigo, mientras que Boco y Bogud fueron nombrados reyes porque eran enemigos de Juba.

43 Al año siguiente, los romanos tuvieron cargos duplicados contra lo establecido y tuvo lugar una gran batalla. Pues los de Roma, por su parte, eligieron cónsules a César y Publio Servilio y también nombraron pretores y los demás cargos que la ley prescribe, mientras que los de Tesalónica no
2 habían dispuesto nada de ello de antemano, aunque tenían a los cónsules con ellos y, según dicen algunos, a unos doscientos senadores y habían confiscado un pequeño terreno para los augurios con vistas a darles ciertos visos de legalidad, de modo que creían que, mediante ello, tanto el pueblo
3 como toda la ciudad estaban allí. Pero la causa de no haber elegido los cargos era que los cónsules no habían propuesto la *lex curiata*[190]; sin embargo utilizaron los mismos cargos que antes cambiando únicamente sus denominaciones de modo que llamaban a unos procónsules, a otros propretores

---

[190] Hacia mediados y finales de la república los *comitia curiata* sólo se reunían para promulgar las *leges curiatae* que eran necesarias desde un punto de vista técnico para otorgar el poder a algunos de los magistrados entrantes y para la ratificación de las adopciones. Al parecer estas leyes poseían una cierta significación religiosa.

y a otros procuestores. A ellos, en efecto, aunque habían le- 4
vantado sus armas contra la patria y la habían abandonado les importaban las instituciones patrias en tan alto grado que no querían hacer nada de lo necesario por exigencia de las circunstancias presentes en contra del estricto cumplimiento
de las ordenanzas. No obstante, éstos ostentaban el nom- 5
bre de los cargos de cada una de las partes, pero, de hecho, eran Pompeyo y César, que tenían a causa de su fama las denominaciones legales de cónsul y procónsul respectivamente, los que hacían no lo que se encomendaba a estas magistraturas, sino todo cuanto ellos querían.

Estando así las cosas y con un gobierno dividido en dos, 44
Pompeyo pasaba el invierno en Tesalónica y no se esmeraba mucho en la defensa de la costa porque no creía que César hubiera llegado ya a Italia desde Hispania, pero, ni siquiera estando allí, sospechaba Pompeyo que éste se atrevería a
cruzar el mar Jónico en invierno. César, por su parte, estaba 2
en Brindis esperando la primavera, pero cuando se enteró de que Pompeyo estaba lejos y de que la costa que estaba justo enfrente no se encontraba apenas vigilada, captó al punto la inesperada oportunidad de la guerra[191] y le atacó cuando estaba desprevenido. Así que, a mitad del invierno, partió con una parte del ejército (pues no tenía suficientes naves para
que cruzasen todos al mismo tiempo) y sin que se percatara 3
Marco Bíbulo[192] a quien había sido encomendada la vigilancia del mar, cruzó hacia el cabo llamado Ceraunia que es

[191] La expresión *tò kainòn toû polémou* la emplea por primera vez Tucídides *(Historia de la Guerra del Peloponeso* III 30) y se convierte pronto en proverbial.

[192] Marco Calpurnio Bíbulo, colega de César en tres magistraturas, pasó después a ser su enemigo. En el año 49 se puso a las órdenes de Pompeyo y éste le encargó el mando supremo de la flota. Estaba casado con Porcia, hija de Catón, quien luego se casó con Marco Bruto.

4 el límite del Epiro junto a la boca del golfo Jónico. Y cuan-
do llegó allí antes de que se hiciera público que se haría a la
mar, envió las naves de vuelta a Brentesio por los demás;
pero Bíbulo las destruyó cuando volvían y remolcó a algu-
nas, de modo que César se dio cuenta de que en realidad
había llevado a cabo un viaje más afortunado que sensato.

45 En este lapso de tiempo, sometió Orico y Apolonia y
otros territorios de allí que habían sido abandonados por las
guarniciones de Pompeyo. Esta Apolonia[193], la corintia, está
en un buen sitio, tanto desde el punto de vista de la tierra
como desde el del mar y en el mejor en lo que se refiere a
ríos. Pero lo que me maravilló especialmente sobre todo lo
demás fue un gran fuego que brota junto al río Ana y no se
propaga más allá de la tierra que lo rodea, ni incendia aque-
lla en la que subsiste, ni la hace en ningún modo más árida,
sino que la hierba y los árboles florecen muy cerca, y cuan-
3 do cae la lluvia crece y se eleva hacia lo alto. Por eso se le
llama Ninfeo y de hecho muestra un oráculo del tipo que si-
gue: después de tomar incienso y hacer las rogativas que
4 quieras, lo echas al fuego como portador de la plegaria. En-
tonces, el fuego, si un deseo se va a cumplir, acepta el in-
cienso con firmeza e incluso si cae fuera, en alguna parte, se
precipita hacia allí, lo arrebata y lo consume; pero si no se
5 va a cumplir, el fuego no llega a él, e incluso si el incienso
es transportado hacia la propia llama, el fuego se retira y
huye. Y actúa así, de esas dos maneras, en cualquier cues-
tión excepto la muerte o el matrimonio; pues acerca de estos
asuntos no le es posible a nadie preguntar nada en absoluto.

46 Así es esa maravilla. Pero César, como Antonio, a quien
había encargado acompañar a los que quedaban en Brindis,
se retrasaba y no había llegado ninguna noticia sobre ellos a

---

193 Hoy Poiani, a pocos kilómetros del Adriático, en el Epiro.

causa del mal tiempo y de Bíbulo, sospechó que adoptaba una actitud neutral y que esperaba vigilante el curso de los acontecimientos, como suele suceder en las guerras civiles. Deseoso por ello de navegar personalmente a Italia, él solo 2
embarcó en un barquito como si fuera otra persona diciendo que había sido enviado por César y obligó al timonel a hacerse a la mar aunque había mucho viento. Sin embargo, cuando se alejaron de la costa y el viento los empujaba con 3
fuerza y las olas los zarandeaban de un modo tan terrible que el timonel, ni forzado, se atrevía a navegar más lejos sino que intentaba volver aún contra la voluntad de su pasajero, éste se dio a conocer como si con eso fuera a calmar la tempestad y dijo: «Ten valor porque llevas a César». Tenía 4
tal confianza en sí mismo y tal optimismo —bien sin razón, bien por algún oráculo— que creía firmemente en su salvación incluso en contra de las apariencias; sin embargó no cruzó, sino que, después de mucho esforzarse en vano, regresó.

A continuación acampó en los alrededores del río Apso, 47
enfrente de Pompeyo. Éste, en efecto, tan pronto como se enteró de la llegada de César, no se demoró, sino que con la esperanza de vencerlo más fácilmente antes de que recibiera la ayuda de las tropas que estaban con Antonio, se dirigió hacia Apolonia a marchas forzadas con un ejército. Enton- 2
ces César salió hasta el río para hacerle frente pensando que iba a ser capaz de medirse con él y con las tropas que se acercaban; pero cuando se dio cuenta de que era muy inferior en número, se detuvo y para que no pudiera pensarse que hacía esto por miedo ni que iniciaba la guerra, dejaba caer algunas palabras conciliadoras hacia el otro bando y con este pretexto daba largas. Pero Pompeyo, cuando se en- 3
teró, quiso enfrentarse con él lo antes posible y por eso intentó cruzar el río; mas como el puente se derrumbó con el

peso y algunos de los que habían cruzado por delante quedaron aislados y perecieron, desistió del ataque desanimado porque había fracasado al intentar la primera de las acciones de la guerra.

48 Entre tanto había llegado Antonio, y Pompeyo se retiró temeroso hacia Dirraquio. En efecto, mientras Bibulo vivía, aquel no se había atrevido a salir de Brindis —tan estrecha era su vigilancia— pero cuando éste murió agotado por el trabajo y Libón le sucedió al mando de la flota, Antonio lo despreció y se hizo a la mar para hacer por la fuerza la tra-
2 vesía. Y al ser rechazado hacia tierra se defendía del fuerte ataque del otro contra él y después no permitió a Libón, que quería desembarcar en algún sitio, que atracase en niguna
3 parte de aquella costa. Entonces, Libón, puesto que no tenía ni un puerto ni agua —pues la islita que había cerca del puerto, único lugar al que podían acercarse, no tenía ni agua ni puerto— navegó hacia alguna parte lejos de allí donde
4 iba a tener ambas cosas en abundancia. Antonio se hizo a la mar y después, aunque Libón quiso atacarlos en alta mar, no sufrió nada de su parte, pues sobrevino una violenta tempestad que impidió el ataque; pero ambos fueron maltratados por la propia tormenta.

49 Cuando los soldados estuvieron a salvo, Pompeyo, por su parte, se retiró a Dirraquio, como he dicho, y César lo siguió animado por el hecho de que ahora lo superaba en el número de tropas disponibles por las que se le habían aña-
2 dido. Dirraquio está en la tierra que antes se consideraba de los ilirios partinos y ahora se considera ya parte de Macedonia y es un lugar muy ventajoso, tanto si es la Epidamno de los corcirenses como si es alguna otra ciudad. Los que han escrito sobre ello atribuyen su fundación y su nombre al
3 héroe Dirraquio; otros dicen que son los romanos los que le han puesto el nuevo nombre de Dirraquio a este lugar por la

dificultad de acceso a su escarpada costa, porque la palabra «Epidamno» que, en la lengua de los latinos, tiene el significado de «daño» parece ser un mal augurio para ellos en sus viajes hacia allí[194].

Así pues[195], tras haberse refugiado en esta Dirraquio, 50
Pompeyo levantó un campamento fuera de la ciudad y lo
rodeó con un profundo foso y una sólida empalizada. César,
que había acampado justo enfrente de él, atacó en la idea
de que tomaría la empalizada en poco tiempo debido al nú-
mero de sus tropas, pero cuando fue rechazado, intentó en-
cerrarle con un muro. Al tiempo que éste se dedicaba a eso, 2
Pompeyo fortificaba con empalizadas unas zonas, otras con
contramuros, cavaba fosos y establecía torres con puestos
de vigilancia en los lugares altos para hacer infranqueable el
circuito de la fortificación e impedir el paso a los contrarios
incluso si resultaban vencedores. Entre tanto se daban mu- 3
chas batallas, aunque cortas, entre ellos; y en estos encuen-
tros, unas veces éstos, otras aquéllos, resultaban vencedores
o vencidos, de modo que murieron unos cuantos en número
similar de uno y otro bando. César, una noche, intentó en-
trar en la propia Dirraquio, entre los pantanos y el mar, con-
vencido de que sería traicionada por los que la defendían, y
llegó hasta dentro del paso, pero allí cayeron sobre él mu- 4
chos de frente, y otros muchos por la espalda, que, transpor-
tados en las naves, le atacaron de pronto. Perdió muchos
hombres y él mismo estuvo cerca de morir. Estimulado
Pompeyo por este suceso, planeó atacar el muro que les ro-

---

[194] Como ya se señaló antes (n. 161), Dirraquio es la actual Durrës. El prefijo griego *dys-* indica dificultad o desgracia, mientras que la palabra *rhachía* se refiere a una costa escarpada, de modo que los romanos habrían utilizado este nombre para evitar el nombre griego *Epídamnos* cuyo final a los romanos les sonaba a *damnum* «daño», «ruina».

[195] Cf. César, *Guerra civil* III 41ss.

deaba por la noche y cayendo por sorpresa sobre él, se apoderó de una parte y causó muchas muertes entre los que acampaban junto a él.

51 César, como había sucedido esto y le faltaba el trigo —de hecho, tanto el mar como la tierra próxima le eran hostiles, y algunos, por eso, se habían pasado al enemigo— temiendo ser vencido mientras continuaba el asedio o ser abandonado por los demás, derribó todas las obras y destruyó los muros paralelos y a continuación, salió de improviso
2 y se dirigió a Tesalia. Durante este mismo tiempo en que Dirraquio era asediada, Lucio Casio Longino y Cneo Domicio Calvino habían sido enviados por César a Macedonia y a Tesalia; y allí Longino había sufrido una terrible derrota por
3 parte de Escipión y del tracio Sadalo, mientras que Calvino había sido rechazado de Macedonia por Fausto, pero entonces se le unieron los locrios y los etolios y atacó Tesalia junto con ellos. Después de haber caído en una emboscada y de responder a su vez con otra, venció a Escipión en una ba-
4 talla y por ello se atrajo a algunas ciudades. Así pues, César se dirigió allí a marchas forzadas porque creía que junto a aquellos conseguiría abundancia de provisiones y continuaría la guerra con más facilidad. Y como nadie lo recibía porque estaba en mala situación, se mantenía contra su voluntad apartado de las demás ciudades, pero cayó sobre Gonfos, una pequeña población de Tesalia, y tras someterla, mató a muchos y saqueó todo para atemorizar a los demás
5 con ello. Y en efecto, Metrópolis, otra población, ni siquiera trabó combate con él sino que llegaron a un acuerdo sin luchar, y a partir de estos dos casos se atrajo a algunos otros más fácilmente sin causarles ningún daño.

52 El uno se hizo fuerte de nuevo, mientras que el otro, Pompeyo, no le persiguió —pues había salido inesperadamente de noche y había cruzado a marchas forzadas el río

Genuso[196]—; sin embargo, tenía la idea de que había llevado la guerra a su fin. Por eso tomó el nombre de *imperator,* pero no se jactó de ello, ni ató ningún laurel a sus *fasces*[197], porque le disgustaba hacer algo así en contra de ciudadanos. Por la misma razón no navegó a Italia en persona ni envió a 2
otros, aunque la habría dominado entera con facilidad; porque su flota era muy superior, con quinientas naves ligeras, de forma que podía arribar a la vez por todas partes; y por allí, ni le odiaban, ni, aun en el caso de que se hubieran vuelto muy hostiles, habrían estado a su altura para hacerle frente. Así pues, quería estar lejos de dar la impresión de 3
que hacía la guerra por conquistar Italia y no le parecía bien causar ningún miedo a los que entonces estaban en Roma. Por eso no trató de apoderarse de Italia, ni envió a las autoridades ninguna comunicación sobre sus resultados; pero a continuación, se dispuso a enfrentarse a César y llegó a Tesalia.

Como habían acampado uno enfrente del otro, la vista 53
de los campamentos daba una imagen de guerra, pero las armas se mantenían tranquilas como en tiempo de paz. Y es que, como consideraban la magnitud del riesgo y preveían lo dudoso e incierto de los resultados, y además sentían un cierto pudor por su común ascendencia y su parentesco, daban largas. Entre tanto, intercambiaban embajadas con vis- 2
tas a su amistad y daban vanas muestras de que iban a reconciliarse. Pero la verdadera razón era que, como ambos aspiraban al poder absoluto y se dejaban arrastrar por una gran ambición natural y por una gran rivalidad adquirida —de hecho, algunos llevan muy mal ser tenidos en menos 3

[196] Río de Iliria que desemboca entre Apso y Dirraquio, actual Schkambe.

[197] Para *imperator* Dion utiliza la palabra *autokrátōr*, para las *fasces* la palabra griega *rhábdos,* «varas, bastones».

por iguales y allegados—, y como cada uno de ellos creía que podía vencer, ni quería ceder nada ante el otro, ni podía confiar en que, aún llegando a algún acuerdo concreto, no intentaran ganar ambos la mejor posición y no volvieran a enfrentarse por todo.

54 Tenían un carácter tan diferente que Pompeyo no deseaba ser el segundo de ningún hombre, mientras que César ansiaba ser el primero de todos; el primero aspiraba a ser honrado por gente que lo hiciera voluntariamente y a ser estimado y estar al frente de los que querían que lo hiciera, mientras que al otro no le importaba en absoluto si gobernaba a quienes no querían, si daba órdenes a quienes le odia-
2 ban o si él mismo se otorgaba los honores. Sin embargo, en sus hechos, a través de los cuales esperaban conseguir todo cuanto querían, ambos tenían por fuerza que asemejarse. Pues era imposible, en efecto, que cualquiera de ellos tuviera éxito sin hacer la guerra a sus compatriotas, sin conducir extranjeros contra sus parientes, sin llevarse como injusto botín grandes sumas de dinero, sin matar ilegalmente, en
3 fin, a muchos de los más amigos. De modo que, aunque diferían en sus aspiraciones, sin embargo, en las actuaciones mediante las que esperaban cumplirlas, se parecían. Por eso, ninguno cedía ante el otro en nada, a pesar de las muchas alegaciones que se cruzaban, y finalmente se enfrentaron en combate.

55 Entonces tuvo lugar un enfrentamiento como no ha habido otro. Porque ellos eran tenidos por los mejores en todo lo referente a la guerra y eran claramente los más célebres no sólo entre los romanos sino también entre los demás hombres de entonces. Pues se habían ejercitado en tales asuntos desde niños y se habían dedicado a ello constantemente y habían realizado gestas dignas de mención, habían tenido un gran valor y habían gozado de una gran fortuna, y

eran los más dignos de mandar un ejército y de obtener la victoria. En cuanto a las tropas, César tenía la mayor parte y 2 la más genuinamente romana y además las más aptas para combatir del resto de Italia, de Hispania y de toda la Galia y de las islas que había conquistado. Pompeyo, por su parte, había conseguido un grupo numeroso del Senado y del orden ecuestre y del alistamiento regular, y había reunido un gran número de los demás territorios sometidos y de pueblos y reyes aliados. En efecto, excepto Farnaces y Orodes 3 —pues había intentado atraerse a éste último, aunque era su enemigo desde que había matado a los Crasos— todos los demás que habían sido alguna vez y de algún modo amigos suyos le habían entregado dinero y unos le habían enviado y otros habían llevado tropas auxiliares. Además, el parto[198] 4 le había prometido que, si conseguía Siria, sería su aliado, pero como no lo consiguió, no acudió en su auxilio. Así que, aunque Pompeyo era muy superior en número, los de César los igualaban en fuerza; y así, siendo parejas las ventajas, resultaban equilibrados entre sí y corrían los mismos riesgos.

Así que por estas circunstancias y por ese mismo motivo 56 y fundamento para la guerra, tuvo lugar el más notable de los enfrentamientos. Pues la ciudad de los romanos y todo su imperio que ya era poderoso y extenso, se les proponía como recompensa; de hecho, era evidente para todos que serían esclavizados por el que ganara. Cuando meditaban esto 2 y además recordaban sus campañas anteriores —Pompeyo, la de África, Sertorio, Mitrídates, Tigranes y el mar; César, 3 las de la Galia, Hispania, el Rin y Britania—, pensando que combatían también por aquello, y en su rivalidad por conseguir cada uno la fama del otro, se llenaban de excitación.

---

198 Orodes.

Pues las posesiones de los vencidos pasan a los vencedores y especialmente la buena fama, y cuanto mayor y más fuerte es el antagonista que uno abate, tanto más uno mismo es ensalzado.

57 Por eso también hacían a sus tropas muchas y parecidas recomendaciones en uno y otro bando, diciéndoles todo cuanto conviene decir en tales circunstancias para el mo-
2 mento del combate y para después. Así que, como partían de un mismo régimen político y hacían sus discursos sobre los mismos asuntos, llamando a los otros tiranos y a sí mismos libertadores, no tenían nada diferente que decirles excepto que a unos les tocaría morir y a otros salvarse, a unos ser esclavos y a otros tener la suerte del dueño, y el tener todo o el verse privados de todo, y el sufrir o el causar terri-
3 bles desgracias. Y tras hacer algunas exhortaciones de este estilo a los ciudadanos y además intentar infundir a las tropas de pueblos sometidos y de aliados esperanzas de mejorar su situación y miedo de empeorarla, lanzaron a unos contra otros, hombres de la misma familia, compañeros de
4 tienda, de mesa y de libaciones. Y ¿cómo podría uno lamentar el destino de los otros, cuando sus propios líderes, teniendo todas esas mismas cosas en común y después de haber hecho muchos pactos secretos y haber participado en muchas acciones semejantes, y aunque habían llegado en una ocasión a emparentarse por matrimonio y habían amado al mismo niño, el uno como padre y el otro como abuelo, sin embargo combatían? Así pues, todos los lazos que la naturaleza había establecido entre ellos mezclando su sangre, los desataron, los desgarraron y los destrozaron entonces. Y por culpa de ellos también Roma se veía forzada a combatir al mismo tiempo a favor y en contra de sí misma, de modo que incluso si llegara a vencer resultaría vencida.

El combate en el que se trabaron fue como sigue: no se 58
enfrentaron inmediatamente, sino que, como partían de la misma patria y del mismo hogar y tenían armas similares y formaciones semejantes, ninguno de los bandos se atrevía a empezar la batalla y a ambos les repugnaba matar a alguno.
Así que reinaba el silencio y la desolación en uno y otro la- 2
do y ninguno de ellos avanzaba un paso ni se movía en absoluto, sino que permanecían quietos mirando hacia abajo como sin vida. Entonces, César y Pompeyo, temiendo que, si permanecían quietos por más tiempo, se debilitarían o incluso llegarían a un acuerdo, ordenaron a los trompetas que dieran la señal inmediatamente y a los soldados que dieran el grito de guerra al unísono. Y ambas órdenes fueron obe-
decidas, pero los combatientes estaban tan lejos de animarse 3
que incluso después de usar el mismo toque de trompeta y del grito de combate en la misma lengua, se puso aún más de manifiesto que eran compatriotas y se reveló su parentesco y, por eso, se sumieron en llantos y lamentos. Pero mucho tiempo después, cuando las tropas aliadas tomaron la iniciativa, también aquellos entraron en combate, sin ser conscientes de lo que hacían.

Para los que atacaban desde lejos era menos terrible, 59
pues no sabían a quiénes golpeaban cuando lanzaban sus
flechas, sus jabalinas, sus piedras; pero los soldados de in- 2
fantería pesada y los de caballería llevaban la peor parte, pues como estaban muy cerca unos de otros y podían decirse algo, reconocían a los que se enfrentaban a ellos al tiempo que los herían; los llamaban por su nombre al tiempo que los mataban; recordaban sus hogares patrios al tiempo que los
despojaban. Eso hacían y sufrían los romanos y los que pro- 3
cedían del resto de Italia cuando se encontraban al entrar en combate y muchos mandaban recados a sus casas a través
de sus propios verdugos. Pero las tropas de los pueblos so- 4

metidos combatían dura y animosamente y mostrando tanto empeño entonces por la esclavitud de los romanos, como mostraron en otra ocasión luchando por su propia libertad, con el deseo de tenerlos como compañeros de esclavitud, ya que se consideraban inferiores a ellos en todo.

60 La batalla fue muy importante y muy compleja, por las
razones expuestas y por la cantidad y variedad de armamen-
to. Ocupaba toda la llanura un gran contingente de tropas de
infantería pesada y de caballería, en un segundo grupo los
arqueros y en otro los honderos, y como estaban dispersos
por ella, a menudo combatían entre sí soldados armados de
la misma manera, pero otras muchas veces combatían indis-
criminadamente con hombres armados de distinta forma.
2 Los de Pompeyo eran superiores en soldados de caballería y
arqueros y por eso, rodeando las tropas enemigas a distan-
cia, llevaban a cabo ataques repentinos y cuando los espan-
taban se retiraban, y así podían atacarlos una vez tras otra
3 cambiando de sitio, unas veces por aquí y otras por allá. En-
tonces, los de César se guardaban de esto y desplegaban sus
filas de forma que siempre dieran la cara a los atacantes y,
saliendo a su encuentro, se apoderaban, en denodada lucha,
de hombres y caballos. Pues la infantería ligera junto con su
4 caballería había sido dispuesta precisamente para ese fin. Y
eso sucedía no en un lugar, como he dicho antes, sino dis-
persos por muchos sitios al mismo tiempo, de modo que,
como unos combatían a distancia y otros se enfrentaban
cuerpo a cuerpo, unos golpeaban, otros eran heridos, otros
salían huyendo y otros los perseguían, se veían muchas ba-
5 tallas de infantería y muchas de caballería. Entretanto suce-
dieron un montón de cosas increíbles. Un hombre, tras po-
ner en fuga a otro, huía; otro que había esquivado a un
enemigo, volvía a atacarlo; uno, tras golpear a otro, resulta-
ba herido él mismo, y otro que había caído mataba al ene-

migo que permanecía en pie. Muchos morían ilesos y otros muchos, medio muertos, mataban a otros. Unos se alegra- 6
ban y entonaban peanes, mientras los otros se afligían y se lamentaban, de modo que todo se llenaba de gritos y gemidos; y la mayoría se turbaba por eso (pues las palabras no tenían sentido para ellos por ser de raza extraña y de lengua extraña y les producían un miedo extraordinario), pero a los que se entendían les sucedió una desgracia muchas veces peor, pues veían y escuchaban, además de sus propios sufrimientos, los de sus vecinos.

61 Por fin, después de luchar durante mucho tiempo en un combate indeciso y de haber caído y haber sido heridos muchos igualmente de uno y otro bando, Pompeyo fue derrotado, porque la mayor parte de su ejército era asiático y no estaba entrenado, como se le había revelado en una ocasión antes del combate: porque habían caído rayos sobre su cam- 2
pamento y había visto que un fuego que había aparecido sobre la trinchera de César caía sobre la suya, y las abejas rodeaban sus estandartes militares y muchas de las víctimas de sacrificios escaparon cuando se acercaban ya a los propios altares. Y tanto se extendió la lucha al resto de los hombres 3
que el mismo día de la batalla se produjeron en muchas partes enfrentamientos de ejércitos y estrépito de armas; en 4
Pérgamo un sonido de timbales y címbalos que surgía del templo de Dioniso se extendió por toda la ciudad; en Trales brotó una palmera en el templo de Nike y la propia diosa se volvió hacia una imagen de César que estaba al lado; dos jovencitos tras anunciar el resultado de la batalla a los sirios, se hicieron invisibles; y en Patavio, que ahora es de Italia pero entonces todavía pertenecía a la Galia, unos pájaros no sólo lo anunciaron sino que también lo mostraron en cierto modo: un tal Gayo Cornelio, en efecto, a partir de estos, 5
había extraído información rigurosa de todo lo que había

sucedido y se lo había explicado a los presentes. Estas cosas, como es natural, no se creyeron de momento en el mismo día en que sucedió cada una, pero cuando se tuvieron noticias de lo que había sucedido en realidad, causaron asombro.

62 Los seguidores de Pompeyo que no habían perecido en
la batalla cuerpo a cuerpo, unos huyeron a donde pudieron,
y los otros [fueron capturados][199] *** César a los que pres-
taban servicio en el ejército los enroló en sus propias filas sin
2 pensar en vengarse. Sin embargo mató a cuantos senadores
y caballeros había dejado a salvo tras haberlos capturado en
ocasiones anteriores, excepto a algunos por quienes habían
implorado clemencia sus amigos —pues había concedido a
3 estos salvar a uno cada uno—, y dejó libres a los demás que
habían hecho la guerra contra él por primera vez, diciendo:
«No me han causado ninguna ofensa los que han tomado
partido por Pompeyo porque es su amigo, sin haber recibido
4 ningún favor de mi parte». Hizo lo mismo con los príncipes
y los pueblos que habían ayudado a Pompeyo; así que los
perdonó a todos teniendo en cuenta que él no conocía a casi
ninguno de ellos, mientras que habían recibido muchos be-
neficios de Pompeyo. Y alababa mucho más a éstos que a
los que habían recibido algún favor por parte de éste y le
5 habían abandonado en el momento de peligro; porque espe-
raba que los primeros estuvieran bien dispuestos también
hacia él, mientras que los otros, por mucho que pareciera
que le habían hecho algún servicio, sin embargo creía que,
del mismo modo que habían traicionado al que era su amigo
ahora, no tendrían clemencia con él mismo en otra ocasión
similar.

---

[199] Según advierte E. Cary en nota a su traducción *(op. cit.* pág. 107), «fueron capturados» sería lo acertado si siguiéramos a Plutarco, pero, si tenemos en cuenta la versión de César sería más adecuado «se rindieron».

Como prueba de esto, perdonó a Sadalo el tracio y a Deyótaro el gálata, aunque habían estado en la batalla, y a Tarcondimoto que gobernaba una parte de Cilicia y había sido de gran ayuda para la escuadra de Pompeyo. Pero ¿para qué es necesario enumerar a los demás que habían enviado tropas aliadas a quienes concedió el perdón tras exigirles sólo dinero? Pues no les hizo ninguna otra cosa ni les quitó nada más, a pesar de que muchos de ellos habían recibido de Pompeyo muchos y grandes regalos en otro tiempo o entonces. En efecto, había entregado a Ariobarzanes, el rey de Capadocia, una parte de Armenia que era de Deyótaro; sin embargo no perjudicó a Deyótaro con esto, sino que le hizo un favor adicional: pues no había recortado su territorio, sino que, tras conquistar toda la Armenia, conquistada previamente por Farnaces, otorgó una parte de ella a Ariobarzanes y la otra a Deyótaro. Así trató César a éstos; pero a Farnaces que aducía en su defensa que no había ayudado a Pompeyo y se consideraba digno por ello de obtener el perdón por lo que había hecho, no le mostró ninguna consideración y además le reprochó precisamente eso, que había sido malvado e impío con su benefactor. Tal fue la humanidad y honradez que mostró con los que habían hecho la guerra contra él; por supuesto, todas las cartas secretas encontradas en las arcas de Pompeyo que probaban la buena disposición que algunos tenían hacia éste y la hostilidad que tenían hacia el propio César ni las leyó ni las copió, sino que las quemó inmediatamente para no verse forzado por ellas a hacer alguna cosa terrible, de modo que se debería odiar a los que conspiraron contra él por eso entre otras razones. Y no digo esto en vano, sino que Marco Bruto Cepio, el que lo mató después de esto, fue capturado, y perdonado por él.

LIBRO XLII

El libro cuadragésimo segundo de la *Historia romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo Pompeyo, derrotado en Tesalia, huyó a Egipto y murió [1-5].
2. Cómo César llegó a Egipto persiguiendo a Pompeyo [6-9].
3. Cómo se anunciaron en Roma las noticias acerca de César y Pompeyo y lo que se decretó en honor de César [17-20].
4. Cómo se enfrentaron los que estaban en Roma durante la ausencia de César [21-33].
5. Cómo César, tras luchar contra los egipcios, los sometió y los entregó complaciente a Cleopatra [34-44].
6. Cómo César venció a Farnaces [45-48].
7. Cómo César volvió a Roma y resolvió lo de allí [49-55].
8. Cómo César llevó una expedición militar a África [56-58].

Duración: el resto del segundo consulado de Gayo Julio César y Publio Servilio Isáurico [706/48] y un año más en el que fueron magistrados los que se enumeran a continuación:

G. Julio César, hijo de Gayo, dictador por segunda vez;
M. Antonio, hijo de M. : jefe de la caballería;

y los dos cónsules:

Q. Fufio Caleno, hijo de Quinto;
P. Vatinio, hijo de Publio.

1 Así fue la batalla. Tras ella, Pompeyo desistió al punto de todos sus proyectos y no tuvo en cuenta ni siquiera su propio valor, ni la cantidad de tropas que le quedaban, ni tampoco que muchas veces la fortuna restablece en muy poco tiempo a los que han fracasado, aunque siempre antes había tenido el mayor ánimo y la mayor esperanza en todas
2 las ocasiones en las que había fracasado. La causa fue que en aquéllas, en la idea de que era semejante en número a sus adversarios, no presuponía la victoria, sino que, previendo los dos posibles resultados de los hechos, en el momento de afrontar la lucha y antes de que sobreviniera alguna desgracia, no dejaba de prestar atención a lo peor; por eso, no se veía forzado a ceder ante los desastres y podía reanudar la lucha con facilidad; pero entonces, como había esperado quedar muy por encima de César, no tomó ninguna precau-
3 ción. De hecho ni había acampado en un lugar adecuado ni se había preparado un refugio por si era derrotado; y aunque hubiera podido retrasar la campaña y después dominar sin combate —pues su ejército aumentaba cada día y los víveres eran abundantes porque se encontraba en un país amigo en su mayor parte y tenía el dominio del mar—, sin embargo, bien voluntariamente porque pensaba que tendría una victoria completa, bien forzado por los que estaban con él,
4 entró en combate. Por eso, tan pronto como fue vencido, quedó terriblemente turbado y no tuvo ni un plan oportuno ni una esperanza segura para volver a afrontar la lucha. Pues, cuando a uno le sobreviene algo de forma inesperada y completamente fuera de sus cálculos, humilla su ánimo y ofusca su razonamiento, de modo que se convierte en el
5 peor y el más débil juez de lo que se debe hacer. Porque no quiere el cálculo tratarse con el miedo, sino que, si el prime-

ro se adelanta echa fuera al segundo con todas sus fuerzas, mientras que si se retrasa, es derrotado.

Precisamente por eso, Pompeyo, como no había hecho 2
ningún plan previo, se encontró desnudo e indefenso, mientras que si hubiera tomado alguna precaución, habría recobrado todo rápidamente y quizá sin dificultad. De hecho, habían sobrevivido muchos de los que habían combatido a su lado y tenía otras fuerzas que no eran pequeñas; y lo más importante: había adquirido mucho dinero y dominaba todo el mar, y además tanto las ciudades de allí como las de Asia lo amaban incluso en el fracaso. Pero entonces, puesto que 2
había salido mal de aquello en lo que había puesto mayor confianza, por el temor que le sobrecogió, no se sirvió de ninguno de estos recursos, sino que abandonó al punto la defensa y huyó a Larisa con unos pocos. No entró en la ciu- 3
dad, a pesar de que los de Larisa le invitaban a hacerlo, porque temía que se expusieran por ello a alguna acusación; por el contrario, pidió a aquellos que cedieran ante el vencedor y él mismo, tras coger provisiones y bajar hacia el mar, navegó hacia Lesbos en una nave de carga para reunirse con su mujer Cornelia y su hijo Sexto; y después de re- 4
coger a estos, sin entrar siquiera en Mitilene, partió para Egipto con la esperanza de establecer una alianza con Ptolomeo que entonces reinaba allí. Éste, en efecto, era hijo del Ptolomeo que había recobrado el poder real de su parte por mediación de Gabinio y por eso había enviado una flota en 5
su ayuda. He oído también que quiso huir hacia los partos, pero no puedo dar crédito a esto; porque los partos, desde que Craso combatió contra ellos, odiaban tanto a todos los romanos y especialmente a Pompeyo porque era pariente suyo, que habían hecho prisionero a su embajador cuando fue a pedirles ayuda, a pesar de su condición de senador. 6
Así que Pompeyo, en su infortunio, nunca habría soportado

convertirse en suplicante de su peor enemigo de quien no habría obtenido nada ni siquiera cuando le iba bien.

3 Entonces se dirigió a Egipto por lo que he dicho y, tras navegar por la costa hasta Cilicia, cruzó desde allí a Pelusio, donde Ptolomeo, que hacía la guerra a su hermana Cleopa-
2 tra, había acampado. Tras fondear, mandó embajadas para recordar a Ptolomeo los servicios prestados a su padre y pedirle que les permitiera atracar bajo ciertas condiciones pactadas, pues no se atrevió a desembarcar antes de recibir al-
3 guna garantía de su seguridad. Ptolomeo no le respondió nada (pues era sólo un niño), pero algunos de los egipcios acudieron como amigos con Lucio Septimio, un romano que había prestado servicio en el ejército una vez junto a Pompeyo y había sido compañero de Gabinio quien le había dejado en la retaguardia junto con algunos soldados para la
4 protección de Ptolomeo; llegaron como amigos, pero conspiraron de forma impía contra él y por eso atrajeron una maldición sobre sí mismos y sobre todo Egipto; porque no mucho después ellos mismos murieron y los egipcios fueron entregados a traición como esclavos a Cleopatra, cosa que no querían en absoluto, y después fueron inscritos entre los súbditos de los romanos.

4 En ese momento, Septimio y Áquila, el jefe del ejército, y otros que estaban con ellos dijeron que estaban dispuestos a recibir a Pompeyo, con la intención de engañarle y capturarle con la mayor facilidad; enviaron por delante a los legados que éste había mandado y, tras pedirles algunos que tuvieran confianza, embarcaron ellos mismos en botes y na-
2 vegaron al encuentro de Pompeyo; entre otras cosas, le dieron muestras de amistad y le pidieron que embarcara con ellos, diciéndole que ninguna nave podía acercarse a la costa por su tamaño y por los escollos y que Ptolomeo deseaba
3 encarecidamente verle enseguida. Y así, Pompeyo, aunque

los que iban con él se lo desaconsejaban, confió en ellos ***[200] y sólo dijo esto:

Quienquiera que marche en pos de un tirano,
es su esclavo aunque camine libre[201]

Estos, cuando estuvieron cerca de tierra, temiendo que se 4
salvara, si encontraba a Ptolomeo, por mediación de aquel
mismo o de los romanos que estaban con él o incluso de los
egipcios (pues tenían una gran simpatía hacia él), lo mata-
ron antes de desembarcar sin que dijera nada ni se quejara;
pues tan pronto como se enteró de la emboscada y se dio 5
cuenta de que no podía defenderse ni escapar, se cubrió el
rostro.

Tal fue el fin del famoso Pompeyo Magno, de modo que 5
una vez más, por éste, se puso de manifiesto la debilidad y
la sinrazón del género humano. Porque a pesar de no haber 2
descuidado ninguna precaución, y de haberse rodeado de la
mayor seguridad contra lo que pudiera dañarle, en aquella
ocasión resultó engañado; y después de haber conseguido
muchas victorias inesperadas en África en Asia y en Euro-
pa, tanto por tierra como por mar, desde muy joven, fue
abatido a los cincuenta y ocho años de forma sorprendente;
y tras someter todo el mar de los romanos, murió en ese 3
mismo mar; y tras ser «almirante de diez mil naves»[202], se-
gún el dicho, pereció en un bote, cerca de Egipto, y en cier-
to sentido, a manos de Ptolomeo, a cuyo padre, una vez,
había traído de vuelta a aquel país y había restaurado en el

---

[200] Laguna en el texto.

[201] Estas palabras transmitidas por varias fuentes acabaron convirtiéndose en proverbiales. Cf. Sófocles, *Fragmentos,* BCG 62, Madrid, Gredos, 1983 pág. 408.

[202] Referencia a la guerra de Troya. En realidad Pompeyo comandaba 270 naves al principio de la guerra contra los piratas.

4 trono. Así que aquel a quien todavía protegían los soldados
romanos que había dejado Gabinio como guardia por un fa-
vor de Pompeyo, debido al odio que sentían los egipcios por
su padre, parece ser quien lo mató por mediación de esos
5 mismos, egipcios y romanos. Pompeyo, que antes había si-
do considerado el más poderoso de los romanos, hasta el
punto de que lo llamaban Agamenón[203], fue degollado co-
mo si se tratara del último de los propios egipcios, junto al
monte Casio y en el aniversario del día en que una vez cele-
6 bró el triunfo sobre Mitrídates y los piratas, de modo que,
en esto, tampoco concuerda nada: porque, después de haber
llevado a cabo en aquel día sus hazañas más brillantes, su-
frió entonces el fin más doloroso, y además, aunque había
sospechado a causa de un oráculo de todos los ciudadanos
llamados Casio, ningún Casio conspiró contra él, pero mu-
7 rió y fue enterrado junto al monte que lleva ese nombre. De
los que viajaban con él, unos fueron capturados al punto, otros
escaparon, entre ellos su mujer y su hijo. Ella, después, con-
siguió el perdón y llegó sana y salva a Roma. En cuanto a
Sexto, se dirigió a África al encuentro de su hermano Cneo.
En efecto, se les distinguía por estos nombres puesto que
ambos llevaban el nombre de familia de Pompeyo.

6 César, tras atender a lo más urgente después de la bata-
lla y poner al frente de Grecia y del resto de la región a al-
gunos otros para que la atrajeran a su bando y la pacificaran,
fue él mismo detrás de Pompeyo; se apresuró a llegar hasta
Asia siguiendo su pista, pero allí, puesto que nadie sabía por
2 dónde había seguido su viaje se detuvo un tiempo. Así pues,

---

[203] Caudillo de la guerra de Troya que recibe el epíteto de «señor de hombres» y comandaba la expedición como jefe de entre los jefes. PLUTARCO en *Pompeyo* 67, 3, y *César* 41, 1, dice que Domicio Enobarbo llamaba a Pompeyo «Agamenón» y «rey de reyes» para hacer que cayera en desgracia.

todo marchaba de forma tan favorable para él que mientras cruzaba el Helesponto en un bote, encontró la flota de Pompeyo que navegaba con Lucio Casio al mando, pero, no sólo no sufrió ningún daño por parte de ellos, sino que los asustó y los atrajo a su bando. Y después, se apoderaba del resto de 3
aquella región sin que nadie se le opusiera y la administraba, como he dicho, recaudando dinero sin provocar ningún otro daño a nadie, sino por el contrario beneficiándolos a todos cuanto le era posible. De hecho, tras echar a los recaudadores que habían actuado de la forma más cruel, estableció para la cantidad creciente de tributos un pago común de impuestos.

Entre tanto, se enteró de que Pompeyo navegaba hacia 7
Egipto y como temía que cobrara nuevas fuerzas si lo ocupaba antes que él, se puso en camino a marchas forzadas. Cuando se enteró de que aquel ya no vivía, navegó con unos 2
pocos, muy por delante de los demás, a la propia Alejandría, antes de que Ptolomeo llegara desde Pelusio, y como encontrara a los alejandrinos alborotados por la muerte de Pompeyo, no se atrevió a bajar a tierra inmediatamente, sino que aguardó sin fondear hasta que vio la cabeza y el anillo de éste, enviados por Ptolomeo. Entonces se acercó a tierra con 3
confianza, pero, se produjo tal irritación en la multitud contra sus lictores, que a duras penas escapó hacia el palacio; algunos de sus soldados habían sido despojados de sus armas y, por eso, los demás se volvieron de nuevo al puerto hasta que atracaron todas las naves.

César, por su parte, cuando vio la cabeza de Pompeyo, 8
prorrumpió en sollozos y lamentos, llamándolo «conciudadano» y «yerno» y enumerando todo cuanto habían hecho alguna vez el uno por el otro. Y a quienes lo habían asesinado no sólo afirmaba que no les debía ningún favor, sino que se lo reprochaba; y ordenó a algunos que arreglaran,

2 adornaran y enterraran la cabeza. Fue alabado por ello, pero se expuso al ridículo por su afectación. De hecho, desde el principio, por un excesivo deseo de poder, siempre había odiado a Pompeyo como enemigo y rival y había hecho todo especialmente contra él, y no había preparado esta guerra con otro propósito que para ser el primero una vez destruido él; y se había apresurado a ir a Egipto sin otro motivo que para acabar con él, si aún hubiera sobrevivido; sin embargo, fingía echarlo de menos y pretendía que se indignaba por su muerte.

9 Pensando que ya no quedaba ninguna hostilidad, una vez apartado Pompeyo, pasó algún tiempo en Egipto, recaudando dinero y dirimiendo las diferencias entre Ptolomeo y Cleopa-
2 tra; pero entre tanto se preparaban otras guerras contra él. De hecho, Egipto se sublevó y Farnaces, en cuanto se enteró de que César y Pompeyo estaban en guerra, empezó a reclamar su poder hereditario (pues esperaba que ellos estuvieran un tiempo en guerra y las propias fuerzas de los romanos se des-
3 gastaran unas contra otras), y se mantenía en sus propósitos entonces porque ya se había sublevado una vez y porque se había enterado de que César estaba lejos, y se había apoderado de muchos lugares. Además, Catón y Escipión y los demás que pensaban como ellos promovieron en África una guerra tanto civil como con extranjeros.

10 Sucedió así. Pompeyo había dejado a Catón en Dirraquio para vigilar por si alguna de las tropas de Italia llegaba
2 a cruzar y para reprimir a los partinos, si se sublevaban. Éste, en principio, les hizo la guerra, pero, cuando Pompeyo fue derrotado, abandonó el Epiro para dirigirse a Corcira[204] con los que pensaban como él y allí acogió a los que habían

[204] Isla del mar Jonio en la que algunos sitúan el legendario país de los feacios. Pertenecía a la provincia de Macedonia desde el 148 a. C.

escapado de la batalla y a otros que sentían lo mismo. Cicerón y algunos otros senadores habían partido al instante hacia Roma; entonces, la mayoría junto con Labieno y Afranio 3
que no podían esperar nada de César —el uno porque le había traicionado, el otro porque, después de haber sido perdonado por él, había hecho de nuevo la guerra contra él— llegaron a Catón, lo nombraron jefe y continuaron la guerra.

Después también Octavio se unió a ellos. En efecto, 11
después de navegar el mar Jonio y detener a Gayo Antonio, conquistó algunos lugares pero no tomó Salona[205], aunque la había asediado durante mucho tiempo. Sobre todo porque 2
sus habitantes le rechazaron con fuerza con la ayuda de Gabinio[206] y finalmente salieron al ataque junto con las mujeres y llevaron a cabo una gran hazaña; pues éstas dejaron caer sus cabellos y se pusieron vestiduras negras; después, tomando antorchas, adoptaron una actitud lo más terrorífica posible y asaltaron así el campamento de los asediadores a media noche; y asustaban a los guardianes como si se tratara 3
de unos espíritus al tiempo que lanzaban fuego hacia la empalizada desde todas partes. Los hombres, que las seguían, mataron a muchos, a unos en la confusión y a otros mientras dormían, y ocuparon inmediatamente el campamento; tomaron además, al primer grito de guerra, el puerto donde acampaba Octavio. Sin embargo no quedaron en paz. Porque, 4
tras escapar de ellos de alguna forma, Octavio reunió una nueva fuerza, los venció en una batalla y volvía a asediarlos.

---

[205] Ciudad de Dalmacia cerca de la actual Split.

[206] Aulo Gabinio, tribuno en el 67, apoyó la ley que otorgaba a Pompeyo plenos poderes para luchar contra los piratas, fue legado de Pompeyo y enemigo de Cicerón. Gobernó Siria con habilidad pero tuvo que hacer frente a acusaciones de corrupción. César lo rehabilitó y lo puso al frente de su ejército en Iliria. Muere en Salona.

Entre tanto, como Gabinio había muerto de enfermedad,
5 dominó todo aquel mar, y desembarcando, asolaba gran par-
te de aquella tierra. Hasta que tuvo lugar la batalla de Farsa-
lo, y sus soldados, al llegar algunas tropas por mar desde
Brindis contra ellos, cambiaron de bando sin llegar a com-
batir. Entonces Octavio, privado de aliados, se retiró a Cor-
cira.

12 Por su parte, Cneo Pompeyo, dando primero un rodeo
con la flota egipcia, devastaba la región llamada Epiro y le
faltó poco para tomar Orico[207], a pesar de que Marco Aci-
lio, que ocupaba esta plaza, había bloqueado la entrada del
puerto con barcos cargados de piedras y había levantado to-
rres al borde de la boca de éste, a ambos lados, en tierra fir-
2 me y en las embarcaciones. Pero Pompeyo, después de sa-
car con buzos las piedras que estaban en los barcos, y, libres
de lastre, quitarlos de en medio, dejó expedita la entrada del
puerto. A continuación, puso en tierra soldados de infantería
3 en ambos malecones y entró en el puerto. Incendió todos los
barcos y la mayor parte de la ciudad y habría tomado la par-
te restante, si no le hubieran herido y los egipcios no hubie-
ran tenido miedo de que muriese. Sin embargo, una vez cu-
rado de sus heridas, ya no volvió a atacar Orico, sino que
iba y venía asolando las tierras de alrededor e intentó una
4 vez en vano tomar la propia Brentesio, como algunos otros.
Hasta entonces se dedicaba a eso; pero cuando su padre fue
derrotado y los egipcios, enterados de ello, navegaron de
vuelta hacia su patria, entonces acudió junto a Catón.

13 Gayo Casio[208], que había causado grandes daños en Si-
cilia e Italia y había vencido a muchos en muchas batallas

---

[207] Hoy Paleocastro.

[208] Gayo Casio Longino, cuestor en el 53 a las órdenes de Craso, tribuno de la plebe en el 49. César lo nombra pretor en el 44. Es junto con

tanto en el mar como en tierra firme, le imitó. En efecto, 2
muchos, viendo que Catón les sobrepasaba en virtud, recurrieron a él y éste se sirvió de ellos como compañeros y consejeros en todo y navegó hacia el Peloponeso para tomarlo; pues no había oído todavía que Pompeyo había muerto.
Ocupó Patras y allí, entre otros muchos, se atrajo a Petreyo 3
y a Fausto, el yerno de Pompeyo. Después, cuando les hizo frente Quinto Fufio Caleno[209], se hicieron a la mar y, al llegar a Cirene, se enteraron de la muerte de Pompeyo y ya no
estuvieron de acuerdo. Catón, por su parte, por odio al po- 4
der de César y algunos otros porque desconfiaban de obtener su perdón, navegaron a África con el ejército y, uniéndose a Escipión, hacían todo lo que podían contra César;
pero la mayoría se dispersaron. Unos se alejaron en retirada 5
a donde pudieron y otros, entre ellos Gayo Casio, acudieron al punto junto a César y obtuvieron su perdón.

Caleno había sido enviado por César a Grecia antes de 14
la batalla y, entre otros lugares había conquistado el Pireo porque se encontraba desguarnecido; pero no pudo conquistar Atenas antes de la derrota de Pompeyo a pesar de haber
devastado la mayor parte de la región; sin embargo, enton- 2
ces, los atenienses se le unieron voluntariamente y César, sin guardarles ningún rencor, los dejó impunes. Tan solo les dijo que, aunque habían cometido muchos errores, habían sido salvados por sus muertos. Esta expresión ponía de manifiesto que los había perdonado por la gloria y la excelen-
cia de sus antepasados. Así que Atenas y la mayoría de las 3
ciudades de Grecia llegaron enseguida a acuerdos con él; sin embargo, los megarenses resistían y sólo fueron venci-

---

Marco Bruto uno de los cabecillas de la conspiración que acabó con la vida del dictador.

[209] Quinto Fufio Caleno, pretor en el 59 y legado de César en las dos guerras, de las Galias y civil, fue cónsul en el 47.

dos, mucho tiempo después, mediante la violencia y la trai-
ción. Por ello se produjo una gran matanza y los supervi-
4 vientes fueron vendidos. Caleno actuó así para que se viera
que los había castigado como merecían; pero como temía que
la ciudad quedara destruida por completo, en primer lugar
los vendió a sus amigos y además por poco dinero para que
fueran liberados. Después de hacer esto, marchó contra Pa-
tras y la tomó sin combate porque ya había aterrorizado a
Catón y a los suyos de antemano.

15 En tanto que se realizaba cada una de estas cosas, tam-
bién Iberia se sublevó, aunque había sido pacificada. Pues
como Quinto Longino les había perjudicado en gran medi-
da, en primer lugar, unos pocos se conjuraron para matarlo;
2 pero como entonces había escapado herido y después de es-
to los había tratado de una forma aún más injuriosa, un gru-
po numeroso de cordubenses y otro de soldados que habían
sido del partido de Pompeyo se alzaron contra él con el
3 cuestor Marco Marcelo Esernino al frente. Sin embargo éste
no los admitió de todo corazón, sino que, viendo lo incierto
de los acontecimientos y a la espera de que se resolvieran en
uno u otro sentido, mantenía una actitud neutral y todo lo
hacía y decía con ambigüedad de modo que tanto si llegaba
a ganar César, como si lo hacía Pompeyo, pudiera dar la
4 impresión de que había luchado a favor de uno u otro. Favo-
reció a Pompeyo, porque había acogido a los que se habían
pasado a su bando y había luchado contra Longino que de-
cía actuar a favor de César; pero, por otro lado, favoreció a
César, ya que, pensando que Longino tramaba una revuelta,
había acogido a sus soldados, los había mantenido en su
bando y había impedido que éste último le hiciera la guerra.
5 Además borró el nombre de Pompeyo que los soldados
habían grabado en sus escudos, de modo que, alegando ante
uno sus hechos de armas y ante el otro sus propias estima-

ciones y jactándose de los resultados favorables al vencedor y achacando los contrarios al destino o a otras personas, pudiera quedar a salvo.

Por eso, aunque hubiera podido derrotar por completo a 16
Longino, porque era del todo superior en número, no quiso; sino que sacando adelante los asuntos con vistas a dar muestras de lo que quería y a tramar lo que quería, hizo recaer sobre algunos otros sus propios embrollos, de modo que, tanto en los casos en los que había sido derrotado, como en aquellos en los que había tenido éxito, pudiera alegar que había actuado de la misma forma a favor de una misma persona, diciendo en unos casos que lo había hecho o no él mismo, mientras que en otros, habían sido otros los responsables. Y había seguido así hasta que César venció, y aun- 2
que en ese momento incurrió en su cólera y fue desterrado, poco después volvió y se le rindieron honores. En cuanto a Longino, tras haberle denunciado los iberos mediante una embajada, fue depuesto de su cargo y murió a su vuelta junto a la desembocadura del Ebro.

Esto ocurría fuera. En Roma, mientras los asuntos de 17
César y Pompeyo fueron inciertos y estuvieron en el aire, todos escogían abiertamente a César porque sus tropas estaban reunidas allí y por su colega Servilio[210]. Si llegaban noticias de que había logrado una victoria, se alegraban, y se entristecían cuando era derrotado; unos sinceramente, otros 2
lo fingían, según cada caso; porque iban y venían por todas partes espías e informadores que vigilaban todo cuanto se decía y sucedía. Pero los que odiaban a César y estaban a 3
favor de Pompeyo hacían y decían en privado lo contrario de

[210] Publio Servilio Isáurico. Fue pretor en el 54 y apoyó entonces a Catón. Posteriormente se pasó al bando de César. En este año 48 era su colega en el consulado.

lo que aparentaban. Y, debido a ello, al recibir las noticias
cada bando según su conveniencia, en unos casos tenían
4 miedo y en otros confianza. Y como con frecuencia se fa-
bricaban muchos y variados rumores en el mismo día y a la
misma hora, se encontraban en una situación muy difícil.
Así que, en un corto periodo de tiempo, se alegraban y se
entristecían, se sentían temerosos y confiados.

18 Cuando recibieron noticias de la batalla de Farsalo des-
confiaron en extremo. César, de hecho, no había enviado un
legado a las autoridades porque no se atrevía a mostrar ale-
gría en público por tal victoria (por ello, ni siquiera había
celebrado un triunfo). Además parecía muy sorprendente si
2 se tenían en cuenta sus efectivos y expectativas. Pero cuan-
do por fin lo creyeron, quitaron las estatuas de Pompeyo y
de Sila que se habían levantado en la tribuna, pero no hicie-
ron nada más entonces. Muchos, en efecto, no querían ni si-
quiera hacer esto, y otros muchos incluso, temiendo que
Pompeyo volviera a la lucha, consideraban que aquello era
bastante para César y esperaban que Pompeyo sería fácil de
3 aplacar con ello. Incluso cuando efectivamente murió, tam-
poco lo creyeron durante un largo periodo de tiempo, y en
ningún caso, antes de ver el anillo que se les había enviado
(porque tenía grabados en él tres signos de victoria como el
de Sila).

19 Pero cuando de hecho se le dio por muerto, alababan abiertamente a uno e injuriaban al otro y creían que se podía dar a César cualquier cosa que se les ocurriera.

En esto había entonces un gran empeño, por así decirlo,
entre todos los principales, que se esforzaban por sobresalir
en adulación y en la propuesta para votación de tales medi-
2 das. De hecho, todos mostraban el mayor celo en sus gritos
y sus gestos, como si César estuviera presente y los viera y
creían que, a cambio de ello —como si lo hubieran hecho

para agradarle y no por necesidad— recibirían uno un car-
go, otro un sacerdocio, otro dinero. Yo dejaré de lado todo 3
cuanto había sido votado antes para algunos otros —esta-
tuas, coronas, presidencias y otras cosas de la misma cla-
se— o los nuevos honores que, propuestos entonces por
primera vez, no fueron aceptados por César, no sea que re-
sulte pesado al exponer todos ellos; haré eso mismo también 4
en los capítulos siguientes y tanto más cuanto mayores y
más absurdos se proponían. Sólo expondré aquellos que
tengan algo de particular o extraordinario.

Además le permitieron hacer todo cuanto quiso a los del 20
partido de Pompeyo, no porque él mismo no se hubiera
otorgado ya ese derecho, sino para que pareciera que lo
hacía según una cierta legalidad. Le hicieron señor de la
guerra y de la paz para toda la humanidad con el pretexto de
los conjurados en África, incluso sin tener la obligación de
comunicar nada al pueblo ni al senado sobre estos asuntos.
De alguna manera ya tenía antes ese poder por tener un 2
ejército tan veterano; de hecho, casi todas las guerras que
hizo las emprendió por sí mismo. Sin embargo, le otorgaban
por votación estos derechos y todo lo que podía tener, aún
en contra de su voluntad, porque querían parecer todavía
ciudadanos independientes. Así que consiguió ser cónsul 3
durante cinco años seguidos y ser elegido dictador, no por
seis meses, sino por un año completo y asumió las prerroga-
tivas de tribuno, por así decirlo, durante toda su vida. Con-
siguió, en efecto, sentarse con ellos sobre los mismos esca-
ños y contarse entre ellos para lo demás, cosa que nadie
antes había podido hacer. Todos los comicios, excepto los 4
de la plebe, estaban en sus manos. Por eso se retrasaron has-
ta su llegada y se celebraron hacia el final del año. En cuan-
to a los cargos para los territorios sometidos, ellos mismos,
como es natural, eligieron por sorteo los candidatos a cónsu-

les, pero votaron que César designara a los candidatos a pretor sin sorteo. pues en efecto habían vuelto para presentarse
5 al consulado y a la pretura contra lo decretado por ellos. Y aún le reconocieron otra cosa, que se hacia según la costumbre, pero que, en el ambiente de corrupción del momento, podía causar odio y envidia: ordenaron que se celebrara un triunfo en su honor como si hubiera sido el vencedor de la guerra contra Juba y los romanos que habían combatido a su lado, cuando César no sabía ni siquiera que tal guerra hubiera tenido lugar.

21 Y en efecto esto fue votado y ratificado así y César asumió la dictadura al instante a pesar de que se hallaba fuera de Italia y tras elegir a Antonio, que ni siquiera había sido pretor, Jefe de la caballería[211], el cónsul le nombró, a pesar de que los augures se oponían declarando con insistencia que nadie podía ser jefe de la caballería por un tiempo supe-
2 rior a seis meses. Pero aquéllos se exponían a caer en el mayor de los ridículos con esto; porque, después de haber decidido que César fuera elegido dictador para todo el año contra todas las normas ancestrales, examinaban ahora con todo rigor el caso del Jefe de la caballería.

22 Además Marco Celio había muerto porque se había atrevido a retirar las leyes relativas al préstamo establecidas por César, como si éste hubiera sido derrotado y hubiera muerto, y por haber provocado revueltas en Roma y Campania,
2 como consecuencia de ello. Éste, en efecto, en un principio, había actuado a favor de César porque le había nombrado pretor; pero después, irritado porque se había preferido a

[211] Dion utiliza *hípparchos* para el cargo de *Magister equitum*, especie de Jefe de Estado Mayor excepcional que nombraba el dictador y cesaba cuando cesaba éste.

Trebonio, su colega, para el cargo de pretor urbano[212], no por sorteo, según la costumbre, sino por elección de César, se opuso en todo a su colega y no le dejó hacer nada de lo que le correspondía. No permitió dictar sentencias según las 3 leyes de César y además declaró que apoyaría a los que debían algo en contra de sus acreedores y liberaría del pago de alquiler a quienes habitaban en casa ajena. Con esto consi- 4 guió un grupo numeroso de seguidores, y ayudado por ellos, atacó a Trebonio. Y lo habrían asesinado, si no se hubiera cambiado de ropa y hubiera huido entre la multitud. Aunque había fallado en esto, promulgó una ley por su cuenta, facilitando a todos la ocupación de viviendas sin pagar alquiler y cancelando las deudas.

Servilio, entonces, hizo llamar a unos soldados que ca- 23 sualmente se dirigían a la Galia y, tras reunir el Senado bajo la protección de estos, presentó una proposición acerca de las circunstancias del momento. Aunque no se ratificó nada, porque lo impidieron los tribunos, lo tratado se recogió por escrito. Entonces, Servilio ordenó a los ayudantes que destruyeran las tablillas. Y como Celio expulsó a esos e incluso 2 envolvió al propio cónsul en el tumulto, se reunieron de nuevo protegidos por los soldados y entregaron la custodia de la ciudad a Servilio, por el mismo procedimiento del que ya he hablado muchas veces más arriba. Éste, a continua- 3 ción, no permitió a Celio hacer nada en su calidad de pretor, sino que encomendó sus deberes a otro de los pretores; mantuvo a aquel apartado del Senado, le hizo bajar de la tribuna cuando causaba algún alboroto y rompió su litera.

Celio, por su parte, se irritó en gran medida por cada 24 una de estas cosas. Pero como temía ser castigado (pues

---

[212] El *praetor urbanus* era el primero de los pretores de Roma que tenía entre sus funciones sustituir al cónsul en su ausencia. Dión utiliza para este cargo la palabra griega *astynomía.*

Servilio tenía en la ciudad una fuerza lista para combatir), decidió partir hacia Campania para unirse a Milón[213] que
2 emprendía una sublevación. Aquél, en efecto, como era el único de los exiliados no rehabilitado por César, había llegado a Italia y, tras reunir a muchos hombres, a unos porque necesitaban un medio de vida, a otros porque temían algún castigo, devastaba la región y atacaba Capua y otras ciuda-
3 des. Así pues, Celio que quería salir a su encuentro para causar a César el mayor daño posible, después, como ni podía salir de la ciudad abiertamente (pues estaba vigilado), ni se atrevía a escaparse —entre otras razones, porque esperaba conseguir mucho más utilizando la dignidad y el nombre de la pretura— se acercó al cónsul y le pidió permiso, ale-
4 gando que quería reunirse con César. Éste, aunque sospechaba su intención, le permitió que lo hiciera, sobre todo porque insistió mucho, invocando el nombre de César y alegando como excusa que se disponía a encargarse de su defensa, pero envió con él a un tribuno para que, si se atrevía a organizar una revuelta, se lo impidiera.

25 Cuando llegaron a Campania, y se encontraron con que Milón, tras sufrir una derrota en Capua, se había refugiado en el monte Tifata, Celio no quiso avanzar más; entonces, el
2 tribuno, alarmado, quiso llevarlo de vuelta a casa. Así pues, Servilio, que se había enterado de ello, declaró la guerra a Milón en el Senado y ordenó a Celio que permaneciera en los suburbios para que no provocase ningún tumulto. Sin embargo no lo puso bajo una vigilancia muy estricta porque era un pretor. Entonces, él se escapó y se apresuró a unirse a

[213] Tito Annio Milón, hombre de Pompeyo, fue tribuno de la plebe en el 57, asesinó a Clodio en el 52 y partió hacia el exilio antes de que terminara el juicio en el que fue condenado por este asesinato (conservamos una versión de la defensa llevada a cabo por Cicerón). Pudo regresar en este año 48.

Milón. Y habría provocado algún disturbio si lo hubiera en- 3
contrado vivo. Pero como aquel, tras ser expulsado de Campania, había muerto en Apulia, se dirigió a Bretia[214] para organizar una alianza, pero murió allí sin haber hecho nada digno de mención.

Ellos murieron, pero no llegó con ello la paz a Roma. 26
Por el contrario, tuvieron lugar muchos prodigios, como ya habían anunciado las profecías. En efecto, entre otras cosas, sucedió que, cuando aquel año estaba terminando, unas abejas se instalaron en el Capitolio junto a la estatua de Heracles. Como entonces tenían lugar allí precisamente sacrifi- 2
cios en honor de Isis, los adivinos opinaron que debían demolerse todos los recintos sagrados de aquella y de Serapis. Cuando esto se llevó a cabo, se destruyó inadvertidamente el templo de Belona[215] y se encontaron en él vasijas llenas de carne humana. Además, al año siguiente, se produ- 3
jo un fuerte terremoto y apareció un búho, cayeron rayos sobre el Capitolio y sobre el templo de la Fortuna llamada «del Pueblo» y sobre los jardines de César, donde murió un caballo de no poco valor por causa de ellos, y el templo de la Fortuna se abrió por propia iniciativa. Además de estos 4
prodigios, sangre que fluía desde una panadería llegó hasta el otro templo de Fortuna, cuya estatua, por la necesidad de ver y considerar todo lo que está delante de los ojos y también detrás y no olvidarse de los orígenes a partir de los cuales se ha llegado a ser como se es, habían erigido y nombrado de una manera difícil de explicar a los griegos[216].
Además nacieron unos niños con la mano izquierda sobre la 5
cabeza, de modo que no se podía sospechar nada bueno de

[214] Brucio, la provincia más meridional de Italia, hoy Calabria.

[215] Diosa guerrera.

[216] Se refiere a la *Fortuna respiciens*. Plutarco la llama *Týchē epistrephoménē*.

los otros signos, pero especialmente a partir de este, vatici-
naron los adivinos la sublevación de los inferiores contra los
superiores y el pueblo lo esperó.

27 Esos prodigios mostrados por los númenes los turbaron.
Pero contribuyó a su miedo también el propio aspecto de la
ciudad que se había vuelto temible y extraña al principio del
2 mes y después por mucho tiempo más. Porque todavía no
había ningún cónsul ni pretor, mientras que Antonio, a cau-
sa de su túnica (la llevaba rodeada de púrpura) y de sus lic-
tores (sólo tenía seis) y porque convocaba al senado, ofrecía
cierta apariencia de república, pero con la espada que se ce-
ñía, con la cantidad de soldados que le escoltaban y con sus
propias acciones indicaba que más bien se trataba del poder
3 de un solo hombre. De hecho se produjeron muchos sa-
queos, ultrajes y asesinatos. Y para los romanos no sólo era
muy duro el presente sino que se temían más y mayores
desmanes en relación con César; porque si el jefe de la ca-
ballería no dejaba la espada ni siquiera en las celebraciones
4 —la mayoría de ellas, en efecto, las realizaba a expensas de
César pero unas pocas las habían llevado a cabo los tribu-
nos— ¿quién no sospecharía del propio dictador? De
hecho, aunque uno hubiese tenido en cuenta su clemencia,
por la que se había ganado incluso a muchos de los que
habían luchado contra él, sin embargo, viendo que quienes
habían aspirado a un cargo y quienes lo habían conseguido
no perseveraban en lo justo, habría esperado que cambiara
de conducta.

28 Así que se afligían y hablaban mucho unos con otros, al
menos de aquellas cosas en las que había cierta seguridad,
pues no podían relacionarse con cualquiera sin temor; de
hecho, los que parecían ser muy amigos de algunos y otros
que eran parientes los calumniaban, alterando unas cosas e
2 inventando otras por completo. De ahí que los demás sufrie-

ran no poco en estas circunstancias, porque como no podían
ni quejarse ni comunicarse con otros, tampoco conseguían
desahogarse. Porque, por un lado, la relación con los que
padecían lo mismo les proporcionaba algún consuelo y uno
se encontraba mejor si podía contar y escuchar a su vez con
confianza la clase de cosas que les pasaban; pero por otro, la 3
desconfianza hacia quienes no tenían los mismos hábitos
encerraba en sus almas su aflicción y las inflamaba sobre-
manera sin tener ningún escape ni descanso. Y además de 4
guardar sus sentimientos contenidos en su interior se veían
obligados a alabar, admirar, celebrar estas fiestas, hacer gran-
des sacrificios, y a regocijarse con ello.

Así estaban entonces los romanos que habitaban en 29
Roma. Y como si no fuera bastante para ellos ser maltrata-
dos por Antonio, un tal Lucio Trebelio y Publio Cornelio
Dolabela[217], tribunos, se enfrentaron. En efecto, el último se
ponía de parte de los deudores entre quienes se encontraba
él mismo y por ello, se pasó de los patricios a la plebe para
seguir siendo tribuno; el otro decía que estaba de parte de 2
los nobles, y promulgaba bandos y recurría a los asesinatos,
de la misma manera. Naturalmente se produjeron grandes 3
tumultos por esto y se veían muchas armas por todas partes,
aunque los senadores habían prohibido hacer ningún cambio
antes de la llegada de César, y Antonio que ningún particular
llevara armas en la ciudad. Y como no hacían caso los tri-

[217] Lucio Trebelio, partidario de Julio César, tribuno en el 47 y probablemente edil curul en el 44, militó después en el bando de Marco Antonio. Publio Cornelio Dolabela, famoso por su juventud libertina, había sido jefe de la flota de César en el Adriático, estuvo en Farsalo, Tapsos y Munda; fue tribuno en el 47 y sustituyó a César en el consulado después de su muerte, luego ejerció el gobierno de Siria, se enfrentó con Casio, pero fue vencido y se retiró a Laodicea. Cuando la ciudad iba a ser tomada pidió a un miembro de su guardia personal que le cortase la cabeza. Fue el tercer marido de Tulia, hija de Cicerón.

bunos, sino que actuaban en todo el uno contra el otro y tam-
bién contra aquellos, surgió una tercera facción, la de Anto-
4 nio y el Senado. Pues Antonio, para que se considerase que
sus armas y el poder derivado de ellas, que se había apresu-
rado a ejercer, le habían sido entregados por el senado, con-
siguió mantener soldados dentro de los muros y poner la
ciudad bajo vigilancia con la ayuda de los demás tribunos.
A partir de entonces, Antonio hizo todo cuanto quiso en una
cierta legalidad, mientras que Dolabela y Trebelio adquirían
fama de actuar con violencia, pero rivalizaban tanto en osa-
día como en recursos entre sí y con aquel, como si también
hubieran recibido un cierto poder del Senado.

30 Entre tanto, Antonio, viendo que las legiones que César
había enviado a Italia después de la batalla con la intención
de seguirlas, no hacían nada de provecho, y temiendo que
intentaran alguna revuelta, dejó al frente de Roma a Lucio
César[218], nombrándole prefecto de la ciudad, cosa que nun-
ca había sido atribución de un jefe de la caballería; después,
2 él mismo salió al encuentro de los soldados. Entonces, los
tribunos que estaban enfrentados despreciaron a Lucio por
su avanzada edad y se infligieron todo tipo de ultrajes, entre
sí y a los demás, hasta que supieron que César, tras dejar
organizados los asuntos en Egipto, había puesto rumbo a
3 Roma. Porque disputaban en la idea de que ya no iba a vol-
ver sino que habría muerto a manos de los egipcios según
habían oído en alguna parte. Entonces, durante cierto tiem-
po, se comportaron moderadamente, pero cuando aquel em-

[218] Lucio Julio César, tío materno de Marco Antonio, cónsul en el 64, fue legado de César en la Galia entre el 52 y el 49 pero no participó en la guerra civil. Tras la muerte de César se opuso a Marco Antonio y fue proscrito por él, pero se salvó gracias a la intervención de su hermana Julia.

prendió una campaña contra Farnaces, volvieron a enfrentarse.

Así que Antonio que no podía contenerlos y enojaba a la 31
plebe con su oposición a Dolabela, al principio se unió a éste y, entre otras acusaciones contra Trebelio, alegó que había utilizado a los soldados en su propio provecho; después, 2
cuando se dio cuenta de que la multitud no le tenía ninguna consideración y sólo se adhería a Dolabela, se disgustó y cambió de bando, sobre todo porque no participaba del favor de la plebe y a cambio recibía la mayor parte de la culpa desde el punto de vista de los senadores. De palabra estaba 3
entre ambos bandos, pero de hecho elegía en secreto a Trebelio y colaboraba con él, entre otras cosas, permitiéndole hacerse con soldados. Así se convertía en espectador y director de ellos, mientras que aquellos luchaban y recibían a cambio posiciones de ventaja en la ciudad; cometían asesinatos y provocaban incendios, hasta el punto de que, en una ocasión, las vestales tuvieron que sacar los objetos sagrados del templo de Vesta.

Entonces, una vez más, los senadores decretaron por vo- 32
tación que el jefe de la caballería reforzara la vigilancia de la ciudad, de modo que toda Roma, por así decirlo, se llenó de soldados. Sin embargo, no hubo ningún reposo. Dolabe- 2
la, en efecto, como no esperaba alcanzar el perdón de César, deseaba realizar algún acto terrible antes de morir para conseguir renombre para la posteridad; pues algunos se aficionan a los peores hechos por causa de la fama. Éste, también precisamente por ello, provocaba confusión en muchas cosas, pero especialmente prometía que, en un día determinado, promulgaría leyes sobre las deudas y los alquileres. Así 3
que cuando la muchedumbre recibió esta noticia, tras rodear el foro y levantar torres de madera en determinados lugares, se dispuso a atacar a todo el que se les opusiera. Entonces,

Antonio, en el mismo día, bajó del Capitolio con un gran número de soldados y rompió las tablillas de las leyes de Dolabela. Después despeñó desde el propio Capitolio a algunos de los alborotadores.

33 Pero no cesaron por eso los enfrentamientos, sino que cuanto más muertes se producían, tanto más se agitaban los supervivientes, porque creían que César se había visto envuelto en una guerra durísima y de enormes proporciones, y no cesaron hasta que vieron aparecer de pronto a aquel en persona. Entonces, se mantuvieron en paz, aunque de mala
2 gana. Algunos esperaban sufrir todo lo que habían imaginado alguna vez, y los rumores sobre ellos se extendían por toda la ciudad, opinando en un sentido unos, otros, en otro. Pero César, incluso entonces, siguió su práctica habitual. Le bastó con la actitud que mantenían en ese momento y no se ocupó de los sucesos anteriores como si no fueran de su incumbencia. Perdonó a todos e incluso concedió honores a
3 algunos de ellos, entre otros a Dolabela, porque éste le había prestado algún servicio y no le parecía bien pasarlo por alto. Así que no desdeñó aquel favor porque le hubiera agraviado, sino que lo perdonó precisamente por haber recibido aquel beneficio y además de honrarle en aquella ocasión, poco después lo nombró cónsul aunque no había sido pretor.

34 Eso es lo que sucedió en Roma durante la ausencia de César; pero las razones por las que esta ausencia fue tan larga y por las que no volvió inmediatamente después de la muerte de Pompeyo fueron las siguientes. Los egipcios, que estaban molestos con el cobro de tributos y muy disgustados porque no podían soportar que ni siquiera uno de sus tem-
2 plos hubiera sido respetado —pues son los que observan más preceptos religiosos de los hombres e incluso hacen guerras entre sí por estos preceptos; porque no están de acuerdo en ellos, sino que estiman algunos de forma diame-

tralmente opuesta— y que además temían ser entregados a
traición a Cleopatra, dado que ésta tenía una gran influencia
sobre César, se sublevaron. Aquélla, hasta entonces, había 3
llevado ante él, a través de otros, el pleito con su hermano,
pero después, en cuanto se dio cuenta de su naturaleza (pues
era enamoradizo en extremo y mantenía relaciones con mu-
chas otras mujeres, con todas cuantas en alguna ocasión se
cruzaban en su camino), le envía un mensaje en el que dice
que está siendo traicionada por sus amigos y pide que le
permita exponer su causa en persona. Porque era, de hecho, 4
la más bella de las mujeres y entonces, en la flor de la ju-
ventud, se distinguía especialmente; tenía una voz encanta-
dora y sabía tratar a cualquiera con agrado. De modo que, 5
siendo tan radiante para la vista y el oído y capaz por ello de
subyugar a cualquiera, incluso a un hombre experimentado
y ya no muy joven, creyó que podría entrevistarse con Cé-
sar, siguiendo su costumbre, y depositó en la belleza todas
sus pretensiones al trono. Pidió entonces acudir a su presen- 6
cia y una vez que consiguió el permiso, se arregló y adornó
como para tener ante él el aspecto más respetable y digno de
compasión. Y tras haberse preparado de esta forma, entró en
la ciudad (pues estaba fuera de ella) y se dirigió a escondi-
das de Ptolomeo al palacio.

César en cuanto la vio y la oyó hablar quedó tan subyu- 35
gado que antes del alba mandó llamar a Ptolomeo e intentó
reconciliarlos; así se convertía en defensor de la mujer de
quien previamente había considerado ser un digno juez. En- 2
tonces, el niño, por eso y porque vio que su hermana se en-
contraba inesperadamente en el palacio, se llenó de ira y,
saliendo ante la multitud, proclamaba a gritos que le estaban
traicionando. Por fin, se quitó la diadema de la cabeza y la
tiró. Con esto, se produjo un gran tumulto en el palacio y los
soldados de César cogieron a Ptolomeo, mientras que los 3

egipcios seguían alborotados, y habrían tomado el palacio,
al primer grito, asaltándolo al tiempo desde la tierra y desde
el mar —pues los romanos no tenían una fuerza adecuada
para combatirles ya que los consideraban sus amigos— si
César, alarmado, no hubiera salido a su encuentro y, situán-
dose en un lugar seguro, les hubiera prometido hacer todo lo
4 que quisieran. A continuación, entrando en su asamblea, pu-
so a su lado juntos a Cleopatra y Ptolomeo y leyó el testa-
mento de su padre en el que estaba escrito que aquellos co-
habitaran según la costumbre de los egipcios y reinaran
juntos, y que el pueblo de los romanos tuviera la tutela so-
5 bre ellos. Tras hacer esto, añadió que le correspondía a él,
puesto que era dictador y tenía todo el poder del pueblo,
cuidar de los niños y cumplir la voluntad de su padre y en-
tregó el poder real a ambos. Otorgó además Chipre a Arsí-
6 noe y a Ptolomeo el Joven, hermanos de éstos. Tenía en
efecto tanto miedo que no sólo no se apoderó de nada de los
egipcios, sino que les entregó algo de lo suyo.

36 Así se calmaron por el momento, pero no mucho tiempo
después, volvieron a sublevarse hasta el punto de hacer la
guerra. Pues Potino, que estaba encargado de la administra-
ción de los bienes de Ptolomeo —era un eunuco y había
2 participado en la sublevación de los egipcios—, temía tener
que pagar por ello alguna vez, así que mandó a escondidas
un mensaje a Áquila que todavía estaba cerca de Pelusio y
tras meterle miedo al tiempo que le hacía concebir esperan-
zas, se asoció con él y se ganó a los demás que tenían ar-
3 mas. De hecho, a todos les parecía terrible ser gobernados
por una mujer, pues sospechaban que César entonces había
entregado ostensiblemente el poder real a ambos en vista de
4 la situación, pero que andando el tiempo se lo daría única-
mente a la propia Cleopatra; además se consideraban capa-

ces de rivalizar con el ejército que César tenía en ese momento.

Entonces, partieron inmediatamente en dirección a Alejandría. César, por su parte, cuando se enteró de ello, alarmado por su número y su audacia, envió emisarios a Áquila, no en su propio nombre, sino en el de Ptolomeo, para pedirle que mantuviera la paz. Pero Áquila que se dio cuenta de que la orden no era del muchacho sino de César, no sólo no obedeció sino que, sin hacerle el menor caso porque creía que estaba atemorizado, reunió a sus soldados y hablándoles largamente a favor de Ptolomeo y en contra de César y de Cleopatra, finalmente dirigió su ira contra los enviados, aunque eran egipcios, para implicarlos en su crimen y entablar una guerra sin cuartel. Enterado César de esto, mandó llamar a sus tropas de Siria, atrincheró el palacio y los edificios cercanos y mandó construir fortificaciones hasta el mar. 37 2 3

Entre tanto, llegó Áquila con los romanos y los otros que Gabinio había dejado atrás con Septimio como tropa de guardia de Ptolomeo (pues con el tiempo que llevaban allí, habían cambiado sus costumbres por las de los nativos), se atrajo inmediatamente a la mayor parte de los alejandrinos y se hizo con las posiciones más ventajosas. Después tuvieron lugar muchos combates entre ellos, tanto durante el día como por la noche y se incendiaron por completo muchos lugares, de modo que se quemaron, entre otros edificios, el arsenal, los almacenes de trigo y la biblioteca cuyos libros, según dicen, eran muchísimos y de gran calidad. Áquila dominaba la tierra firme, excepto la parte que César había amurallado y éste dominaba el mar excepto el puerto. César en efecto, había vencido en una batalla naval, y los egipcios, temiendo por ello que les atacara en el puerto, habían bloqueado con tierra la boca excepto un paso estrecho, y éste lo habían cerrado botando barcas llenas de piedras, de modo 38 2 3

que tampoco ellos podían salir por mucho que quisieran na-
4 vegar. Una vez hecho esto, las provisiones y todo lo demás,
especialmente el agua, se introducían con más facilidad,
pues Áquila había impedido el abastecimiento de agua de
allí, destruyendo los acueductos.

39 Mientras esto sucedía, Ganimedes, un eunuco, llevó a
Arsínoe, que no estaba muy bien vigilada ante los egipcios,
y aquellos, tras proclamarla reina, se dedicaron a la guerra
con mayor ánimo en la idea de que tenían al frente alguien
2 del linaje de Ptolomeo. Por su parte, César, puesto que te-
mía que Potino raptara a Ptolemeo, mató al primero y puso
al otro bajo estricta vigilancia ya sin ningún disimulo. Como
los egipcios se exasperaron aún más por esto y cada vez se
les unían más, mientras que todavía no acudían en ayuda de
3 los romanos los soldados procedentes de Siria, César quiso
ganarse su amistad y, llevando a Ptolomeo a un lugar donde
pudieran oírlo, le ordenó que dijera que no sufría ningún
daño y no quería la guerra; les exhortó además a que pacta-
4 ran una tregua y les prometió negociarla. Y si él les hubiera
dicho esto voluntariamente, podría haberles persuadido de
que se reconciliaran. Pero ellos, como sospechaban que esto
había sido preparado por César, no cedieron.

40 Con el tiempo, se produjo un enfrentamiento entre los
partidarios de Arsínoe, y Ganimedes la indujo a matar a Áqui-
la porque creía que éste iba a traicionar a la flota. Hecho es-
to, se puso al mando de los soldados y reunió todos los bar-
2 cos que había en el río y en el puerto, aparejó otros y, tras
conducirlos por los canales hacia el mar, atacó a los roma-
nos cuando estos no se lo esperaban; quemó una parte de
sus naves de carga y remolcó las otras. A continuación, dejó
3 expedita la boca del puerto y anclando allí, causaba graves
daños a los romanos. Entonces, César, que los había vigila-
do mientras ellos actuaban con descuido por causa del éxito,

entró en el puerto súbitamente y tras quemar un gran número de naves, desembarcó en Faro y mató a los que habitaban la isla. Cuando vieron esto los egipcios del continente, acudieron en su ayuda por los puentes y después de matar a su vez a muchos romanos, rechazaron al resto hacia las naves.
Y como éstos se vieron forzados a embarcar de cualquier 4
manera y en multitud, muchos cayeron al mar, César entre ellos. Y habría muerto de mala manera, hundido por el peso de las vestiduras y acribillado por los egipcios —pues como éstas eran de color púrpura presentaban un buen blanco— si no se las hubiera quitado y hubiera embarcado en 5
un esquife tras nadar como pudo. Así se salvó sin mojar ninguno de los muchos documentos que sujetaba con su mano izquierda mientras nadaba. Los egipcios cogieron sus vestiduras para el trofeo que levantaron con motivo de esta victoria y las colgaron como si hubieran cogido al propio César. Vigilaban los muelles, puesto que ya se acercaban las legiones que había hecho venir desde Siria, y causaban gra- 6
ves daños a los romanos. De hecho, César defendía de alguna forma a los que tomaban la dirección de Libia pero, cerca ya de la desembocadura del Nilo, los egipcios los engañaban con señales de fuego como si ellos también fueran romanos y capturaban a muchos, de modo que el resto ya no se atrevió a acercarse hasta que Tiberio Claudio Nerón[219]

[219] Tiberio Claudio Nerón, marido de Livia y padre del futuro emperador Tiberio, fue cuestor en el 48 y dirigió la flota de César en Alejandría. Tras la muerte de César propuso que sus asesinos fueran recompensados. Apoyó a Lucio Antonio contra Octavio, más tarde se unió a Sexto Pompeyo, pero sus desavenencias con éste le hicieron unirse a Antonio. Volvió a Roma después del pacto de Miseno. Poco después Octavio le convenció de que se divorciase de Livia y se casó con ella. Murió en el 33.

subió navegando por el propio río y los venció en una batalla, y así hizo más seguro el paso para los suyos.

41 En esto, Mitrídates llamado «el de Pérgamo» trató de subir con sus naves hacia la desembocadura del Nilo, frente a Pelusio, pero como los egipcios habían cerrado con sus naves la bocana del puerto, se desvió por la noche hacia el canal y después de trasladar las naves hacia allí (puesto que
2 no había salida al mar), navegó así hacia el Nilo a través de éste, y tras atacar por sorpresa, a la vez desde el mar y desde el río, a los que defendían la desembocadura, rompió el cerco, asaltó Pelusio con la infantería y la flota al mismo tiem-
3 po y la conquistó. Después avanzó hacia Alejandría y, enterado de que un tal Dioscórides iba a salirle al frente, le tendió una emboscada y lo mató.

42 Pero los egipcios no pusieron fin a la guerra ni siquiera cuando se enteraron de esto, sino que, disgustados con el gobierno del eunuco y de la mujer, creyeron que si ponían al
2 frente a Ptolomeo, serían superiores a los romanos; después, como no pudieron liberarlo de ninguna manera (pues estaba muy bien vigilado), fingieron que estaban afligidos por sus desgracias y deseaban la paz. Entonces, enviaron a César embajadores que hacían propuestas de armisticio y reclamaban a Ptolomeo para tratar con él acerca de los términos en
3 los que se pactaría la tregua. Pues bien, César creyó que habían cambiado de opinión de verdad, porque había oído que eran cobardes e inestables, y se daba cuenta de que en ese momento estaban consternados por las derrotas. Pero aunque existía la posibilidad de que tramaran algo, para que no se pensara por ello que ponía obstáculos a la paz, dijo
4 que lo aprobaba y les envió a Ptolomeo. De hecho, no veía en aquel ninguna fuerza por su edad y su falta de instrucción y esperaba que los egipcios o bien se reconciliaran con él en los términos que quería o bien, con mayor razón, que

fueran vencidos y subyugados por completo, para ser entre-
gados a Cleopatra con una excusa razonable; pues no supo- 5
nía en absoluto que pudiera ser derrotado por ellos, espe-
cialmente por las fuerzas que se le habían añadido.

Pero los egipcios, una vez que consiguieron al mucha- 43
cho, no atendieron a la tregua en absoluto, sino que, al ins-
tante, se lanzaron a la guerra contra Mitrídates en la idea
de que tendrían un gran éxito por el nombre y la familia de
Ptolomeo; y tras sitiarlo junto al lago, entre el río y los pan-
tanos, causaron gran confusión. De hecho, César no los per- 2
siguió por temor a caer en una emboscada, pero, por la no-
che se hizo a la mar para dirigirse a marchas forzadas hacia
una desembocadura del Nilo y tras encender un fuego enor-
me en cada nave para que creyeran en la mayor medida po-
sible que se acercaba allí, primero comenzó a navegar y,
cuando se extinguieron los fuegos, volvió y después de na- 3
vegar por la costa a lo largo de la ciudad, desembarcó en la
península que está junto a Libia. Allí, hizo desembarcar a
los soldados, rodeó el lago y tras caer por sorpresa sobre los
egipcios hacia el amanecer, los dejó al punto tan consterna-
dos que entablaron negociaciones de paz. A continuación 4
—pues no quiso aceptar sus peticiones— los venció en un
violento combate y los mató en masa. Algunos que intenta-
ron huir por el río a marchas forzadas con Ptolomeo mu-
rieron.

Así conquistó César Egipto, pero no hizo al país súbdito 44
de los romanos, sino que se lo entregó a Cleopatra, por
quien había promovido esa guerra. Sin embargo, como te- 2
mía que los egipcios se rebelaran de nuevo por haber sido
entregados a traición a una mujer, y que los romanos se irri-
taran por eso y porque mantenía relaciones con ella, ordenó
que se casara con su otro hermano y entregó el reino a am-
bos, al menos de palabra. Pero de hecho, sólo Cleopatra 3

tendría todo el poder, pues su marido era todavía un niño, y ella, como disfrutaba del favor de César, no había nada que no pudiera hacer, de modo que, en apariencia, había obtenido el poder que compartía con su hermano por haberse casado con él, pero la verdad era que reinaba sola y convivía con César.

45 Ella le habría retenido más tiempo en Egipto, o habría partido al momento a Roma con él, si Farnaces no le hubiera sacado de allí —muy en contra de la voluntad de César— y no le hubiera impedido salir hacia Italia a marchas
2 forzadas. Era éste hijo de Mitrídates y gobernaba el Bósforo Cimerio, como ya he dicho[220]. Pero aspiraba a conquistar todo el reino de sus antepasados y se levantó justo en el
3 momento del enfrentamiento entre César y Pompeyo. Y como los romanos estaban ocupados en hacerse la guerra uno a otros y se habían detenido en Egipto, se anexionó la Cólquide sin esfuerzo y, mientras Deyótaro estaba ausente, sometió toda Armenia, [una parte de] Capadocia y algunas ciudades del Ponto que habían sido asignadas por ley a Bitinia.

46 Mientras él hacía esto, César, por su parte, no se movió personalmente (pues Egipto no estaba todavía apaciguado y tenía cierta esperanza de dominar a Farnaces a través de otros), pero envió a Cneo Domicio Calvino[221] a quien había
2 asignado la región de Asia y ***[222] legiones. Éste, tras atraerse a Deyótaro y Ariobarzanes, marchó inmediatamente con-

[220] Cf. XXXVII 12-14.

[221] Gneo Domicio Calvino, pretor en el 56, fue elegido cónsul en el 53 entre escándalos. Luchó en el bando de César en Farsalo y en África, tras la muerte de éste, perdió su flota contra Aenobarbo en el Adriático. Fue cónsul en el 40 y después gobernó Hispania. Celebró un triunfo en el 36.

[222] Laguna en el texto.

tra Farnaces que entonces estaba en Nicópolis[223] (pues también había tomado esta ciudad) y despreciándolo porque éste último, por miedo ante su presencia, estuvo dispuesto a pactar una tregua mediante una embajada, no le hizo caso, lo atacó y fue derrotado. Después se retiró hacia Asia porque no 3
era capaz de combatirle y además se acercaba el invierno; Farnaces, crecido, se anexionó el resto del Ponto y tomó también Amiso, aunque ésta resistió muchísimo, la saqueó y mató a todos los de allí que estaban en edad militar. Después se dirigió a marchas forzadas hacia Bitinia y Asia con las mismas aspiraciones que su padre. En esto se enteró de 4
que Asandro, a quien había dejado al frente del Bósforo, se había rebelado, y ya no avanzó más. Pues Asandro, tan pronto como tuvo noticias de que Farnaces avanzaba muy lejos de él, pensó que si bien ahora estaba en la mejor de las situaciones, podría distar mucho de estarlo después, y se levantó contra él porque creía que si hacía este favor a los romanos, recibiría el gobierno del Bósforo de su parte.

Pues bien, Farnaces, cuando oyó esto, se lanzó contra él, 47
pero fue en vano; pues como se enteró de que César estaba en camino y se dirigía a marchas forzadas hacia Armenia, dio la vuelta y se encontró con él junto a Zela[224]. En efecto, César, una vez muerto Ptolomeo y vencido Domicio, había considerado que no era ni conveniente ni ventajosa para él su demora en Egipto, así que se había puesto en marcha y había llegado a Armenia con gran rapidez. Sorprendido el 2
bárbaro y mucho más alarmado por este ímpetu que por su ejército, antes de que se acercara, le envió con mensajeros

---

[223] Se trata de Nicópolis del Ponto donde había tenido lugar la victoria de Pompeyo frente a Mitrídates.

[224] Se trata de un lugar sagrado en el Ponto, grande y fértil, dedicado a Anaitis y otras divinidades persas.

numerosas propuestas por si podía escapar al presente peli-
3 gro pactando en un sentido u otro. Alegaba sobre todo que no había colaborado con Pompeyo y esperaba inducirle a firmar una tregua porque César tenía prisa por llegar a Italia y a África y una vez que hubiera partido él, podría continuar
4 la guerra de nuevo con facilidad. Pues bien, César, que sospechaba esto, trató con benevolencia a la primera y segunda embajadas, para caer lo más inesperadamente posible sobre él por sus esperanzas de paz, pero cuando llegó la tercera, le reprochó entre otras cosas que había abandonado a Pompe-
5 yo, su benefactor. Y ya no se retrasó, sino que al punto, en ese mismo día, y según venía de camino, entró en combate y aunque durante cierto tiempo se turbó debido a la caballería y a los carros de combate armados con hoces, venció después con la infantería pesada. A Farnaces que había conseguido escapar hacia el mar y después se había abierto camino a la fuerza hacia el Bósforo lo aprisionó y lo mató Asandro.

48 César se enorgulleció de esta victoria mucho más que de cualquier otra a pesar de que no fue muy brillante, porque en el mismo día y a la misma hora, llegó junto al enemigo,
2 lo vio y lo venció[225]. Entregó todo el botín —que, por cierto, era abundantísimo – a sus soldados y erigió un trofeo para contrarrestar el que Mitrídates había levantado en alguna parte de esa región por la derrota de Triario. No se atrevió a derribar el del bárbaro porque creía que estaba consagrado a los dioses de la guerra, pero lo ocultó con la sombra producida por la situación del suyo junto a él y en cierto modo lo
3 sometió. A continuación recobró todo el territorio de los romanos y sus aliados del que Farnaces se había apropiado

[225] Se trata de una traducción de la célebre frase de César *veni, vidi, vici*.

y se lo entregó entero a quienes lo habían perdido, excepto
una parte de Armenia que donó a Ariobarzanes. Recom- 4
pensó a los de Amiso con la libertad y a Mitrídates de Pér-
gamo le concedió una tetrarquía en Galacia y el título de
rey, y le permitió que hiciera la guerra contra Asandro para
que tomara el Bósforo si vencía, porque Asandro se había
portado vilmente con su amigo.

Una vez hecho esto y tras encargar a Domicio que re- **49**
solviera lo demás, llegó a Bitinia; desde allí navegó a Grecia
y después a Italia, y reunió mucho dinero de todos y con
cualquier pretexto, como había hecho antes también. Porque 2
recaudó lo que algunos habían prometido previamente a
Pompeyo y reclamó aún más dinero aparte de esto, alegando
diversas acusaciones. Se llevó todos los exvotos de Heracles
en Tiro porque habían acogido a la mujer y al hijo de Pom-
peyo cuando huían; consiguió de parte de los señores y de 3
los reyes numerosas coronas de oro por sus victorias. Y no
hacía esto por malicia sino porque gastaba muchísimo y
porque iba a hacer un gasto mucho mayor en sus legiones,
sus triunfos y en todo cuanto le sirviera para alardear. Por 4
decirlo en una palabra, se volvió un «sacadineros» y decía
que había dos cosas que producían, protegían y aumentaban
el poder, los soldados y el dinero, y que cualquiera de ellas 5
depende de la otra, porque los ejércitos, decía, se mantienen
unidos por sus recursos y éstos se reúnen con las armas; y si
se carece de uno de los dos, sea cual sea, también el otro se
perderá.

Así pensaba siempre y siempre decía eso sobre este **50**
asunto; pero el caso es que se dirigió a Italia a marchas for-
zadas y no a África, a pesar de que esta se le había vuelto
hostil, porque se había enterado de que había disturbios en
Roma y temía que llegaran a un punto irreversible. Sin em- 2
bargo no causó ningún daño a nadie, de no ser porque re-

unió grandes sumas, parte en coronas, estatuas y otras cosas de tal índole que recibía como regalo, y otra parte en «préstamos» no sólo de particulares, sino también de ciudades.
3 Pues daba este nombre, «préstamo», a las recaudaciones para las que no tenía ningún otro pretexto verosímil. Porque recogía estas cantidades generalmente de forma no menos violenta que las que se le adeudaban y no iba a devolverlas nunca. Decía, en efecto, que él había gastado sus propias posesiones en beneficio público y que, por eso, las tomaba
4 prestadas. De ahí que, cuando la plebe pedía abolición de deudas, no la llevase a cabo diciendo: «yo también tengo
5 muchas deudas». Era evidente que se atraía lo ajeno con su poder; y los demás se disgustaban con él por ello, incluso sus compañeros; porque habían adquirido muchas de las propiedades confiscadas, algunas incluso por encima de su valor, con la esperanza tenerlas gratis, y se veían obligados a pagar todo su precio.

51 Pero no tenía a éstos en ninguna consideración, aunque de algún modo los halagaba de uno en uno. Porque hizo el favor a la mayoría de perdonarles todo el interés que le debían desde que se había convertido en enemigo de Pompeyo y les había perdonado toda la renta durante un año hasta la
2 suma de cincuenta dracmas[226], y además subió el valor de los bienes, sobre los que era preciso según las leyes calcular el interés de los préstamos, hasta su valor original, puesto que todo se había abaratado mucho por la cantidad de bie-
3 nes confiscados. A ésos se los ganó con estas actuaciones y a sus compañeros de partido y a los que habían luchado a su lado se los ganó de la siguiente forma: a los senadores con los sacerdocios y demás cargos del resto de ese año y del año siguiente (pues para recompensar a muchos de ellos,

[226] Dos mil sestercios.

nombró diez pretores para el siguiente año y un número de 4
sacerdotes por encima del acostumbrado. Además añadió un
miembro respectivamente a los pontífices y augures, entre
los que estaba él mismo, y a los llamados «los quince»[227],
aunque habría deseado asumir él mismo todos los sacerdo-
cios, según había sido decretado). Y se ganó a los caballeros 5
y a los centuriones y sus subordinados con diferentes medi-
das, especialmente con la inclusión de algunos de ellos en el
Senado, en el lugar de los que habían muerto.

Sin embargo las legiones le provocaron una preocupa- 52
ción nada leve, porque esperaban recibir mucho, y cuando
encontraron su recompensa inferior a lo que esperaban,
aunque no menor de lo que se merecían, causaron revueltas.
La mayoría de ellos estaban en Campania para embarcar
con rumbo a África. Éstos casi mataron a Salustio (que 2
había sido nombrado pretor para recobrar la dignidad sena-
torial) y cuando, tras escapar de ellos, acudió a Roma junto
a César para informarle de lo sucedido, un grupo numeroso
lo persiguió sin perdonar la vida a nadie y mataron entre
otros a dos senadores que se encontraron por el camino. Cé- 3
sar, en cuanto se enteró de su avance, quiso enviar contra
ellos a su cuerpo de guardia, pero, por temor a que aquéllos
se unieran a la rebelión, mantuvo la calma hasta que llega-
ron a las afueras de Roma. Mientras estaban allí les envió
una embajada y les preguntó con qué intenciones y exigen-
cias venían. Ellos contestaron que querían pedírselo a él en 4
persona y él les permitió entrar en la ciudad sin armas, ex-
cepto sus espadas; porque estaban acostumbrados a llevarlas
en la ciudad y no habrían aceptado deponerlas.

Después de haber hablado mucho ellos acerca de las fa- 53
tigas que habían padecido y los peligros que habían afronta-

[227] Se refiere al colegio sacerdotal de los *quindecimviri*.

do, y también mucho acerca de sus expectativas y de lo que afirmaban que eran dignos de obtener, y de haber insistido después en que consideraban que merecían dejar el servicio
2 al ejército —no porque quisieran volver a la vida privada (pues de ningún modo querían eso, ya que se habían acostumbrado durante mucho tiempo a las ganancias de la guerra), sino porque consideraban que, con ello, iban a asustar a César e iban a conseguir todo lo que quisieran, sobre todo
3 cuando estaba ya tan cerca la campaña en África— César no respondió a nada de lo demás sino que sólo contestó diciendo: «Decís bien, quirites[228], pues estáis agotados y cubiertos de heridas» y al instante los licenció como si de ahí en adelante no los fuera a necesitar para nada y prometió dar su recompensa completa a los que habían prestado servicio
4 durante el tiempo prescrito. Ellos se asustaron ante estas palabras por su intención, pero especialmente porque los había llamado *quirites* y no soldados; entonces, humillados y con miedo a sufrir un castigo terrible, cambiaron de actitud; se dirigieron a él como suplicantes, declarando que harían voluntariamente la campaña y prometieron que ellos solos
5 acabarían la guerra. Pues bien, cuando llegaron a esto y uno de sus jefes entre tanto, bien por su propia voluntad, bien por agradar a César, dijo algunas palabras en defensa de los

---

[228] El término «quirites» equivale al de «ciudadanos». Se ha discutido mucho sobre su etimología. TITO LIVIO, I 13, 4, la hace remontar este término a la primera asamblea conjunta de los ciudadanos romanos y sabinos. Los romanos adoptan esa denominación como concesión a los sabinos, pues, según este pasaje de Livio, la palabra deriva de *Cures*, ciudad sabina. No obstante, la etimología más comúnmente aceptada es la que hace derivar la palabra de *co- viri- um* (asamblea de ciudadanos varones), de donde vendría también el nombre del dios Quirino asociado con Rómulo y el de la colina Quirinal. Los veteranos de César se disgustan porque, al llamarles *Quirites,* su general los convierte automáticamente en civiles.

soldados e hizo algunas peticiones, él contestó: «Os licencio 6
a vosotros que estáis presentes y a todos los demás que
hayan cumplido sus años de servicio al ejército, porque ya
no necesito nada de vosotros. Pero os recompensaré para
que nadie nunca pueda decir que yo os he utilizado en situa-
ciones de peligro y he sido desagradecido, aunque no hayáis
querido combatir conmigo a pesar de tener cuerpos fuertes y
capacidad para llevar a cabo el resto de la campaña.»

Esto lo dijo de modo capcioso (de hecho, le eran muy 54
necesarios). Así que asignó a cada uno de ellos lotes de suelo
público y de su propiedad, en diferentes sitios, muy alejados
unos de otros, de modo que no fueran motivo de temor para
sus vecinos, ni fueran aptos para provocar revueltas por el
hecho de vivir juntos en un mismo sitio. En cuanto al dinero 2
que les debía y que había prometido darles en grandes can-
tidades casi en cada ocasión, declaró que les pagaría una
parte inmediatamente y la otra la liquidaría no mucho des-
pués con el interés correspondiente. Tras haber dicho esto y
haberlos subyugado hasta el punto de que no dieran ninguna
muestra de insolencia e incluso se mostraran agradecidos,
añadió: «Habéis recibido de mí todo lo que os debía y no os 3
obligaré a ninguno a continuar la campaña; sin embargo, si
alguno quisiera voluntariamente llevarla a cabo conmigo, le
admitiré de buen grado.» Ellos se alegraron mucho al oír es-
to y todos por igual quisieron volver a incorporarse al ejér-
cito.

César, tras dejar al margen a los revoltosos que había 55
entre ellos —no a todos, desde luego, sino a los que podían
vivir medianamente bien de la agricultura— empleó a los
demás; e hizo lo mismo con el resto de los soldados. A 2
los muy atrevidos y capaces de provocar grandes revueltas los
condujo, en efecto, fuera de Italia para que no encabezaran
una insurrección si se quedaban atrás; y en África, utilizó

encantado a cada uno de ellos con diferentes pretextos; así
que reprimía con estos a sus enemigos, al mismo tiempo que
3 se libraba de ellos. Así pues, aunque era el más humanitario
de los hombres y se mostraba afectuoso con todos, espe-
cialmente con los soldados, odiaba profundamente a los que
4 se amotinaban y les imponía castigos severísimos. Eso hizo
en aquel año en que en realidad gobernó como dictador por
segunda vez, aunque se decía que los cónsules eran Caleno
y Vatinio nombrados al final del año. Él cruzó a África aun-
que estaban en pleno invierno.

56 Y su éxito se debió no poco a esto, porque cayó sobre
sus enemigos inesperadamente. En efecto siempre tenía los
mayores logros, por su rapidez y lo inesperado de sus mo-
vimientos, de modo que si uno se parase a pensar la razón
por la que era tan superior a sus contemporáneos en el arte
de la guerra, no encontraría, al compararlo, otra más rele-
2 vante que ésta. Ya en tiempos África no era amiga de César,
pero después de la muerte de Curión se volvió su enemiga
acérrima. Pues Varo y Juba se encargaban de los asuntos de
allí y además Catón y Escipión y los que se habían refugia-
3 do allí con ellos, según se ha dicho. Después, habían hecho
causa común para preparar la guerra en el continente, hacían
incursiones por mar en Sicilia y Cerdeña, devastaban sus
ciudades y se llevaban sus barcos, con lo que disponían de
más armas defensivas y de otro tipo que las que necesitaban.
4 Por último, llegaron a tener tal equipamiento y disposición
para la guerra que, como no se les enfrentaba ningún ejérci-
to y César se demoraba en Egipto y en Roma, mandaron a
Pompeyo a Hispania, porque se habían enterado de que ha-
bía revueltas y creían que aquel, puesto que era hijo de
Pompeyo Magno, sería bien acogido con toda seguridad. Y
mientras aquel se preparaba para someter Iberia en una

campaña rápida y, desde allí, dirigirse a Roma, los otros hacían los preparativos para viajar a la vez a Italia.

Al principio se demoraron algo mientras Varo y Esci- 57
pión se disputaban la hegemonía, porque el primero había gobernado esa región por más tiempo y también Juba, exaltado por su victoria, se consideraba digno de ocupar el primer lugar a causa de ésta; pero Escipión y Catón que esta- 2
ban muy por delante de todos ellos, el uno por su dignidad y el otro por su sagacidad, tras ponerse de acuerdo, se ganaron a los demás y les convencieron de que confiaran todo a Escipión. De hecho, Catón que habría podido tomar el mando 3
en las mismas condiciones que él, incluso solo, no quiso hacerlo, en primer lugar porque consideraba que era muy perjudicial en tales circunstancias y en segundo lugar porque era inferior su capacidad como político. El veía que, sobre todo en los asuntos militares, era importante que el jefe prevaleciera sobre los demás por alguna ley y, por eso, le cedió el mando de buen grado y además le entregó las tropas que había traído con él. Después, reclamó Útica que se 4
sospechaba que era favorable a César y había estado a punto de ser destruida por los otros precisamente por ello, se encargó de su defensa y se le confió vigilar toda la región junto con el mar; Escipión asumió el mando de todo lo demás 5
con plenos poderes. Y su solo nombre hacía cobrar fuerzas a los de su partido que creían por no sé qué esperanza irracional que no podría ocurrir nada malo a ningún Escipión en África.

César, que sabía esto y veía que también los que comba- 58
tían a su lado estaban convencidos de que era así y tenían miedo, acogió a uno que era de la familia de los Escipiones y llevaba este nombre (se le llamaba también Salucio)[229] y 2

[229] O Salvicio; cf. Plutarco, *César* 52 y Suetonio, *Julio César* 59.

así hizo el viaje hacia Hadrumeto (puesto que Útica estaba estrechamente vigilada) y como no esperaban que lo hiciera en invierno, cruzó sin ser advertido por sus enemigos. Cuando dejó la nave, tuvo lugar un incidente que, aunque habría podido presagiar algo terrible para ellos por parte de
3 algún dios, sin embargo lo convirtió en algo bueno. En efecto, nada más desembarcar en aquella tierra, tropezó y los soldados que le vieron caer de bruces, se angustiaron y sin poderlo evitar se pusieron a gritar. Sin embargo, César no vaciló, sino que extendiendo ambas manos, abrazó y besó la tierra como si se hubiera tirado aposta, y exclamó en alta
4 voz: «¡Te tengo, África!». Después atacó Hadrumeto[230], pero, fue rechazado y expulsado violentamente de su campamento. Luego se dirigió a otra ciudad, Ruspina, donde, bien recibido por sus habitantes, estableció sus cuarteles de invierno. Y desde este lugar hacía la guerra.

[230] Adrimeto o Hadrumeto, es una ciudad del Norte de África, fundada por los fenicios, que sirvió probablemente a Aníbal de base de operaciones en la campaña de Zama.

LIBRO XLIII

El libro cuadragésimo tercero de la *Historia Romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Cómo César venció a Escipión y a Juba [1-8].
2. Cómo los romanos se apoderaron de Numidia [9].
3. Cómo se suicidó Catón [10-13].
4. Cómo César volvió a Roma, celebró sus triunfos y resolvió lo demás [14-21].
5. Cómo fueron consagrados el Foro de César y el templo de Afrodita [22-24].
6. Cómo César dispuso el año a la manera de ahora [26].
7. Cómo César venció a Gneo Pompeyo, hijo de Pompeyo, en Iberia [28-41].
8. Cómo los cónsules fueron nombrados por primera vez por menos de un año entero [46].
9. Cómo se colonizaron Cartago y Corinto [50].
10. Cómo se establecieron los *Ediles Cereales* [51].

Duración: tres años en los que fueron cónsules los enumerados aquí:

[708/46] G. Julio César, hijo de Gayo, dictador por tercera vez con Emilio Lépido, jefe de la caballería y cónsul por tercera vez.

[709/45] C. Julio C., dictador por cuarta vez con Emilio Lépido, jefe de la caballería y cónsul por cuarta vez.

[710/44] C. Julio C., dictador por quinta vez. Emilio Lépido, jefe de la caballería y cónsul por quinta vez con M. Antonio.

1 Tales fueron los hechos de César en esa época. Al año siguiente ejerció al mismo tiempo la dictadura y el consulado —por tercera vez cada uno de los dos cargos— con Lépido como colega en ambos casos. Pues como la primera vez había sido nombrado dictador por Lépido, inmediatamente después de su pretura, le había enviado a la Hispania
2 Citerior y, a pesar de que no había obtenido victoria alguna, ni había combatido en absoluto, a su vuelta, le honró con un triunfo, con el pretexto de que había estado presente en las
3 campañas de Longino y Marcelo. La verdad es que no envió nada, excepto el dinero que saqueó a los aliados. Pero el caso es que César le ensalzó con este honor y después lo eligió como colega en ambos cargos.

2 Cuando estaban ya ejerciendo su cargo, los que estaban en Roma se inquietaron por unas señales; en efecto, se vio un lobo en la ciudad, y nació un cerdo semejante a un elefante excepto en las patas. En África, Petreyo y Labieno aguardaron el momento en que César había salido a las aldeas en busca de trigo para azuzar a su caballería, que todavía no se había recuperado del viaje por mar, contra la in-
2 fantería, con ayuda de los númidas. A causa de esto, se sembró la confusión entre los soldados, mataron a muchos de ellos en una lucha cuerpo a cuerpo y habrían aniquilado a todos los demás que se habían retirado a un lugar elevado, si
3 no hubieran sufrido heridas muy graves. Pero además, con estos hechos, alarmaron a César en gran medida. En efecto, al considerar que había sufrido una derrota a manos de unos

pocos, temía que Escipión y Juba se presentaran inmedia-
tamente con todas sus tropas, según habían anunciado; así
que vacilaba sin saber qué hacer. Pues como todavía no le 4
era posible concluir la guerra de modo satisfactorio, y veía
además la dificultad de mantenerse en ese mismo lugar
—aun en el caso de que los enemigos se alejaran— a causa
de la falta de provisiones, y sabía que la retirada resultaba
imposible con la amenaza de los enemigos por tierra y por
mar, se desanimaba.

Pues bien, cuando todavía se hallaba en estas cavilacio- 3
nes, un tal Publio Sitio, si es que hay que decir que fue
aquél y no los dioses, le llevó a la vez la salvación y la vic-
toria. Éste, tras ser desterrado de Italia y cruzar a Mauritania
con algunos compañeros de exilio, había reunido una fuerza 2
y había servido como general junto a Boco y aunque no
había recibido ningún favor de César, ni le conocía en abso-
luto, emprendió la guerra a su favor y le ayudó a resolver
sus dificultades presentes. No acudió a socorrerle a él en
persona, porque había oído que estaba lejos y consideraba 3
que su propia ayuda le iba a ser poco útil (pues no tenía una
gran fuerza); pero aguardó a que Juba saliera de campaña
para atacar Numidia y devastarla junto con la parte de Getu- 4
lia que estaba bajo su poder, de modo que el rey dejó lo que
tenía entre manos y regresó cuando estaba a la mitad del
camino con la mayor parte de su ejército, pues había envia-
do otras tropas junto a Escipión. Por eso quedó muy claro
que si Juba hubiera llegado, César no habría podido hacer- 5
les frente. Pero ni siquiera se atrevió a atacar a Escipión so-
lo. Tenía, en efecto, un temor especial entre otras cosas, a
los elefantes, tanto por sus aptitudes para la batalla como
porque sumían a la caballería en una enorme confusión.

Así que protegía el campamento todo lo que podía y ha- 4
cía venir soldados y elefantes desde Italia, no porque pensa-

ra que fueran a tener algún éxito en el combate (pues no eran muchos), sino para que los caballos se habituaran a su aspecto y sus bramidos y no temieran ya a los de los enemigos.

2 Entretanto se unieron a él los getulos y algunos otros pueblos vecinos, en parte por aquellos, porque habían oído que habían sido honrados en gran manera, y en parte por el
3 recuerdo de Mario, porque César era su pariente. Cuando esto ocurrió, y los refuerzos procedentes de Italia —aunque habían cruzado lentamente y con riesgo, a causa del mal tiempo y de los enemigos— llegaron por fin, no permaneció en paz, sino que, por el contrario, se apresuró a presentar batalla para adelantarse y someter a Escipión, antes de la
4 llegada de Juba. Así que avanzó para atacarle hasta una ciudad llamada Uzita y acampó sobre una elevación del terreno por encima de la ciudad y el campamento enemigo, tras desalojar a los que la ocupaban. A continuación, cuando Escipión le atacó, lo persiguió desde lo alto y causó daños a su
5 caballería. Así pues, ocupó este lugar y lo fortificó y tomó también otro del otro lado de la ciudad tras derrotar en él a
6 Labieno; después la fortificó entera. Pues bien, Escipión, por temor a sucumbir demasiado pronto, ya no entraba en combate, pero mandó a buscar a Juba; y como éste no le obedecía, le prometió que le otorgaría como regalo todas las posesiones de los romanos en África. Entonces Juba puso a otros al frente de las operaciones contra Sitio y él en persona se enfrentó de nuevo a César.

5 Mientras esto sucedía, César intentó por todos los medios arrastrar al combate a Escipión, pero como no pudo, hizo propuestas amistosas a sus soldados y difundió escritos
2 en los que prometía a los nativos que mantendrían intactas sus propiedades y los dejaría libres y a los romanos que les concedería el perdón y la misma recompensa que debía a los
3 que estaban con él. Por eso se atrajo a un gran número. Por

su parte el propio Escipión intentó también hacer ofertas por
escrito y de palabra a sus contrarios con la idea de atraerse a
algunos; pero no fue capaz de hacerles cambiar de bando,
no porque algunos no hubieran elegido el suyo si les hubie-
ra hecho alguna oferta semejante a la de César, más bien 4
porque no les prometió ninguna recompensa, sino que les ex-
hortaba simplemente a liberar al pueblo y al senado roma-
nos. Y así, puesto que elegía un discurso más digno que útil
en aquella situación, no se ganó a ninguno para su causa.

Las cosas siguieron así mientras Escipión estaba solo en 6
el campamento, pero cuando llegó Juba cambiaron. Aque-
llos, en efecto, incitaban a sus contrarios a entrar en comba-
te, les hostigaban cuando no querían luchar y con la caballe-
ría provocaban graves daños cuando se dispersaban; César, 2
por su parte, no tenía intención de entablar combate con
ellos, así que cerró las fortificaciones, se apoderó de sufi-
cientes provisiones e hizo venir otras tropas procedentes de
Roma. Éstas llegaron mucho después y con dificultad (por- 3
que no estaban juntas, sino que se habían reunido poco a
poco y no había barcos suficientes como para que cruzaran
de una sola vez). Cuando por fin las recibió, cobró nuevos
ánimos y tras conducirlas al campo de batalla, las hizo for-
mar delante de las trincheras. Al ver esto, los enemigos 4
hicieron formar las suyas en frente, pero no llegaron a com-
batir. Y fue así durante varios días más. De hecho, de no ser
porque provocaban breves escaramuzas con la caballería y
se retiraban, ninguno de los dos bandos arriesgaba un mo-
vimiento digno de mención.

Cuando César se dio cuenta de que no podría forzarles a 7
luchar si no querían, a causa de la naturaleza del terreno, di-
rigió el ejército contra Tapso[231] para atacarles si acudían en

[231] Ciudad en la costa africana al sur de Hadrumeto.

2 ayuda de la ciudad o tomar el lugar si se desentendían. Esta ciudad de Tapso está situada en una especie de península a uno de cuyos lados se extiende el mar y al otro una laguna y en medio tiene un istmo tan estrecho y pantanoso que forma dos caminos sólo un poco apartados entre sí a uno y otro la-
3 do de un pantano, a lo largo de la costa. Así que César en su marcha hacia esta ciudad iba levantando una empalizada y excavando una trinchera en el lugar más estrecho. Los habitantes de la ciudad no le causaron ningún daño (de hecho no eran capaces de medirse con él), pero Escipión y Juba intentaron a su vez fortificar el final del istmo donde se une al continente dividiéndolo en dos partes con empalizadas y trincheras.

8 Mientras se ocupaban en estas obras y progresaban cada día (pues, para construir más deprisa la fortificación, colocaron los elefantes en la parte que todavía no se había protegido con trincheras y era, por tanto, de fácil acceso para
2 los enemigos, y todos trabajaban en el resto), César atacó de pronto a los que estaban con Escipión y alborotando a los elefantes con hondas y flechas lanzadas desde lejos, los hostigó mientras escapaban. Después se volvió inesperadamente para atacar a los que trabajaban y persiguiéndolos mientras huían hasta la fortificación, la tomó al primer grito de
3 combate. Juba, al ver esto, se asustó y tuvo tanto miedo que
4 ni se atrevió a entablar combate, ni puso el campamento bajo protección, así que se apresuró a huir hacia su tierra y después, como nadie lo recibió, especialmente porque Sitio había vencido ya a los que se le oponían, abandonó toda esperanza de salvación, entabló un combate él solo junto con Petreyo que no esperaba ya ningún perdón y murió con él.

9 César, por su parte, tras la huida de Juba, tomó la empalizada y llevó a cabo una gran carnicería con todos los que se encontraban; pues no perdonó ni siquiera a los que se

cambiaron de bando. Después, subyugó a las demás ciuda- 2
des sin que se le opusiera nadie, sometió a los númidas y les
impuso la condición de súbditos y encomendó a Salustio
gobernarlos de palabra, pero de hecho saquearles. Éste, sin 3
duda, recibió muchos sobornos y llevó a cabo rapiñas, de
modo que no sólo fue acusado sino que incurrió en la mayor
ignominia, porque después de haber escrito libros en los que
hacía muchos y amargos reproches a algunos de los que se
habían aprovechado, no actuó como predicaba. De ahí que,
aunque fue absuelto de todo por César, el mismo Salustio,
en su libro, como en una estela, cinceló y muy bien su pro-
pia condena.

Así sucedió esto. Y a esa provincia de Libia que está en 4
torno a Cartago y que también llamamos África, se la llamó
«antigua» porque había sido sometida desde hacía mucho
tiempo, mientras que a la región de los númidas se la llamó
«nueva» porque había sido conquistada recientemente. En 5
cuanto a Escipión, huyó después de la batalla y zarpó hacía
Hispania en el primer barco que encontró para reunirse con
Pompeyo, pero tras desembarcar en Mauritania, por miedo a
Sitio se suicidó.

Catón, como muchos se habían refugiado junto a él, en 10
primer lugar se preparaba para asumir la campaña y resistir
a César de algún modo. Pero los de Útica que no habían te-
nido antes enemistad con César y le veían vencedor enton-
ces, no se dejaron convencer por él; y los que estaban pre- 2
sentes del Senado y del orden ecuestre temían que los
arrestasen y planeaban la huida. Catón, entonces, no decidió
ni enfrentarse en combate con César (pues no era capaz), ni
pasarse a su bando. Y no era porque tuviera ningún miedo 3
(sabía, en efecto, que César se apresuraría a perdonarlo para
mantener su reputación de clemente), sino porque amaba
con todas sus fuerzas la libertad y no quería ser sometido a

nada por nadie y consideraba que la compasión de César era
4 mucho más odiosa que la muerte. Así que, tras convocar a los ciudadanos que estaban presentes y preguntar a cada uno adónde partiría, los despidió con provisiones para el viaje y pidió a su hijo que fuera junto a César. Y cuando el muchacho le preguntó «¿Por qué no haces eso tú también?», le
5 contestó «Yo que he sido educado en la libertad y en el derecho a la libre expresión, no puedo cambiar de actitud y sustituirlos a mi edad por la esclavitud, pero a ti que has nacido y has crecido en esta situación te conviene honrar a la divinidad que rige tu destino.»

11 Después de hacer esto y tras rendir cuentas de su administración ante el pueblo de Útica y devolverles todo el dinero que quedaba, quiso dejar esta vida antes de la llegada
2 de César, pero no lo intentó durante el día porque su hijo y los que le acompañaban lo mantenían bajo vigilancia. Pero cuando llegó la noche, colocó un puñal a escondidas bajo su almohada y pidió el libro de Platón que trata sobre el al-
3 ma[232], bien porque se empeñaba en apartar a los presentes de la sospecha de que tramaba tal cosa, para que se cuidaran de él lo menos posible, o bien porque deseaba recibir algún
4 consuelo ante la muerte con la lectura de esta obra. Cuando lo hubo leído y era ya media noche, sacó la daga de debajo de la almohada y se hirió en el vientre, y habría muerto enseguida al quedar exangüe, si no hubiera hecho ruido al caer del lecho y hubiera despertado a los que montaban guardia. Enseguida su hijo y algunos otros que entraron con él volvieron a sujetar los intestinos en su vientre y le prestaron
5 atención médica. Y ellos se llevaron el puñal y cerraron las puertas para que consiguiera dormir (pues de ninguna mane-

---

232 Se refiere al *Fedón*.

ra esperaban que muriese); pero él metió sus manos en la herida, desgarró las suturas y expiró.

6 Catón, que había sido no sólo el más partidario de las instituciones republicanas[233] sino también el hombre de más firmes convicciones de los de su época, cobró además tan gran fama a partir de su propia muerte que adquirió el sobrenombre de «el de Útica» porque murió en Útica como se ha dicho y porque fue enterrado públicamente por sus habitantes.

12 César dijo que estaba enfadado con él porque le había denegado por odio la fama de su salvación y, como era su costumbre, puso en libertad a su hijo y a la mayoría de los otros. Unos se le unieron voluntariamente enseguida, otros más tarde para encontrarlo más ablandado por el tiempo.
2 Los primeros fueron perdonados, pero Afranio y Fausto no se dirigieron a él voluntariamente (y es que estaban seguros de que iban a morir) sino que huyeron a Mauritania donde fueron capturados por Sitio. César los mató sin juicio como
3 a prisioneros de guerra: en cuanto a Lucio César, aunque era su pariente y llegó como suplicante voluntario, no obstante, como había luchado contra él en todos los frentes, primero ordenó que fuera juzgado como para dar la impresión de que se le condenaba con cierta legalidad, pero después, vacilando en condenarlo a muerte con su propia voz, dio largas y finalmente lo mató a escondidas.

---

[233] He traducido *dēmotikṓtatos* con esta perífrasis porque no creo que Dion se refiera a Catón como el más partidario de la democracia o del partido del pueblo, sino que más bien me inclino a pensar que se refiere a que era el más partidario de las instituciones tradicionales romanas frente a las aspiraciones de personalidades como las de César o Pompeyo que acabaron, de hecho, con la República.

13 De hecho, de los que estaban con él, a los que no le eran favorables, a unos los perdió de buen grado junto a los enemigos, e hizo que los otros perecieran insidiosamente en los
2 combates a manos de sus propios compañeros. Pues no atacaba abiertamente, como ya he dicho, a todos los que le habían hecho daño, sino que a cuantos no podía perseguir con una acusación fidedigna los quitaba de en medio por al-
3 gún oscuro procedimiento. Sin embargo, llegó a quemar entonces, antes de que se leyeran, todos los documentos que se habían encontrado en las arcas secretas de Escipión y perdonó a muchos de los que habían luchado contra él, a unos por ellos mismos, a otros en atención a sus amigos. Porque, como he dicho, permitía a cada uno de sus conmilitones y de sus compañeros pedir el perdón de un hombre. Y
4 en efecto, habría salvado también a Catón; pues había llegado a admirarle tanto que cuando Cicerón escribió después un elogio de éste, César no se enfadó en absoluto a pesar de que Cicerón también había luchado en su contra, sino que escribió un libro que tituló *El Anticatón*.

14 César, inmediatamente después de esto y tras haber licenciado a los soldados de más edad antes de cruzar a Italia por miedo a que se rebelaran de nuevo, resolvió tan rápido como le fue posible los demás asuntos de África y navegó
2 hasta Cerdeña con toda la flota. Desde allí los envió a Hispania con Gayo Didio contra Pompeyo y él mismo se dirigió a Roma crecido especialmente por la brillantez de sus hechos
3 pero también por los decretos del Senado. Porque habían decidido que se hicieran sacrificios durante cuarenta días en honor de su victoria y en los triunfos decretados previamente le habían permitido desfilar sobre un carro de caballos blancos acompañado por todos los lictores que llevaba entonces con él y otros en el mismo número que los que usaba en la primera dictadura y además tantos otros como había

tenido en la segunda. Además lo nombraron «regidor de la 4
manera de actuar de cada uno»[234] (pues fue llamado algo así como si no fuera digno de él el nombre de «censor») por tres años y dictador para diez años seguidos. Votaron ade- 5
más que se sentara siempre en la silla curul junto a los cónsules en el Senado y que siempre fuera el primero en dar su opinión y que diera la señal en todas las carreras del circo y que otorgara los cargos y todo lo que antes concedía el pueblo. Ordenaron también que se instalara en el Capitolio un 6
carro suyo, enfrente de la estatua de Zeus, y que se entronizara su propia estatua de bronce sobre una imagen del mundo habitado con la inscripción de que era un semidiós y que se inscribiera su nombre en lugar del de Catulo en la 7
idea de que él había acabado el templo por cuya construcción había intentado llevarle a juicio[235]. Sólo he expuesto estas medidas no porque fueran las únicas que se votaron —porque se propusieron en masa y es evidente que se ratificaron— sino porque las demás las rechazó, pero éstas las aceptó.

Una vez ratificados estos decretos, entró en Roma y 15
como vio que la gente temía su poder y sospechaba su talante orgulloso y por eso esperaban sufrir muchos y terribles males, como había sucedido también antes, y que por eso le 2
concedían honores desmesurados, por adulación y no por simpatía, los apaciguó y les dio esperanzas diciendo en el Senado lo siguiente:

«Ninguno de vosotros, senadores, debe temer que vaya a decir o hacer nada malo porque haya vencido y pueda decir todo lo que me apetezca sin dar cuentas a nadie y hacer

---

234 *Praefectus moribus* (Cic., *Cartas a los familiares* IX 15, 5).

235 Véase XXXVII 44, 1.

3 con plena libertad todo lo que quiera. Es verdad que Mario,
Cinna, Sila y prácticamente todos los que alguna vez han
vencido a sus adversarios, al emprender sus campañas hicie-
ron y dijeron muchas cosas benevolentes, por lo que, en
4 gran medida, se atrajeron algunos a su bando sobre todo
como aliados y si no, al menos, como no opositores; pero
cuando vencieron y se convirtieron en dueños de lo que
habían deseado, se comportaron de manera diametralmente
opuesta a como habían declarado y actuado antes, y cual-
5 quiera podría sospechar que yo voy a hacer lo mismo. Sin
embargo yo no os he tratado antes fingiendo una manera de
ser diferente de la mía para comportarme ahora, puesto que
me es posible, con insolencia manifiesta; tampoco me he
dejado llevar por mis muchos éxitos ni estoy tan cegado por
la soberbia que desee gobernaros como un tirano —en efec-
to, ambas cosas o al menos una de ellas, me parece a mí, les
6 han pasado a aquellos que he citado—; sino que soy en rea-
lidad tal cual siempre me habéis conocido (¿por qué es ne-
cesario que me ponga pesado explicándolo con detalle co-
7 mo si me alabara a mí mismo?) y no se me ocurriría nunca
insultar a la fortuna sino que cuanto más haya probado su
favor, tanto más la usaré con moderación en todo. Pues no
me he esforzado tanto por asegurar un poder tan grande y
llegar tan alto como para castigar a todos los que han lucha-
do contra mí y reprender a todos los del otro bando por otro
motivo que para poder actuar como un hombre de bien y ser
feliz con buena fama.

16 »Porque no es ni bueno ni justo que uno se muestre ha-
ciendo cuanto ha censurado a los que mantenían otra opi-
2 nión. Al menos yo no querría parecerme a ellos en la emu-
lación de sus hechos y distanciarme sólo por la fama de mi
victoria completa. De hecho, ¿quién debe hacer más y ma-
yores beneficios que quien tiene mayor poder? y ¿quién de-

be cometer menos errores que quien tiene mayor fuerza? ¿Quién debe usar con mayor cautela los dones de los dioses 3
que quien los ha recibido en gran medida? ¿Quién debe administrar los bienes presentes de manera más recta que quien tiene muchos y teme perderlos? Porque, en efecto, la felicidad es más perdurable unida a la sensatez, y el poder, si es moderado, preserva todo lo que se ha adquirido; y lo más importante es lo que precisamente les sucede menos a los que viven bien al margen de la virtud: se les concede el ser amados de verdad mientras viven y ser alabados sinceramente cuando mueren. Mientras que el que abusa del 4
poder sin cortapisas no encuentra ni verdadero afecto ni seguridad estable, sino que es adulado en público con falsedad ***[236] porque al que no controla su propio poder, todos los demás, especialmente los que más le tratan, le temen y desconfían de él.

»Y no hago meras especulaciones sino que mi discurso 17
va dirigido a que sepáis que no digo esto por alarde retórico ni porque se me haya ocurrido ahora casualmente, sino que lo pienso y lo digo desde el principio porque considero que me conviene y me beneficia. De manera que no sólo debéis tener ánimo en el presente sino también confianza en el futuro convencidos de que si hubiera fingido alguna de estas cosas no lo habría aplazado más sino que hoy mismo lo habría puesto de manifiesto. Pero es que nunca he pensado 2
de otra forma en el pasado como prueban de alguna manera los propios hechos, y ahora estoy aún mucho más dispuesto con la mayor prudencia, por Zeus, a ser no vuestro señor, sino vuestro guía, no vuestro tirano, sino vuestro líder. Y seré cónsul y dictador para todo cuanto sea necesario hacer en

[236] Laguna en el texto.

vuestro favor, pero un simple particular a la hora de hacer
3 mal a alguien. Pues considero que no estaría bien ni siquiera mencionarlo. ¿Cómo podría matar a ninguno de vosotros que no habéis cometido ningún delito yo que no he destruido a ninguno de los que se han puesto en contra mía, aunque, en general, hayan ayudado con gran celo a algunos contra mí, que he tenido piedad de todos los que se me han enfrentado una sola vez, que he dejado sanos y salvos incluso a los que han luchado una segunda vez contra mí? ¿Cómo podría guardaros rencor yo que he quemado al instante todos los documentos secretos que se encontraron en las
4 tiendas de Pompeyo y Escipión sin leerlas ni copiarlas? Así que, senadores, mantengámonos unidos con confianza olvidando todo lo que ha sucedido como si hubiera tenido lugar por un designio divino y empecemos a querernos unos a otros sin sospechas, como a nuevos ciudadanos, para que me tratéis como a un padre y disfrutéis de mi cuidado y protección sin temer nada desagradable y yo me preocupe de vosotros como de mis hijos, rogando que todos vuestros hechos sean siempre los mejores, soportando por fuerza las limitaciones humanas, premiando a los buenos con los honores debidos y corrigiendo a los demás en cuanto sea posible.

18 »Y no temáis a los soldados, ni los consideréis algo distinto de guardianes de mi imperio y el vuestro, pues es necesario mantenerlos por muchas razones y se mantendrán no contra vosotros sino a favor vuestro. Se contentarán con lo
2 que se les dé y amarán a quien se lo dé. Precisamente por eso se ha recaudado más dinero de lo acostumbrado, para que la parte sediciosa se aplaque y la parte que ha vencido, al recibir bastante sustento, no caiga en la sedición. Y por descontado que no he recibido ninguna ganancia privada de
3 ello yo que he gastado en vosotros todo lo que tenía y mu-

cho de lo que me han prestado; sino que, como veis, una parte se ha gastado en las guerras, y la otra se ha guardado para vosotros, se adornará con ella la ciudad y se utilizará en la administración de los demás asuntos. De esta forma yo recibiré el odio por este impuesto mientras que todos vosotros obtendréis el provecho en común, sobre todo en las campañas militares; de hecho siempre necesitamos armas, 4
puesto que no es posible vivir con seguridad sin ellas cuando se habita una ciudad tan grande como la nuestra y se tiene un imperio como el nuestro; y la abundancia de dinero las proporciona en gran cantidad. Sin embargo, ninguno de 5
vosotros debe sospechar que vaya a dañar a ningún rico ni que vaya a establecer nuevos impuestos. Me basta con los de ahora y prefiero ayudaros a prosperar que perjudicar a alguno a causa de su dinero.»

Tales palabras dijo César en el Senado y después ante el pueblo para disipar sus temores, sin embargo no pudo persuadirlos por completo de que tuvieran confianza antes de asegurar sus promesas con hechos.

A continuación llevó a cabo con brillantez el resto de la 19
celebración como correspondía a tantas y tan decisivas victorias. Celebró el triunfo sobre los galos, Egipto, Farnaces y Juba durante cuatro días distintos. La mayor parte agradó a 2
los espectadores, pero Arsínoe, la egipcia, a quien llevaban entre los prisioneros y la cantidad de lictores y símbolos de 3
triunfo procedentes de los ciudadanos caídos en África les desagradaron profundamente. En efecto, les provocaba el mayor de los disgustos el número de lictores porque nunca antes habían visto tantos juntos, y el hecho de ver a Ársínoe, que era una mujer y había sido considerada reina una vez, encadenada —cosa que nunca antes había sucedido, al menos en Roma— movía a una gran compasión. Por eso, con 4
el pretexto de la desgracia de ésta, se lamentaban de sus

propias desgracias. Y ella fue liberada en consideración a sus hermanos, pero otros, entre ellos Vercingetorix, fueron ejecutados.

20 Así pues, se sintieron mal por lo que he dicho antes, pero lo consideraron mucho menos importante a la vista de la cantidad de prisioneros y la magnitud de las conquistas. Y le admiraban sobremanera por ello y se asombraban del buen talante con el que había soportado la libertad de lenguaje de su ejército. 2 Pues los soldados se mofaron de la cantidad de ellos que habían sido inscritos por él en el Senado y de todo cuanto le humillaba, especialmente de su amor por Cleopatra; y le hacían burlas hirientes en particular sobre su estancia en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia, porque César había estado con él cuando era un muchacho, así que decían que César había sometido a los galos y Nicomedes a César[237]. 3 Al final, para colmo, gritando todos a la vez dijeron: «si obras bien serás castigado, si obras mal serás rey»[238]. Con ello querían poner de manifiesto que si devolvía la libertad al pueblo, lo que por supuesto consideraban que era lo justo, sería juzgado por lo que había llevado a cabo al margen de las leyes y sería castigado, mientras que si permanecía en el poder, lo que desde luego era propio de un hombre injusto, sería rey. 4 Sin embargo él no se disgustaba cuando decían estas cosas, sino que se alegraba mucho porque utilizaban esa franqueza con él en la confianza de que no se enfadaría nunca por ella. Excepto cuando le calumniaban a propósito de su relación con Nicomedes, porque esto le irritaba sobre manera y era evidente que le hacía

---

[237] Cf. SUETONIO, *Julio César* 49.

[238] Según dice E. CARY en nota a su traducción citada, estas palabras parodiaban una nana que venía a decir: *si male faxis vapulabis, si bene faxis rex eris* (si actúas mal serás azotado, si actúas bien serás rey).

daño; y él intentaba defenderse con juramentos, y con ello se exponía aún más al ridículo.

Pero en el primer día de los triunfos le sucedió un pro- 21
digio no muy bueno: el eje de su carro triunfal se rompió justo en frente del templo de la Fortuna edificado por Lúculo, de modo que tuvo que acabar la procesión en otro carro.
Entonces remontó de rodillas los escalones del Capitolio sin 2
tener en cuenta ni el carro dedicado a Júpiter construido en su honor, ni la imagen del mundo habitado que estaba bajo sus pies, ni su inscripción; después borró de ella el nombre de semidiós.

Así celebró el triunfo y después obsequió al pueblo es- 3
pléndidamente y le dio grano y aceite de oliva por encima de lo estipulado. Y repartió además entre la multitud que había recibido lotes de grano los setenta y cinco dracmas que había prometido y veinticinco más y a los soldados cinco mil en total[239]. Pero no fue magnánimo en todo, sino que 4
en otros aspectos era muy estricto. Así, aunque la multitud que recibía lotes de trigo había aumentado muchísimo, no según la ley sino de la forma como suele ocurrir en tiempo de guerra civil, había llevado a cabo una investigación y había excluido de antemano a la mitad de ellos de una vez.

Así pues, pasó los demás días de los triunfos como era 22
costumbre; pero el último día, cuando había terminado de cenar, se dirigió a su foro calzado con sandalias elegantes y coronado con todo tipo de flores y marchó desde allí, desde su casa, con prácticamente todo el pueblo acompañándolo
y muchos elefantes que llevaban antorchas. Porque había 2
construido el foro llamado después «de César» y es mucho más bonito que el foro romano, pero había aumentado la va-

---

[239] Es decir, «trescientos sestercios... y cien más... y a los soldados veinte mil en total».

loración del otro de forma que se llamaba el «Gran Foro». Entonces, tras llevar a cabo este nuevo foro y el templo de
3 Afrodita, a quien consideraba fundadora de su estirpe, los consagró enseguida y estableció muchos juegos de todo tipo en su honor y construyó una especie de teatro de madera para las *venationes*[240] que se llamó anfiteatro porque tenía escaños alrededor por todas partes y no tenía escenario. Para inaugurarlo celebró luchas de fieras y combates de gladia-
4 dores en honor de su hija, cuyo número, si uno quisiera escribirlo, haría pesada la exposición sin haberse acercado casi a la verdad. De hecho, todas las cosas de esta clase se exageran siempre. Así que pasaré por alto esto y otros hechos semejantes que tuvieron lugar después, excepto alguno que me parezca muy necesario mencionar.

23 Sí hablaré sobre el llamado «camellopardal[241]», porque entonces por primera vez fue introducido por César en Roma y se exhibió ante todos. Pues bien, este animal es como un camello en todo excepto porque sus extremidades no son
2 iguales sino que las de detrás son más cortas. A partir de las ancas empieza a crecer poco a poco de modo que se parece a una elevación y, tras alzarse hasta muy arriba, apoya el resto de su cuerpo sobre las patas delanteras y estira su cuello hasta una altura a su vez peculiar. Y su piel es moteada como la del leopardo; por eso lleva los nombres de ambos
3 animales en uno. Así era el animal. En cuanto a los hombres los hacía combatir no sólo cuerpo a cuerpo como era costumbre en el foro, sino también varios juntos en el circo, ji-

---

[240] Las *venationes* o «cacerías» eran juegos en los que fieras o animales salvajes peleaban entre sí o eran cazados por hombres armados y entrenados al efecto. En alguna ocasión también se echaban a las fieras personas indefensas, por lo general, condenadas a muerte.

[241] En gr. *kamēlopárdalis,* i. e., «camello-leopardo». Por la descripción que hace a continuación parece referirse a una jirafa.

netes contra jinetes y hombres de a pie contra hombres de a
pie y también unos contra otros sin distinción en igual nú-
mero. Hubo incluso luchas de unos cuarenta hombres a lo-
mos de elefantes. Por último se llevó a cabo una batalla na- 4
val, no en el mar, ni en un lago, sino en tierra firme. En
efecto, excavó una parte del campo de Marte, lo llenó de
agua y metió barcos allí. En todos estos juegos combatían
los prisioneros de guerra y los condenados a muerte. Y al- 5
gunos de los caballeros mantuvieron un combate singular,
entre otros el hijo de uno que había sido pretor. Incluso un
senador, un tal Fulvio Sepino[242], quiso combatir con todas
sus armas, pero se le impidió. César, de hecho, había orde-
nado que aquel espectáculo no tuviera lugar de ningún mo-
do, pero había permitido luchar a los caballeros. Los hijos 6
de los patricios llevaban a cabo desde antiguo un ejercicio
ecuestre llamado «Troya»[243] y los jóvenes del mismo rango
combatieron con ellos desde los carros.

Se le acusó de tan gran cantidad de asesinatos, de que él 24
mismo no se había saciado de muertes y mostraba ante el
pueblo las imágenes de sus propias miserias y mucho más
aún de gastar cantidades incontables de dinero en todas
aquellas celebraciones. Así que fue criticado públicamente
por dos razones: por haber recaudado ilegalmente la mayor
parte del dinero y por haberlo usado para tales espectáculos.
Con citar uno solo de sus despilfarros daré idea de todos los 2
demás. Pues bien, para que el sol no molestara a ninguno de
los espectadores, tendió sobre ellos un toldo de seda, según
dicen algunos. Este tejido es propio del lujo bárbaro y nos 3
ha llegado de vez en cuando de fuera para el gusto capri-

[242] Probablemente una corrupción por Furio Leptino a quien menciona SUETONIO en *Julio César* 39.

[243] Estos ejercicios se mencionan por primera vez en tiempos de Sila.

choso de las mujeres elegantes. Los ciudadanos se mante-
nían en paz por fuerza ante estos hechos, pero los soldados
se rebelaron, no porque les importaran los gastos a la ligera,
sino porque ellos no habían recibido lo mismo que aquéllos.
Y no cesaron de crear problemas hasta que César se presen-
tó ante ellos de repente y tras coger a uno con sus propias
4 manos lo castigó. Así fue ejecutado ése y otros dos fueron
asesinados con una especie de ritual. Yo no puedo decir la
razón (pues la Sibila no había dicho nada, ni se produjo
ningún tipo de vaticinio) pero fueron sacrificados en el
campo de Marte por el sacerdote de Ares y sus cabezas fue-
ron expuestas junto a la sede real.

25 Al tiempo que hacía estas cosas, César promulgó mu-
chas leyes de las que pasaré por alto la mayoría, pero recor-
daré las más dignas de mención. Encomendó los juicios só-
lo a los senadores y al orden ecuestre, para que siempre,
dentro de lo posible, formara parte de los tribunales la parte
más intachable, ya que antes algunos del pueblo participa-
2 ban en sus decisiones. En cuanto a los gastos de los que te-
nían recursos que habían aumentado muchísimo a causa de
su prodigalidad, no sólo los limitó con una ley sino que
también los vigiló de hecho estrictamente. Y como había
una gran escasez de hombres a causa de la cantidad de
muertos según le constaba por los censos —los había hecho
entre otras cosas cuando fue censor— y por su propia ob-
3 servación, estableció premios para la abundancia de hijos. Y
puesto que él mismo, tras haber gobernado a los galos du-
rante muchos años seguidos, se había visto inducido por
ello a un mayor deseo de poder y había aumentado el equi-
pamiento de su fuerza, limitó mediante una ley el mandato
de los propretores a un año y el de los procónsules a dos
años seguidos y no permitió que de ninguna manera nadie
tuviera un poder mayor.

Promulgó estas leyes y después estableció a la manera 26
de ahora los días excedentes de los años (porque todavía entonces se medían los meses por las revoluciones de la luna) intercalando los sesenta y siete días que faltaban para redondear el número. Algunos han dicho que había intercala- 2
do más, pero sucedió así en realidad. Tomó esto de su estancia en Alejandría con la diferencia de que aquellos contaban treinta días al mes y después añadían cinco días a cada año, mientras que César aplicó esos días a siete meses sumando los dos que había quitado a un mes[244]. Y él mismo 3
añadió cada cuatro años el día que se forma con los cuartos de modo que ya no diferían las estaciones del año sino por muy poco. Pues, en efecto, cada mil cuatrocientos sesenta y un años es necesario añadir un día intercalar[245].

Todo esto y lo demás que proyectó para el estado no lo 27
llevó a cabo basándose sólo en su propia opinión y criterio, sino que todo lo comunicaba siempre a los principales del Senado e incluso a veces a todo el Senado. Y sobre todo por eso, aunque había promulgado algunas leyes bastante duras, consiguió agradarles. Y fue alabado por ello, pero recibió 2
muchas críticas de todo tipo porque hizo volver por medio de algunos tribunos a muchos de los que habían sido condenados al destierro por los tribunales y porque permitió vivir en Italia a los que habían condenado por corrupción en el ejercicio de un cargo y todavía fue más criticado por haber

[244] Febrero.

[245] César, advertido por el alejandrino Sosígenes, cambió el calendario tradicional republicano atribuido legendariamente a Rómulo y Numa pero que probablemente procedía de un calendario lunar griego. Este calendario resultaba bastante confuso y permitía que el colegio de los pontífices lo alterara a su conveniencia. César introduce un calendario solar, divide el año en 12 meses de 30/31 días excepto Febrero (28/29). De hecho, la duración media del año juliano, al tener un exceso de once minutos y catorce segundos, viene a sumar un día de más cada 128 años.

3 inscrito en el Senado de nuevo a gente indigna de ello. Pero recibió la mayor acusación de todas por sus amores por Cleopatra, no los que tenía ya en Egipto (pues esos los conocían de oídas) sino los que tuvo en la propia Roma. Ella había llegado, en efecto, con su marido y se había alojado en la propia casa de César, de modo que también él era tenido en mal concepto por causa de ambos. Pero no le importaba en absoluto sino que los incluyó entre los amigos y aliados de los romanos.

28 En esto se enteró de todos y cada uno de los hechos de Pompeyo en Hispania. Sin embargo, considerando que no era difícil de vencer, primero envió contra él la flota desde Cerdeña y después el ejército que había reclutado para lle-
2 var la guerra por medio de otros. Pero cuando supo que Pompeyo había avanzado en gran medida y que las fuerzas que había enviado no eran suficientes para hacerle frente, partió él en persona a la campaña tras haber encomendado los asuntos de la ciudad a Lépido y a unos ediles, ocho según opinan algunos, seis según más comúnmente se cree.

29 Pues bien, después de haberse sublevado las legiones de Hispania que estaban al mando de Longino y Marcelo y de producirse revueltas en varias ciudades, cuando Longino fue apartado del mando y Trebonio fue su sucesor, perma-
2 necieron en paz durante algunos días; después por temor a la venganza de César mandaron embajadas en secreto a Escipión porque querían cambiar de bando; y éste les envió entre otros a Gneo Pompeyo. Éste último, que había atracado en las islas Gimnesias[246] y había sometido sin lucha todas excepto Ebuso[247], a la que conquistó con dificultad, como

[246] Se refiere a las islas Baleares, que los griegos llamaban también Gimnesias debido a que sus hombres iban desnudos (cf. Diodoro Sículo, V 17, 1).

[247] Ibiza.

cayó enfermo, se había quedado allí con sus soldados. En- 3
tonces, puesto que se retrasaba, los soldados que estaban en
Iberia, convencidos de que Escipión había muerto y de que
Didio avanzaba por mar contra ellos, y temiendo que los
matara antes de la llegada de Pompeyo, no lo esperaron, si-
no que con Tito Quinto Escápula y Quinto Aponio, que per-
tenecían al orden ecuestre, al mando, expulsaron a Trebonio
y todos los pueblos de la Bética se unieron a la revuelta.

Después de que ellos hicieron esto, Pompeyo, que se ha- 30
bía restablecido, cruzó a la parte de enfrente del continente
y se ganó inmediatamente algunas ciudades que se pusieron
voluntariamente de su parte (le acogieron sin titubear por-
que estaban hartos de las órdenes de los que les mandaban y
habían depositado no pocas esperanzas en él debido al re-
cuerdo de su padre), pero puso cerco a Cartago[248] porque no
había querido llegar a un acuerdo. Cuando se enteraron los 2
hombres de Escápula acudieron allí y, tras nombrar a Pom-
peyo general con plenos poderes, lo siguieron y mostraron
la mejor disposición hacia él considerando sus ganancias
como de cada uno y sus desgracias como propias, de modo
que precisamente por ambos sentimientos se esforzaban en
obtener las primeras y en no sufrir las últimas. Así que 3
Pompeyo hizo lo que todos solían hacer en tales circunstan-
cias difíciles, especialmente cuando se cambiaron de bando
algunos de los alóbroges de los que Juba le había entregado
vivos después de la guerra contra Curión: no hubo nada que
no les concediera a los demás con gusto tanto de palabra
como de hecho. Y ellos, por supuesto, se volvieron aún más 4
favorables a causa de esto e incluso se les unió un grupo de
adversarios, especialmente de los que habían combatido con
Afranio; después se le unieron algunos otros de África, en-

[248] Se refiere a Cartago Nova, es decir, Cartagena.

tre ellos su hermano Sexto, y Varo y Labieno con su flota.
5 Después, crecido por el número y la buena disposición de su
ejército, marchaba sin temor por la región y se atraía las
ciudades a su bando de grado o por la fuerza e incluso pare-
cía ser más poderoso que su padre.

31 Había, de hecho, en Iberia generales de César, (Quinto
Fabio Máximo y Quinto Pedio[249]); sin embargo, puesto que
creían que no eran capaces de enfrentarse a Pompeyo, per-
manecieron en paz y mandaron llamar a César urgente-
mente.

2 Hasta entonces las cosas seguían así, pero cuando llega-
ron algunos de los enviados desde Roma y se esperó la in-
minente llegada de César, Pompeyo, atemorizado, no se
consideró capaz de dominar toda Iberia y no esperó a ser
derrotado para cambiar de planes, sino que, antes de medir
3 sus fuerzas con los contrarios, se retiró a la Bética. Pero el
mar enseguida se le volvió hostil y Varo fue derrotado por
Didio en una batalla naval junto a Carteya[250]; y si no hubie-
ra escapado hacia tierra, y no hubiera arrojado las anclas,
una detrás de otra, en la bocana del puerto y la primera fila
de sus perseguidores no hubiera chocado con ellas como
4 con una barrera, habría perdido toda su flota. Pero toda
aquella zona del continente, excepto la ciudad de Ulia[251]

[249] Quinto Pedio, probablemente de origen campano, hijo de un miembro del orden ecuestre y de la hermana mayor de César, tomó parte en la campaña de Munda y fue asociado al triunfo, tuvo derecho a una parte de la herencia de César pero renunció a ella a favor de Octavio, fue cónsul con él en el 43, desde el 19 de agosto, y tuvo la ciudad a su cargo durante las negociaciones entre Octavio, Marco Antonio y Lépido.

[250] Carteya, ciudad cercana a San Roque (Cádiz), probablemente de origen fenicio o cartaginés. Fue una importante base naval durante la Segunda Guerra Púnica; a partir del 171 fue nombrada por los romanos *colonia civium Latinorum et libertinorum*.

[251] Ulia se localiza en Montemayor, cerca de Córdoba.

combatía del lado de Pompeyo; en cuanto a esa ciudad que no quiso unírsele, procedió a cercarla.

En esto llegó César de pronto con unos pocos hombres 32
pillando desprevenidos no sólo a los de Pompeyo sino también a sus propios soldados, pues hizo el viaje tan deprisa que se presentó ante los suyos y los adversarios antes de que se hubieran tenido noticias de que estaba ya en Hispania. Éste esperaba espantar a Pompeyo con eso, con su sola pre- 2
sencia, y sobre todo deshacer el cerco, porque la mayor parte de su ejército había quedado atrás en el camino. Pero Pompeyo que consideraba que un hombre no es muy diferente de otro y tenía mucha confianza en su propia fuerza, no se alarmó ante su llegada sino que continuó sitiando la ciudad y llevando a cabo ataques de la misma forma que antes. En- 3
tonces César dejó unos cuantos soldados de entre los que habían llegado antes y él se dirigió hacia Córdoba en parte con la esperanza de tomarla a traición y, lo más importante, suponiendo que apartaría a Pompeyo de Ulia por temor a perder Córdoba. Y sucedió así. Porque Pompeyo, al princi- 4
pio, dejó una parte de su ejército en la zona, marchó a Corduba y la reforzó; y como César no pudo resistir sus fuerzas, puso al frente a su hermano Sexto. Después, no consiguió 5
nada en Ulia, sino que por el contrario, cuando se derrumbó una torre, no porque la tiraran los suyos sino a causa de la multitud de hombres que la defendía, entraron algunos y fueron expulsados de mala manera. César, que se había 6
acercado a ellos, les envió ayuda en secreto por la noche y de nuevo dirigió la campaña contra Córdoba y la cercó. Así que, no en vano, Pompeyo se retiró por completo de Ulia y se dirigió a marchas forzadas con todo su ejército hacia allí. Entonces César, tras informarse de esto, se retiró porque es- 7
taba enfermo. Después, cuando se restableció y tomó a su cargo a las tropas que lo seguían, se vio obligado a luchar

incluso durante el invierno. Así, alojados en pequeñas tiendas de mala calidad, lo pasaban mal y necesitaban provisiones.

33 César era entonces dictador y ya tarde, casi al final del año, fue nombrado cónsul, cuando Lépido, como jefe de la caballería, convocó al pueblo para ello; pues entonces era jefe de la caballería porque se había nombrado a sí mismo cuando ocupaba el consulado en contra de las costumbres ancestrales.

2 El caso es que César, como he dicho, se vio obligado a combatir incluso en invierno y no atacó Córdoba (que estaba sólidamente defendida), sino que, como se enteró de que había mucho trigo en la ciudad de Ategua[252], aunque era una ciudad fuerte, se dirigió hacia ella con la esperanza de tomarla por el tamaño de su ejército y atemorizando a sus habitantes con el súbito sobresalto de su llegada. Y en poco
3 tiempo la rodeó con un muro y un foso. Porque Pompeyo, animado por la naturaleza de la plaza y en la idea de que César no mantendría el cerco por mucho tiempo durante el invierno, como no quería que sus soldados sufrieran por el frío, no le dio importancia y no acudió en su ayuda al prin-
4 cipio. Después, cuando la ciudad fue rodeada por un muro y César acampó ante ella, tuvo miedo y acudió en su ayuda. Una noche de niebla, atacó por sorpresa a los guardias y mató a muchos. Y puesto que los de dentro estaban sin un jefe, les envió a Munacio Flaco.

34 Pues bien, éste entró de la siguiente manera: se dirigió a unos guardias de noche y solo, como si César le hubiese enviado para hacer una inspección, les pidió la contraseña y

[252] Ciudad de la Bética junto al río Guadajoz, actual Teba (Málaga).

así se enteró de ella (porque no era conocido y nunca se
habría sospechado que actuara así solo sin ser amigo), dejó 2
a estos guardias y dando un rodeo hacia el otro lado de la
fortificación, se encontró con otros guardias y, tras decirles
la contraseña y fingir que estaba allí para traicionar a la ciudad,
entró con su consentimiento y escoltado por ellos. Sin
embargo no consiguió salvar la ciudad. Porque entre otras 3
cosas, aunque los habitantes habían lanzado fuego contra las
máquinas y las fortificaciones de los romanos, no habían
producido en ellos ningún daño digno de mención; sin embargo,
ellos mismos lo pasaron mal, por culpa de un viento
que empezó a soplar violentamente hacia ellos de frente en
ese momento: sus casas ardieron y muchos hombres pere- 4
cieron por las piedras y los dardos porque no podían ver nada
a causa del humo. Después de que les sucediera esta desgracia
y de que su tierra fuera devastada, y una parte de la
muralla se derrumbara a causa de las galerías subterráneas,
se sublevaron, y Flaco, el primero, hizo propuestas de paz a 5
César con la condición de su propio perdón y el de los suyos,
pero después fracasó porque no quiso entregar las armas
y a continuación los demás habitantes del lugar mandaron
emisarios y acordaron la paz en los términos que se les
imponía.

Después de la toma de esta ciudad, los demás no se mo- 35
vieron. Muchos mandaron emisarios y cambiaron de bando 2
y otros muchos le acogieron cuando llegó con sus lugartenientes,
de modo que Pompeyo sin saber lo que debía hacer
iba de un lado a otro a través del país; después, temiendo
que por eso mismo los demás le abandonaran también, decidió
arriesgarse del todo, aunque los dioses presagiaban
clarísimamente su derrota. En efecto, las gotas de sudor de 3
las estatuas, el estruendo de las legiones, los animales que
nacían en gran cantidad contra natura, las antorchas que se

lanzaban de oriente a occidente (porque todo esto sucedió al
mismo tiempo en Hispania) no revelaban nada claro de cuál
4 de los dos predecían el futuro. Sin embargo, las águilas de
las legiones de Pompeyo, batiendo sus alas y tirando los ra-
yos de oro que algunas llevan en sus garras, lanzaron sobre
él públicamente la desgracia y salieron volando hacia César.
Pero el destino le arrastraba y despreció estos signos, así
que se estableció en la ciudad de Munda para dar la batalla.

36 Ambos contaban con muchos nativos y moros además
de las tropas de ciudadanos y de mercenarios; Boco, en efec-
to, mandó sus hijos a Pompeyo, mientras que Bogud en per-
sona luchó junto a César. Pero el combate no fue un comba-
2 te con otros sino entre los propios romanos. Así pues, los
soldados de César, que confiaban en su número y experien-
cia y en la presencia de éste, estaban deseosos de acabar de
una vez con la guerra y con sus miserias, y los de Pompeyo,
que eran menos, decididos por la falta de esperanzas de sal-
vación en el caso de que no vencieran, estaban llenos de ce-
3 lo. Pues, como la mayoría de ellos habían sido capturados
junto con Afranio y Varrón y habían sido perdonados, y a
continuación, entregados a Longino y después se habían
sublevado, no tenían ninguna esperanza de salvación en ca-
so de perder; y por eso, se dejaban arrastrar hasta la insensa-
tez en la idea de que debían vencer entonces o morir de una
4 vez. Así se enfrentaron en combate, pues ya no tenían nin-
gún reparo en matarse unos a otros después de haberse en-
frentado tantas veces. Por eso no fue ni siquiera necesaria
una exhortación.

37 Enseguida las tropas aliadas de cada bando se dieron a
la fuga, pero los propios romanos sostuvieron un combate
en formación cerrada hasta el colmo de sus fuerzas. Porque
nadie se entregaba, sino que, sin abandonar la formación,
mataban y morían como si cada uno de ellos fuera el cau-

sante ya de la victoria, ya de la derrota de todos los demás.
Por eso no les importaba ver cómo luchaban los aliados, si- 2
no que se esforzaban como si afrontaran el peligro en solita-
rio. Y ninguno de ellos entonaba un peán ni se quejaba, sino
que cada uno gritaba tan solo: «Golpea, mata» y con sus
hechos iban muy por delante de sus lenguas. César y Pom- 3
peyo, que veían esto montados a caballo sobre elevaciones
del terreno, no se sentían capaces ni de confiar ni de deses-
perar, sino que vacilaban por igual al decidir y sufrían tanto
a causa del miedo como del valor; pues la batalla estaba tan 4
equilibrada que les dolían los ojos terriblemente de esfor-
zarse por divisar alguna ventaja y retardar la percepción de
una pérdida y también les dolían las almas de pedir el triun-
fo y rechazar la derrota al mismo tiempo y de estar a la vez
animosos y temerosos. No pudieron, en efecto, resistir mu-
cho tiempo, sino que, tras bajar del caballo, participaron en
la batalla; de forma que prefirieron unirse a los demás en el
esfuerzo corporal y en el riesgo que en la tensión del espíri- 5
tu con la esperanza de infundir cierta fuerza cada uno a sus
propios soldados con su participación en el combate, o bien
preferían morir con ellos, si perdían la batalla.

De modo que ellos luchaban en persona, pero ninguno 38
de sus dos ejércitos conseguía ninguna ventaja de ello, sino
que por el contrario, cuando vieron que aquellos se arries-
gaban a su lado, a ambos bandos les sobrevino por igual un
desprecio de la propia muerte aún mucho mayor y un mayor 2
deseo de la perdición del contrario. Por eso no huyó ningu-
no de los dos bandos, sino que, al ser iguales en su determi-
nación, se volvían iguales en la fuerza de sus cuerpos; y
habrían muerto todos o se habrían separado por la noche
igualados de no ser porque Bogud que estaba apartado de
los que combatían a pie se lanzó contra el ejército de Pom- 3
peyo. Labieno, cuando vio esto, abandonó su posición y se

volvió hacia él. Entonces los pompeyanos, creyendo que huía, se desanimaron. Después, se enteraron de la verdad, pero ya no pudieron recuperarse, sino que unos huyeron hacia la ciudad y otros hacia el foso; estos últimos rechazaron con fuerza a los que les atacaban y no cayeron hasta que
4 les atacaron por ambos lados, y los primeros defendieron el muro durante mucho tiempo de modo que no fue tomado hasta que todos ellos cayeron muertos en los ataques cuerpo a cuerpo. Fue tal en conjunto el desastre para los romanos de ambos bandos que los vencedores, ante el problema de cómo fortificar la ciudad para que ninguno escapara durante la noche, la rodearon con los propios cuerpos de los muertos.

39 Así venció César y tomó Córdoba enseguida. Porque Sexto Pompeyo se había retirado y los nativos se pasaron a su bando a pesar de que sus esclavos resistieron su ataque,
2 ya que habían sido liberados. Él degolló a los que estaban en armas y vendió a los demás. Hizo lo mismo con los que ocupaban Híspalis[253], que al principio habían aceptado a una de sus guarniciones como si lo hicieran voluntariamente, pero después habían matado a estos hombres y le habían
3 hecho la guerra. Así pues, dirigió una campaña contra ellos y como mantenía el asedio con manifiesta negligencia les indujo a esperar que podrían escapar. Después, tras aguardar a que salieran de la muralla, les ponía trampas y los mataba. Así conquistó la ciudad que en poco tiempo había quedado
4 sin hombres. A continuación tomó Munda y las demás ciudades, unas por la fuerza y con mucha sangre, otras de buen grado y les impuso tales tributos que ni siquiera perdonó las

[253] La actual Sevilla.

ofrendas que estaban en el templo de Heracles en Gades[254], confiscó las tierras de algunos ciudadanos y a otros les aumentó la contribución. Actuó así con los que le habían he- 5
cho frente, mientras que a los que habían tenido una buena disposición hacia él les concedió tierras y exenciones de impuestos; a algunos les otorgó la consideración de ciudadanos romanos y a otros el estatuto de colonos y en absoluto lo hizo gratis.

Mientras César se ocupaba de esto, Pompeyo, que había 40
escapado, llegó en su huida al mar con la intención de utilizar la escuadra que atracaba en Carteya, pero se encontró con que los hombres se habían inclinado del lado del vencedor, así que embarcó en una pequeña embarcación esperando escapar por este medio, pero fue herido cuando lo intentaba y volvió a tierra descorazonado. Entonces con 2
algunos hombres que se le habían unido marchó tierra adentro. Pero se encontró con Cesenio Lento y fue derrotado. Después, tras encontrar refugio en un bosque, murió allí. Entre tanto, Didio, ignorante de esto, que iba y venía en la idea de que se reuniría en alguna parte con él, se encontró con algunas tropas del otro bando y murió.

César por su parte habría preferido caer allí a manos 41
de los que todavía resistían, en la gloria del combate, antes de lo que le pasó no mucho después: ser asesinado en su patria, en el Senado y por sus mejores amigos. Porque esa guerra 2
fue la última que ganó y la última victoria que tuvo, a pesar de que no había ninguna otra gran empresa que no esperase llevar a cabo, especialmente porque inmediatamente después de la victoria nació un brote de una palmera que estaba en el lugar de la batalla. Y no digo que esto no tuviera nin- 3
gún sentido, sino que ya no iba dirigido a él sino para el nie-

[254] La actual Cádiz.

to de su hermana, Octavio. Pues éste había hecho la campaña con César e iba a adquirir un gran lustre a partir de sus fatigas y riesgos. Pero César no sabía nada de esto y esperaba todavía llevar a cabo muchas y grandes empresas, así que no se comportó con ninguna moderación, sino que se envaneció como si fuera inmortal.

42 Así pues, a pesar de que no había vencido a ningún país extranjero sino que había destruido a tan gran cantidad de ciudadanos, celebró los triunfos no sólo él sino que invitó a su vez a todo el pueblo a participar en ellos como si se celebrara un bien común, y permitió a Quinto Fabio y Quinto Pedio hacer una celebración aunque sólo habían sido sus lugartenientes y no habían llevado a cabo ninguna hazaña in-
2 dividual. Y por supuesto resultaba ridículo, porque usaron representaciones de algunas conquistas y otras cosas propias de las procesiones triunfales de madera y no de marfil. Pero no sólo celebraron brillantísimos triunfos triples y se llevaron a cabo triples procesiones de los romanos en honor de estos hechos, sino que además se observaron cincuenta días
3 de fiesta de acción de gracias. Y las Parilias[255] se celebraron con una carrera de carros establecida para siempre, ya no porque Roma había sido fundada precisamente en esos días, sino por la victoria de César, pues la noticia había llegado la víspera al caer la tarde.

43 Eso le dio a Roma, mientras que él se ponía las vestiduras del triunfo, por un decreto, en todos los espectáculos y del mismo modo se adornaba con la corona de laurel siempre en todas partes. Ponía como pretexto para ello que tenía entradas y con ello daba lugar al dicho de que, todavía entonces, aunque ya había envejecido, se arreglaba para estar

[255] Se celebraban el 21 de abril, aniversario de la fundación de Roma en honor de Pales, antigua divinidad protectora del Palatino.

guapo. Presumía entre todos de llevar ropa más holgada y luego usaba algunas veces un calzado alto y de piel rojiza a la usanza de los que habían sido reyes de Alba como era
propio de su familia por descender de Julo. Se consagraba 3
en todo por completo al culto de Afrodita y quería convencer a todo el mundo de que había recibido de ella una flor de juventud; por eso llevaba una imagen de Afrodita armada en el anillo y en los mayores peligros puso su nombre como
contraseña. De hecho, Sila sospechó de la holgura de su 4
cinturón[256] hasta el punto de que quiso matarlo y dijo a los que intercedían a su favor: «yo os lo concedo, pero vosotros guardaos de ese muchacho del cinturón flojo» y entonces Cicerón no lo comprendió, pero cuando fue vencido dijo: «Nunca habría esperado que alguien tan mal ceñido venciera a Pompeyo».

He escrito esto en una digresión para que nadie ignore 44
ninguna de las historias que se cuentan de César. Pero el caso es que el Senado decidió en honor de esa victoria todo aquello que he dicho y además lo llamaban «el Libertador» y lo grababan así en las inscripciones, y además decidieron
por votación dedicar un templo público a la Libertad. Y se 2
le dio a él el primero y por primera vez el título de «imperator» como algo propio, sin seguir la antigua costumbre según la cual a él entre otros se les había llamado así sólo después de las guerras, ni tampoco como se nombraba a los que habían alcanzado un poder independiente de los demás o cierta autoridad, sino como ahora a los que tienen sucesi-
vamente el mando supremo. Y le adulaban de una forma tan 3
exagerada que votaron llamar así también a sus hijos y nietos a pesar de que no tenía hijos y ya era bastante viejo. De

[256] El cinturón demasiado flojo podía considerarse síntoma de relajación de costumbres.

ahí que haya llegado este título a todos los emperadores que le sucedieron como el que era propio de su cargo, lo mismo
4 que el de «César». Sin embargo no se perdió la antigua costumbre por esto, sino que coexistieron una y otra, y por eso se les impone por segunda vez cuando obtienen una victoria de la clase que he dicho. De hecho, los que son «imperatores» en este sentido nuevo usan este título entre otros y lo
5 colocan en primer lugar, mientras que los que lo consiguen por haber hecho algo digno de mención en las guerras, toman aquel según la antigua costumbre y por eso son llamados «imperator» una segunda vez y una tercera o más veces, tantas como requiera la ocasión.

6 El caso es que concedieron esos privilegios a César y además una casa, de modo que habitaba en un lugar público, y una celebración extraordinaria cada vez que tenía lugar una victoria y se ofrecían sacrificios con motivo de ella, aunque no hubiera participado en la campaña ni hubiera tenido parte alguna en las conquistas.

45 Pero estas concesiones, si bien parecieron a algunos desmesuradas y fuera de lo acostumbrado, al menos no eran contrarias a la democracia. Sin embargo votaron otras medidas tales que por ellas le declararon monarca abiertamente. Porque le ofrecieron las magistraturas, incluso las de la plebe y le eligieron cónsul por diez años, como antes tam-
2 bién dictador. Ordenaron además que sólo él tuviera soldados y administrara el dinero público, de modo que a ningún otro le era posible servirse de nada de ello excepto a quien él se lo permitiera. Y decretaron entonces que una estatua suya de marfil, después un carro completo, fuera en procesión en los juegos del circo junto con las estatuas de los dio-
3 ses. Levantaron otra en el templo de Quirino con la inscripción: «Al dios invencible» y otra en el Capitolio junto a los
4 que habían sido reyes de Roma. Y me resulta asombrosa la

coincidencia siguiente: eran ocho las estatuas, pues los reyes eran siete y una octava estaba dedicada al Bruto que mató a los Tarquinios, y pusieron la de César junto a ésta, y fue especialmente por eso por lo que Marco Bruto se rebeló y conspiró contra él.

Esas disposiciones se tomaron para celebrar la victoria 46
(y no digo todo sino sólo aquello que me parece digno de
mención) no en un solo día, por cierto, sino, como se pre-
sentaron, cada cosa a su tiempo. César empezó a disfrutar
unas, mientras que aplazaba otras, pero rechazó algunas de-
cididamente. Así pues, asumió el cargo de cónsul ensegui- 2
da, antes de entrar en la ciudad, sin embargo no lo ejerció
hasta el final del año, sino que lo dejó y lo encomendó a
Quinto Fabio y Gayo Trebonio cuando estuvo ya en Roma.
Y después que murió Fabio en el último día del consulado,
inmediatamente nombró a otro hombre, Gayo Caninio Rébi-
lo[257], en su lugar para las horas que quedaban. Esto fue lo 3
primero que se hizo contra lo establecido, que no ocupara
este cargo el mismo hombre ni todo el año, ni durante todo
el tiempo que quedaba del año, sino que se cambiara y se
pusiera otro en su lugar mientras estuviera vivo, sin que fue-
ra necesario ni por las costumbres ancestrales ni por alguna
imputación. Lo segundo, que Caninio fuera nombrado cón- 4
sul y tomara posesión y cesara el mismo día. Y Cicerón
bromeando dijo sobre ello que el cónsul había ejercido el
cargo con tanto ánimo e interés que no había dormido ni un
instante mientras duró. Y en efecto, desde entonces, ya no 5
ejercieron el consulado los mismos durante todo un año, ex-
cepto unos pocos al principio, sino, según convenía, unos

[257] Gayo Caninio Rébilo, de familia pretoriana, fue legado de César en el 52 y enviado por César en el 49 para llegar a un acuerdo con Pompeyo. Más tarde luchó a las órdenes de Curión. Al parecer fue proscrito en el 43 y refundó la ciudad de Cefaledio en Sicilia como municipio romano.

por más tiempo, otros por menos, unos, unos meses, otros, unos días. En efecto, ahora al menos, nadie gobierna con ningún otro por todo un año ni durante un periodo mayor
6 que dos meses. Por lo demás ahora no somos diferentes, pero los que son cónsules al principio del año gozan del privilegio de aparecer en el cómputo de los años. Pues bien, yo sólo nombraré del resto a aquellos que sea necesario para los acontecimientos, pero con vistas a que quede clara la sucesión de los hechos, mencionaré a los que asumieron los cargos al principio del año aunque no hayan contribuido en nada a los mismos.

47 Sucedió así con los cónsules, pero los demás cargos públicos fueron designados nominalmente por la plebe y por el pueblo según las costumbres ancestrales (pues César no aceptó designarlos él mismo), pero de hecho fueron nom-
2 brados por él y fueron enviados a provincias sin sorteo. En cuanto al número, todos fueron los mismos de antes, excepto que fueron nombrados catorce pretores y cuarenta cuestores[258]. Porque había hecho muchas promesas a muchos y no tenía otra manera de recompensarles, por eso tomó esta me-
3 dida. Y además inscribió en el Senado a un gran número de personas sin tener en cuenta si uno era soldado o si otro era hijo de un hombre libre, de modo que la suma de ellos llegó a novecientos hombres. Inscribió también a muchos en la clase de los patricios y de los que habían sido cónsules o
4 habían ejercido alguna otra magistratura. Absolvió además a algunos que estaban siendo juzgados por corrupción y cuya culpabilidad estaba probada de modo que también él se hizo merecedor de la imputación de corrupción. Contribuyó a ese rumor el hecho de que puso a subasta todas las tierras públi-

[258] En época de Sila había 8 pretores y 20 cuestores. César duplica el número para agradecer servicios prestados.

cas, no sólo las profanas sino también las sagradas, y vendió 5
la mayoría. Sin embargo, hubo a quienes les repartió copio-
sas sumas, bien en dinero, bien en la venta de las tierras; y a
un tal Lucio Basilo no le asignó ninguna provincia, aunque
había ocupado el cargo de pretor, pero le dio a cambio una
gran cantidad de dinero de modo que fue señalado por esto
y porque había sido insultado por César cuando era pretor y
se había mantenido en su contra. Todo esto agradaba mucho 6
a los que recibían algo o esperaban recibirlo, pues no se
preocupaban nada del bien común ante la posibilidad de en-
riquecerse por tales medios. Pero todos los demás lo sopor-
taban con dificultad, difundían muchos rumores entre ellos
y en la medida en que se sentían seguros hablaban con toda
libertad y publicaban panfletos anónimos.

Como he dicho, ese año se tomaron esas medidas y 48
además dos de los ediles curules ocuparon el cargo de ad-
ministradores de finanzas porque no se había elegido ningún
cuestor. De hecho entonces, como en ocasiones precedentes
en ausencia de César, los ediles manejaban todos los asun-
tos de la ciudad junto con Lépido como jefe de la caballería;
y aunque fueron acusados de usar los lictores, las vestiduras 2
y la silla curul, como el jefe de la caballería, se les absolvió
porque promulgaron una ley según la cual se permitía usar-
los a todos los que habían recibido algún cargo del dictador.
En cuanto a la administración de las finanzas, a partir de es-
te cambio debido a las razones que he expuesto, ya no se 3
encargó siempre a los cuestores, sino que finalmente se
encomendó a los que habían sido pretores. El caso es que
dos de los ediles curules administraron el dinero público y
uno de ellos celebró los juegos Apolinares[259] a expensas de
César. Los ediles de la plebe, por su parte, llevaron a cabo

[259] En honor de Apolo, solían ser responsabilidad del «praetor urbanus».

4 por un decreto los juegos Megaleses[260]. Cierto prefecto de la ciudad, designado durante los días de fiesta, eligió él mismo a otro para el día siguiente y éste a su vez a otro. Lo cual no había sucedido nunca antes ni sucedió después.

Eso se hizo entonces, y al año siguiente en que César
49 fue al mismo tiempo dictador por quinta vez con Lépido como jefe de la caballería y también por quinta vez cónsul con Antonio como colega, dieciséis hombres tuvieron el cargo de pretor (y eso siguió así durante muchos años). Además, la tribuna de oradores, que antes estaba en el cen-
2 tro del foro, se retiró al lugar que ocupa ahora, y la estatua de Sila y la de Pompeyo se volvieron a colocar allí. César se ganó el aprecio público por ello y también porque cedió a Antonio el mérito por haber llevado a cabo la obra y la inscripción que había en ella. Quiso además construir un teatro como había hecho Pompeyo y puso los cimientos pero no lo acabó. Lo acabó Augusto más tarde pero le puso el nombre
3 de Marco Marcelo, su sobrino. Por su parte, César fue acusado de derribar las casas y los templos que había en esa zona y de que había quemado las estatuas, que eran de madera excepto unas pocas, y además, de haberse apropiado de grandes cantidades de dinero que había encontrado.

Mientras hacía eso, también promulgaba leyes y además
50 prolongó el pomerio. En estas y en otras cosas a algunos les pareció que adoptaba medidas similares a las de Sila; pero
2 en el hecho de perdonar a los supervivientes de los que habían combatido contra él, concederles una amnistía en términos equitativos y de igualdad de derechos, promocionarlos para ocupar cargos, devolver sus dotes a las viudas de los que habían muerto y otorgar a sus hijos una parte de

[260] En honor de Cibeles, solían organizarlas los ediles curules.

sus haciendas, ponía de manifiesto la crueldad de Sila y él
mismo se ganaba una gran fama no solo de valentía, sino
también de clemencia, aunque es difícil en general que el
mismo hombre sea como debe tanto en la guerra como en la
paz. Se enorgullecía de eso y además de que había restaura- 3
do Cartago y Corinto. De hecho había muchas ciudades
dentro y fuera de Italia que había reconstruido o fundado de
nuevo. Además otros hombres habían hecho eso también,
pero a Corinto y Cartago —que eran ciudades antiguas, fa- 4
mosas e importantes y habían sido destruidas por comple-
to— no sólo las colonizó dándoles el rango de colonias ro-
manas sino que también, honrándolas con sus antiguos
nombres, restauró la memoria de sus antiguos habitantes sin 5
guardar ningún rencor por la oposición a su causa a territo-
rios que no habían perjudicado en nada a los romanos.

Y estas ciudades, del mismo modo que antes habían si- 51
do destruidas al mismo tiempo, empezaron entonces a revi-
vir al mismo tiempo y a florecer de nuevo. Pero mientras
César se ocupaba de esto, sobrevino a todos los romanos en
general el deseo de vengar a Craso y a los que habían muer-
to con él y concibieron cierta esperanza de someter a los
partos, si llegaba el caso. Así pues, decidieron por votación
unánime encomendar la guerra a César y prepararon un gran
equipamiento. Entre otras cosas, decidieron nombrar a los 2
magistrados de antemano para tres años (pues les pareció
que este era el tiempo necesario para la campaña) para que
César pudiera disponer de un gran número de asistentes, y
para que la ciudad no se quedara sin magistrados en su au-
sencia, ni tampoco cayera en enfrentamientos al elegir algu-
nos cargos de acuerdo con su propia responsabilidad. Sin
embargo no los designaron a todos de antemano. Nominal- 3
mente, César eligió la mitad, haciéndolo con ciertos visos de
legalidad, pero de hecho eligió a todos. Para el primer año

fueron designados de antemano cuarenta cuestores, como antes; y por primera vez entonces, dos ediles procedentes de los patricios, y cuatro de la plebe, dos de los cuales llevaban el nombre de Ceres, cosa que, establecida entonces, ha per-
4 manecido hasta ahora; y nombraron dieciséis pretores, y no escribo esto por otra razón que porque entre ellos fue elegido Publio Ventidio (pues antes había el mismo número). Porque éste era piceno de origen, como he dicho antes, y había combatido contra los romanos cuando sus aliados en-
5 traron en guerra con ellos. Había sido capturado por Pompeyo Estrabón y había desfilado en su triunfo encadenado, después había sido liberado e inscrito en el Senado y entonces fue nombrado pretor por César, y en su carrera medró hasta tal punto que venció a los partos y celebró su triunfo sobre ellos.

6 Así fueron designados todos los que iban a ocupar los cargos para el primer año después de aquel, pero para el segundo, sólo los cónsules y los tribunos. Así que se quedaron
7 lejos de nombrar a alguien para el tercer año. Él mismo iba a ocupar el cargo de dictador durante ambos años y nombró de antemano como jefes de la caballería a otro y a Octavio
8 aunque todavía entonces era un muchacho. Y en el momento en que ocurría esto nombró cónsul a Dolabela en su lugar, aunque Antonio iba a ejercer ese cargo durante todo el año; después, tras poner a Lépido al frente de la Galia Narbonense y de la Hispania Citerior, puso a otros dos hombres en su lugar como jefes de la caballería, a cada uno por sepa-
9 rado. Pues como debía favores a muchos, se los devolvía con esa clase de nombramientos y también con sacerdocios de modo que añadió un hombre a los «quince» y a los llamados «siete» otros tres.

LIBRO XLIV

El libro cuadragésimo cuarto de la *Historia Romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Sobre los decretos en honor de César [1-11].
2. Sobre la conspiración que se urdió contra él [12-18].
3. Cómo fue asesinado César [19-22].
4. Cómo se promulgó un decreto para que no hubiera venganzas de unos contra otros [23-34].
5. Sobre el entierro de César y el discurso que se hizo en su honor [35-53].

[710/44] Duración: una parte de la quinta dictadura de Julio César con Emilio Lépido como jefe de la caballería y su quinto consulado con Marco Antonio.

Así pues, César hizo lo que he dicho en la idea de que 1
iba a dirigir la campaña contra los partos. Pero un funesto aguijón que había caído sobre algunos por envidia a sus logros y por odio a quien había conseguido mayor consideración que ellos, lo mató de forma criminal y añadió un nuevo nombre a la ignominia; destrozó los decretos y una vez más,
tras la reconciliación, llevó a los romanos enfrentamientos 2
y guerras civiles. Y ellos afirmaban que eran ejecutores de

César y libertadores del pueblo, pero la verdad es que habían conspirado contra aquel de forma impía y habían provocado la disensión en una ciudad que era dirigida por fin de forma estable.

2 Porque la democracia tiene un nombre ilustre y parece proporcionar a todos cierta igualdad de derechos a partir de la igualdad ante la ley, pero en sus hechos se pone de manifiesto que no coincide en absoluto con su nombre. La palabra monarquía, por el contrario, resulta muy molesta al oído, pero es la forma de gobierno que tiene más ventajas. Porque es más fácil encontrar un hombre bueno que mu-
2 chos. Y si a algunos les parece que esto es algo muy difícil, de toda necesidad estarán de acuerdo en que aquello es imposible; pues no es propio de la mayoría el conseguir la virtud. Pero, incluso si un hombre vil pudiera alcanzar el poder supremo, sería preferible a la masa de sus semejantes, como prueban los hechos de los griegos, de los bárbaros y de los
3 propios romanos. Pues siempre han resultado mejores y mayores ventajas y en mayor cantidad, tanto para la ciudad como para los particulares, bajo el gobierno de reyes que de pueblos. Y ⟨no suelen⟩[261] suceder mayores desastres en las monarquías que bajo el poder de las masas. Y aunque alguna democracia haya tenido prosperidad, sin embargo le ha durado poco la plenitud de recursos, mientras que no han te-
4 nido ni grandeza ni fuerza como para que naciera en ellos la insolencia a causa del éxito o la envidia a causa de la ambición. Pero además, una ciudad que es tan grande y que gobierna la parte mayor y más importante del mundo habitado, y que tiene poder sobre hombres de muchas y diferentes razas y posee muchas y grandes riquezas, y que se lanza a to-

[261] H. B. Forster señala que parece faltar en el texto una palabra con el sentido de «pocas veces», «raramente» o algo por el estilo, pues sin ella el pasaje no tendría sentido.

da clase de empresas y tiene éxito tanto individual como co-
lectivamente, es imposible que practique la moderación en
una democracia y más imposible aún que se llegue al acuer- 5
do de que practique la moderación. De modo que si Marco
Bruto y Gayo Casio se hubieran parado a pensar esto, nunca
habrían matado al jefe y protector de la ciudad, ni se habrí-
an hecho culpables de miles de desgracias para sí mismos y
para los demás hombres de entonces.

Sucedió como sigue y su muerte tuvo la siguiente causa: 3
César, en efecto, no se ganó el odio del todo injustificada-
mente, excepto por el hecho de que fueron los propios sena-
dores que le habían animado en sus nuevos y excesivos
honores y le habían hecho envanecerse los que después le
censuraron por aquellos mismos actos y difundieron rumo-
res acerca del placer con que los había recibido y de lo altiva- 2
mente que se comportaba desde que se le habían otorgado.
Porque es verdad que César se equivocó al aceptar algunas
de las cosas que se decretaban en su honor y al creer que era
digno de ellas, pero mucho más erraron aquellos que le hon-
raron al principio como si fuera digno de ello y después le
acusaron por lo que se había decretado. Por supuesto que él 3
ni se atrevía a rechazar todo aquello por temor a que pensa-
ran que era arrogante, ni podía estar seguro si los aceptaba.
De hecho, el exceso de honores y alabanzas envanece en al-
guna medida incluso a los muy sensatos, especialmente si
creen que les llegan sinceramente.

Los honores que se le dieron, aparte de los que ya he di- 4
cho, fueron de la siguiente magnitud e importancia —pues
los voy a decir todos de una vez, aunque no se propusieron
ni se aprobaron al mismo tiempo—. En primer lugar decre- 2
taron que llevara puesta siempre en la ciudad la indumenta-
ria del triunfo y que se sentara en la silla curul en todas par-
tes excepto en los juegos; porque en ese caso recibió el

privilegio de sentarse en la silla tribunicia junto con los que
3 eran tribunos entonces. Además le concedieron que ofreciera los *spolia opima*[262] en el templo de Zeus Feretrio como si hubiera matado a un general enemigo por su propia mano. Le concedieron además llevar siempre los lictores portadores de laurel y, después de las fiestas latinas, cabalgar sobre
4 su montura desde el Monte Albano a la ciudad. Además de estos señalados privilegios le llamaron «Padre de la Patria» y lo grabaron en las monedas. Votaron además que se celebraran sacrificios públicos el día de su nacimiento y ordena-
5 ron que hubiera una estatua suya en todas las ciudades y templos de Roma y levantaron dos junto a la tribuna de oradores, una como protector de la ciudad y la otra como si la liberase de un asedio, con las coronas que se suelen llevar en estos casos. Y decidieron construir un templo a la Nueva Concordia, en la idea de que estaban en paz por su causa, y celebrar una fiesta anual en su honor.

5 Una vez que hubo aceptado eso, ordenó llenar con tierra los pantanos Pontinos[263] y construir un canal en el Istmo del Peloponeso y además levantar una nueva curia porque la de
2 Hostilio, a pesar de que la habían reconstruido, fue derribada con el pretexto de que había que construir allí un templo de la Felicidad que, en efecto, Lépido terminó de construir cuando ocupaba el cargo de jefe de la caballería, pero en realidad con el propósito de que el nombre de Sila no perdurase y para que la nueva curia fundada allí se llamara Julia,

[262] Se trata de una costumbre atestiguada al menos desde el siglo III a. C. El general que vencía a un general enemigo en combate cuerpo a cuerpo, ofrecía los despojos en el templo de Júpiter Feretrio. Había también *spolia secunda* y *spolia tertia,* según el rango del general vencedor, éstos se dedicaban a Marte y Quirino respectivamente.

[263] Zona pantanosa al sudeste de Roma, entre los montes Volscos y el Tirreno.

así como el mes en que nació se llamó julio y llamaron Julia también a una de las tribus seleccionada por sorteo. Votaron 3
además que César fuera el único censor vitalicio y que disfrutara de las prerrogativas de los tribunos, para que gozara de inmunidad y si alguno le ofendía de hecho o de palabra, el ofensor incurriera en el cargo de impiedad; y además decretaron que su hijo, si es que llegaba a tener o adoptar alguno, fuera nombrado Pontífice Máximo.

Como estas cosas también le agradaban, se le concedió 6
además una silla chapada en oro, un vestido que habían usado los reyes antaño y un cuerpo de guardia personal compuesto por caballeros y senadores. Además decidieron que se hicieran plegarias por él en público cada año y se jurara por su fortuna y que todos sus hechos futuros se consideraran legítimos. Además establecieron juegos cuatrienales 2
en su honor como si fuera un héroe y fundaron un tercer colegio sacerdotal al que pusieron el nombre de Julio como oficiantes de las Gimnopedias de Pan[264] y le dedicaron un día especial en todas las luchas de gladiadores, tanto en Roma como en Italia. Y como también esto le gustaba, de- 3
cretaron además que se llevara al teatro su silla de oro y su corona de oro incrustada de piedras preciosas igual a las de los dioses y que entrara en su carro en los juegos del circo. Y por último, le llamaron abiertamente Zeus Julio y decidie- 4
ron consagrar un templo a su Clemencia, habiendo elegido

[264] Al parecer se refiere a las *Lupercalia,* fiestas agrarias de la fecundidad en las que los sacerdotes recorrían las calles de Roma casi desnudos azotando con correas de cuero a quienes deseaban tener hijos, rebaños o buenas cosechas. En principio se celebraban en honor del dios Luperco (lobo-ciervo) o Fauno, asociado más tarde al dios Pan de los griegos.

previamente sacerdote a Antonio como si se tratara de un *Flamen Dialis*[265]

7 Votaron al mismo tiempo que estas cosas algo que ponía de manifiesto especialmente su disposición: le concedieron el privilegio de construir su tumba dentro del pomerio, y grabaron los decretos sobre este asunto en placas de plata con letras de oro y los pusieron a los pies de Zeus Capitolino, mostrándole con toda claridad que era un ser humano.
2 Pues de hecho, al principio, lo honraron en la idea de que era razonable, pero, como tenían éxito, porque veían que le agradaban las cosas que votaban (ya que las aceptó todas excepto unas pocas), cada vez se hacían propuestas más desmesuradas y extravagantes, unos por adularlo y otros por
3 burlarse de él. Incluso algunos se atrevieron a sugerir que se le permitiera estar con cuantas mujeres quisiera, pues, aunque era cincuentón, tenía muchas amantes. Pero otros, la mayoría, hacían esto con la pretensión de que se hiciera acreedor del odio y la envidia a toda prisa, para poder ma-
4 tarlo cuanto antes. Y eso fue lo que sucedió, a pesar de que César se sentía confiado a causa de esos mismos honores en la idea de que nunca conspirarían contra él los que habían votado tales decretos, ni ningún otro por miedo a ellos, y por ello no usó ya el cuerpo de guardia personal. Había aceptado de palabra, en efecto, que el Senado y los caballeros velaran por él y había licenciado el cuerpo de guardia que tenía antes.

8 Así que, una vez que se habían votado en un solo día una gran lista de medidas de este tipo de especial importancia —y fueron decretadas por todos de común acuerdo ex-

---

265 El colegio sacerdotal de los quince *Flamines* es uno de los más antiguos de Roma y el más importante durante la monarquía. Entre ellos, destaca por su dignidad y la importancia de sus funciones el *Flamen Dialis* (sacerdote de Júpiter).

cepto por Casio y algunos otros que fueron criticados por ello, aunque no se les hizo ningún daño y así quedó especialmente de manifiesto la clemencia de César— se acercaron a él, que estaba sentado en el vestíbulo del templo de Afrodita, para anunciarle todo lo que habían decidido al mis- 2
mo tiempo (pues habían tratado estos asuntos en su ausencia para que no pareciese que lo hacían obligados sino voluntariamente); y bien por insensatez provocada por un dios, o bien por un exceso de alegría, los recibió sentado. Esto les provocó tanta ira a todos —no sólo a los senadores, sino también a los demás— que los que lo mataron lo adujeron especialmente como pretexto para la conspiración. Algunos 3
decían para defenderle que tenía la tripa suelta por un ataque de diarrea y, por eso, para que no se le desatara el vientre, no se movió. Pero no pudieron convencer a la mayoría, porque no mucho después, se había levantado y se había ido a casa por su propio pie. Por el contrario, se temían que se 4
ufanaba en exceso, y odiaban por soberbio a quien ellos mismos habían hecho arrogante con las exageradas prebendas que le habían otorgado. Pero es que, después de tal acontecimiento, creció aún más su sospecha porque también aceptó ser nombrado dictador vitalicio.

Cuando llegó a tal extremo, los que conspiraban contra 9
él actuaron ya sin vacilar y, para que se hiciera odioso incluso a sus mejores amigos, hicieron lo posible por calumniarle y, por último, lo llamaron rey e hicieron correr el rumor de ese título entre ellos. Después, cuando él lo rechazó 2
y censuró a los que le llamaban así, aunque no hizo nada por lo que se pudiera pensar que le disgustaba realmente ese título, ellos, a escondidas, coronaron con una diadema la estatua que estaba junto a la tribuna de oradores. Pero cuando 3
los tribunos Gayo Epidio Marulo y Lucio Cesecio Flavón se la quitaron, él se irritó mucho a pesar de que ellos no habían

dicho nada ofensivo e incluso le habían alabado ante la ple-
be por no querer nada de eso. Se tranquilizó entonces, aun-
que le dolía.

10 Sin embargo, después de esto, algunos volvieron a lla-
marle rey cuando entraba a caballo desde el monte Albano,
y él dijo que no se llamaba rey sino César, pero cuando
aquellos mismos tribunos impusieron un castigo al que se
había dirigido a él de ese modo, ya no contuvo su cólera si-
no que se irritó sobremanera como si aquellos tribunos se
2 hubieran rebelado contra él. Y en ese momento no les hizo
ningún daño, pero después, cuando estos proclamaron me-
diante un edicto que no tenían libertad ni podían expresarse
en bien del Estado libremente y con seguridad, se enfadó
mucho y, tras conducirles ante el Senado formuló una acu-
3 sación contra ellos y la sometió a votación. No los mató,
aunque algunos los habían declarado dignos de ello, pero
los privó primero del tribunado por medio de una moción de
Helvio Cinna, que era su colega, y después los echó del Se-
nado. Unos se alegraban de esto, o al menos lo fingían por-
que creían que así no se verían obligados a correr riesgos
por hablar con libertad, y que podrían mantenerse al margen
de los asuntos contemplando los sucesos como desde una
4 torre de vigilancia. Pero César, por supuesto, fue perjudica-
do con este asunto, porque debía haber odiado a los que le
habían dado el nombre de rey y sin embargo los había deja-
do libres, mientras que había acusado a los tribunos en su
lugar.

11 Tras estos sucesos, ocurrió otra cosa, no mucho después,
que probó que rechazaba ese título de palabra pero que, en
2 realidad, deseaba llevarlo. Pues cuando con ocasión de las
Fiestas Lupercales entró en el foro y se sentó junto a la tri-
buna de oradores en su silla de oro, adornado con sus vesti-
duras de rey y resplandeciente con su corona de oro, Anto-

nio junto con sus colegas sacerdotes le saludó como rey y le ciñó las sienes con una diadema diciendo: «El pueblo a tra-
vés de mí te ofrece esto». Él contestó: «Sólo Zeus es rey de 3
los romanos» y envió la diadema a Zeus Capitolino, pero no se enfadó, sino que hizo escribir en los registros que no había aceptado el título de rey que el pueblo le había ofrecido a través del cónsul. Así que se sospechó que este hecho había sido preparado de común acuerdo y que, aunque rechazaba el título, deseaba verse obligado de alguna forma a
recibirlo y le odiaron vivamente. Después, algunos, en las 4
elecciones, proponían a los susodichos tribunos para el consulado y acercándose en privado a Marco Bruto y a otros hombres orgullosos intentaban persuadirlos y los incitaban en público.

Además distribuyeron muchos panfletos utilizando el he- 12
cho de que tuviera el mismo nombre que el gran Bruto que había matado a los Tarquinios, y proclamando que no era un verdadero descendiente de aquel, porque el otro Bruto había matado a sus dos hijos que eran los únicos que tenía cuando todavía eran unos niños y no había quedado ningún nieto.
Sin embargo, la mayoría fingía creer en esa relación para 2
inducirle a llevar a cabo hazañas del mismo calibre, como miembro de esa familia. Además le interpelaban continuamente gritando: «Bruto, Bruto», y añadían después: «Necesitamos a Bruto». Por último escribieron en la estatua del
antiguo Bruto: «¡Ojalá estuvieras vivo!» y en la tribuna 3
del Bruto vivo —pues éste era pretor y se llama tribuna la sede desde la que uno imparte justicia—: «Bruto, duermes» y «No eres Bruto».

Pues bien, esto fue lo que le acabó de convencer para 13
atacar a César contra quien, por lo demás, había luchado desde el principio, aunque después César se había convertido en su protector. Y además porque era a la vez sobrino y

yerno del Catón llamado de Útica. Su mujer, Porcia, fue la única mujer, según se dice, que estuvo enterada de la cons-
2 piración. Pues se acercó a él cuando estaba dando vueltas a estos asuntos y le preguntó por qué estaba tan pensativo, y como no contestaba nada, supuso que desconfiaba de ella a causa de la debilidad de su cuerpo, porque temía que confesara algo involuntariamente bajo tortura, Entonces se atrevió a realizar un acto de gran valor. Se hirió a escondidas en el propio muslo para probar si podría resistir ante las tortu-
3 ras y cuando dejó de sentir el dolor más intenso, despreció la herida y acercándose a su marido le dijo: «Marido mío, tú, aunque confías en mi corazón, en que yo no divulgaré nada, desconfías de mi cuerpo porque sientes algo humano,
4 pero yo he descubierto que éste también puede callar.» Y mientras decía esto le enseñó el muslo y, tras explicarle la causa del suceso, dijo: «Dime, entonces, con confianza, todo lo que ocultas, porque ni el fuego, ni los látigos, ni los pinchazos me obligarán a decir nada. No he nacido mujer hasta ese punto. Y si desconfías de mí todavía, preferiría morir a vivir; o que nunca ya nadie me considere hija de Catón o tu mujer».

14 Bruto se admiró al oír esto y ya no le ocultó nada, sino que se sintió aún más animoso y le explicó todo a su mujer.
2 Después se atrajo a Gayo Casio que había sido perdonado también por César y además había sido honrado con la pretura y que era el marido de la hermana de Bruto. Después reunieron a todos los demás que tenían los mismos propósi-
3 tos. Y no fueron pocos. No es necesario que yo dé la lista completa de nombres para que no se haga pesado, pero no puedo pasar por alto a Trebonio y a Décimo Bruto a quien
4 también llamaban Junio Albino. En todo caso, conspiraron contra César en gran cantidad quienes habían sido beneficiados por él, y en concreto, Décimo había sido nombrado

cónsul para el año siguiente y le había asignado la Galia Cisalpina.

Pero estuvieron a punto de ser descubiertos —aunque 15
César no aceptaba ninguna palabra acerca de nada parecido
y castigaba severamente a quienes le hacían alguna advertencia de esa clase— por la cantidad de gente que estaba en
el secreto y porque no se decidían. En efecto, como si le tu- 2
vieran un temor reverencial, aunque ya no usaba la guardia
personal, por miedo a que les matara alguno de los que
siempre le acompañaban, dejaban pasar el tiempo de modo
que se exponían a quedar en evidencia y ser ejecutados. Y 3
eso es lo que habría pasado si no se hubieran visto forzados
a acelerar la conspiración aún en contra de su voluntad.
Porque, había corrido el rumor, verdadero o falso, como
suelen ser los rumores, de que los sacerdotes llamados «los
quince»[266] habían divulgado que la Sibila había declarado
que los partos no serían sometidos de otra forma que a manos de un rey, y que por eso habían propuesto que se diera
este título a César; y como creyeron que era verdad y que se 4
iba a pedir a los magistrados, entre los que se encontraban
Bruto y Casio, el voto sobre una decisión tan importante y
ellos no se atrevían a oponerse ni soportaban permanecer en
silencio, se apresuraron a realizar su propósito antes de que
pudiera tratarse nada relacionado con esa cuestión.

Habían decidido llevar a cabo el atentado en el Senado, 16
porque les parecía que César no sospecharía en absoluto que
iba a pasarle nada allí y por eso sería más fácil de coger y
ellos tendrían una oportunidad clara si escondían puñales en
unas cajas en lugar de documentos, mientras que los demás
no podrían oponerles resistencia porque estarían desarmados. Pero si alguno se atrevía a hacerles frente, confiaban en 2

[266] Cf. nota 265.

que acudieran en su ayuda los gladiadores que habían apostado en gran número de antemano en el teatro de Pompeyo con el pretexto de que iban a luchar. Los conjurados, de hecho, iban a despachar allí en cierta habitación del pórtico. Cuando llegó el día señalado, ellos se congregaron en el Senado al alba y convocaron a César.

17 Entre tanto, los adivinos anunciaban el atentado a César y también se lo anunciaban los sueños. Pues en la noche anterior a ser asesinado, su mujer soñó que la casa se derrumbaba y su marido era herido por unos hombres y se refugiaba en su seno y César soñó que se elevaba sobre las nubes y
2 tocaba la mano de Zeus. Además le sucedieron otros presagios que no fueron pocos ni insignificantes; las armas de Ares que estaban en su casa, siguiendo la costumbre ancestral por su dignidad sacerdotal, hicieron mucho ruido durante la noche y las puertas de la habitación en la que dormía se
3 abrieron por sí mismas. Por otra parte los sacrificios que llevó a cabo por estos sucesos no dieron ninguna señal favorable y los pájaros que utilizó para las predicciones le aconsejaban no salir de su casa. Además, algunos consideraron premonitorio, al menos después de su asesinato, lo de su silla de oro; pues su ayudante, viendo que César tardaba en salir del Senado, creyó que ya no la necesitaría.

18 Entonces, como César se retrasaba tanto a causa de estos sucesos, los conjurados, temiendo que si tenía lugar un aplazamiento (pues llegó el rumor de que ese día iba a quedarse en casa) la conspiración fracasara y fueran descubier-
2 tos, envían a Décimo Bruto, que se suponía que era muy amigo suyo, para que le hiciera asistir. Éste, quitando importancia a los sucesos anteriores, le dijo que el senado estaba muy deseoso de verle y le convenció para que acudiera. En esto, una estatua suya que había levantado en el vestíbulo cayó al suelo por sí misma y se destrozó. Pero en verdad

era su sino morir ese día, porque no le preocupó nada de es-
to ni prestó atención a uno que le denunció la conjura; y
aunque recibió un documento de éste hombre en el que es-
taban escritos con toda claridad todos los preparativos del
atentado, no lo leyó porque creyó que contenía algún otro
asunto que no corría prisa. Resumiendo, estaba tan confiado 4
que, cuando el adivino le anunció que se cuidara de aquel
día, le dijo riendo: «¿Pero no ves que el día que temías ha
llegado y yo sigo vivo?». Y aquel, según dicen, sólo contes-
tó: «Sí, ha llegado, pero todavía no ha terminado».

Cuando por fin llegó al Senado, Trebonio entretuvo a 19
Antonio fuera. Porque habían planeado matar también a éste
y a Lépido; pero por temor a que, a causa de la cantidad de 2
muertos, se llegara a la falsa conclusión de que habían ma-
tado a César para conquistar el poder y no para liberar a la
ciudad como pretendían, decidieron que Antonio no estuvie-
ra presente en el asesinato, porque Lépido, por su parte, di-
rigía una campaña y estaba en las afueras. Así que Trebonio 3
se paró a hablar con él mientras que los demás, reunidos,
rodeaban a César (pues estaba especialmente accesible y
amable entre ellos), unos charlaban con él, otros le hacían
peticiones con toda naturalidad para que no sospechase na-
da. Y cuando llegó el momento oportuno, uno se acercó a él 4
como si fuera a darle las gracias y tiró hacia abajo de su to-
ga desde el hombro dando así la señal a los conjurados, se-
gún lo convenido. Ante eso, cayeron sobre él por todas par- 5
tes al mismo tiempo y lo hirieron de muerte, de modo que a
causa de la cantidad de sus atacantes, César no pudo hacer
ni decir nada, sino que, cubriendo su rostro, fue asesinado
con muchas heridas. Eso es lo más verosímil; sin embargo
algunos dijeron que, dirigiéndose a Bruto que lo hería vio-
lentamente, le dijo: «¿También tú, hijo?».

20 Naturalmente se produjo un gran alboroto entre los que estaban dentro, y también entre los que se acercaban desde fuera por lo inesperado del suceso y porque no sabían ni cuántos eran los asesinos ni qué propósito tenían, pero todos
2 se preocupaban porque se sentían en peligro, así que se apresuraron a huir cada uno donde pudo y alarmaban a quienes encontraban a su paso porque no decían nada claro sino que sólo gritaban: «¡Corre, cierra, cierra!». Y los demás, al recibir la noticia unos de otros, gritaban y llenaban la ciudad
3 de lamentos, e irrumpiendo en sus talleres y casas se escondían. Sin embargo los asesinos acudieron al foro tan deprisa como pudieron, explicaban con gestos y les pedían a gritos
4 que no tuvieran miedo. Y al mismo tiempo que decían esto invocaban continuamente a Cicerón. Sin embargo la multitud no creyó que dijeran la verdad ni se calmaba fácilmente. Pero mucho después, como ninguno era asesinado ni arrestado, se animaron y permanecieron en paz.

21 Una vez reunidos en asamblea, los asesinos dijeron muchas cosas en contra de César y a favor de la democracia y les exhortaban a que tuvieran valor y no esperaran recibir ningún daño. Pues decían que no le habían matado para conseguir poder ni por otra clase de ambición, sino para que, siendo libres y autónomos, fueran gobernados con rectitud.
2 Diciendo estas cosas calmaron a la mayoría, sobre todo porque no hacían daño a nadie. Pero ellos, a pesar de todo, ante el temor de que alguien pudiera conspirar contra ellos a su vez, subieron al Capitolio a suplicar a los dioses, y allí pasa-
3 ron el día y la noche. Por la tarde, se les unieron algunos otros hombres importantes que no habían tomado parte en la conjura pero que, como veían que se les alababa, creían que participarían de la misma fama y de los premios que espera-
4 ban. Pero sucedió que el asunto se les presentó, con más justicia, al contrario de sus expectativas. Pues no recibieron

la fama por el hecho, porque no habían tomado parte en él, sin embargo participaron de las mismas situaciones de peligro que se les presentaron a los que lo habían llevado a cabo, como si hubieran conspirado con ellos.

Viendo esto Dolabela ya no creyó preciso mantener la 22
calma, sino que asumió el cargo de cónsul, aunque nunca le había correspondido y, tras dirigir al pueblo unas palabras sobre la situación presente, subió al Capitolio. Cuando las 2
cosas estaban así, Lépido se enteró de lo sucedido y ocupó el foro con sus tropas por la noche; al amanecer, dirigió al pueblo un discurso contra los asesinos. Antonio, por su parte, aunque inmediatamente después de la muerte de César había huido y se había deshecho de las ropas del cargo para escapar por la noche a escondidas, sin embargo cuando su- 3
po que los asesinos estaban en el Capitolio y Lépido en el foro, reunió el Senado en el recinto sagrado de la diosa Tierra e hizo propuestas acerca de los acontecimientos presentes. Unos dijeron unas cosas y otros otras, de acuerdo con lo que pensaban, pero, sobre todo, siguieron los consejos de Cicerón que dijo lo siguiente:

«Nunca debe nadie, creo yo, decir nada ni para mover al 23
favor ni para mover al rencor, sino que cada uno debe exponer lo que considera que es lo mejor. Porque, si conside- 2
ramos justo que los pretores y los cónsules hagan todo con recta intención y en el caso de que cometan errores, les pedimos cuentas de ello y de su fracaso, sería terrible que, en el momento de deliberar en el que somos dueños absolutos de nuestra propia opinión, sacrificáramos el bien común a causa de nuestros intereses particulares. Por ello, padres, 3
siempre he creído que debo aconsejaros sobre todos los asuntos con justicia y sinceridad, y más aún en las presentes circunstancias, en las que, si llegamos a un acuerdo sin ser excesivamente suspicaces, nosotros mismos estaremos a sal-

4 vo y salvaremos a todos los demás, pero si pretendemos
examinarlo todo con celo excesivo, temo que mal... pero no
quiero decir nada ofensivo al iniciar mi discurso.

24 »Pues bien, antes, no hace mucho tiempo, los que tenían
las armas generalmente eran también los que controlaban el
gobierno, de modo que os imponían los asuntos sobre los
que había que deliberar, pero vosotros no decidíais previa-
2 mente qué era lo que les incumbía hacer. Sin embargo ahora
los asuntos se presentan, por así decirlo, de forma tan opor-
tuna que todos ellos están en vuestras manos y dependen de
vosotros, y por vuestra iniciativa podéis conseguir la con-
cordia junto con la libertad, o la disensión con nuevos en-
frentamientos entre ciudadanos que tengan como conse-
3 cuencia recibir un dueño absoluto. Pues lo que hoy decidáis,
lo seguirá el resto de los ciudadanos. Y, en efecto, en la me-
dida en que yo mismo estoy convencido de ello, declaro que
es imprescindible que hagamos desaparecer nuestros odios
o rencores o como quiera que sea el nombre que se les dé, y
que volvamos a ese antiguo estado de paz, amistad y con-
4 cordia, convencidos al menos de esto, si no de otra cosa:
mientras hemos seguido esa política, hemos adquirido tie-
rras, riquezas, fama y aliados, sin embargo, a partir del mo-
mento en que fuimos arrastrados a hacernos daño los unos a
los otros, no sólo no nos hemos vuelto mejores, sino que
5 nos hemos hecho mucho peores. Yo al menos estoy tan
convencido de que ninguna otra cosa puede salvar a Roma
en el momento presente que creo que si no tomamos una
decisión ya, hoy mismo, lo antes posible, no podremos re-
montar la situación.

25 »Podéis ver que lo que digo es verdad si, tras contem-
plar las circunstancias presentes, analizáis nuestra posición
en el pasado. ¿O es que no veis lo que está sucediendo, que
2 el pueblo vuelve a dividirse y a destruirse; y que al elegir

unos esto y los otros aquello se han dividido ya en dos ban-
dos y en dos frentes, y que unos han tomado el Capitolio 2
como si temieran a unos galos, y los otros desde el foro, co-
mo si fueran cartagineses y no romanos, se disponen a ase-
diarlos? ¿Es que no habéis oído que también antes muchas 3
veces había enfrentamientos entre ciudadanos hasta el punto
de que una vez tomaron el Aventino y el Capitolio y hubo
algunos que tomaron el Monte Sacro y todas esas veces se
reconciliaron o bien en términos de igualdad o bien cedien-
do unos un poco y otros otro, y al punto, dejaron de odiarse 4
y pasaron el resto de sus vidas en tanta armonía que ganaron
juntos muchas guerras importantes? ¿Y acaso no sabéis que
no les sucedió nada bueno en ninguna de las ocasiones en
que recurrieron a los asesinatos y a las matanzas, ya sea en-
gañados con el pretexto de vengarse de los que les habían
causado alguna afrenta, ya sea cegados por la ambición de
no parecer inferiores a nadie? Pero, ¿por qué es necesario 5
que pierda más tiempo hablándoos a vosotros que no cono-
céis menos que yo a Valerio, Horacio, Saturnino, Glaucia, y
los Gracos? Pues bien, ante estos ejemplos, que no debéis 6
considerar ajenos sino propios, no dejéis de emular los unos
y guardaros de los otros, y ya que habéis tenido de antema-
no, por la experiencia de los propios asuntos, una prueba del
resultado de las decisiones que toméis, no miréis ahora mi
discurso como meras palabras, sino tened más bien en cuen-
ta el beneficio para el estado en la idea de que se trata de 7
eso en realidad. Y así no os arriesgaréis por un vago deseo
en aras de una esperanza incierta, sino que podréis prever
con garantías lo seguro de vuestro cálculo.

«Podéis decidir esto como es debido si tomáis el ejem- 26
plo que he dicho de vuestra patria y vuestros antepasados.
Por eso no he querido usar ninguno foráneo aunque podría
poner muchísimos. Sin embargo pondré un solo ejemplo de

la ciudad mejor y más antigua, algunas de cuyas leyes nues-
2 tros padres no consideraron indigno importar: pues sería vergonzoso que nosotros que hemos superado tanto a los atenienses en poder y en información tomáramos peores decisiones que ellos. Los atenienses, en efecto —digo algo que todos sabéis— una vez se enfrentaron en una guerra civil y como consecuencia fueron dominados por los lacedemonios y sometidos a la tiranía de los ciudadanos más pode-
3 rosos[267]. Y no se libraron de sus males hasta que hicieron causa común y se pusieron de acuerdo en olvidar las pasadas injurias, que eran muchas y muy horribles, y no llevar a nadie a juicio por nada de ello, ni guardar rencor a ninguno.
4 Y por supuesto, al actuar con esta sensatez, no sólo hicieron cesar las tiranías y los enfrentamientos civiles, sino que también destacaron en todo lo demás, recuperaron su ciudad y se pusieron en disposición de recobrar la hegemonía sobre todos los griegos. Por último, llegaron a ser capaces, como sucedió en muchas ocasiones, de salvar o destruir a los pro-
5 pios lacedemonios y a los tebanos. Y en efecto, si aquellos que tomaron File y volvían desde el Pireo hubieran querido vengarse de los de la ciudad por lo que habían sufrido, habrían creído que hacían algo justificable, pero habrían
6 provocado y padecido muchos sufrimientos. Porque así como se habían hecho más fuertes que sus enemigos contra lo que se esperaba, tal vez habrían sido derrotados a su vez.

27 »La verdad es que no hay ninguna seguridad en tales asuntos con vistas a la victoria, ni siquiera en aquello en lo que uno tiene fuerza, sino que muchos confiados en sus fuerzas han fracasado y muchos que esperaban vengarse de
2 alguien han perecido. Pues la parte que va demasiado lejos

---

267 Se refiere al régimen oligárquico de los treinta tiranos impuesto a los atenienses tras su derrota en las guerras llamadas del Peloponeso.

en cualquier trato no siempre triunfa, precisamente porque
se equivoca, ni la parte que tiene más fuerza vence siempre,
porque se excede, sino que ambas partes están sujetas por
igual a la irracionalidad humana y a la inestabilidad de la
fortuna, y el cambio de la balanza a menudo obedece no a
las expectativas de cada uno sino a lo inesperado de las co-
sas. A consecuencia de esto y de las rivalidades (pues existe 3
el peligro de que un hombre ofendido o que cree que ha si-
do ofendido se vuelva audaz por encima de sus posibilida-
des) muchos a menudo se lanzan a correr riesgos al margen
de sus fuerzas en la idea de que van a vencer o de que al
menos no caerán sin sangre; y de esta forma unas veces ga- 4
nan y otras pierden, en ocasiones dominan y en otras, a su
vez, son subyugados, y unos son derrotados completamente,
mientras que otros consiguen lo que se llama una 'victoria
cadmea'[268]. Y con el tiempo, cuando ya no es útil, se dan
cuenta de que han tomado una decisión equivocada.

»Vosotros sabéis por experiencia que las cosas son así. 28
Pero mirad: Mario tuvo fuerza durante algún tiempo en las
guerras civiles y cuando fue desterrado, reunió una fuerza y
ya sabéis lo que hizo. Y de modo parecido Sila —por no
hablar de Cinna, de Estrabón o de los demás que están en
medio— fue al principio poderoso, luego vencido y des-
pués, cuando alcanzó el poder supremo no dejó de hacer las
cosas más terribles. Y ¿para qué nombrar a Mario el Segun-
do o a ese mismo Cinna o a Carbón?[269]. Y a continuación 2

[268] En este contexto la expresión «victoria cadmea» equivale a lo que nosotros llamaríamos una «victoria pírrica», esto es, aquella en la que el vencedor no obtiene una ventaja clara. Hace alusión al enfrentamiento fratricida entre Eteocles y Polinices, descencientes de Cadmo, en el que ambos hermanos mueren.

[269] Lucio Cornelio Cinna, cónsul en el 87 pese a la oposición de Sila, intentó abolir la legislación de Sila por lo que su colega Gneo Octavio le

Lépido, como si fuera a ir contra ellos, creó su propio partido y provocó una guerra civil en casi toda Italia. Y cuando por fin nos libramos de él, recordad lo que padecimos a cau-
3 sa de Sertorio[270] y los que se exilaron con él. Y ¿qué hizo Pompeyo? ¿Qué ha hecho el propio César? —por no mencionar aquí a Catilina y a Clodio— ¿No lucharon entre sí al principio aunque eran parientes, y no llenaron después de incontables males no sólo nuestra ciudad o el resto de Italia,
4 sino también, por así decirlo, todo el mundo habitado? ¿Acaso después de la muerte de Pompeyo y de aquella enorme masacre de ciudadanos hubo algún tipo de paz? ¿Dónde? La verdad es que estuvimos muy lejos de tener paz. África sabe, Hispania sabe la cantidad de hombres que han muerto en
5 ambos lugares. ¿Y qué? ¿Hemos tenido paz por eso? ¿Cómo vamos a tener paz cuando el propio César yace asesinado de esta forma, está tomado el Capitolio, el foro está repleto de armas y toda la ciudad está llena de miedo?

29 »De esta forma, cada vez que algunos comienzan una sedición o buscan pagar con violencia la violencia o llevan a cabo sus venganzas por medio de las armas sin tener en

expulsó de Roma de forma violenta; reunió entonces un ejército con la ayuda de Papirio Carbón, Quinto Sertorio y Gayo Mario y tomaron la ciudad. Después Mario y sus partidarios ejercieron una gran represión sobre los vencidos con la oposición de Cinna. Éste volvió a ejercer el consulado en el 86 y, tras la muerte de Mario, emprendió una serie de medidas que le hicieron ganarse el apoyo de los órdenes ecuestre y senatorial. Fue cónsul nuevamente en el 85 y 84, año en que sus soldados lo asesinaron en un motín.

270 Quinto Sertorio, aunque participó con Cinna en la toma de Roma del 87, se opuso a las sangrientas venganzas de Mario. En el 81 fue pretor en Hispania, pero su enfrentamiento con Sila le obligó a huir a Mauritania. Luego regresó animado por los lusitanos y obtuvo el apoyo de numerosas tribus hispanas. Se enfrentó con éxito durante muchos años con los ejércitos romanos de Metelo Pío y Pompeyo y llevó a cabo un intenso programa de romanización de Hispania. En el 73-72 fue asesinado por uno de sus propios hombres.

cuenta lo apropiado ni lo humanitario, sino mirando sólo la
propia ambición y poder, se produce un círculo inexorable
de males y se producen alternativamente continuas desgra-
cias por compensación. Pues la parte que triunfa rebosa de 2
soberbia y no pone ningún límite a su ambición, mientras
que la parte derrotada, si no ha sido destruida del todo in-
mediatamente, desea vengarse a su vez del agresor con la
rabia que produce la desgracia hasta que se sacie su cora-
zón. Y el resto de la gente se pone de parte de estos últimos 3
aunque no haya participado en los hechos, porque, por
compasión hacia el vencido y por odio hacia el vencedor,
temen que les suceda lo mismo que al primero y esperan, al
mismo tiempo, causar los mismos males al segundo. Así se
arrastra al conflicto a los ciudadanos neutrales. Y a causa de 4
las venganzas mutuas asumen el perjuicio de unos a otros
como un asunto legítimo y cotidiano con el pretexto de ven-
gar a la parte débil en cada ocasión. Y cada uno se libra in-
dividualmente, pero destruyen el estado de todas las formas
posibles.

»¿Acaso no veis cuánto tiempo hemos perdido luchando 30
los unos contra los otros y cuántas y cuán grandes desgra-
cias hemos padecido y, lo que es aún más terrible que eso,
hemos causado? ¿Quién podría contar la cantidad de bienes 2
que hemos expoliado a nuestros aliados y la que hemos ro-
bado a los dioses y además contribuyendo nosotros mismos
a gastarnos lo que no teníamos en hacernos daño unos a
otros? ¿Quién podría contar la cantidad de hombres que han 3
muerto, no sólo de la plebe cuya cuenta es imposible, sino
de la clase senatorial o del orden ecuestre, cada uno de los
cuales habría podido defender mientras vivía o con su muer-
te toda la ciudad en las guerras contra extranjeros? ¿Cuántos 4
Curcios, cuántos Decios, Fabios, Gracos, Marcelos o Esci-
piones han muerto? Y por Júpiter que no han muerto para

defenderse de los samnitas o de los latinos, o de los iberos, o de los cartagineses, sino para ***[271] y hay menos que lamentar en el caso de los que han muerto en combate, por
5 mucho que uno lo pueda sentir. Pues estos fueron a la guerra como voluntarios —si es que hay que llamar voluntarios a los obligados por el miedo— y afrontando una muerte,
6 aunque injusta, al menos honrosa, en una lucha equilibrada y con la esperanza de resistir y de vencer cayeron sin sufrir. Sin embargo ¿cómo podría uno llorar como se merecen a los otros que fueron asesinados vilmente y de forma violenta en sus casas, en los caminos, en el foro o incluso en el propio Senado o en el Capitolio y que no sólo eran varones, sino también mujeres, no sólo hombres en la plenitud de sus
7 fuerzas sino también ancianos y niños? Sin embargo, tras sometemos los unos a los otros a tantos y tan grandes males como nunca hemos padecido nosotros por parte de todos nuestros enemigos juntos ni nunca les hemos causado a ellos, no sólo no abominamos de esto, sino que ni siquiera queremos librarnos de una vez de esos males de una forma honrosa, sino que nos alegramos y lo celebramos y llamamos benefactores a los que los han provocado. Y en verdad yo no considero esta vida que hemos llevado propia de seres humanos sino más bien de fieras que se destruyen entre sí.

31 »Pero ¿a qué lamentarnos más por lo que ya ha sucedido? Porque no podríamos hacer que no hubieran sucedido. Miremos más bien hacia el futuro. Pues yo lo he recordado
2 por esto: no para hacer una lista de desgracias comunes —¡ojalá no hubieran ocurrido!—, sino para persuadiros a través de ellas de que mantengáis al menos a salvo lo que nos
3 queda todavía. Pues el único beneficio que uno podría sacar de las desgracias es el siguiente: guardarse de sufrir nada

[271] Laguna en el texto.

semejante. Y tenéis ahora especialmente la posibilidad de
hacer eso, mientras todavía el peligro no ha hecho más que
empezar y no se han unido muchos todavía, mientras los
agitadores no han conseguido ninguna ventaja unos sobre
otros ni tampoco han sufrido una derrota como para verse
arrastrados a correr riesgos sin tener en cuenta sus propios
intereses ya sea por la esperanza de dominar, ya sea por la
rabia de quedar en inferioridad de condiciones. Aunque este 4
asunto sea de tal magnitud, lo resolveréis con éxito, sin pa-
sar ninguna prueba, sin correr ningún peligro, sin gastar di-
nero ni cometer asesinatos, sino votando únicamente lo si-
guiente: no tomar represalias unos contra otros.

»Así pues, aunque se hayan cometido errores por parte 32
de algunos, no es el momento oportuno para indagarlo con
excesivo celo, ni para condenarlo, ni para castigarlo. Pues 2
en este momento no estáis ejerciendo de jueces de modo
que no es necesario que busquéis lo justo con excesivo ri-
gor, sino que deliberéis acerca de la situación que se ha
planteado como si fuera la más cierta. Pero eso no nos será
posible si no pasamos algo por alto de la misma forma que
solemos hacerlo con los niños. Pues con ellos no llevamos
rigurosamente la cuenta de todo y en muchos casos hace-
mos la vista gorda por necesidad. Pues ante los errores mo-
derados no es necesario castigar implacablemente, sino
amonestar amablemente. Y ahora puesto que somos los pa- 3
dres reunidos de todo el pueblo no sólo de nombre, sino en
realidad, no entremos a examinarlo todo con rigor, para que
no perezcamos todos; pues en efecto uno podría echar en
cara muchas cosas incluso al propio César de modo que pa-
reciese que ha sido asesinado con justicia, pero también po- 4
dría culparse a sus asesinos de muchas cosas como para
considerarlos dignos de un castigo. Es algo propio de hom-
bres vehementes el provocar de nuevo conflictos, pero es

imprescindible que los que toman decisiones como es debi-
do no se perjudiquen buscando lo justo en todo con excesi-
vo rigor, sino que se pongan a salvo usando lo que sea con-
5 veniente. Así que considerad lo que ha ocurrido como si
hubiera tenido lugar una granizada o una inundación y en-
tregadlo al olvido. Y volviendo a trataros ahora los unos a
los otros, ya que sois vecinos, conciudadanos y parientes,
vivid en concordia.

33 »Además, para que ninguno de vosotros sospeche que
quiero conceder alguna gracia a los asesinos de César con la
intención de que no cumplan un castigo, porque una vez es-
2 tuve en el bando de Pompeyo, os diré una sola cosa. Porque
creo que todos vosotros estáis convencidos de que yo nunca
he adoptado una actitud de amistad ni de enemistad hacia
ninguno por mi propio interés sino que siempre he amado a
unos y he odiado a otros por causa vuestra, del estado, de la
3 libertad y de la concordia. Por eso pasaré por alto lo demás
y os diré sólo una cosa muy brevemente. Estoy tan lejos de
hacer eso que he dicho en lugar de mirar por el bien común,
que no sólo digo que es preciso que se conceda a los del
otro bando inmunidad por todo lo que han hecho de forma
prepotente en época de César fuera de lo establecido, sino
también que deben conservar todos los honores, los cargos y
los regalos que recibieron de él aunque no me agraden algu-
4 nos de ellos. Así pues, yo no os aconsejaría hacer ni promo-
ver ninguna otra cosa así, pero, puesto que ya se han hecho,
no creo que debáis ocuparos con exceso de celo de ninguno
de esos asuntos. Pues ¿podríais investigar algo hasta tal
punto que, en el caso de que este o el otro tuviera algo
habiéndolo adquirido sin justicia o sin merecimientos, obtu-
vierais algún provecho sin causar miedo o inquietud a los
que tienen poder?

»Esto es lo que digo ahora con vistas a resolver lo ur- 5
gente; cuando la situación se asiente, trataremos de todo lo
demás.»

Con sus palabras Cicerón persuadió al Senado para que 34
votaran no tomar represalias contra nadie. Mientras esto su-
cedía, los asesinos prometieron a los soldados que no revo-
carían ninguna de las decisiones de César. Pues en cuanto se 2
dieron cuenta de que éstos estaban terriblemente irritados
porque temían que se les privase de lo que César les había
concedido, se apresuraron a atraerlos a su bando antes de
que el Senado tomara una decisión, fuera la que fuese. Y
después invitaron a los que estaban presentes allí abajo a
acercarse a una distancia que les permitiera oír y les dirigie-
ron las palabras adecuadas. Además mandaron una carta al 3
foro en la que anunciaban que no se quitaría nada a nadie ni
se les perjudicaría de ninguna otra forma y que confirmarían
la validez de todos los actos de César. Y los predisponían
hacia la concordia asegurando con los mayores juramentos
que no hacían todas estas promesas en falso. De modo que 4
cuando se dieron a conocer las disposiciones del Senado, los
soldados ya no hicieron ningún caso a Lépido, ni los conspi-
radores le tuvieron ningún miedo, sino que se lanzaron a la
reconciliación, arrastrados especialmente por Antonio y co-
ntra la opinión de Lépido. Porque éste, con el pretexto de
vengar a César, quería provocar una revuelta. Y como tenía 5
un ejército, aspiraba a sucederlo en el mando y a estar en el
poder y por eso estaba dispuesto a provocar la guerra. Pero 6
Antonio, como vio cuál era la situación de Lépido y que él
mismo no disponía de ninguna fuerza, no se atrevió enton-
ces a hacer ningún movimiento y, para que Lépido no au-
mentara su poder, le convenció de que se plegara a los de-
signios de la mayoría. Se llegó entonces a un acuerdo en los
términos que se había votado, sin embargo, los que estaban

en el Capitolio no bajaron hasta que tuvieron la palabra de
7 tener como rehenes al hijo de Lépido y al de Antonio. Entonces Bruto [se dirigió] a Lépido (pues tenía parentesco con él) y Casio a Antonio bajo [garantías] de seguridad ***[272] Pero mientras cenaban juntos y se hablaba de muchas cosas como es natural en tales casos, Antonio dirigiéndose a Casio le dijo: «¿Llevas también ahora un puñal bajo el brazo?» «Sí», contestó Casio, «y mucho más grande si es que tú también llegas a aspirar a la tiranía».

35 Así se desarrollaron los acontecimientos entonces, y no sucedía ni se temía nada terrible, sino que todos se alegraban de haberse librado del poder de César (algunos incluso concibieron la idea de arrojar su cadáver fuera sin enterrar). Así que los conspiradores encantados de ser llamados liber-
2 tadores y tiranicidas no se preocuparon más. Pero después, cuando se leyó el testamento de César, la plebe se alborotó al enterarse de que éste había adoptado a Octavio como hijo y había dejado a Antonio, a Décimo y a algunos otros de sus asesinos como protectores de éste y herederos de su hacien-
3 da, en el caso de que no le llegara a Octavio, y de que además había ordenado hacer donaciones a algunos particulares y legar a la ciudad sus jardines de la ribera del Tíber y dar a cada uno de ellos treinta dracmas, según escribió el propio
4 Octavio, o setenta y cinco, según otros. Entonces Antonio los excitó aún más al llevar el cadáver de César al foro de la forma más insensata y exponerlo cubierto de sangre, tal como estaba, y con las heridas bien visibles y pronunciar sobre él un discurso sin duda hermoso y brillante, pero nada conveniente en ese momento. Pues dijo lo siguiente:

36 «Si este hombre hubiera muerto como un ciudadano particular y se diera la circunstancia de que yo estuviera

[272] Hay varias lagunas en el texto.

hablando en privado, quirites, no harían falta muchos discursos, ni habría que recorrer con detalle todos sus hechos, sino que habría bastado con decir unas pocas palabras acerca de su familia, su educación y los rasgos de su carácter y tal vez mencionar sus servicios al estado, para no resultar pesado ante sus parientes. Pero puesto que él ha muerto 2
cuando ostentaba el mayor poder entre vosotros y yo lo he recibido y lo ejerzo en segundo lugar, me veo en el deber de realizar un doble discurso; uno en calidad de heredero designado y otro en mi calidad de gobernante. Y no debo pasar por alto ninguna cosa, sea cual sea, de las que deben decirse, sino que debo hablar precisamente de lo que todo el pueblo habría celebrado con una sola lengua si hubiera podido tener una sola voz. Ahora bien, yo sé que es difícil dar 3
con vuestra opinión. Pues no es nada fácil, en efecto, abordar un tema tan importante —porque ¿qué discurso podría, en efecto, dar una idea ajustada de tamaños hechos?— y vosotros, que tenéis unos deseos difíciles de colmar porque sabéis tanto como yo, seréis jueces no muy complacientes de mis palabras. Pues si mi discurso se diera entre personas 4
ignorantes de ello, me sería más fácil persuadirlos asombrándolos con la grandeza de sus hechos; pero ahora es forzoso, a causa de vuestro conocimiento de ello, que todo lo que se pueda decir se considere menor de lo que fue en realidad. Porque los extranjeros, aunque no le dieran crédito a 5
causa de la envidia, por ello mismo considerarían bastante importante cada cosa que hubieran oído. Pero vosotros por fuerza sois imposibles de satisfacer a causa de vuestra buena disposición hacia él. Pues vosotros mismos, que os habéis beneficiado en el mayor grado de las virtudes de César, reclamáis la alabanza de estas y no tibiamente, como si no tuviera nada que ver con vosotros, sino con verdadero afecto, como si fuera vuestro pariente. Así pues, me esforzaré en 6

colmar lo más posible vuestros deseos, en la certeza de que
no juzgaréis mi intención por la fuerza de mis palabras, sino
que completaréis lo que les falte a ellas con mi afecto.

37 »Hablaré en primer lugar de su familia y no porque sea
la más ilustre. Y es verdad que eso no tiene poco que ver
con la naturaleza de la virtud, el llegar a ser un hombre de
bien no por uno mismo, sino por una disposición heredita-
2 ria. Pues los que no son de familia noble, tal vez podrían
aparentar nobleza, pero también podrían alguna vez quedar
en evidencia por su baja cuna; sin embargo, los que reciben
una semilla de nobleza desde muy atrás es de toda necesi-
3 dad que posean una virtud tanto espontánea como duradera.
Pero yo no voy a hacer ahora una alabanza de César espe-
cialmente porque tuviera como antepasados recientes a mu-
chos varones de noble linaje, ni porque los más remotos fue-
ran descendientes de reyes y dioses, sino, ante todo, porque
4 era pariente de toda nuestra ciudad, pues éste desciende de
los que nos han fundado. Después, porque no sólo ha con-
firmado con su virtud la fama de sus antepasados que creían
llegar a lo divino, sino también la ha aumentado, de modo
que si alguno hubiera dudado antes de que era descendiente
5 de Venus y de Eneas, ahora lo creería. Porque alguna vez
han sido atribuidos a los dioses hijos indignos de ellos, pero
nadie podría considerar a éste hombre indigno de tener a los
dioses como antepasados. El propio Eneas, en efecto, fue rey
y también algunos de sus descendientes, pero éste fue mu-
6 cho mejor que ellos; porque aquellos fueron reyes de Lavi-
nio y de Alba, mientras que éste no quiso ser rey de Roma;
aquéllos prepararon la fundación de nuestra ciudad, mien-
tras que éste la llevó a tal altura que fundó otras colonias
mayores que las ciudades en las que aquellos reinaron.

38 »Esto es así sobre su familia; y en cuanto a que recibió
una crianza y una educación acordes con la dignidad de su

alcurnia ¿cómo podría uno caer en la cuenta mejor que a través de la prueba concluyente que proporcionan sus hazañas? Pues ¿cómo no va a ser necesario que quien tiene ma- 2
nifiestamente un cuerpo tan adecuado y un espíritu más que adecuado a toda serie de circunstancias tanto de la paz como de la guerra haya sido criado de la mejor forma? Aunque es 3
difícil que un hombre que sobresale en belleza sobresalga a la vez en firmeza y es difícil también que uno que tiene gran fuerza en su cuerpo alcance una gran prudencia, es especialmente difícil que el mismo hombre brille igual en las palabras que en los hechos. Pero así era ése hombre. Hablo entre gente que conoce los hechos, de modo que no puedo engañaros en absoluto porque sería cogido en flagrante delito, ni exagerar porque conseguiría lo contrario de lo que pretendo. Pues si yo hiciera algo así, me haría sospechoso 4
con toda justicia de exageración y se consideraría que yo hacía parecer su virtud inferior a la opinión que vosotros tenéis de ella. En efecto, cualquier palabra que diga en tales circunstancias, si llega a contener alguna falsedad por pequeña que sea, no sólo no añadirá ningún motivo de alabanza sino que contendrá su refutación. Porque el conocimiento 5
de los que escuchan, si no coincide con el discurso inventado se dirige a la verdad y una vez satisfecho con ella, se da cuenta de qué clase de hombre debía ser y al mismo tiempo, comparando una cosa con otra, descubre lo que falta. Así pues digo sólo la verdad cuando afirmo que César, aquí presente, tenía al mismo tiempo el cuerpo más apto y el espíritu mejor dispuesto. Porque disfrutó de una admirable fuerza 6
natural y se educó con una formación muy rigurosa en todos los aspectos y por ello pudo comprender con la mayor penetración todo lo que debía, hacer las interpretaciones más convincentes y organizar y administrar de la manera más prudente. Ninguna situación crítica le sobrevino tan inespe-

radamente como para impedirle actuar, ni se le ocultó nin-
7 gún peligro secreto, por mucho que se retrasara. Pues siempre examinaba todo antes de que le sobreviniera y se preparaba para cualquier cosa que pudiera sucederle a uno; y sabía perfectamente descubrir lo escondido con sagacidad, disimular hábilmente lo evidente, fingir que conocía lo ocul-
8 to y ocultar lo que sabía, adaptar cada cosa a la ocasión y sacar conclusiones de ellas y además cumplir y llevar a cabo bien cada empresa hasta sus últimos detalles.

39 »La prueba de ello es que fue en lo privado un excelente administrador al tiempo que pródigo, escrupuloso en el cuidado suficiente de su hacienda y generoso sin reparos a la hora de gastar lo conveniente. Tuvo un profundo afecto a
2 todos sus parientes excepto a los muy impíos. Pues no se despreocupó de ninguno que estuviera en mala situación ni envidió a ninguno que tuviera buena suerte, sino que contribuyó a que estos últimos aumentaran la hacienda que ya tenían y a suplir las carencias de los otros, dando dinero a
3 unos, a otros tierras, a otros cargos, a otros sacerdocios. Y además trataba a sus amigos y a los demás compañeros de una forma admirable. Pues no era despectivo ni insolente con ninguno de ellos, sino que siendo amable con todos por igual, recompensaba con creces a los que le ayudaban en al-
4 go y se ganaba con favores a los demás. Nunca miró con envidia a quien brillaba ni humilló a quien mejoraba de posición, sino que del mismo modo que él había sido exaltado y había obtenido poder y gloria, se alegraba si muchos se le igualaban. Pero siendo así con sus amigos y conocidos, tampoco se mostró nunca cruel ni implacable con sus enemigos, sino que dejó ir a muchos que se le habían enfrentado personalmente y dejó libres a muchos que habían hecho la guerra contra él. Incluso dio a algunos de ellos honores y cargos. Así tendía todo él por naturaleza hacia la virtud, y

no sólo no tenía ningún vicio, sino que tampoco creía que lo
hubiera en ningún otro.

»Y ya que he llegado a este asunto, empezaré a hablar 40
sobre sus servicios a la comunidad. Porque si hubiera lleva-
do una vida retirada, quizá su virtud hubiera podido ser
puesta en duda; en cambio, al haber subido hasta la más alta
posición y haber llegado a ser el más grande no sólo de los
hombres de su época sino de todos los que han tenido algún
poder, la ha hecho más notoria. Pues esa misma autoridad 2
ha puesto en entredicho a casi todos ellos, mientras que a él
le ha hecho más ilustre. Así pues, al emprender hechos a la
altura de la grandeza de su virtud se reveló de la misma ca-
tegoría que ellos. Y fue el único que cuando obtuvo una
suerte tan grande por su noble carácter, ni la despreció ni la
ofendió. Pasaré por alto, entonces, sus brillantes éxitos en 3
las campañas militares ordinarias o la generosidad en sus
periódicos servicios a la comunidad —aunque han sido de
tal categoría que para cualquier otro hombre justificarían un
gran elogio— porque, a la vista de sus hechos posteriores,
daría la impresión de reparar en insignificancias, si las reco-
rriera con detalle. Sólo mencionaré, sin embargo, lo que lle-
vó a cabo mientras os gobernó. Pero ni siquiera eso lo ex- 4
pondré minuciosamente cosa por cosa, pues no podría
nunca llegar al final y os provocaría un tedio excesivo por-
que ya las conocéis.

»Pues bien, este hombre, lo primero de todo, fue pretor 41
en Hispania y, al hallarla invadida por una oculta corrup-
ción, no dejó que sus habitantes se volvieran irreductibles
bajo el nombre de la paz ni eligió pasar el tiempo de su go-
bierno con tranquilidad antes que hacer lo provechoso para
la comunidad, sino que, como no cambiaban voluntariamente 2
de actitud, los hizo entrar en razón incluso contra su volun-
tad, de modo que sobrepasó a los que habían sido celebra-

dos antes de él en la medida en que es más difícil conservar algo que conseguirlo y resulta más ventajoso lograr que ninguno pueda nunca volver a rebelarse que someterlos al prin-
3 cipio cuando las tropas están en todo su vigor. Por eso precisamente decretasteis por votación que celebrara el triunfo y le otorgasteis inmediatamente la dignidad de cónsul. A partir de ello queda especialmente de manifiesto que no llevó a cabo aquella campaña a causa de su ambición personal o
4 por su propia fama sino como preparación para el futuro. El caso es que renunció a la celebración de sus victorias por la urgencia de los asuntos y tras daros las gracias por el honor, satisfecho sólo con eso para su fama, ejerció el consulado.

42 »Sería imposible enumerar, por otra parte, todo lo que llevó a cabo en la administración de la ciudad durante el tiempo que ocupó dicho cargo. Pero en cuanto salió de ella
2 y fue enviado a la campaña contra la Galia, contemplasteis cuántos hechos y de qué categoría llevó a cabo allí. Porque entonces, no sólo no se convirtió en una carga para nuestros aliados, sino que acudió en su ayuda, porque no desconfió en nada de ellos y vio además que eran ultrajados. En cuanto a los enemigos, sometió no sólo a los vecinos de nuestros aliados sino a todos los demás que habitan la Galia, y se anexionó al mismo tiempo un país entero e incontables ciu-
3 dades de las que antes ni siquiera conocíamos el nombre. Y lo hizo tan rápidamente —a pesar de que no había recibido de vosotros ni una fuerza apropiada, ni suficiente dinero— que antes de que ninguno de vosotros se diera cuenta de que llevaba a cabo una guerra, había vencido. Y asentó estas conquistas sobre una base tan firme que a partir de ellas ha
4 hecho accesibles tanto la Céltica[273] como Britania. Ahora la Galia que envió contra nosotros a los ambrones y a los cim-

[273] Germania.

brios está completamente sometida y completamente cultivada como la propia Italia y se navegan no sólo el Ródano y 5
el Arar sino también el Mosa y el Ligro y el mismo Rin y el propio Océano. Sometió para nosotros lugares que ni siquiera creíamos que existieran cuando oíamos sus nombres, convirtiendo en accesible lo antes desconocido, en navegable lo inexplorado hasta entonces, gracias a su magnanimidad y a su amplitud de miras.

»Si algunos que le envidiaban, o más bien a vosotros, no 43
hubieran empezado una revuelta y no le hubieran obligado a regresar aquí antes del momento oportuno, habría subyugado por completo toda Britania con las demás islas que la rodean y toda la Céltica hasta el Océano Ártico, de modo que habríamos tenido como fronteras en el futuro no tierra ni hombres sino el aire y el mar exterior. Por ello, vosotros que 2
veíais la grandeza de sus intenciones, sus hechos y su buena suerte le encomendasteis ejercer magistraturas durante el mayor tiempo posible, cosa que no le ha ocurrido a ningún otro desde que somos una república. Quiero decir que ha gobernado durante ocho años completos sin interrupción. Considerad entonces que él llevó a cabo en realidad todas esas conquistas para vosotros y no sospechéis que tenía la intención de aumentar su poder en contra vuestra.

»Más bien, vosotros quisisteis que permaneciera en esas 3
regiones el mayor tiempo posible; sin embargo, los que consideran que la administración de la república no es ya un asunto común sino de su propiedad no le permitieron conquistar los demás países ni a vosotros ser dueños de todos ellos, sino que, aprovechándose de manera perversa de la falta de tiempo de César, se atrevieron a llevar a cabo muchas acciones impías, de modo que vosotros tuvisteis que pedirle ayuda.

44 »Por eso se apresuró a asistiros dejando lo que tenía entre manos y liberó a toda Italia de los peligros que la ame-
2 nazaban. Además recobró Hispania que se había vuelto hostil. Y cuando vio que Pompeyo había abandonado la patria y establecía su propio reino en Macedonia, y que trasladaba allí todos vuestros bienes armando en contra vuestra a los pueblos sometidos por vosotros y utilizando contra vosotros vuestro propio dinero, en primer lugar quiso persuadirle de alguna forma de que parase y se retractara mediante embajadas públicas y privadas en las que Pompeyo recibía las mayores garantías de quedar en una posición exactamente
3 igual a la de César; pero como no pudo lograrlo de ninguna forma, sino que aquel eligió despreciar entre otras cosas el parentesco que tenía con César y luchar contra vosotros, se
4 vio obligado a emprender una guerra civil. ¿Acaso es necesario decir cuán audazmente cruzó el mar para ir en su contra, a pesar del mal tiempo, o con qué ánimo se le enfrentó a pesar de que Pompeyo tenía de su parte a todas las regiones de allí, o lo valerosamente que lo venció a pesar de ser bastante inferior a él en el número de soldados? Porque si uno quisiera contar con detalle cosa por cosa, podría presentar al famoso Pompeyo como un simple niño; tan superado en estrategia en todos los aspectos fue.

45 »Pasaré por alto eso, pues ni siquiera el propio César se vanagloriaba nunca de ello y siempre aborrecía lo inevitable. Pero cuando la divinidad decidió la batalla de la forma más justa ¿a quién mató de los que había capturado por primera vez? ¿A quién, no sólo de los senadores o de los del orden ecuestre o del conjunto de los ciudadanos, sino también de los aliados y los pueblos sometidos, no trató con
2 respeto? Porque ninguno de ellos murió violentamente ni fue encausado —ni particular, ni rey, ni pueblo, ni estado—; por el contrario, unos se alinearon con él y otros recibieron

el perdón de forma honrosa, de modo que todos se lamentaban por los que habían muerto. Porque se excedió tanto en generosidad que dirigió alabanzas a quienes habían colaborado con Pompeyo y les permitió conservar todo lo que Pompeyo les había otorgado y además odió a Farnaces y a
Orodes por no haberle ayudado siendo amigos suyos. Ante 4
todo por eso, no tardó en hacer la guerra contra Farnaces y se disponía a dirigir una campaña contra el otro. Y seguro que incluso ⟨habría perdonado a Pompeyo⟩[274] si lo hubiera
capturado vivo. La prueba es que no lo persiguió inmedia- 5
tamente sino que le dejó tiempo para huir. Recibió la noticia de su muerte con disgusto, no elogió precisamente a los que le habían asesinado sino que los mató en represalia poco después. Y destruyó al propio Ptolomeo, aunque era un niño, porque había permitido que muriera su benefactor.

»Resultaría inútil contar cómo puso después en orden 46
Egipto y la cantidad de dinero que recaudó allí para vosotros; pero cuando llevó a cabo la campaña contra Farnaces que se había adueñado ya de una gran parte del Ponto y de Armenia, se anunció que César se acercaba, al tiempo que se le vio junto a él y en el mismo día, trabó combate con él
y le venció. Con ello demostró que no se había vuelto en 2
absoluto más débil en Alejandría ni se había detenido allí por molicie, pues ¿cómo habría llevado a cabo esas campañas tan fácilmente sin tener una poderosa inteligencia y una
gran fuerza? Y en cuanto Farnaces huyó se dispuso a dirigir 3
una campaña contra los partos, pero como de nuevo algunos aquí habían empezado una revuelta, volvió contra su voluntad y resolvió tan bien este asunto que nadie hubiera creído
que se había producido ningún disturbio. Nadie, en efecto, 4

[274] Laguna en el texto; sigo la reconstrucción de E. Cary en su traducción al inglés *(op. cit.*, pág. 389).

murió ni fue desterrado, ni siquiera sufrió nadie ningún da-
ño por aquellos hechos, no porque muchos no hubieran sido
castigados con toda justicia, sino porque creía que era preci-
so destruir a los enemigos externos sin contemplaciones pe-
ro mantener a salvo a los ciudadanos aunque algunos fueran
5 viles. Por eso venció a muchos hombres de otras razas con
su valentía, y con su altruismo veló incluso por los ciudada-
nos sediciosos, aunque muchas veces se habían vuelto in-
dignos de ello con sus hechos. Hizo lo mismo en África y
en Hispania, dejando libres a todos los que habían sido
6 capturados antes por él y habían obtenido su clemencia. Así
pues, por una parte, él consideraba locura y no altruismo de-
jar a salvo siempre a los que habían conspirado con fre-
cuencia contra él, pero por otro lado, creía que era propio de
un hombre de bien perdonarlos en los primeros errores y no
mantener una ira implacable, incluso repartir honores entre
ellos, pero si se mantenían en los mismos, librarse de ellos.
7 ¿Por qué he dicho esto? Porque, en efecto, él dejó a salvo a
muchos de ellos, concediendo a sus compañeros y a los que
le habían ayudado a vencer el que cada uno salvara a uno de
los cautivos.

47 »La mayor prueba de que hizo todo eso por bondad na-
tural y no por arrogancia ni por conseguir una posición ven-
tajosa, de la misma manera que otros que se han mostrado
altruistas, es la siguiente: que se mostró igual en todo mo-
mento; ningún enfado le volvía iracundo, ni la buena vida le
corrompía, ni el poder le alteraba, ni su autoridad le hacía
2 cambiar. Desde luego, es muy difícil, cuando uno está meti-
do en tantas empresas y de tal magnitud y que además se
suceden unas a otras, y cuando ha tenido éxito en unas y
tiene otras todavía entre manos y supone que vendrán otras,
ser siempre bueno por igual sin querer hacer nunca nada
cruel ni terrible, si no por venganza de hechos pasados, al

menos para la prevención de los futuros. Esto es suficiente 3
para probar su virtud. Pues tan de verdad descendía de los
dioses que sólo le cabía en la cabeza una cosa: salvar a
quienes podían ser salvados. Y además hay otra prueba: que
se ocupó de que no fueran castigados por ningún otro los
que le habían hecho la guerra y se ganó a los que habían si-
do derrotados previamente. Porque hizo que se concediera 4
una amnistía a los seguidores de Lépido y Sertorio y se
ocupó además de que todos los supervivientes de los que
habían sido proscritos por Sila tuvieran seguridad y después
los hizo volver y honró con dignidades y cargos a los hijos
de todos los que habían sido asesinados por Sila. Y lo más 5
importante de todo: quemó todos los documentos secretos
que encontró de Pompeyo y Escipión, sin leer ni guardar
ninguno para que nadie tuviera en su mano hacer un mal
uso de ellos. Pero los hechos muestran claramente que no
sólo lo dijo sino que también lo hizo así. De hecho, no sólo
nadie sufrió ningún daño, sino que ni siquiera fue atemori-
zado a causa de esos documentos. De ahí que nadie sepa 6
quiénes se salvaron excepto ellos mismos. Eso es lo más in-
creíble y no puede ser superado, el hecho de que fueran li-
berados antes de ser acusados y que fueran puestos a salvo
antes de correr peligro; y el mismo que los había salvado no
se enteró de quiénes eran objeto de su clemencia.

»Por eso y por todas las leyes que promulgó y por las 48
mejoras que hizo, que, siendo importantes en sí mismas, po-
drían ser consideradas pequeñas en comparación con aquellas
que no es necesario que explique con detalle, lo habéis
amado como a un padre y lo habéis apreciado como a un
benefactor, lo habéis ensalzado con honores como nunca a
ningún otro, habéis deseado que estuviera permanentemente 2
al frente de la ciudad y de todo el imperio sin discutirle nin-
gún título, sino aplicándole todos como si fueran insignifi-

cantes, para que todo cuanto faltase a cada uno de ellos para ser considerado una expresión completa de honor y autori-
3 dad se completase con la contribución de los demás. Por ello fue nombrado pontífice máximo para los dioses, cónsul para nosotros, general con plenos poderes para los soldados, dictador para los enemigos. Pero ¿por qué voy a enumerar todos estos títulos cuando vosotros en una sola expresión le habéis llamado 'padre de la patria'? Para no mencionar el resto de sus títulos.

49 »Pero ahora, ese padre, ese pontífice máximo, el inviolable, el héroe, el dios ha muerto, ¡ay!, ha muerto y no vencido por la enfermedad, ni consumido por la vejez, ni herido en algún combate en alguna parte fuera de aquí, ni arrebatado prodigiosamente por una divinidad, sino aquí, dentro de
2 las murallas. Como resultado de una conspiración, el hombre que había llevado con seguridad un ejército hasta Britania; víctima de una conspiración en la propia ciudad, el hombre que había ampliado los límites del pomerio; asesinado en el senado, el hombre que había equipado un nuevo edificio para él a sus expensas. Inerme el experto en la guerra, indefenso el pacificador, junto a los tribunales de justicia el juez, junto a la sede del gobierno el gobernante, a manos de ciudadanos aquel a quien ningún enemigo pudo matar ni siquiera cuando cayó en el mar, a manos de sus compañeros el que a menudo se había compadecido de
3 ellos. ¿De qué te sirvieron la humanidad, la inviolabilidad y las leyes? Más aún, tú promulgaste muchas leyes para que nadie muriera a manos de sus enemigos personales y tan miserablemente te han matado tus amigos. Y ahora yaces asesinado en el foro donde tantas veces, coronado, has celebrado triunfos y has sido arrojado cubierto de heridas sobre las tribuna de oradores desde donde te has dirigido al pueblo
4 tantas veces. ¡Ay de tus canas ensangrentadas, ay de tu toga

desgarrada que sólo te has puesto, al parecer, para ser asesinado envuelto en ella!»

Ante estas palabras de Antonio, el pueblo primero se 50
emocionaba, después se irritaba y por último llegó a inflamarse hasta tal punto por la indignación que reclamaban a los asesinos y reprochaban a los demás senadores que mientras unos lo mataban los otros habían contemplado cómo moría el hombre por quien habían decretado hacer plegarias en público cada año, por cuya salud y fortuna habían jurado, a quien habían declarado inviolable en condiciones de igualdad con
los tribunos. Después, tras apoderarse del cuerpo, unos querí- 2
an llevarlo al lugar en el que había sido asesinado, los otros al Capitolio para quemarlo allí. Pero como unos soldados se lo impidieron por miedo a que también el teatro y los templos cayeran incendiados al mismo tiempo, allí mismo, en el foro,
tal como estaban, lo colocaron sobre una pira. Incluso así 3
habrían sido destruidos muchos de los edificios de alrededor si no lo hubieran impedido los soldados y los cónsules no hubieran precipitado a algunos de los más violentos desde las
rocas del Capitolio. Pero los demás no cesaron por ello de 4
causar disturbios, sino que se dirigieron a las casas de sus asesinos y mataron entre otros a Helvio Cinna que era tribuno, sin ninguna justificación, porque no sólo no había conspirado contra César, sino que estaba entre los que más lo querían. Se habían equivocado por el hecho de que Cornelio Cinna, el pretor, había participado en la conjura.

A continuación, después de que los cónsules prohibieran 51
que nadie llevara armas excepto los soldados, cesaron los asesinatos; y tras construir un altar en el lugar de la pira —porque sus libertos se habían llevado los huesos y los habían depositado en la tumba familiar— intentaban iniciar
sacrificios en honor de César como si fuera un dios. Enton- 2
ces los cónsules derribaron el altar y castigaron a algunos

que se habían indignado por ello y promulgaron una ley al efecto de que nadie pudiera ser de nuevo dictador, profiriendo maldiciones y pidiendo la pena capital para quien lo propusiera y para quien lo consintiera y poniendo además
3 públicamente precio a sus cabezas. Hicieron esto con vistas al futuro, como si residiera en los nombres lo terrible de los hechos, cuando éstos suceden en realidad a causa de las armas y del carácter de cada uno y deshonran los nombres del
4 cargo en cuyo ejercicio se han producido. En ese momento enviaron a las colonias a los que ya tenían lotes de tierra asignados por César por miedo a que iniciaran alguna revuelta. En cuanto a los asesinos, enviaron a las provincias a los que habían obtenido el gobierno de alguna y a los demás, a cada uno a un sitio, con cualquier pretexto. Y muchos los honraron como benefactores.

52 Así acabó César. Y puesto que fue asesinado en las construcciones de Pompeyo, junto a su estatua que entonces estaba allí, pareció que de alguna manera se le había vengado. Especialmente porque sobrevinieron horribles truenos y una
2 lluvia torrencial. Entonces, en aquella confusión, sucedió algo digno de mención: un tribuno, un tal Gayo Casca, cuando vio que Cinna había muerto por tener el mismo nombre que el pretor, tuvo miedo de morir él mismo porque Publio Servilio Casca era tribuno y además era uno de los asesinos, así
3 que publicó un escrito en el que declaraba que tenían en común sólo el nombre y que pensaban de modo diferente. Ninguno de los dos sufrió ningún daño (pues Servilio estaba muy protegido), pero Gayo adquirió cierta fama de modo que es recordado por ello.

53 Esto es lo que sucedió entonces, en lo que se refiere a los cónsules y a los demás: Antonio asoció a Dolabela al consulado —aunque al principio no quería como si éste todavía no hubiera conseguido el cargo— porque temía que

encabezase una rebelión. Sin embargo, cuando se apaciguó 2
el alboroto y se encomendó al propio Antonio la investigación acerca de la administración de César y que llevara a cabo todo lo que éste había dispuesto, ya no actuó con moderación, sino que en cuanto se vio en poder de los escritos de César, suprimió muchas cosas e introdujo otras muchas, especialmente leyes. Además, quitó a unos los bienes y los 3
cargos y se los dio a otros, como si lo hiciera siguiendo aquellos escritos. Después se apoderó de grandes sumas allí en Roma y recaudó otras entre los particulares, los pueblos y los reyes, vendiendo a unos territorios, a otros libertad, a otros la ciudadanía, a otros exenciones de impuestos, a pe- 4
sar de que el Senado en primer lugar había decretado que no se quitara ninguna tabla utilizando como razón alguna ley de César (porque todo eso estaba escrito en tablas de bronce), y después, cuando aquel insistió diciendo que César había previsto muchas medidas y muy necesarias, había ordenado que las decidieran en común los ciudadanos más importantes. Antonio, sin embargo, no se preocupó por eso 5
y despreció por completo a Octavio porque era adolescente e inexperto en estos asuntos y había rechazado la herencia en la idea de que era incómoda y difícil de gestionar; mientras que él mismo administraba todo como si fuera no sólo el heredero de la hacienda, sino también del poder de César. Entre otras cosas, rehabilitó a algunos exiliados. Como Lé- 6
pido tenía mucho poder y había hecho crecer en él un gran temor dio en matrimonio a su hija al hijo de éste y maniobró para que el propio Lépido fuera nombrado pontífice máximo para que no se entrometiera en lo que Antonio hacía. Con el fin de llevar a cabo esto con mayor facilidad, hizo 7
recaer de nuevo en los sacerdotes la elección del pontífice máximo quitando al pueblo esta potestad y le consagró entre estos celebrando pocos o ninguno de los ritos acostumbrados, aún pudiendo haberse consagrado él mismo.

LIBRO XLV

El libro cuarenta y cinco de la *Historia Romana* de Dion contiene lo siguiente:

1. Sobre Gayo Octavio, llamado después Augusto [1-9].
2. Sobre Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo [10].
3. Cómo César y Antonio empezaron la guerra civil [11-17].
4. Cómo Cicerón habló en público contra Antonio [18-47].

[710/44] Duración: el resto de la quinta dictadura de Gayo Julio César con Emilio Lépido de jefe de la caballería y el quinto consulado con Marco Antonio.

Antonio actuaba así. Por su parte, Gayo Octavio Cepias 1
(así se llamaba el hijo de Acia, sobrina de César) provenía de Velitras, de la región de los volscos. Tras quedar huérfa-
no de su padre, Octavio, fue criado por su madre y el esposo 2
de ésta, Lucio Filipo, pero cuando creció pasaba la vida con César. Porque César, que no tenía hijos, depositó grandes esperanzas en él y le tuvo gran cariño y aprecio en la idea de que le dejaría como sucesor de su nombre, su autoridad y su poder personal. Sobre todo porque Acia sostenía firmemente que había quedado encinta de Apolo, ya que estando

dormida una vez en su templo creyó yacer con una serpiente
y por esta causa dio a luz cuando pasó el tiempo preciso.
3 Antes de dar a luz, soñó que sus entrañas subían hasta el
cielo y se extendían sobre toda la tierra. Esa misma noche,
Octavio creyó que salía el sol de las partes pudendas de ella.
4 Apenas había nacido el niño, cuando Nigidio Figulo, un se-
nador, vaticinó para él el poder absoluto. Y es que éste, en-
tre sus contemporáneos, era el que mejor conocía la dispo-
sición del firmamento y las diferentes clases de estrellas,
cuanto resulta de ellas por sí mismas y cuanto resulta de la
relación de unas con otras, en sus conjunciones y en sus
5 disyunciones, y por eso había sido acusado de dedicarse a
prácticas clandestinas. Pues bien, éste, en aquella ocasión,
se encontró con Octavio que, a causa del nacimiento de su
hijo, llegaba algo tarde al senado (pues era el caso que había
reunión del senado), y preguntándole por qué se había retra-
sado, cuando se enteró del motivo, gritó: «Has engendrado
un amo para nosotros», y como Octavio se alarmó por ello y
quiso matar al pequeño, Nigidio le contuvo diciéndole que
era imposible que le sucediera algo así.

2 Se dijo esto entonces y, cuando el niño se criaba en el
campo, un águila le arrebató de las manos un trozo de pan y,
2 tras alzar el vuelo, dejándolo caer se lo devolvió. Cuando
era todavía un muchacho, pasaba un tiempo en Roma cuan-
do Cicerón soñó que un niño se deslizaba del cielo al Capi-
tolio por unas cadenas de oro y recibía un látigo de Zeus.
Cicerón no sabía quién era el niño, pero se lo encontró al
día siguiente en el Capitolio y tras reconocerlo, explicó a los
3 presentes su visión. El propio Catulo que nunca había visto
a Octavio, creyó ver en sueños que todos los hijos de los pa-
tricios habían hecho una procesión en honor de Zeus en el
Capitolio y que en esta ceremonia, el dios había lanzado
4 una imagen de Roma al seno del niño. Sorprendido por este

sueño, acudió al Capitolio para hacer ofrendas al dios, y al
encontrar allí a Octavio que había subido por una u otra ra-
zón, comparó su imagen con la del sueño y se aseguró de la
veracidad de su visión. Después cuando creció y llegó a la 5
edad de los efebos y se vistió a la manera de los varones
adultos, la toga viril se le abrió por ambos lados desde los
hombros y cayó hasta sus pies. Este hecho en sí mismo no 6
sólo no presagiaba nada bueno, sino que además disgustó a
los presentes porque había sucedido la primera vez que se
ponía ropa de hombre. Pero a Octavio se le ocurrió decir:
«Pondré toda la dignidad senatorial bajo mis pies» y obtuvo
un resultado acorde con lo que había dicho. César, de he- 7
cho, depositó en él grandes esperanzas a causa de todo esto,
lo incluyó entre los patricios y le preparó para el gobierno;
lo educó rigurosamente en todo cuanto conviene a quien es-
tá destinado a administrar bien y con dignidad un poder tan
importante; así es que practicaba la oratoria no sólo en la 8
lengua de los latinos sino también en nuestra lengua griega,
se ejercitaba con empeño en la disciplina militar y era ins-
truido en el arte de la política y del gobierno.

Pues bien, este Octavio, cuando César fue asesinado, es- 3
taba precisamente en Apolonia, junto al Golfo Jonio para su
educación (pues había sido enviado allí para la campaña de
César contra los partos), cuando se enteró de lo sucedido; se
disgustó como es natural, pero no se atrevió a iniciar ningu-
na revuelta enseguida. De hecho, no había oído todavía que
había quedado como hijo ni tampoco como heredero de Cé-
sar, y además la primera noticia que tuvo fue que el pueblo
estaba de acuerdo con lo sucedido. Sin embargo, cuando hu- 2
bo cruzado a Brindis y conoció el testamento de César y
la segunda opinión del pueblo, no se demoró entonces, so-
bre todo porque tenía mucho dinero y un número importante
de soldados a su cargo, sino que tomó inmediatamente el

nombre de César, recibió su parte de la herencia y empezó a
ocuparse de los asuntos públicos.
4 A algunos les pareció entonces que lo había hecho con
precipitación y temeridad. Después, gracias a su buena suer-
te y a los éxitos que tuvo, se ganó el nombre de valiente.
2 Muchas veces, en efecto, algunos que no empezaron correc-
tamente las empresas, han obtenido fama de prudentes por-
que tuvieron la suerte de lograr buenos resultados, mientras
que otros que emprendieron los asuntos de una forma exce-
lente, se han ganado una reputación de insensatez porque les
3 faltó suerte para alcanzar sus objetivos. Octavio actuó con
ligereza y temeridad, porque acababa de salir de la niñez
(tenía dieciocho años) y veía que el ser designado sucesor
tanto de la herencia de César como de su familia provocaba
envidia y le exponía a acusaciones, y sin embargo se lanza-
ba en pos de algo como aquello por lo que César había sido
4 asesinado y no había sido vengado de ninguna forma, y no
temía ni a los asesinos ni a Lépido ni a Antonio. Sin embar-
go no pareció que hubiera tomado una mala decisión, por-
que tuvo éxito. En todo caso, los dioses indicaron de forma
no oscura toda la confusión que iba a producirse para los
romanos a partir de entonces, porque al entrar él en Roma,
un enorme y coloreado arco iris rodeó por completo el sol.
5 Así, el que se llamó primero Octavio, en ese momento
ya César y después Augusto, puso mano a los asuntos públi-
cos y los realizó y ejecutó con más vigor que cualquier hom-
bre en su juventud y con más prudencia que cualquier an-
2 ciano. Así pues, en primer lugar entró en Roma sin ninguna
pompa, como si fuera sólo a recibir su herencia, en privado
3 y con unos pocos asistentes. En segundo lugar, no amenazó
a nadie, ni mostró que le disgustara lo que había sucedido ni
que fuera a tomar venganza de ello. Y no sólo no reclamó a
Antonio ninguna parte del dinero del que éste se había apo-

derado previamente, sino que lo halagaba a pesar de que és-
te le había insultado y ofendido. Pues, entre otras cosas, An-
tonio le había hecho daño de palabra y de obra, especial-
mente cuando se propuso la *lex curiata* según la cual tenía
que producirse la adopción de Octavio por la familia de Cé-
sar. El propio Antonio daba muestras de hacer lo posible 4
por llevarla a la asamblea, pero se servía de unos tribunos
para que fuera aplazada, con la intención de que no pudiera
ocuparse de su hacienda —ya que todavía no era hijo de
César según las leyes— y así fuera más débil en lo demás.

César (Octavio) se indignaba con estas cosas, sin em- 6
bargo lo soportaba porque no podía hablar abiertamente con
seguridad hasta que se hubiera atraído a la plebe en la que
sabía que su padre se había apoyado para medrar. En efecto, 2
sabía que ellos sentían irritación por la muerte de César y
esperaba que le trataran como hijo suyo, y se daba cuenta de
que odiaban a Antonio por su conducta como jefe de la ca-
ballería y porque no había impuesto un castigo a los asesi-
nos de César. De ahí que intentara ser tribuno como punto
de partida para liderar a la plebe y con vistas al manteni-
miento del poder que resultaría de ello. Por eso pretendió 3
ocupar el puesto de Cinna que había quedado vacante, y aun-
que se lo impidió el grupo de Antonio, no desistió, sino que,
tras persuadir a Tiberio Canucio, que era tribuno, para que lo
presentara a la multitud, y tomando como pretexto el regalo
que les había hecho César, les dijo cuanto convenía, les
prometió que les entregaría inmediatamente ese regalo y les
dio muchas otras esperanzas. A continuación, para ganarse 4
el favor del pueblo, celebró a sus expensas, como si le con-
cerniera por su familia, la fiesta fijada en honor de la cons-
trucción del templo de Afrodita a la que algunos, aunque
habían prometido en vida de César que se celebraría, no le
habían dado importancia, como a las carreras de carros de

5 las Parilias[276]. Por entonces, por miedo a Antonio, no llevaba al teatro el carro de oro ni usaba la corona guarnecida de piedras preciosas como le permitía un decreto.

7 Sin embargo, cuando apareció una estrella en el norte todos los días hacia el anochecer, aunque algunos se referían a como a un cometa y decían que significaba lo que era costumbre en estos casos, la mayoría no creía eso sino que lo atribuían a César en la creencia de que se había vuelto inmortal y había quedado incluido en el número de las estrellas. Entonces cobró ánimos y erigió en el templo de Afrodita una estatua de bronce de César con una estrella sobre la
2 cabeza. Y como nadie impidió esto por miedo al pueblo, se cumplieron algunos de los otros decretos en honor de César; así que le pusieron su nombre al mes de julio y en ciertas fiestas de acción de gracias por la victoria, dedicaron un día a hacer sacrificios en honor de su nombre. Por eso, también los soldados, especialmente algunos que habían sido sobornados con dinero, se pusieron decididamente del lado de César (Octavio).

3 Se produjo entonces un rumor y parecía que iba a tener lugar alguna novedad, especialmente porque Antonio, cuando Octavio quiso tratar con él de algún asunto en el tribunal, desde un lugar elevado y destacado, como solía hacerlo en vida de su padre, no se lo había permitido, sino que le había hecho bajar y le había expulsado mediante sus lictores.

8 Todos se sintieron muy indignados, especialmente porque César (Octavio) todavía no había frecuentado el foro con la intención de despertar el odio hacia aquel y atraerse a la plebe. Entonces, Antonio tuvo miedo y en el transcurso de una discusión dijo a los presentes que no sentía ninguna animadversión hacia César (Octavio), sino que tenía con él

---

[276] Cf. XLIII 42 y n. 256.

una deuda de amistad y que estaba dispuesto a acabar con toda sospecha. Después de que le dieran noticia sobre esto a 2
César (Octavio), se reunieron para mantener una conversación y a algunos les pareció que se habían reconciliado (pues, al ver con claridad las intenciones de ambos, no consideraron oportuno ponerlas a prueba en ese momento y acordaron hacerse mutuamente ciertas concesiones). Durante algunos días permanecieron en paz, pero después, empezaron a sospechar cada uno del otro, bien a causa de alguna auténtica conspiración, o bien debido a una calumnia, como suele suceder en tales situaciones y volvieron a tener diferencias. Pues cuando unos se reconcilian tras una gran ene- 3
enemistad sospechan de muchas cosas que no tienen importancia y de otras muchas que suceden por casualidad. En pocas palabras, a causa de su pasada enemistad, todo se lo toman como si estuviera hecho a propósito y con un fin perverso. Entretanto, los que están en medio los exasperan, pues traen y llevan noticias con la pretensión de ser bienintencionados y los irritan aún más. En efecto, existe un enorme deseo de 4
que todos los que tienen algún poder tengan diferencias entre sí, y de ahí el regocijo que produce la enemistad entre ellos y el hecho de que conspiren unos contra otros. Es muy fácil que se engañe con las palabras adecuadas que provienen de amigos libres de sospecha a quien ha sido calumniado previamente. Y a consecuencia de ello, los que ni siquiera en un principio confiaban uno en otro, se vuelven aún más hostiles.

Pues bien, Antonio, que veía que César (Octavio) gana- 9
ba terreno, intentó seducir a la plebe, por si podía apartarlos de él y atraérselos. Así que ordenó que su hermano Lucio Antonio, que era tribuno, llevara a cabo el sorteo de otro gran lote de tierras que incluía los pantanos pontinos, porque ya se habían cubierto de tierra y se podían cultivar. Los 2

Antonios, que eran tres hermanos, tenían todos algún cargo: Marco era cónsul, Lucio, tribuno y Gayo, pretor. Debido sobre todo a eso, pudieron cesar a los que gobernaban a los aliados y a los súbditos —excepto a la mayoría de los asesi-
3 nos y algunos otros que consideraron que les eran leales— y elegir otros en su lugar, y entregar a algunos el gobierno por un tiempo excesivamente largo, en contra de las leyes de César. Así que tomó posesión de Macedonia, que había sido entregada a Marco por sorteo, su hermano Gayo, mientras que el propio Marco, con las legiones que habían sido enviadas antes a Apolonia, ocupó en su lugar la Galia Cisalpina, que le había sido asignada a Décimo Bruto, en la idea de que era más poderosa tanto en soldados como en riquezas.
4 Se decretó por votación esto y se confirmó el perdón para Sexto Pompeyo que tenía ya un poder considerable, aunque César ya se lo había concedido a él como a todos los demás. Se decidió también que se le devolviera todo el dinero en plata y oro que había recibido el erario público de su hacienda paterna. Pero Antonio tenía la mayoría de las tierras de su propiedad y no le devolvió ninguna.

10 Así pues aquellos se dedicaban a lo que he dicho. Pero ahora expondré lo que le sucedió a Sexto Pompeyo. Cuando huyó de Córdoba, fue en primer lugar a Lacetania y se ocultó allí. Sin duda lo persiguieron, pero no fue descubierto porque sus habitantes sentían simpatía hacia él a causa del
2 recuerdo de su padre. Después, como César había partido hacia Italia y había dejado en la Bética un ejército no muy grande, se unieron a él tanto esos habitantes como los que habían sobrevivido a la batalla, y así se dirigió con ellos de nuevo a la Bética en la idea de que era una región más
3 apropiada para presentar batalla. Allí se atrajo tropas y ciudades, unas de grado, otras por la fuerza, especialmente después de morir César (pues el gobernador Gayo Asinio

Polión no tenía una fuerza importante) y se dirigió a la Car-
tago ibérica. Pero como, entre tanto, Asinio Polión había lle-
vado a cabo un ataque en su ausencia y había provocado al-
gunos daños, regresó con una gran tropa, le atacó y le puso
en fuga. Después, asustó a los demás que luchaban encarni- 4
zadamente y los venció, a causa del incidente que sigue. Po-
lión se había quitado la clámide de general para que su hui-
da pasara más fácilmente inadvertida, mientras que otro que
se llamaba como él, un miembro ilustre del orden ecuestre,
había caído. El hombre yacía en el suelo y habían cogido la 5
clámide, así que los soldados que habían oído el nombre y
habían visto la clámide, se entregaron creyendo que su ge-
neral había muerto. Y así Sexto, tras vencer, se apoderó de 6
casi toda la región. Siendo él ya poderoso, llegó Lépido a
gobernar la parte limítrofe de Hispania y le convenció para
llegar a un acuerdo con la condición de recobrar la herencia
de su padre. Y Antonio, por su amistad hacia Lépido y su
enemistad con César (Octavio), hizo que se decretara así por
votación.

De esta manera y con esas condiciones, Sexto salió de 11
Hispania. Por su parte, César (Octavio) y Antonio actuaban en
todo enfrentados, pero todavía no habían reñido abiertamen-
te y aunque de hecho se habían vuelto enemigos, guardaban
las apariencias. Por eso, todos los demás asuntos de la ciu-
dad se hallaban en desorden y reinaba la confusión. Todavía
había paz pero ya había empezado la guerra. Se mantenía 2
aparentemente un régimen político de libertades pero los
hechos eran los propios de una monarquía. Antonio parecía
tener las de ganar, puesto que era cónsul, pero el celo de to-
do el mundo actuaba a favor de César (Octavio), en parte a
causa de su padre, en parte por la esperanza de lo que les
había prometido, pero sobre todo porque aborrecían a Anto-
nio, que tenía mucho poder, y soportaban a César (Octavio)

3 que todavía no era muy fuerte. De hecho, no sentían afecto por ninguno de los dos, porque siempre ansiaban un cambio de poder y siempre tendían a derribar al más fuerte y ayudar al oprimido; por ello, ambas partes los utilizaban para sus respectivas aspiraciones. Así pues, humillaron entonces a Antonio por mediación de César (Octavio) y después intentaron destruir también a éste. Porque, irritados siempre con los que tenían algún poder, ayudaban al bando más débil y con su ayuda derribaban a los otros. Después también se volvían hostiles a dicho bando. Por eso, se exponían por turno a la envidia y tan pronto amaban como odiaban, tan pronto encumbraban como humillaban a las mismas personas.

12 Pues bien, estando así las cosas en lo que se refiere a César (Octavio) y a Antonio, la guerra empezó de la siguiente forma: cuando Antonio partió hacia Brindis para salir al encuentro de los soldados que habían cruzado desde Macedonia, César (Octavio) envió allí por delante también a
2 algunos hombres con dinero para que se los ganaran. Él, por su parte se dirigió hacia Campania y reunió un gran contingente de hombres, sobre todo de Capua, porque éstos habían recibido tanto su tierra como su ciudad de su padre a quien César (Octavio) decía que vengaba. Les hizo muchas promesas y en ese mismo momento les entregó unas quinientas
3 dracmas[277]. A partir de esos hombres se constituyó el cuerpo de los *evocati* que uno podría traducir por «los movilizados de nuevo» porque habían dejado ya el servicio en el
4 ejército y fueron movilizados de nuevo. César (Octavio), tras hacerse cargo de ellos, se dirigió a Roma a marchas forzadas, antes de que Antonio volviera, y se presentó ante el pueblo que había sido predispuesto a su favor por Canucio.

[277] Unos dos mil sestercios.

Les recordó con detalle la cantidad de cosas excelentes que
su padre había llevado a cabo, habló largo y tendido, en
términos moderados, en su propia defensa y lanzó acusacio-
nes contra Antonio. Dirigió elogios también a los soldados 5
que le habían seguido como si hubieran acudido volunta-
riamente en ayuda de la ciudad, le hubieran elegido para
ponerse al frente de ella y lo declarasen a todos por su me-
diación. Después de haber recibido por estas palabras la 6
aprobación de su partido y de la multitud que se había reunido
con él, salió hacia Tirrenia para hacerse cargo de una tropa
procedente de allí.

Mientras César (Octavio) hacía esto, los soldados reci- 13
bieron en un principio a Antonio en Brentesio amistosamen-
te porque esperaban recibir más de él que lo que César (Oc-
tavio) les había ofrecido, ya que creían que Antonio tenía
muchas más posesiones que éste. Sin embargo, cuando pro- 2
metió dar unos cien dracmas[278] a cada uno, empezaron una
revuelta por ello, y éste ordenó que algunos soldados y cen-
turiones fueran asesinados ante sus propios ojos y los de su
mujer. Entonces se calmaron pero, en el camino hacia la 3
Galia, cuando llegaron a la ciudad, se sublevaron y muchos,
desdeñando a los lugartenientes que estaban al frente, se pa-
saron al bando de César (Octavio). Por lo menos, la cuarta
legión y la llamada «Marcial» se le unieron completas. Él 4
los acogió también y les dio dinero en cantidad similar a los
otros y de esta forma se atrajo otros muchos después. Ade-
más capturó a todos los elefantes de Antonio cayendo sobre
ellos de repente cuando eran transportados. Y cuando Anto- 5
nio, tras resolver algunos asuntos en Roma y juramentar a
los demás soldados y a los senadores que estaban con ellos,

[278] Cuatrocientos sestercios.

se dirigió a la Galia por temor a que también se sublevase, César (Octavio) no perdió el tiempo, sino que fue tras él.

14 Gobernaba entonces esa provincia Décimo Bruto y Antonio tenía muchas esperanzas en él porque había participado en el asesinato de César. Pero las cosas sucedieron como sigue: Décimo no sospechaba de César (Octavio) en absoluto (porque no había hecho ninguna amenaza a los asesinos) y como veía que Antonio era mucho más enemigo de él mismo o de César (Octavio) o de los demás que tenían algún poder a causa de su natural ambición, no se amoldó a él. César (Octavio) cuando se enteró de esto, durante bas-
2 tante tiempo no supo qué hacer, porque odiaba a ambos, pero no era capaz de combatir al tiempo contra los dos. De hecho, en ese momento, no era rival ni siquiera para uno de
3 ellos y además temía que, si se arriesgaba a esto, podían llegar a unirse y tendría que luchar contra ambos coaligados. Así que, teniendo en cuenta que el enfrentamiento con Antonio había empezado ya y corría prisa, y que todavía no era el momento oportuno de vengar a su padre, se alió con Décimo. En efecto, sabía perfectamente que no tendría ninguna dificultad para luchar contra éste después, si vencía previamente a sus adversarios con su ayuda. Sin embargo, tendría un gran enemigo en Antonio; tan grandes eran las diferencias entre ellos.

15 Pues bien, envió una embajada a Décimo prometiéndole su amistad y proponiéndole una alianza si se negaba a recibir a Antonio. Por esta proposición, también los que estaban
2 en la ciudad adoptaron la causa de César (Octavio). Entonces se les alabó en el Senado a ellos y a los soldados que habían abandonado a Antonio (pues ya tocaba el año a su fin y ninguno de los cónsules estaba en la ciudad, porque Dolabela había sido enviado de antemano a Siria por Anto-
3 nio) y los tribunos lo ratificaron. Además, para que pudieran

deliberar sobre la situación con garantías de seguridad cuando llegara el nuevo año, decidieron utilizar un cuerpo de guardia de soldados en el Senado. Eso agradó a la mayoría de los que estaban en Roma (pues odiaban a Antonio terriblemente), pero agradó especialmente a Cicerón. En efecto, 4
a causa del odio visceral que tenía a Antonio, se ponía al servicio de César (Octavio), y ayudaba a éste y perjudicaba al otro en todo cuanto podía tanto con sus palabras como con sus hechos. Por eso precisamente volvió a Roma —aunque había dejado la ciudad para acompañar a su hijo a Atenas con vistas a su educación—, porque se enteró de que estaban en guerra.

Entre las cosas que tuvieron lugar aquel año, Servilio 16
Isáurico murió muy anciano. Lo he mencionado por eso y porque los romanos de entonces honraban tanto a los que sobresalían en dignidad y odiaban tanto a los que se comportaban con insolencia incluso en los asuntos menos importantes, que una vez que Isáurico marchaba a pie por un 2
camino se encontró con uno que iba a caballo y éste no sólo no desmontó sino que le azuzó más fuerte; al reconocerle después defendiéndose en un tribunal y mencionar a los jueces lo sucedido, estos ya no le concedieron la palabra y le condenaron por unanimidad.

En el consulado de Aulo Hircio[279] y Gayo Vibio (pues 17
este Vibio fue nombrado cónsul entonces a pesar de que su

[279] Aulo Hircio del 54 al 50 sirvió como oficial del ejército de Julio César en las Galias, luchó junto a César en la guerra civil, fue tribuno de la plebe en el 48 y pretor en el 46. Junto con Pansa y Octavio derrotó a Marco Antonio en Módena, pero murió a consecuencia de las heridas de esta campaña. Se le atribuye la redacción del libro VIII de la *Guerra de las Galias* de JULIO CÉSAR y es probable que sea autor también de la *Guerra de Alejandría.*

padre estaba inscrito en el registro de Sila) tuvo lugar una reunión del Senado y se hicieron propuestas durante tres días
2 seguidos contando a partir del propio primero de mes. Estaban tan inquietos, porque la guerra se cernía sobre ellos y a causa de los presagios que habían sido muchos y funestos, que dejaron de observar incluso los *días nefastos* y de discutir en esos días nada importante. Cayeron muchos rayos, algunos de ellos incluso sobre el Zeus Capitolino que está
3 en el templo de la Victoria. Sobrevino un gran viento que derribó e hizo pedazos las estelas fijadas en los templos de Czono y de Fides y abatió y destrozó la estatua de Atenea Protectora que Cicerón había colocado en el Capitolio antes
4 de su destierro. Eso presagiaba la muerte del propio Cicerón. Otra cosa que alteró especialmente al resto del pueblo fue que se produjo un gran terremoto y un toro que se sacrificaba a causa de ello en el templo de Vesta dio un salto después del sacrificio. Y además de estos presagios que eran
5 de tal categoría, una luz corrió de oriente a occidente y se vio una nueva estrella durante muchos días. Pareció entonces que la luz del sol disminuía y se extinguía y aparecía en tres círculos y una corona de espigas ardiendo rodeó a uno de los círculos. Si algún otro presagio lo fue, éste resultó para ellos el más claro: porque había tres hombres en el poder —me refiero a César (Octavio), Lépido y Antonio— y entre ellos César (Octavio) fue el que logró la victoria después de
6 esto. En efecto, al tiempo que sucedían estas cosas se pronunciaban además toda clase de vaticinios que presagiaban el fin de la república. Volaron cuervos hacia el templo de los Dióscuros y picotearon los nombres de los cónsules, An-
7 tonio y Dolabela, que estaban escritos en una tablilla. Una gran cantidad de perros aullaban de noche en manadas por la ciudad, especialmente junto a la casa del pontífice máxi-

mo, Lépido. El Erídano[280], que se había desbordado inun-
dando gran cantidad de terreno circundante, se retiró de
pronto dejando en la tierra seca montones de serpientes. In-
numerables peces fueron arrojados desde el mar a la costa
junto a la desembocadura del Tíber. Después de esto sobre- 8
vino una terrible plaga prácticamente por toda Italia y debi-
do a ello se decidió por votación reconstruir la curia Hosti-
lia[281] y terraplenar el lugar donde se había celebrado la
batalla naval[282]. Sin embargo no parecía que lo terrible fue-
ra a quedar ahí, porque cuando estaba Vibio ofreciendo los
sacrificios del primer día del año, uno de sus lictores se ca- 9
yó de repente y se murió. Así pues, fue por eso por lo que el
Senado se reunió en aquellos días y, entre los muchos que
hablaron en uno u otro sentido, Cicerón hizo el siguiente
discurso:

«Habéis oído hace muy poco, senadores —cuando hice 18
mi defensa sobre ese mismo asunto— por qué preparé mi
viaje con vistas a ausentarme largo tiempo y luego volví a
toda prisa porque pensaba que podía seros de gran utilidad.
Por supuesto que yo no podría soportar el hecho de vivir ba- 2
jo una monarquía ni bajo una tiranía en la que no pudiera ni
ejercer mis derechos de ciudadano ni expresar libremente
mi opinión ni morir en vuestro servicio; ni, si se me presen-
tara la ocasión de hacer algo necesario, rehusaría hacerlo
aunque corriera algún peligro. Así pues, creo que es en la 3
misma medida propio de un hombre de bien mirar por sí
mismo en provecho de su patria cuidando de no morir in-
útilmente y no eludir ningún deber, ni de palabra, ni de

---

280 El río Po.

281 Cf. XL 50.

282 Cf. XLIII 23.

obra, ni siquiera si es forzoso sufrir algún daño en su defensa.

19 »Estando así las cosas, en todo caso, incluso César nos proporcionaba muchas garantías de seguridad tanto a vosotros como a mí para discutir lo necesario; pero ya que habéis decretado que se lleven a cabo las reuniones con la protección de una guarnición, es necesario que nosotros hoy digamos y hagamos todo de modo que se resuelvan los problemas presentes y se hagan previsiones para el futuro, para que no sea necesario volver a decidir sobre ello de manera
2 semejante. Que la situación es difícil y peligrosa y que requiere mucho cuidado y reflexión, vosotros mismos lo habéis puesto de manifiesto, si no de otra forma, a partir de esa misma medida; pues no habríais decretado tener un cuerpo de guardia en el Senado, si os hubiera sido posible
3 discutir algo sin miedo con el orden habitual y en paz. Pero a causa de esos mismos soldados es necesario que nosotros hagamos algo digno de mención para no exponernos al deshonor al haberlos reclamado como si temiéramos a algunos, mientras que nos mostramos negligentes ante los problemas como si no estuviéramos en una situación peligrosa, al ha-
4 berlos aceptado de palabra para tomar la defensa de la ciudad contra Antonio mientras que se los hemos entregado de hecho a él en contra nuestra, como si necesitara recibir a éstos además de las otras legiones que está reuniendo en contra de la patria para que ni siquiera hoy se vote nada contra él.

20 »En efecto, algunos han llegado a tal grado de desvergüenza que se atreven a decir que no hace la guerra contra el estado y han advertido en vosotros tanta simpleza que creen que os van a persuadir para que prestéis más atención
2 a sus discursos que a sus hechos. ¿Quién querría apartar la vista de sus acciones y de la campaña que ha llevado a cabo

contra nuestros aliados sin que lo ordenara ni el senado ni el pueblo, de las regiones que está devastando y las ciudades que asedia, de las amenazas que profiere contra todos nosotros y de las aspiraciones con las que hace todo esto, y dejarse convencer de labrar su propia ruina por los discursos y falsedades con los que estos os dan largas alegando excusas y pretextos? Pues bien, yo estoy muy lejos de creer que, al 3
hacer estas cosas, haga algo legítimo o de acuerdo con la constitución, de modo que afirmo que abandonó el gobierno de Macedonia que le había sido asignado por sorteo, que asumió en su lugar el de la Galia que no le correspondía en absoluto, que se apodera de las legiones que César había 4
enviado por delante a la campaña contra los partos y las reúne en torno a él cuando no hay ningún peligro en Italia, que tras abandonar la ciudad en el tiempo de su consulado, recorre los alrededores del país saqueándolo y arruinándolo, y declaro por tanto que desde hace mucho tiempo Antonio es enemigo de todos nosotros.

»Y si vosotros no os dabais cuenta en ese momento y no 21
os indignabais por cada una de sus acciones, aún merece más que se le odie precisamente por ello, porque no cesó de injuriaros a vosotros que os portabais así, y aunque hubiera podido obtener el perdón por sus errores del principio, ha llegado tan lejos en su perseverancia en la corrupción que es necesario que sufra un castigo incluso por aquellos. Pues 2
vosotros debéis ser extremadamente cuidadosos al considerar la situación, si observáis y tenéis en cuenta lo siguiente: que no es posible que quien os ha despreciado tantas veces en asuntos de tanta importancia se corrija voluntariamente por medio de la misma benevolencia y de la misma cortesía vuestra del principio, sino que es necesario que ahora, ya que no antes, se le frene incluso por la fuerza y con las armas.

22 »No creáis en absoluto que, porque os haya persuadido
en unos casos y forzado en otros a votar algunos privilegios
en su favor, actúa de una forma más legítima ni tampoco
2 que es menos digno de castigo por ello. Sino que muy al
contrario debe cumplir una pena precisamente por eso mis-
mo, porque, tras haber decidido cometer muchas indignida-
des, no sólo os utilizó para llevar a cabo algunas de ellas,
sino que también utilizó contra vosotros mismos los recur-
sos procedentes de vosotros que os forzó a asignarle por vo-
tación con engaños porque ni sabíais ni preveíais algo de tal
3 categoría. ¿Acaso habríais derogado vosotros voluntariamente
los cargos de gobernador asignados por César o por sorteo a
cada uno y habrías permitido a ése distribuir muchos otros
entre sus amigos y sus compañeros y enviar a su hermano
Gayo a Macedonia y ponerse a sí mismo al frente de la Ga-
lia con unas legiones que no podía usar en vuestra defensa?
4 ¿O es que no recordáis que, como os encontró asustados por
la muerte de César, hizo todo cuanto quiso, comunicándoos
algunos asuntos de forma dolosa y en momentos inoportu-
nos, llevando a cabo otros con corrupción bajo su propia
responsabilidad y todos con violencia? Pues utilizó en efec-
5 to soldados y además bárbaros contra vosotros. ¿Podría asom-
brar a alguno que en aquellos días no se votara nada como
es debido, cuando ahora no podemos decir ni hacer nada de
lo que debemos si no es acompañados por una guarnición?
Si hubiéramos estado rodeados por ella entonces, no habría
obtenido él lo que alguno podría decir que ha obtenido, ni
tras haber aumentado su poder habría hecho lo que siguió.
Que nadie alegue entonces que todo cuanto hemos decreta-
do otorgarle por órdenes suyas, por obligación y lamentán-
dolo, se ha considerado legal o justo; pues ni siquiera en los
asuntos privados se tienen por válidas las acciones que uno
realiza forzado por otro.

»Encontraréis, en efecto, que eso que habéis decretado 23
es poco importante y no está muy fuera de lo acostumbrado.
Pues ¿qué tiene de terrible el que un hombre tenga que go-
bernar Macedonia o la Galia en lugar de otro? O ¿qué hay 2
de malo si uno durante su consulado se hace con soldados?
Lo grave y horrible es, sin embargo, que nuestras tierras sean
asoladas, las ciudades aliadas sometidas a asedios, nuestros
propios soldados armados contra nosotros y nuestra riqueza
consumida en detrimento nuestro; cosas que ni habéis vota-
do ni estabais dispuestos a votar. No le permitáis entonces, 3
porque le hayáis otorgado algunos privilegios, hacer lo que
no le ha sido permitido. Ni creáis que es necesario, porque
le hayáis concedido algo, que pueda hacer lo que no se le ha
concedido. Más bien todo lo contrario, precisamente por eso
debéis odiarlo y castigarlo, porque se ha atrevido a usar en
contra vuestra, no sólo en esos casos sino en todos los de-
más, el honor y la benevolencia que ha recibido de vosotros.
Considerad lo siguiente: votasteis la paz y la concordia recí- 4
procas persuadidos por mí. Pero ese hombre, cuando se le
encargó que se pusiera al frente de ellos, con el pretexto de
celebrar el funeral de César, lo realizó de tal manera que fal-
tó poco para que ardiera toda la ciudad y de nuevo fueron
asesinados gran cantidad de hombres. Habéis ratificado todo 5
lo que César otorgó a algunos y sus decretos, no porque fue-
ran todos excelentes —¡distaban mucho de ello!— sino
porque el no cambiar nada de ellos contribuía a que pudié-
ramos convivir sin sospechas mutuas y sin malevolencia. Y
ése, cuando se le encargó examinar estos decretos, destruyó
muchos de los hechos por el propio César y escribió muchos
otros en su lugar. Ha arrebatado tierras y derechos de ciuda- 6
danía y exenciones de impuestos a los que las disfrutaban,
tanto particulares, como reyes, como ciudades, y ha entre-
gado estos privilegios a los que no los tenían, alterando el

legado de César. A los que no quisieron concederle nada les ha quitado incluso lo que se les había dado, y ha vendido eso y todo lo demás a quienes estaban ansiosos por com-
7 prarlos. Y aunque vosotros, aunque temíais precisamente eso, decretasteis que no se colocara después de la muerte de César ninguna estela que pudiera contener nada otorgado por él a ninguno. Sin embargo, como sucedía después mu-
8 chas veces, decía que era necesario seleccionar y llevar a cabo algunas de las disposiciones encontradas entre los escritos de César y vosotros le encargasteis hacer la selección junto con los mejores hombres, pero Antonio no lo tuvo en cuenta para nada e hizo él solo todo lo que quería tanto sobre las leyes, como sobre los exilios como sobre todo lo que hace un momento he dicho. Y así quiere hacer todo lo que habéis decretado.

24 »Pero ¿acaso ha resultado ser un hombre así sólo en los asuntos mencionados, mientras que ha administrado todo lo demás de forma correcta? ¿Cómo? ¿En qué? ¿No se ha apoderado del dinero público legado por César, a pesar de
2 que se le ordenó ir a por él y entregarlo, y ha dado una parte a sus acreedores y otra se la ha gastado en lujos de modo que ya no queda nada ni siquiera para él? ¿No es verdad que, aunque odiáis el nombre de dictador a causa del poder de César y lo habéis sacado de la constitución por completo, ése no se lo atribuye como si el nombre por sí mismo pudiera causar algún daño, pero bajo el título de cónsul, hace alarde de una ambición y de unas acciones propias de un
3 dictador? ¿Acaso no le habéis puesto al frente para la concordia y ha provocado por su cuenta y bajo su propia responsabilidad esta guerra tan importante que ni nos conviene ni la hemos decidido contra César y Décimo a quienes te-
4 néis en buen concepto? Podría hablar de innumerables casos si uno quisiera detallar cada asunto que vosotros le habéis

encomendado administrar como cónsul y que él no ha llevado a cabo como es debido, sino que ha hecho todo lo contrario, usando en contra vuestra el poder que le habéis dado.
¿Es que vais a asumir vosotros mismos los errores que ha 5
cometido él, vais a decir acaso que sois responsables de todo lo sucedido porque le habéis encargado la gestión y la
supervisión de dichos asuntos? ¡Qué absurdo! Porque si uno 6
que ha sido elegido pretor o legado no hiciera nada de lo debido, no tendríais ninguna culpa de ello vosotros que los habéis enviado. Sería terrible, de hecho, si todos los que han sido elegidos para llevar a cabo un cometido recibieran los privilegios y los honores y os atribuyeran a vosotros las culpas y los reproches.

»Por eso no conviene hacerle caso cuando dice: 'Voso- 25
tros me habéis encargado el mando de la Galia, vosotros me habéis ordenado administrar el dinero público, vosotros me habéis entregado las legiones procedentes de Macedonia'.
Porque en efecto se ha decretado eso por votación —si es 2
que es necesario decirlo así y no imponerle una pena precisamente por eso, porque os obligó a decidirlo—. Sin embargo nunca le concedisteis que hiciera volver a los exiliados, que introdujera leyes fraudulentas, ni que vendiera derechos de ciudadanía y exenciones de impuestos, ni que robara dinero público, ni que asolara las tierras de nuestros aliados, ni que causara daños a sus ciudades, ni que intenta-
ra ejercer la tiranía sobre su patria. De hecho tampoco 3
habéis permitido a ningún otro, a pesar de que habéis concedido muchos privilegios a muchos, que hiciera cuanto quisiera, sino que siempre habéis impuesto a tales personas el mayor castigo posible, como se lo impondríais ahora a
ese hombre si me hicierais caso. Porque no sólo en esos 4
asuntos ha resultado ser un hombre de la clase que sabéis y

habéis visto, sino absolutamente en todas las empresas que
ha llevado a cabo para el estado.

26 »Porque voy a dejar de lado con gusto su vida privada,
su libertinaje y sus excesos, no porque uno no pudiera des-
cubrir que ha cometido muchas barbaridades también en to-
do eso, sino porque me da vergüenza, por Hércules, descri-
bíroslas con detalle precisamente a vosotros que no sabéis
menos que yo cómo pasó su juventud con vosotros que en-
2 tonces erais niños, cómo se vendía al mejor postor en la flor
de su vida, sus secretos amoríos, sus notorios adulterios, to-
do lo que experimentó mientras le fue posible, todo lo que
hizo tan pronto como fue capaz, sus orgías, sus borracheras
3 y todo lo que acompaña a ese tipo de cosas. Es imposible
que un hombre que se ha criado en tal libertinaje y desver-
güenza no haya contaminado toda su vida. Y de ahí que lle-
vara su depravación y sus excesos de su vida privada a los
4 asuntos públicos. Pero pasaré por alto lo siguiente, por Júpi-
ter, incluso su visita a Gabinio en Egipto y su huida hacia
César en la Galia, para que nadie me diga que me detengo
en pormenores. Estoy avergonzado de vosotros que, cono-
cedores de la clase de hombre que es, le habéis nombrado
tribuno, jefe de la caballería y después incluso cónsul. Pero
ahora sólo diré los desmanes que cometió y su insolencia de
borracho en el ejercicio de esos cargos.

27 »Cuando ese fue tribuno, os impidió lo primero de todo
hacer de la forma correcta lo que os incumbía, pues fue el
único que se opuso vociferando a la paz común del estado,
clamando y, y después, cuando, por su causa, votasteis irri-
2 tados lo que votasteis, huyó corriendo de la ciudad y aban-
donó su cargo, aunque las leyes no le permitían ausentarse
de la ciudad ni una sola noche, y además se pasó al bando
de César, tras desertar y le condujo contra la patria y os ex-
pulsó fuera de Roma y de todo el resto de Italia y, en una

palabra, se ha convertido en el principal culpable de todos
los enfrentamientos civiles que os han sucedido después de
ello. Porque si no hubiera actuado entonces en contra de 3
vuestros designios, César no hubiera encontrado nunca un
pretexto para sus guerras y, aunque hubiera actuado con la
mayor de las desvergüenzas, no habría podido reunir nunca
una fuerza suficiente en contra de vuestros decretos, sino
que habría depuesto sus armas voluntariamente o habría si-
do reprimido por la fuerza. Pero ese es el hombre que entre- 4
gó a César los pretextos, destruyó la autoridad del Senado y
acrecentó la audacia de los soldados. Ese es el que plantó la
semilla de los males que surgieron después, ese es el azote
común no sólo nuestro, sino de prácticamente todo el mun-
do, como han señalado los dioses con toda claridad. Pues, 5
en efecto, cuando proponía esas leyes tan asombrosas, todo
se llenó de truenos y relámpagos, pero ese infame no le dio
ninguna importancia a eso aunque decía ser augur, y llenó
de males y de guerras, como he dicho, no sólo la ciudad si-
no todo el mundo.

»¿Es necesario decir a continuación que en el año en 28
que ocupó el cargo de jefe de la caballería sucedió lo que
nunca antes había ocurrido? ¿Que se presentaba de forma
indecorosa por la embriaguez y en las asambleas vomitaba
los restos de la borrachera sobre la tribuna en mitad de sus
discursos? ¿Que recorría Italia al frente de libertinos, prosti- 2
tutas y bufones, tanto hombres como mujeres, con sus licto-
res coronados de laurel? ¿Que fue la única persona que se 3
atrevió a comprar la hacienda de Pompeyo sin respetar su
propia dignidad ni el recuerdo de aquel hombre, sino por el
contrario apoderándose rápidamente de ella tan contento
cuando todavía todos le llorábamos? Y se lanzó sobre ella
como sobre otras muchas en la idea de que no tendría que
pagar nada a cambio. Sin embargo se hizo pagar un precio 4

con todo tipo de ultrajes y corrupciones, de una forma que hasta César le censuró. Y todo lo que ha adquirido que es mucho y lo ha conseguido de muchas formas, se lo ha jugado a los dados, se lo ha gastado en vicios, se lo ha tragado y se lo ha bebido como Caribdis[283].

29 »En todo caso, no me ocuparé de eso, pero ¿cómo podría uno callar los ultrajes que ha cometido contra el estado y los asesinatos que ha llevado a cabo del mismo modo por
2 toda la ciudad? ¿No recordáis acaso que os resultó insoportable su mirada, pero lo más insoportable de todo sus hechos? Porque éste, oh tierra y dioses, se atrevió en primer lugar, tanto aquí en el interior de la ciudad, como en el foro, en el Senado o en el Capitolio, a vestirse con la túnica rodeada de púrpura, a ceñirse una espada, a usar lictores y a
3 ser escoltado por soldados[284]; después, cuando podría haber hecho cesar los tumultos de los otros, no sólo no hizo eso, sino que provocó enfrentamientos entre vosotros que estabais de acuerdo, en parte con sus propios actos, en parte con la ayuda de otros. Es más, atrayendo por turno a esos mis-
4 mos, unas veces los ayudó y otras se enfrentó a ellos, de modo que se convirtió en el principal responsable de que se asesinara a muchos de ellos y además el principal responsable de que no fuera sometida toda la región del Ponto y de los partos inmediatamente después de la victoria sobre Farnaces. Pues César que se había visto obligado a volver aquí a toda prisa por lo que había hecho éste, no culminó ninguno de aquellos proyectos como habría podido.

30 »Pero ni siquiera eso le volvió prudente, sino que siendo cónsul se presentó en el foro desnudo, desnudo, padres, y perfumado, con el pretexto de celebrar las Lupercales y en-

---

[283] Cf. Cic. *Filípicas II* XXV 63 ss.
[284] Cf. XLII 27.

tonces se dirigió a la tribuna con los lictores y allí abajo se dirigió al pueblo. Desde que se fundó la ciudad, no ha habi- 2
do ningún otro, no ya cónsul, sino pretor o tribuno o edil que haya hecho algo semejante. Pero eran las Lupercales y se habían encargado al Colegio Julio[285]. Por supuesto fue Sexto Clodio quien le enseñó estas cosas a cambio de los dos mil pletros de tierra de Leontinos que le había entregado[286]. Pero eras cónsul, hombre excelente —pues voy a 3
hablar como si estuvieras presente— y ni era adecuado, ni te estaba permitido ocupando tal cargo, hablar así en el foro, junto a la tribuna, estando presentes todos nosotros, para que contempláramos tu maravilloso cuerpo, rollizo y repugnante, al tiempo que escuchábamos tu voz infame y untuosa diciendo esas horribles palabras —pues quiero hablar sobre 4
tu boca antes que decir ninguna otra cosa—. Porque las Lupercales no habrían perdido su debido carácter religioso de otra manera, y tú deshonraste prácticamente a toda la ciudad, por no decir nada más acerca de lo que dijiste entonces. Pues ¿quién no sabe que el cargo de cónsul es público y 5
pertenece a todo el pueblo y que es necesario preservar su dignidad a toda costa y no desnudarlo ni ultrajarlo en ninguna ocasión?

»Tal vez ése imitó a aquel famoso Horacio y a la anti- 31
gua Clelia —esta última atravesó a nado el río completamente vestida y aquel se tiró a la corriente con sus armas[287]— y estaría bien —¿no os parece?— levantar una

[285] Cf. XLIV 6 y nota 251.

[286] Cf. Cic. *Filípicas* II 4, 17, 34, 39; *Filípicas* III 9.

[287] Se trata de dos personajes legendarios relacionados con la expulsión de los reyes etruscos. Horacio Cocles defendió solo la entrada del puente Sublicio contra las tropas de Porsena mientras los suyos lo destruían para cerrar el paso al enemigo, luego se tiró al río con todas sus armas y lo cruzó a nado (Cf. Livio, *Historia de Roma desde su fundación* II

estatua de Antonio para que se contemple al uno armado in-
2 cluso en el Tíber y al otro desnudo incluso en el foro. Y en efecto, aquellos con esas acciones nos mantenían a salvo y nos liberaban, mientras que este, en lo que está en sus manos, nos ha quitado toda la libertad y ha destruido por completo la república, ha establecido un amo en el lugar de un cónsul y un tirano en el lugar de un dictador. Recordad, pues, las cosas que dijo cuando se acercó a la tribuna y las
3 que hizo cuando subió a ella. En todo caso, un hombre que se atreve, siendo cónsul y romano, a llamar a uno 'rey de los romanos' en el foro romano, junto a la tribuna de la libertad, estando todo el pueblo y el Senado presentes y a poner sobre su cabeza enseguida una diadema y a afirmar en falso
4 ante todos nosotros que lo escuchábamos, que nosotros mismos le habíamos ordenado decir y hacer tales cosas ¿a qué hecho espantoso no se atreverá? ¿De qué crueldad se abstendrá?

32 ¿Te habíamos encargado nosotros eso, Antonio, nosotros que expulsamos a los Tarquinios, que amamos a Bruto, que despeñamos a Capitolino, que dimos muerte a Espurio?
2 ¿Te habíamos ordenado que saludaras a uno como a un rey, nosotros que habíamos declarado maldito el propio nombre de rey y también por causa de ello el de dictador? ¿Te habíamos pedido nosotros que hicieras tirano a alguien, nosotros que expulsamos a Pirro de Italia, que rechazamos a Antíoco más allá del Tauro, que acabamos incluso con la ti-
3 ranía en Macedonia? No, por las enseñas de Valerio, la ley de Porcio, no, por la pierna de Horacio y la mano de Mucio,

9). Clelia, rehén de Porsena con otras jóvenes romanas, en la misma guerra, huyó a nado por el Tíber, pero Porsena la volvió a capturar. Luego, admirado de su valentía, la liberó junto con los demás rehenes (Cf. Livio, *op. cit.* II 13).

no, por la lanza de Decio y la espada de Bruto[288]. Fuiste tú, 4
mal nacido, quien pedía y suplicaba ser esclavizado, como
Postumio ser entregado a los samnitas, como Régulo ser de-
vuelto a los cartagineses, como Curcio tirarse a la vorágine.
Y ¿dónde encontraste eso escrito? En el mismo lugar que
encontraste que después del gobierno de Bruto fueran libe-
rados los cretenses a pesar de que nosotros habíamos votado
después de la muerte de César que Bruto los gobernara.
»Después de haber descubierto sus perversas inclinacio- 33
nes en tantos asuntos de tal importancia ¿no le castigaréis en
lugar de conocer por experiencia lo que os puede hacer ar-
mado quien hace tales cosas desnudo? ¿O creéis que no as- 2
pira a la tiranía, que no pide obtener ese poder, sino que sa-
cará de su pensamiento alguna vez ese deseo que concibió
una vez en su mente y abandonará alguna vez la esperanza

[288] Personajes legendarios de los primeros tiempos de la República que tomaron parte en la expulsión de los reyes o se hicieron famosos en las guerras contra los etruscos que pretendían reinstaurar la monarquía en Roma. Por ejemplo, Lucio Junio Bruto, enarbolando la espada con la que Lucrecia, esposa de su amigo Colatino, se había suicidado, encabezó la revuelta contra Tarquinio el Soberbio como respuesta a la violación de Lucrecia por parte de Sexto Tarquinio, hijo del anterior. Bruto y Colatino, tras la expulsión de los reyes, fueron los primeros cónsules de Roma (Cf. Livio, *op. cit.* I 58- 60). Publio Valerio Publícola, uno de los primeros cónsules de Roma, luchó contra los Tarquinios, instauró la costumbre de inclinar los *fasces*, símbolos del mando, ante la asamblea del pueblo (Livio *op. cit.* II 7) y promulgó leyes de marcado carácter democrático por lo que obtuvo el *cognomen* de Publícola. Gayo Mucio Escévola (el «Zurdo»), se introdujo en el campamento etrusco para matar a su rey, Porsena. En lugar de éste, mató por error al secretario, fue apresado y se negó a revelar a Porsena los planes de los romanos. Cuando éste le amenazó con torturas, puso su mano derecha en un brasero ardiendo para demostrar que resistiría cualquier dolor. Porsena, admirado, lo dejó libre y desde entonces lo llamaron «el Zurdo» (Cf. Livio, II 12). Puede que la zurdera de Mucio se debiera en realidad a un castigo por perjuro, caso en que se les quemaba el brazo derecho.

de una monarquía en cuyo favor ha hablado y actuado sin
recibir ningún castigo? ¿Qué hombre que es dueño sólo de
3 su propia voz no intentaría conseguir para sí mismo lo que
intentó ayudar a conseguir a otro? ¿Quién que se haya atre-
vido a nombrar a otro tirano de la patria al tiempo que de sí
mismo no querría reinar en persona?

34 »De modo que, aunque entonces lo perdonarais, odiadlo
ahora también por aquellos hechos. No queráis descubrir lo
que hará cuando consiga todo lo que quiere, sino, teniendo
en cuenta las cosas a las que ya se ha atrevido, cuidaos de
2 no sufrir nada más. ¿Qué podría uno decir? ¿Que César ac-
tuó correctamente entonces al no aceptar ni el nombre ni la
corona de rey? Entonces, ése actuó mal al ofrecer a César
3 algo que ni siquiera le agradaba. ¿Que por el contrario Cé-
sar cometió un error porque soportó ver y oír algo de eso?
Entonces, si César ha muerto con justicia precisamente por
eso ¿cómo no va a ser lo más justo que muera ese que re-
4 conoce de alguna forma que desea ser tirano? Que esto es
así queda claro a partir de lo que ya he dicho pero lo proba-
ré de la forma más palmaria por lo que hizo a continuación.
5 ¿Por qué otra causa ha intentado introducir confusión en los
asuntos e intrigar, si podía permanecer en paz con seguri-
dad? ¿Por qué ha elegido dirigir campañas militares y hacer
la guerra si podía quedarse en casa a salvo? ¿Por qué cuan-
do muchos no querían salir para ocupar los cargos que les
habían asignado, ése no sólo reivindicó la Galia que no le
correspondía en absoluto, sino que además la tomó por la
6 fuerza contra su voluntad? ¿Por qué cuando Décimo Bruto
se rindió y nos entregó sus tropas y sus ciudades, ése no só-
lo no lo imitó sino que lo rodeó y lo asedió? Con toda segu-
ridad no organiza esto y todo lo demás con otro propósito
que para ir contra nosotros.

»¿Y viendo todo eso vamos a vacilar y actuar con blan- 35
dura y a capacitar a tal personaje para que ejerza la tiranía
sobre nosotros mismos? ¿Cómo no nos da vergüenza que
nuestros antepasados que se habían criado en un régimen de
esclavitud desearan la libertad y nosotros que hemos ejerci- 2
do la ciudadanía en un régimen de independencia queramos
ser esclavos y tras haber rechazado con gusto la monarquía
de César —aunque habíamos recibido de antemano muchos
beneficios de él— elijamos a cambio deliberadamente este
amo que es mucho peor que él? Porque César tras haber
vencido en las guerras perdonó a muchos, mientras que éste, 3
antes de alcanzar ningún poder, asesinó a trescientos solda-
dos, entre ellos algunos centuriones, que no habían cometi-
do ningún delito, en la patria, junto a su casa y en presencia
de su mujer que lo contemplaba, de forma que también ella
se manchó de sangre. Y el que trató tan cruelmente a aque- 4
llos cuando debía cuidarlos ¿qué crimen terrible pensáis que
no cometería contra todos vosotros si venciera? Y quien ha
vivido hasta ahora de una forma tan licenciosa ¿cómo vais a
creer que no procederá con toda insolencia si llega a recibir
el poder de las armas?

»No esperéis a cambiar de opinión cuando hayáis expe- 36
rimentado algo así, sino guardaos de experimentarlo, pues
sería horrible que, siéndoos posible prever las desgracias, os
tuvierais que arrepentir después de haber permitido que su-
cedieran. Y no decidáis, menospreciando las circunstancias
presentes, clamar de nuevo por un Casio y otros Brutos,
pues sería ridículo que teniendo la posibilidad de ayudarnos
a nosotros mismos en el momento oportuno, busquemos
después quienes nos liberen. Quizá no los encontremos ya, 2
especialmente si llevamos así los asuntos presentes. ¿Quién
querría, en efecto, correr riesgos personales a favor de la re-
pública cuando ve que nosotros estamos tan bien dispuestos

en público para la esclavitud? Es evidente para cualquiera que Antonio no se detendrá en sus acciones, sino que en adelante hasta en los más pequeños detalles medrará en perjuicio nuestro.
3 Porque hace la guerra a Décimo y asedia Módena sin otro motivo que equiparse para ir contra nosotros tras haber vencido y haberla conquistado. De hecho no ha sido perjudicado en nada por ellos como para dar la impresión de que se defiende, ni deseando a su vez las posesiones de aquellos como para arriesgarse y afrontar penalidades, se alejará voluntariamente de las nuestras, que son
4 aquellas y otras muchas. ¿Vamos a esperar entonces a que se convierta en un enemigo imbatible después de apoderarse de eso y mucho más?

37 »¿Vamos a confiar en él cuando nos engaña y dice que no hace la guerra contra Roma? ¿Quién es tan simple como para no ver si alguien nos hace la guerra a nosotros o no con sus hechos más que con sus palabras? Yo digo que no es ahora —cuando ha salido corriendo de la ciudad y ha llevado un ejército contra nuestros aliados, cuando ataca a Bruto
2 y asedia las ciudades— la primera vez que nos es hostil, sino que a partir de su depravado y licencioso comportamiento anterior, no sólo después de la muerte de César, sino también cuando éste vivía aún, declaro que ha sido enemigo y ha conspirado contra nuestro régimen político y nuestra
3 libertad. Pues ¿quién que ame a la patria u odie la tiranía habría hecho una sola de las múltiples y variadas cosas que ése ha llevado a cabo? Se ha probado que es nuestro enemigo desde antiguo y de todas formas. Las cosas son así. Si nos defendemos de él inmediatamente, recuperaremos lo
4 que hemos perdido. Pero si nos despreocupamos y esperamos a que él mismo reconozca que conspira contra nosotros lo perderemos todo. Pues él no hará eso ni siquiera si marcha contra la propia ciudad, como tampoco lo hicieron Ma-

rio, Cinna o Sila; pero si llega a obtener el poder sobre los 5
asuntos, no habrá nada que no haga de lo que aquellos
hicieron, o algo incluso peor. Pues en efecto, los que desean
vivamente hacer algo suelen decir unas cosas y cuando lo
consiguen suelen hacer otras. Pues para conseguir eso lo di-
simulan todo, pero cuando lo consiguen no renuncian a na-
da de lo que desean. Además los sucesores siempre quieren 6
emular en audacia a sus predecesores, porque consideran
pequeño lo semejante dado que ya se ha hecho y eligen lo
insólito como lo único digno de ellos porque es inesperado.

»Viendo eso, padres, no vacilemos ya, ni nos dejemos 38
seducir por la indolencia del momento, sino más bien cui-
demos de la seguridad para el futuro. Pues ¿no es una ver-
güenza que César (Octavio), que ha salido hace poco de la 2
infancia y no hace mucho tiempo que ha sido inscrito entre
los efebos, muestre tan buena disposición hacia el estado
que gasta su dinero y reúne soldados para luchar por su sal-
vación, mientras que nosotros mismos no hacemos nada de
lo que debemos, ni decidimos ayudarle a pesar de que
hemos obtenido pruebas fehacientes de su buena voluntad?
¿Pues quién no sabe que, si César (Octavio) no hubiera lle- 3
gado aquí con los soldados de Campania, lo habría hecho
Antonio desde Brindis tan pronto como hubiera podido y
habría caído sobre nuestra ciudad con todas sus legiones
como un torrente? Desde luego es inexplicable también que 4
los veteranos se hayan puesto a vuestro servicio voluntaria-
mente para resolver los asuntos presentes, sin tener en cuen-
ta la edad ni las heridas que han recibido cuando lucharon
por vosotros en guerras anteriores, y vosotros no queráis ni
siquiera aprobar una guerra que ya ha sido declarada por
esos mismos; y que os mostréis tan inferiores a ellos, que 5
afrontan los peligros, como para alabar a los soldados
que advierten la infamia de Antonio y le abandonan a pesar

de que es cónsul y prefieren a César (Octavio) —es decir a vosotros por mediación suya— y dudéis si votar a favor de
6 lo que decís que está bien hecho. Y demos gracias a Bruto porque desde el principio no ha aceptado a Antonio en la Galia y lo rechaza ahora que éste le ataca. ¿Por qué entonces no hacemos nosotros lo mismo? ¿Por qué no imitamos a aquellos a los que alabamos porque actúan con sensatez?

39 »Es necesario, en efecto, que declaremos una de estas dos cosas: o bien que todos esos —me refiero a César (Octavio), Bruto, los veteranos y las legiones— han tomado una mala decisión y es necesario imponerles un castigo porque sin haberlo votado nosotros ni el pueblo se han atrevido a hacer la guerra a su cónsul, unos desertando de su ejército y
2 otros uniéndose para ir contra él, o bien que consideramos que Antonio demuestra con sus hechos que es desde antiguo y ahora nuestro enemigo y que es necesario que sea castigado por todos nosotros de común acuerdo. Pero nadie ignora, en efecto, que esto último es no sólo más justo sino más be-
3 neficioso para nosotros. Pues Antonio ni siquiera sabe dedicarse a sus obligaciones —¿cómo o por qué medios podría hacerlo un hombre que vive entre las borracheras y los dados?— ni tiene ningún socio que sea digno de considera-
4 ción. Porque ama sólo a los que se le asemejan y los hace cómplices tanto de lo que hace abiertamente como de lo que hace en secreto. Por otro lado, es el más cobarde cuando se trata de correr graves peligros y nada de fiar para sus mejores amigos y ninguna de estas cosas conviene al ejercicio del cargo de general ni a la guerra.

40 »Pues ¿quién no sabe que, después de habernos preparado todos esos desastres internos, él mismo corrió muy pocos riesgos y permaneció en Brentesio durante mucho tiempo por cobardía, de modo que César casi cae aislado por culpa de éste, y estuvo apartado del resto de las guerras, con-

tra los egipcios, contra Farnaces, la campaña de África y la de Hispania? ¿Quién no sabe que, después de atraerse a Clo- 2
dio y usar su tribunado para toda clase de iniquidades, podría haberlo matado con sus propias manos si yo hubiera aceptado su oferta? ¿Y que, si se examina su relación con 3
César, cuando era cuestor mientras éste ejercía la pretura en Iberia, y cuando siendo tribuno se asoció con él contra la decisión de todos nosotros, y a continuación, tras recibir de él incontables sumas de dinero y honores desmesurados, intentó inducirle el deseo de poder personal y con ello le expuso a la calumnia, principal razón por la que murió?

»Y aún dijo entonces que yo había incitado a sus asesi- 41
nos. Y es que es tan insensato que se atreve a inventar elogios de esa categoría sobre mí. Pero yo digo que él mismo no ha sido el autor de la muerte de César, no porque no 2
haya querido sino porque también tuvo miedo en eso. Y declaro a la vista de su manera de actuar que éste murió de hecho por culpa de Antonio, pues el que proporcionó el motivo para que pareciera justo conspirar contra él es el que le llamó rey y le entregó una corona, y el que antes le había calumniado incluso ante sus amigos. ¿Acaso me voy a alegrar de la muerte de César yo que no he obtenido ningún provecho excepto la libertad, mientras que Antonio, que se 3
ha apoderado de toda su hacienda, que ha actuado con tanta corrupción con el pretexto de sus escritos, y que por último se apresura a sucederle en el poder, se aflige?

»Pero vuelvo a lo que dije de que ése hombre no es dig- 42
no del cargo de general ni está a la altura de los vencedores, ni posee muchas legiones capaces de combatir. De hecho la mayoría de sus soldados, entre ellos los mejores, han desertado y, por Júpiter, se ha quedado sin elefantes. Y el resto de sus tropas se dedican más a causar daños y devastar la tierra de los aliados que a hacer la guerra. Y la prueba de 2

la intención que los mueve es que todavía ahora combaten a su lado y la prueba de la cobardía de él es que todavía no ha tomado Módena a pesar de que la asedia desde hace tiempo. Así se muestran los rasgos de carácter de Antonio y los que
3 le acompañan. Sin embargo César y Bruto y los que se encuentran a su lado son adversarios difíciles de vencer cada
4 uno por su lado —César se ha atraído sin problemas a muchos de sus soldados, mientras que Bruto lo expulsa de la Galia— y si vosotros los ayudáis, en primer lugar, aprobando lo que han hecho por propia iniciativa, después ratificando
5 sus actos y otorgándoles un poder legal para el futuro, después poniendo a ambos cónsules al frente de la guerra, ninguno de los que están con él será capaz de asistirle. Pero ni siquiera si mostraran una especial adhesión hacia él, podrían hacer frente al mismo tiempo a todos los demás unidos, sino que, o bien depondrá las armas voluntariamente cuando se entere de que habéis decretado estas medidas y se pondrá a vuestra disposición, o bien, contra su voluntad, será vencido en una sola batalla.

6 »Desde luego, éste es mi consejo y si fuera cónsul lo llevaría a cabo, del mismo modo que anteriormente os defendí de Catilina y Léntulo, un pariente de ese hombre, cuando conspiraron contra vosotros.

43 »Y si alguno de vosotros considera que esto está bien dicho, pero cree que debemos enviarle antes embajadores y después, cuando conozcamos su decisión, si deja voluntariamente las armas y se somete a vosotros, permanecer en paz, y si se mantiene en sus posiciones, declararle la guerra
2 (pues creo que eso es lo que quieren aconsejaros algunos), en teoría eso está muy bien, pero de hecho, pone a la ciudad en una situación de grave peligro. Porque ¿no es acaso deshonroso que vosotros uséis heraldos y embajadas dirigidas a vuestros propios conciudadanos? Pues a los extranjeros es

necesario enviarles heraldos y embajadas previamente, pero
a los ciudadanos que han cometido algún delito hay que im-
ponerles inmediatamente un castigo, llevándolos a juicio si
los tenéis al alcance de vuestros votos, haciéndoles la guerra
si están al alcance de vuestras armas. Pues todos ellos están 4
a vuestro servicio y al del pueblo y sometidos a las leyes,
tanto si quieren como si no. Y no es conveniente ni consen-
tirlos, ni colocarlos a la altura de los ciudadanos más libres,
sino perseguirlos y castigarlos desde vuestra superioridad
como a los esclavos cuando se escapan.

»¿Acaso no es terrible que mientras él no vacila en ofen- 44
dernos, nosotros vacilemos en defendernos? ¿Y que, mien-
tras ese hace la guerra del todo con las armas en la mano
desde hace mucho, nosotros perdamos el tiempo con vota-
ciones y embajadas y tratemos con palabras y frases a quien
se nos ha revelado por sus hechos desde hace tiempo como
un malhechor? ¿Qué esperamos? ¿Que os obedezca y os 2
respete alguna vez? ¿Cómo podría hacerlo quien hasta ahora
ha llegado a tal punto que ni, aunque quisiera, podría vivir
como ciudadano entre nosotros de forma democrática? Pues
si hubiera querido vivir en común en un régimen de igual-
dad, no habría tenido tales iniciativas desde el principio, y si
hubiera hecho esto por ignorancia o precipitación, al punto
se habría apartado de ellas voluntariamente. Pero ahora,
como se ha apartado de una vez tanto de las leyes como de
la constitución y ha adquirido gracias a ello un cierto poder 3
y cierta autoridad no es posible que cambie por su propia
voluntad y respete en algo vuestros decretos, sino que es
necesario castigar a tal hombre con las mismas armas con
las que se ha atrevido a agraviarnos.

»Y ahora os pido que recordéis lo que él mismo dijo en 45
una ocasión, que no podéis estar a salvo si no sois fuertes.
Los que os aconsejan que mandéis embajadores no hacen

otra cosa que conseguir que actuéis con lentitud y que los
2 aliados se vuelvan más indolentes y se desanimen, y aquel, entretanto, hará en paz todo cuanto quiera, expulsará a Bruto, asediará Módena y tomará toda la Galia, de modo que ni siquiera podremos ya hallar el modo de tratar con él, sino que nos veremos en la necesidad de tenerle miedo, servirle y
3 humillarnos ante él. Sólo diré una cosa más y dejaré de hablar acerca de la embajada: que Antonio no os concedió ni siquiera una palabra acerca de lo que iba a hacer, para que vosotros ahora tengáis que hacer eso.

4 »Por eso y por todo lo demás yo os aconsejo que no vaciléis ni perdáis el tiempo, sino que le hagáis la guerra inmediatamente, teniendo en cuenta que en la mayoría de las empresas se tiene éxito más por la oportunidad que por la
5 fuerza; por eso, de todas formas, debéis entender que yo no os habría aconsejado nunca hacer la guerra, rechazando la paz, situación en la que tengo especial poder y durante la que he adquirido fama y riquezas, si esto fuera realmente la paz y no creyera que os conviene la guerra.

46 »Y a ti, Caleno, y a los demás que piensan como tú, os aconsejo que dejéis al Senado votar lo conveniente y que no traicionéis el interés común de todos nosotros a causa de
2 vuestro particular agradecimiento hacia Antonio. Ésta es mi opinión, padres, y disfrutaré con gran placer del bienestar, la libertad y la seguridad junto a vosotros, si me hacéis caso,
3 pero si votáis alguna otra cosa, preferiría morir a vivir. Pues nunca he temido a la muerte como consecuencia de mi sinceridad (he tenido mucho éxito por ello; la prueba es que decretasteis que se hicieran sacrificios y celebraciones en conmemoración de mis actuaciones cuando fui cónsul, honor que no ha recibido ningún otro excepto el que ha tenido algún éxito de importancia en la guerra) y ahora lo temo to-
4 davía menos. La muerte, de hecho, no me llegaría demasia-

do joven, especialmente cuando hace ya tantos años que
ejercí el consulado (sin embargo recordad que os dije esto
mismo en el tiempo de mi consulado para que os pudierais
fiar de mí en todos los asuntos en la idea de que despreciaba
la muerte); pero el temor a alguno que actúe en contra vues-
tra y el compartir la esclavitud con vosotros me sucedería
muy a destiempo. Creo, precisamente por ello, que esto se- 5
ría una desgracia y un desastre no sólo para el cuerpo, sino
también para el alma y la fama, la única por la que de algu-
na forma llegamos a ser eternos. Sin embargo considero que
morir por hablar y actuar en vuestro favor es algo equiva-
lente a la inmortalidad.

»Y si Antonio por lo menos se hubiera dado cuenta de 47
esto, no habría llevado las cosas hasta tal punto, sino que
hubiera preferido morir como su abuelo que actuar de modo
semejante a Cinna que lo mató. Porque, entre otras cosas,
Cinna, a su vez, fue asesinado no mucho después por este y 2
por los demás crímenes que había cometido (y eso me sor-
prende especialmente de Antonio, que imita sus obras pero
no teme nunca acabar de manera semejante), pero aquel de-
jó a este mismo una buena reputación. Sin embargo, éste ya 3
no es justo que se salve a causa de sus parientes, ya que ni
ha emulado a su abuelo, ni ha heredado la hacienda de su
padre. Pues ¿quién no sabe que cuando rehabilitó a muchos
que habían sido exiliados en tiempo de César y después de
acuerdo con los escritos de éste, no ayudó a su tío paterno 4
sino que hizo volver a Lentículo, su compañero de timbas
que había sido desterrado por su vida disipada, y que apre-
cia a Bambalión, que hace honor a su apodo [289], mientras

[289] Marco Fulvio Bambalión es el padre de Fulvia, tercera esposa de Marco Antonio. El *cognomen* «Bambalión» se podría traducir por «el Tartaja».

5 trata como he dicho a sus parientes más próximos como si estuviera enfadado con ellos por pertenecer a tan noble linaje? Por eso precisamente no heredó los bienes de su padre, sino en efecto de otros muchos, de unos a los que ni siquiera ha visto ni oído y de otros que aún están vivos, pues los ha desnudado y despojado de tal forma que no son diferentes de los muertos.»

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

ISBN 8[illegible]-249-27[illegible]

9 788424 [illegible]27295